CONGRESO MARIANO



19 18

FEMENINO

OR

Congreso Mariano Femenino

Santiago, 23 de Septiembre de 1918.

Con esta fecha se ha decretado lo que sigue:

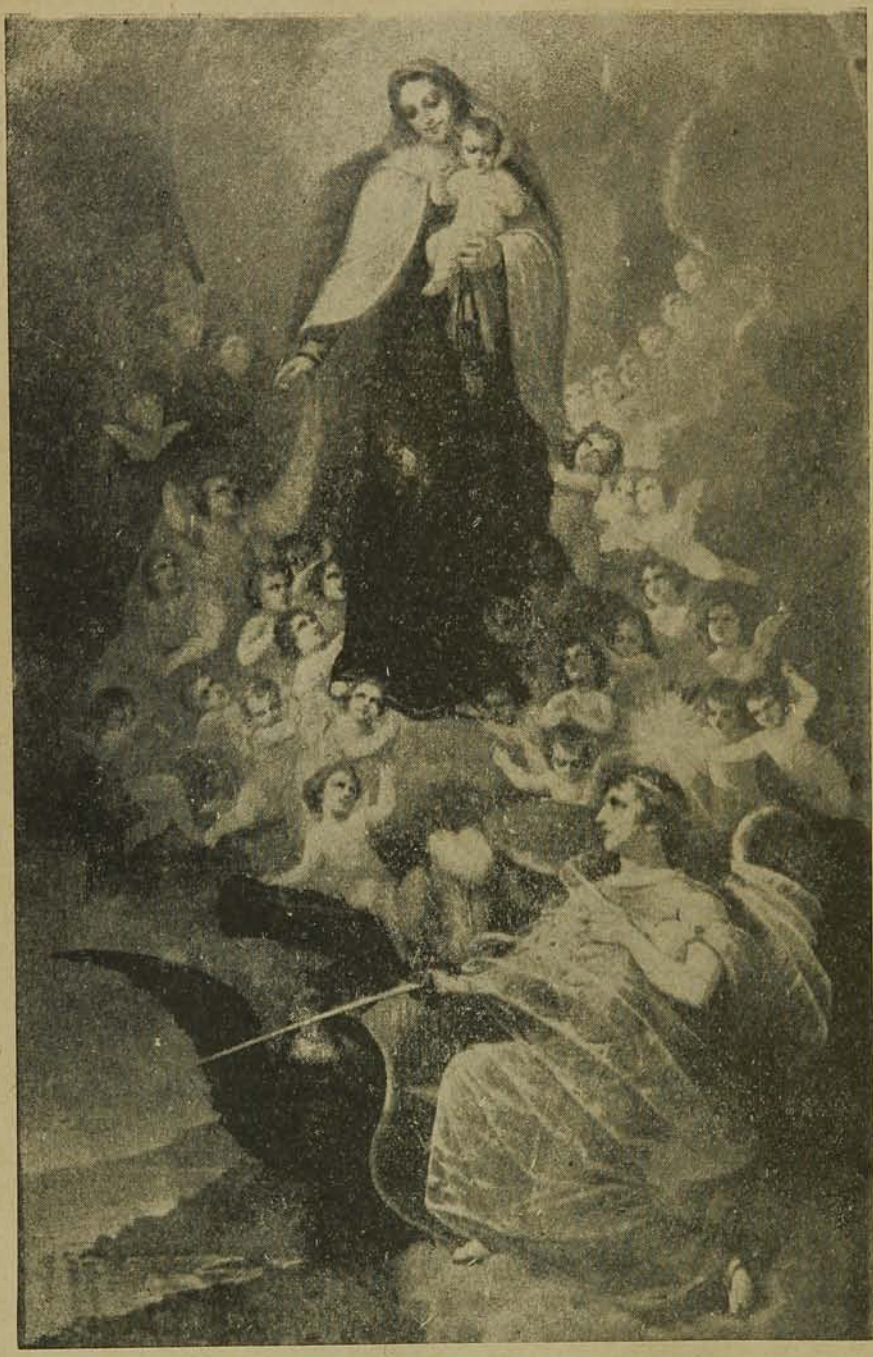
«Visto el informe del Ilmo. Señor Vicario Castrense, Dr. Don Rafael Edwards, se concede la licencia necesaria para la impresión y publicación del libro de las actas, trabajos y conclusiones del Congreso Mariano Femenino, celebrado el presente año en esta capital. Tómese razón.—ROMAN, P. V. C.—Morán C., Secrio.»

Lo comunico a V. S. Ilma. para su conocimiento y demás fines.

Dios guarde a V. S. Ilma.

J. Agustín Morán C.
Secr.

Al Ilmo. Sr. Vicario Castrense,
Dr. Don Rafael Edwards.



LA SS. VIRGEN DEL CARMEN, Patrona Jurada de Chile.

Relaciones y Documentos

del

Congreso Mariano Femenino

Celebrado en Santiago de Chile, en Julio de 1918,

para conmemorar el

Centenario de la Proclamación de la Virgen del Carmen

como Patrona Jurada de la República y de su ejército.



SANTIAGO DE CHILE
ESCUELA TIP. "LA GRATITUD NACIONAL"

1918

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

ÍNDICE.

Págs.

Mesa directiva del Congreso Mariano IX
La bendición pontificia enviada por Su S.S. Benedicto XV, al Congreso Mariano Femenino X
La preparación y labor del Congreso Mariano Femenino XI

El Congreso Mariano.—Rosa Rodríguez de la Sotta. 1
La Llena de Gracias.—Luisa Fernández de García Huidobro. . . 7
Las Artes inspiradas por María.—Blanca S. de Valdés O. . . . 23
Conclusiones y Votos aprobados en el Congreso Mariano. . . . 34
Religión 35
Hogar 39
Educación. 42
Acción Social 44

SECCIÓN RELIGIOSA.

Devoción al Papa.—Amalia Errázuriz de Subercaseaux 53
La Devoción a María bajo la advocación del Carmen.—Adela Edwards de Salas 58
La Santísima Virgen del Carmen como Patrona del Ejército.—Esmeralda Zenteno de León. 61
Medios de propagar a perpetuidad, la devoción a la Sma. Virgen del Carmen.—Ana Hörmann. 64
Referencias históricas sobre la devoción a la Sma. Virgen del Carmen.—Adriana Fontaine 67
La Definición Dogmática de la Asunción.—María C. Fernández de Castro 70
Ennoblecimiento de la mujer por la dignidad y culto de María.—Ana Julia Lagastume, Secretaria del Centro «Blanca de Castilla» 75
Ennoblecimiento de la mujer por la Religión.—María Magdalena Maglioni Petit 80
La mujer pagana y la mujer cristiana a través de la historia.—Julia Chadwick de Solar 82
María Santísima medianera universal del género humano.—María Romero Hodges 87
La mujer ensalzada por el Cristianismo.—Inés Jara Valenzuela. . 89
Lo que debe la Humanidad al Cristianismo.—Matilde Piderit de Allard 93

Págs.

La formación de los futuros apóstoles en el hogar.—Ester Pellé de Serrano 94
Conveniencia de proponer a las jóvenes, el ejemplo de María en la vida de Sociedad.—Domitila Huneeus Gana. 97
María, como el modelo más perfecto en la vida social.—Avelina Romero Hodges 99
Apostolado y vida parroquial.—Teresa Ortúzar de F. de Castro . 101
La obra de los Catecismos.—Inés Cifuentes G. 103
Necesidad de que la mujer cristiana, coopere a la acción social de la Parroquia.—Laura Dorlhiac 107
La acción social y la vida interior.—Elena Menchaca Lira . . . 109
La santificación de las almas, es el fin primordial de la acción social cristiana.—María Carolina F. de Castro. 113
La Santificación y la acción social.—Adriana Lyon de Aldunate . 117
Necesidad de procurar el cumplimiento de los preceptos cristianos. —Aurora López Ossa 121
El Apostolado y la vida interior.—Rosa Rodríguez de la Sotta . . 125
Importancia que tiene la Catequesis y la Apologética en las obras sociales femeninas.—Domitila Huneeus Gana 130
El conocimiento de Jesucristo.—María Romero Hodges. 132
Del profundo estudio de la religión católica.—Amelia Fagalde de Rojas 135
La gran necesidad de hacer conocer a Jesucristo y su religión.— Eugenia Palacios de Baeza 139
Cristo debe ser el centro de todas las cosas.—Julia C. de Fóster . 140
La esclavitud Mariana.—M. Teresa Valdés Cortés 142
La Virgen Santísima modelo de caridad y protectora de las obras de beneficencia.—Edelmira Azócar 147
Visita Circulante a la Santísima Virgen.—Emilia Eyzaguirre Rouse. 150
La obra de la Entronización del Corazón de Jesús en el hogar.— Clemencia Menchaca Lira 152
La Venerable Orden Tercera del Carmen.—Marta Canales Pizarro . 157
Santo Domingo y su Orden.—Ana Luisa Ortúzar de Valdés . . . 158
Consideraciones sobre el Espiritismo.—Por dos profesoras del Estado. 161
La Madonna en Roma.—Margarita Errázuriz de del Campo . . . 170

SECCIÓN EDUCACIÓN y HOGAR.

La enseñanza y educación religiosa en los Colegios y Escuelas.— Ana Luisa Prats Bello 179
La instrucción religiosa de la mujer debe ser práctica.—Rafaela Casas Cordero 182
El Colegio y la Familia.—María Mercedes Vial de Ugarte . . . 187

Págs.

La necesidad de preparar maestras cristianas.—Rosa García Guerrero. 191
Necesidad que los Colegios y Escuelas Católicas continúen su acción sobre las ex-alumnas.—Adela Edwards Salas 193
Bibliotecas y Acción Bibliográfica Cristiana.—Josefina Solar de Benavides 195
La música sagrada a través de los tiempos.—Marta Canales Pizarro 199
Fundamento divino y religioso de la familia.—Matilde Larraín de Echeverría 202
Deberes especiales que impone la misión de Esposa y Madre cristiana.—Enriqueta Carvallo de Merino B. 208
Misión de la Esposa y de la Madre en la familia—Blanca S. de Valdés 211
Misión de la mujer en la patria, en la sociedad y en el hogar.—Sor María. 215
La constitución de la familia, la formación de las madres y de las futuras madres, deben ser el fin principal de las obras sociales femeninas.—Sofía Molina Picó, Vice-Presidenta del Centro «Blanca de Castilla» 218
Los deberes de las Madres en Sociedad.—Amalia E. Errázuriz de Subercaseaux 221
La salvación de la Sociedad depende de las madres.—Mercedes Santa Cruz de Vergara 226
Criterio social. Defectos de la actual vida de sociedad. Remedios.—Trinidad Concha G. 229
La disipación del espíritu, como defecto principal en la actual vida de sociedad.—Elvira Santa Cruz Ossa. 232
Necesidad de restablecer, donde se hubiere perdido el criterio y el espíritu cristiano.—Rosa Figueroa de Echeverría 239
Importancia de la literatura infantil.—Emma Délano de Langlois. 241
La lecctura en los hogares.—Luisa Besa de Donoso 243
Servicio doméstico.—Amelia Valdés de Huidobro 246
El cuidado moral y económico de las empleadas del servicio doméstico.—Isabel Pérez de Errázuriz 249
Consideraciones sobre el servicio dómestico.—María Besa de Díaz. 253

SECCIÓN ACCIÓN SOCIAL.

La mujer en el hogar y sus responsabilidades.—Juana Quindos de Montalva 263
Orientaciones de la acción social de la mujer cristiana en Chile.—Elvira Lyon de Subercaseaux 269
Sobre algunos derechos a que la mujer debe aspirar. — Isabel Irarrázaval de Pereira 276

Págs.

Capacidad económica de la Mujer.—Sara Covarrubias de Valdés . 280
Condiciones del trabajo de la obrera.—Eugenia Marín Alemany. . 284
Manera práctica de organizar un sindicato.—María Rosario Ledesma, Presidenta del Centro «Blanca de Castilla». 287
Manera práctica de organizar un sindicato.—Ema González M. . . 292
Sindicato Femenino.—Marta Walker Linares. 294
Mutualidad. Ahorro. Seguros. María Aldunate Calvo 295
Congregaciones parroquiales «Hijas de María».—Marta Salas Ovalle 303
La lucha contra la pornografía.—Adela Edwards de Salas . . . 306
La Liga de Damas Chilenas.—Amalia Errázuriz de Subercaseaux . 314
La Cruz Blanca.—Adela Edwards de Salas 319
«Buen Pastor».—Corina C. de Fernández. 327
El Patronato de la Infancia.—M. C. Valdés de Marchant . . . 332
Los niños vagabundos y la criminalidad infantil.—Celinda Arregui de Rodicio 336
Las huérfanas de Santiago.—Elvira Santa Cruz Ossa 339
Medida de protección a las Huérfanas.—Aurelia P. de Bari. . . 342
Conferencias de San Vicente de Paul y Hermandad de Dolores.—Juana Solar de Domínguez 345
La ley del Matrimonio Civil en el pueblo—Josefina León Luco . 347
La Cruz Roja.—Carmela Prado de Pinto C. 351
Cruz Roja de las Mujeres de Chile, en Concepción.—Ernestina Muñoz Fuente Alba. 355
La causa de Dios pide actividades intensas, denodadas e inteligentes—Rosa Prats de Ortúzar 357
El feminismo sin Dios y sus resultados.—Amanda Quirós Muñoz . 361
Las Damas Catequistas—Trinidad Concha Garmendia 367
Centro Apostólico del Corazón de Jesús, para misiones en Chile.—Julia Vial Solar. 369
La Unión Católica Femenina.—Adriana Echeverría Reyes . . . 371
La Asociación de Señoras contra la tuberculosis.—Ana Swinburn de Jordán. 374
Sociedad «Unión protectora de Andacollo»—Emma Lazo Jaraquemada 378
La Sociedad «Victoria Prieto» 379
Heroínas de la caridad en Chile.—Julia Marambio Cortés . . . 382
Sociedad del Apostolado del Sdo. Corazón de Jesús en el Hogar del Pobre.—Mercedes Luisa Luco 389
Notas de obispos 393
Adhesión del Presidente de Colombia al Congreso Mariano Femenino. 397
Peticiones 398

Mesa directiva del Congreso Mariano.

PRESIDENTE Y ORGANIZADOR DEL CONGRESO MARIANO

Iltmo. Señor D. RAFAEL EDWARDS S.,

Obispo de Dodona

PRESIDENTAS HONORARIAS

Señora D.ª Ana Echazarreta de Sanfuentes
« « Julieta Meyans de Pueyrredón
« « Teodolina Alvear de Lezica
« « Sara Bonorino de Irigoyen

PRESIDENTA

Señora D.ª Amalia Errázuriz de Subercaseaux

VICE-PRESIDENTAS

Señora D.ª Elena Roberts de Correa
« « Isabel Irarrázaval de Pereira

PRESIDENTAS DE LAS SECCIONES

Religión. — Sra. D.ª Teresa Ortúzar de F. de Castro
Hogar. — « « Rosa Figueroa de Echeverría
Educación. — « « Amelia Valdés de Huidobro
Acción Social.— « « Elvira Lyon de Subercaseaux

TESORERA

Señorita Adriana Echeverría Reyes

SECRETARIAS

Señoritas: Ana Errázuriz Mena, Marta Walker Linares, M. Teresa Valdés C., Eugenia Marín, Elena Menchaca Lira, Rosa Rodríguez de la Sotta, Inés Vicuña, Inés Jara Valenzuela.

La bendición pontificia enviada por Su S.S. BENEDICTO XV al Congreso Mariano Femenino.

Roma, Luglio 15 1918.

Ecc.^{mo} Monsignor Nicotra Sebastiano, Nunzio Apostólico
Santiago - Chile.

Santo Padre invia di cuore Presidente Comitato organizzatore Congresso Nazionale Mariano Femminile e adunate tutte implorata apostólica benedizione che renda santamente fecondi lavori Congresso.

Card. GASPARRI.

Nota de su S. S. I. y R. J. IGNACIO GONZÁLEZ, Arzobispo de Santiago.

Santiago, 28 de Diciembre de 1917.

Vista la presentación que hacen distinguidas señoras de la sociedad, en la que ofrecen su generosa cooperación para trabajar en promover la celebración solemne del doble centenario de Nuestra Señora del Carmen y de las glorias patrias, con motivo de las fechas gloriosas del 14 de Marzo y el 5 de Abril del año 1818, agradeciéndoles este espontáneo y valioso concurso; venimos en constituír una Junta que tendrá a su cargo el promover y organizar las expresadas fiestas centenarias, y a la que otorgamos *ex toto corde* nuestra pastoral bendición.

Dicha Junta será presidida por el Iltmo. Sr. Dr. D. Rafael Edwards, Vicario General Castrense; estará compuesta de las señoras: Emiliana Subercaseaux de Concha, Amalia Errázuriz de Subercaseaux, Sofía Linares de Walker, Luz Gómez de Cifuentes, Rosa F. de Echeverría, Emiliana Concha de Ossa, Luisa Figueroa de Vergara, Josefina González de Valdés, Elena Roberts de Correa, Sara Campino de Morandé, Rosa Fernández de Ruiz Tagle, Juana Solar de Domínguez y señoritas Inés Cifuentes, Marta Walker y Ana Errázuriz Mena. —Tómese razón y comuníquese.

J. IGNACIO,
Arzobispo de Santiago.

CAMPILLO,
Secretario.

La preparación y labor del Congreso Mariano Femenino.

EL Ilmo. y Rvdmo. Señor Dr. Don Juan Ignacio González Eyzaguirre me encomendó, algunos meses antes de su lamentado fallecimiento, que dirigiese, en su nombre, las labores de una Comisión de Señoras que habían de preparar una conmemoración del Centenario de la Proclamación de la Virgen del Carmen, como Patrona de la República y Generala de su Ejército.

Propuse al venerable Prelado la idea de que tal celebración, se hiciese por medio de la convocación de un Congreso Mariano Femenino, cuyas festividades y labores, serían el mejor homenaje que las damas católicas podían ofrecer a la Virgen del Carmen.

Aprobada y bendecida esta idea por el ilustre Metropolitano de Santiago, la expuse a las señoras que formaban la Comisión, y ellas la acogieron con singular entusiasmo.

La labor de preparación fué ardua y no exenta de dificultades; pero todas ellas fueron vencidas y el buen éxito se vió asegurado, gracias a la protección de la Virgen del Carmen, y al celo e inteligencia que desplegaron las señoras de la Comisión Organizadora.

Redactados el Programa y los Reglamentos del Congreso, se comenzó la tarea de solicitar adhesiones, y de invitar a algunas directoras de las obras sociales, para que presentaran relaciones al Congreso.

El trabajo de la Comisión hubo de extenderse a otras tareas preparatorias del Congreso. Se pensó, en efecto, que era muy conveniente que, antes de la celebración de las sesiones del mismo Congreso, se dictase una serie de conferencias, que ilustrasen la opinión acerca de las materias que habían de ser tratadas, directa o indirectamente, en las sesiones.

Es justo dar los merecidos agradecimientos a la señora Juana Quindos de Montalva, y a los señores Carlos Vicuña Mackenna,

Romualdo Silva Cortés y Juan E. Concha Subercaseaux y al Presbítero Don Luis F. Contardo, por el concurso valiosísimo que, con sus conferencias, aportaron a la labor del Congreso.

Entretanto, ya era llegado el momento de dar comienzo a las labores del Congreso Mariano Femenino.

Se habían recibido las aprobaciones más entusiastas del Excmo. Señor Nuncio Apostólico, del Episcopado y de las damas católicas de la República.

Desde Tacna hasta Magallanes, la invitación de la Comisión Organizadora había encontrado un eco simpático y una adhesión entusiasta. Se puede decir que ninguna sociedad femenina del país, ha quedado sin adherirse al Congreso Mariano. De todas las parroquias recibió la Presidencia del Congreso numerosísimas adhesiones colectivas o individuales.

Así querían todas las damas de Chile rendir su homenaje a la Santísima Virgen del Carmen.

Pero, no sólo en Chile; también de otros países de la América Latina, recibió el Congreso adhesiones más valiosas, que por su número, por la alta significación de las personas e instituciones de quienes procedían.

De la República Argentina, cuna de la devoción oficial de Chile y de su Ejército a la Virgen del Carmen, recibió el Congreso Mariano Femenino nos ólo la adhesión de numerosas asociaciones, sino también el concurso de trabajos que honraron las sesiones del Congreso.

La respetable señora doña Teodolina Alvear de Lezica, Presidenta de la Liga de Damas Católicas de la República Argentina, fué quien promovió las numerosas y entusiastas adhesiones, que corresponden a 105 sociedades y a más de mil señoras católicas de Buenos Aires, La Plata, Córdoba, Catamarca, Santa Fe, Salta, Paraná y Cuyo.

Queriendo el Congreso manifestar su gratitud por tales adhesiones, acordó nombrar Presidentas Honorarias a las señoras Julieta Meyans de Pueyrredón, Teodolina Alvear de Lezica y Sara Bonorino de Irigoyen.

Del Perú recibió el Congreso Mariano, la valiosa y simpática adhesión de la distinguida señora doña Carmen H. de Pardo, esposa de S. E. el Presidente de la República, y las de diez asociaciones de señoras.

Del Uruguay y de Bolivia se adhirieron las Ligas de Damas Católicas de Montevideo, Sucre y Cochabamba.

Un profundo pesar oprimía sin embargo los ánimos de las organizadoras del Congreso: el Ilmo. y Revdmo. señor Arzobispo, Dr. Don Juan Ignacio González E., que convocó el Congreso, había llegado ya al término de su vida de sacerdote y de Pastor cargado, más que de años, de virtudes y de méritos.

¡Cuán grato habría sido ver presididas, por el venerable y santo Prelado, las festividades y sesiones del Congreso Mariano!

¡Tales actos habrían sido un merecido galardón para el celoso corazón del Pastor!

Las labores del Congreso Mariano comenzaron con una Misa celebrada en la Iglesia de las Agustinas; terminada ésta, expuse en breves palabras la idea fundamental del Congreso: «ofrecer como homenaje a la Santísima Virgen del Carmen, en el Centenario de su Proclamación como Patrona de Chile y de su Ejército, un esfuerzo colectivo para restaurar en Cristo el criterio, el espíritu y las costumbres sociales».

La solemne Misa Pontifical, con que en el Salvador se celebró la fiesta de Nuestra Señora del Carmen, ha sido, sin duda alguna, la más hermosa de las festividades religiosas celebradas con ocasión del Congreso.

El hermoso trono levantado a la Virgen del Carmen, en el crucero del templo, era de una magnificencia verdaderamente extraordinaria, y de una belleza artística insuperable.

En medio de un bosque, sobre la alta cordillera, iluminada por el sol naciente de la libertad, se destacaba la imagen de María, rodeada de ángeles, y teniendo a sus pies las banderas, trofeos, soldados y marinos; todo iluminado con maravillosa profusión y adornado con variedad de flores.

La piadosa y distinguida señora doña Josefina González de Valdés, tuvo a su cargo el adorno de este admirable monumento.

Fué ejecutada en esta ocasión la Gran Misa de don Celerino Pereira, composición que ha despertado verdadera admiración en el público y entre los entendidos; la ejecución, dirigida por el autor, fué confiada a la Sociedad de Santa Cecilia, y a algunos aficionados y artistas que prestaron su concurso con una voluntad que ha comprometido la gratitud del Congreso Mariano.

El sermón fué pronunciado por el señor Pbro. Don Aníbal Carvajal, quien, con fervor y elocuencia, puso de manifiesto los grandes favores hechos por la Santísima Virgen a nuestra Patria; recordó los homenajes que le tributaron nuestros mayores y encareció la importancia que, en tal sentido y para la acción social católica, tenía el Congreso Mariano Femenino.

La distinguida concurrencia desbordaba por las puertas del templo, y sus vastas naves estaban ocupadas por altos representantes del gobierno, de la diplomacia y del Ejército, y por las numerosas adherentes al Congreso Mariano.

Terminada la Misa, fué bendecido el Estandarte obsequiado por las damas chilenas al Ejército, y se cantó el Himno Nacional a la Virgen del Carmen, letra del Pbro. don Abel Arellano y música del señor Pereira.

Estas y la Misa de Acción de Gracias celebrada en las Agustinas fueron las festividades religiosas del Congreso; festividades que le alcanzaron abundancia de bendiciones de la Virgen del Carmen.

En esta última solemnidad predicó el Pbro. don Clovis Mon-

tero, quien, con suma claridad y elocuencia, estudió las conclusiones del Congreso, y terminó declarando que ellas formaban «*un código completo de la acción social femenina*».

No fueron menos solemnes las sesiones públicas del Congreso. En la primera de ellas, el señor don Ramón Subercaseaux leyó un acabado estudio sobre «La Devoción a la Virgen del Carmen», y el señor don Francisco A. Concha Castillo dió lectura a una inspirada poesía,—digna de su extro y de su fama,—intitulada «Virgen Poderosa».

En esta ocasión, hube de exponer brevemente los ideales que persigue el catolicismo en su acción social, y cómo se conformaba enteramente a tales propósitos el Congreso Mariano Femenino, que inauguraba en ese acto sus trabajos.

Estrecha se hizo para la Sesión de Clausura el Aula Máxima de la Universidad Católica.

Presidida, como la de la apertura, por el Excmo. Señor Nuncio Apostólico, por los representantes de la Autoridad Eclesiástica y por la Junta Directiva del Congreso, comenzó con la lectura de una conferencia de la señora Blanca S. de Valdés, sobre «Las Artes Inspiradas por María».

Fueron leídas las conclusiones del Congreso, y, enseguida, después de algunas pocas palabras del que escribe estas líneas, el Excmo. Señor Nuncio felicitó efusivamente a las señoras por el éxito obtenido.

Más ocultas y silenciosas, pero más llenas de interés, fueron las sesiones privadas del Congreso: ellas constituyen una verdadera revelación de la capacidad y preparación de las damas católicas de Chile.

No basta la lectura de las hermosas páginas que encierra este libro, para darse cuenta de la labor realizada en el Congreso, y de la inteligencia, espíritu de observación y rectitud de criterio demostrados en él.

En cada sesión se sentían las palpitaciones de la vida colectiva de trescientas y más damas católicas,—mujeres de acción, en su mayor número,—que se apasionaban con santa vehemencia por lo que ellas saben qué es su misión, su deber, su responsabilidad ante los vastos y complejos problemas sociales del presente.

Creo que podemos y debemos estar santamente orgullosos, no sólo por la virtud de la mujer chilena, sino también por su talento y su preparación, para afrontar las responsabilidades que le corresponden ante la crisis social que nos amenaza.

Puede decirse que el Congreso Mariano Femenino destruyó todas las dudas de los eternos pesimistas, y superó las más optimistas expectativas.

Débese ello al esfuerzo de todas las congresales; pero sería injusto no recordar aquí el nombre de la Presidenta, la señora doña Amalia Errázuriz de Subercaseaux, alma del Congreso, llena de bondad y energía para vencer todas las dificultades.

A su lado es necesario recordar a las presidentes de las secciones, y a las señoritas tesoreras y secretarias que trabajaron con inteligencia y abnegación.

La publicación de estas páginas ha exigido a las secretarias y, especialmente a la señorita Elvira Santa Cruz Ossa, una ardua labor.

A todas ellas, a todas las Congresistas presento mis sinceros agradecimientos y mis entusiastas felicitaciones.

Pero, hay que mirar más alto.

Ha sido la Santísima Virgen del Carmen la que ha dado el impulso a la obra, la que la ha bendecido, la que la ha hecho fecunda.

Vayan hasta el alto trono de su misericordia nuestras acciones de gracias y nuestros clamores, para pedirle que salve a Chile, por medio de la acción de la mujer cristiana.

† Rafael Edwards,
Obispo de Dodona
y Director del Congreso Mariano Femenino.

El Congreso Mariano

Rosa Rodríguez de la Sotta.

A fin de conmemorar el glorioso centenario de la fecha en que los Padres de la Patria proclamaron a la Virgen del Carmen Patrona de Chile y de sus ejércitos, las señoras de Santiago han querido congregarse en torno a la bondadosa Madre del Carmelo y celebrar en honor suyo y bajo sus auspicios, un congreso para dilucidar en común los problemas religiosos y sociales de la época presente.

Este congreso, recientemente llevado a feliz término, es una elocuente manifestación de que la mujer chilena ha sabido conservar y dar mayor desarrollo a la fe y al patriotismo que le legaran sus antepasadas, las valerosas cooperadoras y alentadoras de los héroes de nuestra independencia nacional. Juntamente con guardar el tesoro inapreciable de la fe, la mujer chilena ha marchado por la senda del progreso y de la cultura, asimilando a nuestro país y a nuestras costumbres los modernos procedimientos de la acción benéfica y social. Esto pone en evidencia, que la Religión y el progreso se armonizan perfectamente y que a la sombra protectora del Cristianismo, la mujer avanza con mayor éxito y seguridad en las nuevas vías de la moderna civilización.

El Congreso Mariano Femenino ha sido un magnífico triunfo de sano, noble, católico y patriótico feminismo.

En él se han tratado y discutido amplia, libre y serenamente los temas más importantes concernientes a la Religión, al Hogar, a la Educación y a la Acción Social.

Este Congreso ha sido, podríamos decir, un detenido examen de conciencia social, una mirada retrospectiva, no para envanecerse de las obras y del bien efectuado hasta hoy, sino para considerar e introducir las reformas necesarias, retemplar nuestras fuerzas y, mirando hacia el porvenir, buscar con cristiana y patriótica decisión los medios de prevenir los males que aquejan a nuestra sociedad.

Teniendo a la vista este trascendental paso del feminismo chileno, será oportuno, antes de entrar a las relaciones del Congreso, dar una breve ojeada sobre el Feminismo, tema que ha pro-

vocado las discusiones más confusas y encontradas, las más ardientes polémicas.

Por Feminismo se entiende la doctrina que tiende a hacer reconocer en la mujer los mismos derechos civiles y políticos que posee el hombre. Estudia el rol de la mujer en la sociedad contemporánea, sus derechos respecto al trabajo, a la instrucción, su acceso a las profesiones liberales, a la política, etc.

Examinemos este tema candente a la luz de la doctrina cristiana, que nos dará los principios directores para confrontarlos con los hechos y realidades naturales que nos muestra la sana razón y el sentido común.

El Feminismo ha debido su origen, no a una doctrina filosófica, sino a otras múltiples causas. Primeramente, la crisis económica, producida por la transformación operada en los medios de producción, en la circulación y repartición de los bienes. Luego, la crisis moral; que también proviene en parte de las mismas fuentes; las nuevas aspiraciones, lo indispensable de hoy, considerado ayer sólo como un lujo. En fin, la crisis religiosa, a la cual se halla arrastrada la mujer. Y por último, la instrucción más desarrollada, gracias a las facilidades que el progreso económico le procura.

Cuando estas crisis estaban en su período álgido, apareció el Feminismo, en la segunda mitad del siglo XIX. Inglaterra y Estados Unidos, dominadas por el industrialismo y más afectadas por estas crisis, fueron la primera cuna del Feminismo.

Su personal está formado, en su mayor parte, por la clase media, aunque también tiene adherentes en las clases altas y en la clase inferior, que constituye el feminismo socialista.

¿Y qué pensar de los vicios y excesos cometidos por el Feminismo?

Todo gran movimiento arrastra consigo muchas escorias. El Feminismo ha cometido absurdos y desórdenes por la aberración de aquellas que, buscando la emancipación, pierden su verdadera naturaleza, y por consiguiente, no son nada, ni hombres ni mujeres: tal ha sido el caso de muchas militantes feministas, sobre todo en los comienzos.

Por esto ¿juzgaremos de pronto que todo feminismo es malo y perjudicial? De ningún modo. Esto sería un juicio precipitado e injusto. Hemos de examinar con calma y atención el pro y el contra de este movimiento.

El Feminismo, como el socialismo y otros sentimientos modernos, se dividen, en sus relaciones con la religión cristiana, en dos corrientes antagónicas. Hay un feminismo cristiano y otro anti-cristiano. La Iglesia ha sido la primera en dar el impulso inicial del que podemos llamar feminismo justo y razonable.

No es raro: Ella ha llevado siempre la delantera en todo aquello que redunda en bien de la humanidad.

La Iglesia reprueba aquel feminismo que es más bien una

lucha de sexos, una tendencia a apartar a la mujer de sus deberes del hogar, para arrojarla, como rival del hombre, en la vida pública. En cambio, sostiene y alienta el feminismo que busca la emancipación efectiva de la persona moral femenina; su desarrollo en valer; su aplicación a todas las ocupaciones que están de acuerdo con sus aptitudes y sus deberes, en toda la amplitud que se lo permiten esos mismos deberes.

Si damos una mirada más profunda sobre la condición humana, sobre el valor que representa la mujer y la influencia que puede tener para el conjunto de la evolución humana, debemos constatar que ella no ha obtenido aún el lugar que conviene a sus cualidades, a sus títulos y a sus derechos.

Se preguntará ¿cómo el Cristianismo, que dice interesarse por el bienestar de la mujer, no le ha dado la plenitud de sus derechos, sobre todo en aquella época en que él reinó sin contrapeso?

El Cristianismo, para vencer los enormes obstáculos que se oponían a su marcha, a causa de las costumbres inveteradas, no se valió de medios violentos para extirpar los males existentes, sino que obró con gran prudencia y sabiduría. No creyó que su primer trabajo había de consistir en emancipar a la mujer, sino en santificarla. También santificó al hombre, en el ejercicio del poder que los hechos y costumbres sociales le habían otorgado. La santificación es el trabajo propio de la Iglesia, y por eso trabaja para su realización inmediata.

Contenta de haber concurrido indirectamente, puesto que mejorando el corazón del hombre se ha de mejorar necesariamente todo lo que de él depende, ella deja al progreso integral el cuidado de concluír su obra, aplicando, según las leyes complejas de los hechos, los sentimientos que ella ha inspirado.

¿Quién no reconoce que la altura a que se ha elevado la mujer después del paganismo lo debe únicamemte al Cristianismo?

Jesucristo, desde que empezó su acción personal, no hace distinción entre el hombre y la mujer. En ambos sólo mira la naturaleza humana que El viene a redimir. Si alguna distinción hace, esta se refiere a la debilidad y al abandono para socorrerlo.

A una mujer revela, en el pozo de Jacob, la sublimidad de su doctrina. A la Magdalena y a otras mujeres les hace señalados favores de su misericordia, que no son ya la piedad despreciativa de los sabios, sino un llamado alentador y lleno de interés por levantar la conciencia moral de la mujer.

A su obra de Apostolado Jesucristo asocia a las mujeres, antes que las costumbres de aquella época lo permitiesen.

La Iglesia, continuadora de la obra de Jesucristo ha seguido trabajando por consolidar la dignidad femenina. Habiendo reconocido en principio su valor personal, ella se esfuerza en aumentar su valor real, instruyéndola y elevándola moralmente, y asegurándole lo esencial de sus derechos en el matrimonio y en el rol del hogar.

No se crea por eso, que el Cristianismo ha juzgado su obra ya terminada. El ha debido marchar según se lo permitía la época. Es necesario marchar ahora también, en tanto que los hechos nuevos lo reclamen.

Algunos historiadores adoptan como signo inequívoco del estado de las costumbres en diversas épocas, el rango que la mujer ocupa en las instituciones sociales. Si esta ley es exacta, decir que la mujer tiene actualmente el lugar que conviene a su rol y a su valor, equivaldría a decir que la sociedad ha llegado ya a su forma perfecta. Si aún estamos lejos de eso, también estamos lejos de un ideal de vida femenina.

Lo que marca el nivel de la civilización, es la suerte de aquellos que no tienen más defensa que en los sentimientos elevados de justicia y en una comprensión superior de la vida humana. La mujer es de este número, y su posición será tanto más ventajosa, cuanto el grado de civilización sea más perfecto.

La resistencia hecha al feminismo no viene sólo de parte de los hombre; hay mujeres que también le hacen oposición y procuran ridiculizarlo.

Las mujeres que son felices y reflexionan poco, creen que su estado es aceptable en derecho, porque así lo es de hecho. Por su impotencia para abstraer y por vanagloriarse de la buena suerte que les ha cabido a ellas, rehusan asociarse a las justas reivindicaciones de su sexo.

Pero más aun que el egoísmo masculino o femenino, es la fuerza de la costumbre la que obra aquí como en todo. La tradición cristaliza en principios las costumbres, aun en los cerebros que creen funcionar más libremente.

Hay otro sentimiento que de ningún modo honra a los que lo experimentan: es el del esclavo que por indolencia o abyección ama su esclavitud. La mujer que no se considera una persona, sino que ella misma se reduce al rango de una *cosa bonita,* no siente la necesidad de ser respetada y tratada como persona. Desempeña con delicia el rol de ídolo, mientras las arrugas de su frente no vienen a alejar de ella los adoradores y el vacío de su alma que no puede soportar el peso de la edad, la ha derribado de su pedestal.

El Feminismo que busca la felicidad de la mujer, está en su derecho y más aún, en su deber. La felicidad de la mujer trae necesariamente la del hombre. Ambas marchan siempre unidas.

Puesto que la cuestión económica ha dado origen al feminismo, el derecho de la mujer a un trabajo renumerador es el punto principal. La mujer considerada como persona, tiene derecho a decidir por sí misma su vocación. No se puede, pues, prohibírsele de oficio el acceso a ciertas carreras, porque sería necesario probar que ellas son incapaces, lo cual está ya declarado no ser así.

Dicen algunos: la mujer está hecha para el hogar. Pero ¿si no tiene hogar o no puede tenerlo? ¿Y si teniéndolo necesita alimentarlo? Para responder a estas cuestiones, no bastan teorías, es necesario atender a los hechos.

La mujer que quiere formarse una dote; aquella que ve luchar penosamente a su marido y quiere ayudarlo; en fin, aquellas que puede vivir, pero quiere darse mayor comodidad; son otras tantas candidatas a las profesiones lucrativas. Estas han sido ya abiertas para las mujeres y a ellas aportarán un nuevo y útil contingente, por sus cualidades y aptitudes propias femeninas.

¿Puede desconocerse, por ejemplo, que la mujer doctor pueda prestar grandes beneficios? Si hay una ocupación que debiera ser maternal, es esta; la mujer tiene para ella cualidades especiales; atención al detalle, intuición viva, caridad abnegada, delicadeza de procedimientos, etc.

¿Y la mujer artista ¡cuántos recursos puede añadir al trabajo de embellecimiento e interpretación ideal de la vida! Sus emociones ante la naturaleza son diferentes a las del hombre; las ternuras maternales, sólo ella las expresaría con exactitud. Si el Evangelio está en su corazón, ella le abrirá nuevos horizontes al arte cristiano, y lo veremos hacerse más delicado y tierno a través de la inspiración femenina.

La ayuda de la mujer podría ser considerable en la educación, moralización y organización del trabajo.

En suma, el gobierno y dirección de la humanidad por el hombre sólo, representa un estado de civilización inferior, puesto que carece de los recursos y aptitudes que puede aportarle la mujer.

Preguntar, en general, si la mujer debe preocuparse de la cosa pública, es como si se preguntara si acaso ella debe vivir la vida humana; una vida cuyo régimen tiene una influencia considerable sobre los destinos del hogar, del cual ella es o debe ser la reina; es preguntar, en una palabra, si la mujer es una persona o una autómata que ejerce sus funciones sin saber por qué ni a dónde la llevan.

La política es la vida colectiva, y, de cualquiera manera que se la considere, la mujer no puede ser excluída de ella sin ultrajar la dignidad de su persona y de la misión que debe tener en la sociedad.

El Cristanismo no tiene nada que oponer a los derechos políticos o civiles de la mujer y pueden y deben concedérseles siempre que sea ventajoso para ella. Pero en este punto, nada valdrán las teorías, los hechos serán los que abrirán paso a la mujer para su ingreso en la política. Si ella desarrolla su preparación y competencia, si se forma un valor personal o profesional, que pronto será un valor de opinión, no será posible ya discutir por más tiempo, sobre la actuación de la mujer en la vida pública de la nación.

La mujer, como persona humana, también tiene derecho a los elevados goces de la inteligencia. Procurárselos es fortalecerla y defenderla. Es darle más peso, es combatir en ella la frivolidad, la ociosidad, ese vacío del alma que devora a tantas mujeres.

Para que la instrucción sea provechosa y eficaz, debe de ir acompañada y encauzada por una recta y severa educación, pues si la instrucción no está sostenida por una sólida fuerza moral, sólo serviría para desequilibrarla y perderla.

En estos tiempos, en que es necesario defender la fe contra los vientos y tempestades que la amenazan, la mujer necesita una formación intelectual, moral y religiosa más sólida y consciente. Esta formación la necesita para sí y para la obra o misión que ella ha de desempeñar en la sociedad.

Una instrucción vasta y sólida puesta al servicio de su corazón, será para la madre una fuerza inmensa. Guiar, elevar, preservar, es la misión de la madre; ahora para guiar, elevar y preservar se necesita saber.

Lo que la mujer tiene necesidad de saber, no es tanto el detalle de las cosas, sino la esencia de todas las cosas.

Así preparada, la influencia de la mujer será más provechosa y eficaz: como esposa siendo verdadera compañera de espíritu y de corazón con su marido; como madre, siendo el guía y la primera y principal educadora de sus hijos. En cualquier estado y posición, la mujer prestará mayores servicios, si la cultura de su espíritu y su formación moral la capacitan para llenar sus funciones.

Hacemos votos para que prospere el feminismo inspirado en los nobles fines de levantar el nivel de la personalidad femenina, reconociendo ampliamente sus derechos y procurándole cuanto necesite para el desarrollo y ejercicio de sus facultades, según el rol que debe tener en la sociedad.

Esperamos que el Congreso Mariano Femenino alcanzará éxito en sus propósitos y en los votos de sano y bien entendido feminismo que ha formulado.

Que este Congreso, convocado para fijar rumbos a la mentalidad y a la acción social de la mujer, despierte en todos los ánimos eficaces anhelos de trabajar para hacer reinar alrededor nuestro, más justicia y más felicidad.

Que no haya quien cierre obstinadamente los ojos para no comprender su deber y conservar así una culpable quietud.

Después de haber estudiado los males y los peligros que nos rodean, es necesario entrar resueltamente en la lucha para arrancar a todas las influencias perversas la salvación de nuestro país.

Nuestras antepasadas cooperaron con valor y constancia a la obra de nuestra independencia nacional, a nosotras incumbe ahora, en la grave crisis en que nos encontramos, una misión no menos importante: ayudar a la defensa de nuestro país contra la esclavitud más temible y desastrosa de la impiedad y del vicio.

Que nuestra Señora del Carmen bendiga y haga fructífera nuestra labor para bien y prosperidad de nuestra nación.

La Llena de Gracias

Luisa Fernández de García Huidobro.

A la Santa memoria
de mis Padres.

Era un huerto cerrado... Olivos, almendros, y manzanos asomaban sus copas verdes y la alba floración, sobre los muros arruinados... Mas allá un fondo de colinas, y la serenidad azul del cielo...

Una mujer en los límites de la madurez a la ancianidad, de rostro afligido, líneas nobles y tez morena, se entretenía, sumida en honda nostalgia, en hilar la rueca desde un estremo del patio, mientras un grupo de servidores hacían la cosecha de las aceitunas, al rumoreo de cánticos sagrados:

«Haré perpetua la memoria de tu nombre en todas las naciones, por lo cual te alabarán los pueblos eternamente y para siempre».

A la sombra de una encina de tupido ramaje, el esposo, que vestía traje talar, anciano ya, leía las Sagradas Escrituras, con el afán de un buscador de perlas...

«Hijas de Reyes entre tus ilustres está la reina a su diestra, con oro de Ophir». Repetía el coro de voces.

La mirada de Joaquín se fijó en Ana, la esposa estéril y triste... que en ese momento dejaba caer la rueca y extendía, con ansias, los brazos hacia un nido de golondrinas que piaban alborotadas... Racimos de madreselvas se desprendían de cuajo, arrancadas por el jubiloso batir de alitas de los hambrientos pequeñuelos y los triunfales revoloteos de la golondrina...

Joaquín y Ana se amaban tiernamente y vivían en perfecta y santa unión. Pero... el Altísimo no los había bendecido concediéndoles un hijo.. y Ana clamaba por el don inestimable de la maternidad...

Ambos descendían de noble estirpe: Leví y Judá eran sus progenitores. El, servía en el Templo de Jerusalén; ella, era modelo de excelsas virtudes, allá en la modesta casa de Nazareth...

Bajo la mirada de Dios hacían el bien a sus semejantes, y, con Fe patriarcal imploraban aquella merced largamente soñada...

He allí el poema de dolor y de confusión retratado en la angustiosa expresión de Ana al contemplar la escena de amor y de felicidad del nido de golondrinas colgado sobre la enredadera de madreselvas...

Pero no flaqueaba su Fe... Ella sabría commover al Autor de la Vida... Y el fruto milagroso, lo dedicaría al servicio del Altar...

***

Qué florido está el jardín!.. Qué sonoro el huerto!..

Los almendros y los manzanos albos de flores, tienen nevado el suelo... Todo resplandece de claridad y de blancura en la casa de Nazareth...

En el mismo sitio, hila la rueca la noble mujer... Nevada tiene ya la cabeza, pero, el rostro rejuvenecido por la dicha... iluminado por aquella celeste irradiación de serenidad que es el sello de Dios en el Santuario del hogar bendecido...

El esposo no puede contraerse a la lectura... contempla extasiado a una Niñita divinamente hermosa, que parece hecha de nubes y de ampos de nieve coronados de rayos de sol...

En un pradito estrellado de jazmines, juguetea con su escolta de palomas blancas, que forman incontable legión... Llegan de todas direcciones trayéndole en el pico, flores de la colina... Y las manitas primorosas devuelven los obsequios con ternuras de Madrecita, internando los deditos por el sedoso plumaje... El sol, salpica de luz el cuerpecito al parecer impalpable, de la pequeña María... Y juguetea filtrándose por entre las hojas de los árboles, con la movible avalancha de alas, que se baten jubilosas en torno de su Soberana...

Los ojos de Joaquín y de Ana no se pueden apartar de aquella visión celestial. Ana resplandece de gloria materna... y Joaquín ¡oh! el Padre de María Santísima parece sumido en un éxtasis profético!.. ¡María! Su dulce María, ese don del cielo en la época más blanca de la vida: cuando la cabeza se viste de la albura de los pensamientos y de los deseos del corazón, encarna la pureza sin mancha...

Acaso no ve él, que desde el día del nacimiento de la Niña, las azucenas y los lirios brotan en el huerto con expontánea floración?.. y que allí adonde Ella posa sus piecesitos divinos, queda una huella de luz?..

Y mientras más medita, mejor comprende que la Hija milagrosa de su ancianidad, es demasiado grande para no tener otra misión que la de alegrar su vejez... Ambos esposos la han ofrecide al Altísimo para el servicio del Templo, durante la infancia... Ya la época se aproxima de la separación... ¿Qué será de la casa de Nazareth, sin María, que es la luz y la alegría y la razón de vivir de Joaquín y de Ana?..

La Madre deposita en el cesto la tela primorosa preparada

por sus manos para las ropitas de su Hijita, y, avanza hacia el grupo alado...

Los rayos del sol poniente rompen el muro de verdura de los árboles del huerto y vienen a salpicar de lluvia de oro la divina silueta... Toda Ella despide luz... Y en contorno el resplandor crepuscular incendia el paisaje en llamaradas rojas... El arbolado de los huertos, las colinas onduladas... las flores... el seno del lago... todo arde envuelto en la magia imponderable de la despedida del sol que va a dormir su sueño, desplomado en el fuego de su amplio lecho...

María subyugada por el misterio de eterna belleza, mira hacia arriba y tiende sus manecitas nevadas en dirección a la inextinguible hoguera... Es tal la majestad de la Pequeña que su actitud es de mandato... de dominio sobre los elementos... Y es tal el encanto de su dulzura que nadie se podría resistir a rendirle adoración...

Y las voces de los siervos aumentan la solemnidad de la hora, con el canto profético de Isaías:

«He aquí que la Virgen concebirá y parirá un Hijo y llamará su nombre Emanuel». (Cap. 7, vers. 14.)

Un silencio de milagro se extiende por el Universo... Las azucenas y los lirios despiden ondas de perfumes... y el eco llevado en alas de los ángeles repite en el crepusculo ardiente:

Emanuel!.. Emanuel!..

Los santos esposos han caído de rodillas.

***

Tres años no más tiene, la, Llena de Gracias, y su belleza es el asombro de las gentes...

Va camino de Jerusalén entre la noble y tierna Ana y el patriarca venerable, su Padre...

Es la hora del sacrificio, llevan a la Hija de su ancianidad, a depositarla entre las vírgenes del Templo...

Su dolor está acallado por la esperanza de una eternidad de dicha en un mundo mejor... Almas de Fe profunda no se pierden en vacilaciones: su sacrificio será premiado. Los años pesan sobre ellos, en tanto que, María, es una Niñita que apenas comienza la vida. ¿Dónde mejor que a la sombra del Tabernáculo podrá guardarse la flor de su hermosura?

Las perfecciones de María llegan a considerarse como un milagro sobrehumano... La voz general se complace en llamarla: Llena de Gracias.

¿Quién puede pasar a su lado sin rendirle expontáneo homenaje de admiración?

Como asciende las gradas del Templo... en un vuelo de paloma... Los ángeles para Ella sólo visibles, le forman alfombras de sus alas, a fin de que la dura peña no hiera los lirios de sus piecesitos divinos...

Ajenos al milagro, Joaquín y Ana, la ven alejarse y se quedan embelesados con la gracia de su andar... No saben por qué, pero, solas vienen a su memoria las palabras del Cantar:

«Quién es ésta que sube como columnita de humo, zahumada de mirra e incienso y de todos los polvos aromáticos». (Cap. 3, vers. 6.)

Y en verdad tan perfumado está el aire que las palomas salen al encuentro de su Soberana, atraídos por el irresistible aroma...

***

Y la existencia de la Virgen del Templo se desliza serena como los cielos, entre las labores del altar y la oración...

Atraída por un misterio de amor la Azucena Inmaculada, exhala su perfume a los pies del Santuario...

Abismada en la lectura de las Santas Escrituras, su bendita alma sufre indefinible angustia con el relato de las visiones proféticas referentes a Aquel, «Varón de dolores», que vendría a redimir al mundo, que sería perseguido... muerto por la crueldad e ingratitud de los hombres!..

«Despreciado y deshechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebrantos: y como que escondimos de El el rostro que menospreciado y no lo estimamos». (*Isaías,* Cap. 53, vers. 3.)

La tierna Virgencita se estremece de angustia ante los sufrimientos del Santo de los Santos, que la inconciencia de las creaturas hará morir en muerte de Cruz...

Y, María, reza y ayuna y gime al pie del tabernáculo... oración de inocencia y de amor... moneda de rescate en las arcas eternas!.. Porque la Azucena Inmaculada, ama a la creatura doliente... herida... plagada de flaquezas. Se inicia con fuerza la maternidad en esa alma en flor tierna y pura...

Los seres animados buscan su presencia atraídos por el calor de su corazón... y mientras sus manitas diminutas y delicadas hilan el lino en el retiro de la casa habitación, bandadas de golondrinas revuelan en torno de su luminosa persona, cantando el triste «piar», que a Ella le sabe a imploración de alma enferma...

Porque la Pequeña, María, posee ciencia infusa, conoce los misterios de todo lenguaje, desde el átomo impalpable, la flor... la creatura... la estrella...

Vive rodeada de espíritus celestes en espectación del milagro... Invisible escolta, a cuya custodia el Eterno la tiene confiada, para evitarle todo humano contacto, porque la Virgen del Templo fué concebida sin mancha de pecado original...

Ama la soledad y la contemplación... Sabe escuchar las voces del silencio en el susurro del viento que mece las flores de su ventana... en el leve deslizarse del arrollo cristalino... Sus ojos angustiados siguen el camino de las nubes en ansia inextinguible de infinito, porque allá en las alturas está su bien...

***

Dieciséis años acaba de cumplir la Llena de Gracias... Es lánguida como una flor... espiritual como la claridad de la aurora... sutil y luminosa hasta parecer impalpable...

Marfileño y pálido el cutis «del matiz de las espigas doradas», según S. Epiphanio. Los ojos soñadores, ausentes, vagan por el azul hundidos en infinitas lejanías celestes... cuando les baja, toman la angustiada expresión de la mirada de las Madres, al posarse en el hijo enfermo...

La gracia de su andar... la realeza de su silueta, evoca a la luna elevándose por sobre las cimas de las montañas: majestuosa... pura... intangible...

Sólo el dolor ajeno turba la serenidad de su augusta frente... y atrae a la tierra su espíritu, que se cierne en desconocidas alturas...

El ritmo de su andar cadencioso y solemne, es más bien un deslizarse sobre suelo de nubes... y acusa a la descendiente de reyes, habituada a ceñir sobre la cabeza secular corona...

No parece sino que, María, conociera su destino altísimo y sintiera flotar sobre el oro de su resplandeciente cabellera, la corona eterna de Esposa del Espíritu Santo...

Ha llegado el tiempo en que debe escoger compañero. El celibato es considerado un oprobio entre los judíos fundado en las promesas de un Mesías Redentor del mundo, que debe nacer de los descendientes de David...

La voz de su hermosura se ha extendido por luengas comarcas. Muchos son los que aspiran a adueñarse de la, Azucena Inmaculada, tesoro del Templo... Pero, María, tiene hecho voto de virginidad perpetua... son sus pensamientos de una pureza infinita... También ellos se sienten sobrecogidos de respeto y de devoción... María, aparece en sus juveniles sueños, nimbada de estrellas cual una diosa intangible...

El Sumo Sacerdote, a cuya custodia la confiaran sus Padres, presiente la grandeza de origen divino de la Purísima Virgencita, y exige un milagro del Altísimo para la elección de Esposa...

Es el alba... Las columnas del Tabernáculo comienzan a teñirse de tintes blanquecinos... La lámpara, como alma en adoración, esparse su luz incierta y palpitante, en los rostros humildes y devotos de aquellos jóvenes que en torno del altar, oran... Cada uno sostiene en su mano una vara de azucena sin florecer... Misteriosa aureola los envuelve... La luz alba del amanecer rivaliza con la roja llama de la lámpara... No se sabría definir si es de ansiedad o de desencanto la expresión que domina en los pretendientes de María... Las varas están secas!...

José, a quien el Evangelio apoda «el justo» esconde su rostro humilde sellado de castidad en el rincón más apartado. Nada espera, el carpintero de regio abolengo. Se daría por muy honrado

con que la princesita celestial lo tomara por esclavo... Cada vez que la encuentra en su sendero, siente impulsos vehementes de postrarse en tierra y de adorarla... y se contenta con besar la huella fluídica de su piecesito...

José, permanece extático en su oración... Pide al Eterno que el favorecido sea aquel que mejor sepa comprenderla y amarla... El no aspira a ser su esposo: no trocaría por un imperio de la tierra su voto de virginidad, nacido en su alma con la expontaneidad con que nacen los lirios en el huerto de María Santísima...

...Y José? pregunta el Sumo Sacerdote recorriendo las filas.

Nadie ha pensado en el humilde varón, cuya modesta apostura, evoca un campo de violetas...

Tampoco él ha escuchado la voz... está fuera de sí... Y cómo no estarlo, si en sus manos rudas encallecidas en el uso de las herramientas, tostadas por la intemperie, florece una azucena alba y perfumada?...

Llora de gratitud ante el Altísimo y su modestia desfallece sintiéndose indigno!..

Por favor especial de lo alto, comprende cual será su misión cerca de la Virgen del Templo, y, que no sufrirá detrimento el voto que le hace agradable a Dios, sino que le servirá de salvaguardia de esa otra pureza ante la cual palidece toda blancura y se empaña toda claridad...

Ante el prodigio los pretendientes, de María, humillan la cabeza: es Dios quien ha escogido la virtud de José...

La virgencita, acepta como arras, la milagrosa y simbólica azucena... perfumará eternamente su pureza... le recordará la hora bendita en que el Eterno consagró aquella amistad, ante la cual los cielos y la tierra se prosternarán por los siglos...

***

La casa de María tiene ambiente de Templo... frescura de jardín... Blancos los muros, flores por donde se mire... en cada ventana arcadas de verduras permanentemente florecida... No parece sino que allí residiera una Hada milagrosa y blanca, de singular poder y atractivo, porque las avecitas de la comarca, sabido es, que se dan cita en el alero de su tejado... Y que sus trinos hacen coro a una voz muy dulce... de acentos misteriosos y que tiene el poder de arrebatar en éxtasis a los que se acercan por esos senderos...

La blanca Princesa, de la casita derruida siempre está conversando con seres invisibles... Y lo que habla es una oración... Y su oración, palabras de un himno que deleita y transporta fuera de la tierra!..

Ella, se ocupa de las labores domésticas seguida de invisible aleteo... Son los ángeles que escoltan a su Reina, y que la sirven mientras el compañero trabaja allá en su taller...

Todos los muebles de la habitación de, María, los ha hecho, José, prosternada el alma en adoración... La cama virginal, que más

parece urna para depositar reliquias... La mesa de la cena, a donde se desarrolla el poema de aquella amistad celeste... a la hora en que, José, come la frugal comida preparada por las manos divinas, mientras su alma desfallece de gratitud y de devoción... La silla de alto respaldo, con qué ternura la trabajó, pensando que allí descansaría la cabecita coronada de cabellos de oro!..

Y, Ella, concede a su monaje todo el altísimo precio de amor y de sacrificio, y en cada objeto lee un himno de callada adoración del hombre santo que el Eterno le eligió de custodio de su pureza...

Unidos en un sentimiento recíproco de pureza y de amor espiritual, María y José, viven como deben vivir los bienaventurados en el cielo: de la visión de Dios contemplada y comentada a la altura de sus méritos; María, en plena posesión de la ciencia divina, y José, escuchando la revelación de labios de quien mejor pudo comprender a Dios en el tiempo y en la eternidad...

Así se prepara a la realización del prodigio, el alma bendita de la Inmaculada; y adquiere gracias para no morir de amor y de adoración, al sentir palpitar en sus entrañas al Hijo de Dios... para no morir de dolor, ante la visión pavorosa del Calvario...

Y cuando llega la tarde, hora de paz en que cesa la actividad del cuerpo, y el alma extiende las alas para anegarse en la claridad mística de la puesta del sol, María, se encamina al taller adonde, José, espera como premio de su trabajo la celeste visita, y juntos van a orar bajo el ramaje de la encina secular, adonde sus padres oraban... Y los almendros se despojan de sus flores, para alfombrar el suelo en que posa su planta la divina, María, con ese andar cadencioso y lento... Y sus vestiduras vuelan como si fueran hechas de girones de niebla...

José, absorto en muda admiración, va en pos de la Mujer bendita, haciendo las veecs de ángel guardián...

***

Es una mañana con alburas de castidad... Comienza a amanecer, y la Virgen dulcísima, entona su primera oración, fijos los ojos en el cielo...

En la ventana abierta ornada de enredaderas, las flores se doblan a mirarla y le envían su sonrisa vespertina en oleadas de perfumes...

Del huerto, llegan los trinos... un concierto alado acompaña la voz purísima... los árboles están florecidos de niditos... Todo canta... el rumoreo de la fuente... la brisa mañanera, que se filtra en ráfagas por entre los olivos y manzanos... los almendros albos de flores... las ranas del estanque cubierto de la pureza del loto... todas las voces del silencio, se unen en el himno de adoración de su Soberana... y las palomas y las golondrinas aletean en medio de aquel milagroso despertar.

Repentinamente un resplandor inmenso llena la casta habitación, cual si en un rapto de amor, se hubiera exteriorizado la hoguera en que se mantiene encendido el corazón de la Inmaculada...

Frente a Ella está el Arcángel Gabriel, escoltado por legiones de serafines...

¡Trae mensaje del Eterno!...

«Salve muy favorecida» le dice inclinándose en la más profunda adoración «El Señor es contigo, Bendita Tu entre las mujeres (*S. Lucas,* Cap. 1.) María «se turbó de sus palabras y pensaba qué salutación fuese esta».

«Entonces el ángel le dijo: María no temas porque has hallado gracia cerca de Dios».

«Y he aquí concebiras en tu seno y parirás un Hijo y llamarás su nombre Jesús».

«Este será grande y será llamado Hijo del Altísimo y le dará el Señor Dios el trono de David su Padre».

«Y reinará en la casa de Jacob por siempre: y su reino no habrá fin».

Con sencillez sublime propia de la más pura entre las mujeres, cuyo corazón no fué manchado con la culpa original, limpia de toda malicia, la Inmaculada, responde:

«Y como será esto? porque no conozco varón».

«Y respondiendo el ángel dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te hará sombra por lo cual también el Santo que nacerá de Ti será llamado Hijo de Dios».

La Virgen Santísima, inclinó la casta cabecita sobre el pecho... Dos bandas de madejas de oro cayeron en gracioso desparramo sobre sus cruzadas manecitas... Su cuerpo nadaba en un océano de infinita claridad, en medio de un silencio de espectación y de misterio... Pendiente de su respuesta el Universo enmudecía... La palabra milagrosa de redención vertió de sus labios en torrentes de luz y armonía...

«He aquí la sierva del Señor; hágase en mí conforme a tu palabra...»

Y María, más pura que el sol concibió en aquel glorioso instante en sus entrañas por obra y gracia del Espíritu Santo, al Redentor del mundo!..

Y el Padre descendió de su solio eterno y besó la frente de la siempre Virgen María!..

En medio de las armonías de las harpas angélicas, las celestes voces promulgaron el misterio, mientras los coros de los ángeles cantaban en torno de la Llena de Gracias:

«Salve muy favorecida, el Señor es contigo, bendita Tú entre las mujeres».

Y Gabriel, en representación del alma dormida de la mísera creatura que yacía en el pecado, adoraba a María...

El huerto había enmudecido... las palomas giraban al rededor de la Virgen como nebulosas en torno del sol... mientras los ángeles se postraban a adorar a la Madre de su Señor!..

***

Y el único ajeno al misterio era, José, en la casa de Nazareth poblada de ángeles...

La mística aureola de la divina maternidad, fué visible a los ojos del Patriarca, no así la causa del milagro... cual si el Eterno quisiera poner de manifiesto, que ningún lazo de sangre unía al Hijo ni a la Madre, con el Custodio de la Santa Familia.

Los misterios de la Redención, se desarrollaban a tanta altura que se necesitaba luz del cielo para penetrar en ellos.

Y José, vivía en la oscuridad; lleno de confusión lloraba y hacía oración a fin de alcanzar del Altísimo descorriera el velo que había entenebrecido su celestial felicidad, al lado de la más Pura entre las mujeres...

Sintiéndose incapaz e indigno de descifrar el enigma que envolvía en misterio a su Inmaculada Compañera, decidió entre lágrimas «abandonarla secretamente» (*S. Mateo*, Cap. 1.) huyendo de aquella ignorancia que lo enloquecía... que amargaba sus horas...

Cómo dudar de la dulce y blanca, María, cuya sola proximidad santificaba y que tenía el ambiente perfumado de aroma de azucenas?..

Arrodillado a la puerta de la habitación de la Llena de Gracias, gemía su inmenso desconsuelo... iba a partir... y besaba el suelo, protestando secretamente, de todo pensamiento que no fuera de respeto y de adoración, mientras, Ella, dormía su sueño de inocencia velada por coros de ángeles...

Vencido por el sueño y el peso de tanto dolor, se durmió, y en su sueño milagroso, vió al ángel del Señor que venía a consolarlo:

«José, hijo de David, no temas recibir tu mujer, porque lo que en Ella, es, engendrado del Espíritu Santo es».

El santo Patriarca, no necesitó más para posesionarse del prodigio y desde aquel momento despertó a la vida del milagro, con gozo sobrehumano...

Sus ojos maravillados no se saciaban de contemplar a la Madre de su Señor, y de rodillas adoró el misterio de su infinita pureza.

***

Presurosa sube la colina con majestad de Reina, la Llena de Gracias... Las flores nacen a su paso y las avecitas la escoltan y le cantan sus más alegres trinos... Una bandada de golondrinas viajeras detiene el vuelo para formarle aureola en ausencia de las estrellas y se agregan a la comitiva alada y jubilosa...

Es tan blanca la visión, que no parece una creatura sino un trozo de niebla que hace su camino por el espacio...

Allá, bajo la rosada floración de los duraznos, a la entrada del huerto, Isabel, su prima, esposa de Zacarías el sacerdote del Templo, la aguarda, prevenida de su visita por los mensajeros celestes. Arde en deseos de abrazarla y hacerla participar de su

dicha, porque en la ancianidad va a ser Madre, por favor especial de Dios, como le anunciara Gabriel, a María Santísima.

Y apenas la divisa flotante y alba, avanza a encontrarla y se precipita alborozada en sus brazos...

¡Oh prodigio! Al sentir el dulce contacto de la Madre de Dios, el hijo de Isabel, salta de júbilo allá en el claustro materno: ha recibido de lleno los fluvios de Jesús, y es santificado antes de nacer...

«Llena del Espíritu Santo, exclamó, a gran voz»

«Bendita Tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre»

«Y de dónde a mí que la Madre de mi Señor venga a mí?»

«Porque he aquí como llegó la voz de tu salutación a mis oídos, la creatura saltó de alegría en mi vientre»

María, en un arrebato de amor divino, fijos los ojos del alma en el Tabernáculo a donde el cuerpecito de su Jesús, duerme su primer sueño humano, exclama las palabras sublimes del «Magnificat», canto eterno resumen de toda belleza y armonía, apoteósis en que se exalta el prodigio mayor de humildad que han presenciado los siglos... Himno lleno de poesía y de profundidad, que revela la altísima comprensión de María... el supremo rendimiento del Ser más perfecto de la creación, única capaz de entonar palabras cuyo sentido escapa a nuestra inteligencia limitada...

(*S. Lucas,* Cap. 1, vers. 46.) «Engrandece mi alma al Señor Y mi espíritu se alegró en Dios mi Salvador Porque ha mirado la bajeza de su Sierva porque he aquí donde ahora me dirán Bienaventurada todas las naciones. Porque en mí ha hecho grandes cosas el Poderoso y Santo es su nombre, y su misericordia de generación en generación a los que le temen. Hizo valentía con su brazo: esparció a los soberbios del pensamiento de su corazón, quitó los poderosos y levantó los humildes, a los hambrientos hinchó de bienes y a los ricos envió vacíos». «Recibió a Israel su siervo acordándose de la misericordia. Como habló a nuestros padres a Abrahan y a su cimiento para siempre».

La divina canción había enmudecido mas, Ella, suspendida del suelo, continuaba en éxtasis adorando al Niño dormido en sus purísimas entrañas...

Y las palabras de María, se conservan en la memoria de los cristianos a través de los siglos como un milagro de humildad, de la Hija del Padre, Esposa del Espíritu Santo... Y; ¡Madre del Hijo!..

**

Legiones de estrellas se han desprendido del firmamento... Un prodigio de amor se realiza en esa hora solemne y pasa desapercibido de los humanos... en ausencia de los hombres, los astros adoran al Dios hecho carne... caen en copiosa lluvia en torno del pesebre, adonde tirita de frío, el Amo del mundo, y siente en su

cuerpecito más delicado que las flores, la lastimadura del humano contacto...

Recostado tiernamente por manos divinas en el montón de pajas encontradas en el pesebre abandonado, está el Sol del Universo... a su lado, arrodillada, una Mujer de belleza sobrehumana, aureolada de estrellas, lo contempla con ternura extraña a todo sentimiento terreno, en que se exterioriza el resplandor de la inmensa hoguera de una apasionada y mística maternidad... es un culto espiritual de proporciones desconocidas...

Atrás, a respetuosa distancia, un anciano de mirada casta, de barba blanca, majestuosa como una cima nevada, se oculta con modestia, cual si una luz demasiado fuerte hiriera la mansedumbre y la devoción de sus ojos contemplativos...

En medio de los astros de mirada fría, una estrella de poderosa magnitud, de resplandores mágicos, detiene su carrera frente al establo, y sus milagrosos rayos envuelven en un beso de luz, el Cuerpecito del Niño maravilloso, que tiene el poder de volver opaca la luz de la tierra... porque todo, El, es luz...

Casi al mismo tiempo llegan pastores avisados por los Angeles y los Reyes Magos a quienes ha venido guiando la Estrella...

Doctos intérpretes de los Astros, comprendieron el aviso, y que ese camino de luz señalando rumbo hacia Belén, en la oscura bóveda del cielo era una invitación milagrosa....

Y la Madre blanca y Pura, quitándose el manto que la defendía de la crueldad de aquella noche de nieve, abrigó el cuerpecito atormentado de su Hijito y con su cabellera blonda y copiosa, lo envolvía en un ambiente de tibieza... Lo estrechó contra el corazón en ademán de darle todo su calor... toda su alma... y en esa apasionada actitud lo presentó a la adoración de los pastores y de los Reyes, uniendo sus alabanzas a las voces de los ángeles que hacían vibrar el universo llenándolos de las armonías del:

«Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz, a los hombres de buena voluntad».

***

El poema de la casa de Nazareth, desde el nacimiento de Jesús, se desarrolla entre los cantos de los ángeles y los besos de la madre...

En ese nido de almas, la maternidad de María, lo envuelve en sus castos abrazos para librarlo del dolor y reza devotamente a sus oídos, todas las maravillosas armonías de su infinita ternura... Ordena a los Angeles que alegren con las notas de sus harpas, la nostalgia de Jesús, perseguido desde la infancia por la visión de la Cruz...

Limpios de la mancha original, el Hijo y la madre, ejercen potestad sobre todo lo creado: las aves del cielo obedecen a su

voz... María, distrae a su adorado Pequeño, colgando su manto azul, bajo la sombra de los almendros floridos y meciéndolo en el aire en esa improvisada y real hamaca que envidiarían los bienaventurados del cielo...

Y las avecitas vienen a cantar sus idilios, en dulces trinos, y las mariposas lo distraen con sus giros de luces... La voz de la Madre Inmaculada acompaña el vaivén del nido alado, con celestes canciones... y las albas flores vuelan en copiosas legiones y vienen a llover en torno del Niño Divino, cual bandadas de almitas en adoración...

María no se sacia de contemplar la dulzura de su Jesús... la melancolía de esos ojos en que se retrata el doloroso cuadro de amor que destrozará el cuerpo tres veces Santo!...

Ella, querría esconderlo de nuevo en el Santuario de sus Entrañas para ponerlo al abrigo de la infame barbarie de sus Creaturas!... Un velo de lágrimas acentúa el encanto de la hermosura de la Llena de Gracias, como embellecen las gotas de rocío a la flor...

Desde el día en que el Sumo Sacerdote Simeón tomó en sus brazos al Niño y le dijo:

«Una espada de dolor traspasará tu alma de ti misma».

Su corazón quedó atravesado por el pensamiento de la Pasión de aquel Hijo dulce y triste, que era todo Luz y Amor... y que sufriría martirio de soledad... de ingratitud... y de dolores...

Bien sabía ella que su divino Hijo padecería voluntariamente, por un milagro de amor desconocido para el hombre, no obstante su corazón sangraba... Sus ojos maternales acariciaban al precioso Niño plácidamente dormido sobre su seno bendito, y besaba en espíritu aquella boquita perfumada cuyo soplo milagroso había infundido alma al barro grosero, esas manitas que en ademán de soberano mandato crearon el sol, la luna, las estrellas...

Y ese Ser poderoso, cuya sabiduría mantenía el equilibrio del Universo, era ese mismo Niño débil y tierno que buscaba afanoso los brazos de su madre y no se podía pasar sin sentir el calor de su maternidad santa...

Y mientras el Niño crecía y fortalecíase y se henchía de sabiduría, la gracia de Dios era sobre El... la madre preparaba su corazón para soportar sin morir, el dolor de los dolores...

Y cada vez que sus ojos se cerraban para descansar, veía en sueños una Cruz cuya base comenzaba en la tierra... cuyos brazos se perdían en el cielo... y el ruido de los azotes la despertaba bañada en lágrimas...

***

¡Al pie de la Cruz está la madre!... Pendiente, el Hijo adorado!... el de los ojos mansos, dulces y azules como las aguas de los lagos de Jenezareth... el de los cabellos impalpables como las hebras del lino...

Los brazos que rodeaban el cuello purísimo de María, no son más que una llaga sangrienta y destrozada!... Los pies que descendieron del solio Eterno para vencer la muerte y abrir al hombre las puertas eternas... allí están! ¡informes! traspasados por el hierro... clavados al madero!..

Y todo ese dolor, tiene Ella, que soportar sin sucumbir... Sufrimiento que a cualquiera madre, haría estallar en pedazos el corazón, ella debe llevarlo mientras dure su vida, con toda la fuerza del primer instante! Es su parte en la obra redentora!..

¿Cuánto tiempo durará? Ah! María conjunto de perfecciones, cuyo cuerpo divino guarda armonía con su alma, no puede matar el dolor!.. Con el carazón sangrante vería agonizar!.. ¡morir!.. al Hijo adorado... Ella recogerá los tormentos de su postrera hora, en sus fibras más íntimas, en su retina... Y en esa vibración de atroces dolores su vida se deslizará, concentradas las fuerzas del pensar en la visión ensangrentada del Mártir, pendiente de la Cruz!...

Y la fiera humana, que no dejará parte del cuerpo de Jesús, adonde no imprimiera la demostración de su barbarie, llegará a buscar sus brazos maternales para refugiarse!.. su amor para no morir de frío y de soledad!...

El martirio de María, rescatará a la mísera humanidad desterrada... porque cada minuto de dolor suyo, significa una medida eterna de gracias y de perdón del Hijo... De ese Jesús, cuya boca no pronunció sino palabras de perdón y lecciones de alta sabiduría!.. Esas manos que curaron todas las heridas!.. ese corazón que se acercó a todos los afligidos!.. que comprendió las fragilidades!.. que todo lo sanó!..

¡Oh! la música celestial y arrobadora de las canciones de la madre, cómo se tornarán en doliente melopea de perdones... en vez de la dulce cabeza reposando en el seno maternal verán sus ojos el cuerpo destrozado y sangriento del Mártir... Y la Herida de su corazón se mantendrá abierta y enconada!..

La tragedia inenarrable del Calvario, ha llegado a la cima del dolor humano!.. el poema de amor infinito del Crucificado toca a su fin!..

Dobla la cabeza el Cristo doliente con sublime gesto de perdón!.. su mirada triste, con tristeza de insondable abismo, busca los ojos agónicos de su Madre, para consagrarle la postrera manifestación de cariño infinito!.. para darle fuerzas, en ese minuto supremo, y distraer un tanto su tormento con la visión de rescate que va a confiarle... ¡Es el testamento de su corazón!..

Y aquellas miradas se unen en un doloroso estallido... se funden en un misterio de adoración... y del choque de las dos luces, nace la maternidad de María sobre la mísera creatura causa de los dolores de Jesús!.. «Mujer he ahí a tu Hijo «He ahí a tu madre». Palabra milagrosa de creación... de luz, que consagró, la posesión del amor y de la compasión!.. la maternidad de la madre de

Dios, como madre nuestra!.. Palabra que revela el delirio creador de Dios, amparando su obra para que permanezca...

***

María sigue viviendo su doloroso martirio de recuerdos y de soledad... Hasta que la voluntad del Hijo adorado se cumpla y quede establecido su reinado espiritual...

Apoyada en el brazo de Juan «el muy amado» va diariamente a visitar el sepulcro que durante tres días albergó el cuerpo sacrosanto de Jesús... y lo empapa de lágrimas y lo llena de flores... Y sus ojos doloridos siguen la huella de luz de su Hijo en el cielo azul...

Ya nada le atrae en la tierra... una sola idea le domina: morir cumpliendo la voluntad divina...

Es tan poderosa la atracción de lo alto, que no encuentra consuelo sino en la Santa Eucaristía... Languidece de amor en ese revivir del misterio de la Encarnación en que se remueve el poema de su maternidad amantísima, de las ternuras de aquel Hijo tan hermoso y tan dulce, que ahora en sus diarias visitas espirituales la habla en el misterioso lenguaje de los cielos que ella sólo puede comprender... y la hace sentir momentos de felicidad inenarrables trasportándola a su Reino, mostrándole el sitio que ocupará a la diestra del Padre... Y torna entre sus manos de luz la preciosa y dolorida cabeza y la recuesta sobre su pecho a fin de que su espíritu se reconforte...

Y la envoltura mortal de María Santísima se vuelve cada vez mas sutil... el Hijo va preparándola para llevársela en cuerpo y alma al cielo...

La Resurrección de Jesucricto sería incompleta si el cuerpo que lo vistió de carne quedara sujeto a corrupción...

Por eso la madre se va volviendo luminosa... El discípulo amado, no puede permanecer junto a ella sin caer de rodillas... el alma de la Dolorosa, absorbe la materia, e irradia a través de la trasparencia corpórea... El perfume de la azucena Inmaculada, se va convirtiendo en luz!..

***

«Quién es ésta que sube del desierto recostada sobre el amado?» (*Caulan*, Cap. 8, vers. 5.)

***

El cielo está de gala...

En el piélago de llamas resplandecientes, las voces angelicales entonan el «Hosana» en notas de armonías desconocidas que se desvanecen en juegos de luces suavísimas... en claridades de aurora... en fulgores espléndidos de crepúsculos perfumados de incienso... Rosas, azucenas, jazmines deshojados, alfombran las

nubes... Las estrellas titilan en caprichosas arcadas, resplandeciente sobre todas las de Belén...

Vírgenes en bandadas, cual lirios alados... Los Mártires formando guirnaldas de copihues rojos... Los Apóstoles, confesores, Pontífices, adornados de los símbolos de su misión o jerarquía, forman el celeste cortejo en carro de nubes...

Miguel y Gabriel, llevan en triunfo el signo Vencedor: la Cruz; en que el Hijo murió!.. y avanzan por un camino de claridad que emana del corazón del Padre...

Los Evangelistas sostienen un vaso de pórfido, adornado de piedras preciosas, conteniendo la Sangre de Jesús y las lagrimas de la Madre... son las ofrendas de amor y de rescate trofeos de gloria inmortal que presentaron al Eterno...

¡El cielo está de gala!..

Es la Reina que vuelve del destierro. La Hija del Padre, Esposa del Espíritu Santo ¡Madre del Hijo!..

Viene en pos de Ella, el alma Universal de la cristiandad representada por esas legiones de llamas de fuego que centellean a sus pies divinos, con la insistencia de una imploración.

El Hijo con aire triunfal sale a su encuentro y todas las voces del cielo entonan el «Magnificat» que es el himno de la Soberana...

María se reclina dulcemente en aquel seno y asciende sentada en el sol y llevando de cojín para sus Pies la luna...

Alegría celeste despiden los ojos divinos del Salvador... la luz resplandece en la mirada materna... Pero... aun la hermosura de Ella, está sellada del doloroso desmayo que imprimiera el martirio del Calvario de su soledad llena de lágrimas. Es como el sollozo que queda en el pecho después del llanto... Y el encanto de la belleza de María aumenta con aquella confirmación de su amorosa maternidad...

Con triunfal goce Jesús presenta al Eterno a la que le dió el Ser más pura que el Sol... Desciende de su solio a recibirla en sus brazos y le hace rendir honores de Soberana de cielos y tierra... la sienta a su diestra en el trono de nubes resplandecientes, rodeada de serafines y de estrellas que la miran con arrobamiento a través de los centellos de sus ojos .. de vírgenes y de azucenas compitiendo en obsequiarla con el delicado perfume de su cariño... Y los mártires ardiendo en la llama viva de su amor... Y todos los habitantes del cielo, enamorados de la Llena de Gracia...

Rueda por el piélago ardiente, por las nubes encendidas, la voz tonante del trueno entre llamaradas de claridad eterna... Y los cantos de los espíritus celestes se esfuman en la luz que despide el cuerpo sacrosanto de la Madre de Dios...

La tierra también rinde su tributo a la Madre libertada del cautiverio... los árboles... las ondas... las cavernas... los mares... el viento en sus rugidos, le envían su adhesión en una melodía incorpórea y tierna... en un gemido de soledad...

Y allá está la Madre!..

Nuestros brazos se tienden desde el destierro, y, la buscan nuestros ojos con filial ansiedad en un gesto de desolación y de esperanza!..

¿De quién vendrá el auxilio sino de Ella?..

Cuando el alma es víctima del propio corazón...

Cuando se experimenta la asfixia de lo terreno, y, nostalgia de alturas espirituales...

Cuando se ha probado la grandeza humana, los honores, las riquezas, y todo no ha dejado sino sabor de falsedad y frío, y, un aumento enorme de soledad y de confusión, porque el alma está fuera de su elemento y aspira a lo que no muere...

Cuando vemos rodar por tierra los altares de nuestro corazón, hambriento de ideal y sus ídolos destrozados, nos muestran con ironía sangrienta, el barro interior...

Cuando la mano de Dios nos separa de los que amamos, poniendo entre nuestras vidas distancias infranqueables de tiempo o de eternidad... y toda luz languidece y se apaga...

¿Qué remedio hay en lo humano?..

Entonces todos los secretos de nuestra alma... todo el poema de amor y de desgarramiento... toda la tragedia no exteriorizada, porque no tuvimos a flor de corazón un alma que vibrara en armonía, ni manos tan leves que tocaran la herida sin enconarla... todo nuestro ser, mira hacia las alturas en su desolación, atraída hacia el corazón de nuestra Madre, como el éter atrae la llama de la hoguera...

Porque es la Soberana de cielos y tierras, la Llena de Gracias, y nosotros, los desterrados del valle de lágrimas, somos sus hijos dolientes y desamparados...

Allá en las alturas está la Madre...

LAS ARTES INSPIRADAS POR MARÍA

Blanca S. de Valdés O.

Si el culto de María ha sido en el mundo una fuente muy fecunda que ha hecho florecer la paz, la alegría y las más perfumadas virtudes; si ha trasformado la familia, la sociedad y la suerte de la mujer, también se puede demostrar que, para las artes, ha sido una sombra benéfica, motivo de inspiración constante, un arco de alianza entre las bellezas de la tierra y las del cielo.

El arte es la expresión o la manifestación de la belleza en sus distintas formas.

Mas, ¿qué cosa es la belleza?

Muchas veces, al sentir un íntimo extremecimiento de complacencia ante una forma, un colorido o un paisaje que ha cautivado el sentido de nuestra vista, nos ha venido a turbar esa pregunta.

¿Cuál es la balanza infalible que pesa en nosotros, la justa medida de la belleza?

¿Cuál el maestro invisible que nos enseñó a fallar con certeza: esto es bello; esta forma es perfecta?

San Agustín, que con su espíritu eminentemente filosófico ha ahondado todo misterio, se hizo tales preguntas y luego contestó: «Yo encontré que más arriba de mi espíritu había una verdad inmutable que es la eternidad misma... y, es así, Dios mío, como por la luz de la inteligencia vi vuestra belleza invisible en las cosas visibles».

Platón definió la belleza: «el esplendor de lo verdadero».

Según, pues, el testimonio de Platón, de San Agustín, de los sabios todos y de las almas puras, la belleza es Dios, ya que El es la verdad eterna.

Los hombres, sedientos de belleza, pero débiles y enfermos para llegar a beberla en su fuente, buscan sus reflejos en las criaturas. Los grandes genios, un Homero, un Miguel Angel, un Beethoven, han desviado un pequeño arroyo del eterno río para aplacar nuestra sed, se han adueñado de la poesía diseminada en

la naturaleza como un suave y débil matiz de la Belleza Increada, y la han fijado en un lienzo, en páginas imperecederas, o en acordes de armonía; el mundo les es deudor de inmensa gratitud y han escrito sus nombres a la cabeza de la humanidad.

Pero, hay alguien, y es una mujer que, además de ser ella la criatura más bella salida de la mano de Dios, ha producido en su seno a la Belleza Eterna, Increada, manantial de toda belleza. Esa mujer es María, nuestra Madre y Patrona en cuyo honor estamos hoy reunidas y cuyas glorias queremos celebrar dignamente en cuanto sea posible.

***

Entre las distintas formas de belleza que han cautivado a los hombres, en todos los tiempos ha sido la mujer el tipo ideal; ella ha sido la perpetua inspiradora de los artistas y poetas que han embellecido el mundo con sus obras de arte. Antes de Cristo, en el siglo de oro de la Grecia, la mujer representaba la belleza pura de las formas; después, en la éra del Cristianismo, se le ha manifestado como un ser más completo, se han descubierto los tesoros ocultos en su corazón y la poesía la ha cantado ya no tan sólo como a fria, airada y platónica belleza, sino como a ángel de ternura y piedad, como a guía del hombre por el camino hacia la luz, como a heroína del dolor y del amor.

Mas, en el deslinde de una y otra éra, encontramos a la que, entre todas las mujeres, es la más perfecta, la que realiza el ideal anhelado, la que en cantos de amor ha sido llamada flor de los campos, dulce aurora, estrella matinal, cedro frondoso, a cuyas plantas humilló su pálida frente «la luna amada de los poetas», cuya diadema es un engaste de estrellas bajadas del firmamento para rodear en un nimbo de luz a la estrella única, viva, misteriosa y poderosa sobre las almas.

Desde el día de la aparición de este nuevo astro se abrió al arte un nuevo orizonte, y el artista encontró en la humilde persona de la doncella de Nazareth una manera de levantar su talento hasta lo sublime, evocando la belleza ideal del alma de María.

Es cierto, desgraciadamente, que en los últimos tiempos el mundo ha retrocedido de una manera alarmante hacia el paganismo, y la triste idea de que el arte, para ser arte, debe descorrer el velo que oculta el lodazal cenagoso de los vicios, se ha hecho dueña de gran parte de la sociedad moderna. Esa es la degradante escuela del realismo naturalista. En tan delicada materia oigamos lo que escriben plumas autorizadas.

El conde de Maistre se expresa de ésto modo:

«El Cristianismo, que no admite nada de lo que pueda alterar la moral, ha pronunciado una ley sencilla; esta ley proscribe toda representación, cuyo original ofenda en el mundo los ojos de la prudencia humana... No ha dejado de observarse que esta reserva perjudica al arte; pero esto es un error que descansa en una

idea falsa de lo bello que define el vicio a su manera confundiendo lo que agrada con lo que es bello, o en otros términos, lo que recrea a los sentidos, y lo que complace a la inteligencia. Aquellas máximas perniciosas, sólo se propagan por la medianía, que se pone a sueldo del vicio para enriquecerse. Lo bello religioso está sobre lo bello ideal, puesto que es el ideal del ideal, pero pocas gentes pueden elevarse a esta altura; el artista vulgar deja lo que es bello por lo que le agrada... Una ley severa que regula y disciplina todos los pensamientos del arte, le hace mayor servicio oponiéndose a la corrupción, que destruye al fin lo bello de todas las clases como una úlcera maligna que corroe la vida.

Víctor Cousin, que no participaba de las doctrinas de Maistre, se expresa de una manera semejante:

«Lo bello es agradable y el arte agrada, sin duda alguna; pero el agrado no es la belleza, y el arte se propone cosa muy distinta que causar placer. Lo que sustituye el agrado a la belleza y trata solamente de agradar, no es, pues, un arte: es una práctica servil, dice Platón, un oficio como el de la cocina».

Un autor español escribe con aún más energía:

«El arte moderno quiere presentar al hombre una imagen grosera y nauseabunda de sí mismo, pero los espectáculos constantes del vicio embotan y pervierten la delicadeza moral a la manera que se embotan y pervierte el sentido auditivo del músico a fuerza de oír el estruendo del cañón».

Digamos ahora una palabra de Schiller:

«El Cristianismo es la manifestación de la belleza moral, la única religión verdaderamente estética».

Mas, aquí señoras, quisiera que todas a una sola voz, interrumpiéramos a los escritores de fama para exclamar con íntima satisfacción: «Felices somos, hijas de Chile creyente y noble, porque nuestras madres nos han enseñado desde pequeñitas el modelo de toda belleza en la imagen de María, y habiendo nuestros sentidos bebido desde el despertar en tan pura fuente, no serán nunca capaces de descender a buscar el arte en un río turbio y degradante.

***

Es preciso recorrer aunque sea rápidamente la historia del arte en los siglos de la era cristiana para ver destacarse la figura luminosa de la que es hoy el objeto de nuestro estudio y alabanzas.

Catacumbas. Principiemos por dar una mirada a las catacumbas y, a la luz de la antorcha que nos guía por esos estrechos y oscuros subterráneos, verdaderos relicarios que guardan escondidos el más intenso perfume de piedad cristiana, contemplemos con emoción las primeras imágenes de la madre de Dios. Los primeros cristianos nos han dejado una prueba irrefutable de su amor hacia María y esas pinturas primitivas que, la más de las veces, la representan sentada en un trono, con toda la

dignidad de una matrona romana y la majestad de una reina, son el más elocuente monumento contra las herejías que más tarde, tanto en la religión como en sus manifestaciones, quisieron separar a la madre del hijo-Dios.

También la vemos sola en actitud de orar; dos palomas la acompañan y, para que nadie pueda engañarse, en la parte de arriba de la pintura leemos la inscripción partida por la mitad Ma-ría.

Cuando libre de persecución, la Iglesia de Cristo salió a profesar su fe a la luz del mundo, con ella salió de la oscuridad la imagen de María y, como en arco triunfal fué figurada en brillante mosaico sobre el gran arco de la antigua basílica Santa María la Mayor, en Roma.

Las distintas ciudades de Italia siguieron el ejemplo de Roma y, hasta el día de hoy, se sigue descubriendo en cada una de ellas tesoros de arte escondidos por los siglos y entre ellos innumerables imágenes de María ya en pintura, ya en Mosaico o aun en trozos de marfil.

Edad Media. Avanzando por esos tiempos remotos llegamos a la Edad Media y esta es la gran éra del amor a María.

La Edad Media es esa edad de la humanidad, atacada y denigrada por muchos, ensalzada con fervor por otros. Algunos han dicho de ella que fué un caos de barbarie; otros, y entre ellos muy insignes sabios modernos, han vuelto por su honra y la saludan como a un tiempo extraordinario en que la humanidad animada por un soplo espiritual, hizo los más poderosos esfuerzos que jamás se hayan hecho hacia el progreso y la civilización.

Ello es que no podía dejar levantarse del polvo una generación que vivía con la divisa «Jesús y María», en el pecho, que caminaba por la vida con el alma llena de ideal y los ojos puestos sobre el blanco faro que ella llamó «Estrella del Mar».

Catedrales Góticas. Nadie ha obrado maravillas como el amor y, en prueba de esa verdad, ahí están las catedrales góticas, las «Notre Dame» que surgieron en los distintos pueblos de Francia, las maravillas de Colonia, de Milán, de Burgos, de Toledo y tantas más, dedicadas todas al amor de María.

En este mundo siempre egoísta e interesado ¡qué espectáculo más extraño fué el que ofrecieron en los siglos XII y XIII esos pueblos fervorosos convertidos en un enjambre de las más artificiosas abejas! Recordemos que en aquel tiempo los medios de comunicación eran harto escasos y al revés de lo que sucede hoy día que cuando se eleva un palacio o un grandioso templo se hace venir especialistas de arte y materiales de centros más adelantados, así cada ciudad tuvo su gloria en rivalizar y desafiar a los

vecinos pueblos improvisando sus artistas que sin saberlo ellos se levantaron de su humildad animados de un espíritu genial. Hizo maravillas el herrero, maravillas el vidriero, maravillas el escultor y el conjunto de sus esfuerzos edificó en la tierra palacios celestiales para la Reina del Paraíso. El secreto es que cada uno de estos obreros de fe trabajó por amor, por una sonrisa de su soberana.

Se dice que no hay ningún problema escultural que no haya sido resuelto en las catedrales góticas; también se les ha llamado con mucha propiedad «masas de simbolismo» porque en cada problema se encerró un símbolo. Los campanarios que se elevan a una inmensa altura sobre el túmulo de la ciudad nos enseñan que venciendo los deseos terrenales, debemos ascender en corazón y espíritu. Las grandes naves en forma de cruz nos hablan del misterio de la redención; la ojiva es el símbolo de la oración, las horribles formas que se esconden en las cornizas hablan al cristiano de las miserias del pecado. Las ventanas de brillantes colores y las maravillosas puertas talladas son libros abiertos que enseñan al pueblo lecciones de sabiduría y de santidad.

Quien una vez principia a ponderar el cúmulo de belleza encerrado en las catedrales medioevales no se detiene fácilmente en su entusiasmo; visitándolas, tanto el artista como el cristiano siente cumplirse algunos de sus mejores anhelos de ideal y la inteligencia reconoce en ellas una muestra de lo que puede el vuelo hacia las esferas superiores, y un triunfo de la espiritualidad.

Mas, es tiempo que volvamos la vista a otra parte y sorprendamos a nuestra Reina en otro ramo del ingenio humano.

Divina Comedia Hay como un puente espiritual que une a esos paraísos de piedra que acabamos de visitar en el pensamiento, a una obra que podríamos llamar la «gran catedral de la poesía». Los siglos XII y XIII vieron levantarse aquellos templos hacia el cielo y en 1265 nacía en Florencia, Dante Alighieri, el cantor de la epopeya celestial y humana «en la cual han puesto mano el cielo y la tierra», que no ha sido ni será nunca superada en el vasto campo de la literatura.

El amor a María ardía en el pecho del Dante con una llama muy viva y aunque el mismo lo confesara diciéndonos en uno de sus cantos que jamás, mañana y tarde, olvidó de invocar el nombre de su bella flor, sus lectores ya lo habían adivinado al ver florecer, cual rosa luminosa, el nombre de María en más de veinte de los imperecederos versos del poema gigantesco.

Dante fué un asiduo lector de San Bernardo, llamado el «Doctor de María», y, en la última etapa de su viaje extra-terreno, Dante se deja guiar por él después que Beatriz se retira a ocupar el trono «que sus méritos le habían destinado».

¡Oh, qué acentos y qué miradas de amor indecible son los que

el poeta pone en los labios y en los ojos de su venerable compañero cuando le enseña, en el medio de un círculo de mil ángeles con las alas abiertas, el esplendor de María que infundía alegría a todos los santos.—«¿Quién, nos dice, será capaz de expresar la más mínima partícula de la belleza derramada sobre su delicioso semblante?».

En el gran silencio eterno resuena entonces el *Ave María; Ave María* canta el ángel Gabriel, *Ave María* repiten los coros de elegidos; el mismo *Ave María* que impregna la tierra de dulzura celestial, que para los pobres peregrinos de esta vida es un rocío suave y refrescante.

El último canto de la Divina Comedia principia con una invocación de San Bernardo: "Vergine madre, figlia del tuo figlio..." (Virgen madre, hija de tu hijo) váse desarrollando y ampliando en una ferviente oración que, como un grandioso himno sinfónico, cierra y concluye una obra portentosa, casi divina.

Renacimiento. Bien conocida es la historia del arte en los siglos XIV, XV y XVI y se necesitaría ser ciego para dejar de ver la aureola nueva de gracia y belleza con que esa éra, llamada del Renacimiento, rodeó a la Virgen María. Si estudiamos la escuela flamenca encontramos siempre a María reproducida con grave y profunda piedad; si recorremos la Italia, no vemos otra cosa en iglesias y museos; María, siempre María, pintada mil veces por los Giotto, los Lippi, los Ghirlandajo etc...

Fray Angélico. Hay un pincel privilegiado entre todos que narró a los hombres la vida más santa y hermosa que se conoce, cual es la de María. Queremos hablar de Fray Juan de Fiesole, mas conocido por el sobrenombre de Beato Angélico, cuya piedad ha dejado en el convento de San Marcos en Florencia un tesoro que el gobierno ha adquirido y conserva con recelo. El que ha visitado San Marcos, seguramente se ha sentido transportado en un mundo mejor y habrá respirado el ambiente místico y casto que en aquellos claustros dejara el artista santo, el humilde monje, al pintar, más con el corazón que con los dedos, esos frescos encantadores, impregnados de la más dulce, la más serena piedad.

Parece que nadie como él supo dar a María el sentimiento exquisito de la pureza virginal y de una sencillez digna y recatada, mientras que los amplios mantos que la visten, las orlas y aureolas de oro que le dan realce, los deliciosos ángeles que la rodean, indican que, en medio de su admirable modestia, ella es siempre la Reina del Cielo. Que a nadie extrañe la profunda comprehensión del pintor; él que desdeñó los bienes humanos supo pintar a los santos, él que vivió una vida de pureza y de piedad supo invocar el reflejo de esas virtudes; él que vivió en Cristo pudo pintar

a Cristo; él que fué hijo de María retrató a su madre con amor y, sin duda alguna, él pintaba en las celdas de sus hermanos las radiantes imágenes que cada día, en cada aurora se presentaban a su alma contemplativa mientras oraba, extasiado, en la suya propia.

Della Robbia. Ya en tiempo del Angélico había principiado en el arte la lucha entre el ideal espiritualista de la Edad Media y el ideal naturalista del renacimiento que era el que debía triunfar. Sin embargo, los piadosos Della Robbia conservaron en su obra la primera de estas escuelas y llenaron a Florencia de sus Madonnas en bajo relieves de terra-cota esmaltada que aun se ven adornando las fachadas de los conventos y hospitales. Dos salas del museo nacional de aquella ciudad se hallan repletas con estos preciosos trabajos.

Entre la multitud de eximios pintores que han sido la gloria de la altiva Florencia, podemos fijar nuestra atención en el que los críticos han llamado el pintor de la gracia artística.

Botticelli. Es Sandro Botticelli que pintó las madonas de formas aristocráticas, alargadas y esbeltas, de color exquisito, rodeadas de ángeles llenos de gracia y distinción. El ojo no se sacia de contemplar el dulce encanto y la gracia incomparable de esas cabezas florentinas.

Memling. Abandonando un momento la tierra del arte, la tierra de la Madona, oigamos lo que escribió un crítico francés del pintor Memling, contemporáneo de Fray Angélico, alemán por su origen y flamenco por la escuela de su pintura.

«Solamente preocupado de la belleza moral, el maestro de Brujas escogió para pintar a la Inmaculada, los más piadosos, los más dignos semblantes que pudo hallar. Oh!, los ojos, de las Vírgenes de Memling, esos ojos y límpidos profundos. Emana de ellos una fragancia sutil y purificadora, como de los tiernos pétalos que nacen en la primavera sobre las ramas de los vergeles. El nos muestra un tipo de perfecta esposa cristiana. La aceptación de los deberes austeros está escrita sobre esa frente; el abandono a la voluntad santa se lee en esa mirada, y la fisonomía toda ofrece la serenidad de una conciencia limpia y tranquila».

Volvamos a Italia para encontrarnos, en pleno renacimiento, con los grandes genios que se llamaron Leonarlo da Vinci, Rafael y Miguel Angel. Saludémolos con agradecimiento y entusiasmo porque ellos fueron ante todo pintores de María.

Miguel Angel. Sabido es que Miguel Angel fué, además de pintor, arquitecto y escultor genial y, en sus mejores obras cuales son el templo de Santa María de los ángeles en Roma y la famosa Pietá en la basílica de San Pedro, fué el obrero y el artista de María Santísima.

Es cierto que estos creadores portentosos no hicieron surgir en el lienzo esa alma mística que como aureola misteriosa se transparenta en la pintura del Angélico, en cambio supieron infundir en su obra una perfección de belleza humana verdaderamente triunfante. Ellos no fueron santos como el artista monje, pero han sido hasta su muerte fervientes devotos de María que, sin duda alguna, bendijo su talento y recibió sus almas en el Paraíso.

Rafael. «Qué necesidad hay de alargarse haciendo la descripción de las Madonas de Rafael?

¿Quién no conoce la famosísima «Virgen de la silla», la del gran Duque, que es la imágen más preciosa que existe? ¿Quién no tiene en casa la reproducción de alguna de estas dos obras maestras?

Un erudito de arte exclama lleno de admiración ante el cuadro del Sposalizio, (esponsales de María). Rafael a los veinte años, que es la edad en que pintó esa gran obra, se revela como el más grande y el más puro de los maestros; nada parecido será pintado después. No es una virgen que él nos muestra, es la Virgen sin pecado, de quien vendrá a nacer el que debe borrar los pecados del mundo; cada una de las facciones es irreprochable y la pureza de expresión es tal que hace olvidar la belleza; se le puede aplicar la palabra del Eclesiaste: «la mujer santa y púdica atesoró gracia sobre gracia».

Y cómo dejar de nombrar siquiera esa obra de arte única que es la joya y el gran atractivo del museo de Dresde, la más famosa Madona de Rafael, la Virgen de San Sixto? Esa pintura es visitada por los turistas con sagrado silencio porque su lenguaje misterioso emociona y fascina como una aparición del cielo.

Van Dyck Rubens. En la escuela flamenca, los grandes Rubens y Van Dyck príncipes de la pintura ellos también, se inspiraron en María para enriquecer el mundo con nuevas magníficas obras de arte.

Murillo. Y hemos llegado al fin al gran pintor de las Purísimas; a Murillo, verdadero esclavo de María, verdadero español que pintó incansable y siempre enamorado el retrato de su Señora y que ha asombrado a los artistas con su genial facultad de unir a un perfecto realismo el ensueño de las visiones celestiales.

Sus Purísimas, por un efecto de su arte mágico, nos parecen ascender a nuestra vista hacia las regiones etéreas, envueltas en el alegre movimiento de una nube de ángeles adorables; no son ellos quienes la levantan; sino que al revés, ella los arrastra hacia arriba por el impulso del amor que no cabe en su pecho. Así nos lo revela la postura de las manos y la expresión sublime del rostro.

María es la gran reina del arte español; los hijos de la católica España, creyentes y fervorosos, supieron pintarla con confianza y naturalidad, a la vez que con piedad y genio.

Dios permitió que, después de las grandes eras de fe que hemos recorrido viniesen sombrías nubes de herejía e incredulidad a oscurecer la Europa; las artes decayeron entonces de una manera lamentable y, hasta el día de hoy, no han logrado recuperar su antiguo esplendor. Los hombres, viviendo en un tiempo en que el afán por el oro y el desprecio por los ideales parecen ser un obstáculo insuperable para el imperio de la belleza, se han pegado demasiado a la tierra y olvidan de levantar sus ojos hacia el faro luminoso que hizo subir tan alto a los genios de la edad del oro. No nos saben presentar sino imágenes sin mucho arte, ni fuerza, ni devoción.

«Oh, artistas cristianos, exclama Louis Veuillot, por el honor de vuestro arte, y para cumplir los designios de Dios, recurrid a la Iglesia, escuchad lo que ella os dice de María, salid de vuestras concepciones miserables porque en verdad, os estáis perdiendo, y perdéis a los demás».

Overbeck, Flandrin. A pesar de todo, no han faltado en ningún tiempo algunos artistas de talento para honrar a nuestra Madre. Overbeck, alemán, la pintó con mucha piedad y clásica seriedad; Flandrin, en Francia, también merece ser nombrado, por el talento profundamente religioso con que puso su pincel al servicio de María.

Beuron. En la actualidad existe la escuela benedictina de Beuron que conserva el estilo puro, clásico e idealista y pinta a María con la veneración y amor que siempre le han profesado los hijos de San Benito.

***

ESCULTURA.

Aún no hemos hablado de la escultura. Este fué el arte especial de la Grecia que perfeccionó en él la pureza de las líneas, idealizando el cuerpo humano de una manera que no podrá ser superada. Sin embargo, el arte cristiano tiene sobre la escultura griega toda la superioridad que tiene el alma sobre el cuerpo, el espíritu sobre la materia. Se deja a los paganos eso de divinizar el cuerpo y, en la nueva era, él es solamente la envoltura del alma y, al modular sus formas más o menos perfectas, se trata sobre todo de que se sobreponga el espíritu y aparezca el alma a través del duro mármol. He aquí por qué los grandes escultores, para dar vida a sus trozos de piedra o de bronce han escogido con preferencia al alma de más belleza en el momento patético del dolor y nos han dado las madres dolorosas, las Pietá de Miguel Angel y de Montauti, que son obras impresionantes en el más alto grado, obras vivas, elocuentes, turbadoras, que hacen llorar el alma.

La piedad de la Edad Media modeló imágenes de María en piedra y en madera pintada; muchas de estas últimas han sobrevivido intactas, y con sus bellos colores e ingenuas posturas nos han conservado a través de los siglos un recuerdo de generaciones pasadas con un aroma de plegarias mediovales, ardorosas y puras como la llama de los cirios en el altar.

***

LA MÚSICA.

Ningún arte puede, mejor que la música, llamarse arte del cielo. El cielo es el lugar de las armonías infinitas y de los coros angélicos. Ella, mejor que las otras artes ha conservado el sello de su origen divino, pues, a través de los siglos, se ha callado en tiempos de barbarie, ha huído del chocar de las armas y tomó su vuelo más sublime en medio de la atmósfera de amor y de paz del cristianismo.

¿Quién sino la dulce María podía ser la inspiradora de las primeras melodías que se oyeron en Europa cuando, dulcificadas un tanto las costumbres, principiaron sus pobladores a surgir de la barbarie?

Los trovadores, los ministreles, los antiguos gondoleros venecianos entonaron sus mejores canciones a María y esos músicos ambulantes de la verde Irlanda, que cantaban de castillo en castillo acompañándose en el arpa, principiaban siempre su repertorio con una poética plegaria a la Virgen Santísima.

La historia dice que los protestantes de la reforma rompieron las arpas inofensivas de los ministreles al mismo tiempo que los órganos de las iglesias a los cuales le daban el nombre burlesco de «cofres de pitos». Este celo intempestivo procedía quizá de la envidia con que el Padre de la herejía veía ensalzada en tan dulce manera a su antigua poderosa Enemiga.

La Edad Media, entre muchos preciosos himnos, nos ha legado el *Stabat Mater* que los italianos han llamado con tanta delicadeza «il pianto di María» — el llanto de María—y que ha sido el tema de inspirados y patéticos trozos de música: el Stabat Mater de Pergolese, de Rossini etc.

El *Ave Maris Stella*, cántico de los navegantes cuyas melodías varían hasta lo infinito. Las familias cristianas que van de viaje sobre el temible océano, se juntan en la cubierta a cantar ese dulce himno a la luz de las estrellas, para que María los libre del peligro del mar. *La Salve Regina,* con que los religiosos, en especial los domínicos, por antiquísima tradición saludan a María al concluír el día, remedando graves y reverentes coros de ángeles.

¿Qué decir del Ave María, esa salutación del ángel cuya plegaria, como hemos dicho, hizo resonar el Dante en el Paraíso como el único acento digno del celeste empírico?

¿Y casi no hay, maestro antiguo o moderno, que no haya ensayado emprender en espíritu el vuelo hacia esas eternas regiones para sorprender y arrancar de las liras angélicas acordes celestiales con que interpretar dignamente la sublime plegaria.

***

Hemos concluído nuestra tarea de mostrar a María honrada e interpretada por las artes y cantadas por los pueblos. Como la heroina del Dante, hemos ido por las riberas del río de la inspiración humana «cogliendo fior dai fiori»—«escogiendo flores entre las flores»;—juntarlas todas las que allí han brotado a impulsos del amor a María, habría sido tarea superior a nuestras fuerzas.

Ojalá sea honrada nuestra Reina y Patrona con nuestro pequeño trabajo. ¡Ojalá haya contribuído éste para que la Madre del amor hermoso sea cada vez más en el hogar la soberana en materia de arte, así nuestros hijos sabrán discernir lo bello de lo que no lo es y crecerán en una escuela sana cuya benéfica influencia se hará sentir todos los días de su vida.

Ella, la paloma hermosa de las Escrituras ha de llevar tras sí todas las aspiraciones hacia lo bello, toda la poesía de nuestras almas, y, como los obreros de las catedrales góticas nosotras hermosearemos la vida con el santo ideal que, a la vista del mundo, rebalsará de nuestro pecho para derramarse como efluvios de belleza a nuestro alrededor.

CONGRESO MARIANO FEMENINO

CONCLUSIONES Y VOTOS

aprobados en el Congreso Mariano Femenino, celebrado en Santiago de Chile, en Julio de 1918, para conmemorar el Centenario de la Proclamación de la Virgen del Carmen como Patrona y Generala de la República.

I

El Congreso Mariano Femenino,

consagra sus labores al Sagrado Corazón de Jesús, por medio de la Santísima Virgen del Carmen, en cuya honra se ha reunido;

proclama su gratitud a la Santísima Virgen del Carmen, especialmente por los favores que, desde que fué jurada Patrona de la República y Generala de su Ejército, ha hecho a nuestra Nación;

pide a Dios que conserve siempre la paz y amistad entre los países de América; y recuerda especialmente que con la Argentina, Uruguay, Bolivia y Perú, nos ligan los lazos de una misma protección secular de la Virgen del Carmen;

suplica al Príncipe de la Paz—Cristo Jesús—que cuanto antes se restablezca la paz del mundo; y vuelva para todas las madres, esposas hijas y hermanas, la alegría que sólo la justicia internacional y social, y la caridad cristiana pueden asegurar;

envía sus homenajes de filial devoción al Santísimo Padre Benedicto XV—el Pontífice de la Paz—le agradece su paternal y fecunda bendición, y le manifiesta su filial adhesión y obediencia;

deposita el tributo de su respetuosa veneración sobre la tumba del Iltmo. y Revdmo. Señor Don J. Ignacio González Eyzaguirre, IV Arzobispo de Santiago, que convocó esta asamblea y miró su preparación con afecto de padre;

presenta su adhesión sincera y reverente al Excmo. Señor Nuncio Apostólico, al Iltmo. Señor Vicario Capitular de Santiago, a los Iltmos. Señores Obispos de Concepción, Serena y Ancud, a los Iltmos. Señores Vicarios Apostólicos de Tarapacá, Antofagasta y Magallanes, y a los Iltmos. Señores Gobernadores Eclesiásticos de Valparaíso, Talca, Chillán, Concepción y Valdivia;

presenta igualmente al Excmo. Señor Presidente de la República, a las demás autoridades civiles y militares y especialmente al Ejército y a la Marina nacionales, sus votos por la grandeza y prosperidad de la Nación, de su gobierno y de sus instituciones armadas; a fin de que siempre se conserven las gloriosas y cristianas tradiciones de los fundadores de nuestra raza, de nuestra nacionalidad y de nuestra República;

envía un saludo fraternal a las señoras de Argentina, Uruguay, Perú, Bolivia y Colombia, que se han adherido al Congreso, y que le han dado realce con el prestigio de su nombre, con sus voces de aliento y con sus trabajos;

y da sus agradecimientos a cuantos han contribuído al éxito de su preparación, de sus labores y de sus solemnidades.

Amalia E. de Subercaseaux,
Presidenta.

Marta Walker Linares,
Secretaria.

Ana Errázuriz Mena,
Secretaria.

RELIGIÓN

El Congreso Mariano Femenino,

considerando que la devoción a la Santísima Virgen, bajo la advocación del Carmen, tiene las más hondas raíces en el corazón de los chilenos, por la antigüedad y divino prestigio de su origen, por los privilegios excepcionales a que está ligada, por el consolador recuerdo de las almas del Purgatorio, que inseparablemente la acompaña; por su difusión universal en los hogares, por las gloriosas tradiciones nacionales a que está estrechamente unida y por la gratitud que le debe nuestro pueblo;

hace votos porque vaya siempre en aumento y se haga cada vez más práctica esta santa devoción;

declara que la fe pública y la gratitud nacional exigen que se conserven y acrecienten los cultos y honores oficiales que, por expresa voluntad de los Padres de la Patria, siempre ha tributado la República a la Virgen del Carmen;

pide a las señoras y a todas las asociaciones piadosas o de acción social, que cooperen a fin de que, aprovechando el privilegio

apostólico concedido por la Santa Sede a nuestro país (por petición del gran Apóstol de esta devoción Iltmo. Señor Don Ramón Angel Jara), se celebre el 18 de Setiembre una misa votiva solemne de Nuestra Señora del Carmen, en todas las parroquias y demás iglesias y capillas;

recomienda que dichas señoras y sociedades ofrezcan también su cooperación, para que en dicho día se organice una procesión solemne en honra de la Patrona de la República y Generala de su Ejército; de una manera especial encarece tal recomendación, a las señoras y asociaciones de la parroquia de Maipú;

pide a las señoras y asociaciones que costean misiones, soliciten de los misioneros que, en un día de la Misión, hablen a los fieles expresa y detenidamente de la devoción a la Virgen del Carmen, y que se imponga a los fieles el Santo Escapulario;

desea que se haga más conocido, el maravilloso hecho que dió lugar a la construcción del templo de Nuestra Señora del Carmen de la Estampa Volada;

designa una Comisión compuesta de las Señoras Teresa O. de F. de Castro, Virginia S. de Silva y María Mercedes Vial de Ugarte, a fin de que procure los medios necesarios para que la Cofradía de Nuestra Señora del Carmen, se organice—en la forma más fácil posible—en todas las ciudades en que aun no existe;

recomienda la Orden Tercera de Ntra. Sra. del Carmen, y las demás órdenes terceras aprobadas por la Iglesia, como medio eficacísimo de llevar a las almas por el camino de la santificación;

envía un fraternal mensaje a las almas que, en los monasterios del Carmen, o en las órdenes y congregaciones religiosas, que tienen a la Sma. Virgen bajo este título como protectora, elevan al cielo el perfume de sus oraciones, de sus buenas obras y de sus mortificaciones, a fin de alcanzar las misericordias y gracias que el mundo, nuestra patria y nuestros hogares necesitan;

estima que una forma patriótica de honrar a la Virgen del Carmen, es procurar el bienestar moral y material de los soldados, y marinos y de sus familias; y con tal objeto, recomienda la idea de fundar un comité de señoras, principalmente esposas de militares, que se encarguen: 1.° de fundar recreatorios militares en que las clases, los soldados y los conscriptos tengan, en las horas francas, un hogar, sanos entretenimientos y consejos morales; 2.° de procurar la buena constitución de las familias del soldado y 3.° de ayudarlas en casos de necesidades morales y materiales;

aplaude el ofrecimiento de los Reverendos Padres Carmelitas, de proporcionar anualmente todos los escapularios para el Ejército y la Armada nacionales;

recomienda que se propenda a la conservación de las imágenes tradicionales de la Santísima Virgen del Carmen, en las casas, capillas, iglesias, etc., procurando la reproducción de las más veneradas, por medio de la pintura, escultura o los procedimientos gráficos;

recomienda la difusión de la Esclavitud Mariana y de los libros del Beato Luis G. de Monfort que la enseñan, y solicitan del General de los misioneros de la Compañía de María, que se tenga como imagen propia para esta devoción en Chile, la de la Santísima Virgen del Carmen, que ha sido y es la Reina de los Corazones, con este fin, y previas las autorizaciones necesarias, se enviará a los párrocos, rectores de iglesias y capillas, comunidades, etc., la relación presentada por la señorita María Teresa Valdés y los demás documentos necesarios;

estima necesario que en los hogares, colegios, escuelas, patronatos, etc., se haga conocer la vida y prerrogativas de la Santísima Virgen, según la doctrina de la Iglesia, a fin de que sea propuesta constantemente como modelo en la vida interior, en la del hogar y de la sociedad; y que se trate de combatir por este medio dos grandes obstáculos de la acción católica: el *naturalismo,* que todo lo espera de las fuerzas e industrias humanas; y el *personalismo,* que busca en todo el truinfo del *yo,* y de las propias opiniones y vanidades;

recomienda la lectura del libro del Padre Chautard, titulado «El alma de todo apostolado»;

considera que el mayor mal de las modernas sociedades,—fuente y raíz de todo los otros,—es el desconocimiento de Jesucristo, de sus derechos, de sus enseñanzas, de su espíritu y de la práctica sincera de la Religión; en consecuencia, cree que el fin principal de nuestra actividad social, debe ser remediar ese gran mal, y que la limosna y cualquier otro beneficio de orden material nos deben llevar siempre a procurar a nuestros hermanos el mayor de todos los bienes: el amor verdadero a Jesucristo, y la práctica sincera de su Religión;

recomienda la obra del Apostolado del Sagrado Corazón de Jesús, en los conventillos y casas de los pobres;

reconoce que la parroquia es el lazo que nos une directamente a la Iglesia Universal, y que es deber de toda mujer cristiana, cooperar a la acción parroquial, ofreciéndose con tal objeto al párroco sin esperar su invitación, poniéndose al habla directamente con él, o por medio de las presidentas o directoras de las asociaciones parroquiales;

recomienda especialmente entre las obras parroquiales, las que tienen por objeto el culto divino, (arreglo de ornamentos, altares, música, fomento de la asistencia a misa, misiones, etc.); las obras de caridad (asilos, conferencias de S. Vicente etc.); las de piedad (Archicofradía del Stmo., Sociedad del Sagrado Corazón, Congregaciones de Hijas de María); las obras sociales, (acción católica, sindicatos, mutualidades, cajas dotales, ec.); las de enseñanza (escuelas parroquiales, escuelas de religión, catecismo, preparaciones de niños a la confesión, comunión, etc.); las de acción propiamente parroquial (regularización de las familias, bautismo de los niños, preparación de enfermos para la recepción de los últimos auxilios,

y para morir cristianamente etc.); las de propaganda de buenas lecturas; la formación de la Unión Católica parroquial; el prestar y buscar cooperación económica para el párroco, etc.;

recomienda a la caridad de las señoras las parroquias pobres y desamparadas, y en especial la obra de los Tabernáculos de las Hijas de María, establecidos en el Colegio del Sagrado Corazón de Santiago (Internado), la del Centro Apostólico, que ayuda a las parroquias de las diócesis y vicariatos, y la obra de las Marías del Sagrario;

estima que se debe mirar como parroquia propia no sólo la en que se tiene la casa de ciudad sino donde se tiene hacienda, casas de alquiler u otros intereses;

encarece la necesidad de abstenerse de todo lo que pueda contaminar la fe, significar una complicidad o complacencia con el error y su difusión, o causar escándalo en tal materia; como ser, el asistir a conferencias de tendencias materialirtas, teosóficas, mentalistas, etc.;

recuerda que está severamente prohibido el asistir, aunque sea por simple curiosidad, a sesiones espiritistas, cualquiera sea su naturaleza o las intenciones de los que concurran;

considerando que Jesús es el término de toda verdadera devoción a María, recomienda de una manera especialísima, todas las obras que tienden a honrarlo en el Stmo. Sacramento del Altar;

recomienda en particular las obras eucarísticas, establecidas en la Iglesia de los PP. Sacramentinos;

cree que es condición indispensable del buen éxito, en las obras de educación y en las sociales, el fomentar el amor a Jesús Sacramentado, y la frecuencia de la Santa Comunión;

desea ver más concurrido el Jubileo Circulante; y con tal objeto, ruega que se publiquen sus turnos en los diarios y revistas católicas;

lamenta la escasez de vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa; pide a las madres que miren la vocación de un hijo, como la mayor de las bendiciones de Dios, y que,—con celo y prudencia,—hagan conocer a sus hijos las excelencias de tal estado; que procuren fomentar en sus almas, con santas industrias, una sólida devoción, espíritu de sacrificio, amor por la gloria de Dios y el bien de las almas; y que traten de apartarlos de todo lo que sea obstáculo para el nacimiento y desarrollo de una verdadera vocación;

recomienda la Obra de las Vocaciones, establecida en la Iglesia de las Agustinas, los Seminarios, las Escuelas Apostólicas, etc.;

solicita de todas las almas cristianas, oraciones, buenas obras y limosnas, para la realización del santo fin de multiplicar en Chile las vocaciones para el sacerdocio y la vida religiosa; y, como todas, la acción cristiana necesita de los sacerdotes; pide que se haga anualmente una colecta en todas las Iglesias y obras sociales, colegios, etc., para la Obra de las Vocaciones;

recomienda la devoción al Papa, el cumplimiento con el Padre de los fieles de los deberes de amor, veneración y obediencia, la Archicofradía de San Pedro y la revista «*Roma*», que es su órgano;

cree indispensable fomentar la música litúrgica en las funciones sagradas, que se obtenga el canto de todo el pueblo en las mismas funciones, y que se proscriba de los templos la música profana.

Teresa O. de F. de Castro,
Presidenta.

Elena Menchaca Lira,
Secretaria.

HOGAR

El Congreso Mariano Femenino,

considerando que la familia, fundada por Dios y santificada por Nuestro Señor Jesucristo, es la base del orden y de la prosperidad social;

estima que la cristiana organización de los hogares de todas las clases sociales, debe ser el principal fin de la actividad católica femenina;

deplora que el desconocimiento del carácter sagrado del matrimonio, el materialismo que todo lo invade, las malas condiciones de las viviendas populares y el industrialismo, vayan produciendo una desorganización cada día más honda de la familia obrera;

juzga que esta desorganización de la familia, es el origen de la mayor parte de los desórdenes, y males físicos y morales que hoy día nos aquejan; como ser: la pérdida de la fe, la disolución de las costumbres, la frivolidad de la vida, el egoísmo, los odios de clase, la disminución de los nacimientos, la mortalidad infantil, el aumento de las enfermedades (especialmente de las de trascendencia social) y el acortamiento de la vida;

cree que las clases elevadas, deben dar el ejemplo de la recta constitución de los hogares cristianos, especialmente por medio del cumplimiento de los deberes que corresponden en la familia a la esposa y a la madre;

declara que la «*abdicación de las madres*» en presencia de sus deberes, con olvido de sus gravísimas responsabilidades, es un mal digno de urgentísimo remedio; y proclama la necesidad de que todas las madres, se comprometan a cumplir cristianamente su sagrada misión;

reconoce que, para el digno desempeño de esta misión, las madres, además de las virtudes cristianas que realzan, fortalecen o transforman convenientemente las dotes del carácter, necesitan una

cultura religiosa, literaria y científica, proporcionada al medio en que han de actuar;

pide que se acostumbre a los niños, desde pequeños, a amar a los pobres y hacer obras de caridad, y que se procure la conservación o restauración de las prácticas cristianas hechas en familia, que tanto contribuyen a estrechar los lazos del hogar y que atraen las bendiciones del cielo;

especialmente recomienda, la piadosa práctica de la *Entronización del Sagrado Corazón* y la Cofradía respectiva, el rezo del Santo Rosario, etc.;

encarece a las madres la necesidad de que atiendan personalmente a sus hijos, y que no confíen, sin necesidad, en los primeros años, la alimentación de sus cuerpos y de sus almas a otras personas;

estima que una de las preocupaciones mayores de las madres, ha de ser la de proporcionar lectura adecuada a sus hijos, para desarrollar en ellos la cultura, los buenos sentimientos, el amor por la belleza artística y por la vida activa y provechosa;

recomienda la formación de una Bibliografía Infantil, con clasificaciones correspondientes a la edad, al sexo y a las distintas condiciones sociales de los niños, a fin de hacer conocer los libros adecuados a la infancia;

igualmente considera indispensable aumentar el repertorio de tales libros, teniendo en consideración, la necesidad de desarrollar en los niños los sentimientos religiosos, morales, familiares y patrióticos;

designa con este objeto una comisión, compuesta de las señoras: Luisa Besa de Donoso, Ema Délano de Langlois, Blanca S. de Valdés y Mercedes Santa Cruz de Vergara;

envía un voto de aplauso a la señora Blanca Ossa de Godoy, por su libro «Páginas Infantiles»;

cree que no es espectáculo conveniente para los niños el Biógrafo; y estima que ninguna madre debe permitir que sus hijos, asistan a la exhibición de películas de cuya moralidad no estén absolutamente ciertas;

estima que las madres no deben dejar que sus hijas vayan sin ellas a los paseos, espectáculos y reuniones sociales; y que se ha de combatir la disipación del espíritu, el lujo inmoderado, la falta de pudor en los vestidos, modales y conversaciones, y el espíritu de nerviosa frivolidad y de sensualismo, con que no pocas jóvenes se entregan a los pasatiempos sociales;

considerando que el más acabado modelo que la joven puede tener en la vida de sociedad, es el que ofrece la Santísima Virgen, recomienda que en los hogares, colegios, congregaciones, etc., se inculque la necesidad de imitarla en esta modalidad de su existencia, dándola a conocer convenientemente;

cree que es indispensable dignificar el servicio doméstico, tanto en el concepto de las dueñas de casa, como en el de las

mismas servidoras, restaurando o afirmando la antigua y verdadera concepción, de que nuestras servidoras forman parte de nuestra familia;

aplaude la obra de la formación de la servidumbre que realiza la Congregación de las Hijas de María Inmaculada para el Servicio Doméstico;

aplaude igualmente la obra en favor del personal del servicio doméstico, establecida en la Sociedad del Perpetuo Socorro y de Santa Marta para el servicio doméstico, bajo la dirección de los P.P. Redentoristas; y estima que es conveniencia y deber de las dueñas de casas, procurar que sus empleadas domésticas formen parte de esta institución, y favorecerla a fin de aumentar su benéfica influencia; hace votos porque tal obra se extienda a otras ciudades de la República;

estima que el bienestar de las personas consagradas al servicio doméstico, depende principalmente de la bondad, rectitud y previsión de las dueñas de casa; y que a éstas corresponde ejercer en favor de aquéllas, una obra maternal de atención moral y material de modo que no tengan, en lo posible, peligros, ni privaciones, ni trabajo excesivo; que se les dé buen ejemplo, facilidad por el cumplimiento de sus deberes religiosos, y una retribución, a lo menos, justa; que se les fomente el ahorro, se les atienda en sus enfermedades, se les asegure el porvenir; y cuando fuere el caso, se facilite su conveniente establecimiento en matrimonio; recomienda que el caritativo, discreto y oportuno cuidado moral de las empleadas domésticas, se extienda también, en lo posible, a las familias de estas;

para mutua garantía y ventaja de los dueños de casa y del personal de servicio, cree que convendría establecer para éste las ventajas del fondo de retiro, por ejemplo, por medio de las Caja de Ahorros, y la libreta de identidad que incluya un certificado de salud y la fecha en que ha entrado y salido de cada casa;

solicita de los Poderes Públicos de la Nación, la pronta dictación de una ley que reconozca a la mujer la condición jurídica que le corresponde, especialmente para el desempeño de la patria potestad a falta del padre; y que ponga a salvo los bienes de la familia, cuando éste no supiere o no quisiere cautelarlos debidamente;

solicita también que, en vista de los funestísimos resultados que ha pruducido la legislación sobre el matrimonio, ésta sea reformada, respetando las creencias y los sentimientos cristianos de la nación,

Rosa Figueroa de Echeverría,
Presidenta.

Rosa Rodríguez de la Sotta,
Secretaria.

EDUCACIÓN.

El Congreso Mariano Femenino,

considera que la educación cristiana de la juventud, es la más urgente necesidad: y que la obra más santa que se puede hacer es cooperar a su difusión y eficacia;

estima que, siendo el conocer a Jesucristo el más indispensable de nuestros conocimientos, ha de hacerse todo esfuerzo para que su Persona divina no sea ignorada; y con dicho objeto, recomienda la lectura y difusión del Nuevo Testamento, de la Vida de Nuestro Señor Jesucristo, y demás libros destinados a darlo a conocer de todos los redimidos por El;

recomienda, igualmente, el conocimiento de la vida, prerrogativas y bondades celestiales de Nuestra Madre, la Santísima Virgen María;

considera que la enseñanza de la Religión deber ir acompañada de un sincero espíritu de piedad cristiana, en toda la acción educativa;

reconoce que es sobremanera necesario, que la enseñanza de la Religión esté rodeada del mayor prestigio pedagógico, por la preparación del profesorado, por la exactitud en cumplir sus obligaciones, y por la adopción de todos los medios necesarios para la enseñanza objetiva: cuadros murales, etc.;

lamenta que en muchas escuelas no se dé, en la forma debida, la enseñanza religiosa; que en el programa oficial se hayan introducido modificaciones que lo desnaturalizan, y que algunos profesores no hagan las clases de Religión a que están obligados, o no las hagan debidamente;

ruega a los directores y directoras de escuelas, que cumplan el deber de enseñar o hacer enseñar debidamente la Religión, como se lo exige la ley, el horario escolar y la conciencia cristiana;

estima que en las escuelas católicas debe darse a los niños y niñas, una instrucción cada vez más sólida y práctica de la Religión, para que los ponga a cubierto de los crecientes peligros a que se ven expuestas la fe, la solidez de los principios y las buenas costumbres;

pide que las escuelas populares se organicen de modo que no fomenten en los niños, hastío por la vida del hogar paterno y aspiraciones irrealizables; por eso, cree que la enseñanza ha de ser eminentemente práctica y adecuada a la futura vida de los alumnos; y que a éstos se les debe dejar libres un número de horas suficiente, para que sean asociados a las labores de sus padres;

cree que ha llegado el caso de suplir la deficiencia de la enseñanza religiosa de las escuelas públicas, con la fundación de escuelas de religión, de patronatos, etc., que funcionen o los días Domingos, o en otros días en que los alumnos puedan concurrir;

cree que la obra de las confesiones y comuniones de los niños

es de la más urgente necesidad, y que debe hacerse todo género de sacrificios por atenderla debidamente;

deplora la inasistencia de los niños de la clase obrera a la Misa Dominical, y espera del celo de las almas buenas, que hagan cuanto sea posible por remediar tan grave mal;

aconseja la agregación de los niños y niñas, en asociaciones piadosas proporcionadas a su edad y condición social, para preservarlos del mal y, acostumbrarlos a la práctica de la Religión y al ejercicio de las virtudes, que de ella dimanan:

recomienda la formación pedagógica de las catequistas y de las profesoras que hayan de enseñar la Religión; para tal objeto creo útil difundir el libro, Pedagogía Catequística del Ilmo. señor Fuenzalida y la creación de cursos breves de preparación;

cree que la educación secundaria de la mujer debe ser esencialmente cristiana, y que ha de dirigirse, antes que a nada, al desarrollo y conveniente dirección de las energías de la voluntad y a la formación de un criterio sano, ilustrado y sólidamente cristiano;

estima que la enseñanza de la Religión debe estar en proporción con la cultura general y con el medio en que ha de desarrollarse la vida de la educanda, y que, por consiguiente, ha de darse a las jóvenes de la sociedad y de la clase media, conocimientos de apologética suficientes para conservar su fe y para defenderla;

juzga indispensable dar una enseñanza suplementaria de la Religión, a las niñas que no reciban la suficiente en los establecimientos en que se educan; con este fin se abrirá un curso de Religión en la casa del Trabajo Femenino;

estima que es, hoy día, indispensable instruírse ampliamente en la Religión; con este fin, recomienda los cursos superiores de Religión que se hacen en el local de la Liga de Damas Chilenas, (los Miércoles de $10^1/_2$ a $11^1/_2$), y en el Pensionado de Estudios Superiores;

hace votos porque todos los establecimientos de educación cristiana, desarrollen, con los métodos pedagógicos más perfectos, una amplia obra de cultura científica literaria y práctica, proporcionada a las necesidades, condiciones y medios en que han de actuar sus educandas;

hace votos, igualmente, porque se desarrolle en la juventud femenina, que se educa cristianamente, no sólo santos sentimientos de caridad, sino también un amplio y bien orientado criterio social, y el convencimiento práctico de que están llamadas a una grande y provechosa actividad en la sociedad;

recomienda la difusión de las escuelas de enseñanza doméstica para las jóvenes de cualquier clase y condición;

cree que es indispensable completar todas las instituciones de educación, con las obras *post-escolares*, que permiten conservar el fruto de la acción educativa y estudiar su eficacia; *el fundamento*

general de tales obras debe ser la piedad cristiana; *en las escuelas*, deben acompañarse con el ahorro, la mutualidad, clases de religión, de perfeccionamiento profesional, etc.; *en los colegios*, deben tener alguna actividad social benéfica, cursos superiores de religión o apologética, academias, etc.;

recomienda las obras, donaciones y legados, que tengan por objeto facilitar la educación cristiana secundaria, normal, pedagógica o profesional de jóvenes, de escasos recursos y de capacidad suficiente;

deja constancia de que una de las causas de la insuficiente educación cristiana de muchas jóvenes, es que son retiradas prematuramente de los colegios; lo que ejerce sobre ellas además otra perniciosa influencia, porque participan también antes de tiempo de la vida de sociedad;

estima que la formación de institutrices, maestras y profesoras, de todos los ramos, dotadas de las virtudes, condiciones de carácter y preparación pedagógica conveniente a su altísima misión, es una de las mayores necesidades, y que se ha de contribuír con todos los medios encesarios para satisfacerla; se hace presente que, para tener buenas profesoras en los colegios y hogares católicos, es indispensable retribuírlas convenientemente;

recuerda a las madres que ellas no pueden jamás desinteresarse del problema de la educación de sus hijos; que para la elección de colegios y maestros han de atender no sólo a su preparación pedagógica, sino a las prácticas de religión establecidas en los reglamentos y en el hecho, y a las convicciones cristianas y virtudes morales de los profesores; que han de vigilar continuamente los resultados de la educación y de la enseñanza que sus hijos reciben; que han de estar en comunicación con los maestros y que han de mirar en ellos a los cooperadores de una obra que, por voluntad de Dios, corresponde directamente a los padres.

Amelia Valdés de Huidobro,
Presidenta.

Eugenia Marín A.,
Secretaria.

ACCIÓN SOCIAL.

El Congreso Mariano Femenino,

considerando que es un deber imperioso el organizar, fomentar y extender la acción social católica de la mujer;

recomienda que jamás se pierda de vista, en ella, que Jesucristo es el Señor de los corazones, de los hogares y de los pueblos, y que el fin de toda acción social católica, es restaurarlo todo en Cristo y procurar el reinado social del mismo Jesucristo;

declara que la acción social católica debe tener como norma

las enseñanzas del Evangelio, y las doctrinas de la Iglesia, especialmente las contenidas en las encíclicas y demás documentos del inmortal León XIII, de Pío X y de nuestro Santísimo Padre Benedicto XV;

reconoce que, para que la acción social católica sea eficaz, debe mantenerse ajena a todo *personalismo,* y que debe ambicionarse en ella, no el estar en puestos de responsabilidad y expectación, sino el cooperar con constancia, discreción y entusiasmo, a las iniciativas de los demás;

cree que la acción social católica femenina no será todo lo eficaz que se debe desear, mientras no se coordinen todos los esfuerzos, bajo la dirección de la autoridad eclesiástica;

estima que no puede desarrollarse la acción social católica, sin el estudio de las doctrinas y de los problemas sociales, de los males de la época presente, de sus remedios, de la naturaleza de las obras, de su funcionamiento, etc.;

recomienda con tal objeto, los Círculos de Estudios, en que metódicamente y en forma práctica, se dan tales conocimientos y se habitúa a discurrir sobre estos problemas; de un modo especial, encarece la necesidad de las monografías de familias obreras, obras sociales, fábricas, talleres, etc.;

reconoce que hoy día es necesario preferir las obras que previenen los males, a las que solamente los remedian; y que las mejores son las que, unen la acción moral y la económica;

proclama que entre las obras sociales en favor de las obreras, ocupan el primer lugar los sindicatos o uniones profesionales, que reúnen a las obreras de una sola profesión o de profesiones similares, para que, por medio de la organización y del número, y con la discreta cooperación de personas consagradas a la acción social católica, puedan atender a los intereses morales, intelectuales, sociales y profesionales de las asociadas;

tributa un aplauso a la Liga de Damas Chilenas, a sus Círculos de Estudio, a los Rdos. Padres Jorge Fernández y Fernando Vives, y a las señoras directoras de los sindicatos, a quienes se debe la iniciativa en la fundación de las uniones profesionales femeninas en Chile;

alaba también la obra que en favor de las empleadas de los tranvías se realiza en la Parroquia de Andacollo;

cree que, para el desarrollo de estas obras sociales, es conveniente organizar una Semana Social, dedicada a estudiarlos con detenimiento;

recomienda la organización de mutualidades, cajas dotales, de seguro, etc.; reconoce que la más eficaz y equitativa organización de estas obras, es la que se hace dentro de los mismos sindicatos, y que también se deben aprovechar, para su organización, las congregaciones piadosas existentes; recomienda igualmente el ahorro y la mutualidad escolares;

pide al Excmo. Señor Presidente de la República que nombre

comisiones de señoras para vigilar, en las fábricas, talleres y tiendas, las condiciones de higiene y moralidad del trabajo femenino e infantil, y el cumplimiento de las leyes y reglamentos en favor de los niños y de las mujeres;

solicita de los Poderes Públicos la dictación de leyes que aseguren a la mujer y al niño, que trabajan en las fábricas y talleres, convenientes condiciones morales, higiénicas y económicas;

recomienda que, por medio de la educación práctica, se desarrolle la capacidad económica de la mujer, preparándola para adecuados trabajos comerciales e industriales, y para el ejercicio de profesiones acomodadas a su sexo;

cree que en Chile, dada la desorganización de la familia, es menos aceptable aún que en otras partes, que el salario industrial de la mujer sea un salario suplementario; para procurar su elevación razonable, estima conducentes la formación de *Ligas de Compradoras*, el perfeccionamiento profesional de las interesadas, y la acción prudente y constante de los sindicatos;

aplaude la organización de la *Tienda de la Protección al Trabajo Femenino* y de la *Bolsa del Trabajo*, que se deben a la Liga de Damas Chilenas; hace votos para que ambas iniciativas encuentren universal apoyo en nuestra sociedad, y para que sean establecidas en otras grandes ciudades;

recomienda a las almas buenas la situación de las huérfanas, a quienes, en no pocos casos, la sociedad debe una reparación, y considera utilísimo cuanto se haga por darles los medios que le aseguren, después de su salida de asilos en que la caridad ha reemplazado para ellas los afectos maternales, su bienestar moral y económico;

reconoce que la vagancia y criminalidad infantil, es una de las más tristes demostraciones de la desorganización de los hogares del pueblo; y recomienda la formación de asilos en que se procure educar cristianamente y dar una profesión a estos pobres niños, y la organización de tribunales especiales,—a formar parte de los cuales tendrían opción las mujeres abogados,—para juzgar a los niños delincuentes;

cree urgente que las leyes arbitren los medios más eficaces para que, sin perturbaciones económicas, puedan ser reemplazados los actuales conventillos, por abitaciones baratas, que tengan las condiciones indispensables de una vivienda humana;

estima que la iniciativa privada y la conciencia cristiana, deben afrontar de lleno este gravísimo problema de la habitación popular;

recuerda a las esposas de los dueños, administradores, consejeros y socios de empresas comerciales, e industriales y de las haciendas, que a ellas les corresponde una hermosa misión, en beneficio de los que con su trabajo contribuyen a darles bienestar;

recomienda especialmente a las esposas de los hacendados, industriales, etc., que se preocupen seriamente de la atención religiosa, moral y de beneficencia, de los dependientes, y empleados

y de sus familias, por medio de las misiones, el servicio religioso permanente, el catecismo, las escuelas, dispensarios, entretenimientos honestos, fomento del ahorro, visitas a las casas de los inquilinos, entronización en ellas del Sagrado Corazón, etc.;

cree que la Hermandad de Dolores y la Sociedad de San Vicente de Paul, han ejercido una misión eficacísima de paz social, mostrando al pobre como la caridad cristiana pone al rico a su servicio;

cree que será utilísimo leer y meditar el programa de acción social, que para las visitadoras de ambas instituciones propone la relación de la señora Juana Solar de Domínguez;

estima que la obra de regularización de los matrimonios, que realiza la Sociedad de San Juan Francisco de Regis, es digna de los más entusiastas aplausos y de la más generosa cooperación;

estima igualmente, que la obra que, desde hace muchos años, realiza el Buen Pastor de preservar a las jóvenes en peligro, de recoger a las desgraciadas y de regenerar a las caídas merece la más amplia protección; y que es indispensable la cooperación de las señoras para recoger en los hogares, o donde se encuentren, estas pobres víctimas o las que estén en peligro, para completar en los asilos la obra de protección y educación, y la de perseverancia cuando hayan de dejar estos asilos en que han vivido y se han salvado;

aplaude la organización de la Cruz Roja de Santiago y Concepción, y espera que esta institución se establezca en todas las grandes ciudades del país;

aplaude la obra del Patronato de la Infancia, en favor de la niñez y de la enseñanza moral e higiénica de las madres;

tributa los mismos aplausos a la Protectora de la Infancia, al Asilo Maternal, a las Cunas y a cuantas obras tienen por objeto socorrer a la niñez desvalida;

aplaude también la obra de los dispensarios para tuberculosos, sostenidos, con ejemplar constancia, por la Asociación de Señoras contra la Tuberculosis;

aplaude la labor realizada por la *Biblioteca de la Liga de Damas Chilenas,* que presta libros a domicilio; y hace votos por el desarrollo de sus servicios, y por la multiplicación en otras ciudades de obras semejantes; cree que se debe desarrollar una amplia *acción bibliográfica cristiana,* pidiendo la cooperación de los Círculos de Estudios y la de las obras de publicidad;

cree que se deben unir todos los esfuerzos para combatir la pornografía, que todo lo invade; acuerda dirigirse a los Poderes Públicos, en demanda de acción inteligente e incansable y de leyes enérgicas en contra de tan grave mal; y pide que se mantenga en la sociedad la firmeza y rectitud de criterio para juzgar este asunto, sin exageraciones infundadas ni imperdonables complacencias. Cree que esta acción debe extenderse a todas las manifestaciones de la pornografía, pero que, por el momento, lo que reclama con más urgencia el remedio, es la licencia cinematográfica;

recomienda la idea de formar una Sociedad de Señoras para editar una Revista que pueda ponerse en las manos de todos, y que, alejada de todo personalismo, lleve a los hogares, juntamente con la lectura de actualidad y de sano entretenimiento, cuanto pueda ser útil para el desarrollo de la cultura religiosa, social, científica e industrial; para estudiar la realización de este propósito, se designa una comisión compuesta por las señoras: Elena Roberts de Correa, Rosa Prats de Ortúzar, Rosa Figueroa de Echeverría, Josefina Solar de Benavides, María Mercedes Vial de Ugarte, Marta Walker Linares e Inés Jara V.;

estima que la educación de las madres y de las futuras madres, para el cumplimiento de sus obligaciones, es el objetivo principal de las obras sociales en favor de la mujer; en consecuencia, recomienda la formación de asociaciones maternales en que se enseñe a las madres sus deberes religiosos y morales, nociones adecuadas de puericultura e higiene, elementos de economía doméstica; cree que también ha de darse, en forma proporcionada a su edad y situación, esta enseñanza a las futuras madres;

cree que se debe asociar a la mujer y a la familia en la lucha contra el alcoholismo, y que también se debe prevenir, prudente y oportunamente, a la mujer, en contra de los peligros de las enfermedadades de trascendencia social, de la tuberculosis y de las demás enfermedades hereditarias o contagiosas; cree que deben ser inexorablemente sancionados todos los atentados contra la maternidad, y el abandono o descuido de los niños;

expresa su admiración por la obra realizada por las señoras que, bajo el nombre de Damas Catequistas, están organizando Centros de Instrucción para Obreros; y cree que el mejor medio de cooperar a la acción católica, es ayudándolas eficazmente en sus labores hechas con tanta abnegación, como preparación y experiencia.

Elvira Lyon de Subercaseaux,
Presidenta.

María Teresa Valdés C.,
Secretaria.

***

El Congreso Mariano Femenino,

pide respetuosamente al Excmo. Señor Nuncio Apostólico y al Episcopado Chileno, que presenten al Santísimo Padre Benedicto XV preces fervientes, para que se apresure el día en que sean definidas dogmáticamente, dos grandes y consoladoras prerrogativas de María: su Asunción a los cielos y su Mediación Universal en favor de los hombres;

pide que se solicite también del Santísimo Padre que a las invocaciones de las letanías, se agregue la de: *María decor Carmeli,*

—*María hermosura del Carmelo*—y que, a las preces de desagravio, que se recitan después de la Bendición con el Santisimo Sacramento, se conceda para nuestra República el poder agregar la siguiente:

«*Bendita sea la Virgen del Carmen, Patrona de Chile y Generala de su Ejército!*»

pide al Iltmo. Señor Gobernador Eclesiástico de Valparaíso, que designe una comisión de Señoras para la realización de la idea propuesta por la Señorita Adriana Fontaine, de elevar en un cerro de Valparaíso una estatua monumental a la Virgen del Carmen, que sea perpetuo testimonio de nuestra gratitud, y que la muestre a todos los habitantes de la ciudad y a los navegantes que a ella llegan;

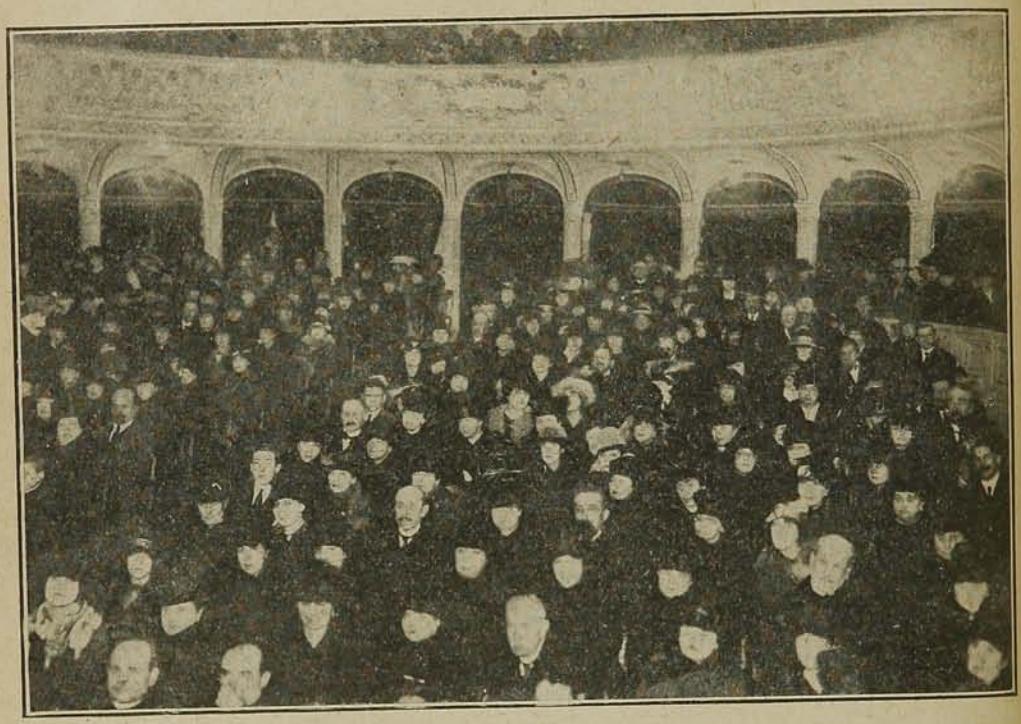
designa, para presentar todas sus conclusiones a la Autoridad Eclesiástica y para pedirle que, si son de su aprobación, se digne tomar las medidas necesarias para su cumplimiento, una comisión compuesta de las señoras: Ana Echazarreta de Sanfuentes, Amalia Errázuriz de Subercaseaux, Elena Roberts de Correa, Teresa Ortúzar de F. de Castro, Isabel Irarrázaval de Pereira, Juana Solar de Domínguez, Amelia Valdés de Huidobro, Adela Edwards de Salas, Elvira Lyon de Subercaseaux, María Luisa Salas de Vigil, Rosa Prats de Ortúzar, Enriqueta Carvallo de Merino Benavente, Sofía Montalva de Andrews, Julia Chadwick de Solar, Josefina González de Valdés, Rosa Figueroa de Echeverría, Aurelia P. de Bari, Corina Castillo de Fernández, y de las señoritas Adriana Echeverría R., Ana Errázuriz Mena, Marta Walker Linares, Teresa Valdés C., Elena Menchaca Lira y Eugenia Marín.

Santiago, 25 de Julio de 1918.

Amalia E. de Subercaseaux.—Teresa Ortúzar de F. de Castro.—Rosa Figueroa de Echeverría.—Amelia Valdés de Huidobro.—Elvira Lyon de S.

Ana Errázuriz Mena.—Marta Walker Linares.—María Teresa Valdés C.—Eugenia Marín.—Elena Menchaca Lira.—Rosa Rodríguez de la S.—Inés Vicuña.—Inés Jara Valenzuela.

SECCION RELIGIOSA



Asistentes a la sesión inaugural
del Congreso Mariano Femenino.

DEVOCION AL PAPA

Amalia Errázuriz de Subercaseaux.

¿Quién es el Papa?

Nos lo dice Santa Catalina de Sena, gran teóloga y escritora genial, en una sola frase: «*Il dolce Cristo in terra*».

El Cristo dulce, el Cristo bueno y benéfico, el Cristo Salvador, el Cristo Rey, Legislador y Juez, el Cristo amante de las almas y amado de ellas, como jamás nadie ha sido amado; todo eso es el Papa según la suave y mística definición de la que mereció el título de Patrona de la Iglesia Católica.

El Papa es realmente la representación viva, verdadera y palpable de Dios que vino al mundo por salvarnos. Es el Vicario y Pontífice Supremo que participa de la virtud, del poder y de los privilegios del mismo Hijo de Dios. Es un Mesías permanente.

Es el hombre más grande de la tierra, cuya majestad es incomparablemente superior a la del más poderoso soberano, el hombre ante quien se estremecen y lloran conmovidos los demás hombres, ante quien todos caen de rodillas y a quien, enternecidos y suplicantes, todos besan con lágrimas el pié.

El más poderoso porque dispone libremente de la potestad de Dios y dispone de ella con magnanimidad soberana en favor de toda la humanidad. El más bueno porque siempre bendice, siempre perdona e intercede siempre por los hombres y por ellos se ofrece como víctima de propiciación ante el trono del Altísimo.

Bases divinas en que se funda la devoción al Papa.

El Evangelio nos refiere la historia de la fundación de la Iglesia y del Papado con la sencillez y sobriedad propia de los libros del Testamento Nuevo. Pocas frases, o diálogos cortos y concisos, han bastado a los evangelistas para darnos a conocer hechos de tan alta y tan magna trascendencia.

Jesús dijo: «Y vosotros ¿quién decís que soy yo? Simón « Pedro tomando la palabra dijo: Vos sois el Cristo, el Hijo de « Dios vivo. Jesús le respondió: Eres dichoso Simón hijo de

« Juan, pues no son la carne y la sangre los que te lo han re-
« velado sino mi Padre que está en los cielos.

«Y yo te digo que tú eres Pedro y que sobre esta piedra
« edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán
« contra ella.

«Y te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que
« ligares sobre la tierra será ligado en los cielos y todo lo que des-
« ligares sobre la tierra será desligado en los cielos». (S. Mateo, Cap. 16.)

Con estas explícitas palabras la Iglesia quedó divinamente establecida, y establecido quedó su jefe y supremo director.

En otra ocasión, en la tarde melancólica de la última Cena, cuando Jesús empezaba a sentir la tristeza de la muerte y la ternura del doloroso adiós, cuando cada una de sus palabras llevaba el sello de un testamento sagrado, dirigiéndose a Pedro, exclamó el Salvador:

«Simón, Simón, Satanás te ha reclamado para molerte como el grano de trigo, más yo he rogado por ti, a fin que tu fe no desfallezca, y tú, cuando seas convertido, confirma a tus hermanos».

Después de resucitado el Señor, fué cuando, a orillas del lago de Tiberíades, se entabló el afectuoso diálogo en que Jesús hace repetir por tres veces a su Apóstol la palabra que siempre quieren oír y repetir los que se aman.

«Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Sí Señor, sabes que te amo.
« Apacienta mis corderos.—Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Sí
« Señor, sabes bien que te amo. — Apacienta mis corderos.—
« Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Señor, tú lo sabes todo, sabes
« muy bien que te amo. — Apacienta mis ovejas». (S. Juan Cap. 21).

La fe profesada altamente por San Pedro lo hizo Jefe y cabeza de la Iglesia de Cristo; el amor declarado y repetido por él, con toda la vehemencia de su impulsivo corazón, lo hizo Padre y Pastor de la grey de Cristo y de su Iglesia.

Bases históricas y arqueológicas.

San Pedro dejó la suave, florida y apasible Galilea para marcharse a Roma, la capital del mundo, conquistarla con su humillación y con su muerte y convertirla en centro glorioso de la religión cristiana. Roma quedó siendo la ciudad del Papa y por el Papa la ciudad eterna. Quedó siempre como un foco luminoso de irresistible e irradiante esplendor que atrae a sí las almas y las subyuga con el yugo dulce y fuerte del amor. Y en ese centro magnífico de atracción espiritual fué el sepulcro de San Pedro el punto culminante, el santuario de mayor veneración.

«San Pedro, nos dice un autor, fué y sigue siendo por medio

de los sucesores que custodian su sepulcro, la piedra, la roca inconmovible de la fidelidad al Salvador; de la misma manera fué y sigue siendo el Pastor del rebaño entero. (1)

Las persecuciones de la Iglesia obligaron a los cristianos a ocultar sus sepulturas en las profundidades de las catacumbas; en esos subterráneos llenos de piadosos misterios encontramos aún las huellas del respeto de los fieles por el Pontífice Romano. Los cristianos en general, aun los mártires, eran sepultados en los nichos de las galerías, que cruzaban la ciudad mortuoria; los Papas, sin embargo, tenían sus sepulturas en capillas más espaciosas y más ornamentadas, como la que se ve aún en el cementerio de San Calixto.

Treinta y un Pontífices dieron su vida en testimonio de la fe; su martirio, continuación del martirio de San Pedro, que lo fué del de Cristo, formó la base del edificio insigne de la Iglesia Católica; la sangre de esos fieles Pastores del rebaño de Cristo fué el sello indeleble de su inmutabilidad.

A la época terrible de la persecución sucedió otra talvez más temible para el Pontificado y para la Iglesia; las herejías se desencadenaron furiosamente contra la integridad de la fe y los errores más audaces y perniciosos quisieron rasgar sin piedad la túnica sin costura de la Esposa de Cristo.

Vinieron más tarde los feroces bárbaros a asaltar y destruír la ciudad eterna; y más tarde aún, ese mundo que había sido civilizado por la Iglesia, se convirtió por medio de sus reyes, emperadores y gobiernos, en constante enemigo del Jefe de la Cristiandad.

Y, sin embargo, el Papa permaneció siempre firme en su poder espiritual y siempre firme en la defensa de la causa de Dios y de la humanidad.

Veinte siglos han transcurrido, *dosciento setenta y dos* Papas se han sucedido sin interrupción sobre el trono de San Pedro, y hoy, como en los días evangélicos o en los tiempos apostólicos, o en el medioevo, o en la época moderna, creemos en el Papa como creemos en Jesucristo, respetamos al Papa por respeto a Jesucristo y amamos al Papa, porque amamos a Jesucristo.

Nuestros deberes para con el Papa.

Debemos servir, obedecer y amar al Papa. *Servirlo* es honrarlo en toda ocasión y procurar su honra en torno nuestro y sobre todo en nuestro propio hogar. Tratar de conocer mejor sus enseñanzas y darlas a conocer a los demás. Leer y propagar las publicaciones que sirvan la causa de la Iglesia y del Pontífice, rechazar valientemente todas las que sean hostiles a esta santa causa

---

(1) R. Subercaseaux. «De San Pedro a Pío X».

y no permitir jamás en nuestras casas diarios o revistas que ataquen o hagan burla del Padre Santo.

Amarlo y obedecerlo es poner en práctica la palabra venerada del inolvidable Pío X que ha dicho así: «El Papa es el guardián « del dogma y de la moral; es el depositario de los principios « que forman virtuosas a las familias, grandes a las naciones, san- « tas a las almas; es el consejero de los príncipes y de los pue- « blos; es el jefe bajo el cual nadie se siente tiranizado porque « representa a Dios mismo; es el Padre por excelencia que reúne « en sí todo cuanto puede haber de amante, de tierno y de divino.

«Se ama al Papa no de palabra sino de obra y de verdad. « Cuando se ama a una persona se busca medio de uniformarse « en todo a su pensamiento, de cumplir sus voluntades e inter- « pretar sus deseos. Y si Nuestro Señor Jesucristo decía de sí mis- « mo: "si me amáis observaréis mis palabras", así para mostrar « amor al Papa es necesario obedecerle».

Inseparables son pues el amor y la obediencia cuando se trata de nuestros deberes para con el Padre Santo. «Ama y haz lo que quieras», decía San Agustín. Amemos al Papa y seremos obedientes a sus doctrinas; de esa manera nuestra obediencia no será forzada sino que será una obediencia filial llena de gozo y de satisfacción. Será una obediencia de inteligencia y de voluntad, comprendiendo la razón de sus mandatos y amando la ley que nos impone. Obediencia externa, cumpliendo esos mandatos en todos nuestros actos; obediencia interna, sometiendo a su juicio nuestra mente y nuestro criterio, sin jamás discutir ni criticar lo que el Papa dispone o aconseja.

Amar al Papa es el deber más fácil y más dulce para un católico. El que ha tenido la dicha de divisar la figura blanca del Pontífice romano, ya sea cuando avanza, escoltado por sus guardias nobles, por las suntuosas galerías del Palacio Vaticano, o ya cuando aparece en alto, por encima de todos y bendiciendo á todos, bajo las bóvedas inmensas de San Pedro, no puede dejar de sentirse abrasado de entusiasmo y de amor hacia esa figura de belleza sobrehumana que simboliza todo lo hermoso, todo lo noble y todo lo bueno que puede verse sobre la tierra.

Llámese aquella pura y radiante aparición, Pío IX, León XIII, Pío X, Benedicto XV, Santos Papas que han visto los ojos de nuestra generación, el amor y el entusiasmo es siempre igual, porque es siempre inspirado y dirigido al Jefe de la Iglesia, al representante de Cristo, al Padre amantísimo de las almas y de la cristiandad.

Manifiesta claramente el relato evangélico que las almas más amantes de Jesús fueron almas de mujer. Sin contar a su Madre Divina, única y mil veces bendita entre todas las mujeres, encontramos un grupo de amigas fieles y de abnegadas servidoras del Salvador. Entre ellas se hacen notar Marta y María.

En torno al Cristo de la tierra, vemos también almas femeninas

que de cerca o de lejos, (no hay distancia para las almas) lo sirven y lo aman, trabajando, orando y padeciendo por él. Muchas ocultas y desconocidas, han ofrecido su vida, o se han ofrecido ellas mismas como víctimas de amor, por la vida y por las intenciones del Padre de la Cristiandad.

La historia de la Iglesia nos presenta dos tipos notables de heroínas, adictas apasionadamente al Pontífice: la Condesa Matilde de Toscana y Santa Catalina de Sena. Por la diferencia de sus caracteres y su manera diversa de servir al Papa, estas grandes mujeres recuerdan a las dos hermanas amigas de Jesús de que nos habla el Evangelio. Una fué la Marta del Pontífice, y la otra fué María.

Ayudó la primera al Papa, poniendo a su disposición, sus estados, sus bienes y sus ejércitos; sirviéndolo con energía y magnanimidad de soberana y con ternura y abnegación de hija.

La segunda, sin título, ni estados, ni riquezas, puso al servicio del Papado un alma de fuego, divinizada por el amor, una inteligencia iluminada por luces de lo alto y una voluntad a toda prueba, pronta siempre a ejecutar, por obediencia al Pontífice, actos de admirable valor.

Ambas recibieron su premio del Pontificado. Matilde mereció ser sepultada en la basílica de San Pedro. Entre los grandiosos monumentos de los Pontífices, figura noblemente el de la abnegada Condesa de Toscana.

Catalina de Sena fué solemnemente proclamada Patrona y Protectora de la Iglesia y de Roma.

Nosotras, católicas, hijas de la Iglesia, de esta Madre santa que nos ha dado la vida de la gracia, que nos procura a cada instante los bienes espirituales que traen la paz y el consuelo a nuestras almas, el orden y el bienestar a nuestra existencia, amemos al Jefe visible de esta Iglesia, al Padre y Pastor de toda la Humanidad. Amémoslo con el amor de Marta y de María. Con Matilde ayudémosle por medio de nuestros recursos y con Catalina démosle los más vivos afectos de nuestro corazón.

Ante ese trono augusto que representa el trono mismo de Dios, depositemos nuestros respetos y nuestros obsequios.

Amemos sobre todo, amemos como Matilde y Catalina, con pasión y con locura santa, como aquella locura de la cruz de que nos habla San Pablo, al *dulce Cristo de la tierra.*

La Devoción a María bajo la advocación del Carmen

Adela Edwards de Salas.

I.

El amor a la Santísima Virgen, como Madre de la humanidad entera, es como innato en el corazón de todos los hombres. El célebre protestante Hurtter, en su libro «*Motivos de mi conversión*», dejó escritas estas notables palabras: «Sin enseñanza ni lectura alguna especial, sin haber entrado en controversia con sacerdote católico alguno, mi corazón me hacía presentir la existencia de una mujer extraordinaria que fuera Madre de Dios y de los hombres».

Esa natural inclinación nos viene, pues, en el alma como las chispas de fuego vienen revueltas con las venas del pedernal.

Así se comprende ese cariño espontáneo que los hombres de toda edad y condición han profesado a la Madre que nos ha ofrecido el mismo Autor de la Naturaleza. Aunque no la conozcan, la presienten: y una sola palabra bastará para que brote esa idea, como brota la chispa al golpe del eslabón.

Y María, nuestra buena Madre, ha sido tan cariñosa para con sus hijos que se les presenta en diferentes aspectos y advocaciones, como para hacer llegar al mundo torrentes diversos de gracias saludables, invitando así a cada nación, a cada pueblo y a cada individuo, a que beban y se sacien, según sus necesidades, sus gustos y sus simpatías. Nosotros los chilenos, la conocemos y la amamos bajo distintas advocaciones. Pero hay una que nos llega al alma con resplandores más intensos de gloria y más grata explosión de patriotismo.

Vuestro corazón, antes que mis labios, ha pronunciado ya el nombre de la Santísima Virgen del Carmen.

La devoción a la Reina del Carmelo, tal como la distinguen y desean los chilenos, nació con nuestra vida de nación independiente; es una devoción eminentemente patriótica.

Es verdad que en 1690 se funda en Santiago el Monasterio del Carmen de San José y en 1770 el de San Rafael; pero estos actos de pública piedad y otros de menos resonancia, son más bien como una suave y prolongada aurora, que presagia un día esplendoroso. El sol de ese día aparece sobre los Andes, cuando los batallones chilenos y argentinos subieron esa histórica montaña, para vencer en Chacabuco, después de haberse colocado con juramento

solemne bajo la protección de Nuestra Señora del Carmen. Ese juramento lo renueva, dándole un carácter oficial y ligándole a una promesa también solemne, el Supremo Director, Don Bernardo O'Higgins. El templo levantado en Maipo recuerda ese voto público y la protección manifiesta de nuestra Madre del Carmen, patrona jurada de nuestras armas.

Y arranca desde esta fecha la devoción extraordinaria que el chileno profesa a María, bajo la advocación de Nuestra Señora del Carmen, porque al nacer Chile a la vida independiente, sufre una transformación social, necesita de una madre que proteja sus primeros pasos, pues aparece nuestra Patria como un nuevo infante, con nuevas tendencias y nuevas aspiraciones.

Y esto sucede, porque nuestra nacionalidad se vino fundiendo, digámoslo así, en esa ardiente fragua de las guerras contra los araucanos. El carácter altivo por naturaleza, tuvo que ser belicoso. Sobre ese carácter vino a lanzar sus rayos de poder y de amor, la Santísima Virgen del Carmen. Ella bendice y modela a la nueva nacionalidad, es decir, modela y bendice al nuevo infante.

En los infantes las ideas se graban como en la cera y se conservan como en el bronce. De ahí esa piedad y devoción entusiastas y extraordinarias, que se difunden en el pueblo y con el pueblo produce esos sentimientos que profesa en el hogar doméstico.

¿Quién no ha visto pender del cuello de nuestros trabajadores el escapulario del Carmen? Quién no ha admirado, la constancia y la fe con la cual en un miserable rancho, aun cuando no tengan para lo más necesario, gastan la última moneda en encender una luz que debe el Miércoles alumbrar la imagen de Nuestra Señora? Quién no ha visto aclamar con entusiastas cánticos en procesiones, la imagen querida del Monte Carmelo? Verdad es que en estos últimos años esta fe viva del pueblo tiende desgraciadamente a desaparecer; se la han arrancado poco a poco del corazón y amenaza extinguirse y es por esto que reunidas aquí todas estudiaremos la manera de conservar el amor que siempre el corazón chileno, ha profesado a su Madre y celestial Protectora la Virgen del Carmen.

II.

Las reflexiones que se acaban de hacer están de acuerdo con los hechos de nuestra historia patria. El Domingo 5 de Enero de 1817, en vísperas de partir para Chile el ejército llamado de los Andes, el General San Martín hizo disponer una solemnidad religiosa extraordinaria, en la que todos los cuerpos militares, desfilan y presentan sus armas a la Virgen del Carmen, simbolizada en la imagen del convento de S. Francisco de Mendoza; y ahí la juran Patrona y protectora de las armas.

Ese ejército traspasa la gran Cordillera en alas de un entusiasmo santo, y siete días después, vence en Chacabuco de un modo

heróico. Y conviene advertir, que, por una circunstancia que pocos historiadores la anotan, la batalla se libra en día Miércoles. San Martín había pensado presentarla dos días después, es decir el 14 de Febrero; mas como su modesto y valiosísimo confidente, el campesino Justo Estay, le llevase el día II noticias secretas y detalladas del ejército español, San Martín resuelve que se dé inmediatamente, aun sin esperar los cañones que había fabricado el ingenioso religioso franciscano, Fray Luis Beltrán. La Virgen glorificó aquel día Miércoles con un espléndido triunfo. Uno de los pocos historiadores que llama la atención hacia esta feliz coincidencia, agrega: «Allí en el lugar de la batalla debía elevarse un monumento, donde aparezca la Patria elevando de su cuna la frente laureada; Nuestra Señora del Carmen a su lado, O'Higgins y San Martín y esta inscripción: «*Aquí nació la Patria*».

Sabido es el voto que el Supremo director don Bernardo O'Higgins, a nombre de la nación chilena, hizo a la Virgen del Carmen, de levantarle un templo en el lugar que se obtuviera la victoria final. El mismo O'Higgins puso la primera piedra de ese templo en el llano de Maipo.

«El Senado pidió espontáneamente al Supremo Director, que a la mejor de las naves le pusiese el nombre de «María del Carmelo» y que en las escuelas públicas se rezacen diariamente las Letanías y el Rosario los Sábados; y acordó que el 16 de Julio (1818) fiesta del Carmen, se abriesen las clases del Instituto Nacional.

Puede, pues, decirse que con las victorias de Chacabuco y de Maipo, Chile, física e intelectualmente, renació a una vida nueva.

III.

Podemos fácilmente notar que en aquella época el patriotismo se hallaba impregnado de religiosidad y la devoción impregnada de patriotismo.

Así tuvo que ser en vista de las circunstancias solemnísimas porque pasaba nuestras patria y dado los favorables resultados que las plegarias obtenían.

La devoción a la Virgen del Carmen, si hoy ha ganado en pompa y aparato externo, ha perdido, sin duda, mucho de aquella fe sincera y de aquel espíritu interior que antes la hacía tan benéfica y universal. En las altas corporaciones falta aquel espíritu que anima en 1818 al Senado Chileno; y en el pueblo, salvo nobilísimas excepciones, más es la piedad rutinaria, que la verdadera práctica de esa devoción. Hay cuerpo, pero no hay verdadero espíritu; hay oropel y brillo, pero faltan los quilates al oro de la piedad. Quisiéramos engañarnos, pero debemos manifestar lo que sentimos.

IV.

Para restablecer y conservar la verdadera devoción a la Virgen del Carmen convendría restablecer aquellas prácticas que aconsejaba y pedía el Senado Chileno en 1818.

Hacer que en las escuelas católicas se recen diariamente las Letanías al terminar las clases y agregando el atributo de *Reina del Carmelo, ruega por nosotros;* y en los días Miércoles el Rosario, pidiendo por Chile y sus gobernantes la fe de los primeros Padres de la Patria.

Convendría que los sacerdotes, en especial los misioneros, predicaran mucho al pueblo esa devoción, en lenguaje sencillo y práctico. Que en cada misión se predique un sermón dando a conocer los grandes favores que la Virgen del Carmen dispensa a sus devotos y la protección especial que Chile ha recibido de su celestial Patrona. Distribuír en cada misión escapularios no sólo por centenares, sino por millares; expresando las promesas y gracias que le están vinculadas. El santo escapulario es un escudo invulnerable y lo deben llevar los cristianos de todas edades y condiciones y en especial el chileno lo debe ostentar en su pecho como emblema invencible de victoria. Lo llevaba Arturo Prat en el combate de Iquique.

El escapulario debía ser para los chilenos como las cruces encarnadas que llevaron los Cruzados de la Edad Media, que iban a la conquista de Tierra Santa.

Nos dará valor contra el respeto humano y nos librará de los peligros sociales.

La Santísima Virgen del Carmen como Patrona del Ejército

Esmeralda Zenteno de León.

Desde el día en que los primeros soldados chilenos, aquellos que lucharon por darnos libertad, proclamaron a la Santísima Virgen del Carmen patrona del Ejército y le juraron amor y fidelidad, su predilección por nuestra Patria no ha cesado de manifestarse.

Bajo su maternal protección se rompieron los eslabones que nos ligaron con España, trocando esas cadenas en guirnaldas de

laureles y más tarde cuando vientos de odio desencadenaron en nuestra frontera norte la tempestad de una guerra, las madres al despedir a sus hijos diciéndoles como las antiguas romanas, «vuelve con el escudo o sobre él», prendían en sus pechos el santo escapulario del Carmelo como un talismán que habría de sostenerlos en esa marcha titánica al través del desierto, cuando iluminados por la estrella solitaria, esa estrella en que fulgura toda el alma de la Patria, llevaban de victoria en victoria la querida, la idolatrada bandera tricolor.

Grandes han sido los triunfos del Ejército chileno y todos ellos están íntimamente ligados a la Sansísima Virgen del Carmen como si fueran diamantes desprendidos de su corona para enriquecernos; por eso las tropas escoltan su imagen querida cuando la procesión tradicional recorre las calles de la ciudad y casi no hay una habitación de soldado, por humilde que sea, donde no se ostente su estampa adornada de una banderita tricolor.

Pero... a esto se reduce el culto que el Ejército rinde a su patrona.

En cambio es muy frecuente encontrar entre sus filas a individuos que han formado familia y viven fuera de la iglesia, que no bautizan a sus hijos oportunamente y que no cumplen con ninguno de los preceptos que ordena la Ley de Dios.

Hoy día en que el celo apostólico de las damas chilenas ha formado asociaciones con el fin de levantar el nivel moral y protejer a las clases obreras y difundir el conocimiento de la religión, hoy que comisiones de Señoras visitan los conventillos, los talleres, las escuelas, las cárceles, los hospitales, y se reparten por los barrios más lejanos de la ciudad, llevando en alto la antorcha luminosa de la fe; hoy que existen sociedades para protejer hasta los animales y los árboles, no hay ninguna que se preocupe del soldado.

Sin embargo, hay allí un campo vastísimo, terreno fértil donde sólo falta arrojar la semilla y donde, por desgracia, los sembradores del Evangelio están en número tan reducido que su acción no puede ser muy extensa.

Todos los años la conscripción llena los cuarteles; son miles los muchachos que de todas jerarquías y condiciones vienen a ofrendar a la Patria las primicias de su juventud en flor; allí a parte de la educación militar aprenden los rudimentos de la instrucción primaria, se les inculcan hábitos de higiene y de orden y se inspiran en ideas de moralidad y de cultura por medio de conferencias; pero el reglamento no va más allá; la disciplina se queda tras la puerta del Cuartel; afuera acechan al soldado la cantina, el garito, el prostíbulo y las mil tentaciones que lo alejan del hogar y sus deberes.

Llevo veinte años de vida militar y es infinito el número de mujeres llorosas, madres o esposas de soldados que he visto venir con la eterna queja «todo el sueldo se lo bebió o lo jugó el

día de pago, el casero apremia por arrendamiento de la pieza, los niños no tienen zapatos con que ir a la escuela, lo que ella gana con el lavado apenas alcanza para comer y mientras tanto el muy pícaro se pavonea luciendo el airoso uniforme, enamora a las muchachas del barrio y la pasa de soltero».

Los conscriptos que vienen de provincias, algunos de pueblecitos perdidos en la cordillera o en las selvas del Sur, son niños ingenuos, sencillos, sus almas puras que han vivido en contacto sólo con la naturaleza, no ha sido empañada por ese vaho asfixiante de las grandes ciudades y al quitarse la manta para vestir la casaca, se encuentran rodeados de amigos que se ríen de sus ingenuidades y se complacen en instruírlos en la escuela de los vicios; la mamita está tan lejos y como no sabe escribir no puede proteger al niño con sus consejos; fuera del Cuartel no tiene quien vele por él y su inocencia, su virtud y muchas veces su salud, naufragan en el mar tumultuoso de las pasiones que despiertan de repente.

***

Yo querría que de este Congreso celebrado en honor de la Patrona del Ejército quedara para éste algún beneficio práctico y fuera la fundación de una Liga de Señoras madres, esposas, hermanas e hijas de militares que bajo la protección y en nombre de la Santísima Virgen del Carmen, y bajo la dirección de Monseñor Edwards, el Obispo Militar que tantos afectos tiene en el Ejército, tuviera por objeto mejorar la condición del soldado fuera del cuartel, apartándolo del vicio y atrayéndolo al hogar, inculcándole sentimientos religiosos e inspirándolo en la devoción a la Santísima Virgen del Carmelo; procurándole entretenimientos honestos e instructivos, visitándoles su hogar para imponerse de las necesidades espirituales y algunas veces materiales que es preciso subsanar, tocando en fin el corazón de esas gentes con esa varilla mágica que se llama cariño, y por ese medio hacer que reine en sus almas el amor de Dios.

El Ejército es la base en que descansa la grandeza de una nación; el nuestro es disciplinado, valeroso y fuerte; procuremos también que sea piadoso como lo fueron sus primeros organizadores y como ellos profese una devoción ardiente a su celestial Patrona.

Medios de propagar a perpetuidad la devoción a la Santísima Virgen del Carmen

Ana Hörmann.

Las que nos gloriamos de ser hijas de la Reina del Cielo y excelsa Patrona del Ejército y de la Patria, deseamos contribuír en la medida de nuestras débiles fuerzas, aunque sea con un granito de arena, a honrarla en el centenario que conmemoramos.

Este deseo nos lleva a estudiar los medios de propagar su devoción y afirmarla, si posible fuera, a perpetuidad, en toda la extensión de nuestra amada Patria.

Para ello convendría recorrer las páginas de nuestra historia nacional, y en ellas veríamos cuán hondas raíces había echado en todo corazón chileno, que siempre la invocó confiado, y cómo, a su vez, correspondió nuestra divina Madre, concediendo a la Patria por cada combate una victoria.

La historia de Valparaíso nos lo prueba con evidencia. En efecto, recordamos que un siglo ha, de aquí partían tantos héroes que triunfaron en Maipú, a las órdenes de un jefe, devoto teniente de la Virgen del Carmelo.

De aquí partían también al Perú los valientes que triunfaron en Yungay el 20 de Enero de 1839, triunfo que el ilustre general Bulnes atribuía, no a su espada, sino a la Generala del Ejército y de la Armada.

Cuarenta años más tarde, al partir los tripulantes de la gloriosa «Esmeralda» reciben reverentes el santo escapulario de manos del sacerdote, a quien lo entrega uno por uno el inmortal Arturo Prat.

Cada batallón que parte a la guerra era preciso que sufriera la inspección de las señoras, para ver si llevaban o nó el escapulario de la Patrona de los Ejércitos.

En la célebre batalla de Dolores preséntase el gran general Escala con la imagen del Carmelo atada al brazo, y el ejército prorrumpe en vítores que hacen huír al enemigo.

Sabido es que cada batalla de esta gloriosa campaña, es decir cada victoria, fué ganada en día Miércoles, consagrado por los chilenos a honrar a nuestra excelsa Patrona.

Por último, estas playas vieron regresar triunfante al ejército vencedor.

Ahora cabe preguntar: ¿Existe en la actualidad ese ferviente amor a nuestra Madre del Carmelo, la gratitud que a sus favores debemos?

¿Conservan los descendientes de aquellos héroes ese amor puro, esa acendrada devoción a la Reina del Cielo que de sus abuelos heredaron?

¿Abrigan los corazones esa confianza íntima que ellos en nuestra Madre tuvieron?

¿No se ha enfriado ese amor tierno que enalteció a sus antepasados, y que atrajo la protección de la Reina del Carmelo sobre la bandera chilena?

¡Ay! la atmósfera que respiramos tiende por desgracia a extinguirlo... No lo permita Dios...

Pero ¿no es acaso una obligación, un sagrado deber para la mujer de hoy prevenir este mal?

Obligación y deber que se imponen, es renovarnos en el amor de nuestra Madre y Patrona y en el celo por propagar su devoción.

Obligación y deber es legar a las generaciones futuras el amor que de las pasadas hemos recibido para con nuestra Madre del Carmelo.

¿Cómo cumpliremos este deber, esta obligación?

Mediante los auxilios del cielo, que hemos de implorar fervientes, esperamos poder cumplir este deber sagrado.

A cumplirlo propenden algunas ideas que me voy a permitir proponer para honrar a nuestra Madre del Carmelo, fomentar y conservar su devoción.

Como sería difícil establecer esta devoción en los hogares, es decir en la mayoría de los hogares chilenos, cual es nuestro deseo, convendría, en vez de ir directamente a ellos, acercarse a las escuelas y por medio de las alumnas llegar a sus familias.

Existen en la actualidad más de tres mil escuelas de enseñanza primaria, con una matrícula de más de trescientos cuarenta mil alumnos; además de las escuelas normales, parroquiales, profesionales y de los establecimientos de enseñanza secundaria.

Si se logra introducir en las escuelas esta devoción, indirectamente entrará también en los hogares.

Esto se podría llevar a efecto por medio de algunas señoras y jóvenes fervientes en la devoción a la Santísima Virgen del Carmen y abrasadas de celo por propagarla.

Estas señoras podrían fundar en Santiago una sociedad, semejante a otras ya existentes, y que extienden su acción a todos los puntos de la República.

Podría llamarse «Centro del Culto a la Virgen del Carmen» y tendría por fin único propagar, conservar y fomentar esta de-

voción a *perpetuidad* en toda la extensión de nuestra amada Patria.

Tendría por director a un sacerdote aprobado por el Ordinario.

Dicho Centro procuraría establecer otros en las demás ciudades de la República, bajo la dirección del Párroco.

Los miembros de estos centros serían también señoras y jóvenes que comprendan este fin.

Dichas señoras, con gran prudencia, y sin alterar en lo más mínimo el régimen escolar, podrían acercarse a las escuelas, terminadas las horas de clase.

En aquellos establecimientos donde encuentren profesoras que secunden su acción, podrán valerse de ellas; pero en el caso contrario, tratarán de atraer a las alumnas con dulzura para proponerles recibir el santo escapulario.

Convendría elegir en cada sección una niña que invite a las otras a recibir el santo escapulario y que anote sus nombres.

Se elegirá una de las niñas mayores que tenga ascendiente sobre sus compañeras, para que se entienda con la celadora de cada sección y entregue las listas a la socia del Centro. Esta buscará un sacerdote que tenga facultad para imponer el santo escapulario. Fijará la hora y eligirá la Iglesia más cercana a la escuela donde se efectúe la recepción. Inscribirá estos nombres en el Registro que al efecto se abrirá, y remitirá el total al directorio de Santiago en la fecha que éste indicare.

Esto mismo podría efectuarse en todas las escuelas de la República.

Dado este primer paso de recibir el escapulario, podría el celo de las socias avanzar más, y organizar entre las niñas de las escuelas el Apostolado de la Oración con la comunión reparadora, que atraiga sobre los hogares las bendiciones del Sagrado Corazón y a la vez perpetúe en ellos la devoción a Nuestra Señora del Carmen.

Se podrían obsequiar a las niñas medallas que reemplacen el escapulario, y como estas medallitas tienen a un lado la imagen del Sagrado Corazón, pueden servir de insignias para la comunión reparadora.

Sería también conveniente regalar a estos establecimientos cuadros de la Virgen del Carmen, y repartir imágenes entre las alumnas, para que las honren en sus hogares.

Sería conveniente arbitrar los medios de conseguir que se celebrase cada año en todos los establecimientos de la República la fiesta de Nuestra Señora del Carmen el 16 de Julio, según se pueda, y conmemorar en ese día los juramentos hechos a la Patrona de nuestros ejércitos y agradecerles los favores recibidos.

Para este fin se podría redactar y hacer imprimir una breve reseña histórica de estos juramentos, hechos durante el primer siglo de la Independencia.

Asimismo convendría honrar a la Santísima Virgen del Carmen en las escuelas los días miércoles, rezándole una breve oración o invocación al principio o al fin de las clases.

Sería de desear que en cada ciudad se elevara un monumento a la Virgen del Carmen, como recuerdo de este Centenario, para legar esta devoción a las generaciones venideras y que estos monumentos sean como un punto de peregrinación a donde se congreguen las almas y tributen sus homenajes a la Patrona de nuestros ejércitos y de nuestra Patria.

Que este puerto de Valparaíso sea el primero en erigir una grandiosa estatua, que colocada a grande altura, sea el pararrayo que detenga la ira de Dios; el imán de los corazones, que los lleve al de su Divino Hijo; el lazo de unión entre el siglo que ha pasado y el presente y por fin el testimonio de nuestro amor y gratitud a la Patrona del ejército: son mis votos.

Referencias históricas

sobre la

devoción a la Sma. Virgen del Carmen

Adriana Fontaine.

El deseo de contribuír en algo siquiera a conservar, fomentar y aún a consolidar de un modo estable y permanente la devoción a Nuestra Señora del Carmen, me anima a trazar este tema; pero concretándome a llamar la atención del Congreso sobre esta devoción en la ciudad de Valparaíso, que, por ser el centro de la Dirección de la Armada y de la formación de los marinos, parece más necesario que en ninguna otra de la República honrar a la Patrona Jurada del Ejército y Armada.

Y lo considero necesario como manifestación de agradecimiento por los singulares beneficios dispensados a nuestras naves; dejar constancia de nuestro agradecimiento con ocasión del Centenario que conmemoramos, para que las generaciones venideras se muestren también agradecidas a nuestra Madre del Carmelo, y obliguen así a su amoroso corazón a seguir protegiendo a nuestra amada patria.

No sólo prodigó su protección a las naves que de este puerto salieron y conquistaron laureles para Chile, sino también, permítaseme recordar el glorioso batallón Infantes de la Patria que de

Valparaíso partió un siglo ha; y, protegido por la Virgen del Carmen, obtuvo en Maipú el triunfo definitivo a nuestras armas.

Y evocaré también otro recuerdo de aquella jornada. Reconocido el Senado a la protección de nuestra Señora del Carmen, solicitó del Director Supremo denominase una de las fragatas venidas entonces de Norte América «María del Carmen de Maipú» el 9 de Diciembre de 1818.

Llega la Guerra del Pacífico.

Sabido es que antes de partir la gloriosa Esmeralda, cada tripulante, incluso su Comandante, recibió el santo escapulario; y se vió además a Arturo Prat llevar consigo un hermoso cuadro de la Virgen del Carmen con el cuidado con que se lleva una reliquia, ha dicho un testigo ocular.

El Sr. Pbro. D. Vicente Martín y Manero, en su Historia Eclesiástica de Valparaíso nos relata como se manifestaba en ese tiempo el amor a la Virgen del Carmen, dice:

«Si la oración fervorosa y continuada es un poder omnipotente para mover la voluntad del Todopoderoso, en la época aludida, la fe, la piedad y la oración eran como no creemos la haya tenido mejor pueblo alguno. Es por eso que apenas llegaba una buena noticia, y buenas eran todas las que llegaban, se vivaba a Nuestra Señora del Carmen, hasta por gentes que hasta entonces, poco habían creído en devociones.

Los batallones que partían a la guerra, era preciso que sufrieran la inspección de las señoras, para ver si llevaban o nó el Santo escapulario de la Patrona de los Ejércitos. Y no sabemos ni de uno solo, se negara a recibirlo, pues hasta los jefes de más alta graduación lo llevaron en un principio oculto, pero en el campamento, al saber que todos lo tenían, no se avergonzavan de enseñarlo».

Estos rasgos de los defensores de la patria se conservaron vivos en la memoria de los que los presenciaron y nos son referidos por el señor Cura del Salvador.

Imposible sería contar el número de beneficios otorgados a nuestros ejércitos de mar y tierra por nuestra Madre del Carmelo y Generala del Ejército y de la Armada... díganlo por lo menos aquellas batallas ganadas en el día dedicado a su culto por todo corazón chileno, el Miércoles de cada semana. Hecho que puso en evidencia la protección de nuestra Augusta Generala.

Han pasado 37 años. Ahora, gracias a Dios, gozamos de completa paz. Recordamos a los héroes de aquella gloriosa época. El monumento a la marina conmemora sus hazañas. Allí se reúne el pueblo el 21 de Mayo cada año; pero a la Virgen del Carmelo que invocaron ellos fervientes, y cuyo nombre sus labios moribundos repitieron como postrera esperanza; a la que les dió valor y sostuvo en la prueba, la que les dió ánimo y fortaleza para triunfar o morir, la celestial Bienhechora ha sido olvidada, no se le ha erigido ninguno. Aquí de donde partían los ejércitos y las

naves, confiadas en su protección, y adonde volvieron todos victoriosos, gracias a la protección de la Patrona jurada de nuestra armada, nada hay que evoque su recuerdo, ni manifieste la gratitud que le es debida. ¿Y será justo que recordemos acciones heroicas y no a Aquella que les dió el heroísmo? ¿no es justo que la admiración que aquellas nos inspiran vaya unida a un sentimiento de gratitud hacia Ella? Es este el momento de preguntar: ¿Qué se ha hecho para honrar a nuestra Madre del Carmelo y manifestarle la gratitud que le debemos después de la guerra del Pacífico? Qué templo se ha construído en su honor? Qué monumento conmemora sus múltiples beneficios?... ¿No es acaso deber sagrado de la mujer chilena en este Centenario reparar aquel olvido o negligencia?... Y ¿no es también un deber de la mujer de hoy legar a la de mañana el precioso tesoro de la devoción a nuestra Madre del Carmelo, transmitirle su gratitud filial? Y en memoria de su protección en Iquique y Angamos, Dolores, Tacna y Arica, Chorrillos y Miraflores? legar a las generaciones futuras ese acendrado amor a nuestra Madre y Generala, que de las pasadas ha heredado? y legar si es posible intacto tan valioso don. No esperemos encontrarnos de nuevo en momentos difíciles, para recurrir a su protección, procuremos exteriorizar nuestra gratitud de un modo permanente aquí en Valparaíso, y que además contribuya a conservar y fomentar la devoción a nuestra excelsa Patrona a perpetuidad.

Como no hay un monumento en su honor así como se ha elevado a los héroes, me voy a permitir proponer la conclusión única: arbitrar los medios de erigir a la Virgen del Carmelo un monumento en la colina más elevada donde domine la ciudad y la bahía, a semejanza del de la Inmaculada en el cerro S. Cristóbal de Santiago y que sea un punto de peregrinación que estimule a practicar la devoción de Nuestra Señora del Carmen. Que su mano protectora nos preserve de toda clase de males, y se extienda por la ciudad y las naves, y que todo aquel que sufra pueda elevar la mirada suplicante hasta su trono. Que su imagen bendita pendiente entre el cielo y la tierra, sea la que nos una a Dios Nuestro Señor.

La Definición Dogmática de la Asunción

María G. F. de Castro.

Es la definición dogmática de la gloriosa Asunción de María Santísima a los cielos, la más viva aspiración de la cristiandad.

La fervorosa y creciente devoción de los católicos por la Madre de Dios robustece en el corazón el deseo unánime de ver, en un día próximo, realizarse la tan anhelada declaración.

Este anhelo es también la consecuencia del reconocimiento que le debe a su amantísima Madre la humanidad que, en todos los tiempos de la era cristiana, ha recurrido a su tierna y bienhechora protección para alcanzar un alivio en sus dolores y un aliento en las tribulaciones de este valle de lágrimas.

La prodigalidad de los favores concedidos por la intercesión de nuestra Santísima Madre ha creado un vínculo de iuterna gratitud por medio del cual nos sentimos estrechamente unidos a ella e inclinados a manifestarle nuestros constantes sentimientos de fe y amor inquebrantables.

La santa Iglesia asigna a la Virgen Madre un sitio de predilección que la eleva incomparablemente sobre todas las creaturas celestes y terrenales: su sola dignidad de Madre de Dios le confiere glorias y privilegios a los cuales debemos rendir nuestro más ferviente homenaje de sumisión y respeto.

Y para que nuestro homenaje sea tan completo y tan ferviente como lo debemos desear, hemos de elevar nuestra plegaria al Supremo Hacedor para que la gloria de la Asunción que otorgó a su Santísima Madre sea consagrada por su más alto representante en la tierra como una de las verdades inmutables de la fe.

«¡Oh Virgen Santa, exenta de toda mancha! extraordinaria fué vuestra Concepción Inmaculada y extraordinario vuestro nacimiento; extraordinaria y admirable vuestra entrada al templo y vuestra permanencia en él; extraordinaria y admirable por sobre nuestras palabras y pensamientos es todo lo que os concierne», exclama José el Hymnógrafo (1) y nosotros recordaremos que extraordinaria también fué vuestra muerte y vuestra Asunción en cuerpo y alma a los cielos!

La Asunción de María es un hecho teológico y doctrinal que constituye, puede decirse, una excepción en la ley general dogmática y revelada, que reserva para el Juicio Final la resurrección y glorificación de la carne. Además forma parte de esa serie

(1) Canon II.

de hechos prodigiosos que desde hace varios siglos la teología de la Iglesia viene informándose por los textos de las Sagradas Escrituras, por la tradición, o por fuentes insospechables que de tiempo en tiempo han vinculado el Tránsito con los otros privilegios de María.

Numerosísimos Doctores, Santos y Teólogos, desde los primeros siglos del cristianismo han hecho alusión en sus escritos al glorioso Tránsito de María a los Cielos, en alma y cuerpo. San Atanasio declara que por su contacto con el incorruptible Verbo, la Virgen Santísima escapa a las leyes que rigen toda carne (1).

San Juan Damaceno refiere que en el siglo V la tradición de la Asunción corporal de la Madre de Dios era corriente en Jerusalén y que el Obispo Juvénal refería el hecho a Pulqueria el año 451. A partir del VII siglo, se rompen bruscamente los velos y en el Oriente la Asunción de la gloriosa Reina de los Cielos recibe culto litúrgico explícito y los predicadores lo proclaman solemnemente. San Modesto (634), San Andrés de Creta, relatan las ventajas de este privilegio de María. San Damaceno, José el Hymnógrafo, San Teodoro de Stondion, refieren el mismo privilegio con la fe de sus antecesores. En el siglo VIII y IX los Papas hacen reproducir en artísticas telas destinadas a adornar las Iglesias, la Asunción corporal de María. En el siglo VII el Papa San Sergio hacía cantar la oración *Veneranda,* en la cual de la manera más nítida y clara se trata de la glorificación de María en su sagrado cuerpo.

En los siglos VIII y IX, la liturgia, la teología y la predicación dan a la Asunción toda la importancia que tiene este hecho único, singular y prodigioso.

Todas estas autoridades de la Iglesia manifiestan así su constante acuerdo. Sabios, teólogos y predicadores nos hacen saber que la Asunción gloriosa de María en alma y cuerpo a los Cielos se desprende del concepto que sobre la Virgen bendita nos procura la revelación: es un privilegio que resulta de ser María Madre de Dios, santificada por su contacto, según expresión de San Epifanio y de San Atanasio, y siendo así, es de todo punto imposible que su santo cuerpo llegara a ser «presa de la tumba».

San Damaceno deduce esta creencia, de un paralelo entre el Hijo y la Madre. San Germán, San Andrés de Creta y San Teodoro sostienen la Asunción corporal de María como la lógica consecuencia de su santidad virginal.

Y al avanzar los siglos, esta idea va acentuándose en la Iglesia en sus Pontífices, en sus teólogos y predicadores.

En el siglo XI Odilón de Cluny apela a los Apóstoles para resolver el problema y admite que la gran fiesta de la Asunción de la Inmaculada María alcanza para los réprobos la gracia de un día de descanso en el año...

---

(1) *Livius,* pag. 343.

Los Ascetas se unen a los teólogos y a los predicadores para resolver resueltamente la Asunción corporal de la Madre de Dios.

La Universidad de París censuró en 1497 al domínico Morcelle que declaró aceptable que pudiera negarse la Asunción de María porque no era un dogma definido (1).

No nos detendremos en referir las objeciones y críticas que se han hecho sobre esta materia a través de los siglos, por haber sido siempre pulverizadas por los sostenedores de esta verdad histórica.

¿En qué puede sorprender a los cristianos el hecho milagroso de la subida a los cielos de María en cuerpo y alma? ¿No cita la Biblia casos análogos? Una tradición popular atribuye a San Juan el discípulo virgen y a Enoch este mismo favor, y algunos de los Padres de la Iglesia en el siglo IV ¿no habían acaso, ellos también, admitido como posible la presencia en el Cielo en cuerpo y alma los resucitados de que habla San Mateo? (2) ¿Y María Madre de Jesús podría no haber sido objeto de un favor igual?

El católico no puede dudar de la verdad de la Asunción, está cierto de ella, porque es la creencia evidente de la Iglesia, de la Iglesia infalible.

La Iglesia no nos puede engañar cuando ella estime verdadero un hecho de orden teológico y doctrinal y ella tiene por verdadero el misterio de la Asunción.

¿Y no sería ya el tiempo de obtener una declaración dogmática que colocara esta creencia universal entre las verdades reveladas?

Ya en 1870 el Obispo de Jaen había propuesto al Concilio del Vaticano una definición en este sentido. El llegó hasta pedir que se procediese por aclamación. Estos términos fueron deshechados, pero otras proposiciones fueron presentadas al Concilio, las que no fueron atendidas por haber éste clausurado poco después.

Este privilegio de Nuestra Madre que ha ido así a través de las edades, echando profundas raíces en la Iglesia y en el corazón de los cristianos, ha encontrado en nuestros días los más entusiastas propagadores.

Organos de esta devoción son en Italia la revista titulada *El Rosario e la Nuova Pompeia* y *La Assunta* de Como. Los Congresos de Tieria, Lyon y Friburgo han servido de acreditados ecos de los deseos y aspiraciones de los hijos amantes de María.

M. Chatain de Vieune, el canónigo Costa de Como, el Rvdo. P. Dom Rénaudin, Mons. Vaccari y varios otros sacerdotes y teólogos trabajan activamente en este momento para aclarar ciertos puntos de vista teológicos o históricos que podrían preparar el juicio de la Santa Iglesia.

---

(1) *Gandín.*
(2) c. XXVII, 52.

Oigamos a M. Chatain en *l'Assunta:* «Así como los Angeles, « nosotros también os contemplamos ¡oh María! y os saludamos « como nuestra Reina que tiene su trono al lado del Rey Celes- « tial. *Ave Regina Cœlorum*...

«La Iglesia nuestra Madre nos enseña que María está en el « Cielo en alma y cuerpo, pero no nos propone esta verdad como « artículo de fe.

«Los Doctores lo afirman unánimemente, como doctrina que « hemos recibido desde los primeros tiempos de la Iglesia, mas « no aseveran de un modo terminante, que esta tradición es di- « vina, establecida con la palabra de Dios mismo. Los fieles ins- « truídos en la religión, aclaman sin vacilar a la Virgen triun- « fante en los Cielos, en alma y cuerpo, saben que su negación « injuria al honor de María y al sentimiento de la Iglesia; saben « también que no están obligados a tener este hecho prodigioso « por tan cierto como la Inmaculada Concepción y la perpetua « Virginidad de la Madre de Dios.

«Pero el acto de fe, en una verdad revelada por Dios y como « tal impuesta por la Iglesia Católica, es de una nobleza sobre- « natural, de una certeza absoluta que no admite discusión ni « examen.

«El día feliz que podamos hacer un acto de fe en el Misterio « de la Asunción de María, tal como lo hacemos de los artículos « del Credo, nuestra satisfacción será completa y habremos lo- « grado nuestro ardiente anhelo.

«Deseamos conseguir para la Asunción lo que se ha resuelto « para la Inmaculada Concepción.

«Queremos que el misterio de la Asunción sea dogma de fe « y como tal estar obligados a creerlo así y tener la dulce satis- « facción de que todos los católicos lo crean con la misma fe que « profesan por el Credo universal».

El canónigo Clino Costa de Como obtuvo en Septiembre de 1915 una audiencia Pontificia que relata así:

«Era el santo día de la Natividad de María. Me encontraba « a las 11 h. 20 en presencia del Vicario Augusto de Jesucristo. « Después de arrodillarme a sus pies y manifestar al Padre Santo « la alegría inmensa que experimentaba al ser acogido con tanta « benevolencia por él, en ese hermoso día, le presenté con hu- « mildad el libro de Dom Paul Rénaudin, que tiene por título: « *La definibilite de l'Assomption.* Dom Rénaudin, que es un sabio « benedictino, me había encargado que pusiese su obra a los pies « de Su Santidad, así como sus votos por la definición mariana « de la Asunción.

«El Sumo Pontífice, después de dar una ojeada al volumen, « me dijo: "Este es el mismo abate benedictino que el año 1902, « en el Congreso Mariano internacional de Friburgo, se ocupó « tanto del movimiento en favor de la definición de la Asun- « ción"... y luego añadió: "observo con mucha satisfacción esta

« clase de trabajos y estudios; no puedo extenderme más ahora « sobre el proyecto y gran deseo que tengo de promover la de- « voción hacia la Santísima Virgen"... Y como S. S. continuara « ojeando el libro y llegase al capítulo: *Las ventajas de la defini- « ción dogmática de la Asunción*, "bien, añadió S. S., lo guardaré « con gusto para leerlo con mayor detención"...

«En seguida S. S. tuvo a bien manifestarme su manera de « pensar respecto de varios puntos de la cuestión y particular- « mente me señaló la sorpresa que esta declaración podría causar « a los fieles que creen y han creído siempre con viva fe en la « Asunción. "Este último punto, dijo el Padre Santo, detiene « mucho mi atención."

«En presencia de estas paternales preocupaciones del alma « noble y piadosa del Pontífice, tuve el atrevimiento, ya que él « parecía animarme a ello, de responderle: "Muy Santo Padre, en « su sabiduría de Vicario de Cristo, Vuestra Santidad encontrará « la fórmula que evitará a los fieles esta piadosa sorpresa y elevará « la fe del glorioso misterio de la Asunción... Deseo que ella « adorne la corona del Papa que se prepara a ser el Papa de « la paz."

«Ante esta declaración ingenua y un tanto atrevida, una amable « sonrisa pasó por los labios del Pontífice. Y luego, mirándome « con aire de majestad sagrada, me dijo: "*Y bien! os aseguro que « a la conclusión de la paz ordenaré que se vuelvan a seguir los « estudios concernientes a la Asunción.*"

Tenemos pues ya la promesa de S. S. Benedicto XV, que terminada que esté la espantosa conflagración europea, Su Santidad hará reanudar los trabajos.

Ya el clero y católicos de Santiago, que se han distinguido siempre por su amor y devoción a María Santísima, enviaron una humilde súplica a Su Santidad con el piadoso fin de adelantar el día que será de tan intensa alegría para los fieles del mundo entero, en que se añadirá este nuevo triunfo a Nuestra Madre "que complete la gloriosa corona de luz, trabajo de los siglos y homenaje de la Iglesia militante a la Reina de los Cielos."

Nuestro deseo y única conclusión será, que terminada la guerra europea, sea de Chile de donde parta la primera súplica que vaya a recordar sus palabras al Augusto Jefe de la cristiandad y que obtengamos que esta súplica sea encabezada por todos nuestros prelados y demás dignatarios de la Iglesia.

Mientras tanto elevemos nuestras aspiraciones y ardientes plegarias al Altísimo, para anticipar el venturoso día en que veamos realizado nuestro ardiente deseo...

Ennoblecimiento de la mujer
por la dignidad y culto de María

Ana Julia Sagastume
Secretaria del Centro "Blanca de Castilla".

Dios, al crear a la mujer, le designó un puesto junto al hombre, haciéndola su compañera. Como compañera suya se mantuvo, aun después de la culpa original, entre aquellos que no olvidaron la Revelación primitiva. Compañera, es verdad, del hombre caído, cautivo del pecado y sujeto a la muerte y por lo tanto cautiva y mortal ella también, pero unida a él en el castigo; su compañera, no su sierva. Era Eva siguiendo a Adán, ambos bajo el anatema fulminado por el Altísimo. Eva que gemía agobiada por la pena de su culpa, pero que «se apoyaba en la promesa del Señor».

Tal era la condición de la mujer a raíz del pecado original.

¿Y luego? La Revelación se borra en el recuerdo de casi todos los pueblos. La ley divina, de justicia infinita es substituida por la ley humana, en la que la fuerza determina el derecho, y por lo tanto, el hombre lo posee todo y la mujer llega a ser su esclava.

Esa esclavitud reúne condiciones que han de hacer la vida para ella insoportable: es opresión material y cautiverio moral— su espíritu, sin horizontes, se sofoca en las más densas tinieblas. Qué extraño, pues, que, sedienta de un poco de felicidad se vuelva hacia el hombre, su tirano, ofreciéndole todo lo que puede ofrecer, todo, hasta lo más sagrado, en cambio de los placeres mundanos, los únicos que espera gozar?

Para medir la profundidad del abismo en que cayó la mujer entonces, es preciso comprender su miseria, haber sentido esa negra noche del alma que no conoce a Dios y desprecia esta vida tan vacía para sus ansias de infinito; esa noche que ocultando la luz a las miradas de angustia del que quiere ver la verdad, sólo le deja percibir su propia miseria, llevándolo a la desesperación.

«Sentados en las tinieblas de la muerte», dice San Juan Evangelista, en una frase admirable, que es una pintura en tres palabras. Allí, «sentados», están esos espíritus, que no marchan porque no pueden orientarse — son tan densas las «tinieblas» que los envuelven que no los dejan ver el sol, que es elemento de vida para el mundo, y sin el cual reina «la muerte».

Pero, aun en el seno del paganismo, el hombre se ocupaba en los negocios, trabajaba, y al hacerlo obedecía a una ley divina y esto era un lazo, aunque un lazo muy débil, que lo unía al Creador.

Por otra parte, se entregaba a especulaciones filosóficas, y

aunque sus descubrimientos en este sentido distaran mucho de la realidad, eran un pálido reflejo de ella, una sombra de Dios que se proyectaba en su alma. Junto a las tinieblas completas del espíritu de la mujer este destello podía llamarse una claridad — era, por lo menos, un presentimiento de la luz — por eso, las palabras del texto inspirado se aplican más a la mujer que al hombre — allá más que a él la vemos «sentada en las tinieblas de la muerte sofocando su sed de luz y de amor con los remedos de ellos que les ofrecen los placeres terrenos — y en esa época aparece Jesús que viene a «iluminar a todo hombre que entra en el mundo».

Jesús es la negación de todo lo que el pagano amaba y la revelación de las fuentes de vida por él ignoradas. El egoísmo, la sensualidad, rodeando el corazón humano como un velo muy denso, le impedían ver el esplendor divino. Jesús dijo: «Amaos los unos a los otros como yo os he amado», «sed como Yo y mi Padre somos uno». «Permaneced en mí, y yo en vosotros», y el velo se desgarró. Dios penetró hasta el corazón de sus criaturas, y uniéndolas a El las unió a todas las demás — así formó una sociedad maravillosa en la que el amor, vencedor del egoísmo, fué luz y fuerza.

¿Y la mujer? En esa sociedad sobrenatural tuvo un lugar honroso.

Una mujer había sido la Madre del Cristo — una mujer que le había dado su carne y su sangre, los impulsos de su corazón; sus sufrimientos y sus alegrías — una mujer que, más que ninguna otra criatura, se había sacrificado por glorificar a Dios, enriqueciendo con sus gracias a esa sociedad por El fundada: La Iglesia.

¿Qué fué de esa mujer? Al pie de la Cruz se convirtió en Madre del género humano; al subir al cielo se convirtió en tesorera de la gracia. Vino a ser, por así decirlo, el centro alrededor del cual se congregó la Iglesia y el Corazón del cual fluye la vida que ha de animarla eternamente.

Y la mujer participó de esta misión. El Evangelio nos lo dice y la Iglesia lo repite todos los días; escuchemos: «Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo». Porque Dios, que está con Ella, la llena de su gracia, divinizándola, es el foco de vida del cristano, sin dejar de ser la criatura humilde, que todo lo ha recibido del Señor.

«Bendita tú eres entre todas las mujeres», y es bendita como la mayor, la más excelente, la Madre de todas las mujeres, para que esa bendición se extienda a las demás.

«Entre todas las mujeres...» evocan estas palabras el cuadro de María rodeada de las mujeres de todos los tiempos, de todos los países, que miran hacia Ella mientras de su Corazón brota el amor que se comunica a todos esos otros corazones, uniéndolos al suyo con una unión muy íntima que viene a hacer de ellos como una prolongación de su propio ser.

Este juicio podría parecer muy atrevido, pero hay en el Evangelio una escena que lo confirma, aquélla en que el Salvador dice a las mujeres que le siguen llorando: «Hijas de Jerusalén, no lloréis sobre mi; llorad más bien sobre vosotras y *sobre vuestros hijos,...* porque si así tratan el árbol verde ¿qué no harán con el seco?» Así les designa, como misión especial, la de interceder por todos, para atraer sobre ellos la misericordia divina; la misión misma de la Virgen Madre.

En vez de despreciarla, como sus contemporáneos, Jesús toma en cuenta a la mujer en la obra de la Redención, no ofreciéndole honores, sino pidiéndole sacrificios. Es el medio de engrandecerla verdaderamente, porque, cuanto más neguemos a nuestra naturaleza viciada, tanto más imprimiremos en nosotros mismos la imagen del Salvador.

Esta predestinación, que ha de hacer a la mujer semejante a Jesús crucificado, según las palabras del apóstol, la dignifica, ante todo, a sus propios ojos. Conocerse amada por Dios, por El elegida como víctima de amor, es un motivo de felicidad infinita, porque abre al alma horizontes maravillosos. Aun cuando nadie la tuviera en cuenta, la mujer, por el hecho de haber sido llamada a participar de las promesas del Señor, no podría ya despreciarse y llevaría en sí misma su felicidad.

Pero, ya no se la desprecia: el mundo también reconoce en ella a la hija de María, llamada para preparar al hombre a recibir su herencia divina y la saluda como a la enviada del Señor.

¿Cómo se ha operado este milagro? — por una parte, la acción de la gracia crea en la mujer como una nueva alma, abriendo en la suya abismos de amor y de virtud, y, vivificados por ella su inteligencia y su corazón, esta vida interior tiene que revelarse en su palabra, en su mirada, en su acción, manifestaciones todas del espíritu.

Al mismo tiempo, la veneración profesada por toda la cristiandad a la Madre del Salvador, que era llamada por El expresamente «mujer» en el instante supremo de su vida, debía exteriorizarse en un respeto, hasta entonces desconocido, hacia esa parte de la humanidad que, siendo la más débil, había contado entre sus miembros a la Mártir por excelencia, a la invencible.

Por lo tanto, mientras la mujer se engrandecía realmente, desarrollándose su espíritu regado por las aguas vivas de que hablara Jesús a la Samaritana, el hombre, por su parte, se inclinaba más y más a venerar en ella la imagen de la Madre de Dios.

¡Qué diferencia entre la mujer, cada vez más degradada a medida que transcurría el tiempo, antes de la llegada del Cristo, y la mujer que, a partir de esa fecha, ha ido ascendiendo siempre de nivel moral!

Pero ¿le bastará esa grandeza alcanzada?

Tiene Jesús una palabra que es ley de nuestra vida espiritual: «Marchad mientras dura la luz» — a todos nos dirige esa orden,

y es preciso obedecerla — hay que marchar sin descanso hacia el infinito — es nuestro deber y es nuestra gloria, porque cuanto más avancemos, tanto más hemos de acercarnos a nuestro divino modelo.

El último paso, pues, no está dado aún, y cada época ha de traer a la vida de la mujer un nuevo desarrollo que, realizándose en «la luz», es decir, bajo la mirada de Jesucristo, haga de ella un instrumento más y más adecuado para servir en la ejecución del plan divino.

Este desarrollo debe estar de acuerdo con las necesidades del momento, ya que el espíritu femenino ha de adaptarse a cada cambio del ambiente social, para corregir sus errores e infiltrar en él, poco a poco, la verdadera vida. Y ¿cómo conseguirlo, sino cultivando en sí misma plenamente sus facultades, para que harmonicen en todo con su vocación particular?

Es cuestión de vital importancia el responder al llamamiento del Señor, ya que El suscita siempre las vocaciones necesarias para la realización de su plan; y ahora que la sociedad intenta arrojar de sí a Jesús, que es su base, y el socialismo y el anarquismo amenazan ahogar la civilización cristiana en el odio de clases, Dios ofrece al corazón de la mujer un nuevo camino de abnegación y caridad: la acción social. Le pide que salve a la sociedad moderna, dedicando sus energías, su tiempo, su inteligencia y su corazón a crear y fomentar las obras sociales, como sindicatos, asociaciones mutualistas, cooperativas, que al introducir el bienestar y el progreso por medio del catolicismo, han de conquistar almas a Jesucristo.

Esta misión es delicada y exige sacrificios; requiere una legión de vírgenes que, desligadas absolutamente del mundo, vivan en él para traer a la tierra «el reinado de Dios» haciendo de ella un lugar de perfecta y mutua unión; pero, para cumplirla, la mujer moderna tiene una guía y un apoyo: María.

En el momento de expirar, Jesucristo dá a su Madre una vocación nueva: «Mujer, le dice, designándole a San Juan, hé ahí a tu hijo», palabras que la erigen en Madre en el sentido más amplio: *Madre de toda la humanidad, viviendo en el mundo.*

María viene a ser así el dechado y la protectora de la mujer que, sin el amor entrañable del esposo y de los hijos, y sin el refugio del claustro, vive «en el mundo sin ser del mundo» y aspira a ser madre sin tener hijos propios.

Tan espantosa parecía a los paganos esta vida sin afectos íntimos, que la Roma entera se vestía de luto cuando las sacerdotisas de Vesta se consagraban a esta diosa, obligándose a la virginidad—y, efectivamente, el aislamiento del corazón es muy triste, porque el espiritu necesita del amor como el cuerpo necesita del sol.

Ahora bien, a la mujer que, fuera del claustro, vive y muere soltera, el cristianismo no la deja vegetar, inútil a la sociedad y desgraciada ella misma.

Para ella el sacrificio, alimento cotidiano de todo discípulo del Crucificado, es más escueto, porque no está revestido de ciertas formas que llevan al alma el consuelo de sentir que ha hecho entrega de sí misma; de una consagración solemne que le presta fuerzas suplementarias. Su vida parece siempre insignificante. Sus deberes no están rodeados por la aureola de la maternidad. Sus alegrías no son, como las de la madre o las de la religiosa, de ese carácter íntimo, profundo, que parece imprimirlas en la esencia misma de su ser. Sus dolores no tienen esa grandeza trágica que poetiza las pruebas más duras de la vida. Todo en ella es vulgar, es monótono, es insípido.

Así, al menos, lo cree el mundo, y de ahí el desdén conque acoge la palabra «solterona».

Para ella misma, empero, la fe transforma la monotonía de esa vida, porque, mostrándole que su vocación viene de Dios, la hace vivir en el seno de la Divinidad, que es infinitamente variada, a la vez que una.

El amor del Hombre-Dios suple con ventaja a todos los demás afectos, y la seguridad de cumplir la voluntad divina reemplaza para ella la regla del claustro, fuerza de la religiosa. Repite con María el acto de abandono que resume la vida de esta Virgen: «Hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí según su voluntad», y en él encuentra su dicha suprema, y por él se hace útil al mundo, ya que la acción de cada uno es fecunda, no por lo que en sí valga, sino en la medida en que se conforme a la voluntad de Dios.

Rica en vida divina, la virgen cristiana puede lanzarse en todas las empresas, y ella, delicada por naturaleza, se torna fuerte y audaz; egoísta por el pecado original se eleva a todos los sacrificios, por un prodigio de amor del Dios que habita en su corazón y la convierte en «una misma cosa con El».

Hemos visto que Dios, al encarnarse, dió a la mujer una misión santísima que la eleva sobre sí misma: la maternidad moral que hace de ella el foco de amor del género humano. Así la rehabilitó ante sus propios ojos y ante la humanidad entera.

Esta maternidad es universal, como la de María, y no es indispensable, para ejercerla, ser madre por la naturaleza o por la unión mística con Cristo — basta ser mujer y amar a la Virgen Madre, centro de la vida cristiana.

Por lo tanto, se abre ante la mujer soltera que vive en el mundo, una era de acción a la vez material y moral que, basándose en la voluntad de Dios, ha de ser extraordinariamente fecunda. Honrémosla, pues, como honramos a la esposa de Jesucristo y a la madre cristiana, porque si la una es corazón que inspira y la otra es corazón que educa, ella es corazón que trabaja, realizando la obra de la organización social, de acuerdo con las máximas del Evangelio.

Buenos Aires.

Ennoblecimiento de la Mujer por la Religión

María Magdalena Maglioni Petit.

Desde aquel momento en que, después de la caída del hombre por las asechanzas de la serpiente infernal, Dios le dijera en el Paraíso terrenal: «Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo, y ella aplastará tu cabeza», el sexo femenino, un instante humillado, profundamente degradado por la falta de Eva y sus terribles consecuencias, quedaba rehabilitado, engrandecido más de lo que había sido humillado ¿y por qué? Porque aquella mujer prometida, profetizada en el Génesis, era esa criatura bendita entre todas las criaturas, que Dios había colocado según expresión de un piadoso escritor—sobre los reyes y reinas que en la serie de los siglos representarían su poder; sobre los santos en quienes resplandecerían con más brillo sus perfecciones infinitas; sobre los nueve coros angélicos que rodean su trono. Esa mujer, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como un ejército bien ordenado, era aquella que Dios, con amor infinito, había escogido para madre suya, aquella sola digna de cooperar a la gran obra de la Redención; era María Santísima. Y en Ella y por Ella la humanidad entera, pero principalmente el sexo débil y abyecto, se hace fuerte y grande. Este es el pensamiento que brevemente me propongo desarrollar. Ardua tarea es sin duda la mía! Si los Ángeles del Cielo no alcanzan a comprender la Majestad de tan grande Señora y confundidos la aclaman por su Reina y Soberana ¿cómo podré atreverme yo, pobre hija de Eva, a tejer las glorias de esa bendita Virgen, hija del Padre, Madre del hijo y esposa purísima del Espíritu Santo? ¿Cómo ensalsaré a esa mujer fuerte en el sentido superlativo de la palabra, encanto del mismo Dios y gloria de la creación y de su sexo? Me serviré de los Libros Santos y dejando al Divino Espíritu la palabra, por decirlo así, depositaré mi humildísimo y filial homenaje entre aquellos tán numerosos que de la República-hermana se elevan entusiastas hasta el trono glorioso de nuestra amadísima Madre.

Leemos en el Libro de los Proverbios: «¿Quién hallará a la Mujer fuerte?», es decir «¿Quién hallará ese bello natural que tiene dos faces opuestas al parecer, y que no hacen sino formar un todo completo: por un lado un alma de mujer con toda la delicadeza, la previsión, el práctico bien vivir y ternura femenina; por el otro

un espíritu vigoroso y robusto con los recursos, la fortaleza, la actividad enérgica y la firme perseverancia que se admiran en los caracteres viriles?» ¿Quién hallará la mujer fuerte? ¿la mujer que de un valor continuamente renovado sabe sacar la energía necesaria para hacer frente a las dificultades de la vida, a los sinsabores de todos los días, a las preocupaciones de todos los momentos? ¿La mujer fuerte que resiste a todos los choques, a las molestias interiores y a las penas íntimas? ¿La mujer fuerte, más fuerte que los trabajos, más fuerte que los golpes, más fuerte que las penas y las terribles desgracias; esa mujer siempre de pie, firme como una columna en medio del océano para alumbrar y confortar a los pobres náufragos?

Conocía Salomón la natural debilidad del sexo femenino, la fragilidad de su cuerpo, la volubilidad de su mente; sin embargo, porque leía en el Libro del Génesis, dice San Bernardo, que Dios había prometido que quedaría vencida la serpiente por medio de una mujer, muy asombrado exclamaba: ¿Dónde está esa mujer fuerte? que equivale a decir: si es así que de la venida y fortaleza de tal mujer depende notablemente nuestra común salvación, la restitución de la inocencia, la victoria sobre el enemigo, ¡dichoso el que vea esta mujer! y añade proféticamente Salomón, para que no se creyera imposible su hallazgo: «su preciosidad es de lejos, de los últimos confines, vendrá del cielo más elevado».

¿Quién no reconoce en este admirable retrato de la mujer fuerte que buscara el Sabio, a María Santísima?

¿No fué ella acaso la que correspondió a todas las gracias y favores que el Espíritu Santo puso en sus manos? ¿No admiran todas las generaciones en María, su perfecta, continua y progresiva santidad, sin mezcla de la más pequeña culpa; su laboriosidad en hacer fructificar los talentos que recibiera del Cielo; su fidelidad en las más pequeñas cosas; su mortificación inconcebible, a pesar de su perfecta inocencia; su caridad general e industriosa; la prudencia y sabiduría de sus palabras; su modestia angelical y al mismo tiempo su solicitud en adornarse a los ojos de su Esposo con vestidos riquísimos de las más heróicas virtudes; su firmeza inquebrantable en medio de los más terribles sufrimientos; su conformidad incondicional con el beneplácito divino? ¿Quién no recuerda que su generoso *fiat* nos dió dos veces la vida: en Belén y en el Calvario, donde de pie, cual verdadera mujer fuerte, ofrecía a Dios el sacrificio dolorosísimo del más amado y amante de los Hijos por la salvación del género humano, perdido por la desobediencia de Eva?

Este modelo ideal, casi divino, es el que enaltece a la mujer cristiana, a aquella que pone su orgullo en imitarlo, en reproducirlo en sí misma.

La razón, la firmeza de carácter y un complexo de cualidades naturales, pueden contribuír mucho a formar ese temperamento moral, esa naturaleza perfecta que la Escritura llama la

mujer fuerte; pero, la religión únicamente y el ejemplo de quien tan perfectamente la encarnara—María Santísima—podrán dar al carácter de la mujer, en sí débil y vacilante, aquella firmeza, aquella energía superior y aquella perseverancia que coronan el uso de nuestras más bellas facultades. Sin Dios, sin la verdadera y sólida piedad, sin la devoción a María, es casi imposible que la mujer pueda acercarse a ese ideal de fortaleza y de vigor de que las heroínas cristianas nos han dado tantos ejemplos y que hacía decir a los filósofos paganos: «¡qué admirables son las mujeres cristianas! Todas ellas, sin excepción, conscientes de la alta dignidad a que las había elevado la mujer grande y única por excelencia, conscientes de la nobilísima misión que estaban llamadas a desempeñar en el mundo, atrayéndose los corazones para llevarlos a Dios y al deber, procuraban no contentarse con la mediocridad, tan rara en el natural de las mujeres, a fin de que no pudiesen serles aplicadas aquellas otras palabras de los Libros Santos: «Cuando la mujer es mala, su malicia encierra y excede a todas las demás malicias». En cambio, cuando es excelente, cuando vive de Dios y se llena de El para comunicarlo a los seres que la rodean, cuando piensa, en las diferentes situaciones en que se encuentre; como esposa, como madre o como virgen, que todos esos estados los ha santificado y ennoblecido María, ah! entonces, no se podrá menos que admirar su virtud y ella misma, ante tantas maravillas de las que se reconoce indigna, apropiándose la explosión de gratitud y humildad de la mujer bendita entre todas las mujeres, exclamará en su corazón:

Magnificat anima mea Dominum!

Buenos Aires.

La mujer pagana y la mujer cristiana

a través de la historia

Julia Chadwick de Solar.

I.

Nació pura y noble la mujer.

Creada por Dios para ser la compañera de su criatura predilecta, de aquel hombre que había formado «a su imagen y semejanza», no omitió la Divina Sabiduría ningún detalle para hacerla amable y atrayente.

Flor más hermosa y exquisita que todas las del Paraíso, porque tenía alma y vida, Eva encerraba en su cáliz el perfume de

la inocencia y lanzaba destellos de la Divinidad que la acababa de formar, tomando su sustancia de un latido amoroso del corazón del hombre.

Pero... vino la primera caída. Y ese vaso de predilección del cielo, fabricado de purísimo cristal, que sólo debía guardar el aroma de las virtudes se rompe al estrellarse con el Dragón infernal y vacía violentamente el licor precioso que lo llenaba.

No tardan en hacerse sentir para la mujer las funestas consecuencias del pecado y de la ignorancia, que es su resultado.

Si las Sagradas Escrituras han cuidado de conservarnos ejemplos del respetuoso amor que profesaban a sus esposas los venerables Patriarcas de la Ley Antigua, vemos después, que, a medida que fueron borrándose del alma humana las verdaderas creencias, para dar lugar a las falsas religiones, el hombre cegado por el error y estimulado por la soberbia, se deja arrastrar por sus bajas pasiones, y descarga sobre la débil mujer, todo el peso de sus abominables injusticias e ignominias, despojándola rápidemente de sus prerrogativas y preeminencias.

En el mundo oriental se establece por do quier la poligamia; en el mundo occidental se ve la mujer envilecida, oprimida, repudiada. Una legislación bárbara sanciona esta tiranía, y la opinión pública no se inquieta por ella. Los sabios de aquellos tiempos no tenían para esos escándalos otra cosa que una tranquila aprobación. ¡Hasta tal punto se desconoció el sagrado carácter de la mujer y su natural igualdad con el hombre!

Si se elige el pueblo romano, el más poderoso y brillante de la antigüedad, que ingertó en su avanzada civilización material, la del filosófico pueblo griego, se tendrán refundidos algunos ejemplos de fuerza probatoria admirablemente psicológica.

La mujer romana conservó mucho de su grandeza y dignidad, mientras que la religión primitiva se mantuvo pura con la ayuda de las tradiciones; pero, cuando de resultas de las conquistas que Roma hizo en Africa, Asia etc. se introdujo en ella el paganismo con todo el infame cortejo de sus doctrinas y de sus costumbres, la constitución de la familia sufrió un gran trastorno. Los varones tenían derecho de vida y muerte sobre sus esposas e hijos y lo ejercitaban con la más absoluta indiferencia y dureza de alma, siempre que sus intereses o sus caprichos se lo exigían. Y a medida que los romanos avanzaban en las letras y en las artes, se hacían más y más opresores. — ¡Qué baldón para los que, en nombre de la falsa ciencia o sabiduría laica, sostienen que el progreso material basta para la felicidad humana!

Después de la conquista de Grecia, Roma adoptó el divorcio, entendiéndose por tal la disolución del vínculo matrimonial; y con esto, naturalmente empezó a subir muchos grados el martirio de las romanas, pues debe tomarse en cuenta que para producir el divorcio, bastaban los pretextos más frívolos.

Para dar una leve idea del desprecio que inspiraba la mujer,

baste citar lo que pensaban al respecto los hombres célebres griegos y romanos y se tendrá la norma de lo que haría la turbamulta popular.

Pitágoras enseñaba que «el universo había sido formado por un principio bueno que creó el orden, la luz y el hombre, y por un principio malo que arrojó el desorden, las tinieblas y la mujer».

Muchos de los llamados filósofos participaron de este sentir; y así no es de extrañar que Plutarco, a quien se cree más moral que sus colegas, sostuviera la legitimidad del amor libre, que lo practicara y confesara que ya estaba consagrado en Atenas por las doctrinas y ejemplos de sabios como Sócrates, Platón, Zenón, etc.

Los grandes hombres de Roma pensaban de igual modo. Cicerón, el austero Catón inclusive, y muchos otros, repudiaron a sus esposas sin razón alguna. ¡Tan confusas se presentaban entonces, aún a los talentos más sublimes las nociones de lo justo y de lo honesto!

Puede sostenerse, en consecuencia, que el paganismo y las falsas religiones inspiradas por el Espíritu del Mal, sólo llevaban un mismo fin: el envilecimiento de la mujer en quien pesaba la herencia de una maldición.

Pero, la apoteosis de María, Madre del Cristo Redentor, realiza la aterradora profecía que un día oyera Satanás en el Paraíso: «Y Ella quebrantará tu cabeza».

II.

La historia de la humanidad, si bien nos muestra en sus páginas la triste y abyecta condición de la mujer antes que las luces del Evangelio rasgaran y desvanecieran las tinieblas del error gentílico, nos hace comprender también cuanto debe la mujer al Cristianismo y como sus sabias y santas doctrinas la han rehabilitado, destrozando eslabón por eslabón la cadena de ignominias que la tenía sujeta al egoísta arbitrio del hombre.

El dolor y la muerte habían entrado al mundo por la prevaricación de una mujer, y es a una mujer a quien Dios reserva el alto honor de devolver al género humano, la verdadera vida del tiempo y la vida de la eternidad, asociando a María Santísima por la maternidad divina, a la obra de la redención, que desde hacía cuarenta siglos, esperaban el cielo y la tierra.

Así, cuando el primer rayo de fe ilumina la frente oprimida de la desventurada hija de Eva, es a una mujer a quien contempla unida al Salvador y elevada al más alto grado de grandeza que puede llegar una pura criatura; a una mujer que fué concebida sin pecado, que vivió sin mancha; a una mujer, que vencedora de la serpiente infernal, dignifica a su sexo, antes humillado, y le designa el puesto de honor y respeto que debe ocupar en la familia y en la sociedad.

San Pablo, este gran doctor del Cristianismo, con toda la fuerza de la inspiración divina y de la lógica humana, ha sido el primero

en trazar el programa sistemático y completo del levantamiento de la dignidad femenina en la justicia y la afección de todos. Desde entonces, al fulgor de la antorcha evangélica, se ve por todas partes a la mujer recobrando sus derechos y subiendo una por una las gradas del trono en que la había colocado en su origen el Creador. El hombre convertido en cristiano deja de mirarla como esclava, la respeta como compañera de sus días y la ama como al consuelo de su vida. ¡Era imposible que la Mujer, Madre de Dios, no reflejase algo de su magnificencia y plenitud de sus gracias, en la mujer, madre del hombre!

¡Qué brillante apología, qué maravillosa epopeya la de la mujer de alma redimida, si la seguimos a través de diecinueve siglos! Aquellas santas mujeres que fueron las primeras amigas de Cristo y las primeras propagandistas de su caridad; aquellas mujeres compasivas que acompañaron a la Santísima Virgen en el Calvario al pie de la cruz, se han presentado en todas las épocas del progreso evangélico; han franqueado todas las vicisitudes de la historia; siempre fieles a su ideal, siempre ardientes en su fe, siempre infatigables en su amor: han pasado como su divino Maestro haciendo el bien a esta humanidad agitada, perversa y desgraciada.

En el período apostólico, la mujer secunda eficazmente la acción de los discípulos de Jesús; les sostiene en sus necesidades; y coopera con su celo y generosidad a la fundación de la Iglesia. En la época de las grande persecuciones, aparece la mujer cristiana en la arena enrojecida, como una visión superior de heroísmo y sacrificio. No solamente da su sangre y corre al suplicio con entusiasmo y sin igual valor, sino que siempre fué la primera, la más ardiente, la más tierna en socorrer, consolar y alentar a los que sufrían por la fe. Al periódo del martirio sigue la conquista, y es entonces cuando la mujer se hace positivamente apóstol; la obra que acomete es tan considerable y fecunda como la de los doce enviados del Salvador. Mientras los humildes pescadores de Galilea convertían al pueblo, las nobles damas del Imperio Romano convertían el poder. En el siglo mismo de Constantino que estableció la fe triunfante sobre el trono imperial, San Jerónimo hace la brillante enumeración de las mujeres ilustres que fueron abnegadas cooperadoras de los propagandistas del Evangelio, que cristianizaron las costumbres y que dieron a la Cruz las adoraciones del mundo civilizado. En los confines del Occidente, la mujer regenerada por el bautismo, presenta el tipo magnífico del poder intelectual y moral; y en el Oriente aparece la admirable madre de San Juan Crisóstomo, aquella deliciosa y heróica Antusa que hace exclamar entusiasmado al viejo pagano Libanius: «¡Qué maravillosas mujeres se encuentran entre los cristianos!»

En los tiempos de las reformas protestantes y de los estragos de la impiedad contemporánea, vemos a las mujeres católicas, tales como una Margarita de Parma, una Archiduquesa Isabel, detener

los avances de la heregía, conservar intacto el tesoro de la fe, y combatir el cisma por el heroísmo de la caridad.

Los días que hoy corren son también de lucha. Los feministas revolucionarios y los ateos, pretenden colocar a la mujer en otra esfera de acción, ofreciéndole una mentida libertad, intentan profanar el santuario de las conciencias, descristianizando las costumbres, predicando el egoísmo y socavando las bases sobre que descansan la familia y la sociedad.

La mujer católica que desde los albores del cristianismo ha sido genio bienhechor y potencia tutelar en el seno de la humanidad, debe ocupar el puesto de trabajo y sacrificio que le ha sido designado; debe enarbolar la bandera de la verdadera fe y de la verdadera virtud; debe cumplir su gloriosa misión de ganar almas para Dios y de «restaurar todas las cosas en Cristo».

Para llenar este rol grandioso, el Criador ha derramado sobre la mujer católica, sus gracias y sus dones; la ha dotado de poderosa atracción por el bien y ha adornado su alma con excelsas virtudes. Si los hombres dominan por la fuerza de la inteligencia y de la materia, las mujeres reinan por la fuerza del corazón, y esta fuerza no es otra cosa que la virtud.

Y como ideal propuesto a todos los anhelos y ambiciones de perfección femenina, está la Mujer por Excelencia, pues quiso Dios que María presentada en su aspecto celestial, noble y augusto de Virgen, Esposa y Madre, consagrase todas las edades y condiciones de su sexo. San Ambrosio dice: «Tales fueron las virtudes de María, que su vida puede servir de norma a todas las vidas». Su culto es fuente de inefables dulzuras y consuelos. Gran número de teólogos y doctores la llaman Medianera universal del género humano. San Alfonso dice: «¿No es conforme a la razón pensar que Dios Nuestro Señor deseando ensalzar lo más posible a esa criatura que escogió para Madre de su Hijo, nuestro Redentor, quiera para honrarla más que todas las gracias que nos concede vengan por ella?» y Bossuet: «Habiendo querido Dios darnos a Jesucristo por medio de la Santísima Virgen, nunca se cambia esta disposición». Es y será siempre verdad que por Ella hemos recibido el principio de la gracia y recibiremos, así mismo, por su medio todas las gracias que necesitamos en los diferentes estados que constituyen la vida cristiana.

María Santísima

medianera universal del género humano

María Romero Hodges.

En tiempo de los paganos, la mujer era solamente una esclava, el cristianismo la hizo compañera del hombre y la elevó a dignidad de madre. Dios al crearla había dicho: «Demos al hombre una compañera semejante a él». Y hoy la mujer es su compañera y la reina de su hogar.

La mujer en los primeros Abriles de su vida, encierra en su corazón todos los gérmenes de la virtud, en su frente brilla toda la belleza de su alma pura y en su rostro se dibuja todo el candor de su inocencia.

Se diría que es un ángel bajo apariencias humanas. Por eso hay que cuidar de ese ángel y cultivar su corazón; hay que encaminarlo ante todo por la senda de la piedad. La piedad es para un alma tierna lo que es el perfume para la flor, los matices para la rosa.

Si Jesucristo quiso hacer de la mujer una reina en su hogar, debemos procurar ser la mujer fuerte de la que nos habla el Evangelio. ¡Qué bellos elogios se hacen de la mujer fuerte! Salomón, dedica casi todo el último capítulo de sus proverbios a alabarla.

«Sólo la que teme al Señor merece ser alabada», dice Salomón. Ya que hemos tenido la suerte de ser educadas en el Santo Temor de Dios, debemos unir a la educación religiosa una educación sólida en una atmósfera de piedad, donde nuestra alma crezca pura como un lirio, piadosa como un ángel; amando más los quehaceres de la casa que los divertimientos del mundo; porque únicamente en la verdadera piedad se debe modelar el corazón de la mujer.

Una mujer virtuosa es una herencia del cielo, y Dios la da a los que le temen. La hermosura de una mujer piadosa es el ornamento de su hogar. «El hogar, según Ruskin, está donde existe una verdadera mujer, aunque no tenga por techo sino la bóveda estrellada y por alfombra la húmeda yerba».

El Espíritu Santo nos dice: «Los mandamientos de Dios están en el corazón de la mujer buena, como fundamentos eternos sobre una roca inconmovible».

Pero ¿qué mejor modelo para la mujer ennoblecida por el Cristianismo, que María? Ella, la Santísima por excelencia, la Madre del Divino Jesús que nos sacó de la nada y nos redimió con su sangre! Recordemos a María y confesaremos que sólo en Ella

se encierran todas las virtudes, todos los encantos de la Mujer que debe ser nuestro modelo, nuestra guía, nuestro amparo y nuestro consuelo en las penas; que cuando encontramos un alma compasiva que nos las escuche parece que disminuyen en la mitad y nos sirve de lenitivo una palabra cariñosa que oigamos de sus labios; y como Jesús subiendo al Calvario, de buen grado dejamos nos ayuden a llevar nuestra cruz, buscando en un confidente otro Simón Cirineo.

Los suspiros más dolorosos son aquellos a los cuales no responde otro suspiro y las lágrimas más amargas, aquellas que se beben en el aislamiento. Pero nosotras jóvenes cristianas, tenemos quien nos oiga, nos aliente, nos consuele, encontrando en María el apoyo en nuestras debilidades que como la más tierna de las Madres nos conduce a Jesús su Hijo muy amado, y El, siendo María nuestra medianera nos acoge con paternal solicitud.

La joven que no amara a María sería considerada como un fenómeno tan monstruoso como incomprensible, ¡desgraciados los que no aman a María! no la aman porque no la conocen.

María es la realización del ideal de Dios. Dios, artista de infinita habilidad, tenía concebida una obra de arte; y en María realizó esta obra, dándole toda la belleza, de la naturaleza y de la gracia. La hizo Inmaculada en su concepción, bella en su nacimiento, sublime en su vida, gloriosa en su muerte.

María no solamente es un tipo de admirable belleza; es ante todo un gran corazón.

Los hechos de su vida pueden resumirse en estas palabras: un ardiente amor en un supremo dolor.

Nunca mujer alguna ha amado y sufrido tanto como María. Nosotros que nada sabemos sufrir, que nos abatimos por la menor contrariedad, que nos irritamos por cualquier negativa, fijemos nuestra mirada en el Gólgota y contemplemos a la Madre de los dolores. María oye los insultos y gritos de muerte de la muchedumbre; sus ojos se detienen en el divino rostro de su Hijo y le ve cubierto de llagas; permanece allí de pie, inmóvil, y recuerda entonces la profecía de Simeón que su alma sería transpasada por una espada de dolor. Y su Corazón destila sangre. El Hombre-justo iba a ser maltratado y le iban a dar muerte de cruz como a un malhechor; y María más heróica que Abraham, inmola a su Hijo por los hombres cuyo rescate compra con la muerte de su Jesús satisfaciendo así a la justicia divina. Y Ella sufrió su vida entera con la más santa resignación; por eso en nuestras tribulaciones debemos recurrir a Ella que será la única que nos prestará auxilio y nos dará el consuelo que el mundo nos niega.

Tengamos presente que agradar a María es agradar a Jesús.

María mira con tristeza esas piedades que no saben ofrecerle más que flores y sonríe al corazón puro que combate, que ora y que sufre.

Amemos a María con todo el corazón, invoquémosla a toda

hora como Madre poderosa y buena, que sea María brillante estrella matutina que nos alegra, torre de David que nos proteja y Madre dolorosísima que nos consuele.

Imitando a María en sus virtudes, podremos llamarnos con orgullo sus hijas predilectas.

La mujer ensalzada por el Cristianismo

Inés Jara Valenzuela.

El ennoblecimiento de la mujer por medio de la religión cristiana es una verdad tan reconocida y probada por los hechos de la historia, y afirmada por tantos escritores sabios y célebres, que, lo que yo vengo a exponer ahora, no es nada nuevo; sólo pretendo hacer un resumen elemental de esta verdad que nos honra y enaltece.

Pocos ignoran a qué grado de bajeza había llegado la mujer en los tiempos del paganismo, y lo despreciable y despreciada que era para el mundo entero. Era tratada con escarnio por los hombres y se servían de ella como de un instrumento para sus groseros vicios o para servirse de ellas como de esclavas. No se les reconocía ningún derecho como creaturas racionales y se les consideraba en menos que al último de los criados; si una mujer era de mejores sentimientos que la vulgaridad, salvo excepciones, que por ello, ha consignado en sus páginas la historia, era tenida por insensata o demente y se le maltrataba por esto, aún más que a las otras. El hombre se creía como el único ser racional en el universo y como rey y señor sobre todos los demás seres.

De aquí, que, la mujer al verse humillada y vilipendiada de esta manera, llegase a convencerse de su impotencia, y borrándose la primitiva idea de sus derechos, de sus dones, y de la misión que se le había confiado en el mundo, fueran las razas decayendo cada día más, y la virtud y el deber faltos del fundamento que les da la educación materna, desaparecieran easi del todo en el mundo antiguo.

La historia de las naciones del Occidente, entonces las más civilizadas, nos asombran a cada paso con sus tristes realidades de barbarie y salvajismo, pero nada nos impresiona tanto como aquellas escenas en que vemos a la mujer degradada y abatida. ¡Triste historia la de aquella época del paganismo que avergüenza recordar!

El hogar, como ya dije, no era un santuario de virtudes; y, rebajada la madre, destituída de toda autoridad, no había quién formara en sanos principios morales a los hombres. La honradez,

la caridad y sobre todo la castidad, eran consideradas como inverosímiles y miradas con desprecio. Un día, Roma pagana, bajo el reinado de Claudio, que contaba con seis millones de habitantes, buscó para el culto de sus divinidades seis jóvenes vírgenes entre la nobleza, y no las encontró, hizo buscarlas entre las hijas del pueblo y fué imposible completar su número.

Mientras más honda y general era la perversión de las costumbres, se encontraba también en mayor decadencia la consideración y el respeto a la mujer; y cuando vino la ruina de toda moral y de todo decoro fué cuando llegó al colmo su degradación. En una palabra, llegó a ser más vil y despreciable que los mismos seres irracionales.

Pero, en medio de este reinado de vicios y de pasiones, se conservaba vivo en Israel, y vago y mezclado con fábulas en los demás pueblos, el recuerdo de una gran promesa hecha por Dios allá en el principio del mundo. Promesa que las generaciones habían venido repitiendo a través de los siglos, y si su forma iba desfigurándose, su fondo era siempre el mismo. «Una mujer nos salvará; ya que otra mujer nos dió la muerte, ésta nos traerá la vida».

Y llegó el momento que esa promesa se cumplió. Apareció en el mundo un ser extraordinario, una mujer predestinada desde la eternidad, elegida por Dios entre todas las mujeres, entre todos los pueblos y entre todas las generaciones; mujer perfecta, moral y físicamente, porque era «llena de gracia»: era María, la destinada a ser la Madre del mismo Dios.

Al aparecer Ella en el mundo, apareció con ella la virtud, la nobleza y el respeto en la mujer; todo lo que había sido destruído desde sus cimientos. En María fué restaurada la grandeza de la virginidad y la nobleza de la maternidad; en Ella presentó Dios al mundo el más espléndido conjunto de dones y de virtudes y el más maravilloso compendio de extraordinarias perfecciones.

De este modo el Hijo Divino de María al enaltecer a su Madre ennobleció a la mujer. No sólo sacó del fango a aquella creatura que El había creado en su principio con una misión sublime que cumplir, con un carácter bello y con un corazón de sentimientos nobles, le devolvió además lo que el vicio le había quitado: su libertad, su honra, su dignidad; porque las leyes de aquella religión divina abolían la esclavitud, perdonaban a la mujer pecadora y ensalzaban a la humilde y virtuosa.

El trastorno en el mundo fué grande. Lo que antes se aborrecía había que amarlo, y lo que hasta entonces se amaba era menester despreciarlo; había que respetar lo que antes era objeto de sus burlas, y servir a aquellas a quienes antes sólo se les consideraba como esclavas.

Comenzó para la mujer una nueva era; era que debía durar mientras durara la nueva religión que el Cristo, el Hijo de María, había venido a enseñar a la tierra, es decir, por todos los siglos, porque era religión divina, y como divina, eterna.

Casi pudiéramos decir que esa doctrina del Cristo venía a favorecer más a la mujer que al hombre. Pues El venía, como lo dijo muchas veces, a ayudar a los más necesitados y a los más débiles; a levantar a los caídos y a sanar a los enfermos; a dar la vida a los muertos y a perdonar a los pecadores. ¿Y quién, en aquella época, más necesitado, más débil, más caído y más enfermo que la mujer? Ya la hemos contemplado en la tristísima situación en que se encontraba. Sólo un poder divino podía sacarla de ese lamentable estado de decadencia.

Las nuevas enseñanzas germinaron y sus frutos no se dejaron esperar. La mujer se iba levantando de su abatimiento, iban renaciendo en su corazón sentimientos desconocidos; una fuerza divina la empujaba hacia lo bueno y una luz sobrenatural le mostraba la belleza de las virtudes y la grandeza del heroísmo.

La Iglesia naciente se extendía por las naciones. La nueva doctrina era predicada por los Apóstoles y abrazada con entusiasmo por pueblos enteros. Se confesaba la fe con intrepidez, y era imponente ver aquellos millares de vírgenes que ofrecían su vida antes que mancharse con la deshonra a pesar de los muchos alhagos que le ofrecían. ¡Qué virtudes tan heróicas nacieron con la nueva religión en el corazón de aquellas en que antes sólo germinaban los vicios!

Tan inmenso fué el número de Vírgenes y Mártires del primer tiempo del Cristianismo, que la Iglesia no ha podido enumerar, pero se cuentan por millones las mujeres que dieron su vida por el Cristo.

Desde entonces hasta nuestros días, esa doctrina divina que ha sobrevivido a la ruina de tantas religiones y de tantos Imperios, ha seguido, siglo tras siglo, asombrando al mundo con su grandeza, y sembrando y cosechando frutos hermosos de santidad y heroísmo.

Las mujeres santas que la Iglesia venera y a quienes rinde culto son innumerables. Tiene altares para la mujer que entregó su vida por su fe, para la mujer que se santificó en medio de las solicitudes de la familia, para la viuda cuyo corazón desolado, buscó exclusivamente el consuelo en las austeras prácticas del deber, y tiene, sobre todo, altares más hermosos para las vírgenes cristianas que guardaron su corazón con delicadeza esquisita.

También muchas páginas de la Historia Universal están llenas de pasajes sublimes, cuyos papeles principales representan las mujeres que formaron su corazón y su entereza de carácter en el seno mismo de la religión cristiana. Ella sóla es la Madre divina que sabe formar hijas intrépidas que han sostenido al mundo en sus horas más difíciles.

Y el mundo al ver a la mujer ahora, poderosa, grande y valiente, le rinde también homenaje y la respeta en su dignidad. Dignidad que la consagra reina de la familia, y como tal, es obedecida y amada; dignidad que se impone a todos y que se demuestra hasta en las leyes sociales de la cortesía.

La mujer verdaderamente cristiana es un ideal que las fuerzas humanas no alcanzan a formar; por lo tanto, tendremos que convencernos y concluír de que su dignidad es obra divina, cuyo Autor es Dios.

* * *

Sólo a la Religión de Cristo, que nos llegó por medio de María, le debemos cuanto somos. El Cristo nos enseñó con su divina palabra y María con sus sublimes ejemplos, las más hermosas virtudes que florecen en el corazón femenino. María fué la que nos sacó de la miseria en que estábamos y nos elevó a grados muy altos de nobleza y dignidad.

¿No es justo que seamos agradecidas con esa Mujer Bendita que nos trajo la vida? Ciertamente que sí. Porque si amamos a la madre que nos dió la vida del cuerpo, con cuánta mayor razón debemos amar a esa Madre incomparable que nos dió la vida del espíritu y la libertad material. Debemos amarla y servirla en prueba de agradecimiento por tan señalados favores de que le somos deudoras; y la manera más concreta de manifestarle nuestro cariño es imitando sus virtudes, poniendo en práctica lo que Ella enseñó con su ejemplo, especialmente en aquella vida de unión con su Divino Hijo. Vivir en Jesús por intermedio de María, y así viviendo con ellos con una sola alma y con un mismo corazón, sentiremos los mismos gustos y amaremos los mismos ideales. Tendremos esa misma sed de amor que consumió a esos dos Corazones dulcísimos: el amor a las almas. El celo por la salvación de nuestros hermanos, ese celo ardiente y apostólico que ha devorado a tantas almas santas enamoradas de Cristo.

Trabajemos, sí, con entusiasmo y abnegación, para formar un escuadrón brillante de almas con corazonos amantes y de convicciones firmes, que sepan amar a Cristo con sinceridad y defender sus creencias con energía.

Así habremos correspondido, siquiera en parte, al amor infinito que nos tiene María, y el día de las eternas recompensas ¡qué hermoso será presentarle a toda la nación chilena unida en un solo corazón, fruto de nuestros trabajos y desvelos!

¡Ah! También como chilenas, tenemos doble obligación de amar a María, especialmente bajo la advocación de Virgen Santísima del Carmen. A Ella no sólo le debemos nuestros triunfos sobre el mundo y el infierno, sino también el triunfo de nuestra patria, de nuestro hogar. Ella ha sido nuestra especial Abogada y Protectora en el camino de nuestra vida independiente y es la estrella luminosa que embellece nuestra bandera, siempre pura, siempre libre.

Somos chilenas, y como tales, sepamos agradecer y sepamos amar. Amemos y sirvamos a la Virgen del Carmelo, y así amaremos y serviremos a nuestra patria, con corazones nobles y abnegados, que es el sello del corazón de la mujer chilena.

Lo que debe la Humanidad al Cristianismo

Matilde Pidcrit de Allard.

Todo ser humano, provisto de pequeña, mediana o gran inteligencia, está obligado por razón moral y material a reconocer la enorme ventaja y grandes beneficios que nos trajo la Civilización Moderna envuelta en el Cristianismo, que, cual ráfaga de viento ha venido despejando el camino por el cual la mujer, madre de la Humanidad consciente, debía avanzar surgiendo radiante de triunfo por sobre todo lo creado por Divina Inspiración.

Nadie ignora el papel sombrío y humillante, sin comparación que desempeñó la mujer antes de la Era Cristiana.

Ella no era considerada persona; nunca se le estimó como tal y llegó a ser despreciable y abandonada cuando sus fuerzas físicas estaban agotadas por la edad, el trabajo y el sufrimiento, pero, término tendrían sus padecimientos y éste vino cuando el Cristo Redentor mostró al mundo la transformación de aquel ser, tratado vil por la ignorancia y soberbia del hombre de aquellos tiempos, en la sublimidad por excelencia, en un conjunto de nobles sentimientos dechado de virtudes, a quien El designó su Santísima Madre, María Inmaculada, y que debía ser el espejo donde debía reflejarse la figura de la mujer, Madre de la Humanidad consciente.

Sólo entonces fué, como dice el poeta, cuando se le permitió a la mujer rozar con sus labios la copa del pensamiento. Magnífica expresión que encierra hermosas ideas y que manifiesta admirablemente su objeto. La mujer aprendió a pensar y los sentimientos de que está dotada por naturaleza fueron desarrollándose de tal manera que la Humanidad entera comprendió para qué había sido creada. De aquí que toda mujer debiera sentirse íntimamente ligada a la Religión de Cristo. Fué el Cristianismo quien la transformó en mujer persona y a él debemos la importancia que día a día se advierte en su porvenir, pues que de ella depende no sólo la felicidad del hogar sino también el bienestar y engrandecimiento de los pueblos.

Su dignidad, cultura y sentimientos religiosos y humanitarios hacen a sus hijos cumplidos ciudadanos útiles a la Sociedad y a la Patria y después de figurar como un ser sometido al capricho del hombre, sin derecho a sociedad y mucho menos a ilustración, hoy se le reconoce su noble misión y sus dotes intelectuales que la hacen capaz de afrontar las innumerables escabrosidades de la vida.

Han transcurrido los años y por felicidad de ella, borrando las huellas de la ignorancia con lentas pero continuas evoluciones, permitiéndole subir concienzudamente los diversos peldaños de la escala social, probando al mundo que ella, tanto como el hombre, es poderosa contribuyente al perfecto desarrollo de las naciones, en toda materia. Precisamente la grandeza de los pueblos depende de un modo directo de la mujer; siendo ella ignorante y no sabiendo inculcar en sus hijos sentimientos cultos, religiosos y patrióticos, ¿qué resultaría de aquella familia? será un conjunto de seres inútiles y con semejante contingente no se forman hogares ni prosperan las naciones. De lo que se deduce, que el hombre, destinado por la Providencia Divina a ser el padre de la Humanidad, debe al Cristianismo, su felicidad y su hogar porque con la compañera moderna, goza de cumplido bienestar.

En cuanto a los países civilizados no podrán desentenderse del origen de sus progresos experimentados desde el comienzo de la Era Cristiana, porque sus hijos que los llevan aceleradamente al progreso y al perfeccionamiento moral y material tienen por madre a la mujer cristiana, a la mujer que con la llegada del cristianismo empezó a surgir y a llenar la sublime misión para que El la designó. Esto es: ser útil a sus semejantes constituyendo la felicidad del hogar y de la Patria. En estas circunstancias, la Humanidad entera es deudora del Cristianismo, prescindo de aquellos desgraciados pueblos cuyos habitantes aun no han sido beneficiados con el rayo de luz de Fe cristiana que ilumine sus sentidos; pero que el mundo cambió en sentido favorable, moral y científicamente con el Cristianismo, es un hecho histórico indiscutible.

La formación de los futuros apóstoles en el hogar.

Ester Pellé de Serrano.

He aquí un tema más para ser tratado a solas con Dios, en la intimidad y silencio de una oración dolorosa y ferviente, de rodillas y con los brazos en alto, clamando al Señor de las Misericordias que conjure el mal mayor de nuestros tiempos, y envíe obreros a su mies, porque *la mies es mucha y pocos los operarios,* y los lobos rapaces la devoran sin piedad.

La escasez de vocaciones sacerdotales es, señoras, el mal de trascendencia más funesta, de cuantos preocupan a la atormentada humanidad de la época presente. Porque sin sacerdotes no hay culto ni sacramentos, y sin aquéllos y sin éstos, ¿a qué quedaría reducida la Iglesia? Pronto se olvidaría el Evangelio y sus santas doctrinas tan conculcadas ya hoy día; y las enseñanzas de los representantes de Cristo, y hasta el recuerdo de las grandes verdades de la fe, y los misterios augustos de la redención del género humano, todo se volvería nebuloso o se borraría totalmente. ¡Y cuántas naciones sin evangelizar por falta de predicadores y de apóstoles, y cuántas almas que se pierden o permanecen en la incredulidad o la indiferencia por falta de almas abnegadas, de almas sacerdotales que se sacrifiquen por salvarlas?

Y este daño tan temible ocurre ya, en escala ascendente, hasta en nuestro católico Chile, a causa del reducido personal eclesiástico, motivo por el cual se ven abandonadas porciones enormes de la grey, o atendidas a medias y de manera deficiente por pocos sacerdotes, los que, por muy buena voluntad que tengan, y por mucho que trabajen, ni pueden hacerlo todo, ni hacerlo bien por la premura.

Y es de pensar, señoras, y es problema pavoroso, lo que vendrían a ser las sociedades modernas, ya tan frívolas y sensuales, sin ministros del Señor que enseñen y morigeren con la palabra de Dios, sin los sacramentos que fortalecen y sostienen, maniatada la Iglesia que es maestra y es Madre.

Pero, bendito sea Dios que quiso dejarnos un consuelo y un aliento. «Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella».

Como la palabra del Señor no puede fallar, con esto el alma se ensancha, y el espíritu se dilata, y la voluntad se esfuerza, y renace la esperanza vigorosa y enérgica que nos impulsa a la oración y al trabajo. Pedir al Señor con todas las veras de nuestra alma, con todo el dolor y ardiente deseo de nuestro corazón, y empeñarnos en la acción con todas nuestras industrias, apoyadas en el Corazón dulcísimo de Jesús, y encaminadas a la realización de sus divinos deseos y misericordiosos designios.

Porque, si bien en esta obra de las vocaciones, eclesiásticas o religiosas, es el Espíritu Santo el que sopla y opera, a nosotras corresponde escuchar y atender su voz; y ya se trate de nosotros mismos o de nuestros hijos, inclinarnos reverentes y agradecidos, siguiendo sus divinas inspiraciones, sin querer adelantarnos a la gracia, dócil y solicitante preparando el terreno, apartando estorbos o escollos y defendiendo con celo vigilante y tranquilo el don de Dios en las almas que el Señor nos confiara y que se digna requerir para sí. Y lejos de parecernos a los soberbios del siglo, que se indignan y protestan si se les habla de vocación, tratándose de sus hijos, y como reparación de estos tristes y repetidos desacatos, ofrezcamos al Señor los nuestros con humildad y confusión, porque no merecemos tal gracia, y roguemos con instancia y sin

desalentarnos jamás que se digne aceptarlos y hacer de ellos sacerdotes santos, apóstoles abnegados y fervorosos reparadores. Y esto sin descanso ni tregua, imitando a la humilde cananea que no se arredró ni se detuvo ante el desdén y el rechazo, y que por su fe y su confianza mereció la compasión divina.

Pero a la vez que con una vida de fe intensa y constante hemos de tratar nosotras de prepararnos para servir de agentes del Señor en las almas de nuestros pequeñuelos, menester es que rodeemos a éstos de una atmósfera propicia y conducente.

Muy difícil tarea es ésta en los tiempos que corren, y requiere verdaderos caracteres y casi milagros del Señor para sobreponerse al que dirán y a las exigencias del medio, y para defenderse de la vertiginosa avalancha que arrastra, y de las influencias malsanas de aquella, que, cual viento agostador, seca las más puras flores, esteriliza todo germen santo, y arrebata los más sublimes ideales.

Por eso la vigilancia y la previsión deben ser constantes y atinadas, y escoger con acierto servidumbre y compañías, amigos y colegios, factores éstos de suma importancia para el caso.

Que el ambiente del hogar sea muy cristiano y tranquilo, austero a la vez que ameno, severo y dulce, en atinada proporción, para que atraiga y retenga, y que sea el ejemplo más que la palabra lo que enseñe y estimule.

Y como los tiempos paganos en que vivimos lo reclaman, hay que formar a los futuros apóstoles moldeados en el espíritu del Evangelio de Cristo «suaviter et fortiter»; dulces y mansos, pero fuertes y sagaces, humildes y abnegados, capaces de vencimientos, de privaciones, de sacrificios, de olvidarse de sí mismos hasta dar la vida por las almas a ejemplo de su Divino Maestro, y de mantenerse incólumes e indemnes de todo contagio o asimilación malsana y perjudicial. Y para obtenerlo, ensayarlos desde pequeños, y en progresión relativa, en una vida austera y mortificada que ahuyente la molicie y el sensualismo, y que en vez de frívolidad y ligereza vaya dejando en el espíritu virtudes sólidas, gustos serios, ideas grandes y elevadas, sentimientos nobles y generosos.

Conveniencia de proponer a las jóvenes el ejemplo de María en la vida de sociedad

Domitila Huneeus Gana.

Vemos a María, pequeñita, de tres años de edad, trepar las gradas del Templo, de la casa del Señor donde se preparaban las doncellas que se dedicaban al servicio de Dios.

Va acompañada de sus padres, Joaquín y Ana quienes la entregan al cuidado de los sacerdotes del Altísimo.

Dócil a la voz de Dios, distribuye María sus días entre la oración, el trabajo manual y la lectura y estudio de los Libros Santos.

Transcurren así algunos años, en la humildad y el silencio, siendo esta la preparación que daba el Señor a la que debía desempeñar entre todas las mujeres, la más excelsa de las misiones: la de la maternidad divina.

Por orden del Cielo entregan los sacerdotes a la joven virgen del Templo a la custodia de José. Acepta con sumisión María.

Arrobada un día, en oración, escucha la voz de un ángel qué le anuncia el augusto misterio de la Encarnación del Señor. Y ella, anonadada, responde: «He aquí la esclava del Señor».

Y en aquellos días, dice el Evangelio, fué María a casa de Zacharías para ver a su prima Elisabeth y cumplir con ella, los deberes de la amistad y de la caridad.

Después, con la misma sublime sencillez, se entrega en Nazaret a cuidar al Hijo de Dios y a ser en su pobre y humilde hogar el embeleso de su Hijo a la par que el embeleso de su esposo.

Y llega el día en que habían de presenciar cielos y tierra el gran triunfo del amor, la inmolación de un Dios en una cruz. Y esa mujer bendita muéstrase fuerte y generosa, grande y admirable al pie del altar del más augusto de los sacrificios.

Después que la resurrección corona la victoria de Jesús sobre la muerte y el pecado, María le ve ascender a los cielos envuelto en majestuosas nubes y ¿qué hace?..... Proseguir en la tierra la obra de su Hijo y de su Dios dando vigoroso aliento a los apóstoles para que prediquen por doquiera las doctrinas de Jesús.

Y se acerca el momento en que su alma va a desprenderse de su envoltura mortal y ella, con el mismo abandono y confianza en Dios de su vida entera, entrégase en manos de su Criador, apacible y dulcemente.

* * *

¿Qué fuerza misteriosa es la que de esa niña débil, de esa virgen modesta y sencilla, de esa criatura frágil y delicada forma a la Madre de un Dios, a la Reina de las vírgenes, a la corredentora de la humanidad caída?

Este soberano enigma podría resolverse en dos palabras: María amaba y era humilde.

Dadnos mujeres que sepan amar y ser humildes y estas serán las grandes mujeres cristianizadoras de la sociedad y del mundo.

La mujer está obligada a seguir el ejemplo de María. Sus padres deben entregarla pequeñita, no a manos mercenarias, sino a maestros o maestras quienes por su virtud, su ciencia y su piedad sean capaces de formar de ella una mujer conforme al Espíritu de Dios. La primera formación de la niña será el cimiento sobre el cual habrá de levantarse el edificio de su educación intelectual, moral, social y religiosa. Como sea esa primera formación, será ella más tarde.

La niña habrá de ser dócil a las enseñanzas que recibe. Dobléguese su carácter con el vencimiento y la obediencia para que renunciando a sus caprichos, sea siempre recta; fuerte en la abnegación; dulce en la energía con que ha de luchar siempre contra el mal y en pro de sus ideales, que no han de ser otros que los del mismo Jesucristo. Sígale como María, hasta la cruz.

Y si llega a ser esposa y madre después, ame su hogar, sea en él útil, hacendosa, cariñosa y fiel. Forme de él un nido de amores. Pero al lado del esposo, de los hijos y de los domésticos, allí donde ella debe ser reina sin cetro, deje sitio muy preferente a los pobres, reserve todo lo que le sobre de bondad, de abnegación, de caridad para ellos y para sus deberes de sociedad, viendo en cada criatura un alma que salvar.

Sea la mujer, como María, valiente ante el dolor. Sepa mostrar en él, que es hija de un Dios Crucificado. Manténgase en pie cuando lleguen los sufrimientos a aquilatar su virtud y a purificar sus amores.

Y no olvide la mujer de hoy, que ha de ser, como María, émula de los Apóstoles, que está obligada a luchar por medio de la acción social católica por el triunfo del reinado de Jesucristo. Quiera ella y trabaje, por verlo coronado Rey en todas partes.

Y si ha sabido seguir las huellas de la mujer bendita entre todas las mujeres, la veremos dormirse dulcemente en el Señor, un día.

La muerte presenta muy claramente al terminar la vida, el cuadro de todo lo que debió hacerse y que no se hizo.

Evítese la mujer cristiana las inquietudes, los remordimientos tardíos, los asaltos y temores de la postrera hora. Lleve en su vida entera impresa en ella la imagen de una verdadera Hija de María y así como su vida, será su muerte, un humilde acto de amor al Dios de los amores.

María, como el modelo más perfecto en la vida social

Avelina Romero Hodges.

El Santo Evangelio nos presenta a María como el modelo más perfecto a quien debemos imitar; en ella encontraremos todo lo que debemos hacer para alcanzar nuestra salvación.

Jesús en la Cruz, poco antes de morir, nos la dió por Madre y, desde ese momento, María es la constante medianera entre Dios ofendido y el hombre ingrato.

El amor de María por nosotros es inmenso; ella amó a los mismos verdugos de su Divino Hijo, enseñándonos que debemos perdonar y amar a nuestros enemigos, porque ahí está la verdadera virtud de la caridad. ¿Qué tenemos nosotros que Jesús no nos lo haya dado?

Nos escogió en medio de millares de almas que talvez habrían sido más fieles que nosotras, y nos proporciona los caminos más seguros para llegar al cielo.

El en su infinita bondad, nos dió padres que comprendiendo la necesidad que tiene una joven en la vida social de poseer una educación sólidamente cristiana, eligieron colegios, donde no sólo se nos forma la inteligencia, sino que se modela nuestro corazón en el mismo espíritu de Jesús.

Es por esto que las jóvenes educadas en colegios regentados por religiosas se distinguen siempre por su celo apostólico y sobre todo por su gran piedad.

Nuestras buenas maestras nos enseñan de tal manera a conocer las perfecciones de María, que el amor y la confianza hacia la Reina de los Cielos se incrusta en nuestras almas, de manera que nada en el mundo nos la podrá hacer olvidar. Y es sólo en colegios católicos donde se empieza a cultivar ese cariño que expontáneamente nace en el corazón de una niña.

María todo lo hizo con perfección; en estas solas palabras encierra el modo cómo debemos imitarla.

En el templo la vemos *orar y trabajar.*

¿La oración es necesaria?

De suma importancia; lo es tanto que el mismo Jesús en el Huerto de los Olivos, alzando los ojos al cielo oró a su Eterno Padre diciendo: «Padre, si es posible, alejad de mí este cáliz; pero haced, Señor, tu voluntad y no la mía».

En esta oración nos muestra la manera cómo debemos pedir, acatando en todo la voluntad de Dios.

Y la Virgen trabajó. De aquí se deduce que todas tenemos obligación de trabajar; cada una según las dotes que Dios le ha dado, teniendo presente que llegará un día y se nos tomará cuenta extricta del modo cómo hemos empleado el tiempo, y muy triste sería contestar como aquel hombre que nos presenta el Evangelio, que encontrando pocos los talentos que el amo le dió, los enterró.

Quien ama verdaderamente a María imita sus virtudes, pero hemos de empezar por la mortificación; ella nos enseña en esta virtud a sufrir por nuestras culpas, lo que ella sufría siendo Santa.

La civilización moderna, con su espíritu de reforma, está haciendo profundos estragos entre la juventud, siempre dispuesta a seguir lo que es novedad. El mundo, nuestro mayor enemigo, ha encontrado en los adelantos del siglo el medio más excelente para atraer a sus filas millares de jovencitas, que como se aboga por la libertad de la mujer, corren tras esa sed de ser libres, y poco a poco se van encadenando hasta cenvertirse en verdaderas esclavas de la moda, y el yugo es pesado y tirano; sin embargo se resisten a seguir el de Jesús, cuando amorosamente nos dice: «Suave es mi yugo y ligera mi carga».

En los tiempos actuales es cuando las Hijas de María tenemos un vasto campo para trabajar por la gloria de Cristo. Una joven profundamente católica no debe contentarse con ser ella buena; sería un egoísmo imperdonable. La mujer, mucho más que el hombre, está llamada para ser apóstol en la sociedad; para esto no es necesario hacer uso de la elocuencia, basta dar ejemplo con nuestra conducta, distinguiéndonos por la sencillez y, sobre todo, por la moderación, que deberá servirnos como segura brújula para atravesar firmes y tranquilas el borrascoso mar de la vida.

Cierto es que nos impondremos un constante sacrificio, pero sin él es imposible llegar al cielo.

Para convencernos de esta verdad, basta dar una mirada sobre la vida de los santos y veremos que en todos ellos resplandece la virtud de la mortificación.

Apostolado y Vida Parroquial

Teresa Ortuzar de F. de Castro.

Seamos Apóstoles: — Seámoslo por el ejemplo de una vida enteramente cristiana. El inmortal Pio X, en su primera Encíclica decía: «No solamente los sacerdotes sino también los fieles, sin excepción alguna, deben cooperar con abnegación y celo a los intereses de Dios y de las almas», y luego añadía: «los tiempos actuales reclaman acción, pero una acción que se consagre sin reserva a la observación fiel y escrupulosa de las leyes divinas y de las prescripciones de la Iglesia, y a la profesión resuelta y valiente de la religión».

La sociedad moderna, vuelve hacia el paganismo; detengámosla nosotros procurando la práctica asidua del Evangelio. En este siglo de vanidad, seamos humildes; en este siglo de avanzado utilitarismo, seamos nosotros desprendidos; en este siglo egoísta y descreído, seamos constantes en la abnegación y el sacrificio: creyentes de palabra y de obra. Pronto encontraremos quien nos siga. La presencia de un oficial cristiano en un regimiento, decía el bueno y valiente General de Sonis, produce el efecto de una mancha de aceite. Igual cosa ocurre en una familia, cuando una esposa, una madre virtuosa y abnegada, una joven amable y buena dan el ejemplo. Y ¿qué decir cuando es el mismo jefe de la familia quien se encarga de darlo?

Ahora bien ¿dónde podremos ejercer mejor nuestro apostolado y lograr nuestros fines?

Ciertamente que ningún organismo es más apropiado que nuestra Parroquia, en la cual podemos asociarnos a las diferentes obras establecidas; y ayudar a establecer obras a nuestros tan celosos Curas que sólo piden que no los dejen solos, y a los cuales debemos ofrecer nuestra cooperación decidida y nuestra entusiasta ayuda. Debemos tener siempre presente cuanta ayuda y cuan eficaz pueden los fieles, con muy poco esfuerzo prestarle a su párroco en una acción individual o colectiva, allegándole elementos lejos de su alcance, y fáciles de obtener a sus feligreses.

Así también debemos considerar la enorme responsabilidad que echamos sobre nuestros hombros no prestando ese concurso y permitiendo que, por indolencia o egoísmo, muchas obras sociales, de necesidad urgente, no existan, y otras tengan una vida lánguida o mueran. En cuántas parroquias, las obras más útiles para llenar las exigencias sociales, decaen y perecen por culpa de los fieles, que lejos de interesarse por ellas las miran con indiferencia, cuando no con desprecio! ¿Y se han acercado acaso alguna vez, al buen Párroco, que aguardaba su cooperación y contaba con ella para

oír de sus labios, todo lo que se puede obtener para la gloria de Dios y bien de las almas, por medio de estas obras que con tanta indiferencia se miran?

Hagamos vida parroquial.—San Ireneo refiere que los primeros cristianos, apoyados en la palabra augusta de San Pedro, se consideraban extranjeros en la tierra y de ahí el origen de la palabra Parroquia, del latin «*Parochia*» que se le daba a las comunidades cristianas, que formaban cómo *Asociaciones Extrangeras.* La Parroquia así constituída, representaba para ellos, mientras que permanecían en el destierro, la Patria Celestial...

Desde entonces hasta ahora ha sido y es obligación de todo buen cristiano amar a su parroquia y cumplir los deberes que tiene para con ella; ya que es para los fieles, lo que la casa paterna para la familia y le corresponde como madre reunir a su alrededor a todos sus hijos.

«Todos nos sentiríamos desterrados en un pueblo donde no hu-
« biese Iglesia y en un país donde los campanarios dejaran de
« subir hasta el Cielo» (1).

«El campanario domina todos los edificios, como para recor-
« darnos, que la religión se levanta por encima de todos los in-
« tereses temporales: todas las mañanas los campanarios de la
« Iglesia llevan, cortando el aire con sus tañidos, a través de las
« ciudades y de los campos, el nombre y el recuerdo de Dios» (2).

La Parroquia es el poderoso socorro contra todo desorden social. Sólo en la unión por el bien, encontraremos en ella una verdadera fortaleza y si hacemos de todas las Parroquias fortalezas inespugnables contra la impiedad, por la unión activa de todos sus miembros, habremos logrado levantar una barrera, ante la cual la impiedad se detendrá impotente para avanzar.

No olvidemos que todos los más gratos recuerdos de nuestra vida están asociados a nuestra Parroquia. En ella han encontrado eco nuestras alegrías y nuestras penas! En ella encontramos reunidas todas las manifestaciones del amor divino. Ahí está la Pila Bautismal que nos tornó hijos de Dios, de esclavos que éramos del demonio. El tribunal de la Penitencia, que nos reconcilia con Dios, quien en su bondad y misericordia infinita, nos acoge cada vez como al «Hijo Pródigo», con los brazos abiertos para perdonarnos y recibirnos de nuevo en la casa paterna! Ahí está la Cátedra Sagrada, que nos ha hecho conocer el Santo Evangelio y con él nuestros deberes de cristianos y de ciudadanos! Y, por *sobre todo*, está el Tabernáculo de amor, donde reside el Hombre Dios, que se da a nosotros de manera tan absoluta y completa! El amigo, el confidente, de todas nuestras penas y dolores, que calma y apacigua llenando siempre nuestros corazones de esperanza y de consuelo.

---

(1) Maurice Barrés.

(2) Canónigo Lesêtre.

***

Cultivemos el espíritu parroquial, que es el espíritu de amor por el bien que la parroquia puede prodigar en nombre de nuestra santa religión. Asistamos con preferencia a las ceremonias que en ella se celebran; oigamos la Misa Parroquial; reservemos nuestro más generoso óbolo para las obras de nuestra Parroquia. Y grande será más tarde nuestra satisfacción y nuestra alegría, al ver prosperar éstas, gracias a nuestros esfuerzos, y cuando podamos palpar sus resultados prácticos, en la salud y el bienestar moral y material, de todos sus feligreses.

Incorporémonos a la Unión Católica que tanto nos recomiendan nuestros prelados. Asociémonos a las diferentes obras de piedad y caridad de nuestra Parroquia: catecismos, Conferencias de San Vicente de Paul, del Santísimo Sacramento, del Sagrado Corazón, de San José etc., etc. Seamos Hijas de María; seámoslo en la verdadera comprensión de nuestros deberes, y sigamos todas unidas, detrás del Estandarte de Nuestra Madre, que nos guiará a través de este valle de amarguras, hacia la dichosa e imperecedera vida, que habremos conquistado a la sombra benéfica, de nuestro campanario parroquial...

"La obra de los Catecismos"

Inés Cifuentes.

Animadas por un sentimiento patriótico, nos hemos congregado para estudiar los problemas que se relacionan con la acción católica y social femenina. Reunidas pues para trabajar; veamos la utilidad de las asociaciones, y la obligación de ordenar nuestro trabajo para servir mejor a nuestros ideales.

Comprendamos el valor de nuestro tiempo; para comprenderlo, hay que amarlo, y para amarlo hay que mezclar en la vida una idea de apostolado.

No pretendo tratar en general de la Misión de la Mujer, y el papel que debe desempeñar en la sociedad moderna. Es mi intención más modesta, deseo solamente llamar la atención a uno de los puntos en que se extiende la acción social, y este circunscrito en el Centro de su Parroquia.

La Parroquia, es la Madre espiritual de sus feligreses, es ella la que por medio del bautismo, comunica la vida sobrenatural a sus hijos al nacer, y tiene la misión de conservársela con el alimento de la sana doctrina, y administración de sacramentos;

los bendice y acompaña en los actos más solemnes de la vida, los socorre en sus necesidades espirituales y corporales, y después de cerrar sus ojos moribundos, y sepultar sus despojos mortales, eleva plegarias al cielo sobre su tumba.

Llámanse obras parroquiales las instituciones que nacen al calor de la Parroquia con el fin de socorrer las necesidades de los feligreses y que viven y se desarrollan mediante las limosnas, o cooperación personal de los mismos. Estas son las Congregaciones, Sociedades, Escuelas, Talleres de enseñanza práctica, Conferencias de San Vicente de Paul, Patronatos, Asilos etc.

Entre estas obras que nacen al calor de la Parroquia estudiaremos detenidamente algunas que por su importancia merecen una detenida atención. Una de estas; la que deberíamos llamar la Obra por Excelencia, es la Obra de los Catecismos. ¡Cuánto empeño debemos poner en ella, y con cuánta generosidad debemos ayudar a nuestro Párroco en este apostolado! Jesucristo nos prometió que lo que hiciésemos por el más pequeño de nuestros hermanos, lo consideraría como hecho por El mismo. Debemos pues inclinarnos al alma de esos niños con un piadoso respeto.

¡Quién podrá medir la influencia de una impresión en el alma de un niño!

Hagamos sentir en ellos el atractivo del bien y nos maravillaremos de la energía, de la ingeniosidad, y del entusiasmo de esas almas prontas a inclinarse donde se las lleve.

Que existe en nuestro país, en general, una profunda ignorancia en religión, es desgraciadamente muy cierto. Pío X, en su magnífica encíclica del 15 de Abril de 1909 consagra una página a denunciar el mal de la ignorancia religiosa. Y anteriormente Benedicto XIV escribió, y con razón: «Nosotros afirmamos, dice; que la mayor parte de los que se condenan eternamente, deben esta desgracia a la ignorancia de los Misterios de la Fe, que hay necesariamente que conocer para ser contados entre los escogidos».

Pues bien, es este estudio de la religión el que falta, y que a veces si se encuentra es insuficiente. Falta no sólo en la clase inferior, en el pueblo, donde a veces se encuentra excusas para su ignorancia; pero desgraciadamente es insuficiente en aquellos que no faltándoles medios para instruírse, ni inteligencia, ni cultura, se abandonan a las ciencias profanas, y respecto de la Divina viven en una ignorancia la más temeraria y la más imprudente.

No nos contentemos, pues, con lamentar esta ignorancia; conociendo la necesidad imperiosa de esta instrucción, ayudemos, fomentemos la manera de extender esta ciencia en todo el pueblo cristiano, sobre todo entre los niños que son su porvenir.

Uno de los primeros remedios para este mal es la cooperación de todos en esta enseñanza del Catecismo, y que ésta sea bien hecha, para lo cual es indispensable un buen método.

Generalmente asisten a los Catecismos Parroquiales toda clase de niños, comunmente disipados, ligeros, mal educados, y sin disciplina ninguna, de condición muy diferente, de fuerzas y capacidad intelectual muy desniveladas. Estudiemos este pequeño mundo y establezcamos divisiones según las aptitudes y la capacidad de cada uno. Primeramente que en cada una de estas secciones no sea el número de niños muy numeroso, pues esto perjudica grandemente la enseñanza. Ahora se habla mucho de la división del trabajo, en ninguna parte es más útil y más lógico que en la formación de estas pequeñas inteligencias y corazones de niños.

El principal carácter del método es el de ser proporcionado, adaptarse al medio al que pertenecen los niños. Se necesita el conocimiento y el cariño para que esta instrucción vaya formando esos corazones.

Tenemos por base el Catecismo de la Diócesis, démosle las fórmulas claras, analicémoslas, expliquémoslas. No sólo se necesitan definiciones, es necesario instruírlos y edificarlos. La teoría y la práctica.

El procedimiento en la instrucción debe excitarles la imaginación, las lecciones de cosas, los cuadros, las imágenes, nos servirán mucho para el objeto.

El método de dirigirse a la inteligencia y al razonamiento, método excelente para los espíritus formados y capaces de reflexionar, es insuficiente para los niños; hay que ejercitarles también la memoria. Al trabajo de la memoria unamos el de la recitación; las interrogaciones dan animación a la clase y se consigue una atención más constante en los niños. Otros accesorios indispensables para el estado de la enseñanza son el local, un reglamento, disciplina, emulación, cánticos y recompensas.

El local. ¡Cuán de desear es una sala especial para esta enseñanza! El Catecismo en la Iglesia tiene dificultades. La majestad del lugar santo impone el mayor orden y respeto, ambas cosas que los niños aun no comprenden, y desgraciadamente se ve muy a menudo que en estas instrucciones hechas en la Iglesia deja mucho que desear el respeto debido a la casa de Dios.

Es de suma importancia, además de la enseñanza del Catecismo, la del Evangelio y de la Historia Sagrada. Enseñémosle también el atractivo de las virtudes, el amor a la oración, la excelencia del Sacrificio de la Misa, la importancia de los Sacramentos.

Comencemos la instrucción por una ferviente plegaria por el alma de esos niños. Si el Señor no construye ese edificio, en vano trabajaremos los obreros.

Convencidas, pues, de la importancia y de la necesidad de esta ciencia de Dios, instruyámonos bien para poder enseñar, pues sería temerario pretender ayudar en esta obra, siendo nuestros conocimientos insuficientes; y no se crea que porque nuestra enseñanza sea ilimitada, no debemos preocuparnos, pues aunque sea

para enseñar poco, hay que saber bastante. Ayudemos, pues, a nuestro párroco en esta obra, cooperemos todos con nuestros esfuerzos y nuestras limosnas, y si nuestro trabajo es ordenado y constante, conseguiremos los frutos que tanto deseamos.

Otra de las obras grandiosas que nacen al calor de la Parroquia son las Congregaciones. Después que el niño se ha instruído y ha llegado para él el gran día de su Primera Comunión, entra en otra época, en que tiene que ingresar a otras escuelas, donde si en algo se profundizan las ciencias profanas, se descuida enteramente la ciencia de Dios. Desgraciadamente el niño se ve rodeado de malos consejos, malas compañías; el respeto humano, que comienza por la vergüenza de lo bueno y acaba por la audacia de lo malo. ¿Qué falta entonces a este joven que se ve rodeado de peligros y de voces de mentira? Le falta la voz de la verdad y una mano que lo levante. ¿Dónde encontrará mejor asilo que en estas Congregaciones? Ahí encontrará la vida del Evangelio que lo conforte y le dé fuerzas para luchar.

Ojalá que en todas las parroquias, escuelas, patronatos, instituciones obreras, se formaran y fomentaran estas obras en honra de la Santísima Virgen, para aumento de la piedad y salvaguardia de la virtud.

Brilla también, entre las obras parroquiales, las sociedades, y entre ellas, la de San Vicente de Paul.

En esta sociedad, el socorro y también la ayuda fraternal, acompañan el levantamiento material. En resumen: el amor al prójimo y el celo por la salvación de las almas son el compendio de las Conferencias de San Vicente. Los talleres, patronatos, asilos y ollas del pobre, son otras tantas obras que nacen en el centro de la Parroquia y que todo buen feligrés debiera tomar parte en ellas.

Ya vemos, pues, la importancia de estas obras parroquiales; unas van directamente al cultivo del espíritu y formación del corazón de los feligreses, otras por medio del socorro que dan al necesitado, forman un lazo de oro que une a ricos y pobres e infunde y acrecienta el espíritu de caridad y el interés por la suerte de los que sufren.

Tienen las obras parroquiales un carácter de generalidad por el cual todos los feligreses pueden considerarlas como cosa propia, y ellas contribuyen a ejercitar en la práctica de la virtud a todas las clases de la sociedad.

De lo dicho se desprende que el buen católico debiera ayudar con su trabajo y socorrer con sus limosnas durante la vida a su Parroquia u obras parroquiales y continuar esta protección después de sus días, por medio de algún legado a favor de ellas.

Creemos, pues, que con nuestra labor y nuestra cooperación, y alistándonos en este ejército que patrocina la Reina de los Cielos, será la mejor manera de celebrar este Centenario, como católicas y como chilenas.

Necesidad de que la mujer cristiana coopere a la acción social de la parroquia

Laura Dorlhiac.

La importancia de la parroquia es en la Iglesia igual a la de la familia en la sociedad civil.

Es en efecto, opinión dominante entre los sociólogos modernos que la sociedad no es una aglomeración de individuos, sino una agrupación de familias, unidas entre sí por intereses comunes.

Asimismo, son las parroquias, verdaderas familias de almas, las que forman esta vasta sociedad espiritual que es la Iglesia. Y, al seguir, en su organización un plan similar al orden natural de la sociedad humana, ha obrado, como siempre, la Iglesia, con profunda sabiduría.

De la buena constitución de la familia depende principalmente el bienestar de la sociedad: pues es ahí, en ese silencioso laboratorio del hogar donde se forman física y moralmente los hombres. Es allí donde desde pequeños reciben, al mismo tiempo que los cuidados que harán sus cuerpos fuertes y sanos, las enseñanzas y sobre todo, los ejemplos que harán de ellos seres útiles a la sociedad. Por esto, opinan cuerdamente los sociólogos al poner como base del bienestar social la buena organización, la firme constitución de la familia.

La parroquia es, como decíamos, el hogar espiritual, la familia de las almas. Ella es la que forma para la vida cristiana y para el apostolado el alma de sus hijos y de su seno salen las iniciativas que crean obras de caridad, de moralización o de preservación.

Esta familia, como la familia humana tiene su jefe: el Párroco; él es el padre de familia de este hogar, y a él incumbe regir y defender los intereses espirituales de sus hijos. Pero, para que la acción parroquial sea fecunda, el Párroco necesita de la ayuda de todos sus feligreses. Si en una familia el jefe, el padre, tuviese que hacerlo todo para sí mismo... si, a más de trabajar para ganar el sustento o el bienestar de los suyos, tuviera que ocuparse de los múltiples detalles domésticos, cuidar de los hijos, educarlos, etc., es seguro que por mucha que fuera su actividad, no podría ser suficiente para semejante tarea.—Pero, ahí está la madre de familia para secundarlo, ahí están los hijos mayores, y cada cual ayuda a la obra común según sus capacidades y en la medida de sus fuerzas.

En la parroquia todos deben ayudar al Párroco, pero nadie puede hacerlo con más eficacia que la mujer cristiana.

Parece que su naturaleza misma prepara a la mujer para esta tarea; ella posee esas cualidades de insinuación, de abnegación de paciencia, de constancia tan indispensables para llevar a cabo, con fruto, cualquier obra de apostolado.

Por otra parte, la mujer cristiana puede llegar allí donde los prejuicios anticlericales o políticos impiden llegar al sacerdote o al laico católico.

Los enemigos de la Religión, sabiendo lo que hacían, antes que atacar directamente las verdades católicas, han hecho, entre el pueblo guerra al sacerdote; le han desprestigiado haciéndole aparecer como un ser despreciable, inútil y aún pernicioso a la sociedad. De ahí esos prejuicios que hacen tan difícil la obra del sacerdote y que le impiden muchas veces llevar hasta el obrero o el pobre que tanto la necesitarían, la palabra de Dios.—

La guerra que se hace a la Iglesia ha obligado a los católicos a unirse, a organizarse en la vida pública para la defensa de su fe. De esto nace otra dificultad para los católicos que quisieran ejercer el bien: un caballero de los que pertenecen al partido político que defiende los intereses católicos no podrá acercarse a un obrero o a un hombre del pueblo sin que este crea desde luego que sólo le guía un fin o un interés de política... que es *su voto,* talvez, lo que desea este católico.—La mujer en cambio, puede acercarse a todos. Contra ella no se tienen prejuicios, y aun si se tuvieran su diplomacia femenina sabría muy pronto hacerlos olvidar.

Hasta ahora, la mujer católica ha correspondido, y aun con honor, a esta vocación sublime; ella ha ayudado a los Párrocos en las obras de beneficencia, en la enseñanza catequista de la niñez, en preparar el esplendor del culto, etc., todo esto es bueno; pero es sensible que en nuestro país la actividad femenina se haya reducido generalmente a este círculo de acción, siendo como son en la vida moderna tantas las necesidades sociales y tan variadas las formas que puede adoptar el apostolado femenino.

Las necesidades de la mujer que vive de su trabajo deben interesar especialmente a la mujer cristiana.—Se puede ayudar eficazmente a estas trabajadoras agrupándolas, enseñándoles la fuerza de la unión; fundando en ellas y para ellas ligas y sindicatos en los cuales obreras y empleadas encontrarán, además de las ventajas del socorro mutuo, una protección contra los abusos de los patrones y, más que todo, un apoyo moral en las dificultades de su penosa vida de trabajo.

Otra iniciativa muy útil a las mujeres que tienen que trabajar es la creación de tiendas donde puedan vender directamente la obra de sus manos, librándose de ser explotadas por los grandes almacenes que suelen pagar a la obrera un mísero precio por su trabajo.

La preparación de espectáculos moralizadores para la familia obrera es otra forma de este apostolado que debe llamar la atención de la mujer católica. Aquí en Chile, donde el hogar obrero es tan inconfortable, donde no tenemos paseos públicos que ofrezcan los días festivos un lugar de recreo para el obrero y su familia, se hace sentir más apremiante la necesidad de ofrecer a estos trabajadores espectáculos morales que sean para ellos un descanso y una distracción.

En todas estas obras, y en muchas otras, podrá la mujer, apóstol moderna, ayudar muy eficazmente a la acción social de su parroquia. Actualmente en diversos países de Europa, especialmente en Francia y en España, este apostolado femenino es ejercido con resultados realmente halagadores.

Mas, para conseguir estos fines es indispensable que la acción femenina sea organizada; sin organización la fuerza, el talento, la buena voluntad de estos apóstoles se desperdiciarán como se perdería la fuerza de un río cuyas aguas, en vez de seguir en un solo cauce, se esparcieran en múltiples arroyuelos.

La acción social y la vida interior

Elena Menchaca Lira A.

Toda alma, intelectual y sobre todo moralmente superior, ejerce en torno suyo una influencia eficaz y bienhechora.

La mujer cristiana, con su corazón abierto a los más nobles ideales, respira con más amplitud la atmósfera de lo infinito y es la prueba viviente de que el cielo en la tierra consiste en la vivificación del alma por la presencia de Dios que mora en ella.

La historia en cada una de sus páginas nos da algún ejemplo de la mujer-apóstol que, más de una vez, en los momentos decisivos del mundo, ha tenido en sus manos el timón de la sociedad, y con sus débiles fuerzas ha dirigido la barca hacia donde brillaba el faro de la verdad eterna: Judit, Ester, Marta, Magdalena, Mónica, Blanca de Castilla, Isabel la Católica y Juana de Arco son otras tantas heroínas que han realizado ese ideal y que han tenido influjo poderoso en el rumbo de las ideas y de los acontecimientos.

¿Qué condiciones debe reunir la mujer para esta misión tan importante de orientar al mundo y la sociedad hacia el espíritu de Cristo?

La obra de la regeneración de las almas no es problema científico; el apostolado cristiano y, por lo tanto, su acción social, se

aprende en la escuela de Cristo; es obra de la gracia, obra sobrenatural de infusión de la vida de Cristo en el alma humana; de comunicación del corazón de Cristo al alma-apóstol.

Innumerables ilusiones y esperanzas desvanecidas, y obras de celo y proyectos fracasados, acrecientan en la persona dedicada a las obras de acción social, el deseo de amar algo durable y permanente en que puedan descansar las ansias de su corazón.

Cristo, rey de las almas, es el foco de inefable belleza, que llena de santa alegría el alma-apóstol, que la atrae y enamora con la divina hermosura de su virtud. El alma lo contempla, no en las acciones maravillosas de su vida, sino en otra acción más íntima, más sublime, cuando Cristo anima, transfigura el alma y crea en ella la vida interior....

La vida interior, he ahí la base de todo apostolado, el único medio de dar fecundidad a la acción social-religiosa, la única manera de protestar contra el naturalismo y modernismo que invaden en muchas partes esta acción.

«El alma entregada a la obra por excelencia, el Apostolado, debe vivir de Dios a fin de poder hablar de El eficazmente, y la vida activa no debe ser otra cosa que el desbordamiento de la vida interior».

He ahí el pensamiento que trataré de desarrollar en este trabajo.

Admirable y consolador es ver nacer providencialmente obras que respondan a las exigencias del día. En estas circunstancias especiales por que pasa el mundo, vemos florecer instituciones destinadas a contrarrestar el grave mal que tratan de producir las ideas modernas; vemos a los Sindicatos de Empleadas, a los Patronatos de Jóvenes, a los Centros de Obreros etc.

Todas las almas emprendedoras están llamadas a ser apóstoles de la acción social, y es espectáculo hermoso ver a tantas damas ilustres por sus noblezas y sus virtudes que se congregan para enjugar las lágrimas del dolor y remediar la miseria de muchos infelices; a caballeros y jóvenes que van en busca de familias afligidas por el infortunio, para llevarles junto con el óbolo de la caridad, palabras de cristiana resignación.

Las riquezas, el talento, la actividad son elementos secundarios para la realización de estas obras; para ejercer este apostolado se necesita sobre todo, y ante todo, vida interior, unión íntima con Jesús. Es esta vida interior el manantial puro y abundante de las obras más generosas en beneficio de las almas, y de la caridad que se encamina al alivio de los males de este mundo.

¡Un alma apóstol! ¡Qué sublime elogio! Pero para ello es preciso que la luz inunde esa alma y el amor la inflame, a fin de que, por reflexión, ilumine e inflame a las demás.

Recordemos lo que aconteció con los elegidos por Cristo, con los que lo secundaron en su obra de regeneración. Eran doce hombres escasos de talento, fríos de corazón, pero llega el gran día

de Pentecostés y el Espíritu de luz baja sobre ellos y los transforma en apóstoles verdaderos que, con el entusiasmo del martirio, abandonan el Cenáculo para ir a sembrar por todas partes la palabra que ilumina y encender el fuego de la gracia que inflama los corazones.

Si ese fuego divino excita en todos los que participan de las obras de celo, los ardores que transformaron a los dichosos habitantes del Cenáculo, no dudemos que los apóstoles de la acción social serán entonces, no sólo simples y sencillos predicadores del dogma y de la moral, sino trasmisores vivientes de la vida divina y de las almas.

Pero ¿dónde beberán las almas-apóstoles los encantos de la vida interior? Deberán buscar a su Divino Modelo en la Eucaristía y, en los secretos de esta unión aprenderán a ser los verdaderos apóstoles de la acción social. No menos misericordioso que en su vida mortal, Jesús, en el Angusto Sacramento, aguarda que le busquemos, que nos abandonemos a los dulces toques de su amor, dispuesto siempre a olvidar nuestras miserias y a santificarnos con su divino contacto en el ósculo inefable de la Comunión.

Sin estar unidos a Jesucristo, como los sarmientos a la vid, nuestras mejores obras, en apariencia, serán efímeras, por cuanto les falta el alma y la vida que puede darles estabilidad y consistencia. Nosotros mismos nos cansaremos y desistiremos fácilmente, si no nos anima el amor a Jesucristo. He ahí la gran palanca de las obras sociales.

De la materia tratada, la conclusión más fundamental que puedo deducir es la de la comunión frecuente y si es posible, diaria, para todos los que se dedican al apostolado social.

La razón es obvia. El alma de todo apostolado, si este ha de ser fecundo, es la «vida sobrenatural» de los que lo ejercen. Sin esa vida, aquel no pasará de ser una llamarada que pronto se extingue.

Ahora bien ¿dónde está la fuente de esa vida? Sólo en la Eucaristía. Así lo enseñó el mismo Jesucristo en forma clarísima cuando dijo: «Si no comieres la carne del Hijo del Hombre y bebieres su sangre, no tendréis vida en vosotros».

Por lo tanto, grabemos con rasgos indelebles, en nuestra alma, esta verdad: *Las obras de acción social que se emprendan, no serán eficaces sino en la medida en que las almas que las llevan a cabo vivan de la vida sobrenatural íntima, cuyo principio soberano y supremo, y cuyo medio es Jesucristo.*

Quiera Nuestro Señor encender en las voluntades de las que, en este tiempo se ocupan con tanto celo en las obras sociales una sed ardiente de la vida interior; que la caridad infinita penetre sus corazones, con sus poderosos y suaves encantos y que esa caridad las haga sentir que, aun aquí abajo, no hay felicidad más que en esa vida, imitación y participación de la de Cristo.

He dicho que no se comprende la vida de actividad de una

persona dedicada a las obras sociales, sin la vida interior; debo agregar que le es necesario al alma-apóstol tener una verdadera y tierna devoción a la Santísima Virgen, porque según las enseñanzas católicas a Jesucristo se va por María, *ad Jesum per Mariam*. Quien carece de una sólida devoción a María, corre riesgo de edificar sobre arena, cuanto haga por su propia santificación y por la salvación de las almas.

El verdadero apóstol, devoto de María, está persuadido de que la lucha contra los defectos, la adquisición de las virtudes y el reino de Cristo en las almas, están en relación con el grado de esta devoción. Para los corazones penetrados de esta verdad, todo es más fácil, más suave, más seguro porque buscan su apoyo en María.

Si María vive en el corazón del apóstol, la elocuencia maternal está asegurada al obrero evangélico, para tocar y conmover las almas que en la lucha han naufragado, o que heróicas combaten por adquirir las virtudes.

Nuestro Señor, con una delicadeza admirable, quiso unir a su Santísima Madre a la obra de su Redención, y reservó para María las conquistas más difíciles del apostolado, para que sólo se las concediera a los que tienen vida íntima con Ella. Jamás a una verdadera Hija de María le faltarán argumentos y medios ingeniosos para los casos desesperados de la vida en que deberá fortificar a los débiles y consolar a los inconsolables.

Pero principalmente, cuando es preciso hablar a los hombres del amor de Dios, la madre del Amor Hermoso pone en los labios del apóstol palabras de fuego que encienden ese amor.

¡Queramos ser apóstoles! Amemos con pasión a María, gloriémonos de ser sus hijas, y este amor nos dará derecho para que jamás desesperemos de una obra cuando la hemos empezado con María y la queremos continuar con Ella.

Pero no creamos que trabajamos con María cuando nos contentamos con honrarla con un culto sólo exterior; no es esto lo que Ella quiere de sus hijas. ¿Qué es lo que desea de nosotros? Que tengamos una devoción que nos permita afirmar con sinceridad que vivimos habitualmente unidos a Ella, que recurrimos a su consejo, que nuestras afecciones pasan por su corazón; pero sobre todo quiere que nuestra devoción nos lleve a la imitación de sus virtudes para que en el mundo demos ejemplo, y nuestras obras digan que somos sus verdaderas hijas.

Para dar debido cumplimiento a mi cometido, debo hablar también sobre la advocación del Carmen. Para hacerlo después de lo que he dicho sobre la devoción a la Santísima Virgen María, considero que me basta mi condición de chilena y que chileno sea mi auditorio.

En todos los países americanos de sangre española, el amor a la Santísima Virgen María, a María Santísima, parece que hubiera echado raíces mas hondas; en ellos se la invoca con más frecuencia,

con más ternura y, por decirlo así con más familiaridad. En todos esos países, la devoción se ha particularizado en alguna de las advocaciones especiales de la Santísima Virgen.

Los chilenos celebramos con particular devoción la fiesta del Tránsito o sea de la Asunción de la Virgen María, la de Purísima o sea la de la Inmaculada Concepción, la del Rosario, la de Mercedes, la de Dolores que tan vinculada está a uno de los más impresionantes episodios de la historia de nuestra Patria; pero sobre todas esas devociones, prima la de Nuestra Señora del Carmen.

Es esta devoción un lazo de unión que se mantiene entre el clero, el ejército, la marina y el pueblo chileno todo, porque a la Virgen del Carmen se deben los triunfos que hicieron libre a Chile y a ella también se deben todas las victorias que después, en la tierra y el mar, han dado lustre a las armas chilenas.

En la devoción a Nuestra Señora del Carmen se educa a los que mañana han de servir a Chile en su ejército y su marina.

Es por tanto natural que los chilenos que tanto aman a su Patria, tengan especial devoción por la Virgen del Monte Carmelo, y natural parece que en esa devoción se encuentre el medio más expedito para tocar los corazones a fin de encaminar hacia Dios al pueblo que a Ella preferentemente se encomienda en sus trabajos y penas, que la recuerda y festeja en sus días de júbilo y que invocándola abandona esta tierra por aquella patria celestial donde, a sus pies, espera entonar alabanzas al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo por toda una eternidad.

La santificación de las almas

es el fin primordial de la acción social cristiana.

María Carolina F. de Castro.

Justamente alarmada con los enormes estragos que, en todas las esferas sociales, vienen causando el materialismo y la descristianización de los Estados modernos, no ha cesado la Santa Iglesia de dirigir a los Católicos, los más apremiantes llamados, solicitando la ayuda de todos sus hijos a la grande obra de la renovación social.

Con este fin, y en cumplimiento de su cargo apostólico, los gloriosos Pontífices que, en estos últimos años se han sucedido en el Trono de San Pedro, han lanzado al Mundo cristiano, ad-

mirables y valerosas Encíclicas. Entre las de León XIII, descuella, en este sentido, la inmortal «Rerum Novarum», que dió tan gran impulso a la acción católica contemporánea y en la que el preclaro genio de este gran Papa, inspirado en los inmortales principios del Evangelio, supo dar al dificilísimo problema social la justa y equitativa solución que no pudieron hallar los estadistas y filósofos. «Aplíquese cada uno, dice el Pontífice al terminar, a la parte que le toque y prontamente, no sea que el retardo de la medicina haga incurable el mal, que es ya tan grande. Den leyes y ordenanzas los que gobiernan los Estados, tengan presentes sus deberes los ricos y los amos... y puesto que la Religión es la única que puede arrancar de raíz el mal, pongan todos la mira principalmente en restaurar las costumbres cristianas, sin las cuales esas mismas armas de la prudencia que se piensa son muy idóneas, valdrán muy poco para alcanzar el bien deseado... No cesen los Ministros sagrados de inculcar a los hombres de todas las clases las enseñanzas de la vida, tomadas del Evangelio: con cuantos medios puedan, trabajen en bien de los pueblos y especialmente procuren conservar en sí, y excitar en los otros, la caridad, reina y señora de todas las virtudes».

El Santo Padre Pío X, de venerada memoria, siguiendo las huellas de su ilustre predecesor, se propone, al ser elevado a la cumbre de la dignidad apostólica, ronovar todas las cosas en Cristo y por Cristo. «El medio principal, el único medio de alcanzar este sublime fin, nos dice, es la santificación del pueblo cristiano». Determinado que tuvo el plan, el Pontífice emprendió su realización en grande y en detalle, por medio de encíclicas y de decretos, en el terreno de la doctrina y de la disciplina, en la enseñanza de los seminarios y de las universidades, prosiguiéndola hasta el fin de su vida con energía y perseverancia extraordinarias. Por fin, nuestro Santo Padre Benedicto XV, en una primera Encíclica, rica de enseñanzas para las actuales necesidades de las almas, después de echar una dolorosa mirada a las luchas fratricidas que ensangrientan a Europa, penetrando aún más al fondo del malestar social, declara que, si el orden público es tan poco estable, es porque los preceptos y las reglas de la sabiduría cristiana han cesado de presidir al gobierno de los Estados: «Así es que ya no hay benevolencia mutua en las relaciones humanas: la autoridad es despreciada, las clases sociales están en lucha, el paganismo ha vuelto a enseñorearse del mundo, y la sociedad, arrastrada por los bienes perecederos, olvida los bienes superiores, únicos verdaderos motivos de acción de la conducta humana... Volved, pues, a la ley de la caridad, añade el Santo Padre, amaos los unos a los otros, todos somos hermanos... que los que ocupan en la sociedad un rango más elevado, traten, no sólo con justicia, sino con benevolencia, paciencia y dulzura a los más humildes; que estos, a su vez, vean con complacencia el éxito de aquellos cuya protección esperan legítimamente, así

como, en una familia, los más jóvenes descansan en la protección de los mayores. Meditad, en fin, el sermón de la montaña: persuadíos de que los llamados bienes de esta vida mortal, no tienen del bien más que la apariencia... No hemos sido creados para esta tierra, hagamos, pues, subir nuestras aspiraciones hacia la patria futura».

Al incesante clamor de la Santa Iglesia por la vuelta del mundo a los principios y a la moral del Evangelio, podrían añadirse innumerables testimonios de eminentes filósofos y sociólogos, quienes, espantados ante las ruinas morales que se acumulan, y el desenfreno de las inteligencias, sin dirección y sin principios, se vuelven a la Religión Católica y le piden los medios de salvación que reconocen ella posee exclusivamente: «El principio de los males de nuestra época, afirma Mr. Leroy Beaulieu, es más moral que material, la ola de la corrupción sube y amenaza sumergirnos. Sólo Cristo puede calmar las tempestades y el sentimiento religioso salvar, a las sociedades y darnos la paz social. Sin embargo, vemos como los gobernantes que se titulan progresistas, se esfuerzan por arrancar a Cristo de las masas, y algunos directores de pueblos, ciegos que guían a otros ciegos, en desarraigar, aun de lo profundo, la fe en Dios y la esperanza en una vida mejor... Esto, llamo yo, pecado contra el pueblo, crimen social».

El célebre leader socialista, Mr. Jaurés, demostraba tiempo ha, en la Cámara francesa, cómo la supresión de las creencias religiosas y de las eternas esperanzas, es la primera causa de la revolución social que perturba y conmueve las sociedades europeas: «Cuando decretasteis, dijo, la Instrucción pública racional, proclamasteis la suficiencia de la sola razón para guiar al hombre en el camino de la vida. Al poner acorde la educación popular con los resultados del pensamiento moderno, habéis arrancado al pueblo la tutela de la Iglesia y del Dogma. ¿Qué habéis logrado con esto? Al detener la influencia religiosa, habéis concentrado todo el fuego del pensamiento, todo el ardor de las aspiraciones populares, en vindicaciones sociales y elevado así la temperatura revolucionaria del pueblo. No os extrañéis, pues, apóstoles de la fraternidad, si, mañana, el pueblo os diga: No hay deber, ni justicia, ni moral, no hay sino la fuerza, y la tenemos. Si esto os espanta, espantaos de vuestra propia obra».

De las desastrosas consecuencias del alejamiento de los pueblos de la ley de Dios, se desprende claramente la ineficacidad de los medios humanos para guiarlos y dar paz y bienestar a la sociedad. Sólo en el Cristianismo, en sus leyes y principios inmutables, en sus consuelos y esperanzas inmortales, se halla la virtud divina que regenera y salva a los pueblos. Todos se lamentan, dice el P. Weiss en su «Apología del Cristianismo», todos buscan medios de resolver los tremendos problemas pendientes, y preparar un porvenir mejor, mas, los remedios propuestos, puramente exteriores y paliativos, resultan peores que el mal. Este mal proviene

de que la vida interior de la humanidad languidece y está próxima a extinguirse... Algunos piensan que es inoportuno o imprudente atacar de frente la iniquidad poderosa y triunfante y que más vale lamentar calladamente los errores y la perversidad del siglo, gravísimo error, cuyo funesto resultado es aumentar la intensidad del mal... Debemos ante todo, entrar dentro de nosotros mismos, posesionarnos de las luces y fuerzas sobrenaturales que Dios ha puesto en nuestras almas con el bautismo, y aprovechar de ellas cuanto antes, en bien del prójimo. Nada podrá detener mejor el peligro de la revuelta social que las armas de las virtudes cristianas, de la justicia, de la caridad y de la abnegación. Lo que, ante todo, necesita nuestra época, son santos, grandes santos, capaces de convencer y arrastrar, y cristianos modelos, de almas valerosas y esforzadas. Atraer las almas a Dios, regenerarlas y santificarlas, tal es el fin a que debe tender la acción social verdaderamente cristiana. Es necesario socorrer la miseria moral de las almas, detener la ola de corrupción que amenaza invadirlo todo, arrancar a la turba de las garras del sectarismo ateo, que la engaña y pervierte, fomentando sus malas pasiones con falsas y subversivas doctrinas.

A la propaganda desenfrenada del mal, hay que oponer el apostolado constante e infatigable del bien. A este apostolado está especialmente llamada a tomar parte la mujer cristiana, no sólo prestando su concurso activo a las obras sociales y religiosas, sino también poniendo al servicio de la causa de Dios, en toda circunstancia, las dotes especiales con que El la ha favorecido y el ascendiente que la gracia femenina, unida a la virtud, no puede menos de ejercer. La época actual, suele decirse, pertenece a la mujer, añadamos: a la mujer cristiana. Así como, en los albores del cristianismo, Dios quiso que la Santísima Virgen fuera el sostén de la Iglesia naciente y la colaboradora de los Apóstoles, parecen ser hoy día los designios de su Providencia, el asociar a la mujer a la magna obra de la restauración cristiana de la sociedad contemporánea. Ojalá sepa ella responder al divino llamamiento, y, a ejemplo de María Reina de los Apóstoles, trabajar, en estrecha unión con la Santa Iglesia, por el triunfo de la buena causa y el reinado social de Cristo sobre la tierra.

Bastan unos instantes de inteligente reflexión acerca de la cuestión social para llegar a la conclusión de que cada uno de nosotros, aun el más humilde, puede contribuír a resolverla.

Lo que se llama con este nombre es esencialmente la cuestión cristiana, puesto que en ella se trata de la situación de cada ser humano en este mundo, de su mejoramiento moral, intelectual y material. Esta cuestión que ha de durar tanto como el mundo, no podrá resolverse sino por medio del Cristianismo. Las doctrinas humanas, la filosofía más ensalzada, apesar de los esfuerzos y trabajos acumulados en seis mil años, no pueden dar a la Humanidad reglas de vida, ni principios de moral. Sólo en el Cristia-

nismo se halla la solución de todos los problemas de la vida, sólo el Cristianismo se dirige al individuo, penetra lo más íntimo de su alma y puede renovarlo.

Es el deber de toda mujer cristiana el no desinteresarse de la crisis por que atraviesan los pueblos, la que, sin duda, ha de modificarlos profundamente. Siempre pronta para las nobles iniciativas, no podrá permanecer indiferente ante las inmensas necesidades que reclaman su ayuda y abnegada cooperación.

El pueblo, es decir, esa masa que compone la porción más numerosa de la humanidad, necesita que se le revele el Manantial verdadero de toda libertad, de toda justicia, de toda transformación profunda. Si no lo hacemos conocer a Dios, faltaremos a nuestro deber más importante y de mayor actualidad.

La Santificación y la accion social

Adriana Lyon de Aldunate

Nos corresponde disertar sobre el rol de la santificación en la acción social cristiana.

Sin esfuerzo se comprende que ese rol debe ser preponderante.

La santificación constituye el objeto de la vida, la razón de ser de nuestra existencia, el móvil en que deben inspirarse cada uno de nuestros actos morales y materiales, aun aquellos que a primera vista pudieran parecer más indiferentes. La lucha por la vida, el pesado cumplimiento del deber, las desigualdades e injusticias humanas, el dolor y la miseria bajo todos sus aspectos, se dignifican y toman una significación sublime cuando se piensa que son factores y causa de santificación. ¡Qué diremos entonces de la caridad que no otra cosa es la acción social cristiana? ¿Podría el ejercicio de esta virtud desentenderse de aquel fin primordial? Si un acto material cualquiera puede producir el efecto de santificar, ¡con cuánta más razón la caridad, que, como lo demuestra San Pablo, comprende todas las virtudes!

Recorriendo las diversas obras sociales, se ve que hay muchas como los catecismos, las propagandas de la fe, las congregaciones piadosas, etc... cuyo fin de santificación es una consecuencia obligada de la actividad que desarollan; pero hay otras como los sindicatos obreros, las escuelas, los centros esportivos, que con espíritu profano, podrían considerarse extrañas a toda idea de santificación, y así se diría: que las escuelas primarias llenan su fin con la sola

enseñanza de los conocimientos elementales y, lo mismo respecto de otras obras. Podría agregarse que la santificación, por su importancia y carácter religioso, distinto del fin material de tantas obras sociales, no debiera mezclarse con ellas, sino ser objeto de una acción especial e independiente que estuviera a cargo de un personal adecuado.

Quienes discurren de esta suerte son víctimas de errores peligrosos y participan, acaso de buena fe, de las ideas de los enemigos de la Iglesia que pretenden reemplazar el concepto de la caridad cristiana por las falaces doctrinas de la solidaridad humana.

Por muy ajena que parezca la santificación a las actividades sociales a que acabo de referirme, ella es necesaria en las personas que acometen la obra y también en aquellas a quienes se hace la caridad.

Conviene que se santifiquen, en primer lugar, las señoras y cabelleros que dedican sus nobles esfuerzos a una obra de acción social, de cualquiera naturaleza que sea.

El ejercicio de la caridad es una verdadera misión, un apostolado, la hacemos a nombre de Dios y no a nombre propio; luego, las personas que a ella se consagran deben ser instrumentos perfectos en las manos de Dios, unirse a él para que con su misma fuerza puedan llegar a las almas y moverlas al bien. Nuestro Señor nos dice: «Sin mí nada podéis hacer» (S. Juan, XV, 5) y San Pablo agrega: «Todo lo puedo en aquel que me fortifica». Los Santos y las personas realmente virtuosas han hecho prodigios con una palabra, con una acción en otros insignificante y sobre todo con la gran palanca de la oración.

Además, el éxito en estos trabajos depende en mucho del prestigio y de las condiciones morales de organizadores y directores. Será inútil que un individuo poco honorable busque cooperación para una obra por muy hermosa que ella sea; despertará recelos la acción de una persona vanidosa, defecto que perturba aun las inteligencias más claras. Las rivalidades y pequeñas pasiones que tanto perjudican, dividiendo esfuerzos que aislados se malogran y unidos alcanzarían el éxito; la falta de constancia, característica de nuestra raza; el orgullo que impide acercarse al pobre; el personalismo; el afán de crear obras nuevas en vez de cooperar a las ya establecidas; éstos y muchos defectos se corregirían con la humildad, la abnegación, la generosidad, la modestia y las demás virtudes cristianas: en una palabra, con la santificación de las almas caritativas.

Por otra parte, como lo hemos insinuado ya, sobre los fines propios de toda acción social debe estar el de santificar a aquellos a quienes va dirigida la acción, de lo cual se desprende la consecuencia lógica de que los organizadores y directores deben comenzar por santificarse ellos mismos, ya que nadie puede participar a otro de lo que no tiene.

Y, por fin, hay que tener presente que la acción católica se

desarrolla bajo la fiscalización severa e inexorable del enemigo y, por consiguiente los católicos debemos dar el ejemplo de las virtudes que aconsejamos, so pena de comprometer y traicionar nuestra propia causa con el desprestigio de la inconsecuencia y de la hipocresía.

En cuanto a los medios de conseguir la santidad, siempre será oportuno recordarlos y, especialmente, al tratar de ella como preparación de las personas que se dedican al apostolado o acción social.

Hoy más que nunca se necesitan almas viriles, de lucha, de influencia, que sean capaces de arrastrar a los débiles que fluctúan entre el bien y el mal; y esta influencia, para que sea eficaz y duradera, debe beberse en las fuentes que nos legara el gran conquistador de almas, Cristo Jesús, cuya imitación es el único camino que puede llevarnos a la santidad. El nos habló sobre todo de la oración, y las multitudes en su paso por la tierra pudieron contemplarlo y aprender de El cómo practicaba sus enseñanzas. «Pedid y recibiréis», nos decía. La oración hecha con fe es omnipotente; en la forma de meditación ilustrará nuestro entendimiento y nos dará esa mentalidad cristiana tan necesaria en este siglo de materialismo en que muchos desconocen por completo el Evangelio; en la forma de invocación atraerá sobre nosotros la gracia divina para fortificar nuestra voluntad y aguerrirla en los combates de la vida.

Hay una contradicción tan grande entre las máximas de Jesucristo y las del mundo, entre la voluntad divina y las inclinaciones naturales, que el alma tiene que alimentarse a menudo con el Pan de los Fuertes, con la Sagrada Eucaristía, y sólo así encontrará la energía suficiente para practicar las virtudes que nos exige la vida cristiana.

Pero, para que ese alimento sagrado produzca todos sus efectos, el alma se debe una vigilancia constante sobre sus pensamientos, sus palabras y sus obras, y el medio más adecuado y seguro es el sistema de las cuentas: cuentas diarias o examen de conciencia que San Ignacio recomendó tanto, cuentas semanales o confesiones para lavar el alma de toda mancha, cuentas mensuales o retiros de un día al mes y, por fin, cuenta anual o ejercicio.

En los retiros mensuales y ejercicios anuales, en que el alma, abandonando toda preocupación exterior, se encuentra frente a Dios, ayudada por la profunda meditación de las verdades eternas y por exámenes prolijos de conciencia, verá claro en sí misma y comparará su propio estado con el modelo divino. De ahí nacerán convicciones para su inteligencia y decididas resoluciones de reforma, que la harán ajustar su voluntad defectuosa a la voluntad perfecta de Dios. Los santos nos recomiendan este medio como el más poderoso para santificarnos.

En los hogares se va perdiendo una práctica, tierna y her-

mosa entre todas, pues reunía en torno de la Virgen a todos los moradores de la casa: es el Rosario rezado en familia. Nuestro Señor que promete encontrarse donde se reúnan dos o tres en su nombre, ¡con qué amor no bendeciría esos hogares que honraban a su Madre con fervor!

Estas prácticas de piedad procurarán a los católicos la gracia divina, la disciplina moral y la ayuda sobrenatural que necesitan para acometer con éxito sus obras de caridad social; y después, en el ejercicio mismo de la caridad, recibirán como complemento otras virtudes que están reservadas a las almas que se dedican a servir al prójimo. Así la santificación producirá el doble fruto de asegurar el porvenir de la acción social y de colmar de beneficios espirituales a quienes la desarrollan.

Trataremos ahora de la santificación como fin primordial de la acción social católica.

Hemos avanzado ya la idea elemental de que debiendo ser la santificación el móvil de todos los actos humanos, no pueden ser una excepción a esta regla los actos de caridad que constituyen aquella acción.

A esta consideración podemos agregar otras que se desprenden de la gran misión que les corresponde desarrollar a los católicos, de restaurar todo en Cristo, según la hermosa enseña del Papa Pío X.

Para que esta obra de restauración sea completa es preciso tomar al individuo en todas las edades, en todos los estados y en todas las circunstancias de su vida; y estas oportunidades son las que deben buscar y aprovechar las obras católicas.

La santificación del niño en su tierna infancia, enseñándole las primeras oraciones, el cariño a sus padres y superiores, refrenando las primeras manifestaciones del egoísmo humano, es una función que pueden y deben llenar las gotas de leche, los asilos maternales, los patronatos y las demás instituciones que tienen entrada al hogar y cuidan de la niñez.

Después viene la edad de inculcar en el niño la virtud de la pureza que ha de defenderlo de peligros que se le presentarán más tarde, de instruírlo en la doctrina que será su fe de hombre, de infundirle el santo temor de Dios y otras virtudes propias de la edad: he aquí la tarea de santificación de las escuelas primarias, de los catecismos, de las casas protectoras de la infancia.

Hay que santificar la inteligencia del joven que entra al estudio de los conocimientos de instrucción secundaria o especial, para protejer su fe amenazada por doctrinas perniciosas, para encauzar su ambición por la senda de nobles ideales, para impedir que el fruto de la ilustración degenere en torpe orgullo; sobre todo hay que fomentar en el joven la piedad, como medio de fortalecer sus convicciones religiosas y su entereza moral; y éstos deben ser los fines primordiales de las escuelas talleres, de los colegios y de las universidades católicas.

Las instituciones que se ocupan del bienestar de la mujer, como los sindicatos, cajas dotales, etc., están mejor que nadie en situación para protejer su virtud, tan expuesta a las acechanzas del mal, y esto debe constituír una de las atenciones preferentes de la institución.

Las casas correccionales, los asilos y demás establecimientos que están en íntimo contacto con el dolor y la miseria tienen una hermosa obra de santificación que realizar. Ya Francois Coppée ha demostrado con elocuencia insuperable en la conocida obra «La Bonne Souffrance» los frutos de virtudes cristianas que pueden esperarse del dolor llevado con resignación y ofrecido a Dios. Diríjase, pues, la acción católica a curar materialmente aquellos sufrimientos y miserias teniendo principalmente en vista los efectos de santificación que de ellos pueden alcanzar.

Otros elementos de santificación pueden ser la prensa, la extensión universitaria, el libro, el partido político llamado a defender la libertad de la Iglesia; cada cual dentro de su radio de acción tiene oportunidades para formar o conservar en los individuos y en la sociedad virtudes cristianas que santifiquen las almas.

El día que todas las obras de acción católica cumplan en sus diversas actividades, junto con los fines que les son propios, esta misión santificadora, se habrá ganado mucho en la gran empresa recomendada por el Pontífice de restaurar todo en Cristo.

Necesidad de procurar el cumplimiento de los preceptos cristianos

---

Aurora López Ossa

El mayor anhelo que debe tener la mujer cristiana, es santificarse y procurar a la vez que todos se santifiquen. En el hogar, en sus relaciones, en la asistencia a los pobres que su caritativa mano protege, puede con su ejemplo, buenos consejos, abnegación y ternura, inducirlos al buen camino e infundirles amor a la virtud.

No es cristiana la que sólo lleva este nombre por haberlo recibido en el bautismo, pero no practica ningún acto de piedad y vive completamente olvidada de Dios; no lo es tampoco aquella que al mismo tiempo que con Nuestro Señor quiere contemporizar con el mundo. La verdadera cristiana teme a Dios y cumple con sus preceptos, creyendo todo lo que manda la Santa Iglesia; estudia su religión para enseñarla a sus tiernos hijos y domésticos, para hacerla penetrar en el corazón de su indiferente esposo y para contra-

rrestar los ataques que sin cesar le lanzan los impíos; rechaza las murmuraciones y envidias, siendo indulgente con el prójimo y severa para consigo. El mundo con sus perversas máximas, la incita a disfrutar de sus halagos y placeres; le dice que la única dicha, es la fortuna; y que ha nacido para ser feliz en esta vida. Ella le responde que su patria es el Cielo, que ha sido creada para servir y bendecir a su Hacedor acá en la tierra y después unirse a El eternamente en la gloria; que las delicias terrenales, dejan únicamente remordimiento en la conciencia y espinas en el corazón; le dirá que su mayor felicidad, es la satisfacción de cumplir con los deberes de su estado, la tranquilidad de su espíritu y la paz inalterable de su hogar.

La acción de la mujer que incesantemente procura que todos conozcan y amen a Dios, teniendo a la Santísima Virgen como modelo de hija, esposa y madre, es la más hermosa misión que puede desempeñar en la sociedad.

La joven cristiana desde sus primeros años, debe trabajar por santificarse, amando las virtudes que son el más precioso encanto de la mujer; será tierna y respetuosa en su hogar, afable y caritativa con los pobres, huirá de los peligros del mundo, apartándose de sus falsos placeres y vanidades, para lograr así la pureza de su alma, la humildad del corazón y la modestia de los sentidos.

Una de las mayores desgracias que hoy afligen a la sociedad, es el funesto engaño en que viven algunas mujeres creyendo que valen por lo que llevan consigo y no por sus buenas obras; una sed insaciable de parecer bien las hace muchas veces presentarse a la faz del mundo con trajes inmodestos y hasta ridículos. Creen conquistar corazones y sólo halagan por un momento los sentidos, alejando al hombre de su Creador. ¿Después qué responderán estas desgraciadas ante el Tribunal de Dios? En cambio la mujer modesta en su conversación, en su vestido y en sus miradas, será un tesoro inapreciable para el esposo y los hijos, respetada de la sociedad y amada de los pobres que verán en ella una madre cariñosa que no se considera dueña de los bienes que posee, invirtiéndolos en las vanidades de su sexo, sino participándolos a sus hermanos que no han sido favorecidos por la fortuna.

Así como la mujer frívola pierde el tiempo en nimiedades, teatros y pasatiempos, la perfecta cristiana lo emplea en cumplir con los deberes de católica y las obligaciones de su estado; cultiva su inteligencia con la lectura de buenos libros; estudia su religión para enseñarla a los que la ignoran, especialmente a los niños en las laudables obras de los Catecismos Parroquiales y preparaciones de Primera Comunión, en los talleres, escuelas y patronatos. Si no le es posible dedicarse a estas tareas, o, no se considera preparada, por ningún motivo podrá excusarse de enseñar la Doctrina Cristiana, o los rudimentos de religión, a los niños de su familia y a las empleadas de la casa. Procurará que

las personas que están cerca de ella, asistan a misa los domingos y cumplan con los preceptos de la Iglesia. Al visitar a los enfermos, como al llevar el socorro a los necesitados, su fin primordial, ha de ser la santificación de sus almas para acercar sus corazones a Dios Nuestro Señor; ha de imponerse del tiempo que viven olvidados de sus deberes de cristianos, como la recepción de los sacramentos, la asistencia a misa los domingos, si mandan los niños al Catecismo, clase de libros y lecturas que acostumbran, escuelas en donde educan a sus hijos, si están éstos bautizados y sus padres han formalizado sus matrimonios, ocupaciones que desempeñan y sociedades a que pertenecen; llevará, además, a las fábricas y conventillos, hojas y folletos de propaganda para difundir en todas partes las buenas lecturas. De todo esto debe ocuparse preferentemente la mujer cristiana en su acción social con el fin de conseguir la santificación de las almas.

Por su inteligencia, carácter y abnegación, la mujer sólidamente piadosa, se hace acreedora a toda clase de consideraciones en la sociedad.

Si observamos un hogar donde no existe una mujer virtuosa, veremos que ahí tampoco se venera a Dios; hay continuos desagrados; el esposo se hastía de su hogar; la esposa descontenta de no tener el lujo suficiente para eclipsar a las amigas en los teatros y paseos, se siente agobiada de inquietud y aburrimiento. Por el contrario, si contemplamos un hogar donde habita una mujer de sentimientos religiosos, veremos que el Señor reina en esa mansión; ahí se le ama y se cumple en todo con su divina voluntad; hay armonía de sentimientos entre los esposos, paz en sus almas, respeto y felicidad en los hijos. Los reveses de la fortuna, la muerte de seres queridos y las persecuciones del mundo, jamás podrán amedrentar a la mujer observante que se ejercita continuamente en la virtud.

«Sed perfectos como mi Padre Celestial es perfecto», dice Jesucristo en su Evangelio. Llevando grabadas en su corazón estas hermosas palabras, recibirá la buena cristiana las pruebas y dolores terrenales, como abrazos castos que su Creador le envía para su santificación; y al participar a los demás de la dulce paz que dan la fe y la resignación, con una palabra de consuelo y un consejo oportuno, dará aliento al desvalido que se creía abandonado de todos en el mundo, le dirá que Dios le ama y vela por él constantemente y que los sufrimientos que le envía, son pruebas para acercarlo más a su divino Corazón.

Es imposible practicar la perfección y la virtud en medio de los placeres mundanos. Para dedicarse al Señor, es menester sufrir, y para sufrir con resignación, es necesario amar a Dios en todo lo que dispone su Providencia divina. En todas sus acciones la mujer cristiana sólo tendrá por norma la glorificación y pose-

sión de Dios, ofreciéndole sus afanes con espíritu evangélico; y si a pesar de su perseverancia, no consigue la realización de sus desvelos, redoblará sus esfuerzos y sus fervientes plegarias para alcanzar de la infinita bondad del Altísimo la perfección y santificación de las almas.

Propender a la difusión de instituciones de propaganda y de cultura, tales como escuelas, colegios, sociedades y centros de reunión, como el que nos congrega en estos momentos empeñadas en las mismas ideas y en las mismas labores, cuyos excelentes resultados se han venido acentuando día a día y han demostrado que son los medios más eficaces de difundir las enseñanzas de las sanas doctrinas. Es digno de recomendarse el reservar para los pobres una pequeña parte de la suma destinada a los gastos de adornos, alhajas y vestidos. Conocí, a este propósito, una señora soltera, dueña de una cuantiosa fortuna, que en una ocasión se interesaba por una familia desvalida. Deseo, me decía, que alguna sociedad de caridad la proteja; yo nada le puedo dar ahora que la vida se ha puesto tan cara; imagínese Ud. que sólo un cuello de piel me ha costado tres mil pesos. Al observarle yo cuanto mejor hubiera sido que siquiera una parte de este dinero la hubiese invertido en los pobres, ella en un arranque de expansión, me respondió: ¡Tenía verdadero antojo de comprar esa piel!

Como visitadora de varias sociedades de caridad en los barrios de la ciudad, he podido comprobar muchas veces, en las miserables piezas de los conventillos, durmiendo sobre un tosco jergón, cinco o más personas de una familia, y con el corazón desgarrado de ver tanta desnudez y miseria, he recordado a la señora demasiado ataviada con la valiosa piel de tres mil pesos.

Ya que no es posible censurar, en general, toda clase de adornos, puesto que cada una debe vestirse en razón de su fortuna y posición social, en todo caso es reprobable ante la Ley moral el lujo exagerado y la inmodestia en los trajes de muchas jóvenes de nuestra sociedad, que olvidan que la joya más preciada y de mérito infinito para el corazón de la mujer, es el brillante puro y resplandeciente del Amor Divino, y las galas más bellas para su alma, son la fe, la esperanza y caridad.

El Apostolado y la vida interior

Rosa Rodríguez de la Sotta.

En estos últimos tiempos, se nota una especial tendencia a las obras sociales debida a los continuos llamados de la Iglesia, que encarece la necesidad de dichas obras. Por todas partes, vemos surgir numerosas sociedades y toda clase de obras encaminadas a proteger el alma y el cuerpo de nuestros semejantes.

Estas iniciativas manifiestan la buena voluntad de muchas personas. Mas también, triste es decirlo, estamos viendo la esterilidad de muchas actividades y es muy digno de estudiarse el por qué no corresponde el éxito a los trabajos emprendidos y por qué decaen algunas obras junto con nacer.

Con frecuencia, en vano se usan para atraer a los grandes y a los pequeños, procedimientos de acuerdo con la Sociología y Pedagogía y toda clase de medios basados en el órden natural.

Es pues, un grave error el creer (o manifestarlo, al menos, así en la práctica) que la regeneración de la sociedad sea un problema científico. Lejos de eso, la salvación de las almas es problema sobrenatural, problema de la gracia; por lo tanto no se obtiene con meros recuerdos del arte o de la elocuencia humana.

El fracaso o poca eficacia de algunas obras ha de atribuírse, sin duda, a que los que trabajan en ellas no han sabido templar sus almas en las vivificantes disciplinas de la vida interior.

En nuestra época la fiebre de acción lo invade todo y aun muchas obras e instituciones católicas se dejan arrastrar por el vértigo de la acción. La vida interior se desvanece en la exuberante vida exterior de nuestro siglo.

Gran parte de las personas que se dedican a trabajar en obras sociales, talvez no saben que cosa sea la vida interior. La juzgan sólo apropiada para religiosas o se la imaginan como algo inaccesible o muy penoso. Esta idea desaparecería si se considera que la vida interior es una participación íntima de la vida de Jesús, quien dijo: «Mi yugo es suave y mi carga ligera».

Por esta vida Jesús nos comunica su espíritu y nos hace pensar, querer, sufrir y trabajar con Él y para Él. El ideal de la vida interior lo expresó San Pablo al decir: No soy yo quien vivo, Jesús es quien vive en mí.

Esta vida interior o sea de unión con Jesús es la condición absolutamente necesaria para que el Apostolado sea fecundo. El mismo Jesucristo lo dijo claramente en su dircurso de despedida en la Cena: «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; quien está

unido conmigo y yo con él, ese da fruto abundante, porque *sin Mí nada podéis hacer*».

Jesús continuando la comparación de la vid, predice la desgracia de las almas y el fracaso de las obras que no se apoyan en Él únicamente: «Aquel que no permanece en Mí será echado fuera como el sarmiento y se secará».

Si no queremos que nosotros o nuestras obras sean sarmientos secos, es necesario que permanezcamos unidas a Cristo. Entonces, únicamente, podremos devolver a Cristo a las familias y a las sociedades informándolas de su espíritu.

El Divino Maestro llama a los obreros evangélicos: «sal de la tierra y luz del mundo».

«Si la sal pierde su sabor sólo sirve para ser arrojada y pisada de las gentes».

La persona de vida interior será propiamente sal de la tierra, agente de conservación en la corrompida masa de la sociedad humana. Será también luz que disipe las tinieblas del espíritu del mundo y haga resplandecer el ideal Evangélico.

Pío X, el Papa de la Comunión frecuente, es también el Papa de la vida interior. «Sin vida interior, dice, es imposible soportar con perseverancia las pruebas inherentes al Apostolado».

La frialdad y escaso número de cooperadores, las calumnias de los adversarios y muchos otros obstáculos son como otras tantas piedras y agudas espinas que nos hieren y dificultan nuestro paso en el sendero de las buenas obras.

Por la oración, semejante a la savia que corre de la cepa a los sarmientos, la fuerza divina desciende al alma interior. Avanza sin temor porque esta virtud arroja luz sobre su camino mostrándole cómo debe alcanzar su fin.

Las fuerzas se reparan por la vida interior, los desfallecimientos sólo serán momentáneos y menos frecuentes a medida que aprendamos a recurrir a Jesús, quien siempre estará pronto a reanimarnos y con sus *aguas vivas* darnos nueva agilidad para futuras excursiones. El nos dice con infinita ternura: «Venid a mí los que andéis agobiados con trabajos y cargas que yo os aliviaré».

El espíritu, la voluntad se fortifican, porque se fortifica el amor con la vida interior. «El amor, dice la "Imitación de Cristo", hace ligero todo lo pesado, dulce y sabroso todo lo amargo».

Conociendo su propia pequeñez, el alma interior sólo espera de Dios el éxito de sus empresas. Obra como si el éxito dependiera de su actividad pero de hecho no atiende más que a Dios sólo. El alma interior lo utiliza todo, triunfos y reveses para dilatar su alma en el abandono más confiado a la Providencia divina. Los fracasos abaten a un alma disipada, exteriorizada; en tanto que el alma interior lejos de desanimarse sale del crisol de la prueba rejuvenecida; su corazón está en medio de la contradicción como una roca en medio del mar.

El Apostolado gana inmensamente con la vida interior porque

ésta hace desaparecer el individualismo o personalismo que es la ruina de la acción social.

Armadas por la coraza de la vida interior que nos defienda de los peligros exteriores podremos entregarnos sin temor a las obras. Satanás y el mundo no podrán oscurecer nuestra inteligencia con sofismas ni enervar nuestra voluntad con máximas relajadas.

La vida interior produce una irradiación sobrenatural que difunde todas las virtudes. Esta irradiación es una semejanza con el Divino Maestro de quien se decía: «Sale de El una virtud que sana a todos».

Del consorcio íntimo con Jesús proviene esa admirable luz que tiene un alma interior acerca de las cosas de Dios y esa magnanimidad para la abnegación y el sacrificio. Es que Dios que se complace en morar en ellas hace que su vida sin ruído, sin resonancia sea el buen olor de Jesucristo.

La vida interior hace gustar al alma feliz que la posee una vida casi divina. Mas no será dado sentir esa paz interior, esa suprema felicidad mientras no se viva recogida y llevando a Dios presente en el corazón, se acostumbre a comunicarse con El en su interior.

Son muy pocas las almas llamadas exclusivamente a la vida interior; pero todas tenemos absoluta necesidad de cultivar la vida interior en la medida de nuestras fuerzas. «La soledad y el silencio es patria de los fuertes».

Para sustraernos a la continuada disipación mundana, hemos de fabricar dentro de nosotras mismas un castillo inexpugnable en donde, apartadas del bullicio exterior, contemplemos sin ofuscamiento el verdadero fin de nuestras existencia y podamos retemplar nuestras energías en la oración.

La unión de la vida interior con la vida activa constituye la perfección. Jesucristo fué un acabado modelo de esta noble unión.

Santo Tomás dice: La unión de la vida contemplativa con la activa es base del verdadero Apostolado, obra principalísima del Cristianismo. Los que son llamados a la vida activa cometerían error creyéndose dispensados de la contemplación. Este deber no disminuye sino que se agrava. Las dos vidas lejos de excluirse se piden, se completan. La acción necesita de la contemplación y ésta enardece el alma hasta hacerla sentir la necesidad de comunicar a otras almas sus sublimes ardores».

La excelencia de la unión de ambas vidas consiste en que se provee a la salvación de las almas sin que el Apóstol sufra ningún menoscabo.

Un comentador de la Santa Escritura explica las relaciones de las dos vidas aplicándoles aquel pasaje: «Ponme como un sello sobre tu corazón, como un sello sobre tu brazo». El corazón significa la vida interior, contemplativa; el brazo, la vida exterior activa. Ambos demuestran que las dos vidas pueden armonizarse muy bien en la misma persona. Se nombra primero el corazón,

porque es órgano más noble y necesario que el brazo: así como la contemplación es más excelente que la acción. El corazón da vida y fuerza al brazo, sin lo cual este miembro moriría. Así la vida interior, de unión con Dios, vivifica las ocupaciones exteriores, comunicándoles carácter sobrenatural y utilidad real. Sin ella, todo es estéril e imperfecto.

El Señor, que se dedica con más cariño al gobierno de un corazón donde El reina que al gobierno de los imperios, quiere esta armonía en nuestro celo. El prefiere dejar desaparecer una obra que ha de convertirse en obstáculo para el alma que en ella se ocupa. Satanás, por el contrario, favorece éxitos en apariencia provechosos a la obra católica, si puede, a merced de ese resultado brillante, impedir al Apóstol que progrese en la vida interior.

Jesucristo ha querido atarse las manos, por decirlo así, en su vida de inmolación en la Hostia Santa, porque quiere El que le ayudemos nosotros a salvar el mundo. Quiere que seamos sus apóstoles, porque quiere recompensar con una gloria infinita nuestros esfuerzos, pero no quiere que trabajemos sino bajo su dirección, bajo su influencia e inspiración.

Si el apostolado no puede ser fecundo sin la vida interior, ésta es imposible adquirirla sin una verdadera y sólida devoción a María Santísima.

Dios quiere que todo lo alcancemos por la oración; pero como somos tan miserables y nuestras plegarias tan imperfectas, sería presunción dirigirlas a la Majestad infinita, prescindiendo del valimiento de la criatura objeto más caro de sus complacencias y que dispone de los tesoros divinos. Por esto, la Iglesia en su sagrada Liturgia, en sus sacramentos, en la celebración del Augusto Sacrificio y en todas sus oraciones interpone siempre la omnipotencia de María. Y así como nos enseña a orar al Eterno Padre por intercesión de Jesucristo, quiere también que pidamos a Jesucristo por medio de María.

Es este el secreto de la eficacia y el por qué la oración de las almas interiores por María es todopoderosa a los ojos de Dios.

La seguridad de nuestra salvación y la eficacia de nuestro apostolado pues, está, en proporción del grado de nuestra devoción a María.

La vida interior, que exige sacrificio y vencimiento, se hace penosa y difícil; mas cuando se obra con María todo es más fácil, más seguro, más suave y más rápido. Es cierto que la oración, la Eucaristía, la humildad, la confianza en Dios, son medios poderosos para llevarnos a Dios, pero estos mismos medios sólo se obtienen por María. Ella es la que hace llover el maná celestial sobre los que la invocan.

Hay en el Evangelio un pasaje que es la prueba más evidente de la omnipotencia de María. Cuando Jesús, con la Santísima Virgen y los Apóstoles estaban en las bodas de Caná, notó

María que se les había acabado el vino a los dueños del convite; compadecida se volvió a Nuestro Señor y le dijo: «No tienen vino». Con estas palabras le pide un milagro para remediar esa necesidad. Jesús, pareciendo desoír su ruego, le responde: «No ha llegado aún mi hora». En los decretos eternos aun no era tiempo que Jesús hiciera el primer milagro. Pero María quiere y pide a su Hijo que lo haga. Luego, sabiendo que Dios no resiste a su voluntad suplicante, dice a los que sirven: «Haced lo que El os diga». En efecto, Jesús accediendo al deseo de su divina Madre, manda a los sirvientes que llenen seis vasijas con agua y las convirtió en el vino más exquisito. ¡Oh poder admirable el de la súplica de María!

¡Si conociéramos y amáramos a esta bondadosa Madre, cómo desaparecerían los males y calamidades que nos agobian! ¡cómo reinaría la fe viva en la familia y en las naciones! ¡cómo florecerían las virtudes cristianas, la pureza de costumbres y el mutuo respeto, que son el secreto de la paz, de la tranquilidad y del bienestar social!

Pero no creamos amarla de veras, si sólo nos contentamos con invocarla a veces. Lo que Ella quiere de nosotras es que vivamos unidas a Ella, que siempre recurramos a su consejo y que, sobre todo, imitemos sus virtudes y nos entreguemos sin reserva entre sus manos para que ella nos revista de su Divino Hijo.

La Virgen María será siempre el ideal sublime de la mujer cristiana. La Iglesia nos dice: «Toda la gloria de María está en su interior». ¿Cómo no ver entonces en Ella la copia exacta de la vida interior de Jesús y el modelo perfecto de las almas interiores? Mujer sensible y delicada, María jamás fué dominada por el desaliento que nos hace impotentes para el bien; siempre de pie; viril, intrépida, nos precede en la oración, el trabajo, el dolor, el apostolado... Siguiendo sus huellas no erraremos el camino.

El verdadero devoto de María no puede dudar de la eficacia de su apostolado, puesto que dispone de la omnipotencia de María sobre la sangre redentora. María concede sólo a sus verdaderos devotos, como en Caná, el secreto de obtenerlo para distribuírlo, el vino de la fortaleza y del amor.

Uno de los más hermosos títulos con que la piedad cristiana honra e invoca a María es el de la advocación del Carmen. La devoción a la Virgen del Carmen ha sido la primera manifestación del culto a María Santísima.

Ella fué figurada, reconocida y honrada sobre el monte Carmelo mucho antes de su nacimiento. La nube misteriosa que a la oración del profeta Elías vino a derramar sobre el país una lluvia saludable, representaba a los ojos del santo profeta la fecundidad de la Madre de Dios. La Virgen María, al humilde ruego del siervo de Dios que implora piedad, apareció antes de haber nacido y derramando sobre la tierra el suave rocío de sus piedades,

quiso mostrar al mundo que ella sería para los hombres la celestial dispensadora de las gracias del Señor.

Chile también ha tenido la feliz idea y la gloria de acogerse bajo la protección de la Virgen del Carmen y ha recibido de Ella especiales muestras de su bondadosa solicitud.

Las mujeres chilenas, que anhelamos la paz y el bienestar de nuestro país, recurramos a Nuestra Señora del Carmen con un acrecentamiento de fervor y de confianza, para que Ella nos alcance del Señor que suspenda las plagas que nos amenazan, y, como en otro tiempo sobre Israel, haga descender sobre nuestro querido Chile una fecunda lluvia de gracia, que haga renacer la fe robusta y sincera de aquellos que la eligieron por su Patrona y Generala de sus Ejércitos.

Importancia que tiene la Catequesis y la Apologética en las obras sociales femeninas.

Domitila Huneeus Gana.

¿Cómo podrá amar a Dios el que no cree en El? ¿Cómo podrá creer en El el que no le conoce? ¿Y cómo podrá conocerle el que no oye la palabra de Dios? dice el Apóstol.

Conocer a Jesucristo: he aquí la necesidad capital. Muchos medios hay para llegar al estudio y conocimiento de Jesucristo, pero ninguno más fácil, más sencillo y práctico que la lectura de los Santos Evangelios. No siempre podemos oír la palabra de Dios por medio de sus Ministros, pero podemos siempre tener abiertas las páginas del gran libro que trazó la vida de Jesús y su doctrina. El Evangelio es la palabra de Dios escrita, la palabra de Dios enseñada y predicada por Dios mismo y es tan indispensable al hombre el conocimiento de su Religión y de las doctrinas evangélicas, que la Imitación de Cristo nos pone en su primera página esta sentencia: «Sea todo nuestro estudio pensar en la vida de Jesucristo».

El hombre, la mujer y el niño se asimilan con facilidad lo que leen y estudian; y toda ciencia, todo aprendizage, toda ilustración que no tenga por base los fundamentos de la religión cristiana, será errada necesariamente equívoca y falsa. De aquí la gran importancia que tiene el conocimiento de Jesucristo; conociéndolo, lo amaremos y amándolo lo haremos conocer y amar a otros. «Es

necesario, dice Monseñor Bougaud, ver la fisonomía de Jesucristo; es necesario pesar sus palabras; es necesario apreciar sus acciones; es preciso asistir a su primero y a su último suspiro, interrogar a su cuna y a su tumba». Y penetrado de la necesidad del conocimiento de Jesucristo escribió Bougaud su grandiosa obra «El Cristianismo y los tiempos presentes».

La mujer necesita prepararse al apostolado social con la ciencia razonada y razonable de la Religión cristiana. Esta ciencia la encontrará en el Catecismo, en los tratados Apologéticos y en los Sagrados Evangelios.

Podríamos dividir a las mujeres en dos clases: las frívolas y egoístas. De éstas no hay nada que esperar. Incapaces de todo esfuerzo y de todo sacrificio son elementos inútiles, cuando nó perjudiciales, para las obras sociales femeninas. Las otras, virtuosas y abnegadas, son la esperanza de la Iglesia que, por medio de ellas prepara grandes conquistas y grandes triunfos. Entre los trabajos asignados a la mujer de hoy, a la joven cristiana y a la madre, debe descollar la enseñanza de la religión cristiana a los niños y a los pobres.

Instrúyase la mujer en su religión, para que, a su vez, instruya a los demás, a cuantas almas pueda. Lea y estudie obras que la hagan capaz de rebatir los ataques de los impíos contra la Religión Católica.

Dedíquese a enseñar la fe y la religión cristiana, enseñando, no solo la letra del Catecismo sino los fundamentos de la fe y explicando con claridad las bases sobre que descansa el Cristianismo, porque la enseñanza religiosa es la primera de las obras sociales Católicas.

La mujer piadosa que conoce a Jesucristo, délo a conocer y a amar a otros principalmente con el ejemplo, con la práctica fidelísima de los preceptos Evangélicos. Si ella no muestra en sí la virtud que recomienda el Evangelio, no serán eficaces sus palabras. El verdadero apóstol es aquel que da de lo que tiene, de lo que le sobra. Si la mujer cristiana no vive unida a Jesucristo, todas sus obras serán infructuosas.

El conocimiento de Jesucristo

María Romero Hodges

La vida de un ignorante, carecerá siempre de interés. Razón ha habido para decir que el hombre necesita la ciencia no sólo para ilustrar su inteligencia, sino hasta para conservar el bienestar y para poder defender su vida.

«De todos los tesoros, ha dicho un autor, la instrucción es el más precioso, porque no se puede robar, vender, ni destruír». Y de cuanto puede hacernos conocer la instrucción, es lo más importante y en su estudio ocupa el punto más culminante el conocimiento de N. S. Jesucristo, centro y vida, autor y objeto de la Religión verdadera.

Es, por desgracia, una verdad innegable que el mundo moderno es ignorante en materias religiosas. Y si aun entre la gente rica y que se cree culta esta ignorancia es grande, entre los pobres este mal es mucho mayor. La inmensa mayoría de los obreros, apenas sabe quien es Jesucristo, desconocen en absoluto sus obras y sus enseñanzas.

¡Cuán necesario es hoy, sobre todo para los hombres de trabajo, conocer el Gran Libertador de la Humanidad! Conociéndolo se le ama y amándolo se practicarán sus divinas enseñanzas que son la base fundamental de la prosperidad para la sociedad doméstica y civil.

Los grandes errores modernos traen su origen del desconocimiento de Jesucristo y de su Religión, y triste es decirlo, muchas veces un católico instruído en las ciencias humanas, es incapaz de contestar las objeciones que personas irreligiosas le presentan.

Apena ver, el escaso conocimiento que tienen de la Religión algunas que debieran conocerla a fondo, ignoran hasta las verdades estrictamente necesarias para la salvación. Jamás leen un libro de Religión y de Filosafía Cristiana, jamás estudian los altos poblemas del alma.

La fe de muchos creyentes está por esta culpable ignorancia en estado de sentimiento, más bien que en estado de convicción; es una emoción, un recuerdo, más que una razonable adhesión de la mente movida por la gracia; por eso la fe suele ser tan poco sólida.

Hoy día es más necesario que nunca conocer el dogma fundamental en que descansa la Humanidad y su cultura: Jesucristo y su Religión.

Esta obligación recae no sólo sobre los hombres. La mujer católica, auxiliar indispensable del sacerdocio en la tarea nobilísima de salvar al mundo y la civilización cristiana, está más obligada que nunca a instruírse en la Religión. Debe estudiar el Catecismo y la Apologética.

1.° *La Catequesis,* que enseña al niño desde sus más tiernos años a conocer la persona de N. S. Jesucristo y las excelencias de su doctrina. Es una necesidad imperiosa en los tiempos actuales que bien dirigida y administrada por el celo de la mujer católica, hará renacer en poco tiempo la piedad cristiana en el pueblo, que ya en gran parte se ha atado a las cadenas de la impiedad, porque aborrece lo que ignora.

El estudio de la Religión ha dejado de ser obligatorio en los colegios del Estado y en muchos establecimientos con las enseñanzas irreligiosas de algunas cátedras, trátase de destruír las enseñanzas del sacerdote y de cubrir de desprecio la Religión. La prensa diaria y periódica y la novela, los libros pretendidamente científicos o históricos de editores sin conciencia y los mismos espéctaculos, son otros tantos enemigos encarnizados de la Religión, y el veneno de la impiedad se difunde hasta en el seno mismo de la familia. ¡Qué hermosa labor tiene aquí la acción femenina! Las instrucciones que a este objeto se encaminan, dignas son del encendido celo del sacerdote y de la tierna solicitud de la mujer cristiana, quien debe mirar por la salvación de las almas y la soberanía de Cristo en la tierra.

Hoy día para hacer que los obreros oigan hablar de Jesucristo es necesario ganar su corazón, saber atraerlo con verdadero cariño; nadie como la mujer para hacer estas conquistas. Ella como nadie es capaz de hacer grandes sacrificios para ganar las almas para Cristo.

Si ninguna acción humana es perdida; si el bien y el mal se reproducen sin cesar jamás; de ninguna otra obra puede decirse con mayor razón que es perennemente fecunda que de la enseñanza del catecismo. El pequeño libro de la infancia deja siempre una luz encendida en el fondo del alma; la cubren a veces las nubes de la impiedad, pero detrás de las nubes está la estrella de inmortales esperanzas.

¡Ah! en más de una ocasión se ha visto ancianos postrados en el lecho del dolor, que después de una larga vida de indiferencia o de impiedad, al aproximarse la hora de exhalar el postrer suspiro, han visto de nuevo iluminada el alma con aquellas enseñanzas nunca del todo olvidadas, aquellas piadosas instrucciones del templo en que aprendieron el catecismo.

2.° *La Apologética* que prueba que nuestro obsequio a la fe es razonable y que nos muestra las maravillas, excelencias y virtud de la Religión; es indispensable para disipar la ignorancia que domina las inteligencias acerca de Jesucristo y el Cristianismo y para defender nuestra fe, no solamente con amor sino también con eficacia.

La mujer católica debe también cultivarla con esmero por lo mismo que es otra arma para vencer las resistencias contra la Religión.

«El cristianismo, ha dicho Fontenelle, es la única Religión que tiene pruebas».

Si estudiamos esta verdad no sólo encontraremos que, en efecto el Cristianismo es la única Religión que tiene pruebas, sino que éstas son en él, tan importantes y numerosas que cautivan a los talentos superiores.

Bajo el punto de vista filosófico, el Cristianismo no es una concepción de la inteligencia, es un hecho y este hecho tiene por centro la persona de Jesucristo, tal como nos la representa el Evangelio.

Estos dos medios se adaptan admirablemente al carácter de las sociedades femeninas, las cuales pueden ser: Catequistas y Apologistas.

La mujer verdaderamente católica conoce prácticamente su Religión y con este conocimiento puede ejercer la misión de su Apostolado. El corazón de la mujer constituye una prenda de seguridad en su misión de Apóstol; su influencia es indispensable; mas para que abrace con ardor esta noble causa, necesita además de la instrucción, noble y desinteresada abnegación.

Si algún valor tiene la vida es porque nos pone en estado de ejercer el Apostolado cristiano. Todo lo demás no vale la pena que cause desearlo y poseerlo, porque no hay dicha cuando la vida no se emplea en obras de valor.

Comparemos a los impíos con los católicos. ¿Qué hacen aquéllos? Apóstoles son de sus errores, no escatiman ni su dinero, ni tiempo para propagar y difundir sus doctrinas. Los católicos debemos imitarlos, no en sus errores, sino en la energía para difundirlos.

Causa pena ver tantas personas que son católicas pero no tienen el menor interés por el bien espiritual de sus hermanos, les sobra tiempo, dinero, tienen suficiente ilustración, pero, les falta el espíritu de celo y de sacrificio. Debemos pues, todos trabajar en dar a conocer a N. S. Jesucristo y su Religión que da la salvación al mundo, así daremos gusto a Dios N. Señor y a su Sma. Madre, en cuya honra y honor hemos hecho este trabajo.

Del profundo estudio de la religión católica

Amelia Fagalde de Rojas.

Nuestro tiempo se hace notar por una poderosa evolución que ha llevado a la mujer a tomar una parte importante en todas las actividades del espíritu, y la ha hecho demostrar su aptitud para ejercer las profesiones liberales, y para dedicarse a las ciencias y a las artes; de este modo la mujer puede formarse una individualidad más completa y cooperar con mayor eficacia al desenvolvimiento moral e intelectual, influyendo con la palabra y el ejemplo a la educación de la familia y de las sociedades. Por eso, no es de extrañar que se sienta, con mayor evidencia, la necesidad de que la mujer adquiera un conocimiento más eficaz e ilustrado de la religión.

La mujer, por su actuación en el hogar como esposa, madre o hermana, dispone del centro de donde emanan los principios que rigen los derechos y deberes del hombre; es ella la que forma su corazón y su entendimiento y la que, por medio de la más alta concepción del espíritu de Cristo, el amor, puede constituír la esencia organizadora que enriela la vida y la endereza al fin para que fuimos creados.

Del profundo conocimiento de la religión católica, de la necesidad de que sea ella la que informe las ideas y costumbres como la única fuerza para desarraigar gérmenes viciosos y llegar a la perfección es en lo que la mujer debe penetrar por medio de las ciencias cuyas conclusiones definitivas jamás podrán afectar la inmutabilidad del dogma y por medio de la filosofía cristiana a fin de contestar a los ataques de la impiedad no sólo con la palabra ilustrada que rebate la objección, sino, sobre todo, con la eficacia del fruto de esa doctrina no sólo firmemente creída, sino realmente practicada.

En general, se comprende mal la religión y, la práctica anda a parejas con ese desconocimiento.

El ilogismo que reina entre el principio y sus consecuencias, es debido, talvez, a falta de carácter y de convicciones, o a carencia del sentimiento de responsabilidad e iniciativa, quizás a costumbres inveteradas de una educación deficiente, o bien a cierta ligereza para dejar sólo en germen la verdad que fulgura en el fondo de la conciencia. Nos contentamos con el aprendizaje que hicimos en el colegio, en esa edad de semi-inconsciencia, época en que las ideas quedan en la mente sin transformarse en sentimientos y en normas eficaces de vida interior y exterior que encaucen los afec-

tos del corazón y después, en el trascurso del tiempo, seguimos conformes con el molde aun cuando, nos quede estrecho.

La vida no es para todas camino de rosas; hay choques, asperezas y luchas que pueden hacer zozobrar si la inteligencia que aprendió como regla de conducta la sanción sobrehumana, no se ha nutrido con ella hasta formar la característica de su personalidad.

Se estudia y se dan coferencias sobre filósofos y moralistas, muy interesantes como cultura intelectual y conocimientos de sistemas filosóficos, pero no para tomar sus doctrinas como base integral y norma de vida. Aisladamente se hallará en ellos algunos consejos que tranquilicen el espíritu humano siempre inquieto, algún medio para dominar las pasiones, pero no forman ese edificio completo de la base a la cumbre, del principio al fin, que nos diga de donde venimos y a donde vamos, que sea luz, camino, verdad y vida, que envuelva todas las actividades del espíritu humano, que responda a las múltiples necesidades de cada época, que nos dé reglas de conducta y los medios para cumplirlas, que purifique al corazón y santifique al pecador arrepentido: eso sólo lo encontramos en la divina filosofía de Cristo y de su religión.

Hay cierta tendencia a adoptar los beneficios de la evolución progresista en lo referente al orden intelectual y negárselo al orden moral. Se dice: es de inteligentes cambiar y sin embargo no se trepida en agregar: nadie cambia, nadie se corrige, «genio y figura hasta la sepultura». Esto es confundir los términos. Hay caracteres fundamentales que forman la esencia del ser, que es lo que hace que el ser sea lo que es, eso no está en nuestro poder cambiarlo; pero hay otros elementos accesorios y modificables cuyo dominio reside en la voluntad; voluntad que no se ejercita, porque para ello es menester el propio vencimiento, desarrollar las energías, disponerse al sacrificio, despojarse del egoísmo, practicar la humildad: virtudes disciplinarias sin las cuales no hay religión, o no es más que una apariencia vana.

Cristo vino a establecer el «reino de Dios» es decir la unión de las almas con El por medio de la fe y del amor dándonos en su Persona y su vida el prototipo y modelo para llegar a ese fin. Al predicar sus enseñanzas unía el ejemplo a la palabra: «Amaos—decía—los unos a los otros como yo os he amado» y moría clavado en la Cruz por ese mismo amor. «Soy manso y humilde de corazón», y buscaba a los humildes y respondía con palabras de misericordia a los improperios y golpes. Aconsejaba el desapego a las riquezas y El vivía pobremente. Agregaba: «no he venido por los justos sino por los pecadores» y los atraía con el perdón y la caridad. Decia: «Si queréis ser perfectos imitadme». «Yo soy la verdad» y la revelaba al mundo en esa doctrina que dirige todas las manifestaciones de la vida, de la inteligencia y del corazón; que mueve la voluntad e impulsa el amor fundamento de la religión cristiana, que es la vida en Dios.

En la prisa con que vamos evolucionando y en el afán de libertad que aguijonea al elemento femenino se necesita orientar la mente por acertados derroteros para que esa libertad no degenere en desquiciamento. Sin leyes fijas y estables no podrán desenvolverse moral y progresivamente las actividades en cualquiera de sus manifestaciones. La regla de nuestros actos debe fundarse en los preceptos positivos del Redentor; ellos entrañan el más alto ideal a que puede aspirar el alma humana: la perfección moral.

Que es difícil, que se necesitan no leves esfuerzos para luchar con rebeldes inclinaciones, hay que reconocerlo si nos atenemos a nuestro sólo empeño, pero invencibles en el querer y poder recurriendo al Dador de toda fuerza.

La evolución que se cierne sobre nuestra patria y cuyo desenvolvimiento llevará al cambio radical en lo moral de la instrucción, señala terminantemente la acción de la mujer como apóstol, no sólo con la fe teórica e ilustrada sino con la fuerza persuasiva e incontrarrestable de las virtudes que de la fe sincera dimanan.

Los hombres hacen decretos y fundan instituciones, pero ni estos ni aquellos cambian las ideas y costumbres. Estas se transforman, sólo, cuando las disposiciones adoptadas responden a las necesidades de la conciencia educada hacia el bien y la rectitud, leyes fundamentales de todo orden. La acción del Estado en el nuevo orden de cosas que deben venir será reducida al mínimun si la acción de la mujer apóstol se consagra a difundir, primero en el propio hogar, la práctica de la religión como transformadora eficiente de la más alta moral a que puede alcanzar el corazón humano probando que sólo ahí en los principios que la informan bajo la comprensión de Cristo en «espíritu y en verdad» encuentra el alma la única verdadera fuerza vital que la impulsa constante y progresivamente hacia el ideal de suprema perfección.

No sé qué podrían objetar el esposo, el padre o el hermano incrédulos al ejemplo visto en su hogar de la mujer consciente de sus deberes y adornada con todas las virtudes que en el Evangelio se la designa como emblema de fortaleza.

Las armas de combate no deben ser otras que las que trajo Cristo para fundar su religión: caridad, amor a Dios y al prójimo.

Mientras los hombres incrédulos discuten negando a Dios; mientras investigan las ciencias físico-químicas esperando que ellas «invadiendo un campo ajeno, desmientan las verdades divinas que promulgó Cristo sobre Dios, el hombre, el mundo, mientras los racionalistas pretenden quitar las divinidades a Cristo apoyando sus argumentos en Harnak, J. Weiss, Pilenan etc.; las mujeres procedamos probándoles que el que ha podido siendo sólo un pobre carpintero de Nazaret, permanecer a través de los siglos como principio inagotable de renacimientos morales; el que ha podido hacer armar la Cruz como signo de redención y cambiar las almas y las instituciones; el que ha rehabilitado a la mujer y

divinizado el derecho, la justicia y el honor; el que da valor y constancia para sostener bien alto su imperio por medio del amor y el sacrificio; el que ha hecho a los héroes y los santos... es el Dios humanado, es Cristo Nuestro Redentor.

Procedamos practicando su moral y a ello primero con el yo. No el yo egoísta y pretencioso sino el que penetra en el fondo de la conciencia para investigar el mal que pueda haber en ella con todas sus ramificaciones y arrancarle, cueste lo que cueste, hasta purificarla.

Después los frutos vienen solos; el ideal de suprema perfección se determina; el corazón desbordado hacia el bien y la verdad, necesita comunicarse, persuadir, conquistar almas; la luz que ilumina el entendimiento, se hace cada vez más intensa proyectando reflejos que indican el camino, recibiendo estímulos y auxilios para obrar, concedidos por la gracia divina como ayuda y fuerza en el cumplimiento del deber.

Preparadas de este modo triunfaremos, enarbolando la bandera de la fe de Cristo Nuestro Señor. Nos haremos responsables de los deberes que impone la hora actual ejerciendo una vida intensa de cooperación y apostolado, que levante el nivel moral, condición indispensable de verdadera civilización.

Y, ahora en presencia del acontecimiento más trascendental que haya conmovido a la humanidad; en esa tragedia sin igual en que nuestros hermanos sufren todos los horrores del humano padecer, en que la sangre cae sin cesar y la muerte deja huérfanos y viudas, es necesario poner nuestra alma en armonía con los universales sacrificios; tomar, siquiera, en nuestro espíritu una parte de esos sufrimientos para ofrendar con ellos ante la Madre Augusta del Carmelo unidos a la plegaria íntima de nuestra alma como ruego incesante de paz... Que Ella la obtenga y la conceda basada en la justicia y la equidad en el sagrado derecho a la libertad que cada nación quiere para sí. Y nosotras, las mujeres chilenas, que nos hemos agrupado bajo el Estandarte con que se la proclama Patrona de nuestro Chile, le pedimos que ese estandarte sea nuestra divisa, que ante él no haya apatía ni frivolidad, que marchemos con resolución y firmeza por el camino trazado, que él nos guíe hasta el fin y que lleguemos pudiendo decir: hemos luchado para sembrar la buena semilla y ella fructificará. La caridad, la indulgencia, mansedumbre, humildad, perdón derramado a manos llenas atraerá a los más rebeldes y tendrán que rendir armas ante Nuestra Madre del Carmelo como las rindieron los héroes de la patria vieja y con las cuales Arturo Prat abrió la puerta a esa epopeya del Pacífico...

La gran necesidad

es hacer conocer a Jesucristo y su religión

Eugenia Palacios de Baeza.

Vemos y palpamos cada día, que el mundo entero sufre tanto o más que nunca dolencias y miserias cruelísimas, tiranías, corrupciones, guerras espantosas.

Tomamos un periódico, un diario cualesquiera, que dé crímenes horrendos perpetrados con premeditación, relatados con detalles no menos espantosos, los cuales impresionan y permanecen latentes durante meses y aún años; estudiados, comentados por la justicia, por la prensa, sin que a veces, se llegue a descubrir la verdad. Otras muchas, caen víctimas inocentes, acusadas por las apariencias o por falsos testigos, quedando impunes los verdaderos culpables. ¡Cuántas tristezas, miserias y dolorosas consecuencias envuelven! ¡Cuánto estudio, investigaciones, tiempo y esfuerzos gastados para descubrirlos y el castigo no consigue la enmienda, la resignación..!

¡Cuántos raptos, abandonos de hogar, cobardes suicidios, desacatos, pendencias, estafas, informalidades de todo orden; ambición, egoísmo y como consecuencia inevitable: la desunión, la desconfianza!

¿De qué sirve nuestro progreso de instrucción si es incapaz de moralizar la sociedad humana?

Tenemos fresco el ejemplo de las recientes elecciones en las cuales, vimos pobladas numerosas, dominadas por el vicio y la ambición, hacer de su opinión, mercancía vergonzosa.

A lo descrito muy a la ligera anteriormente, tristezas y miserias de los tiempos presentes, agreguemos el recuerdo de la historia de la humanidad en todos los tiempos y veremos la importancia y la necesidad de hacer conocer a Jesucristo y su religión.

Debemos procurar con toda nuestra alma, el reinado de Jesucristo sobre nosotros y sobre nuestros prójimos. «Sólo con Él dice San Pablo, apareció la humanidad entre los hombres. Y de donde Él es desterrado ella queda proscrita». Nada hay más inhumano, que la sociedad humana sin Cristo.

Para santificar los individuos, las familias, las Sociedades, necesitamos generalizar la obra de las obras, el Catecismo, formar a los pequeños en el temor de Dios, que conozcan su doctrina, que graven sus Mandamientos. Que su conocimiento les vaya formando la Fe, la Esperanza y el Amor, hasta comprender su be-

lleza, su generosidad, su perfección. Porque bien sabemos, que con Jesucristo reinarán todos los bienes: la verdad, la moral, la justicia, la paz, la educación, la delicadeza, la cultura.

Pero para esta gran obra no bastan los sacerdotes. Nuestro Santo Padre el Papa, los sacerdotes, los obispos, como sucesores de los Apóstoles, han recibido de Jesucristo la noble misión de enseñar a los fieles por el camino de la salvación, es cierto; pero, esta misión es tan vasta. ¿Quién sería capaz de enumerar los benéficos auxilios que nos presta la Iglesia por su mano? Desde el momento que nacemos a la vida, la Iglesia nos recibe, por su medio, nos purifica con la sangre de su Divino Esposo, nos adopta por hijos suyos, nos ofrece a Jesucristo. Abierta la luz de nuestra inteligencia nos señala la luz divina de la dulce esperanza... Si nuestra debilidad nos hace caer en pecado, por medio del sacerdote la Iglesia con el sacramento de la penitencia lava nuestras heridas, sana nuestra alma y nos fortalece, por el alimento celestial de la Eucaristía. Desde la cuna hasta el sepulcro, somos continuo objeto de la maternal solicitud de la Iglesia, por medio del sacerdote.

Su misma investidura también, les impide muchas veces realizar lo que las señoras podemos con toda libertad. Debemos buscar a los niños en sus propios hogares; aprovechar los medios que nos proporcionan las obras sociales de beneficencia. Las visitas domiciliarias de la Conferencia de San Vicente etc., etc.

"Cristo debe ser el centro de todas las cosas"

Julia G. de Fóster.

Así como el pan es algo de primera necesidad en la vida, que no puede faltar nunca, Jesús, pan de vida, para el alma, debe ser conocido de todos y debe reinar en todos los hogares.

Quien conoce a Jesús, encuentra la paz y la felicidad del corazón, sea cual fuere el medio social en que vive, en la cúspide de la fortuna, o en las negras sombras de la miseria; pues es muy falsa la creencia de que las riquezas sólo traen la felicidad y la pobreza únicamente infortunio.

Como el hambriento, en los horribles estertores del hambre, pide ¡pan! ¡pan! el alma atormentada por la duda, sus miserias y el dolor, clama a Dios, porque sabe que El es el camino, la verdad y la vida. Lo llama Padre: Redentor, gran Consolador, y en su corazón renace la paz perdida que el mundo no puede dar. Tiene

hambre de Jesús y, en posesión de El, se robustece su fe, espera, ama y olvida todo dolor.

En medio del torbellino de la vida, en esa hoguera siempre encendida de placeres, en esa sed de lujo y deslumbramiento del alto mundo social que vive para divertirse, ¡cuánta necesidad tiene Jesucristo de ser conocido, El que fué modelo de humildad, de mansedumbre, de obediencia, de caridad suprema! Los placeres no le dan tiempo para pensar en ese Hombre Dios, que en su paso por este mundo recomendaba como algo indispensable para la salvación eterna, el verdadero desprendimiento de los bienes terrenos.

Este culpable olvido de Jesús y de sus divinas enseñanzas, trae por dolorosas consecuencias, el descuido en el cumplimiento de los grandes deberes, la frialdad de los hogares y el debilitamiento de los vínculos más sagrados, porque no los une el primer amor, que debe ser Cristo Jesús.

Y entre los pobres, ¡cuán poco se le conoce! ¡Cómo olvidan que Jesús ofreció de preferencia el reino de los cielos a los pobres y a los humildes!

Debiera sentirse un verdadero remordimiento de no trabajar la vida entera en hacer que en los hogares humildes reine Jesús.

Cuando se habla a los pobres de su amor, fuente inagotable de paz y de consuelo, ellos, en medio de hondos suspiros, exhalados del fondo del alma, de esa alma criada a imagen y semejanza de Dios, para conocerlo, amarlo y servirlo, exclaman conmovidos: ¡nadie nos había hablado antes de Jesucristo, ni de las ternuras y misericordias de su Corazón!

Y después que lo conocen, con qué fe lo invocan, reorganizan sus hogares, se regeneran, aman el trabajo y sus deberes y hallan en El su verdadero consuelo.

Estamos, pues, obligados a dar a conocer a Jesucristo, para que reine en nuestra amada Patria, en los hogares y en cada corazón.

Digamos con San Buenaventura: «Cristo debe ser el centro de todas las cosas».

Comprendamos, pues, la importancia de la catequesis, para que, ningún acto de nuestra vida, se aparte de sus sublimes enseñanzas. Que vivamos como árboles plantados a las corrientes de las aguas de la gracia, para comer los frutos de este árbol de vida, que es Cristo Jesús, en cuyo conocimiento está la vida eterna.

La esclavitud mariana

Teresa Valdés Cortés.

El culto de María ha despertado siempre en el corazón de los cristianos los sentimientos de la más indecible ternura; él ha sido fecundo en inspiraciones risueñas para la piedad y en conceptos sublimes para el arte. En él han encontrado los músicos, los pintores y los poetas un ideal en que se resume todo lo que tiene de grandioso el dolor llevado hasta el heroísmo, todo lo que tiene de sublime la virtud, de encantadora la inocencia, y de atrayente la hermosura. En todas estas bellezas han bebido raudales de inspiración los más geniales artistas que han consagrado a María las mejores producciones de su arte y para honrarla a Ella, se han erigidos magníficos templos y suntuosas catedrales. Pero más elocuentes aún, que todas estas demostraciones con que las artes han rendido a María el tributo de su admiración, son las que han brotado del corazón mismo de sus hijos y que han dado origen a esa multitud de hermosas instituciones que llevan el nombre de María, a ese catálogo de devoción que tienen por objeto su culto y a las variadas y poéticas advocaciones bajo las cuales se la venera.

Muchas son también las prácticas de verdadera devoción a la Santísima Virgen que el Espíritu Santo ha inspirado a las almas santas y las cuales son muy eficaces para nuestra santificación. Pero entre todas ellas ninguna hay con la que pueda honrarsela de una manera más perfecta, y que al mismo tiempo procure más gloria a Dios, más santidad a las almas y más provecho al prójimo, que la inspirada por la misma Santísima Virgen, a su siervo el Beato Luis Grugnon de Montfort y a la que él dió el nombre de Esclavitud de María.

Para comprender la excelencia de esta devoción nos bastaría conocer su fin principal que es establecer en nuestro corazón el reinado absoluto de María Santísima, para que pueda reinar más perfectamente en él Jesús N. S. Si establecemos en nosotros esta sólida devoción, dice el B. Montfort, es para cimentar más perfectamente la devoción a J. C. y para proporcionar un medio más fácil y seguro para llegar a él, y agrega: «Puesto que la perfección del hombre consiste en conformarse con Cristo y unirse y consagrarse a El, será la más perfecta de las devociones la que nos haga asemejarnos más al modelo acabado de santidad, y como María es entre todas las creaturas la más conforme con su divino Hijo es indudable que su devoción es la que nos une y consagra a El de una manera más perfecta».

N. S. J. quiso venir al mundo por medio de María y para redimirnos de la cruel esclavitud del demonio hízose como esclavo, pues según la frase de S. Pablo, tomó la forma de siervo, y el que era Dios se halló en traje de hombre.

Esclava del Señor, era también el nombre predilecto de N. Señora. En el Evangelio las dos veces que se nombra a sí misma se llama Esclava, habla el lenguaje de esclava, y se oculta y trabaja como tal. Tan penetrada estaba ella de la idea de la esclavitud, que espontaneamente brotó de sus labios el nombre de Esclava, cuando por primera vez veía en torno suyo, la aureola de Esposa y Madre de Dios, y sentía en sus sienes la corona de Reina de los Angeles y de los hombres.

Un día dijo a Sta. Matilde: «A cualquiera que me recuerde con devoción la alegría que tuve cuando pronuncié la palabra, aquí está la esclava del Señor, le haré reconocer que verdaderamente soy su Madre y seré fiel en socorrerle».

Esta alegría que tanto se complace en recordar N. Señora, es el gozo de la víctima de amor que se inmola, no el de la reina que triunfa, es el gozo de sentirse esclava no menos que el de sentirse madre.

Después de considerar estos sublimes ejemplos de esclavitud, ¿qué cristiano podrá rehusar el título glorioso de siervo de Dios y esclavo de J. C.? Siervo de Dios es por naturaleza todo hombre por la creación, y lo es además por la conservación, que lo obliga a depender de El en absoluto y de continuó, y lo que digo de N. S. lo repito proporcionalmente de la Sma. Vigen, pues habiéndola escogida J. C. para compañera inseparable de su vida, de su muerte, de su gloria y de su poder, en el cielo y en la tierra, le ha dado también por gracia, los mismos derechos y privilegios que El posee por naturaleza y que son comunicables a las creturas.

Nos bastarán estas breves reflexiones para desvanecer cualquiera objeción que pudiera hacerse a esta práctica, cuyo nombre de esclavitud pudiera hacerla menos aceptable, sobre todo en estos tiempos de tanta libertad, como lo pensaron en Francia algunas personas que propusieron se aceptara la devoción del Beato, pero retirando de su sistema, como arcáica, esta idea de esclavitud. Pero eso sería querer como el necio de la parábola, alzar edificio sobre movediza arena, y obtener flores y frutos sin raíces. Pues precisamente de la idea de la esclavitud brota esa vida de completa dependencia de María Santísima, en que está todo el fruto de esta devoción y en este punto el beato Montfort está de acuerdo con todos los verdaderos ascetas.

A muchos talvez les dará msá devoción llamarse hijos que no esclavos; no está reñido lo uno con lo otro cuando como aquí se trata de servidumbre de amor y así cuanto más lastimosa y digna de compasión es la esclavitud forzada, tanto más grande y sublime es la esclavitud voluntaria cuando el alma generosa sacrifica su libertad en aras de grandes ideales y de nobilísimos amores.

Veamos ahora en que consiste esta práctica y para explicarla me valdré de las propias palabras del Beato Luis de Montfort que dice así: «Consiste en darse todo entero como esclavo a María y a Jesús por Ella y además en hacer todas las cosas por María, con María, en María y para María, y a este fin es necesario escoger un día señalado, para entregarse, consagrarse y sacrificarse, y esto ha de ser voluntariamente y por amor, sin encogimiento por entero y sin reserva alguna, cuerpo y alma, bienes exteriores y fortuna, como casa, familia y renta, bienes interiores del alma a saber sus méritos, gracias, virtudes y satisfacciones, a disposición suya se deja todo el valor satisfactorio e impetratorio de las buena obras, así que después de la oblación que de ellas se ha hecho, aunque sin voto alguno, todo lo bueno que hacemos queda a disposición de la Sma. Virgen, quien puede aplicarlo, ya a un alma del Purgatorio para aliviarla o libertarla, ya a un pobre pecador para convertirle. También nuestros méritos los ponemos, con esta devoción en manos de la Virgen Santísima, pero es para que nos los aumente, embellezca y guarde, como un rico tesoro, cuyo galardón y felicidad nos devolverá Ella en el gran día de la eternidad.

Es preciso notar que con esta devoción se inmola el alma a Jesús por María, con un sacrificio que ni en orden religiosa alguna se exige de todo cuanto el alma más aprecia y del derecho que cada cual tiene para disponer a su arbitrio del valor de todas sus oraciones y satisfacciones de suerte que todo se deja a disposición de la Virgen Sma. que a voluntad suya la aplicará a mayor gloria de Dios que sólo ella perfectamente conoce. Y si después de estar así consagrados a la Sma. Virgen deseamos aliviar a algún alma del Purgatorio, salvar algún pecador o sostener a alguno de nuestros amigos preciso es pedírselo humildemente a Ella y estar a lo que determine aunque no lo conozcamos, persuadidos de que el valor de nuestras oraciones administrado por las manos mismas de Dios se sirve para distribuírnos sus gracias y dones no podrá menos de aplicarse a mayor gloria suya.

La práctica esencial de esta devoción consiste en hacer todas las acciones por María; es preciso no acercarnos a N. S. sino por medio de Ella, por su intercesión y su crédito ante El; nunca hemos de orar solas.

Es necesario además hacer todas las acciones con María, es decir tomar a la V. Santísima por modelo acabado de todo lo que se ha de hacer.

Hay que hacer todas las cosas con María; si ruega será en María, si recibe a Jesús en la S. Comunión lo pondrá en María, para que allí tenga El sus complacencias, si algo hace será con María y en todas partes, en todo, hará actos de deshacimiento de sí mismo.

Finalmente hay que hacer todas las acciones para María, es decir que como esclavos que somos de esta augusta Princesa, no trabajemos más que para ella, para su provecho y gloria. Claro

está que al decir para María entendemos para Jesús; María no es más que el fin próximo, el tallo por donde se va a la flor, el canal por donde se va a la fuente.

Estas palabras del B. Luis de Montfort, que he citado son sólo una síntesis de lo que contiene la obra admirable escrita por él y que se llama «Tratado de la verdadera devoción a la Sma. Virgen» en cuyas páginas sublimes se encuentra un perfecto sistema de vida espiritual que ha servido a muchas almas para llegar a una elevada santidad. Al leerlo se encuentra en él cierto sentimiento de algo inspirado y sobrenatural que crece a medida que se le va estudiando, y cuando se ha leído ya repetidas veces, se llega a notar que nunca envejece su novedad, ni se disminuye su abundancia, ni se acaba jamás la fragancia y el sensible fuego de su unción. Su lectura será provechosísima a las personas que deseen sacar de la santa esclavitud los admirables frutos de perfección que ella produce en las almas que la practican.

Para facilitar aun más la práctica de esta devoción, se ha fundado también la cofradía de María Reina de los Corazones, erigida en Archicofradía el 28 de Abril de 1913 y enriquecida por los Soberanos Pontífices con muchas indulgencias y privilegios. Está a cargo de los Padres de la Compañía de María, y su asiento principal es el Centro Primario de Roma; de allí se ha extendido a diversas partes del mundo.

Aquí en Chile tenemos también esta hermosa cofradía que fué establecida canónicamente el 8 de Diciembre de 1913, gracias al celo incansable del actual Superior del Convento Franciscano de Valparaíso, verdadero apóstol de la Esclavitud Mariana, y director de la obra entre nosotros, quien obtuvo autorización del Rev. Padre General de la Compañía de María, residente en Francia, y con permiso del Ordinario y del Provincial de su Orden, la estableció solemnemente en el Templo de la Recoleta Franciscana.

De entonces acá se han inscrito en este centro muchos sacerdotes del clero secular y regular, algunas comunidades de religiosas de vida activa, mixta o contemplativa y de 5 a 6 mil personas de diferentes puntos de la República, principalmente de Santiago, de varias naciones americanas como Bolivia, Argentina, Perú, Uruguay y San Salvador.

La propaganda de esta hermosa obra se ha hecho sin ruido ni ostentación, de una manera modesta pero valiéndose de un apostolado convencido, familiar, persuasivo y oportuno. Desde su fundación hasta ahora se han impreso algunos millares de hojas y cuadernitos de propaganda, dos ediciones del Camino más fácil para llegar al Cielo, y sobre todo se han propagado entre los fieles otras obritas relativas a la esclavitud Mariana, verdadera devoción a la Sma. Virgen y el Secreto de María, del Beato G. de Montfort, la vida Mariana del B. Nazario Pérez y el Sacerdote de María de Monseñor Texier.

No se ha omitido pues, medio alguno para difundir y hacer

conocer esta devoción, apostolado provechosísimo y del cual dice el conocido asceta inglés, P. Federico Guillermo Fáber: «Por lo que a mí me hace, no concibo obra más excelsa o vocación más fecunda para un cristiano que el simple trabajo de difundir esta devoción peculiar del B. G. de Montfort». De acuerdo con estas expresiones del P. Fáber el Congreso Mariano efectuado en Roma el año 1904 formulaba el siguiente voto: Considerando que la devoción a María, recomendada por los Padres de la Iglesia y por los teólogos y excelentemente enseñada por el B. G. de Montfort en su «Tratado de la verdadera devoción» y en el secreto de María, es un medio eficaz para renovar el verdadero espíritu cristiano en las almas, el Congreso Mariano de Roma adopta la siguiente proposición: Que los escritores que se dirigen al pueblo expongan y hagan popular la susodicha devoción que contribuirá a establecer y a restaurar el reinado de Jesucristo en el mundo.

Dos años después el Congreso Mariano de Einsielden propone que la devoción a María Sma. enseñada por el B. de Montfort sea considerada como asunto capital en todo el dominio pedagógico, en las familias, escuelas, casas de educación y reuniones sociales.

Estos votos formulados por dichos congresos y ratificados por el último de Trevers en 1912, serán también los nuestros en el presente congreso, y nos haremes un deber de propagar esta devoción por todos los medios que estén a nuestro alcance, y proponemos además que en toda Iglesia donde se celebre el Mes de María se dediquen algunas predicaciones a hacer conocer a los fieles la Esclavitud Mariana y al finalizar el Mes se haga consagración según la fórmula establecida por el B. G. de Montfort, para que todos los fieles que lo deseen entren a tomar parte en esta hermosa Cofradía, que tan copiosos frutos de virtud producirá para la Iglesia y para la sociedad.

Trabajemos pues, en la medida de nuestras fuerzas en difundir esta devoción seguros de que por este medio trabajaremos también en extender el reinado del Corazón de Jesús, porque como dice Pío X en su Encíclica «Ad diem Ilum» para restaurar todas las cosas en Cristo no hay camino más cierto y fácil que la devoción a N. Señor, y que puesto que así lo ha querido la Providencia Divina no hay absolutamente más medio que recibir a Cristo por manos de María.

La verdadera devoción a María, la santa esclavitud, lleva espontáneamente a la devoción al Corazón de Jesús. Este Corazón Divino nos pide amor y reparación, y la santa esclavitud es medio muy a propósito para de veras amarle y reparar sus ofensas.

Amor ¿dónde hallarle digno del Corazón Divino si no es en el Corazón de María? Si logramos de la Madre que nos preste su Corazón entonces sí que podremos amar menos indignamente al Hijo. Y ¿cómo lograrlo? sin duda con la santa esclavitud, me-

diante la cual María se da toda al esclavo, así como el esclavo se da todo a ella.

Consagrémonos como esclavos de amor a esta Reina incomparable, entreguémosle nuestro cuerpo, y nuestra alma, cuanto somos y poseemos diciéndole con el inspirado poeta Fray Luis de León:

Nací para ser tuyo
Viviré si esta gloria conservare.
La libertad rehuyo
Y mientras yo reinare
Olvídeme de mí, si te olvidare.
A ti sola me ofrezco
A ti consagro cuanto yo alcanzare.
Sin ti nada merezco
Y mientras yo reinare,
Olvídeme de mí, si te olvidare.

La Virgen Santísima modelo de caridad

y protectora en las obras de beneficencia

Edelmira Azócar.

Era un hermoso día de aquellos en que después de un frío invierno empieza la naturaleza a despertar, enviando por doquier rayos de sol, ráfagas embalsamadas por los primeros capullos entreabiertos de la rosa y el jazmín. Jamás las montañas de Judea lucieron flor más bella, ni sus profundas quebradas resonaron con más armoniosos trinos, ni sus ásperos senderos iluminároнse con más claro resplandor. Es que por ellos atraviesa la que lleva en su seno al Salvador. Es María, el blanco lirio de los campos, embellecida con los rayos del divino Sol.

De Nazaret a Hebrón el camino es largo y áspero para una tierna y delicada niña. No importa, la caridad no conoce dificultades ni fatigas. Ella va a casa de Isabel a darnos la primera lección de la más abnegada caridad. Si al llegar a casa de Isabel se vió ensalzada y herida su humildad oyendo proclamar su maternidad divina, ¿no nos manifiesta esto claramente cómo Dios se complace en premiar la caridad? Esa caridad paciente, dulce y silenciosa, esa caridad que no busca su provecho ni el aplauso de los hombres, sino únicamente el trabajar por Jesucristo y por su gloria.

Vemos después en la vida de María, cómo cumpliendo las prescripciones legales de sus tiempos, a los cuarenta días de nacido

el Niño Dios se encaminó al templo de Jerusalén. La Ley de la purificación no obligaba a María por ser la más pura de las vírgenes, ni al Primogénito divino por ser el mismo Dios. Pero la caridad de María sacrifica lo más caro al corazón de madre, ofrece a su amado Hijo al Padre Eterno para la redención de la humanidad. ¡Oh bendita caridad, la más augusta, la más divina de las virtudes, arraigad profundamente en nuestros corazones para podernos así llamar hijas de María!

Si para los hijos es justo orgullo y honra asemejarse a la madre que tanto aman, esforcémonos para imitar a nuestra Madre de los cielos, María, en aquella virtud de la caridad, la cual podemos ejercer no sólo entre los pobres que por todas partes nos rodean, sino aun en el seno mismo de nuestra sociedad. Un buen ejemplo o una palabra oportuna pueden ser muchas veces un buen acto de verdadera caridad. Así vemos a la Virgen Santísima en las bodas de Caná, embalsamando el ambiente con el suave aroma de su modestia, pureza y caridad. Habiendo entonces Jesús con su presencia elevado a la dignidad de sacramento el matrimonio, también a instancias de María obró su primer milagro convirtiendo el agua en excelente vino.

¿No hay en todas partes ocasión de practicar la caridad?

Siendo María Madre de Jesús y habiendo vivido 33 años en su santa compañía, ¿cómo no reflejarse en ella todas las virtudes de Aquel que permitió fuese abierto por una lanza su costado, para dar ahí tranquilo albergue a los que sufren y a los pobres pecadores?

Los goces de esta vida son pasajeros y fugaces y mezclados siempre con algunas gotas de acíbar que nos impiden beber hasta saciarnos. Si María gozaba en gran manera viendo los triunfos y milagros de Jesús, este goce con frecuencia se turbaba trayendo a la memoria la profecía del anciano Simeón. Corre el tiempo; esta profecía se cumple, María al pie de la Cruz sintió destrozarse y morir su corazón. De los labios moribundos del buen Jesús se deja oír una dulce y misteriosa frase: «Mujer, he ahí a tu hijo». En la persona de Juan nos lega a todos a María por Madre. Esta Madre sintió entonces reanimarse su corazón con nuevo fuego. ¡Vivir para sus hijos!

Después de la muerte y sepultura de Jesús, esta tierna y abnegada Madre, como olvidada de su pena, sólo piensa en buscar a sus hijos que, turbados y confusos por su flaqueza, se ocultaban al furor de los judíos. Al encontrarlos, los consuela con su presencia, los alienta con la esperanza del perdón y resurrección de su Hijo divino. La vida toda entera de María fué una serie no interrumpida de actos de sublime caridad, como ha sido en todos los tiempos, y sigue siendo siempre nuestra medianera y protectora.

Las diversas advocaciones con que honramos el nombre de María, tales como del Carmen, del Rosario, de Mercedes, de Lourdes y otras muchas, son otras tantas pruebas de los favores

por Ella otorgados en diferentes épocas y lugares. Y el aire puro de la libertad que respiramos en nuestra Patria amada ¿no nos dice que también a Ella lo debemos?

Cuando allá, en la cumbre de los Andes, nuestros padres de la Patria elevaron al cielo sus plegarias, fué Ella, María del Carmelo la que habiendo sido proclamada Generala del Ejército, y oyendo el solemne voto de sus hijos, infundió en sus generosos corazones un corage y heroísmo sin igual. Y en las guerras posteriores el bravo soldado chileno, escudado con su santo escapulario, siempre supo ¡sólo vencer!.

Grandes son los favores que debemos a María como a Patrona del Ejército, pero también son muchos y grandes los que le debemos como a protectora de las sociedades de beneficencia fundadas bajo su santa advocación. Larga y difícil tarea sería aquí enumerarlas todas; mencionaré hoy, sólo a dos de éstas, que por prestar tantos servicios a los pobres que sufren enfermedades y miserias, merecen toda nuestra preferencia y atención. Una es la Hermandad de Dolores, que tantas lágrimas enjuga, llevando a los pobres enfermos no sólo la medicina, dieta, y aún ropas, sino lo que es más, el alivio espiritual al alma, procurando la visitadora que todos ellos reciban los santos sacramentos, donde encuentran los verdaderos consuelos y resignación en sus miserias.

Siendo gran número de enfermos los que esta Hermandad atiende cada año, siempre queda un déficit que saldar en sus entradas; pero ahí es donde se ve patente la protección de María; pues un legado o una limosna inesperada, donde nunca se ha pedido, viene a dar sobradamente con que cubrir todos sus gastos.

La otra es la Sociedad de Nuestra Señora del Carmen, que para muchos es talvez desconocida por no contar todavía con muchos años de existencia. Fué fundada a fines de 1907 por un abnegado sacerdote, el mejor amigo de los pobres. Esta tiende a mejorar la situación de la joven obrera, pero especialmente atenderla en caso de enfermedad. Se sostiene únicamente con las pequeñas cuotas de sus socias y con la cooperación de algunas caritativas señoras. En ésta, como en la anterior, son siempre los gastos superiores a las entradas, pero, gracias a la protección visible de la Virgen Santísima del Carmen, nunca ha faltado para satisfacer debidamente a sus necesidades.

Si tanto nos ama la Virgen Santísima del Carmen y tanto le debemos como a nuestra Patrona y protectora, justo es que le tributemos un homenaje de gratitud y de amor en su glorioso Centenario, trabajando para imitarla en sus virtudes, particularmente en la sublime virtud de la caridad.

Visita Circulante a la Santísima Virgen

Emilia Eyzaguirre Rouse.

El deseo de dar a conocer en este Congreso Mariano la «Visita Circulante de la Sma. Virgen» que por su reciente fundación será talvez desconocida para muchas, es lo que me ha decidido a escribir a última hora unas pocas líneas, que por cierto estarán muy distante de ensalzar como quisiera esta hermosa devoción, cuyo fin y objeto único es el de rendir diariamente a la Sma. Virgen un homenage público y solemne.

El año de 1913 el R. P. Elías Mera, encontrándose de paso en Chile quiso establecer en esta capital la Visita Circulante a la Sma. Virgen como lo había hecho en el Perú y Ecuador; con este objeto reunió un grupo de ocho Señoras de la sociedad de Santiago y les expuso que la Visita Circulante a la Sma. Virgen consistía en darle diariamente un culto especial, en distintas Iglesias y bajo la advocación que fuera de la mayor devoción en el templo donde se estableciera. Esta debe celebrarse con toda la solemnidad posible, en el día elegido y hora fijada se dirá la Sta. Misa, se rezarán las preces, y habrá predicación. La Señora elegida como Promotora deberá invitar por tarjeta, por la prensa y anuncios en la Iglesia; el Rector de cada Iglesia es quien debe nombrar uña Señora Promotora, a fin de que le ayude a extender la devoción y coopere al esplendor de la fiesta.

Las Señoras allí presentes se ofrecieron entusiastas para propagarla, siendo ellas Promotoras en algunas Iglesias, y proponiéndola en otras.

Por tener que ausentarse de Chile el R. P. Elías Mera y deseoso de dejarle un director a esta nueva asociación se dirigió por indicación del Iltmo. Señor Arzobispo de Santiago a los Misioneros del Corazón de María, quienes acogieron con el amor que les caracteriza a la Sma. Virgen, la idea del Ilustre Jesuíta.

En poco tiempo estaban completos todos los días del mes, siendo recibida en muchas Iglesias con verdadero entusiasmo lo que obligó al Sr. Arzobispo a conceder el día 26 de Mayo de 1914, licencia para exponer solemnemente el Smo. Sacramento durante la Visita. Actualmente se hace ésta en 36 Iglesias, siendo de notar que casi la mitad se congrega bajo la advocación de N. S. del Carmen.

Largo sería enumerar el celo que distingue a muchas de las Promotoras que con tan feliz éxito contribuyen a honrar a la

Sma. Virgen; algunas se han constituído apóstoles de esta devoción, estableciendo la Visita en varias Iglesias de los barrios apartados donde se encuentra tanta indiferencia, siendo este un medio para atraer y encender en esos corazones el amor a María, de cuya protección parece necesitan de un modo especial.

Las ventajas de esta devoción están muy manifiestas; es un medio excelente para despertar el fervor a la Sma. Virgen y congregar en una comunión de oraciones a todos sus devotos, pues por medio de las preces establecidas, los unos ruegan por las necesidades de los otros; luego ofrece a las almas amantes de María, la ocasión de dar un testimonio público de su amor por Ella, y atraer a las indiferentes.

Se frecuenta la Sta. Comunión, se oye la palabra de Dios y se aumenta la devoción a Jesús Sacramentado.

Los resultados obtenidos son verdaderamente alentadores, al presente ocupados 31 día del mes ha sido necesario repetir el mismo día en dos Iglesias diferentes; en muchas, debido al celo de la Promotora, la Visita dura todo el día. En los RR. PP. Sacramentinos pasan de mil las que recibe el día 22 la Virgen del Smo. Sacramento, y una sección del Seminario se ha unido a esta visita, convencidos los jóvenes que se preparan al sacerdocio que el medio más seguro de ir a Jesús es ser conducidos por María.

También se ha debido a la Visita el despertar en el corazón de los fieles el fervor a la Virgen bajo la advocación que se veneraba en aquella Iglesia, alcanzando así el templo más culto y más devoción. En otras se ofrecen Primeras Comuniones y procesiones como especial homenage a la Celestial Señora.

El número de Comuniones es muy consolador, pues ha alcanzado un total aproximado de 18 mil al año, y mayor el número de visitas.

Considerando los resultados de piedad y amor a María, vería con sumo agrado el directorio de esta Asociación que el Congreso Mariano recomendara esta hermosa práctica a todas las Iglesias, y pidiera a los rectores de las mismas le dieran toda la solemnidad que se requiere, y además se extendiera a las ciudades más importantes de la República.

La obra de la Entronización del Corazón de Jesús en el hogar

Clemencia Menchaca Lira.

En 1869 fué elegido Presidente del Ecuador don Gabriel García Moreno, hombre eminente y gran cristiano. En un anhelo de su fe ardorosa tuvo la idea de que la nación de sus desvelos y cuidados, caminase por el sendero de la verdadera grandeza, y la consagró solemnemente al Divino Corazón de Jesús instalando en su palacio una artística imagen del Sagrado Corazón.

Ese acto de piedad y de fe irritó el encono de los enemigos de García Moreno que un día cayó asesinado, muriendo como Mártir del Divino Corazón, por un hombre despreciable, brazo de las sociedades secretas. Consumado el crimen, la hermosa imagen fué arrancada del trono que ocupó en dicho palacio.

Muere el notable estadista; pero la idea no muere y he aquí que el pensamiento de García Moreno se realizará a despecho de sus enemigos.

Poco tiempo después del terremoto de 1906 que destruyó la ciudad de Valparaíso, el Rvdo. P. Mateo Crawley-Boevey, religioso de los SS CC. fué enviado a Europa por sus superiores, pues su salud se había quebrantado seriamente con aquellos aciagos días.

Un especialista que consultó en Europa, declaró que era tarde, pues la enfermedad era muy grave. Aceptando el sacrificio de su vida, el Reverendo Padre se dirigió a Paray-le Monial a prepararse paro morir. Pero, en los designios de Dios, este viaje no debía ser preparación para la muerte, sino el comienzo de un apostolado maravillosamente fecundo.

En su primera visita a la Capilla de las Apariciones, el Reverendo Padre sintió renacer sus fuerzas y, concluída su oración, salió del templo completamente restablecido, al mismo tiempo que su alma se sintió penetrada de un deseo irresistible de empezar la cruzada para hacer conocer y amar a Jesús. En la tarde, después de la Hora Santa, todo el plan de campaña quedaba trazado. Vió claramente el gran crimen del mundo moderno: la expulsión de Jesucristo del seno de la familia y de la sociedad. Vió al mismo tiempo el remedio, «Reconquistar las familias una a una por la Entronización del Sagrado Corazón a fin de propagar el reinado social de Nuestro Señor». El Rvdo. Padre se dirigió a Italia y, después de una consoladora audiencia con Su Santidad Pío X que alentó con su palabra al apóstol, éste regresó a Chile.

De nuevo en Valparaíso, mandó reproducir en millares de ejemplares la misma imagen que había servido para la piadosa empresa

de García Moreno, y que había mirado a sus pies el martirio del gran creyente.

El ceremonial usado fué compuesto en Roma por el fundador, el año 1907, y revisado por el Cardenal Vives, quien aplaudió la idea con entusiasmo, así como el Cardenal Merry del Val. Su Santidad Pío X bendijo este apostolado y pidió al Padre Mateo que consagrara su vida a esta cruzada.

En 1908, la obra fué aprobada por el Ilmo. Sr. González Eyzaguirre, arzobispo de Santiago de Chile, de venerada memoria, y el 21 de Octubre de 1908 se consagró el primer hogar, que fué el de la Sra. Doña Juana Ross de Edwards, llamada la Madre de los pobres. Después vinieron otras familias, y la chispa se comunicó con rapidez asombrosa por los hogares cristianos. El divino Conquistador de corazones, ante el rechazo oficial de los pueblos, optó por otra táctica y se dirigió a las familias, así de los componentes pasará su dominación al todo: del hogar doméstico, a la sociedad civil.

Tal fué el origen de la Entronización. Tuvo por cuna un martirio y, como la sangre es fecunda, la devoción se repartió por todo el mundo.

El desarrollo enorme que adquirió la obra de propaganda en Uruguay, Argentina, Perú, Brasil y demás países americanos, no permitió al Padre Mateo seguir por sí solo atendiendo a los numerosos pedidos de estampas e instrucciones sobre la Entronización. Luego se reunió un grupo de personas amantes del Sgdo. Corazón, y el 18 de Mayo de 1911 se estableció en Valparaíso el primer Secretariado de la Entronización del Sgdo. Corazón.

El centro general de donde parte todo el movimiento se halla en Chile que fué cuna de la Obra. En las capitales de las demás naciones se han fundado Secretariados Centrales aprobados por el Ordinario; que se ocupan de promover nuevos Secretariados, de acuerdo siempre con la Autoridad Eclesiástica correspondiente. El Secretariado se compone de un director eclesiástico (el párroco o un religioso) que debe ser el alma de la empresa, y de 10, 12 o más señoras y señoritas que forman el Directorio.

El Secretariado debe tener siempre estampas y folletos para proporcionar a precios muy bajos y en algunos casos, obsequiar a las parroquias pobres.

Para la propaganda en el extrajero el ceremonial ha sido traducido del español al francés, inglés, italiano, portugués, alemán, árabe, copto, armenio, polaco, malayo, búlgaro, chino, hindú y japonés. Al tamil (sur de la India) al bhil, guzrati, bengali, konkani, y marathy (dialectos de la India) y al quechua, idioma indígena del interior del Perú.

En Abril del año 1913, el episcopado chileno, en Pastoral colectiva, aprobó solemnemente la Obra y pidió a su Santidad «la gracia de que bendijera la práctica de la consagración de los hogares y la enriqueciera con indulgencias». Esta petición tuvo

favorable acogida, pues el 24 de Julio de 1913, la Sagrada Congregación del Santo Oficio concedió varias indulgencias a las familias que entronizaran el Sagrado Corazón en la forma acostumbrada.

En la actualidad contamos 350 entre prelados y cardenales que han aprobado la Obra; muchos de ellos, en hermosísimas Pastorales, la han recomendado a sus diocesanos. Ya pasan de 5.000.000 los hogares donde el Sagrado Corazón está entronizado.

La entronización no es simplemente una ceremonia externa. Es el vasallaje oficial del hogar que hace protestación de su fe y adoración.

La imagen debe colocarse en el salón, en el puesto de más honor, para así tributar a Nuestro Señor todo el homenaje que corresponde a su Divinidad.

Reunida la familia, se le consagra el hogar; los padres, los hijos, la servidumbre, los habitantes de la casa todos, en común oración, le reconocen por Rey y Señor de su hogar y de su vida.

La Entronización es un medio de santificación, un recurso de gracia para la conversión de alguno del hogar que no es, en el sentido cristiano, lo que debiera ser; «Jesús debe ir donde hay enfermos»... que se le entronice cuanto antes en esos hogares y El sabrá cumplir sus promesas de misericordia. El despertar de tantas almas y el sinnúmero de conversiones conseguidas por este apostolado, son una prueba elocuentísima de lo grata que es a N. Señor esta devoción.

La corriente de vida sobrenatural provocada con este apostolado, no es superficial, no es una efervescencia de entusiasmo pasajero; pues se traduce en piedad sólida que lleva invariablemente a las familias un gérmen misterioso de virtud superior y un amor ferviente a la Divina Eucaristía.

Por esto, y por sus sorprendentes resultados, de numerosas conversiones, la Entronización es, a no dudarlo, una obra de gracia divina, cuya oportunidad providencial salta a la vista de quien comprenda las dolencias gravísimas que aquejan a la sociedad, herida de muerte en la constitución y costumbres del hogar moderno.

Los sacerdotes y todos los apóstoles de la Entronización, han tenido ocasión de palpar cómo el Sagrado Corazón cumple sus promesas de victoria.

En una parroquia del Brasil, de más de 40,000 almas, el párroco, recién nombrado, al tomar posesión de su puesto tuvo el desconsuelo de ver que, de todos sus numerosos feligreses, sólo acudían treinta a cumplir con la Comunión Pascual. Desolado, sin saber que hacer para convertir a sus feligreses, y, a punto ya de presentar su renuncia, recibió una carta escrita por una de las secretarias de Valparaíso proponiéndole la Obra de la Entronización. Esta carta fué para él como una orden del cielo. Inmediatamente se puso en campaña, al principio con muchas dificultades, después

ya iban cediendo las familias y consentían en hacer la Entronización. Pasados diez meses de trabajo, se pudo ver que las comuniones alcanzaban a 1.700, pero no pascuales, sino comuniones diarias.

El párroco estaba feliz y, en el colmo de su dicha, quería ir a Roma para contarle personalmente al Papa este hecho verdaderamente maravilloso.

El Rvdo. Padre Mateo se halla desde el año 1914 en Europa, pues el desarrollo de la Obra así lo requiere. Ha predicado en España, Francia, Holanda, Italia y Suiza y desde esos países, ayudado por los secretarios, ha seguido dirigiendo los trabajos del Japón, Madagascar, Jerusalén, Constantinopla, etc.

El Hosanna de amor se eleva hasta el Cielo en fervientes plegarias, desde los hielos polares, hasta los centros del Africa, en los archipiélagos de Oceanía, como en las remotas regiones de la China y el Tibet. Esto pueden afirmarlo los Obispos, los Vicarios Apostólicos y los Misioneros de Guinea, Gabon, Congo belga, holandés y francés; de Nyassaland, Etiopía etc.; de las islas Fidji, Marquesas, de Australia, etc.; Kansou,; de Su Tchuen, etc.; de Alaska, Athalasca, de Bahía de Hudson etc. y muchos otros lugares que sería largo enumerar.

Ya se han realizado los deseos de León XIII, pues del uno al otro polo resuena esta aclamación: «¡Alabado sea el Divino Corazón por quien hemos alcanzado la salud, a El sólo gloria y honor por los siglos de los siglos!» En una palabra, podemos decir que la chispa que prendió en Valparaíso hace diez años, está incendiando al mundo entero.

Su Santidad Benedicto XV en carta del 27 de Abril de 1915, dirigida al Rvdo. padre Mateo, lo exorta a que persevere animoso en la tarea iniciada y le dice que tiene entre manos «la Obra más oportuna para los tiempos actuales». En variadas circunstancias ha seguido Su Santidad recomendando esta Obra: «Decid que el Papa quiere que esta Obra redentora se esparza por el mundo para bien de la sociedad». (Enero 1916).

Para asegurar la estabilidad y difusión de la Entronización, se la ha empezado a organizar en forma de sociedad permanente, con el nombre de «Cofradía del Reinado Social del Sgdo. Corazón de Jesús en las Familias». Esta Asociación ha sido ya canónicamente erigida por muchos prelados en Europa y en América.

El reinado social de Jesucristo, su soberanía en las naciones y en los gobiernos, en las leyes y en la enseñanza, y en las letras y las artes, será un programa ilusorio, si esa soberanía no empieza en el santuario del hogar, que es la piedra fundamental de la sociedad humana. El orden natural así lo exige. La sociedad será cristiana, indiferente o pagana, según sea el espíritu que forma a los hogares, que es donde se inicia la formación del hombre en sus relaciones con Dios y con la sociedad doméstica y civil.

Acoged pues, señoras, esta obra; acoged al Huésped que toca a las puertas de vuestras casas. Que El entre y tome posesión de ellas. Viene expulsado de tantos hogares que le han tejido corona de espinas cuando El les reservaba los más tiernos afectos de su corazón divino.

¿Sois de los pocos afortunados que pueden llamar dichoso su hogar? Jamás es sólida la felicidad que no está cimentada en la virtud. Un hogar sin fe, un hogar sin afectos cristianos, jamás es dichoso de veras, por más apariencias de bienestar que presente.

¿O es vuestro hogar huérfano y pobre?... Pues allí hace falta el padre de los huérfanos. Dejados por sus padres, el Señor los ha de tomar por su cuenta. Hacedle que tome asiento en vuestra casa, que supla el lugar de los padres ausentes por la muerte o el infortunio.

Allí donde hay frío y va faltando la vida, allí debe entrar el que es la vida, allí el que trajo fuego a la tierra, no sólo para calentarla, sino hasta abrasarla.

Y las señoras que trabajan en las sociedades de beneficencia, que lleven este amigo divino al hogar de sus socorridos; al Señor le toca reinar en los asilos de la pobreza, para implantar en ellos las costumbres del hogar-taller de Nazaret, para convertirlos en nidos de afectos, más valederos que las riquezas, y en jardín de virtudes más regocijadoras que las ruidosas fiestas del mundo.

No descanséis pues, hasta verlo reinar en todos los hogares. Es Dios, pero su Corazón lo traiciona, no es feliz sin los pobres corazones humanos. Él los reclama porque murió por ellos; luego es rey por derecho propio y más que todo por su Sagrado Corazón. Aclamémosle como tal y que este clamor apague los gritos de odio de sus enemigos. Digámosle una y mil veces ¡Venga a nos el tu reino!

Me permito recomendar las siguientes prácticas que tienden al mayor desarrollo y uniformidad de la Obra:

1.° Que cada persona se constituya en apóstol de esta devoción, influyendo por todos los medios que estén a su alcance, para que el mayor número posible de hogares tribute este homenaje al Sgdo. Corazón. Los dueños de fundos deben cristianizar los hogares de sus inquilinos llevándoles el modelo perfecto: Jesús.

2.° Que toda entronización se verifique conforme al ceremonial aprobado para mantener así la uniformidad de la Obra, no solamente en su fondo, sino también en su forma. Las mismas oraciones de la Entronización traducidas a todos los idiomas constituyen una plegaria universal de todos los hogares consagrados, y un verdadero vínculo fraternal entre todos esos hogares.

Para conseguir ésto pídanse los folletos con el ceremonial impresos por el Secretariado, dirigiéndose a la Casilla 3774 Santiago.

3.° Que se dé cuenta a los Secretariados de toda entronización, para dejar constancia de ella en los archivos.

La Venerable Orden Tercera del Carmen

Marta Canales Pizarro.

María, por la manifestación de sus infinitos atributos, ha querido darnos a conocer la voluntad que tiene de salvar a los hombres, para que lleguen al conocimiento de la verdad. Conseguirlo significa un alto grado de perfección y para ello el Señor prescribe la observancia de los consejos evangélicos, diciendo: «Si quieres ser perfecto, renuncia cuanto posees, ven y sígueme».

Esto exitó en el mundo cristiano un vivo deseo de mayor perfección. Personas de ambos sexos menosprecian el fausto y pompas del mundo; doncellas y jóvenes abandonan las delicias del hogar doméstico y corren a ocultarse de las miradas del siglo, que les ofrece encantos sin medida.

El estado religioso es el medio más apto para conseguir la perfección; pero, no siendo esto posible para muchas almas obligadas a vivir en el mundo, Dios inspiró un término medio, es decir, que viviendo en el mundo y observando los consejos evangélicos, perteneciesen a las órdenes religiosas. Estas son las Ordenes Terceras, verdaderas emanaciones de las diversas órdenes religiosas.

Entre las Ordenes Terceras hay cuatro principales que son ramificaciones de las cuatro órdenes mendicantes, a saber: Franciscanos, Domínicos, Agustinos y Carmelitas. Entre éstas figura la Orden Tercera del Carmen, cuya definición es: «Asociación de « personas seglares que con hábito carmelita y bajo la dirección « de un superior, profesan una vida más austera que el común « de los cristianos».

Las Ordenes Terceras, que han venido a llenar las exigencias del mundo cristiano, son casi tan antiguas como las Ordenes a que pertenecen. El origen de la del Carmen se remonta a muchos siglos. Es sabido que a instancias de los padres carmelitas fué aprobada por Nicolás V, el 7 de Octubre del año 1452 y confirmada por Sixto IV el 28 de Noviembre de 1476.

Las reglas o estatutos fueron redactados por el R. P. General, Teodoro Estracio, carmelita, el año 1635 y el 8 de Enero de 1883 fueron modificados y aprobados por el Definitorio General. Esta es la regla que actualmente se observa en la más estricta de las Ordenes Terceras, por estar íntimamente unida con la Primera y tiene el mismo origen, privilegios e indulgencias. Su emblema es el «celo por la gloria de Dios», celo que encendido por

el ardoroso Profeta y fundador de esta esclarecida Orden, San Elías, ha ido propagándose insensiblemente a todos sus sucesores.

La Orden Tercera del Carmen fué aprobada y bendecida por los Sumos Pontífices, quienes con su autoridad apostólica otorgaron a los terciarios carmelitas los mismos privilegios y gracias de que gozaban los Franciscanos, Agustinos y Domínicos.

Las indulgencias plenarias por visitar la Iglesia del Carmen son innumerables durante el año. Los terciarios reciben nueve veces al año la absolución general y dos veces la bendición papal. Fuera de éstos, tienen muchos privilegios e indulgencias.

El ejemplo dado por los santos e ilustres personajes que habían pertenecido a esta Orden, fué un poderoso estímulo y un fuerte imán que, atrayendo los corazones con impulso irresistible, les descubrió nuevos horizontes a donde extender su celo.

La Orden Tercera del Carmen ha sido escuela de oración y centro de sabiduría y virtud, su acción apostólica se ha extendido por todo el orbe católico. Su emblema: «Celo por la gloria de Dios» ha cobijado a muchos príncipes de la Iglesia y a innumerables fieles de todos los tiempos, cuyas voces se han alzado para dar testimonio de María del Carmen.

Por modo maravilloso ha despertado en ellos la idea de lo infinito, y con el ardor y la eficacia de la plegaria han salido clamores de sus almas, en un poema a María.

Santo Domingo y su Orden

Ana L. Ortúzar de Valdés.

Eran tiempos tristes y difíciles para el cristianismo, pues el siglo XII, al sepultarse en las sombras de lo pasado, legaba la herencia de los más grandes y tremendos conflictos. Pero Dios, que no olvida a sus hijos, envió el campeón de la fe, el varón ilustre, lumbrera del mundo, cuyas palabras reanimasen el corazón de la cristiandad; se necesitaba un apóstol, cuyos discípulos llevasen hasta los últimos confines del orbe la divina semilla del Evangelio. Ese apóstol que debía realizar tantos y tan grandes prodigios fué Santo Domingo de Guzmán, una de las glorias más esplendorosas del linaje humano. En España fué Caleruega, o mejor dicho la fortunata Callaroga, según la frase del poeta florentino, el lugar del nacimiento de este santo atleta, enviado al mundo para dar luz y esplendor. La noble cuna de Santo Domingo se había mecido bajo las dulces caricias del afecto materno, velada por los

ángeles del Señor, custodios de la inocencia bautismal del ilustre vástago. Su propia madre, la Beata Juana de Aza, antes de nacer aquel tierno infante, tuvo sueños de la misión extraordinaria que traía su hijo al mundo, y el mismo día de su bautismo vió su madrina una brillante estrella en la frente del recién nacido. Estas visiones revelaban cual había de ser el carácter distintivo de la obra de Santo Domingo, del glorioso Instituto Dominicano, destinado por Dios Nuestro Señor para disipar las tinieblas de todos los errores, y encender el mundo en el amor de Dios con la predicación de la divina palabra.

¡Cuántas veces reflexionaría sobre los futuros destinos de Santo Domingo aquella madre cariñosa, al estrechar entre sus brazos y besar en la frente al hijo amado que fuera objeto de sueños tan originales como significativos!

Pero la amorosa madre tuvo que separarse de él y entregar a su hijo en manos de un maestro, que vigorizase aquel corazón tan bien preparado. El arcipreste de Gumiel descubrió desde luego las superiores dotes con que el Señor enriquecía a su sobrino, y trataba de cultivar tan bellas cualidades, con las más santas enseñanzas. La oración y el estudio absorbían desde entonces toda su vida. Aquella alma purísima, aquel corazón angelical, cada vez más abrasado en el amor de su Dios, era limpio espejo donde venían a reflejarse los hermosos rayos de la divina gracia.

Todo inclinaba a Domingo a la vida religiosa, y aunque los tiempos porque atravesaba eran calamitosos, comprendió la necesidad de organizar milicias nuevas, que pelearan en campo abierto, en combate contra el error. Así él y San Francisco de Asís fueron dos fortísimas columnas de que se sirvió el Señor para sostener con sus familias religiosas el apostolado, unidos en las mismas luchas desde el momento que se encontraron en Roma.

Santo Domingo de Guzmán fundó la Orden de Predicadores la que ha dado al mundo innumerables filósofos, teólogos y doctores, quienes han descollado en todos los campos del saber. Haremos sólo mención del insigne Santo Tomás de Aquino, de Alberto Magno, talento portentoso y que tuvo la gloria de ser el maestro del Doctor Angélico; de San Vicente Ferrer, el Angel del Apocalipsis; de Santa Catalina de Sena, que ha dejado a la mujer el ejemplo de su ardoroso apostolado; del Venerable Luis de Granada, de Savonarola, el fogoso tribuno; de Lacordaire y Monsabré, que reunían a millares de oyentes al pie del púlpito de Nuestra Señora de París. ¡Cuánto no se debe a estos famosos oradores que con su palabra elocuente encadenaban a centenares de almas!

Santo Domingo es una de las glorias más esplendorosas del linaje humano. En su lucha contra los albigenses fué un gigante, un atleta invencible cuyas armas fueron la espada de la palabra de Dios, y esa otra colocada en sus manos por la misma Reina de los Angeles, ese maravilloso juego de armas, el Santo Rosario,

plegaria divina, cadena de perlas que une la tierra con el cielo, voz que guarda armonía con las esperanzas del corazón. ¡Cuántos favores no obtuvo él de María, la llena de gracias!...

Los hijos de Santo Domingo de Guzmán, modelados a ejemplo del padre, se desparramaron por el mundo entero con la antorcha de la predicación, a la conquista de las almas. La Orden Dominicana ha ilustrado a la Iglesia en los más altos puestos; cuatro de sus hijos han ocupado el trono de San Pedro, entre ellos San Pío V, uno de los Pontífices más ilustres que hayan ceñido la tiara pontificia.

El Instituto de Santo Domingo, después de haber conquistado con su palabra toda la Europa, vino también a la joven América, llevando así la luz de la verdad y el fuego de la caridad hasta los últimos rincones de la tierra.

Santo Domingo fundó, a más de la Orden Grande, como la llamaban, de Predicadores, otras dos más: las Hermanas Domínicas Contemplativas, llamadas hoy de la Segunda Orden, siguiendo las reglas de Predicadores. La Tercera Orden fué inspirada a Santo Domingo durante el tiempo que estuvo en Lombardía, por el estado de sufrimiento de la Iglesia, tanto en Francia como en Italia.

El padre Lacordaire dice en la vida de Santo Domingo, que el Santo, pasando por la Lombardía, había visto tristes pruebas del debilitamiento de la fe. En muchos lugares los laicos se habían apoderado del patrimonio de la Iglesia, de manera que los sacerdotes, reducidos a una gran pobreza, no podían proveer a la magnificencia del culto, ni cumplir para con los pobres el deber de la caridad!...

De ahí se formó la santa milicia para recobrar los bienes de la Iglesia. La milicia de Jesucristo fué la Tercera Orden, instituída por nuestro Santo, o más bien dicho la tercera rama de una sola Orden que abrazaba de lleno hombres, mujeres y gente del mundo.

Por la creación de la Tercera Orden, introducía la vida religiosa en el seno del hogar doméstico. Así no se necesitaba huír del mundo para elevarse a la imitación de los santos; todo rincón de la casa podía ser una celda o una Tebaida.

La historia de esta institución es una de las más bellas que se puede leer; ha producido santos bajo todos los estados y condiciones de la vida humana, las mujeres, sobre todo, han enriquecido las Terceras Ordenes con el tesoro de sus virtudes.

Tal es, pues, el Instituto de Santo Domingo, faro esplendente, encendido para iluminar la tierra en medio de un caos de errores y de heregías, cuya aprobación fué precedida de aquel sueño profético de Inocencio III, en que la Basílica de Letrán, próxima a derrumbarse, era sostenida como por dos fortísimas columnas: por el Seráfico San Francisco de Asís y el gran Patriarca Santo Domingo de Guzmán.

Consideraciones sobre el Espiritismo

Relación presentada al Congreso Mariano Femenino por dos profesoras de Estado.

El deseo de lo maravilloso.

Si hubiéramos de creer a algunos pontífices del libre pensamiento, nuestra época se caracterizaría por la «repugnancia hacia lo sobrenatural».

Ellos, en efecto, querrían armonizar la audacia de su negación de cuanto excede del campo de la experimentación, con ese estado de alma que, con el acostumbrado dogmatismo de su magisterio, atribuyen a las sociedades contemporáneas.

Los hechos desmienten tal afirmación y demuestran, por el contrario, que, hoy como ayer, existe en el fondo de las almas una necesidad y una ansia irresistible de lo desconocido, de lo maravilloso, de lo sobrenatural.

Y si alguien lo pusiera en duda, no tendría más que atender a la difusión de las llamadas—con muy clara contradicción—*ciencias ocultas.*

Es la necesidad que siente el alma de algo super-humano y sobrenatural, la que ha creado las teosofías y las teorías y prácticas del ocultismo; es esa misma necesidad la que, a diario, da lugar a la explotación de tales teorías y prácticas, en beneficio de exhibicionistas que hacen de ellas un lucrativo comercio que se anuncia en los periódicos, que se muestra como espectáculo en los teatros, que vende sus productos y que sirve para reemplazar el agrado de la conversación y del arte en algunos hogares.

Imposible sería tratar, en esta ocasión, de todas las formas que adopta *lo maravilloso, el ocultismo*, en nuestros días.

Nos contentaremos, pues, con decir brevemente algo sobre el ESPIRITISMO.

A manera de preámbulo y para evitar confusiones, diremos también cuatro palabras del *hipnotismo,* con el cual muchos suelen confundir el espiritismo que casi siempre anda mezclado con él.

Bastará lo muy poco que vamos a recordar acerca de esta materia, para dejar, con los hechos, demostrado que, lejos de existir «repugnancia por lo sobrenatural», hay en el alma contemporánea NECESIDAD, ANSIA DE LO SOBRENATURAL.

Tal ansia lleva a no pocos a reemplazar la fe por la superstición; la creencia por la credulidad.

El Hipnotismo

El arte de excitar la hipnosis, y ese mismo estado en el cual la receptividad sugestiva del hipnotizado se aumenta extraordinariamente, se llama hipnotismo; encierra éste un conjunto de fenóme-

nos biológicos, debidos a fuerzas naturales de sugestión o de histerismo, aun no suficientemente conocidas, de las cuales se hace un uso médico y que se prestan para espectáculos teatrales.

Por estos medios se producen fenómenos análogos a los de algunas enfermedades nerviosas (histerismo, etc.)

En el estado natural de las personas, hay tres enfermedades nerviosas que suelen provenir del histerismo, y son: 1.º el letargo que consiste en la inmovilidad acompañada del desaparecimiento de casi todos los fenómenos de vida, como por ejemplo, circulación de la sangre, respiración, etc.; 2.º catalepsia, que se presenta en diversas formas, como rigidez absoluta de los miembros, suspensión de las sensaciones, etc.; 3.º sonambulismo, bastante conocido de todos.

Estos tres fenómenos se pueden provocar artificialmente por hipnotismo descubierto por el médico escocés, Braid, y comunicado al mundo científico en el curso del año 1843. El Dr. Braid obtenía este sueño artificial por la contemplación de un objeto brillante, cualquiera que fuese: un par de tijeras, una esfera de metal o cristal, etc. El paciente se sentaba cómodamente en una habitación inaccesible, en lo posible, a los ruidos del exterior; se suspendía, o mantenía el objeto brillante por encima de la frente, y a distancia de 15 a 20 cm. de los ojos del individuo, y alejando del espíritu toda distracción toda preocupación, ajena a la experiencia. Al cabo de algún tiempo, que es tanto más corto cuanto más nervioso es el sujeto y cuanto más impresionable es su imaginación, las pupilas se contraen primero, después se dilatan, y, por último, los párpados se cierran involuntariamente, con una especie de vibración.

La fijeza de la mirada, y la convergencia de los actos visuales en un estado de estrabismo interno, son las circunstancias más importantes en la provocación del sueño, importando poco, por lo demás, la naturaleza del objeto que está fijo; el mismo individuo podría dormirse mirando un dedo colocado cerca de los ojos, y esto demuestra la inutilidad de la pretendida fascinación ejercida por la mirada, o los pases del experimentador, sin excluír, naturalmente, la importancia de una predisposición especial debida a la condición mental del paciente.

Se comprenderá también que, según las actitudes que se dé al hipnotizado surjan de él ideas y sentimientos conformes con su actitud; se dirigen fácilmente los pensamientos lo mismo que los actos locomotores del hipnotizado, ya por presiones procedentes de la sensación de actividad muscular, ya haciéndolo tocar objetos que conoce y cuyo contacto suscita ideas en relación con sus usos y costumbres. Probablemente debe entenderse y explicarse así la sugestión, es decir, la influencia de una persona extraña que domina siempre la voluntad del hipnotizado. El hipnotizado ejecuta todo lo que hace el hipnotizador.

Se ha observado que por medio del hipnotismo, se llega a obtener una disminución de la sensibilidad, hasta producir la

anestesia completa, y se ha querido utilizar este fenómeno para practicar operaciones quirúrgicas o para tratar ciertas neurosis; pero los efectos anestésicos obtenidos por el hipnotismo no son tales que puedan reemplazar al cloroformo, al éter, etc. Para que cese el sueño basta soplar los párpados o frotar ligeramente el globo ocular.

Muchos son los trabajos llevados a cabo por fisiólogos y patólogos de todos los países a cuya cabeza figuran los de Francia, divididos en dos escuelas, la de La Salpêtriére, en París, y la de Nancy, para investigar el valor del hipnotismo como medio terapéutico, higiénico, etc.

La escuela de París atribuye el hipnotismo a la reproducción de una enfermedad natural, el histerismo, y la de Nancy a la sugestión.

De todos modos, el hipnotismo no ha sido hasta hoy día completamente estudiado, y se presta fácilmente a supercherías y abusos. Además presenta gravísimos peligros físicos y morales.

El hipnotismo no es malo en sí mismo: pero, como su uso va acompañado de esos graves peligros, no puede emplearse sin causa suficiente y sin las debidas cautelas.

En efecto, la hipnosis usada sin discreción produce hondas perturbaciones nerviosas y cerebrales, llegando en muchos casos hasta ocasionar la demencia y la muerte misma.

En el orden moral, el hipnotismo tiene el capital inconveniente de que entrega, por lo menos temporalmente, nuestra personalidad en manos del operador y da a éste un influjo, una fascinación predominante sobre la voluntad del hipnotizado; entrega los secretos de éste en manos del hipnotizador, y si la hipnosis se repite frecuentemente, llega el hipnotizado a ponerse en condiciones de ser objeto de una hipnotización a largo plazo, por medio de la cual se le podría imponer la comisión de crímenes, actos contra el pudor, u otros contra el respeto y dignidad de la propia persona.

Por eso, no es lícito usar del hipnotismo como un medio de simple diversión o charlatanismos; es permitido, en cambio, usarlo con un fin curativo o con un fin científico proporcionado.

Pero, en tal caso, será siempre obligatorio adoptar todas las cautelas y precauciones necesarias, para evitar los peligros físicos y morales que del hipnotismo pueden originarse.

Las condiciones y cautelas con que es lícito el uso del hipnotismo, son las siguientes: 1.° Causa verdaderamente proporcionada, seria, científica y no de mera curiosidad; y que no se extienda la hipnosis más allá de lo necesario; 2.° Que el hipnotizador sea un varón probo y peritísimo; 3.° Presencia de testigos; y hay que tomar en cuenta que suelen estos mismos caer en sueño hipnótico; 4.° Que no se pretenda obtener fenómenos no naturales.

El hipnotismo como espectáculo teatral, debe ser prohibido. Así lo piden las corporaciones científicas en Europa y Estados Unidos.

Espiritismo.

Al lado de estos fenómenos naturales, hay otros muy extraordinarios. Se trata ya de un ser material, de una mesa, que se levanta, anda, golpea con las patas, y algo más sorprendente todavía: la mesa escribe en lenguas diversas.

Son fénomenos que pertenecen a lo que se ha llamado *espiritismo*, doctrina que se funda en la afirmación o creencia de la realidad de las manifestaciones concretas, por las cuales el espíritu se comunica con los seres vivos.

Ante todo, esta doctrina es herética y anticristiana. Allan Kardec, el fundador de la doctrina espiritista, en su obra *El Libro de los Espíritus*, escrito, según él, bajo la inspiración de su espíritu familiar, afirma que los espíritus que se comunican con los seres vivos son las propias almas de los que han existido en la tierra, que, libres de su envoltura corporal, destruída por la muerte, pueblan y recorren el espacio.

Para el espiritismo, las religiones han sido un motivo de discordia, de excitación al odio. Jesucristo no es Dios, es sólo un espíritu, encarnado para llevar a cabo una obra de progreso. Junto con rechazar la Divinidad de Jesucristo, rechaza la Redención. La única religión verdadera, que asegura al hombre su felicidad en la tierra, es el espiritismo.

Se ve cómo esta doctrina va en contra del dogma católico.

Las apariciones de espíritus han sido frecuentemente consignadas como hechos tenidos por positivos en todos los tiempos; pero el espiritismo que considera como su origen tales fenómenos, sólo nace en 1848, en los Estados Unidos, como explicación de hechos que no tienen causas conocidas; tales son, entre otros, los ruídos, las mesas giratorias, etc. Estos fenómenos se producen y exteriorizan por conducto de determinadas personas, que se llaman *mediums*.

El hecho inicial, revestido de misterio que, dió origen a la doctrina espiritista, acaeció en casa de Mr. Fox (Estado de New York). La familia se componía del padre, la madre y dos hijas. Un día recibieron la visita de un espíritu, que se anució por medio de golpes misteriosos, pero ellos los atribuyeron a los ratones y no hicieron caso. Un año más tarde, una de las hijas tuvo la ocurrencia de decir, al oír los golpes: «Venga acá. señor diablo, haga usted lo que hago yo». El espíritu contestó inmediatamente. Cuente 10, agregó la niña Fox. El espíritu obedeció y contestó a varias otras interrogaciones. Dijo llamarse Carlos Ryan, que había sido asesinado y enterrado en la casa. Se hizo una excavación en el sitio mencionado por el espíritu y hallóse un esqueleto. La casa Fox se convirtió en un centro de sesiones públicas. Se transladó la familia a otro lugar y el espíritu los siguió, y continuaban produciéndose escenas que sorprendían cada vez más. Los objetos volaban por el aire, las mesas bailaban, el piano tocaba varias piezas, sin que nadie se acercara a él, etc.

Se anunciaron y verificaron sesiones públicas para repetir los mismos experimentos, y quedó establecida la nueva religión del espiritismo.

A pesar de las contradicciones que implicaba esta nueva doctrina, se extendió rápidamente por Estados Unidos, Francia, Inglaterra, Alemania y aún por España, ganándose la adhesión de las gentes frívolas. Hoy día cuenta, según se dice, con 20.000,000 de adherentes.

En verdad, todos los fenómenos antes nombrados, ruido, voces y aun otros más extraordinarios, como la mesa que escribe por medio de un lápiz atado a sus patas, son hechos reales. ¿Cómo se explican? ¿Pueden darse acerca de ellos explicaciones naturales? Enumeremos y analicemos algunas de esas explicaciones.

Se puede establecer el principio de que todos los mediums de profesión cometen fraudes. Algunas veces engañan conscientemente, a sabiendas y por diversión. Pero, con más frecuencia, engañan inconscientemente: llevados por el deseo de ver producirse los fenómenos aguardados, ayudan al fenómeno cuando éste se hace esperar.

Entre las causas más comunes de fraudes, es necesario señalar una, que suele serlo en diversos órdenes de cosas: la emulación profesional, el deseo de sobresalir entre los *midiums* y no dejarse sobrepasar.

Pero el fraude no puede explicar todos los fenómenos. El doctor Richet opina que el movimiento de la mesa es producido inconscientemente por los que están reunidos al rededor de ella. Según esto, la fuerza que actúa sería producto de la fuerza muscular de esas personas.

Basta que cada una empuja en el mismo sentido para prodecir el movimiento. Pero con esto no se explicaría el hecho de que la mesa nos revele cosas desconocidas. A esto se ha contestado que esas cosas dormían en nuestra memoria subconsciente y han revivido en este momento. Pero esos impulsos subconscientes, producidos por fibras imperceptibles, no podrían mover objetos de gran peso.

Otros atribuyen esto a un fluído emanado de las manos del *medium;* pero este fluído sería eficaz sólo en condiciones especiales, sobre la mesa y no sobre los demás objetos que la persona, que sirve de medium, toma en sus manos.

Otra explicación natural sería la de una fuerza néurica, desarrollada en alto grado en los *mediums*. Pero una fuerza natural existe en todas las personas, y aquí vemos que son sólo determinadas personas capaces de hacer mover la mesa. Y todavía estamos sólo en el movimiento de la mesa, quédanos que estudiar fenómenos mucho más extraordinarios y absolutamente reales, como ser que la mesa camine, baile; que un lápiz escriba sólo en lenguas diversas; que un papel blanco colocado entre dos placas de vidrio aparezca escrito después de algunos momentos. ¿Se puede

admitir que la fuerza que actúa sobre estos objetos sea una fuerza natural? ¿Cómo explicar que se haya llegado hasta la *materialización* de las apariciones, en fotografías y en impresiones sobre masilla?

El estudio del Espiritismo, de la realidad, naturaleza y explicación de sus fenómenos, ha tropezado hasta ahora, como se ve, con los mayores inconvenientes.

No es el menor de ellos el fanatismo que se apodera de sus adeptos, y que los hace aferrarse de tal modo a sus afirmaciones y a sus teorías, que resulta bien difícil procurar, por medio de ellos, un análisis razonable de tan compleja materia.

En seguida, las condiciones mismas en que estos fenómenos se verifican, dificultan aun más el estudio de ellos, ya que están muy lejos de encontrarse en las condiciones que los métodos científicos exigen para la observación y la experimentación; la necesidad de la intervención de un tercero (el *medium)*, que no es un científico, la oscuridad de las salas, la inclinación de los ánimos en un sentido determinado, la imposibilidad de la disgregación de las causas que pueden concurrir a la producción de los fenómenos, y la dificultad de repetir éstos a voluntad, son otros tantos obstáculos, casi insuperables, para la eficacia de la obra del *experimentador* científico.

Añadase a esto el obstáculo de establecer que fenómenos son reales y cuales fraudulentos, cuáles son subjetivos y cuales exteriores, y se comprenderá cómo las dificultades científicas de tal estudio suben de punto.

Ni es, finalmente, el menor de tales inconvenientes el afán de dar un juicio precipitado, apriorístico y global, sobre todos los fenómenos que los partidarios o los enemigos del *Espiritismo* encierran bajo este nombre.

Del atento estudio de este problema parece resultar que se pueden dividir los fenómenos vulgarmente conocidos con el nombre de espiritistas del siguiente modo:

1.º Fenómenos debidos a fraudes conscientes;

2.º Fenómenos debidos a fraudes inconscientes;

3.º Fenómenos ciertamente explicables como efectos de fuerzas naturales;

4.º Fenómenos dudosamente explicables por fuerzas naturales;

5.º Fenómenos que ciertamente exceden las fuerzas naturales.

En casi todas las sesiones espiritistas se producen fenómenos de estas cinco especies.

La primera dificultad es, como hemos dicho, determinar con certeza donde comienza el fraude y donde termina la realidad de los fenómenos.

Conocido es el caso de las experimentaciones hechas por Lombroso, con la *medium* Eusapia Palladino y que, después de haber dado lugar a largas y sabias teorizaciones del gran positivista italiano y de muchos otros, fueron acusadas y convictas de maliciosa superchería de la célebre *medium*.

No es el caso de recordar otros fracasos semejantes.

Dejemos por ahora, a un lado los fraudes. Los fenómenos reales que presentan los espiritistas como producidos por espíritus, ¿tienen todos esta causa?

Debemos señalar las bases de nuestro criterio científico al respecto.

No creemos que se deba admitir que un fenómeno es producido por una causa fuera de la naturaleza, sino en uno de estos dos casos:

1.º Cuando haya una prueba positiva de que es precisamente de tal especie la causa o el agente; o

2.º Cuando se demuestre que las fuerzas naturales no son ni pueden ser suficientes para producir el efecto, en las determinadas circunstancias en que éste ha sido producido.

El hecho de que los *mediums* declaren obrar por intervención de los espíritus, o que, de cualquier otra de las formas de comunicación establecidas por el espiritismo, resulte la afirmación de tal intervención, o de la del demonio, no sería una prueba científicamente suficiente.

En efecto, si se admite como explicación de alguno de estos fenómenos, tenidos como espiritistas, la *sugestión* o el ejercicio de fuerzas magnéticas o hipnóticas, no podrían valer contra tal explicación, las afirmaciones contrarias del *medium* que, en la misma teoría, encontrarían a su vez una solución satisfactoria.

En líneas generales, por consiguiente, para atribuír a los espíritus algunos de los fenómenos que se producen en las sesiones espiritistas, es necesario proceder por vía de exclusión; es decir, que sólo cuando sean inexplicables naturalmente, debemos admitir como cierta la intervención de causas extrañas o superiores a la naturaleza.

¿Hay en el espiritismo fenómenos que requieren tal intervención?

Es indudable que sí.

Entre otras, podemos señalar las que revelan conocimientos superiores a los de todos y cada uno de los presentes; las que exigen la actuación de un poder superior a las fuerzas de la naturaleza, suficientemente conocidas, etc.

Para nosotros los católicos, existe un mundo espiritual y sabemos que, cuando el hombre muere, el espíritu sigue viviendo, y es posible que ese espíritu se comunique con nosotros, pues que donde hay dos inteligencias, hay posibilidad de comunicarse.

En la Biblia, libro de cuya veracidad ningún cristiano puede dudar, se da cuenta de hechos en que hay relación de comunicación entre los hombres y los espíritus, en el Libro de los Reyes.

Por tanto sabemos que hay relación entre vivos y muertos. Pero tales manifestaciones tienen cierto carácter de seriedad, dependen únicamente del beneplácito de Dios. Él visita sus criaturas cuando es de su agrado, mientras que las comunicaciones de los espíritus se verifican en reuniones frívolas y son provocadas por

los hombres; y, como ya hemos visto, son anticristianas; luego no pueden venir de Dios sino de su enemigo, el demonio.

Fuera de esto, semejantes hechos no pueden producirse sin graves peligros. Desde luego, no puede evitarse el escándalo; pues el espíritu usa un lenguaje desvergonzado, licencioso, según nos lo cuentan, el mismo Allan Kardec, el Dr. Richet y otros.

Son además, estos actos, perniciosos para la fe, y suelen acabar con ella. Para el espiritista no hay infierno eterno, pues todos llegan a la misma doctrina que todos los hombres van al cielo, después de más o menos peregrinaciones. Todo espiritista empieza por creer en la metempsicosis, es decir, en reencarnaciones. Se suprimen, por lo tanto, las responsabilidades. ¿Quién podría, en efecto, tener conciencia y responder de actos que hubiera ejecutado cuándo no era hombre o cuándo no era *tal hombre?*

Por un materialista a quien el espiritismo hace espiritualista, hay mil católicos que por estas prácticas abandonan la fe.

Aun más, estos fenómenos de espiritismo no se pueden producir sin cometer o cooperar a que otros cometan, pecado de superstición; porque al invocar a los demonios o espíritus para conocer las cosas ocultas, les atribuímos cualidades o virtudes que Dios no les ha comunicado, y esperamos de ellos lo que sólo debemos esperar de Dios.

Y por último, fuera de perder la fe, se concluye por perder la salud y la razón. Casi todos los espiritistas se atontan y acaban por volverse locos. Los espíritus que saben tantas cosas maravillosas, en este caso no los saben curar, ni jamás les enseñan algo provechoso, ningún procedimiento nuevo de industria ni alguna nueva verdad científica. No saben discernir lo que es bueno o malo. Pretenden resolver todos los problemas y no resuelven nada. El resultado es que así como son las respuestas de los espíritus, se vuelve la cabeza del espiritista, el cual no gana nada, y, por el contrario, lo pierde todo, fe, salud y razón.

En resumen, todas las prácticas del espiritismo son supersticiosas y, a menudo, no inmunes de intervención diabólica: son por lo tanto, ilícitas y contrarias a la religión católica.

Per eso, el Señor las prohibía desde los tiempos más antiguos: «Nadie consulte a los adivinos o busque de los muertos la verdad: porque estas son cosas abominables ante el Señor». (Deut. XVIII).

Repitiendo cuanto hemos dicho, desde el punto de vista de la moral cristiana, preguntemos: ¿son lícitas las sesiones espiritistas? ¿es permitido, por curiosidad o condescendencia, asistir a ellas? ¿Es lícito pedir en tales circunstancias la adivinación de los secretos?

En primer lugar, el que practica el espiritismo o adopta sus doctrinas o se hace hereje y reo de gravísimo pecado contra la fe, o se expone, por lo menos a perder sus creencias, o, en todo caso, comete pecado de cooperación a la difusión de doctrinas contrarias a la fe y da gravísimo escándalo.

Si por medio del espiritismo se pretende conocer los secretos, por lo menos los del porvenir, se cometen otros dos graves pecados: los de superstición y adivinación.

Además, como en las tales sesiones espiritistas se suelen producir fenómenos dudosos y aun ciertamente diabólicos, hemos de convenir en que los que toman parte en tales sesiones, tienen o se exponen voluntariamente a tener comunicación y comercio con el diablo. No hay quien no vea cuán profundamente injurioso a Dios sea este gravísimo pecado.

Y esto sin contar los riesgos a que se expone la moral en tales reuniones.

Agréguese aún las graves perturbaciones que estas prácticas ocasionan a la salud, y se tendrá un resumen de las gravísimas razones que hay para declarar que ningún cristiano puede en ningún caso tomar parte activa o pasiva en las sesiones espiritistas.

Los moralistas católicos, sin excepción, han considerado grave pecado el tomar parte activa o pasiva en estas sesiones espiritistas.

Los que públicamente defienden o profesan los errores de los espiritistas contra la fe católica, no sólo cometen pecado de herejía sino que se hacen reos de excomunión sin necesidad de que se dicte sentencia especial contra ellos y esto en virtud de la constitución *Apostolicae Seedis* promulgada por Pío IX y reproducida, en esta parte, en el cánon 2314 del nuevo Derecho Canónico.

El 30 de Marzo de 1898 el Santo Oficio, con la aprobación de León XIII, contestó que no era lícito «evocar las almas de los muertos», aun «excluído todo acuerdo con el espíritu maligno», a pesar de que tal evocación se verifique estando «solo» el que la hace, y no obstante de «que la haga con oraciones a San Miguel para que le permita hablar con el espíritu de una persona determinada» que «pasados algunos instantes», «le expone cuanto desea saber», «le mueve la mano», y ésta «escribe en contestación a sus preguntas»; el Santo Oficio declaró, como decimos, que no es lícito tal evocación aun cuando «las respuestas sean conformes con la fe y con las enseñanzas de la Iglesia acerca de la vida futura».

Esta contestación está en perfecto acuerdo con las condenaciones que siempre ha pronunciado la Iglesia contra la evocación de los espíritus. Citaremos entre otras la del IV Concilio de Letrán (1) y las de los Romanos Pontífices: Juan XXII (año de 1326), León X (1521), Adriano IV (1522), Inocencio VIII (1584), Sixto V (1585) y Gregorio XV (1623).

De los tiempos recientes podemos citar, entre otras, las siguientes condenaciones. La que dió el Santo Oficio el 4 de Agosto de 1856; la de la Sagrada Penitenciaría que declaró ilícita aun «la asistencia meramente pasiva» a tales sesiones, el 1.º de Febrero de 1882, y la prohibición hecha por León XIII en 1897 de «editar, leer o conservar libros que enseñen o recomienden la evocación de los espíritus u otras supersticiones semejantes» (2).

---

(1) I Sesión (año 1527) Col. Migne, Vol. 14, columna 229.

(2) Constitución «*Officiorum ac numerum*» 25 de Enero de 1897.

A todas estas condenaciones les ha puesto el sello la que ha dado últimamente la Congregación del Santo Oficio en la reunión plenaria de los Eminentísimos Cardenales que de ella forman parte y que fué celebrada el 24 de Abril de 1917.

Según esta determinación, «es ilícito asistir a cualesquiera conversaciones o manifestaciones espiritistas, ya se use de *Medium* o no, empléese o no el hipnotismo, aunque tengan la apariencia de honestidad y de piedad, ya sea que se interroguen las almas o espíritus, ya sea que se oigan las respuestas o que solamente se mire, aun cuando sea con protesta tácita o expresa de no querer tener trato alguno con espíritus malignos».

Su Santidad Benedicto XV aprobó el 26 de Abril del mismo año pasado esta resolución.

¿Qué duda puede quedar después de esto para los cristianos?

No se puede ser espiritista y cristiano.

No se puede asistir a sesiones espiritistas sin cometer grave pecado, de herejía o de cooperación a la herejía, de escándalo, de superstición, de adivinación y de SATANISMO.

La Madonna en Roma

Margarita Errázuriz de del Campo.

Al tomar parte en este Congreso cuyo objeto es glorificar a la Santísima Virgen del Carmen, en homenaje a la fiesta centenaria de la batalla de Maipo que selló la Independencia Nacional y pagar una deuda de gratitud, a la que fué Patrona jurada de los ejércitos patriotas, he creído oportuno hacer una ligera reseña histórica de la devoción por la Madre de Dios que se tiene en Roma, la Ciudad Eterna, centro del cristianismo, Sede de los Pontífices, y que fué sin duda alguna la cuna donde nació y se derramó por todo el Universo esta grandiosa y sublime devoción.

No hay lugar alguno de la tierra en que la devoción a María, esté más íntimamente enlazada con su historia y con sus más antiguas tradiciones, como la capital del mundo católico. Desde los más remotos tiempos del cristianismo, Roma ha sido el centro donde se ha mantenido como en una fuente purísima e inextinguible, esta consoladora devoción, y para cerciorarse de ello, aun sin hojear las páginas de su larga historia, basta con fijar la atención en las innumerables Iglesias y Basílicas Romanas, en las cuales por doquiera, se contemplan imágenes y santuarios dedicados a la Santísima Virgen, que han gozado desde los más remotos tiempos hasta hoy de una extraordinaria veneración.

La Divina Providencia destinó a Roma a ser la Sede de los Supremos Gerarcas de la Iglesia, y habiendo éstos desde los tiempos apóstolicos, aprobado y extendido la devoción a María, fácil es darse cuenta del enorme desarrollo que adquirió el culto tributado a las benditas imágenes de la Reina del cielo.

Cuarenta años ante del nacimiento de N. S. Jesucristo, en uno de los sitios más concurridos de la Roma antigua y en el lugar donde se congregaban los veteranos del ejército romano, en Trastévere, brotó súbitamente una fuente de aceite. Este fenómeno extraordinario que ha sido atestiguado por los historiadores paganos, contemporáneos al suceso, duró un día entero, y fué tal la abundancia del aceite que salió de aquel manantial maravilloso, que, abriendo un cauce, fué a vaciarse en el Tíber que corría a corta distancia de aquel lugar.

La profunda sensación que un hecho tan insólito provocó en la sociedad pagana de Roma, fué considerado por todos, como presagio Divino de que se preparaba algún acontecimiento trascendental que vendría a traer paz al mundo. En efecto, cuando aun se mantenía vivo el recuerdo de aquel suceso, nació en Belén el Mesías prometido que vino a salvar a la humanidad caída y en cuya cuna cantaron los ángeles «Gloria a Dios en lo alto de los cielos y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad» (1).

Por misterioso designo de Dios, el Redentor llegó a la tierra en el preciso momento en que reinaba una paz completa, pues en la Roma Imperial, capital del mundo, se habían cerrado las puertas del templo de Jano.

No había terminado el segundo siglo desde la muerte de N. S. Jesucristo, cuando en aquel mismo sitio famoso en que brotó la simbólica fuente de aceite, se alzaba la primera Iglesia en que se tributó culto público a María. El Papa San Calixto I pidió al Emperador Alejandro Severo, (cuya madre era afecta a los cristianos, y había hecho cesar por tal motivo la persecución de que éstos

---

(1) Otra Iglesia que goza en Roma de una gran celebridad es Santa María in Aracœli, que es considerada tan antigua como Santa María in Trastévere. Una piadosa leyenda perpetuada en Roma desde los primeros tiempos del cristianismo nos cuenta que el año 56 de nuestra era, en la noche siguiente al día en el que el Emperador Augusto, ascendió al Templo de Júpiter Feretrio, que se alzaba en el Monte Capitolino, con el objeto de ofrecer sacrificios a los dioses y saber cual sería su heredero en el Imperio, tuvo un sueño por el cual vió aparecérsele a la Madre de Dios con el niño en sus brazos, la cual le ordenó respetar aquel lugar porque andando el tiempo sería consagrado a su Divino Hijo. El Emperador deseoso de interpretar aquella misteriosa visión consultó los oráculos sibilinos y éstos le dieron la siguiente respuesta «que un niño hebreo, Dios y Dominador de los Dioses, descendido del cielo, dominaría al mundo». Como resultado de aquel sueño y de la explicación dada por los oráculos, el Emperador ordenó erigir un altar en ese templo con esta inscripción «Hœc ara Filii Dei est». Este altar es del Hijo de Dios. De esa inscripción nació el nombre de Aracœli, y poco más tarde, sobre las mismas ruinas del templo de Júpiter se edificó la antiquísima Iglesia, objeto de la mayor veneración, llamada Santa María in Aracœli.

eran objeto) que le cediera aquel sitio con el objeto de levantar allí un templo en honor de la Santísima Virgen.

Esa Iglesia que para mayor gloria de la Ciudad Eterna había de encabezar la innumerable serie de templos, en que andando los siglos, se honraría en los cuatros ámbitos del mundo el nombre de su celestial patrona, transformóse más tarde en la célebre Basílica llamada Santa María in Transtévere. Testigos mudos de tanta grandeza pasada, sus sacrosantos muros han visto desfilar en incansable fila pueblos y naciones que ya no existen, Pontífices, Emperadores, Reyes y Poderosos de la tierra que han llegado a su santuario en humilde peregrinaje; y desde cerca de 1.800 años, sus bóvedas milenarias han escuchado la plegaria de millares y millares de seres que han venido a arrodillarse ante sus altares, implorando la protección de la Reina de los Angeles y de los Hombres.

Santa María in Transtévere fué la primera Iglesia que se levantó para honrar a María Santísima, y no hay lugar alguno de la tierra que pueda disputar a Roma la honrosa e insigne preeminencia de su culto.

Numerosísimas fueron las Iglesias y Basílicas que continuaron levantándose en Roma bajo la advocación de María y desde los primeros siglos de persecución, los artistas cristianos nos han legado hasta hoy en las catacumbas restos de pinturas que representaban a la Santísima Virgen, para demostrarnos que esta devoción y el culto tributado a la Madre de Dios nació junto con el cristianismo y ha sido siempre el que ha estado más profundamente arraigado en el corazón creyente.

En las célebres catacumbas de Santa Pirixila se ve medio derruida por el transcurso del tiempo una imagen de María con el niño Dios en los brazos, la única que se ha podido conservar hasta nuestra época; y esta imágen pertenece a la mitad del segundo siglo.

Cuando la Iglesia después del triunfo de Constantino el Grande pudo salir a la luz del día, no sólo levantó magníficos templos, sino que, transformando los que servían a las divinidades paganas, los dedicó al culto del verdadero Dios. Y de todos los monumentos de la antigüedad, el único que se ha conservado intacto es el Panteón de Agrippa, cuya hermosa cúpula ha resistido inmune al embate de los siglos, y servido de modelo a Miguel Angel, el más grande de los genios del Renacimiento, para levantar, superándola con grandeza, la colosal cúpula de San Pedro.

En el año 606 de nuestra era, el Papa Bonifacio IV dedicó el Panteón a la Santísima Virgen bajo el nombre de Santa María Rotunda, y hoy día aquel bellísimo monumento de la civilización pagana, escogido por los reyes de Italia como lugar de su sepulcro, se honran con poseer las cenizas del más genial de los pintores religiosos, Rafael Sanzio, cuyas madonas, obras maestras de sublime inspiración, según el juicio de los críticos del arte, forman parte del patrimonio de la humanidad.

Hacia el siglo IV, durante el reinado del sumo Pontífice Liberio, un matrimonio de patricios romanos tuvo en la noche del 4 al 5 de Agosto del año 352, un misterioso sueño, por medio del cual la Santísima Virgen les indicaba emplear la cuantiosa fortuna que ellos poseían en levantarle en el monte Esquilino, en el lugar preciso en que encontraran nieve, una Iglesia donde pudiera ser venerada. Por su parte el Papa Liberio tuvo idéntico sueño y transladándose en procesión al sitio indicado, todos los asistentes se impusieron con asombro de que la nieve, a pesar de que era rigor del verano, cubría una parte considerable de la colina. En el espacio cubierto de nieve se tomaron las medidas del templo que iba a edificarse. Así nació una de las más ricas y hermosas Basílicas Romanas, Santa María la Mayor, la más grande de las ochentas Iglesias dedicadas a María que se encuentran en Roma, y doblemente famosa, si se considera que dentro de sus muros seculares se guarda, en la capilla Borghese, la imagen más venerada de Roma, Nuestra Señora de la Salute, que una piadosa tradición atribuye al pincel de San Lucas.

Desde el año 590 en que el Ilustre Pontífice San Gregorio Magno la declaró protectora de la Ciudad Eterna, en dos ocasiones extraordinarias de su historia, aquella imágen ha sido sacada en procesión por todo el pueblo Romano, para implorar su celeste protección y la Divina Misericordia se hizo inmediatamente sentir. La primera vez, a fines de la Edad Media, durante una epidemia de peste, la más pavorosa de que se tenga recuerdo y en que según la gráfica expresión de un contemporáneo, los vivos no bastaban para enterrar a los muertos. Mientras la venerada imagen recorría procesionalmente las desoladas calles de la ciudad, en las que reinaba el dolor y la muerte, vióse aparecer en lo alto de la Mole Adriana un Angel que guardando su espada en el forro cantaba «Reina del Cielo, alegraos, porque aquel que merecisteis llevar en vuestro seno resucitó como lo había anunciado: rogad a Dios por nosotros». En aquel mismo instante la peste cesó y en memoria de aquel hecho milagroso, esa mole imponente de la época pagana se transformó en el actual Castel Santo Angelo, cuya cima se ve coronada con la colosal estatua de bronce de un ángel en el momento de envainar su espada.

En 1571, durante el Pontificado de San Pío V, un formidable ejército otomano estaba listo para invadir la Italia, y la única esperanza que quedaba era la destrucción de la poderosa flota con que el Turco se disponía a transportar ese ejército. El Papa, ante la inminencia de aquel peligro, que amenazaba destruír la civilización cristiana al paso de las hordas vencedoras, ordenó preces públicas, y la venerada imagen de la Madonna de la Salute fué sacada solemnemente por segunda vez. Cuando la procesión llegaba a la Plaza de San Pedro, el Pontífice apareció en una de las ventanas y radiante de júbilo anunció al pueblo romano que en ese mismo día, la flota enemiga había sido destruída en Lepanto por la escuadra que mandaba don Juan de Austria.

En recuerdo de esa revelación extraordinaria el Santo Pontífice instituyó una nueva fiesta en honor de la Madre de Dios, y desde entonces se comenzó a invocarla en las letanías con el nombre de «Auxilium cristianorum».

La gran transformación operada en las artes y las ciencias por el Renacimiento, atrajo a Roma bajo los Pontificados de Julio II y León X una pléyade de artistas y de sabios; y la Ciudad Eterna, merced a la decidida protección dispensada por los Papas a este grandioso movimiento, se hizo el centro de la más brillante e intensa cultura artística. Como un hecho singular y digno de llamar nuestra atención, todos los grandes pintores de aquella época gloriosa sintieron en sus almas la noble emulación de pintar a María Santísima, y en ninguna época de la historia ha sido más fecundo el arte para representar la incomparable figura de la Virgen. Todos aquellos hombres, hijos de un tiempo de profunda fe, le rindieron el tributo de su gran veneración. Miguel Angel y Rafael, astros de primera magnitud, y cuyas obras son universalmente conocidas, le ofrendaron las primicias de su genio.

Como un precursor de todos ellos el Beato Angélico de Fiésole, que al decir de sus biógrafos, jamás tomó el pincel sin haber hecho antes oración, había pintado sus maravillosas madonnas que han sido la admiración de la posteridad. Sandro Botticelli, Gentile de Fabriano, dos admirables artífices de la Pintura religiosa, poseídos ambos de un ardiente amor por la Madre de Dios nos han dejado como joyas inestimables del arte y de la belleza sus preciosísimas madonas. En María fueron a beber su inspiración el Perugino, el Ghirlandaio, Julio Romano, Lucas Signorelli, Guido Reni, el Dominichino, Carlos Maratta y tantos más, cuyas telas enriquecen diversas Iglesias y son otras tantas fuentes de santas inspiraciones. Muchas obras de estos grandes artistas forman hoy parte de diversas colecciones en los Museos de Roma, pero al contemplar el conjunto de las telas que ellos idearon, claramente se comprende el enorme influjo que María tuvo en aquella época.

Como lo hemos dicho, los Sumos Pontífices, en todos los tiempos del cristianismo, han sido los grandes propulsores de todo cuanto haya tendido a honrar a la Virgen María. En el año 1095 el Papa Urbano II generalizó en Roma el oficio de la Virgen y le dedicó el día Sábado. Más tarde en el siglo XIII la Orden carmelita que tanto ha merecido de la Iglesia aportó como una celeste insignia el escapulario del Carmelo que ha sido tan popular en el orbe católico, y en 1332 el Pontífice XXII lo enriqueció con diversas indulgencias. En el mismo siglo XIII nació la devoción del Santo Rosario y doscientos años más tarde el Papa Calixto III difundió aquella poética práctica de saludar a la Virgen con el rezo del Angelus. Con respecto a los Papas de nuestra época, fresca está en la memoria de todos el recuerdo de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción que solemnemente promulgó el in-

mortal Pío IX el 8 de Diciembre de 1854. León XIII en dos de sus admirables encíclicas preconiza la práctica del rezo del Rosario. Pío X hizo añadir a las Letanías Lauretanas la advocación «Mater Boni Concilii» y el glorioso Pontífice Reinante Benedicto XV en medio del tremendo cataclismo que hoy azota al mundo ha levantado su voz para pedir a la humanidad que consiga de María la anhelada paz, y con este fin ha pedido que la invoquen, sobre todo por la boca inocente de los niños con el titulo de «Regina Pacis».

Antes de poner término a este modesto trabajo, y en la imposibilidad de dar un detalle completo de las diversas madonas que se veneran en Roma, he juzgado concretarme a las imágenes de María que en el curso del siglo XIX han gozado de la más alta celebridad. Ellas son la Madonna de la Gracia y Mater Admirabilis.

En uno de los altares laterales de la Iglesia de San Andrea delle Frate, rodeada completamente de ex-votos, se encuentra un bellísimo cuadro que representa a Nuestra Señora de la Divina Gracia. Avanza la Virgen sobre las nubes vestida de blanca túnica y de manto azul. En su cabeza brilla una corona real. Los brazos extendidos y de sus pequeñas manos abiertas, arrancan brillantes haces de luz que simbolizan las abundantes gracias que ella se digna derramar.

La celebridad de esta imagen se debe a la maravillosa conversión de Ratisbonne. Al costado del altar, en una gran plancha de mármol se lee en francés y en latín la historia de este prodigio que dice así: «El 20 de Enero de 1850, Alfonso Ratisbonne, de Estrasburgo vino judío obstinado. La Virgen le apareció tal como la ves aquí. Caído judío se levantó cristiano. Extranjero, lleva a tu tierra el recuerdo de la misericordia de Dios y del poder de María». Ratisbonne convertido se hizo sacerdote y fundó una congregación de misioneros. Desde aquella fecha, una serie constante de peregrinos de todas las naciones acuden a visitar el santuario de la Madonna de la Gracia, y son incontables los favores que ella ha deparado a los que la han invocado de corazón.

Sobre la muralla contigua a la Iglesia, en un amplio corredor del histórico convento de la Trinitá dei Monti existe un fresco que de tamaño natural representa a María en la graciosa edad de los 15 años. La Virgen aparece sentada hilando el lino en el atrio del Templo; a su derecha la cesta de labor y un libro entreabierto; y a su izquierda, sobre un vaso de cristal, un lirio inclina hacia la amable adolescente su flexible tallo. Esta sencilla e ideal composición es la imagen que todo el mundo conoce bajo el nombre de «Mater Admirabilis».

En el año 1844 una joven postulanta de la Congregación del Sagrado Corazón, sin grandes conocimientos de la técnica del pincel, dibujó y puso el colorido al hermoso fresco. Inspirada en una fe ardiente por María legó al Convento y a la Congregación de que formaba parte, la madonna ideada por ella, que ha concedido a sus devotos las más copiosas y celestiales bendiciones.

Dos años más tarde, en 1846, estando de visita en el Convento el Pontífice Pío IX, al contemplar el fresco y poseído de noble admiración por la imagen, exclamó: «es una piadosa idea la de haber representado a la Santísima Virgen en una edad en que parece haber sido olvidada». En aquel mismo instante le dió su bendición, y la colmó más tarde de extraordinarios privilegios e indulgencias por los breves apostólicos de los años 1849, 1854 y 1855.

Como respondiendo a las bendiciones pontificias «Mater Admirabilis» a partir del año 1846 ha obrado insignes y extraordinarios favores, y los archivos de la Trinitá dei Monti atestiguan una cantidad de hechos milagrosos que sin cesar ha concedido la Santísima Virgen.

Ha sido una envidiable suerte para mí, la de haber pasado seis años bajo el sagrado techo del convento que se gloría de poseer a «Mater Admirabilis» y conservo con sincero e íntimo placer el cariñoso recuerdo de aquellos dulces años en que siendo niña iba con profundo recogimiento a orar ante su santuario. Aquellas puras emociones de mi infancia y el amor que me inspiró la Purísima Adolescente del templo, han quedado grabadas en mi alma con caracteres indelebles. Nunca se podrá borrar de mi memoria el consejo que se dignó darme en una audiencia privada el Santo Pontífice Pío X, siendo entonces alumna de la Trinitá. «Vives hija mía, me dijo el Santo Padre, en la misma casa con «Mater Admirabilis», conságrale tu corazón y ella en recompensa te protegerá en todos los actos de tu vida». Desde aquel momento «Mater Admirabilis» ha sido la devoción preferida de mi alma.

María Santísima es la obra predilecta de las manos de Dios; fué vaso de elección entre todas las creaturas para recibir en su purísimo seno al Hijo del Eterno Padre y dar por ello cumplimiento al misterio de la Redención del Género Humano. Ella, la que presidió en el Cenáculo, el Colegio de los Apóstoles cuando el Espíritu Santo descendió sobre ellos en figura de lenguas de fuego, ha sido la más grande y la primera devoción del cristianismo. Los Romanos Pontífices no han cesado nunca de invocarla como a protectora de la Iglesia y la humanidad entera le ha entonado durante veinte siglos que lleva triunfante el cristianismo, un eterno cántico de alabanzas. María, al decir del ilustre Donoso Cortés, fué amada de Dios, servida de los ángeles, adorada de los hombres; nació sin mancha, salvó al mundo, murió sin dolor, vivió sin pecado.

Gloria inmortal han merecido los Padres de nuestra Patria cuando en momentos supremos para la vida nacional la invocaron y la honraron haciéndola Generala de sus Ejércitos. Que María como en aquellos días en que escuchó con benignidad las súplicas con que solicitaron su ayuda, y nos concedió la libertad de que gozamos como Nación Soberana, se digne otra vez derramar sobre la Patria, copiosas bendiciones, iluminando a sus mandatarios y conservando puras las nobilísimas tradiciones de fe y de patriotismo.

SECCION EDUCACION Y HOGAR



La Pta. del Congreso Mariano Señora Amalia Errázuriz de Subercaseaux, el Director de la Liga de Damas Chilenas y Pte. del Congreso Iltmo. Obispo de Dodona Monseñor Rafael Edwards en una sesión del Congreso.

La enseñanza y educación religiosa en los Colegios y Escuelas

Ana Luisa Prats Bello.

Como el homenage más hermoso que nos sea dado ofrecer a la Reina del Cielo nos convocamos hoy, aportando una flor de nuestro jardín, una idea de nuestro religioso espíritu, una semilla que confiadamente arrojamos a la tierra, es decir al alma de las generaciones venideras. Y cumpliendo nuestra misión de jardineras, después de haber sembrado, dejamos que el sol y el rocío, es decir la gracia de Dios en los corazones, haga lo demás. La labor del Congreso Mariano Femenino, será una bella página en la iniciativa religiosa, y nosotras, en la más dulce de las fraternidades cristianas, nos estrechamos unidas a sus pies al leer nuestros trabajos.

Trataré de seguir la senda que como experimentado piloto nos señala nuestro distinguidísimo director el Iltmo. Obispo señor Edwards, es decir, procuraré abarcar el hermoso asunto que me ha cabido en suerte con sencillez y claridad, y con la brevedad requerida por los 10 minutos, a cada tema acordados.

La importancia del asunto, su belleza, y su inmensa trascendencia, serían dignas de tentar una pluma mucho más experta y galana que la que estas líneas escribe: pero el grano de arena no es indiferente en la grandiosa obra del Creador.

La religión, penetrando como soberana en el ser infantil para formarlo, para imprimir en él las ideas, sentimientos, aspiraciones y normas de conducta que deberían regir su vida entera; y la manera como ha de estar basada esta enseñanza en los colegios y escuelas, así como el carácter que ha de revestir, para que dejando de ser una fórmula abstracta se convierta en espíritu y vida, todo este orden de cosas, y este encadenamiento de ideas requiere profundo y completo estudio e inteligencia luminosa, a fin de que la persona penetrada de estas verdades las revista de la forma ideal a la vez que concreta que su índole requiere, para que irradiando en las inteligencias conmueva también los corazones.

Dicho esto, y siguiendo el sendero con tanto tino indicado, es decir procurando que la exposición sea *breve y sencilla, terminada en conclusiones concretas y prácticas, ajenas a toda pretensión*

literaria; Pienso: que la misión del maestro o maestra es cultivar el gérmen Divino que Dios ha depositado en el alma de los niños, es decir, colaborar en la forma más elevada a la obra del Creador; y que para realizar este objetivo que requiere inteligencia, abnegación, y paciencia tanta, deberá tener siempre presente esta idea sencilla y fundamental: «Que el hombre debe vivir como ser *religioso, moral,* y *social*», es decir que su vida entera se reduce a estos tres términos: Dios, él mismo, los demás. La misión pues de los maestros deberá ser procurar a la infancia y a la juventud que se les confía los medios de desarrollar sus energías en razón de este triple objetivo. Habrá pues que enseñarle la ciencia de la religión y de la virtud ya que por sí solo no la sabe; habrá que formar su espíritu y su corazón: el primero con el estudio, el segundo con la piedad.

Este asunto grande, único, de importancia vital, tiene múltiples aspectos y debe ser tratado bajo todas sus faces, lo que no permite la premura del tiempo, por lo cual terminaré haciendo breves indicaciones que resuman el conjunto.

Para la instrucción religiosa de los niños tenemos el magnífico tratado compuesto por el Iltmo. señor Obispo Dn. Gilberto Fuenzalida Guzmán, denominado *Curso de Religión* dividido en tres tomos, que en su gradación se adaptan perfectamente a las diversas faces que recorre el desarrollo de la inteligencia de los niños y niñas. Si ese tratado llegase a ser perfectamente estudiado, comprendido y asimilado, la religión tendría profundas bases en la inteligencia y en el corazón de la joven generación que se levanta.

Lo que se necesita son maestros capaces de suministrar esta enseñanza, en forma de que adaptándose primero a la mente infantil, se engrandezca después con sus asuntos de trabajo, aplicándose respectivamente a la historia, a la apologética, a la moral, a la ética, elevándose así sucesivamente hasta abarcar en su magnífico conjunto, el más grande, el más bello, el único indispensable, el estudio completo de la religión.

Maestros idóneos, he ahí lo que hace falta, y yo pediría que esta enseñanza fuese, siempre que esto fuera posible, dada por un sacerdote, pues éste, hablando en general, tiene, y debe tener un conocimiento y un estudio catequístico religioso muy superior a los de un seglar. Para el profesor será también de gran utilidad el *Manual de Pedagogía Catequística,* del mismo autor a que anteriormente me he referido, libro que pedagógicamente considerado es una obra maestra.

Por último, pediría que en los grandes establecimientos de educación, y aun en los pequeños, se siguiera el año religioso y litúrgico, en forma de que, además del estudio de la religión arriba indicado, al acercarse alguna de esas grandes festividades que están diseminadas en el año y cuyo conjunto forma el encadenamiento de los Misterios de nuestra santa religión, se le-

yera a los alumnos convocados y en forma solemne alguno de esos magníficos sermones de Bossuet, de Bourdalaue, o de alguno de esos grandes autores a la vez místicos y filosófico-religiosos. Esas son perlas preciosas que están escondidas, y de las que casi nunca se echa mano en la educación filosófica y religiosa de los alumnos. Esos grandes genios iluminan el espíritu con resplandores ultra-terrenos, la impresión que causan en las personas capaces de comprenderlos es inefable y perdura.

Propondría así mismo, que todas las personas que asumen la alta misión de visitadoras de establecimientos de educación, ya sea fiscales o particulares, y las personas católicas que con cualquier motivos penetren en ellos traten de restablecer, o de implantar el estudio del Santo Evangelio; si no fuere posible haciendo leer o estudiar diariamente aunque fuera algunos versículos, por lo menos leyendo con suma atención, y si fuere posible comentando y explicando el del domingo correspondiente.

Y, a nosotras, mujeres católicas, nos corresponde hacer brillar el Evangelio, en nuestros pensamientos y en nuestras obras; y como todas o casi todas, nos dedicamos en una u otra forma, a la educación moral y religiosa de la juventud, echemos mano de los tesoros que para esto nos ofrecen, la filosofía, la literatura, las bellas artes, sobre la base firme de una sólida e intensa cultura religiosa.

Es necesario hacer comprender a la joven generación que estamos obligados a conocer a fondo nuestra santa religión, con el triple objeto de practicarla, defenderla y enseñarla. Que ella es lo más grande y santo, lo más bello y sublime, y que debe ser durante nuestra vida entera la luz de nuestra inteligencia y el guía de nuestra voluntad.

Creo que con un estudio en tal forma orientado y dirigido, y con la frecuentación de los santos sacramentos, nos ahorraremos el triste espectáculo de la ignorancia religiosa en la alta clase social, cuyos efectos son tan desastrosos para la persona misma, para la sociedad en general, y para todos los que, de cerca o de lejos, tienen que lamentar sus funestas desviaciones e incomprensiones y sufrir por ellas.

La instrucción religiosa de la mujer debe ser práctica

Rafaela Casas Cordero.

La religión ofrece remedios a todos los males, consuelo a todas las penas, castigo a todos los crímenes y premio a todas las virtudes.

«Ningún sistema de gobierno necesita tanto como la República de la Religión», dice Guizot. «Si la democracia moderna es mirada como el último término del progreso social, ninguna combinación política, ninguna ley por sabia que fuese, podría preservarla de sus propios excesos; si no hubiese en las ideas y en las costumbres un contrapeso capaz de balancear y neutralizar los efectos de los vicios inherentes a la naturaleza humana, que con tanta facilidad estallan en la democracia. Tal contrapeso no puede ser otro que la Religión». «El despotismo, agrega un notable pensador, puede prescindir de la fe religiosa pero nó la libertad. La sociedad perecería, sin duda, si al paso que se relaja el lazo político, no se estrecha el lazo moral. Qué seria de un pueblo dueño de sí mismo, si no depende de Dios? Son cosas inconciliables una completa independencia religiosa y una absoluta libertad política. Si el pueblo carece de leyes marcha a la servidumbre; pero si quiere ser libre es necesario que crea y espere lo que sólo la fe le enseña».

Los educacionistas modernos, en sus quimeras, quieren suprimir la enseñanza religiosa y reemplazarla por una moral sin Dios. Ellos gritan: «queremos que la escuela sea verdaderamente nacional, pues la concebimos como un medio de concordia entre los niños de todas las creencias que van a ella. Suprimamos los dogmas y las creencias metafísicas susceptibles de introducir divisiones. Cavemos profunda fosa a la enseñanza que atrofia la inteligencia infantil, que le impide conquistar por sí misma la verdad, que mutila el pensamiento y le enrostra desprecio profundo a su calidad de hombre libre, convirtiéndolo en un vil esclavo».

Pero contestaremos a tales maestros diciéndoles que la Religión es una base indispensable en que deben estribar todas las disposiciones y costumbres que conducen a la prosperidad política de un país.

Los magistrados que dirigen los rumbos de las naciones, inútilmente reclamarían de cada ciudadano el tributo de patriotismo, si arrancan de la enseñanza la instrucción religiosa.

El hombre que derribase de su centro a la Religión, troncharía el firme apoyo en que descansa la felicidad humana; oscurecería el horizonte de los destinos de cada hombre y de la colectividad en general.

La felicidad pública y privada trae su origen de la Religión porque la Religión es la fuente misma de la moral más pura, y jamás nos aventuraríamos a suponer que la moral se puede practicar sin la Religión. La razón y la experiencia confirman que la moral nacional no puede prevalecer, excluyendo los principios religiosos.

El hombre necesita ser moral para ser feliz y hacer la felicidad de la familia, de la sociedad y de la Patria, y no puede ser moral si no es religioso.

¡Maestras católicas! al pie de los altares de la Reina del Carmelo hagamos la promesa formal de no aceptar jamás la enseñanza laica. La Religión de Cristo enseñada por nuestros padres, practicada fielmente durante el curso de nuestra vida, ligada a ella íntimamente desde que se vació sobre nuestras frentes las regeneradoras aguas del bautismo, no podríamos desprendernos de ella sin desprendernos de nosotras mismas. Todas las células de nuestro organismo, todas las fibras de nuestro corazón, las moléculas todas de nuestra sangre llevan impresa con caracteres indelebles la ¡Religión!

Demos una rápida mirada al estado en que se halla la "Enseñanza Religiosa" en algunos establecimientos de la Nación exclusivamente femeninos.

La enseñanza religiosa dada en los colegios congregacionistas debería ser el non plus ultra de lo que se desea alcanzar. Desgraciadamente no siempre es así, porque en la práctica no se ven los resultados que debían esperarse.

La joven que abandona las aulas de un colegio de monjas, salvo excepciones, debe poner en práctica los conocimientos teóricos de la enseñanza religiosa. Encuadrar su vida a la ley de Cristo que es la ley de sacrificio y de abnegación. Cierto es que los caminos quo a El conducen no están sembrados de flores, sino de espinas; pero quien ha recibido una instrucción sólida en los principios religiosos, no trepida en seguir a su maestro por la estrecha senda que le ha trazado. La joven que abandona las aulas de unc olegio de monjas, debe presentarse en la sociedan emulando por la sencillez y la modestia. Más de alguna vez sale sedienta de brillar en los salones del gran mundo, hacerse conocida no por sus virtudes que son muy escasas, sino por insólita elegancia, deslumbradora belleza, méritos de cuna y de fortuna.

La enseñanza religiosa, dada por religiosas, debe ser práctica. La impresión que las niñas saquen de tales colegios debe conducirlas a practicar el bien. A dar una mirada a los que sufren, a no ser cómplice en dilapidaciones de su fortuna, a unirse en empresas piadosas, y sin orgullo mirar a los que están colocados en una esfera inferior.

Llenas de entusiasmo deben engalanarse con el atavío de las buenas obras; de los generosos sentimientos, de eficaces anhelos por el bien de la humanidad. Actuando así en la época florida

de la juventud, llegarán sin temores al medio día, pasarán tranquilas y serenas a la tarde de la existencia, contemplando el día que terminó sin temores; y mirando a su alrededor como aureola de luz sus hijos, ornamento de su hogar y de la Patria; y con la conciencia del deber cumplido saborearán los sabrosos frutos cosechados en perenne labor.

La cátedra de Religión en los Liceos de Niñas está a cargo de un sacerdote, generalmente persona muy bien preparada para el desempeño de tan importante asignatura.

Las niñas que acuden a los Liceos, casi en su totalidad, pertenecen a familias católicas y como excepciones se cuentan las que profesan credo religioso contrario al catolicismo.

Las niñas en esta clase son atentas, aprovechadas y estudiosas. Guardan a la dignidad del profesor profundo respeto.

Pero la religión no tiene un lugar entre los exámenes válidos; en el seno de la familia no hay esa preocupación por interesarse en un examen lucido, y cierto grado de indiferencia debilita el entusiasmo de la alumna.

Lamentable es que no se reúnan todos los medios para grabar los principios religiosos en esta agrupación social, destinada a culminar en las clases por definida posición de linage y de fortuna.

Las alumnas que terminan el curso de humanidades pasan a formar parte de la sociedad. No se necesita de vista muy perspicaz para ver que la dama que hace su estreno en el «Gran Mundo» no es la mujer fuerte de la cual nos hablan los libros santos. La vemos pueril en sus gustos, frívola en sus amores, versátil en sus ideas y rutinaria en sus prácticas.

La instrucción religiosa en la mujer debe ser la piedra angular que sostiene firme e inconmovible el edificio social. La mujer que abre las puertas de un hogar debe instalarse en él protegida por un doble escudo de ciencia y religión, caudal que necesita para la formación de la familia que debe entregar a la sociedad.

«La mujer, maestra por excelencia, educa al niño y lo guía desde la cuna hasta que lo entrega desarrollado a la sociedad, y dominado por las ideas y sentimientos que ella ha grabado en su alma. La madre subyuga el corazón del hijo mediante el raudal de afectos con que le estrecha entre sus brazos, y desde que el desenvolvimiento físico permite a este último balbucear algunas palabras no son otras las que pronuncian sus labios, sino las que la madre le enseña y le repite en medio de tiernas y constantes caricias. Se puede ver como desde el primer instante el ñino va formándoso la noción de Dios y del Deber en el sentido que la madre se lo inspira».

Donde la mujer ha ilustrado su espíritu en las verdades sublimes de la Religión, ahí sin duda se desarrollan todos los sentimientos nobles y generosos que forman la grandeza del alma humana; ahí posa el bienestar social y ahí se presenta el hogar con todos los dulces atractivos que él encierra y allí se cultiva y se mantiene

vivo el amor a la Patria que impide que planta extraña oprime el suelo en que nos alumbró la luz por vez primera».

La enseñanza religiosa dada en las Escuelas Normales de Preceptoras es ideal.

La cátedra está servida por un sacerdote designado por el Obispado.

La autoridad eclesiástica, profundamente interesada en la formación de las futuras maestras, elige al profesor entre los más cultos, más instruídos y más virtuosos sacerdotes.

Este da sus lecciones dentro de los principios pedagógicos y metodológicos exigidos por el Establecimiento.

La alumna normalista recibe, en esta materia, gran caudal de conocimientos, para comunicarlos a sus educandos cuando ejerza la profesión.

La segunda parte de la preparación consiste en la enseñanza especial de la Metodología de la Religión, cátedra que desempeña la Sub-Directora de la Escuela de Aplicación anexa a la Normal.

Tercera parte, la alumna normalista recibe un tema de Religión, lo elabora por escrito y lo entrega a la Sub-Directora para su corrección.

Corregida la lección, la alumna estudia su preparación y en seguida hace la clase a las alumnas de la Escuela de Aplicación.

Trabaja en presencia de la Directora del Establecimiento y de la Sub-Directora, del profesor del ramo y la profesora jefe de la sección.

Cuarta parte, tiene la conferencia crítica en que se hacen notar las faltas cometidas en el lenguaje, en el método, en la materia, etc.

En seguida se procede a la votación para dar buena o mala note, según merezca el trabajo.

La deficiencia de esta enseñanza se encuentra en la Escuela Primaria que pasamos a observar.

Hemos visto la atención especial que presta la Escuela Normal a la enseñanza de la Religión; pero muy doloroso nos es confesar la marcada deficiencia que se nota en la Escuela Primaria.

La normalista consume sus fuerzas si se trata de adquirir conocimientos en ciencias naturales, históricas, matemáticas etc.; pero no se desvela por los éxitos de la enseñanza religiosa.

Hay algunas que faltando a la verdad dicen: «No sé enseñar religión, porque no he aprendido el arte de comunicarla».

Otra dice: «es un tema tan difícil, tan árido, tan abstracto. A las niñas no les gusta esta enseñanza, se duermen en la clase».

¡Maestras Normalistas, pensad un momento que faltáis a la verdad! ¿Dónde ha quedado esa larga preparación que se os dió para que trabajaseis concienzudamente en esta asignatura?

Pensad que vuestra responsabilidad es inmensa y Dios os pedirá cuenta de esta omisión en su servicio!

Esta enseñanza no es difícil, ni abstracta, ni árida, si la da una maestra que sienta amor a Dios y al cumplimiento del deber.

Grave falta comete la maestra que por negligencia no prepara sus lecciones para darlas de viva voz y entrega en manos de las ninas un texto de virtudes catalogadas, que leen siendo incomprensible a su inteligencia infantil.

Esta es la puerta que se deja abierta al enemigo para que salga a pregonar que tal enseñanza es nula, que no forma hombres morales ni conscientes de sus deberes, y es una aberración gastar tiempo y dinero en lo que no reporta beneficio alguno.

Si la maestra considerase un momento la trascendencia de su misión, y reuniese todas sus fuerzas para instruír a las masas populares en los sanos principios de la Religión, otro sería el progreso moral del país. A ella se le ha confiado el pueblo para que lo levante en su nivel moral e intelectual, y si en la práctica no se realiza este anhelo, la Patria tiene derecho a considerarla causante de sus extravíos.

Si la maestra va a tratar la excelencia de la Oración, contará a las niñas la oración del publicano y del fariseo, la de la hija de Jairo, la de la mujer cananea. Dará ejemplos de la vida práctica y deducirá la moral correspondiente.

Si va a tratar uno de los mandamientos de la ley de Dios, por ejemplo el séptimo mandamiento, hará la enseñanza del robo; explicará las distintas clases de robo; los perjuicios causados por el robo; la obligación del que roba; los castigos que merece el que roba. Todo lo explicará por medios de ejemplos de la Historia Sagrada y de la vida práctica, deduciendo la moral correspondiente.

Si va a tratar uno de los sacramentos, por ejemplo: la Confesión, explicará a las niñas los puntos necesarios para acercarse a la fuente de aguas purificadoras, y cómo deben conseguir las gracias que comunica el sacramento cuando se recibe con las verdaderas disposiciones.

Ojalá estuviese la maestra en la convicción de una célebre escritora que, al hablar de la confesión, decía:

«La confesión es el eje en torno del cual giran al mismo tiempo nuestras virtudes para consolidarse y nuestros vicios para destruírse.

«Es la mina fecunda en que adquirimos el valor para el bien; ella es el crisol que purifica; es el hilo eléctrico por el cual nos comunicamos instantáneamente con el cielo; es el canal del perdón y de las gracias, y así mismo el resumidero que nos desembaraza del pecado y sus consecuencias».

Para la enseñanza de la Religión en la escuela primaria, escribió el Iltmo. señor don Gilberto Fuenzalida su catecismo excelente. La maestra tiene en él un recurso poderoso, y sólo se le pide un poco de buena voluntad para asimilarse las lecciones, y trasmitirlas a las niñas con el calor de su palabra.

Impresionándolas, porque toda enseñanza debe salir del corazón para llegar al corazón y producir benéficos frutos.

El Colegio y la Familia

M. Mercedes Vial de Ugarte.

La familia y el colegio son los educadores del niño.

La familia influye más directamente en los sentimientos del corazón, y el colegio en la formación del entendimiento; pero estas dos entidades deben marchar en perfecto acuerdo para que den un resultado satisfactorio.

Es la educación el lema más discutido, porque nada hay más interesante que la formación moral y física del ser humano.

El niño, es la esperanza, el porvenir; la grandeza futura de la patria; y la niña, el ángel que guardará siempre viva la llama del hogar.

Por eso los pedagogos ponen todo su conato en descubrir cada día nuevos sistemas que hagan fáciles y amenos los rudimentos de la ciencia; y los filósofos y los moralistas estudian los medios de dirigir la voluntad; *el don más preciado del hombre.*

Pero la responsabilidad de la educación atañe a los padres de familia, que son los que tienen que dar cuenta al Creador del tesoro que les ha sido confiado.

Muchos al colocar a sus hijos en el colegio averiguan tan solo si en aquel plantel de educación se siguen los últimos sistemas pedagógicos, y no se preocupan de quienes serán los maestros que, juntamente con los primeros destellos de la ciencia, han de sembrar en sus hijos la buena o la mala semilla.

No se quejen entonces, si al despertar de las pasiones, el niño no acepta reconvención alguna, y negando la responsabilidad moral achaque sus malas acciones a la herencia o al atavismo; y si la niña, menospreciando los ejemplos de las virtudes de sus madres, buscan una respuesta a su falta de sentido moral en la filosofía nebulosa y antojadiza de Emerson, Bergson e Ibsen.

No quiero probar con lo antedicho que no se deba dar importancia a la pedagogía. Muy al contrario, sería de desear, que en todos los colegios se pusiesen en práctica las reglas conducentes a hacer el estudio de las ciencias fácil y comprensivo, y se diese su debida importancia a la higiene y a la distribución de los horarios, para no fatigar con estudios prolongados la mente del niño. Pero como no me creo autorizada para señalar el camino a las personas de alta ilustración, me limitaré a tratar por ahora de las relaciones que deben existir entre la escuela y la familia del proletario.

Grave problema es el de la educación; y los chilenos no nos podemos quejar de la importancia que se le ha dado en nuestro

país; pero talvez por estudiar altas cuestiones, se ha descuidado lo que aparecía como insignificante. Así, en las escuelas primarias se nota, mucho que sóbra y mucho que falta.

Adoptando para ellas un programa muy semejante al de los colegios de educación secundaria, no se han tomado en cuenta las necesidades del proletario, ni se han estudiado detenidamente las circunstancias del país.

Se ha querido dar un salto violento, al pretender colocar a nuestro pueblo a la altura de los pueblos europeos, siendo que la civilización tiene que avanzar paulatinamente. A más de que en esos viejos países, los monumentos, los museos, las tradiciones, que de viva voz se trasmiten de padres a hijos... todo en fin, abre campo al desarrollo de las ideas, sin que la ilustración sea obra exclusiva del colegio.

Al niño se le retiene actualmente en la escuela más tiempo del necesario, fatigando su mente, con aprendizages inútiles para la vida del trabajo, que es la vida del pobre, y que por no tener aplicación, tendrán que olvidarse.

El corto tiempo de que dispongo, no me permite un estudio más detenido sobre esta materia; pero quiero presentar a grandes rasgos el triste espectáculo que nos ofrece la familia del proletario, donde se han introducido las escuelas, sin negar, la responsabilidad, que en estos males también atañe a la alta clase social, cuya corriente corruptora, tiene que repercutir en los desheredados de la fortuna.

Aquellos hogares tan respetables en medio de su pobreza, que se veían en tiempos pasados, solamente se encuentran ya en puntos muy distantes de los grandes centros, y donde se puede decir que, aún no ha penetrado la moderna civilización... Hogares que nos recordaban los tiempos bíblicos, en que la palabra del padre no tenía réplica y en que la madre al ejercer una especie de soberanía en su modesta choza, era a la vez muy amada de sus hijos.

Todo eso ya se fué, y el hijo no pide ahora reverente la bendición de su padre antes de emprender el trabajo.

Muy diferente espectáculo es el que vemos... Donde habita una niña, vestida como una señorita, vive también una mujer andrajosa, que le lava y surce la ropa y además le guisa la comida... esta mujer es su madre; y como la niña se está educando hace esfuerzos sobrehumanos, para que se presente ante sus compañeras tan elegante como ellas, y no tenga de que avergonzarse... Mientras un padre de familia trabaja al rayo del sol, para proveer a sus hijos del alimento necesario en el invierno; un muchacho que, es su hijo, acicalado como un señorito, vaga por la ciudad en busca de colocación decente (como ellos dicen) o de un empleo que le eleve de situación y sería apropiado para un joven de otra condición social: si no lo obtiene, prefiere estarse ocioso *porque él se educó* no puede rebajarse ocupándose en las faenas de su

padre... ¿Que así contraerá deudas?... En este caso escribirá a su padre para que venda la yunta de bueyes o la carreta; o a su madre, quien bien puede desprenderse de esas dormilonas de oro, regaladas por su esposo el día de las bodas y en las que tiene tanto orgullo... ¿Para qué le sirven a ella estas cosas?... El es muy diferente. Tiene que presentarse como es debido. Solamente así podrá llegar a ser algo... ¿Y la muchacha?... Ya se educó, y naturalmente ha de avergonzarse de su madre... Si saben que es hija de aquella infeliz, que apenas tiene con que cubrirse, no le dirán señorita, ni le sacarán el sombrero al pasar... Y lo que gana donde la modista ¿cómo podría dárselo a su madre, si apenas le alcanza para su indumentaria?... Y no hay para que ahondar más... Todos saben adonde van a parar estas infelices.

Se me dirá... ¿Qué relación hay entre estos males y la escuela?... Me atrevo a contestar que en gran parte provienen de ella.

Si el niño recibe una educación superior a su medio, o inadecuada para sus necesidades, tendrá que buscarse otro ambiente, y querrá salir de su condición.

A los muchachos del pueblo en vez de lecciones técnicas, cuya aplicación exige mayores conocimientos, más le valdrían ciertas enseñanzas prácticas que los ayudasen a desempeñarse con acierto en las artes mecánicas o en los trabajos agrícolas... ¿A la campesina, de qué le aprovechará aprender danzas, si no está estudiando para bailarina, en vez de aprender a cuidar su huerto, o a mezclar los abonos para el cultivo de las hortalizas? Y a la muchacha de la ciudad ¿no le sería más provechoso aprender a lavar con maestría, o coser primorosamente una camisa, que ejecutar esas obras de gusto refinado, que por lo costoso de los materiales siempre han sido del dominio de la alta dama?... Útil y educador es por cierto formar el buen gusto; pero a todos y principalmente al pobre, se les debe demostrar que la belleza no está en el lujo sino en la armonía de las cosas. Así, sería de gran utilidad que los niños aprendiesen a colocar vidrios, a componer los muebles desvencijados, y a saber darles una mano de pintura o de barniz etc. En fin a saber hermosear y hacer amable el interior de su casa.

No se crea por lo antedicho que encuentre censurable que el pobre desee elevar a sus hijos de condición. Dueños son de hacerlo los que cuentan con medios para ello. Sobre todo si notan en sus niños disposiciones sobresalientes... Para esto están los liceos, donde se les puede preparar para obtener más tarde una carrera; pero las excepciones no hacen regla; y las escuelas, cuyo principal objetivo es que no hayan analfabetos, no se han hecho para las excepciones, sino para el mayor número.

Lo que repruebo es que se despierten aspiraciones irrealizables, que sólo sirven para formar seres desgraciados o perversos.

Problemas son estos de la educación tan complejos, que necesitan estudio y maduro examen; sin embargo hay reformas de ventajas indiscutibles y de fácil solución, y son estas en las que

debemos poner nuestro empeño, mientras los dirigentes de la enseñanza se dan tiempo para solucionar otras cuestiones. Desde luego salta a la vista que el hijo de familia pobre, no tiene para que estarse todo el día en el colegio, para aprender lo que necesita, y que debe acostumbrarse desde pequeño a ayudar a sus padres, no mirando con menosprecio las faenas en que estos se ocupan.

Cuántas veces una pobre viuda se encuentra en la precisión de colocar a sus hijos en internados o asilos, que le demandan desembolsos, porque no puede entrar a servir en casas de familia, donde no la quieren admitir con niños que consumen alimento sin prestar ninguna ayuda; mientras que si estuviesen en la casa una parte del día, se podrían ocupar en muchos menesteres y ganar un corto sueldo... Así la madre no se iría desligando de sus hijos, que a veces son un resguardo para su moral... Si los padres son obreros o campesinos, los muchachos irían aprendiendo insensiblemente a ser agricultores, carpinteros, albañiles etc. sin verse aquéllos, como actualmente pasa, en la disyuntiva de o no enviar sus hijos a la escuela o privarse de su ayuda que les es a veces, casi necesaria.

Educándose y trabajando a la vez, comprendería el niño que no hay dos especies de hombres... Unos sin más horizontes que ganarse el pan de cada día, trabajando como bestias de carga y otros que, por haberse educado deben ser oficinistas para poder acercarse a otras capas sociales.

Uno de los remedios para impedir estos males sería el de las escuelas alternadas en las que una parte del día se consagra a los niños y la otra a las niñas. Esta medida consulta además la economía no solamente del local que, podría utilizarse para niños de ambos sexos, sin menoscabo de la moral, sino también la de útiles de escritorio, mapas, bancas, etc.

Estando el niño pocas horas en la escuela, no volvería a su casa con la mente fatigada por el exceso de trabajo mental. Comunicaría a sus padres las ideas que hubiera adquirido y estos se civilizarían a la par de sus hijos.

Por eso decía que, el colegio y la familia no deben perjudicarse mutuamente, si no se quieren crear situaciones equívocas, o formar pillos, anarquistas o perdidos... El hombre que desconoce los afectos de familia no puede ser hombre de bien ni buen ciudadano.

La Virgen del Carmen que tanto ama nuestro Chile, nos ayudará a obtener estas reformas, inspirando a nuestros dirigentes mayor consagración al estudio de las verdaderas necesidades de nuestro pueblo, para que al difundirse la enseñanza, no venga ésta a desatar los lazos de la familia, base de la moralidad y de la grandeza de las naciones.

La necesidad de preparar maestras cristianas

Rosa García Guerrero.

La enseñanza de la juventud de ambos sexos, especialmente la de las niñas y jóvenes, está francamente desquiciada en nuestro país y este desquiciamiento no es nada más, que una consecuencia de la falta de sentimientos cristianos en los educadores de la niñez.

En nuestro país se estima, casi como regla general, que los maestros para ser buenos deben exhibir títulos que acrediten su competencia pedagógica en geografía, en historia, en matemáticas y en lenguas extranjeras, en ciencias naturales y en castellano.

Pero los padres de familia católicos, no se dan por satisfechos con que sus hijos sean instruídos en los diversos ramos del saber. Aspiran, ademas, y sobre todo a que salgan del Colegio perfectamente educados; y la educación, en su acepción más amplia y completa, no es más que la lucha perseverante y metódica para obtener la virtud.

El profesorado fiscal, en su gran mayoría, viene de la Escuela Normal o del Instituto Pedagógico, que no son, ni preteden serlo, escuelas de virtud, sino simples planteles donde se cultivan con algún esmero todas las ciencias humanas.

Virtud, mucha virtud, todas las virtudes posibles es lo que debe exigirse, antes que nada, a los maestros de la niñez, de la adolescencia y de la juventud.

El niño no es tan solo un entendimiento en desarrollo; es también una voluntad y un corazón que principian a formarse.

Es una tarea relativamente fácil dotar a la inteligencia de los jóvenes de los conocimientos que les faltan; puede acometerla con cierto éxito, cualquier persona ilustrada que la emprenda con algún empeño y con verdadera honradez, es decir, sin falsear, ni calumniar a la ciencia.

En esta tarea, la palabra del maestro puede ser suplida por las letras mudas de un buen texto de estudios. Pero ¡formar el corazón! He aquí la grande empresa. El corazón del niño contiene en gérmen todas las virtudes y también todos los vicios.

Los educadores de la niñez no se dedican hoy a la verdadera tarea que les está encomendada, descuidan la formación del niño, no aplican el criterio cristiano en sus enseñanzas y olvidan que toda labor educacionista es estéril y perniciosa si no va acompañada de la moral sana, de aquella que instituyó Dios para que sirviera de norma a la humanidad.

Descristianizada la educación e indiferentes para con Dios y para con sus enseñanzas los educadores, es un oscuro porvenir el que se dibuja para la niñez, especialmente para las niñas y jóvenes que deben beber en las aulas las más saludables y rígidas enseñanzas de la moral cristiana, única manera de que lleguen a ser buenas hijas, buenas madres y excelentes esposas.

Se debe la indiferencia de los educadores para con Dios y sus preceptos, a nuestro juicio, al desconocimiento de las virtudes cristianas, de la moral cristiana y de la influencia sana y bienhechora de la religión.

En pocas palabras, el profesorado, en su mayor parte, no tiene hoy preparación para esta obra.

La simple clase de religión y de moral cristiana que da el sacerdote en los planteles de educación, no es suficiente para que ejerza profunda influencia en el corazón y en el ánimo de los educandos. Reglamentos dictados mirando más bien conveniencias de otro orden, han restringido la verdadera misión del sacerdote en el colegio y al amparo de esta restricción es que muchos maestros contrarrestan la labor del religioso.

Situaciones que imperan por el momento, hacen difícil conseguir para el sacerdote una influencia más profunda; es pues, necesario proceder en otra forma y, a nuestro juicio, es preciso hacer una obra más intensa cerca del profesorado, procurando crear a la maestra cristiana, piadosa y virtuosa que con la palabra y el ejemplo predique moral de Dios a sus alumnas.

Se podría a nuestro entender intentar el medio de que el sacerdote, a la vez que instruye en religión a las niñas y jóvenes, complete su obra infiltrando estas mismas enseñanzas, en grado superior, a las propias maestras, tratando de formarles sentimientos cristianos y preparándolas para que ellas sean una prolongación de la labor del sacerdote en las aulas.

Conferencias dadas, con la mayor asiduidad posible, a las maestras sobre tópicos de religión, creemos que pueden formar estos sentimientos cristianos y prepararlas sólidamente para que ellas las trasmitan permanentemente a sus alumnas.

Sin perjuicio de esto y como un medio de más eficacia, procurar que tomen más incremento las Escuelas Normales católicas que sostiene el Arzobispado de Santiago o la iniciativa particular, extendiendo las facilidades que hoy se dan para que estos planteles den igual o mayor rendimiento que el que dan las Escuelas Normales del Estado.

Necesidad de que los Colegios y Escuelas Católicas

continúen su acción sobre las ex-alumnas

Adela Edwards Salas.

Las directoras y maestras de las Escuelas Católicas se desvelan y gastan sus energías para formar de sus alumnas mujeres verdaderamente cristianas, preservándolas de todo aquello que pueda empañar su pureza y evitándoles el contacto con el mundo vicioso que las rodea y ellas, al concluír sus estudios se sienten llenas de fervor y deseosas de salir al mundo siendo apóstoles de la moral cristiana; pero la atmósfera saturada de piedad y en que la idea del bien y de la justicia reina en todas partes, se cambia pronto para ellas por otra en que desgraciadamente se da muchas veces el nombre de bueno a todo aquello que trae conveniencia material y en la que se respira el ambiente de la sensualidad y del amor desenfrenado al lujo y a los placeres; es, por consiguiente, entonces cuando nuestras niñas más nos necesitan, y es indispensable que antes de retirarse de la escuela las dejemos enlazadas a ella por medio de vínculos que las atraigan y las unan para siempre a esta casa donde aprendieron a amar lo puro y a aborrecer el vicio; para esto basta un poco de abnegación y buena voluntad, o más bien dicho, se necesita el amor recíproco entre las educadoras y las educandas, amor fundado en Dios y que hace todo sacrificio llevadero y fácil.

La base de toda sociedad de ex-alumnas debe ser la piedad; es lo que más necesitan y lo que más las atrae; tengamos, pues, en las escuelas una Congregación del Sagrado Corazón o de la Santísima Virgen, a la cual ingresen las alumnas en los últimos años de estudios y que tenga una acción para las ex-alumnas, a la cual ellas consideren que es un deber pertenecer al retirarse de la escuela. Esta Congregación tendrá por lo menos una reunión mensual con su Misa y Comunión y su conferencia dada por un Director que conozca las necesidades de las congregantes. Naturalmente, no es esto lo suficiente tratándose de niñas jóvenes, que necesitan entretenciones y que deben reemplazar con las honestas que les proporcionemos, las inmorales que el mundo les ofrece. Con este fin, es de desear que en todas las escuelas católicas se funde el Patronato Dominical, en el cual debe haber por la mañana Misa, sea en la escuela o en la Iglesia más cercana, y en la tarde juegos, música, cantos y comedias. Estas son preparadas fácilmente por las mismas niñas; agreguemos a esto algunos paseos, rifas y premios para las más asistentes y habremos encontrado

el medio de tenerlas a nuestro lado y de darles la alegría sana que necesitan; debemos preocuparnos también de su instrucción religiosa y de que se perfeccionen en el arte o carrera que hayan escogido; para esto la escuela tendrá una pequeña biblioteca para sus ex-alumnas, la que ellas mismas se irán preocupando de incrementar, porque, cuando tomen cariño a su obra, son más generosas que las ricas, y su desprendimiento muchas veces enternece. A esto agregaremos algunas conferencias religiosas, patrióticas o sobre el ahorro, dada por alguna de ellas o por personas que quieran hacerles el bien. Estas conferencias serán uno de los números de los Patronatos Dominicales. Por último, a la Congregación que pertenezcan agreguemos una sociedad de socorros mutuos en la que, mediante una pequeña cuota, reciban socorro en las enfermedades, alguna pensión en caso de imposibilidad para el trabajo, regalo de bodas, etc. .

Por lo general las jóvenes no tienen gran entusiasmo por estas sociedades, pero hay que enseñarles a ser previsoras e infundirles amor al ahorro.

Como cumplimiento de obra y parte muy principal de ella viene la ayuda material y, sobre todo, moral que el grupo de directoras debe prestar a las socias cuando necesiten trabajo, tengan alguna aflicción, sean víctimas de la injusticia y, sobre todo, cuando se encuentren en algún peligro moral. Hagámosle ver que se les quiere sincera y desinteresadamente, que se goza estando con ellas; oigámosle sus penas y alegrías, entristeciéndonos y alegrándonos realmente con ellas, y estemos dispuestas a dar nuestra vida antes que dejarlas caer en el abismo. Valgámosnos del consejo cariñoso y no vacilemos ante los sacrificios que la caridad cristiana nos sugiera; seamos madres de nuestras ex-alumnas y hagamos por ellas lo que sólo éstas saben hacer: amar con amor tierno y desinteresado, sin cansarnos por las ingratitudes, ni desalentarnos cuando el éxito no nos acompañe.

Hemos hablado de la necesidad que tienen las ex-alumnas de las escuelas; debemos ahora decir dos palabras del bien que las escuelas sacan de estas asociaciones. Las ex-alumnas son el barómetro que marca los frutos que de ellas se saca; por consiguiente, para ordenar sus rumbos cristiana y pedagógicamente necesitamos ver de cerca las deficiencias que haya tenido la educación que les hemos dado; debemos estudiar en ellas los defectos que principalmente se deben corregir en las alumnas, los medios de que debemos valernos para formar su personalidad moral, y prepararlas mejor para la vida, y los conocimientos que en su carrera más necesitan.

Convenzámosnos que una escuela que abandona sus ex-alumnas, hace lo que haría una madre que dejase correr solas por el mundo a sus hijas en la edad del mayor peligro. Entusiasmémonos por esta obra cuyo fruto será el formar a las futuras madres que enseñarán a los chilenos a amar a Dios y a su patria.

Al tratar el tema que el Congreso Mariano me ha designado, debo hacer presente que sólo he hablado de las ex-alumnas de las escuelas, dejando los colegios de señoritas para otras personas que tengan más experiencia de lo que ahí se hace; yo me he limitado a hacer conocer lo que, con bastante éxito, se pone en práctica en la Escuela de Santa Teresa, la que cuenta con una sociedad de ex-alumnas muy numerosa y entusiasta. La mayor parte de sus socias comulgan todos los Domingos en la capilla de la escuela y son las principales cooperadoras de la obra. Hoy día hay un núcleo de ellas que se sacrifica y paga con creces a la escuela lo que ésta hizo por ellas.

No se me oculta que en las escuelas elementales esta obra es inmensamente más difícil, puesto que, por regla general, las alumnas mayores sólo alcanzan a los doce o trece años; me parece que en primer lugar sería conveniente tratar de retener a estas niñas en los establecimientos por medio de talleres de costuras, en que ellas ganen lo que trabajan, como se hace en la Escuela Victoria Prieto y en algunas otras, y que además en todas ellas debería existir el Patronato Dominical al cual se invitaría a todas las alumnas que se vieran obligadas a ir a concluír sus estudios a otra escuela. Este es el único medio de aprovechar los sacrificios que con tanta abnegación las directoras y visitadoras hacen por sus obras; porque si tienen que abandonar a sus niñas a los trece años ¿qué otra cosa han hecho sino ahorrar gastos a las escuelas donde vayan a concluír sus estudios que las recibirán en la edad en que realmente son capaces de formar su personalidad y tener ideas propias? Todos los trabajos serán inútiles y sus ex-alumnas serán lo que quieran hacer de ellas sus nuevas maestras. Por eso, en Francia y en todos los países de Europa, donde los católicos no pueden hacer frente a las escuelas laicas, se fundan patronatos que son una maravilla por los frutos que se obtienen; ellos salvan el alma de miles de niños cultivando su corazón para Dios y para la virtud.

Bibliotecas y Acción Bibliográfica Cristiana

Josefina Solar de Benavides

La importancia de la lectura es indiscutible por la buena o mala influencia que inevitablemente ejerce sobre la inteligencia y el corazón.

Por eso preocupa ver difundidos en los libros tantas malas ideas, que socavan por su fundamento toda base moral.

El libro malo no se lee siempre por elección; muchas veces viene a manos con un título simpático que promete y atrae.

Si la inmoralidad no resalta, se lee, y lo pernicioso de sus ideas va extraviando el criterio, debilitando la voluntad y conduciendo, lenta, pero seguramente, a la derrota moral.

Al presente el mal libro lo invade todo, y es un deber remediar este mal social.

Penetrada de estas ideas, la «Liga de Damas Chilenas» abrió una biblioteca circulante con el fin de difundir la buena lectura.

Como su objeto lo indica, sólo tiene obras de ideas seguras y de sana moral, pero de toda clase de materias.

Se tienen distribuídas por secciones según la edad, la instrucción y el criterio natural de suponer en cada cual.

Así se evita poner a la vista de las adolescentes libros que sorprenderían su inexperiencia de la vida o que no sabrían debidamente apreciar.

Estas distinciones se hacen por medio de timbres que marean la clasificación en el interior de cada libro, y por carteles fijados en los estantes que llevan la designación:

1.° Señoras.
2.° Señoras y Niñas de juicio formado.
3.° Niñas jóvenes.
4.° Niñitas.

En cada sección los libros están colocados por orden alfabético de autores.

Los catálogos se imprimen en la misma forma y por orden de materias, como sigue:

1.° Religión.
2.° Filosofía, Educación y Moral.
3.° Obras de piedad.
4.° Obras de Acción Social.
5.° Historia y Viajes.
6.° Literatura.
7.° Novelas y
8.° Biblioteca de Niños de seis a catorce años de edad.

Han preguntado en más de una ocasión, por qué los libros indicados en los catálogos no tienen señalada, a un mismo tiempo, su clasificación especial. Esto tiene sus inconvenientes graves: no pudiéndose dar, como en una revista bibliográfica, una idea de cada obra anunciada que explique y *motive* su apreciación, se prestaría a juicios injustificados y ligeros que perjudicarían a la obra.

La elección y la censura de los libros está a cargo de un grupo de señoras que facilitan su labor con estudios de las tendencias en religión y literatura con obras de crítica y revistas bibliográficas.

El reglamento de la biblioteca es el siguiente:

Para retirar un libro, hay que ser abonada. Toda persona que solicita su tarjeta de abono debe dar cuatro pesos de entrada, por una vez, a beneficio de la biblioteca.

El abono cuesta doce pesos al año, pudiéndose tomar por semestres anticipados.

Se pueden retirar hasta dos libros a la vez, debiéndose devolver en el plazo de un mes.

Apenas se lee un libro, puede cambiarse por otro; pero no puede sacar uno nuevo, sin devolver el anterior.

Para el aseo y conservación de los libros, estos se entregan con una cubierta de color.

Cada libro que sale, queda anotado en el libro de abonos y en un índice alfabético de obras; de modo que se sabe, en cualquier momento, quien tiene un libro, y cuando debe estar de vuelta en la biblioteca.

Después de indicar el mecanismo del trabajo, entro a manifestar sus resultados.

Hace cerca de cinco años que se abrió la biblioteca. Comenzó a funcionar con seiscientos veintiocho volúmenes y con una circulación de cincuenta a sesenta libros al mes.

A la fecha hay una existencia de dos mil cuatrocientos treinta y dos volúmenes; y en circulación, al rededor de cuatrocientos libros mensuales.

Estas cifras son muy halagadoras si se atiende:

1.° A las dificultades con que se tropieza en la formación de una biblioteca, como la que me ocupa, y

2.° que la única entrada segura, para todos los gastos que impone, son los abonos.

En los primeros tiempos, las abonadas se limitaban a llevar lectura al hogar, y con frecuencia, a pedir que se les proporcionara tal o cual libro que deseaban leer.

Poco a poco después, a medida que palpaban las ventajas de una lectura escogida y segura, fueron insensiblemente deseando más.

Vieron en la biblioteca, un medio de extender su información sobre libros y autores que no figuraban en ella; y solicitaron su ayuda, en los casos que deseaban ilustrar.

La repetición de estos hechos vino a indicar una necesidad social que remediar, y un nuevo campo abierto a la actividad de la obra.

Así lo comprendió la dirección que se ocupa actualmente en adquirir los elementos de una nueva sección de información bibliográfica.

Se espera que dentro de poco tiempo ello será una realidad, y el público podrá imponerse por sí mismo de lo que le interesa conocer.

Una de las causas porque se lee tanto libro peligroso, es no conocer las tendencias de los autores.

En esta sección se trata de reunir cuanto pueda ayudar a *vulgarizar este conocimiento*, poniendo al alcance de todos el medio de *leer conscientemente*.

Otro de los fines que se propone la biblioteca, es ayudar a las

mujeres de acción en el desarrollo de las obras sociales, en nuestro país, haciéndoles conocer las publicaciones que aparecen, sobre la infancia y juventud desvalida, las obras escolares y pos-escolares, la protección a la mujer, en las diferentes situaciones de la complicada vida moderna, su formación religiosa y moral, y finalmente sobre todas las demás obras de extensión social.

No sería completa esta exposición si no terminara con las experiencias que se han podido recoger.

1.° Para *sostener* el interés de una biblioteca, es indispensable que, al lado de lo clásico, de la obra de fondo y de la simple entretención, se encuentre siempre la *novedad.*

Hay que seguir, en cuanto es posible, el movimiento de actualidad.

2.° Debe desecharse todo lo que no sea bien escrito. Sin la belleza de estilo, el libro mejor inspirado no se leerá, y, por el contrario, las *obras más serias,* cuando llenan esta condición, son muy gustadas, hasta de las más jóvenes.

3.° La obra seria es bastante leída, pero el libro ameno en su acepción general, y la novela en particular, es lo que más se lee.

Temo que esta última aserción pueda alarmar a algunas, pero hacemos un estudio social y debemos exponer las observaciones hechas.

A cada paso en la práctica, tropezamos con la teoría, y el peor enemigo de lo bueno es lo mejor.

No podemos desterrar el gusto de la novela; pero sí, podemos escogerla, y presentar la verdad y el bien, en la forma que se quiere recibir.

De esta manera, el beneficio del buen libro, alcanza a todos y no excluye a nadie, disminuyendo así eficazmente la mala lectura.

Por último, la buena novela, conduce lentamente a la lectura seria.

Los hechos que acabo de relatar, dejan de manifiesto los bienes que la multiplicación de esta clase de bibliotecas está llamada a producir.

1.° Propagan las buenas ideas.

2.° Elevan el nivel moral, cultivando la inteligencia y preservando el corazón y

3.° Fomentan el agrado de la vida de familia. El éxito con que Dios ha coronado este primer ensayo podría alentar a otros y abrir el camino a orientaciones nuevas.

La música sagrada a través de los tiempos

Marta Canales Pizarro.

La Iglesia consecuente a la práctica de los antiguos Patriarcas, Profetas y del mismo Salvador y sus discípulos, ha considerado que lo más importante al culto divino es proteger y preceptuar la música religiosa. Por esto es que muchos concilios particulares han tratado de los cantos que deben practicarse en el templo y en el celo que debe haber para su enseñanza.

En el concilio Aquisgranense, celebrado en Aix-la-Chapelle en Septiembre de 816, se aprobó el siguiente proyecto: «Deben establecerse en las Iglesias, personas para leer y cantar los salmos, dando a Dios las alabanzas que le son debidas, no con soberbia, si no con humildad; de modo que agraden a los doctos e instruyan a los indoctos y que por medio de la lectura y del canto se labre en los corazones la edificación sin la vanísima lisonja que por este objeto podría gravarse.»

Cuándo los primeros Padres y Prelados del Cristianismo trabajaron para establecer el canto de la Iglesia, todos sus cuidados se encaminaron a que se rindiese a Dios una alabanza perfecta y fuese un elemento excitativo de devoción. Una de las más edificantes prácticas del catolicismo es el coro sacerdotal que, formado en dos alas, parece representar el símbolo de la fraternización de la Iglesia militante con la triunfante, que, unidas en caridad por el unigénito del Padre dirigen uniformes sus alabanzas al Altísimo.

Al recorrer las páginas de la Historia Santa, hallamos que la música fué dedicada principalmente al culto divino; los cantos sagrados eran ejecutados por los Levitas y estos mismos eran los tocadores de sus bélicos instrumentos. La música ha sido preceptuada por el Espíritu Santo en palabras de David y reiteradas en Ezequías.

El precepto dado a los hebreos, comprende con doble razón a los católicos, en cuyos tabernáculos existe, no la sombra sino la realidad; no la figura representativa, sino la misma Divinidad.

En la música existe el presentimiento religioso, que, grabado indeleblemente en el alma por la fe, esperanza y caridad, nos lleva secreta e imperiosamente al bien. La música, idioma inspirador y movente, excita de varios modos los sentimientos de ternura y devoción.

Los verdaderos fundadores de la música religiosa fueron San Gregorio y San Ambrosio. Todas las Iglesias adoptaron la música reformada o sea, el canto gregoriano. En 754, Carlomagno suplicó al Papa San Esteban que le enviase discípulos de la escuela de San Gregorio para enseñar la música religiosa en Francia.

En el siglo X se hicieron grandes tentativas para mejorar el canto llano y desterrar de él la falta de melodía y armonía de las primeras épocas, pero, con la aparición de Guido Areto, monje benedictino, alcanzó un período de verdadero esplendor.

La denominación de las notas es atribuída al citado monje Guido Areto, el gran reformador del arte musical. Las seis primeras notas están tomadas de la primera estrofa del Himno de San Juan Bautista:

Ut quaeant laxis
Resonare fibris
Mira gestorum
Famuli tuorum
Solve pollutis
Labiis reatum
Sancte Joannes

El nombre de Guido Areto será venerado y brillará entre las tinieblas que precedieron a su aparición, como un rayo de luz purísima.

En el siglo XVI aparece el genio elegido para desempeñar la noble misión de regenerar y elevar la música sagrada: Palestrina. Gran armonista y melodista, no sólo creó la música religiosa moderna, sino que abrió al arte, nuevos y brillantes horizontes. Han pasado muchos siglos y sus obras perduran y conmueven los corazones de los fieles del mundo entero.

En el siglo XVI, la idea civilizadora del cristianismo lo absorbe todo, las letras y las artes se refugian en los templos y sus claustros huyendo del hierro y la desolación. En el santuario, al amparo de la inviolabilidad que providencialmente le ha sido otorgada, florece la música sagrada.

El canto religioso atravesó triunfante la edad media. Empieza a germinar en las almas el misticismo musical que tiene su origen en un estado de alma especial: es un aislamiento voluntario del espíritu con Dios y la posesión extática por la unión del amor. El misticismo aspira a la unión íntima con lo divino y a la penetración de lo divino en el alma.

El arte musical nos ha legado la traducción de los místicos estados del alma; el misticismo es en la música lo que es el éxtasis en la psicología. La música al tomar la calificación del arte místico, indica la más alta forma del ideal, el esfuerzo más sublime de las facultades del alma. Comenzado este camino dificultoso, la inspiración del artista tiene cierta analogía con lo que se llama en el lenguaje de los santos la visión beatífica.

La música, siendo la más subjetiva de todas las artes, la más inmaterial, donde las vibraciones del alma y los movimientos indecibles del corazón se expresan por los medios más eficaces, es el arte que mejor se presta a las místicas efusiones.

Se ha denominado unción a la virtud expresiva de la música

aplicada a los sujetos místicos. La dulce claridad que envuelve a la música sagrada, nos lleva sin apercibirnos a la contemplación divina, y la impresión directa que recibimos produce en el alma acentos de una suavidad sobrehumana que la abrasan de divino amor. Todo este poder de evocación y ennoblecimiento que posee la música sagrada, eleva y perfecciona el alma. En la música religiosa de la edad media encontramos esta ascensión de espíritu con una forma de lenguaje simbólico en que cada frase está llena de significados y de reflejos de la verdad y la vida.

Podemos definir la música sagrada de esa época, valiéndonos de las palabras de Fray Luis de León en su oda a Salinas, el gran músico religioso español: «Bajo el encantamiento musical mi alma «se eleva a la más alta esfera, donde se oye la música imperece- «dera, fin y principio de la armonía universal; a medida que ella «escucha, se desprende de las vanidades del mundo y ante ella «se borra toda belleza que no es belleza.»

En la época del renacimiento empieza a desarrollarse lentamente el canto profano y se inaugura la gran lucha entre el elemento musical religioso y el profano. Este procura secularizarse y lo consigue, pero la influencia de la música religiosa se infiltra insensiblemente no sólo en la forma sino en el espíritu de las composiciones lírico-profanas y en el modo de ejecutarlas.

Aparecen Porpora y Stradella; el gusto musical se ennoblece y civiliza, facilitando el perfeccionamiento relativo que alcanzara en el siglo XVIII. Siguiendo en el orden religioso italiano citaremos a Alejandro Scarlatti, tan fecundo como original en música dramática y religiosa. En el siglo XVIII brilló Pergolese, cuyas melodías puras y suaves no pueden recordarse sin emoción. En este siglo, el de mayor esplendor para el arte musical, aparece Bach, el inmortal, y Haydn; el poderoso ingenio del primero fué consagrado al estudio profundo de la ciencia musical. Sus obras religiosas son numerosísimas y el segundo ha legado a los artistas sus inspiradas «Siete palabras» y el hermoso oratorio «La Creación» Glück, discípulo del padre Martini, interesa al mundo entero con sus creaciones impregnadas de un sello de grandeza y Mozart con su Misa de Requiem, modelo brillantísimo de concepción sublime y de armonía profunda y consumada.

Todos estos genios nacieron en una época en que asomaban los primeros albores de la aurora que inauguraba el renacimiento musical y fueron educados en la mitad de un siglo sobre el cual el espíritu del tiempo iba depositando un raudal de luz cada vez más intenso. Pertenecen al número de los elegidos que, lanzándose por la senda del desarrollo intelectual, sirven de norte luminoso a la humanidad entera. Sus vidas atormentadas y dedicadas por entero al trabajo y emociones interiores, mueren lentamente devoradas por la llama del genio, y sus almas impregnadas de una melancolía habitual, tienen una disposición especialísima y favorable a la inspiración musical. Las palabras hieren al sen-

timiento, a su conmoción se levanta una idea, ésta despierta a otras que, dormidas en la memoria comienzan a desarrollarse y a tomar formas perceptibles a la mente.

Llegamos al genio sagrado de nuestros días, al revolucionario de la música religiosa, al inmortal Perosi. Su nombre ligado a la época de mayor transcendencia músico-religiosa, es el orgullo del siglo presente y la cúspide del arte en la Iglesia.

Perosi ha querido que la música sagrada, la más completa y elevada forma de la música pura y a cuya historia van ligados los nombres de los más ilustres compositores clásicos y modernos fuese ante todo educativa y popular. Iluminado por su fe profunda de sacerdote, él ha hecho de la música sagrada un instrumento excelente para difundir en el pueblo la poesía de los divinos misterios y renovarlos ante nuestros ojos velados por el positivismo contemporáneo. Puede atribuírse a la música de Perosi sinceras conversiones y su efecto ha sido más eficaz que las más sentidas predicaciones; su música siembra por todas partes la simiente de la idea religiosa.

Es cierto que nuestra Santa Religión no necesita más que de su grandeza para conmover los corazones pero, con los encantos de que la ha rodeado la música sagrada será la única que pueda extender por el mundo la paz de las almas. Por eso debe existir en los templos la elocuencia de la palabra en el lenguaje más sublime cual es la música.

La música sagrada, el canto gregoriano en su pureza no es más que la expresión de lo bello, ideal del arte y origen de místicos sentimientos, por lo tanto puede calificarse de universal. Después de las melodías de Palestrina, Haller, Eslava y Perosi, poco queda que hacer en orden al progreso de este género musical que está llamado a desempeñar un papel importante en los tiempos futuros y que será el eslabón que úna y confunda en un solo pensamiento al alma con su Dios.

Fundamento divino y religioso de la familia

Matilde Larrain de Echeverría.

Al abrir la primera página de la Biblia, de aquel libro sublime escrito por mano de hombre, pero por inspiración divina, nos encontramos en presencia de una escena grandiosa y conmovedora: Dios acaba de sacar de la nada el universo y ha formado de un poco de barro el cuerpo de Adán, dándole una alma inmortal hecha a su imagen y semejanza.

Mientras los ojos del Creador se extasían ante la belleza de la obra más perfecta de su mano, un pensamiento cruza su mente y pronto se traduce en palabras: «No es bueno, dice, que el hombre esté solo, hagámosle una compañera semejante a él». Y para demostrar que es indeleble el sello que piensa imprimir en esos corazones que deben nacer juntos a la vida y al amor, forma de una costilla del hombre el cuerpo de la primera mujer. Pero no es el acaso el que une en matrimonio a los primeros padres del género humano, es Dios el que bendice su alianza, y al recibir Adán de sus manos a la que va a ser su esposa y compañera, exclama alborozado y con voz inspirada y profética: «He aquí el hueso de mis huesos y la carne de mi carne. Deberá el hombre dejar a su padre y a su madre para unirse a su mujer, y ya serán dos en una sola carne».

A este instante se remonta el origen divino del matrimonio, y es en las alboradas del paraíso cuando aparece a la faz de la tierra la primera familia constituída según el plan magnífico del Hacedor.

¡Qué diferente habría sido la suerte de los hombres, si la rebelión y el pecado de Adán y Eva no hubiera atraído sobre ellos y sus descendientes, junto con la maldición divina, todo género de miserias y desventuras! Este pecado y este olvido de Dios trajo como consecuencia la relajación de las costumbres, la disolución del matrimonio, el desenfreno del vicio y la ruina moral de la familia.

Durante cuatro mil años gime el mundo en este caos horrendo de inmoralidad y de barbarie. Durante cuatro mil años desfilan ante la mirada del Altísimo, pueblos paganos, sociedades corrompidas, hogares destrozados, seres humanos envilecidos y en cuyas almas parece ya borrado el sello augusto de su origen divino.

Dios ha lanzado castigos y anatemas; ha llamado a los hombres a penitencia por boca de los patriarcas y los profetas; ha escogido a Moisés para hacerlo caudillo de su pueblo, y le ha revelado los preceptos de su ley grabados en tablas de piedra. Es Israel el objeto de su predilección y su ternura y, sin embargo, persiste en sus desórdenes, rehusa escuchar la voz de su Señor y el nuevo legislador de los judíos se siente impotente para doblegar aquellos corazones duros y empedernidos.

Los más célebres escritores de la antigüedad, Aristóteles, Platón, Xenofonte, Cicerón, Séneca, Ovidio, César, Tertuliano, Tácito, Isócrates y tantos otros, nos han dejado en sus obras una pintura pálida acaso, de los horrores de una época, cuyo recuerdo constituye el mayor oprobio y vergüenza de la humanidad.

Fué necesario que el Hombre-Dios viniese a la tierra en forma de niño, que viviese treinta años bajo el techo de un hogar y la tutela de un padre y una madre, para atraer de nuevo a los hombres al cumplimiento de la antigua ley. Para sal-

varlos y redimirlos agotará todos los tesoros de su magnificencia y de su caridad infinita; ofrecerá a su Padre su sangre y su vida; pero antes quiere ocultarse en esa casita humilde de Nazaret, para predicar con el ejemplo el ejercicio de las más austeras virtudes. ¿Y qué modelo más digno de imitación podía ofrecer a las generaciones presentes y futuras, a las familias de todas las edades, que esa escuela de perfección y santidad de su hogar? Jesús inaugura su vida pública, y la primera manifestación de su poder divino, traducida en un portentoso milagro, se realiza en la ciudad de Caná, donde ha acudido a bendecir y solemnizar con su presencia la ceremonia religiosa de las bodas de unos amigos. Recorre las ciudades y los campos rodeado de una multitud ávida de su palabra, pero su doctrina siempre es una e inmutable. El viene a regenerar las sociedades y romper las cadenas del pecado; a levantar la dignidad ultrajada de la mujer; a sostener los derechos del niño y del anciano; a santificar el amor de los esposos; a proclamar la unidad e indisolubilidad del matrimonio, en una palabra, a echar los cimientos de aquella obra fundamental que debía llamarse más tarde la familia cristiana.

Dios, autor del matrimonio, lo eleva después a la dignidad de Sacramento, para conferir a los esposos gracias especiales, y otorga *únicamente* a su Iglesia el poder de administrarlo y bendecir al pie de los altares, la unión del hombre y de la mujer.

De esta manera queda ratificado el fundamento divino y religioso de la familia, y declarado el matrimonio cristiano como el único válido y legítimo ante Dios y ante los hombres.

Es de tal trascendencia el problema de la constitución cristiana de la familia, que bien puede aquilatarse el bienestar y la grandeza moral de una sociedad, por los méritos y valor de los hogares que la componen. «La moralidad de un pueblo, ha dicho cierto escritor, depende de la idea que éste se ha formado del matrimonio, y de su modo de conducirse frente a esta institución a la vez divina y humana».

Si es posible construír una casa estable con cimientos poco sólidos, ¿podrá erguirse firme y seguro el edificio social si su base está compuesta de familias desorganizadas y viciosas?

No es extraño pues, que al tratar de descubrir el origen del desconcierto universal que nos invade, de esta crisis moral que azota con furia a nuestras modernas sociedades, las miradas se dirijan sin vacilación al hogar. Son los trastornos de adentro los que se repercuten afuera; son las debilidades y las faltas de los padres y los hijos, las que esparcen por doquier, infección y veneno mortífero.

No pudiendo analizar una a una estas múltiples y graves dolencias de la humanidad, nos concretaremos a indicar algunos de los factores que dañan el organismo social, oponiéndose al verdadero carácter cristiano de la familia.

Sin duda, uno de los males más funestos del siglo que vivimos, es el espíritu de materialismo, de frivolidad, de placer y de molicie, que se ha introducido en las costumbres sociales, y que va apagando poco a poco en los corazones la voz de la conciencia, hasta hacerlos sordos al toque clamoroso del deber.

Vivir para gozar es el lema que hoy ostentan los nuevos estandartes que enarbola la impiedad; y también la rebeldía de centenares de cristianos. Hoy se busca con ansia inusitada, el placer, la riqueza, la satisfacción de los sentidos, y no hay móvil, por injusto y condenable que parezca, del cual no se haga uso para la realización de estos anhelos.

La literatura contemporánea, el teatro en sus diversas formas, los espectáculos públicos, los bailes, las modas, hasta las conversaciones, todo va directamente encaminado a fomentar las más bajas pasiones; a romper las trabas de la moral cristiana, y sobre todo, a relajar los lazos familiares, arrastrando a los esposos fuera del hogar y haciéndoles insoportable y abrumador el peso de unas cadenas que por voluntad mutua se impusieron.

El sectarismo antireligioso de nuestros tiempos marcha con paso acelerado. Sus voces ayer frías y apagadas, han vuelto ardientes y sonoras, y esos ecos aislados y lejanos que antes apenas percibimos a través de los mares, vibran ahora tan fuerte a nuestro oído que no parecen sino proyectiles de armas de fuego, lanzados para destruír y aniquilar.

En la prensa de nuestro país, en el parlamento, en las asambleas, en los programas ministeriales, ¿no hemos escuchado últimamente, como los enemigos de la Iglesia, ufanos por un triunfo aparente proclaman sin ambages sus nefandas doctrinas? Secularizar la familia y la sociedad; prescindir de Dios en todos los actos de la vida; arrancar la fe del corazón humano: he ahí el objeto de sus ambiciones, el lema de su escudo, la aspiración suprema de su vida.

Con rudo golpe de repente herir el hogar cristiano, desprestigiando el sacramento del matrimonio, posponiéndolo y aún reemplazándolo por un contrato civil. Y ¿será este un verdadero matrimonio? ¿Podrá ser aceptado por los creyentes e incorporado a las leyes de un país católico? Respondamos con el catecismo: La alianza de personas casadas nada más que civilmente no es legítima delante de Dios, y vivir juntas de esta manera, equivale a permanecer en estado habitual de pecado mortal». «Todo matrimonio contraído fuera de la Iglesia es nulo».

El contrato civil no es pues el matrimonio y las épocas pasadas y la historia de todos los pueblos nos lo pueden confirmar. Siempre y en todas partes, el matrimonio ha sido considerado como un acto impregnado de religión y de santidad, y consagrado por las ceremonias del culto. Todos los pueblos, aun los más licenciosos y los más bárbaros, han celebrado sus bodas sometiéndose a la autoridad de algún Ministro de la Iglesia, y han vis-

lumbrado en esa bendición que se les da aquí abajo, es aquella que Dios les otorga desde arriba.

La moderna inscripción civil es solamente un complemento o accesorio del matrimonio. Ella le da autenticidad legal, sirve para proteger los derechos de los hijos legítimos, determinar las condiciones de herencia y sucesión y regularizar el estado de los cónyugues en la vida social. Es formalidad que es indispensable llenar para fines de estadística, como es indispensable inscribir el nombre de un recién nacido, y el de aquel que ha dejado de existir. La obligación del estado es tomar nota del hecho *ya realizado*. Pero si los novios, aun no se han casado, si el niño no ha nacido, ni el enfermo no ha muerto ¿podrá un oficial civil hacer el papel ridículo de anotar sl matrimonio, el nacimiento y la defunción? ¿Y no será aun mayor absurdo el de querer arrogarse el derecho de casar, desconociendo que Dios es el único que puede unir a los esposos, de la misma manera que sólo El puede dar la vida y quitarla?

Si el proyecto de secularización del matrimonio es un atentado contra la conciencia, la familia y la libertad individual, hay otro problema más grave y de más hondas repercusiones en el hogar. Nos referimos al problema del divorcio que ya se ha agitado en nuestras Cámaras y que ha recibido en ciertos grupos, favorable acogida.

Sería asunto de estudio especial y de largas consideraciones, analizar en sus diversas fases lo que el divorcio significa para una sociedad civilizada, moral y cristiana. Afortunadamente han sido tan desastrosas las consecuencia de esta ley en las naciones donde se ha implantado; se ha llegado por ella a tal extremo de corrupción y decadencia moral, que hay gobiernos, entre otros el de Estados Unidos, que ya miran con alarma sus fatales resultados, y se aprestan a la defensa de sus conciudadanos, cual si estuvieran en presencia de un inminente peligro nacional.

Razón tuvo Gladstone, el más grande de los estadistas ingleses, cuando al discutirse el divorcio en el Parlamento de su Patria, lo rechazó enérgicamente con estas palabras: «No sé a donde nos conduce el divorcio; lo que sé es que nos lleva a un punto de donde nos sacó el cristianismo». Verdaderamente retrocederíamos a un punto de donde salimos hace 1918 años, para sumergirnos de nuevo en el abismo insondable, de la abyección, de la miseria y de la corrupción pagana.

Sólo la Iglesia Católica ha sabido mantener en el mundo la austera, pero saludable doctrina de la indisolubilidad. Su palabra no es otra cosa que el eco verídico de la palabra del mismo Jesucristo, que reconstituyó el matrimonio, tal como fué establecido en el Paraíso Terrenal.

Expongamos brevemente esa doctrina, ya que ese faro de luz, es el que irradia para nosotros más claros destellos.

Los fariseos se aproximan un día a Jesús, y le preguntan:

«Maestro, ¿es lícito a un hombre repudiar a su mujer por cualquier motivo?» El les responde por las palabras de Génesis: «Nó, el hombre y la mujer son inseparables». «Ellos son dos en una sola carne». Oponen entonces la ley de Moisés que parece autorizar al marido a repudiar a la mujer infiel. «Esto, les dice el Salvador, fué una concesión hecha a causa de la dureza de vuestros corazones, pero bien sabéis que no fué así al principio del mundo». «Os declaro que cualquiera que despidiere a su mujer y se casare con otra, comete adulterio y quien se casare con la divorciada, también lo comete. «El matrimonio es indisoluble». «Qué el hombre no separe lo que Dios ha unido».

Después de la palabra del Verbo encarnado, viene la declaración dogmática del Apóstol de los gentiles. San Pablo llama a este sacramento: «Sacramento grande, puesto que representa la unión de Jesucristo en su Iglesia». En sus discursos y en sus epístolas se dirige a los cristianos de Corintio y de Roma, exhortándolos en nombre del Señor, a ser fieles a su juramento. «La Mujer, dice, está encadenada a la ley del matrimonio en tanto que viva su marido; su muerte sólo la dejará en libertad».

Los concilios, intérpretes infalibles de las Escrituras, han formulado con una precisión que no deja lugar a dudas, la veracidad de la doctrina católica. «Aun cuando es permitido a los esposos separarse, dice el concilio de Florencia, por causa de infidelidad, *no les será permitido* contraer una nueva unión atendiendo que el lazo de un matrimonio legítimamente contraído es perpetuo».

Por fin, el concilio de Trento, ha dado la última palabra, sobre este punto fundamental del cristianismo, y anatematiza al que «ose decir que la Iglesia se engaña, cuando enseña que el matrimonio no puede ser disuelto ni por el adulterio de una de las partes».

Jamás la Iglesia Católica ha hecho concesiones, y su inflexibilidad pasada, nos responde de su invariabilidad futura. Más de una vez han venido hasta ella príncipes despóticos suspendiendo sobre su cabeza amenazas terribles; han venido y han dicho, como un día Enrique VIII, cuando pasiones groseras le hacían insoportable el peso de la indisolubilidad: «El divorcio o el cisma». «Separadme de mi mujer o yo me separo de la Iglesia». Roma sabe resistir y le contesta: «Es preferible un cisma de más, que una verdad de menos». Los hombres y los cismas pasan, la verdad es eterna, como la palabra de Dios». Sí, pasarán los siglos y las generaciones; llegarán días de zozobra y lucha; se querrá destruír la obra de Dios; se profanará el santuario del hogar doméstico; la libertad moderna pretenderá romper el vínculo de una bendición sagrada; las pasiones humanas gritarán muy alto; pero más alto aún resonará una voz que seguirá diciendo a la humanidad... «*El matrimonio es uno e indisoluble?. «Que no separe el hombre los que Dios ha unido*».

Si la familia tiene un origen divino; si Jesucristo la ha constituído para servir de base y fundamento del edificio social; y si de

ella depende en realidad el porvenir de las Naciones, nada más justo y de mayor importancia que cooperar a la obra de su engrandecimiento y perfección.

Trabajemos con ardor porque la familia chilena no aparte sus ojos del foco de luz que hasta hoy ha iluminado sus pasos; ni acerque sus labios a otros manantiales diversos de aquellos en los que ha bebido aguas cristalinas.

¡Jesucristo: he ahí la luz que brilla y no se extingue; el pozo de Jacob, que ofrece aguas vivas que apagan la sed; su hogar bendito de Nazaret, habla a voces a los hogares cristianos, incitando a los padres y a los hijos a la observancia de las más excelsas virtudes.—De ese santuario de la verdad y de la ciencia, brotan raudales de doctrinas, que ninguna cátedra humana nos podría enseñar.

Mirémonos en ese espejo del amor divino, de la paz, de la inocencia y de la santidad, y no temamos los embates del enemigo, ni los vaivenes de la tormenta.

Si por desgracia llegan para nuestra Patria días de prueba; y voces impías se levantan queriendo demoler las viejas instituciones del pasado. Si la conciencia católica se siente perturbada con amenazas que hieren sus más hondas convicciones. Si leyes humanas pretenden usurpar derechos divinos, que sea la mujer, el arco iris de la paz social; la guardiana fiel de las nobles tradiciones de su hogar; la que predique con su palabra, con su consejo y con su ejemplo, llevando a todas partes la semilla del bien.

Y por último si es necesario, que descienda de su trono, esgrima sus armas, y sea ella quien detenga la mano sacrílega del que ose profanar sus sagrados dominios.

Deberes especiales que impone la misión de Esposa y Madre cristiana

Enriqueta Carvallo de Merino B.

Sintiéndome incompetente para tratar de un asunto tan importante, como es la misión de la Esposa y de la Madre de familia, que abarca problemas de grave responsabilidad, quiero sin embargo, ofrecer mi modesto tributo de amor a nuestra Santísima Madre del Carmen, para festejar en este Centenario que conmemora su especial protección a nuestra Patria y la gloria de nuestro Ejército que, gracias a su indomable valor y a su confianza en *Ella,* triunfó y selló nuestra independencia. ¡Gloria a la Virgen del Carmén, especial Protectora de los hogares chilenos que la honran con tan tierna y ferviente devoción.

La misión de la Esposa y de la Madre de familia es sublime, y para comprenderla en todos sus detalles y cumplirla dignamente, es preciso prepararse de antemano y estudiar a fondo los deberes que impone y la manera de hacer amable y atrayente la vida de familia.

En el hogar cristiano deben reinar las virtudes domésticas y las sociales, ya que el contacto con la Sociedad es indispensable para preparar el porvenir de los hijos y amenizar la vida. El hombre es sociable por naturaleza.

La misión de la Esposa impone deberes especiales para con el jefe de la familia, a quien debe respeto, amor, aprecio y sumisión.

Ante todo, debe estudiar a fondo el corazón de su esposo para proceder con prudencia y discreción en toda circunstancia, pero muy especialmente si le ve triste, silencioso o al parecer dominado por impresiones desagradables que escapan a la penetración de su constante compañera. Ella ignora lo que haya sufrido durante el día, y debe endulzar con su trato suave y bondadoso las asperezas que han debido dejar huellas en su espíritu. En estas ocasiones el silencio es lo que más conviene; mantener el semblante amable y sonriente y hacerle alguna de aquellas atenciones que ella sabe son de su agrado. Evitar preguntas inútiles o reflexiones de dudosa oportunidad, que seguramente no serían bien acogidas, es de rigor.

En el trato íntimo debe la esposa usar de la mayor franqueza y sinceridad, y procurar una mutua confianza que evite la más ligera duda. No descubrir jamás a extraños lo que debe guardarse como inviolable secreto. Celebrar con alegría los éxitos del esposo y todo aquello que le complazca y alague, sufrir en silencio y consolarlo si le ve inquieto; en una palabra, vivir consagrada a hacer la felicidad del jefe de su hogar, del compañero de su vida, del padre de sus hijos.

Debe nutrir su espíritu leyendo obras serias, que sirvan para cultivar su propia inteligencia, y más tarde las de sus hijos; y, si es modesta a la vez que instruída, hará honor a su esposo en la Sociedad, y en ocasiones podrá servirle de eficaz ayuda para resolver acertadamente muchos de los problemas de orden moral y material que se presentan frecuentemente en el correr de la vida.

Debe manifestar verdadero interés cuando su esposo le explique algún proyecto o negocio que pretenda realizar; preguntarle lo que le parezca dudoso; rechazar suavemente lo que no encuentre recto y perfectamente claro y honrado, y constituírse por obra de su tacto y de su buen sentido en una positiva ayuda intelectual y una fuerza moral que eleven su espíritu y conforten su corazón.

La esposa debe imprimir un sello de respeto y pundonor a todos sus actos. Así mantendrá vivo el aprecio de su marido y el afecto y consideración de sus hijos. Hasta la servidumbre gana en moralidad y es más concienzuda y cumplidora de sus deberes cuando ve a su señora gobernar su casa con perfección, cuidar de su esposo e hijos como lo más importante y lo más querido, de-

jándose siempre tiempo para cumplir sus deberes sociales y ocuparse también de los pobres, en compañía de sus hijos, para inculcarles desde su primera edad la virtud de la caridad *con su ejemplo.*

La misión de la Esposa es, pues, bien delicada y compleja, y requiere, para ser cumplida con perfección, que se le embellezca con el ejercicio de una piedad sólida y ferviente, tomando por modelo a la Santísima Virgen que dejó a la humanidad tan cumplido ejemplar de amor, humildad y sumisión.

La tarea de la Madre de familia debe principiar por aceptar libre y humildemente los hijos que Dios tenga a bien confiarle, sin rechazar jamás las cargas bien penosas a veces, que ellos imponen.

Los hijos deben ser recibidos como un depósito sagrado, concedido por Dios por un tiempo limitado, y que *El* tiene el derecho de reclamar *cuando sea su Voluntad.*

Debe la Madre cristiana fortalecer sus almas, enseñándoles desde la más tierna infancia todo lo que se refiera a Dios, haciéndoles amar, respetar y servir a su Criador e inculcarles los sentimientos piadosos que deben acompañarlos durante su vida; cuidar de su físico para que desarrollen sanos y resistentes, para que a su tiempo puedan afrontar con éxito las luchas que les depare el destino; cultivar su inteligencia *a costa de cualquier sacrificio;* y formar su corazón, inculcándoles sentimientos nobles y delicados. Así se sentirán todos unidos y tranquilos en presencia de las mil circunstancias, ya tristes o alegres, que son el tributo obligado de la vida.

Muchas pequeñeces son verdaderas amarras que conservan vivo y fresco el cariño y sirven de grato recuerdo durante la vida entera. Por ejemplo, entregar al cuidado de cada hijo alguna pobre desamparada a quien deberá proteger con verdadero interés y generosidad, haciéndoles guardar una parte del dinero que se les da, para que vayan juntando una pepueña suma que le entregará en los días de santo de sus padres, como ofrenda de cariño de ellos y de compasión y caridad al pobre. Las niñas podrían dedicar con este objeto alguna prenda de vestir, confeccionada con sus propias manos, o adquirida con sus pequeñas economías y ofrecerlas en dichas fiestas.—Y cuando los pobres fueren a la casa, no despedirlos jamás sin darles alguna comida, o leche, o pan y fruta, si la hay, conversando un rato con ellas y mostrándoles simpatía y compasión. Nada atrae más la bendición de Dios sobre un hogar, que la caridad práctica de toda la familia.

La Madre debe interesarse por los estudios de sus hijos, ayudarlos, examinarlos para ver sus progresos y estimularlos; debe vigilar su conducta en la casa e informarse con frecuencia de la que observan en el Colegio. Esta vigilancia alienta a los hijos y también a los maestros, pues aumenta su interés por ellos, estudian mejor su carácter y los guían y corrigen a tiempo sus defectos.

Una costumbre muy tierna, que deja en el Corazón del padre un delicado recuerdo del hogar, es que los niños y su madre lo despidan con un cariño cuando sale a su trabajo, y corran a su encuentro a su llegada para manifestarle su alegría por tenerlo de nuevo en medio de la familia.

En resúmen: la misión de la Esposa y de la Madre de familia es formar un hogar cristiano, agradable e inpregnado de hermosura, donde reine la paz y unión, el honor, la caridad y la condescendencia mucha, y se compartan, entre todos, los goees y penas de cada día.

Dios bendecirá ese hogar y lo hará feliz.

Misión de la Esposa y de la Madre en la familia

Blanca S. de Valdés.

Tan magnífico como el del hombre es el destino de la mujer; lo mismo que él, ella es creada para el cielo; pero su fin próximo, el de muchas y la mayoría de las mujeres es cumplir la misión a la cual Dios la destinó desde el principio cuando al crearla dijo: «Hagamos al hombre una compañera». Desde entonces su papel natural ha sido el de estar al lado de ese ser fuerte y consciente que Dios hizo a su imagen y semejanza. Desde entonces su camino se ha deslizado junto al sendero áspero y cuesta arriba que lleva los pasos del hombre tras el pan, tras los honores, tras la ciencia o los ideales.

Por la ley divina se desposan el hombre y la mujer, y como bendición del cielo vienen los hijos; la mujer adquiere el mejor de sus títulos, el de madre. ¡Madre!, ese nombre ¿quién no sabe que encierra tanta poesía y tanta fuerza, como no encierran juntas las maravillas todas de la creación? Entonces es cuando llegan a su mejor desenvolvimiento las sublimes cualidades de la mujer, porque ella, junto con ser madre, es abnegada y heroica, sabia, constante y prudente, y el hombre no encontrará nunca quien reemplace a la madre.

La pequeña sociedad compuesta de padre, madre e hijos vive estrechamente unida, y el nido que la cobija se llama *el hogar*.

El hogar es para cada uno de los miembros que lo compone el pequeño pedazo de tierra que le pertenece por derecho de corazón; es ahí donde se ha prendido la llama de la vida y donde se desenvuelve y crece; es el fin de las fatigas del hombre y de los desvelos de la mujer.

La mujer es la reina del hogar. Las Sagradas Escrituras dicen que su belleza moral debe arrancar alabanzas de los labios de sus hijos que la aclamarán bendita y que su marido también la alabará. Es una reina no tan sólo por los honores que se le tributan, sino también, y mucho más, por su autoridad y por la influencia que ejerce a su alrededor.

Podríamos decir que la esposa y madre es como un árbol plantado en el centro del hogar de cuyo follaje se desprende una influencia que podrá ser buena o mala, fortificante o enervante, según sean sus cualidades medicinales.

También será ella como una antorcha que bañará la casa de una luz buena y santa, si ella es toda verdad y virtud. En cambio, si sus sentimientos e ideas son llamas de pasión y vanidad, el hogar se alumbrará con los reflejos de ese fuego nefasto.

¡Qué grandes son, pues, las responsabilidades de la mujer, ya que no nacen solamente de sus actos, sino de la misma raíz de su alma!

Responsabilidades, sacrificios, desvelos he aquí los privilegios que acompañan la gloria y alegría de la maternidad. La madre tiene el más honorífico de los títulos, pero también el primer puesto de la tierra en las trincheras del dolor y de la abnegación.

Es que desde las severas sentencias dadas a nuestros primeros padres, después de su caída, la tierra produce abrojos, y la madre da a la luz frutos imperfectos. Ella ve ante sí a un ser débil que necesita mil cuidados, a un ser inclinado al mal, a quien hay que corregir continuamente. Es ella entonces como el solícito jardinero, aunque más ardua es su tarea, pues no verá tan pronto el éxito de sus plantaciones, podas y riegos. Pasarán con los años los ideales de virtud y pureza que traía en el corazón para los suyos desde el principio; estarán lejos de realizarse. Esta no es una razón para que se desaliente; al contrario. Para lograr un ideal en esta vida, hay que abrigar en el corazón una llama ardiente siempre viva, y hay que poner sus punterías muy alto para alcanzar algo de bueno. Si la mujer, la niña, antes de casarse, ya pensara en su futura misión y anhelara hacerla perfecta y bella, se verían muchas más familias felices.

Más que nunca ahora cuando la impiedad con sus leyes de divorcio quiere minar los fuertes cimientos del matrimonio cristiano, debe la mujer abrazar con amor su misión de esposa, estrechar los lazos del hogar y conservar a toda costa la integridad de su bendito y sagrado reino.

De ella depende que no se borre en la tierra lo mejor que en ella queda, lo que, para muchos, es lo único bueno: el hogar cristiano.

El fundamento de la paz y de la felicidad en el hogar es la estrecha unión de los esposos; hay que trabajar para conservar esa unión sobre todo.

Ha llegado el tiempo de muchas libertades para nosotras;

vemos que las aulas de las ciencias se nos habren de par en par. Que la instrucción no sea detrimento de la unión conyugal; que ella sirva, al contrario, como lo puede hacer admirablemente, para que el esposo encuentre en su compañera comprensión e interés, para que con ella comparta la vida del espíritu y tenga a su lado alguien a quien confiar sus secretos.

La sociedad no podrá dejar de ofrecer un triste espectáculo el día en que la mujer, completamente emancipada, corra en bandos opuestos a los de su marido; y, en cambio, qué hermoso sería ver a un hombre y a una mujer, marchando juntos a la conquista de la ciencia o de una prerrogativa para la humanidad.

Muchas veces, o por falta de preparación, o por la preocupación de sus tareas domésticas no podrá poseer ciencia bastante para ponerla al unísono con la del marido, pero, suplirá esta deficencia el don de intuición que le es propio; la fuerza intelectual masculina se apoyará sobre su prudencia y buen sentido.

Un hogar estudioso será un reinado de paz; un hogar que ha colgado su nido fuera de la corriente vanidosa y disipada del mundo será feliz y bendito.

Para la joven esposa no será muy difícil crear una atmósfera caliente, buena y agradable que traiga y retenga a todos los miembros de la familia. Ella lo conseguirá, si pone desde el principio mucho de su espíritu en el interior de la casa, si vive mucho en ella por su presencia y, sobre todo, por su amor e inteligencia. ¡Hay tantos hogares vacíos y fríos moralmente, porque la disipación exterior ha arrastrado fuera el hada de la casa.

En su mismo amor encontrará una madre verdaderamente cristiana un criterio seguro y siempre alerto que le dictará los medios de defensa que debe tomar contra la invasión del espíritu malo y mundano.

Ella prescribirá los libros, revistas y cantos que insinúan la relajación de la austeridad y llevan gérmenes nocivos a todas partes. Los grabados, cuadros y adornos todos de su casa no serán ni siquiera mudos e indiferentes, mucho menos grotescos y triviales; ellos serán al sentido de la vista un idioma sano que grabará en la mente infantil las primeras lecciones de moral, religión y estética.

«Los antiguos cristianos, nuestros padres en la fe, decían del hogar que era una iglesia doméstica: que los padres eran los sacerdotes, los hijos los fieles. Ahí, como en los templos, se debe orar, estudiar la ley santa, alabar a Dios en común, edificarse mutuamente y cumplir de punto a punto la voluntad del Padre que está en los cielos. He aquí por qué el lazo de la familia cristiana es un lazo religioso; he aquí por qué ella nace en el templo, al pie de los santos altares» (Mgr. Gaume).

Triste es comprobar que, con la disminución de la fe van desapareciendo en la sociedad las costumbres patriarcales de nuestros abuelos, las oraciones de la noche, el Rosario, el Trisagio rezados en común.

Las de entre nosotras que hemos tenido el privilegio de crecer en un hogar donde, día a día, en hora del recogimiento de la tarde se ha hecho oración en alta voz, reunidos todos, grandes y chicos, patronas y sirvientes, a los pies del Cristo o de una Madonna, sabemos lo que esta práctica encierra de felicidad verdadera. La oración estrecha los vínculos del amor, suaviza y borra lo que pudiera haber de animosidad o rencores entre los mienbros del hogar.

No privemos a nuestros hijos de esta dicha cuyo recuerdo embellecerá su vida. No detengamos sobre nuestros techos la bendición celestial que quiere caer bienhechora. Conservemos la santa práctica de la oración en familia.

Los libros son las ventanas por las cuales el niño principia a asistir al gran espectáculo de la vida. Que importante es, pues, que sean bién escogidos y que la madre siga con todo interés las impresiones de sus hijos, ya leyendo con ellos, ya conversando y comentando las lecturas interesantes.

Las amistades no son necesarias en los primeros años. Niños de otras casas, salvo rara excepciones, serán elementos de distinto espíritu que perturbarán la limpidez del ambiente en el hogar. Los mejores compañeros son los hermanos, y la mejor de las amigas es la madre; ella, cuando joven juega con los chicos, más tarde se interesa por los estudios y comparte con las inteligencias que se abren las primeras emociones de las lecturas, de los viajes, de los nobles entusiasmos, llegando a ser la confidente y consejera de los adolescentes.

De esta manera las tiernas almas de los niños beberán en el hogar un agua siempre pura y cristalina. Más tarde llegará a ellas el eco del mal y del error por muchos lados, pero, como habrán crecido sanos habrá mucha esperanza de que se orienten con recto criterio por el turbulento mar de las pasiones y errores del siglo.

¿Cómo evitar los males del Biógrafo, ese mal funesto e irresistible de nuestros días? Todos los niños van a él. ¿Cómo ser tan duras con los nuestros, privándoles de esa cautivante entretención del día domingo?

Sin embargo, la voz de la conciencia dice otra cosa a la madre que vela santamente sobre la blancura del alma de sus niños y que sabe las tristes sorpresas a que se expone al pudor ante las vistas cinematográficas, aún ante esas que se llaman buenas. Ella será muy prudente si toma la resolución de no llevar a los niños a ninguna cinta que no haya visto ella primero o alguna persona que merezca toda su confianza.

Para todas estas cosas la madre necesita energía, constancia y muchas veces sacrificios. Esta es su vida: sembrar, sembrar muchas veces con lágrimas, pero cosechar en abundancia los frutos de sus desvelos; formar un hogar austero para que sea santo; un hogar serio, honrado y estudioso, para que sea feliz.

Las palabras con que terminamos y que son del eminente Dupanloup, el doctor de la educación cristiana en Francia, parecen severas, pero es porque son contrarias al espíritu del mundo.

«En cuanto a los ricos que no tienen otros deberes que cumplir que los llamados deberes del mundo, no vacilo en decirles que ante todo deben consagrarse, y si es necesario, sacrificarse, al cumplimiento de los imperiosos deberes paternales y maternales. Ese padre, esa madre son quizás muy jóvenes aún, no importa, son ricos, brillantes, el mundo los llama, no importa: ya no son libres para contestar a la voz del mundo, no pueden darle el tiempo y cuidado que reclaman los niños».

Misión de la mujer

en la patria, en la sociedad y en el hogar

Sor María.

Todos estamos de acuerdo respecto a la veracidad de esta divina misión de la mujer, y tenemos bastantes hechos en la historia de los siglos que confirman la realidad de esta misión. Remontémonos por un instante al siglo IV, cuando el gran Constantino puso fin, con su famoso Edicto de Milán, a tres siglos de persecuciones y de heregías. ¿A quién vemos a su lado, como ángel tutelar, ayudándolo en su ardua tarea de devolver a la Iglesia su libertad, y de sacar de las ruinas las riquezas del cristianismo? A su madre Santa Elena.

Sigamos con rápida carrera a través de los siglos, viendo salir las naciones y reinos de la obscuridad del paganismo, y encontraremos siempre a la mujer, compartiendo las labores de este resurgimiento.

Asistamos en el siglo V a las angustias experimentadas por Clodoveo al verse ya a punto de ser vencido por los germanos; ¿a quién acude en esos momentos decisivos? Al Dios de Clotilde, de aquella reina, ferviente católica, que compartía con él el trono de los francos. Y vemos convertido ese reino, ayer pagano, en la primera nación católica, cuna al presente de todas las obras grandes y fecundas en pro de la religión.

Avancemos y veremos la Lombardía, última nación arriana, transformada y convertida por la ilustre reina Teodolinda, que apoyada por San Gregorio el Grande, favorece empresas apostólicas y levanta templos al Dios desconocido.

Pasemos a la Gran Bretaña y veremos a la reina Berta secundar a los misioneros enviados por San Gregorio el Grande, y conseguir del rey Edelberto, su esposo, no sólo su conversión, sino la de todos sus vasallos, y hacer de su reino la isla de los santos.

Largo sería enumerar la serie de mujeres notables que han cumplido la misión divina de contribuír a la propagación de la fe y a la civilización de los pueblos; pero no debemos olvidar a la católica Isabel, que entregó hasta sus joyas para ayudar a la más noble de las empresas: la conquista del Nuevo Mundo. Quizás ella presentía que en ese mundo desconocido tendría no sólo admiradoras, sino también imitadoras. Mas no quiero extenderme demasiado; tan sólo os ruego que presenciéis una escena de los actuales tiempos: veamos esos valientes que, olvidándose del Dios de su infancia, han abandonado su fe y su religión; pronto entrevén el dintel de la eternidad, y ante la angustiosa perspectiva de ese más allá que les espera, recuerdan los últimos consejos de una madre piadosa que, al partir, junto con colocarles el escapulario bendito, les ha hecho su última petición: confiad y recurrid al Dios de los ejércitos.

Yo pregunto ahora, al ver el contraste de los tiempos antiguos y los presentes: ¿Ha variado Dios quitando a la mujer su sublime misión? El Inmutable no puede variar jamás; sus leyes no están sujetas a cambios. ¿De dónde este trastorno social? A la sombra protectora de la Reina del Carmelo estudiaremos este problema.

¿Dónde encuentra la joven de nuestros días el ideal que debe ocupar su espíritu y llenar los días de su vida? En la religión ilustrada y práctica. Y ésta ¿a dónde la irá a buscar? ¿En el hogar? ¿En la escuela laica? El hogar antiguo con sus austeras virtudes y con sus ejemplos prácticos, ya casi no existe, por desgracia.

¿En la escuela laica? Hay un axioma que dice: Nadie da lo que no posee.

¿Nos quedaremos por esto sin buscar remedio a tan grande mal? Invoquemos a María del Carmelo y Ella nos señalará la senda que debemos seguir; pero antes deseo clasificar a la joven bajo tres aspectos:

1.° La joven rodeada de los bienes de fortuna, y que puede con su dinero educarse bajo la vigilante mirada de una madre que, con criterio sano y piedad ilustrada, vigila en su propia mansión la senda de la virtud y del saber que ha de recorrer su hija; de éstas no hablaremos.

2.° La joven de condición humilde, y pobre de los bienes de fortuna; para ellas hay asilos donde al par de las virtudes aprenden lo necesario para ganar su vida con honradez.

Hay millares de otras jóvenes en la ciudad y en los pueblos que no pertenecen a la categoría de las aristócratas, ni de las del pueblo; pero que son llamadas por Dios a formar también millares de hogares católicos, y que forman la base de la sociedad. Es para éstas que yo reclamo de vosotras, nobles damas que os ocupáis al presente en remediar los males sociales, un lugar de preferencia en vuestra santa empresa y en vuestro corazón.

Basada en la experiencia que me da la noble misión que me ha cabido en suerte, de educar la juventud, voy a permitirme hablar en favor de ella.

Multitud de madres de familia que no poseen más patrimonio que sus hijos, y éstos son para ellas sus verdaderas riquezas, quieren, claman e instan por la educación religiosa y científica de sus hijas. Ellas nos dicen: «No tenemos bienes de fortuna con que dotar nuestras hijas; queremos para su felicidad una educación religiosa». Pero golpeadas por la desgracia de la viudez o de los reveses de fortuna, no tienen cómo satisfacer los anhelos de su corazón maternal, y ante la perspectiva de un hijo o de una hija ignorante y pobre, conducen a su pesar y con lágrimas de sangre a esos pedazos de su corazón a colegios laicos. Ellas entrevén ya con ese paso la ruina moral de sus hijos, y lloran prematuramente la pérdida de esos seres queridos que serán inútiles para la sociedad y el hogar.

¿No habrá remedio, señoras, para poner fin a esta ruina social? Sí, y lo tenemos muy a nuestro alcance.

Tomaos el trabajo de ir a visitar los establecimientos religiosos de educación para la juventud de ambos sexos; penetrad en esos santuarios de paz, de virtud y ciencia, y encontraréis almas deseosas de subsanar esos males; pero id con el propósito de estudiar el por qué de esos huecos que todavía no se ocupan, a pesar de los ardientes deseos de esas educadoras del corazón, que esperan las almas para inculcarles la virtud y enriquecer su inteligencia con las ciencias; preguntadles el por qué de esos vacíos y os contestarán: El establecimiento no tiene rentas suficientes para subvenir a los gastos de una empresa de educación moderna; con el corazón partido de dolor, diariamente tenemos que cerrar las puertas a estas jóvenes que desean educarse a la sombra bendita de la religión; tenemos muchas ya que reciben educación gratuita. Caridad no conocida sino de Dios, ¡bendita seas!

Que la Virgen del Carmelo os inspire, nobles damas, la idea salvadora de fundar becas, y de sostener en colegios católicos de ambos sexos, la educación de esos seres llamados por Dios quizá a sublimes funciones sobre la tierra, y que, como plantas fuera del invernadero que les da calor y savia, perecen por falta de atmósfera vivificadora.

Que el pensamiento que con esta obra bienhechora no vais a formar la felicidad de seres aislados, sino que cooperáis a la formación de generaciones enteras, y que, mediante esto, os cabrá la suerte de transformar la sociedad y el hogar, os dé aliento. Y estad seguras de que, si el Dios de la bondad os da el sublime honor de que salgan de esas aulas ministros del Altísimo y esposas del Crucificado, vuestros nombres permanecerán en bendición por toda la eternidad.

La constitución de la familia

y la formación de las madres y de las futuras madres deben ser el fin principal de las obras sociales femeninas

Sofía Molina Picó
Vice Presidenta del Centro "Blanca de Castilla".

Buenos Aires,

Hace un siglo la Santísima Virgen del Carmen fué elegida Patrona de los Ejército Unidos de nuestra nacientes Repúblicas. Por eso, hoy que miras más pacíficas, sino menos patrióticas, reúnen a las Damas Chilenas en Congreso, es natural que simpaticen con ellas las argentinas, es justo que una palabra de amistad vuele del Plata al Pacífico, invocando la proteción de María sobre los nuevos «ejércitos unidos» que para la conquista del bien forman las cristianas de ambos países.

Como en Europa y en Estados Unidos, como en Canadá y en Australia, la mujer en Sud-América empieza a mezclarse en las cuestiones sociales. El movimiento ha sido simultáneo en Chile y la Argentina y eso me hace desear que una comunicación no interrumpida mantenga en nuestros países de común origen una orientación común.

Esta nueva actitud de la mujer que sueña con leyes y asociaciones, que investiga con verdadera pasión las abstrusas reglas de la Economía Política, llama la atención de muchos, despierta sospechas, provoca censuras. Hace unos cincuenta años no se la concebía más que en los círculos revolucionarios. Con asombro se lee entre la literatura del Segundo Imperio un párrafo de Monseñor Dupanloup que, en «La Femme Studieuse» aconseja el estudio de la Economía Política. Hoy, a la luz de los acontecimientos, adquieren sus palabras un valor profético, atestiguan el claro ingenio del educacionista francés y demuestran que el considerar los estudios sociales propios de la mujer cristiana está lejos de ser una peligrosa novedad.

Hay que contemplar el momento en que la mujer (hablo de la tradicionalista) alza la cabeza y atiende a los rumores que la «cuestión social» hace llegar a sus oídos: es cuando se ve que la organización actual del trabajo por un lado, que su pretendido remedio el Socialismo, por otro, ponen en grave riesgo a la familia, la corrompe en sus bases y amenazan borrarla de la sociedad. Entonces la mujer se levanta y, como por intuición, casi sin tiempo para medir el alcance del mal y la posibilidad del remedio, deja a un lado su apacible vida, comprime su natural timidez como si se tratara de defender a un hijo, y baja a la arena. Después del primer momento de acción, con la angustia en la mirada y la es-

peranza en los labios, viene el estudio, después del estudio, vendrá la acción plena y eficaz.

¿Es de un alma imparcial y comprensiva criticar semejante actitud? ¿No es cierto que si una mujer puede, sin faltar a su misión, descuidar el cultivo de la ciencia, del arte, del sport y de muchas otras cosas, no puede mirar con indiferencia nada de lo que ateñe al hogar?

No olvidemos por lo tanto, que la constitución de la familia y la formación integral de las madres deben ser el fin principal de la acción social femenina. ¡Cuidado con torcer el cauce natural del río!

Admitimos que la familia es la célula social, la base de la prosperidad moral y material de un raza. No me es posible repetir cuanto sobre esto se ha dicho, ni refutar los argumentos de la escuela opuesta. Además sería trabajo inútil porque aquí estamos de acuerdo sobre los principios fundamentales. Apelo únicamente a la experiencia personal de cada uno, al testimonio del sentido íntimo.

¿No es cierto que la infancia es la época de la vida feliz por excelencia? No es cierto que en las condiciones normales, todo hombre rememora sus primeros años como un lejano paraíso terrenal? Muchos se han preguntado con ansia por qué tanta dicha envuelve a un ser que aun no tiene méritos. Haciéndoles eco exclamaba el poeta:

Pourquoy Dieu met-Il donc le meilleur de la vie
Tout au commencemet?

Fué para grabar en el corazón del hombre la fe inquebrantable en la felicidad. La felicidad educa al niño como el dolor educa al hombre. Pero, ¿quién puede darla sino los padres? ¿dónde, sino en un hogar bien constituído?

El niño adora en sus padres la omnipotencia y la omniciencia de Dios; la estabilidad que admira en ellos frente a los continuos cambios de la infancia es como una imagen de la eternidad, y la vida de confianza que vive lejos de toda preocupación mantiene su gozo, que sólo alteran accidentalmente los dolores físicos porque atraviesa. De ahí, la fe en la dicha que casi ningún obstáculo destruye por completo. ¡La dicha existe! parece decir el hombre que la busca en el bien o en el mal, en el error o en la verdad. ¡La dicha existe! ¿No es este un eco de sus sentimientos de niño? Y ¿No es también un aguijón que frente a las cosas que pasan lo excitan a mirar al cielo?

Lograr que cada niño guarde en su alma ese manantial de fe brotado del seno de la familia, es nuestro ideal. No lo perdamos de vista en el estudio de los diversos problemas, en la organización de las múltiples obras. Así no nos dejaremos absorber por cada una, como si tuviera su fin en sí. Sólo una clara visión de conjunto puede asignar a cada obra su importancia relativa.

Los asilos Maternales, los Oratorios Festivos ilustran con un

ejemplo palpable lo que quiero decir. Los unos que recogen a los pequeñuelos durante el día de labor de sus madres, los otros que reúnen a los niños los domingos con fines amenos y piadosos, son admirables sí, revelan gran abnegación y oportunidad; pero, ¿no es verdad que son signo inequívoco de una lamentable decadencia del hogar? Vamos al fondo de las cosas para arrancar el mal, sobre todo en nuestra América en donde el tiempo le ha faltado para echar hondas raíces.

La necesidad de suprimir la casa de vecindad, fuente corrompida de contagios físicos y morales; de suprimir la «obrera» vergüenza y plaga de nuestra moderna civilización; de formar obreros hábiles y conscientes que puedan sin perjuicio de ningún interés legítimo aspirar al descanso dominical, a la jornada razonable, al salario familiar... He ahí algunas nociones que urgen lanzar al dominio público. Tropiezan con intereses inmensos, con graves prejuicios; sin embargo eso no debe desanimarnos: la tarea de cambiar el ambiente, por ser obra de insinuación, de sutileza, de tenacidad, es algo esencialmente femenino. Si no le es dado a la mujer realizar las reformas que anhela, puede siempre en su papel de esposa, de madre, de hija, de hermana del legislador, o del industrial, del hacendado o del comerciante, irlas sugiriendo a medida que las circunstancias se lo aconsejen.

Su influencia, indirecta hasta ahora en la legislación, no es una ley como las que en Buenos Aires crean una Comisión encargada de construír casas baratas, prescriben el descanso dominical, prohiben a la mujer el trabajo nocturno y el trabajo en 38 industrias reputadas peligrosas, no la dejan indiferente. Las llama, las provoca, las comenta y, en su impaciente actividad se adelanta muchas veces a la acción de Estado, como la Sociedad de San Vicente de Paul que construyó un barrio obrero en Buenos Aires, como el Centro «Blanca de Castilla» que fundó los Sindicatos Femeninos, antes de que una ley los protegiera, como la Caja Dotal de Obreras instituída tres años antes que la Caja Nacional de Ahorro Postal.

Pero es innegable que la formación de las madres es el campo de acción más adecuado para la mujer. Esta niña del pueblo, que mañana será columna de cuya firmeza dependerán muchas almas, la preocupa sobremanera. De esta preocupación ha nacido una de las obras simpáticas de nuestra época: las Escuelas de Economía Doméstica. De ellas al menos puede decirse que más que un paliativo son un remedio real, uno de los remedios, si queréis.

Añadir a una sólida enseñanza moral y religiosa, a una conveniente cultura intelectual, la «ciencia del hogar» es medida muy prudente. No sólo se logra con ello preparar esposas y madres que sepan administrar el exiguo sueldo de su marido, mantener con limpieza y agrado el humilde interior, cuidar de los niños, variar las comidas y arreglar la ropa; no sólo eso se logra y ya veis que no es poco, sino que a los ojos de la niña se dignifican

las tales ocupaciones por la enseñanza científica de que son objeto. Tan importantes son las Escuelas de Economía Doméstica, que un ministro de Bélgica, antes de la guerra afirmaba que en su país iban a resolver la cuestión social... El aserto es algo exagerado, mas contiene gran parte de verdad. Estas Escuelas son enemigas poderosas del alcoholismo, de la tuberculosis, de la mortalidad infantil y de muchas otras plagas sociales. ¿No les dedicaremos una preferente atención?

Apenas he podido, dada la brevedad del tiempo concedido, tocar rápidamente algunos de los asuntos que interesan a toda cristiana social; pero, ese poco basta para mostrar que en el fondo de nuestro programa está el «hogar». Quiera Dios que fuerte y puro esté siempre a la base de nuestras dos naciones! Luchemos por educarlo en la verdad y en la justicia, es el camino más seguro para estrechar entre nosotros una amistad que el Cristo Redentor bendiga por siempre.

Permitidme, antes de terminar, ya que tanto he hablado de la familia, que repita con piedad filial las palabras que pronunciara mi abuelo en Santiago de Chile, en un banquete dado a Barros Arana; al cabo de treinta años, y sin que nos hayamos conocido, nuestro sentimiento es el mismo: «Hablo de la Patria, hago votos por ella, o más bien por sus signos representativos: por el sol argentino, por la estrella chilena, que nacieron juntos en el cielo de la independencia. Que estos astros simbólicos cuya conjunción alumbró con luz de gloria la cuna de nuestras nacionalidades, no se acerquen jamás para producir un eclipse en la amistad de chilenos y argentinos». (Octavio Picó, perito argentino en la cuestión de límites con Chile).

Los deberes de las Madres en Sociedad

Amalia E. Errázuriz de Subercaseaux.

Permítaseme describir con franqueza el tipo especialísimo en Chile de la *Madre en Sociedad* tal como se le ve y observa en los salones, en los teatros y en los paseos: tres puntos principales en la vida llamada convencionalmente *de Sociedad.*

- El baile - Son las diez de la noche. Hace una hora que la familia se levantó de la mesa; habían adelantado la comida para que las niñas tuvieran tiempo de vestirse. La mamá, ataviada ya con el antiguo y pomposo traje de terciopelo negro, el collar de perlas y la diadema de brillantes, uniforme de sociedad que el hábito le hacía vestir con presteza, esperaba pronta, sentada en el sofá del dormitorio.

Empezando a impacientarse: «niñas»,—gritaba a las hijas que en la pieza vecina, iluminada *a giorno*, se volvían y revolvían delante del espejo.—«Niñas, apúrense, que la invitación es para las diez y ya son las diez y media».

—«No hay apuro mamá»—contestaba la niña mayor, la de 20 años,—«la gente llega muy tarde y es muy desairado entrar a un salón vacío».—La otra, la de los 18 años recién cumplidos que en su primer año de *sociedad* se hallaba muy festejada, esa ni se daba el trabajo de contestar; su cabello rizado y su tocado primoroso la preocupaban demasiado para que atendiera a los apuros majaderos de la mamá.

Dieron las once, las once y media y las niñas no concluían. Los nervios de la mamá se calmaron de puro agotamiento; el sueño cerró sus ojos y no supo más de nada hasta que las niñas aparecieron por fin envueltas en sus amplias y ricas capas, celeste la una, y rosada la otra: ambas adornadas de armiño y de encajes.

Son las tres de la mañana. El baile está en su punto... Los salones de la gran casa se hallan apretados de gente; hay luces y hay flores en todos los rincones, en todas partes se oye una música, no alarmante como antes se decía; antes, en esos tiempos, cuando se tocaban polkas, mazurkas y cuadrillas; pero sí triste y lánguida, casi voluptuosa, tal como los bailes que la interpretan, los bailes a la moda, hijos degenerados, en su mayor parte, del famosísimo tango.

Las parejas se mueven suavemente, en ondulante y cadenciosa unión de movimiento y de intención; ya no parecen dos sino una sola la persona que baila, tan estrecha y perfecta es la unión. Los hombres llevan rapados los bigotes, liso y brillante el pelo, empolvada de blanco la cara; las niñas escotadas, el cuello, los hombros y los brazos desnudos.

Los que no bailan se juntan en grupos a conversar: una niña y, dos, tres, cuatro y más jóvenes, según el éxito de moda adquirido en sociedad. Dije conversar, no es exacto; no cabe conversación en ese medio ambiente; es aquel un chisporroteo de broma, de galantería y de agudeza, nada de fondo, nada que pueda dar a conocer un alma.

En ese elegante vaivén que dura algunas horas y llega hasta la madrugada, las niñas gozan con aturdimiento al verse cortejadas, rodeadas y seguidas por una romería de jovencitos a veces casi niños.

No todas las jóvenes gozan en la fiesta; padecen algunas y de veras y cruelmente; sienten bochorno y humillación al no verse rodeadas, atendidas y cortejadas como sus compañeras.

Y qué es de las madres mientras tanto? Las mamás han sido colocadas a medida que iban llegando en una sala más retirada adonde llegaban apagados los acordes de la música danzante. Hileras de sillas o sofaes afirmados a la muralla iban conteniendo hileras también de vestidos negros que debían quedar ahí en sus

filas las horas largas de la media noche y las horas frías del amanecer. Ha habido casos en que esas pobres mamás han pasado su noche tiritando de frío, la calefacción no llegaba hasta ellas, lo que llegaba por endijas y malas junturas, era la helada penetrante y sutil de la noche invernal.

- El Teatro - La niña ha salido a sociedad, es pues deber de los padres el tomar abono en el teatro Municipal. La suma que representa es subidísima ¡qué hacerle! Se hará economía en la casa, se suprimirán las maestras de las niñas menores, se despedirán algunos sirvientes, se retirarán las mesadas a obras de caridad o de propaganda, en fin se ahorrará en lo que no esté a la vista y que no desmerezca a la niña que debe presentarse en las mejores condiciones de distinción y elegancia. Si es *ópera* lo que funciona en el Municipal, la mamá puede estar tranquila; salvo algunas excepciones, las óperas son aceptadas para niñas. Es otra cosa si se trata de *opereta*. Si ella es inteligente y comprende algo de la malicia que encierra ese género de espectáculo, tendrá muchas veces que afligirse y abochornarse de haber expuesto a su hija a oír y ver escenas inconvenientes.

Si la compañía es dramática, si es francesa sobre todo, la mamá se preocupará un poco más. Después de haber criticado mil veces las ridiculeces e impertinencias de la Liga mandará a la niña que averigüe si la pieza que les ha tocado la noche de su abono, es o no para niñas.

La chica llama al teléfono de la señora de la Liga con mucho miedo de la contestación.—«*Mala*»,—se le suele contestar, y entonces perdido el palco y el dinero.—«*Regular*»,—¡Ah! eso tampoco es para niñas! Qué majadería!—«*Buena!*»—Con qué gusto, pero que rara vez se les puede dar en conciencia esta agradable contestación!

Las señoras de la Liga trabajaron durante dos años por mejorar el biógrafo y se dieron la terrible tarea de revisar diariamente las películas del teatro Unión Central. ¿Y qué pasó? Las mamás y las niñas se aburrieron del espectáculo censurado, el teatro empezó a vaciarse y el empresario a perder dinero. Las vistas sencillas e inocentes fueron *latas* para las asistentes, ya mal acostumbradas y exigentes de emociones más fuertes y más pasionales.

El biógrafo es, tal como funciona en nuestros teatros, el espectáculo más pernicioso para la juventud y, sin embargo, las madres, no digo llevan a sus hijas, sino, lo que es mil veces peor, mandan a sus hijas, solas con una amiga o con un hermano pequeño, a presenciar, representado a lo vivo, todo cuanto de malo se puede ver sobre la tierra. Y delante de esas escenas de la mayor inmoralidad y más repugnante indecencia, la madre deja a su hija, día a día o noche a noche, sin la menor inquietud, sin saber aun lo que se va a dar en esos teatros poco seguros, y sin saber, además, con quien la niña se ha de juntar en esos locales obscurecidos para la representación y de libre acceso para quien quiera.

- Paseos - La Plaza, la Alameda, el Cerro, la Quinta Normal, etc., son los paseos más frecuentados por las niñas de Santiago. La mamá no debe presentarse en ninguno de estos sitios; la niña va con su hermanita menor o con una amiga de su edad. Puede libremente juntarse en el paseo con su novio o *pololo*, como se dice hoy día en nuestro país.

Personas fidedignas aseguran que han visto muchas veces en esos paseos apartados y a horas avanzadas del anochecer, parejitas de novios o de simples enamorados, sentados lo más lejos posible del farol indiscreto, muy cerca el uno del otro y muy embebidos en su emoción sentimental. Se dicen también cosas que es mejor no repetir...

Estos paseos de a pie van quedando sin embargo desusados entre la sociedad rica y refinada. El automóvil lo ha suplantado todo; correr, volar, salir fuera de la ciudad, ir lejos, muy lejos, embriagarse con la velocidad y con la emoción del peligro, he ahí el placer por excelencia de las niñas y jóvenes elegantes de nuestra alta sociedad.

La mamá queda como siempre relegada a su casa, o a sus quehaceres o devociones. ¿Y cómo podría una señora delicada de salud, nerviosa, achacosa talvez, tomar parte en esas aventuradas excursiones, interrumpidas muchas veces y perturbadas por accidentes desagradables y caminatas intempestivas? A la mamá se le tranquiliza con engaños y se le desenoja con ingeniosas razones.

Antes de sacar a la hija a sociedad deberá la madre formar en ella un criterio sano y recto que la prepare a la vida arrastradora y peligrosa que la espera en el mundo. La educación del alma y del corazón, la instruccion sólida, los gustos artísticos y el hábito de trabajo, son como el lastre que sujetará esa imaginación expuesta al aturdimiento de la vanidad y del placer, aturdimiento que se cambiará fácilmente en desengaño y en profundo aburrimiento.

La educación le enseñará a ser amable, no tan sólo con los jóvenes que la cortejan o con las compañeras que la ayudan a divertirse, sino también con las señoras, con las personas de respeto y con todo el mundo. Se le hará ver que su salida a sociedad, junto con placeres le trae responsabilidades; que perteneciendo ya oficialmente a esa sociedad, se deberá a las obligaciones que ella le impone; que tendrá que dar al mismo tiempo que recibir.

La joven es la flor recién abierta; como la flor que no guarda o esconde su perfume, sino que lo esparce y hace gozar con él a quien se acerca, así ella deberá esparcir aromas de gracia, de alegría, de pureza y de bondad.

El encanto de la joven debe ser el de la frescura, el de la mañana, el de la primavera. La juventud lo da y lo promete todo; su vista sola es alegría.

Si para el mundo la sociedad se reduce al grupo más o menos

importante de gente rica y de posición, para el cristiano la palabra sociedad es el prójimo, es la humanidad entera.

Enseñará la madre a su hija a preocuparse de los intereses sociales de las clases obreras y necesitadas; la hará alistarse en alguna sociedad benéfica para que su trabajo de caridad sea más provechoso y más meritorio. El pensar y trabajar en alivio de los semejantes es el antídoto al egoísmo de una vida fácil, regalona y superficial. La niña que sepa conmover su corazón a la vista de las aflictivas y apremiantes necesidades de las familias pobres o de la situación penosísima de las jóvenes que, menos felices que ella, deben gastarse y sucumbir muchas veces, en la lucha de la vida y del ganar el pan, no dará cabida en su alma a los excesos del lujo y del placer.

La niña se asemejaba a un ángel cuando, entre tules, cirios y azucenas, se presentó por vez primera a la mesa del Señor. Parecía también un ángel cuando, modesta y piadosa, avanzaba, cubierta de blanco velo, a recibir la medalla de las Hijas de María. Continuó siendo ángel de inocencia, de candor y de piedad hasta el día o la noche en que fué *sacada a sociedad*. Desde ese día o esa noche se obró en la niña una extraña transformación: de ángel pasó a ser ídolo porque ya no vivió sino para adornarse y parecer bien.

Sólo una piedad sólida, basada en el conocimiento inteligente de la religión y de sus deberes, y una conciencia formada y convencida, sin escrúpulos, pero con delicadezas de cristiana y católica, evitarán este cambio lamentable.

Piedad, no de puro sentimiento, o de moda, o de interés, como se ve en el abuso de correrías devotas, de mandas y novenas, sino piedad de principios, reposada, sincera y continuada; piedad que sirva de dirección y rumbo para la vida entera, que sea fuerza, sostén y consuelo; piedad inteligente, que vaya siempre unida al espíritu de la Iglesia y que con la Iglesia ore, ame y adore.

Así, y sólo así, la niña conservará su piedad en medio del mundo y de la sociedad.

La salvación de la Sociedad depende de las madres

Mercedes Santa Cruz de Vergara.

Comenzaré pidiendo perdones, por atreverme a afrontar un tema como éste, sin preparación suficiente, y válgame la buena intención con que lo hago y mi amor a la Santísima Virgen María, a quien deseo honrar de alguna manera, como modesta madre cristiana.

Ante todo, creo que las madres de la época actual deben penetrarse de la grandeza de su misión y no resignarse tan fácilmente, como por desgracia se observa hoy día, a ser relegadas a segundo término, apenas sus hijos crecen.

Muchas veces el excesivo cariño desacredita la dignidad maternal; ante los caprichos de sus creaturas desde muy temprano comienza la madre a ceder y después se deja dominar por el ambiente tan funesto que la rodea, más funesto aún en las sociedades nuevas, como las de América, donde se sufre el inconveniente de su inestabilidad; disputándose siempre el triunfo dos corrientes quizás exajeradas, la una de intransigencia y atraso, la otra de suma libertad y ultramodernismo.

No es frecuente que las madres cristianas, desconozcan las graves responsabilidades inherentes al cuidado de sus hijos, mientras éstos están en la infancia, y en eso tienen los chilenos, el orgullo de creerse admirables! En general, creo yo que les dedican los mejores años de su vida y toda la abnegación y la ternura de que son capaces. Pero sin amenguar la importancia de ese cuidado del niño, de su cuerpecito frágil y delicado, creo que es la época en que su tarea resulta más fácil y, sin duda, la más llena de poesía y de dulces recuerdos. ¿Qué madre no ha sentido un goce divino, al besar la frente de su hijo recién bautizado? ¿Quién podrá olvidar su primera sonrisa, sus primeros balbuceos y su primera oración?

Mas, viene en seguida el despertar de su inteligencia, y es entonces cuando la vigilancia de la madre debe aumentar, siguiendo su desarrollo y estudiando sus inclinaciones.

Y es este segundo período de la vida el que las madres deben atender con lujo de sacrificios, porque, desgraciadamente, los peligros han aumentado en forma tal, que en un solo momento de descuido puede deshacerse la labor de muchos años. Antes se confiaba a ciegas en los buenos colegios, que existían con reputación notoria; como que muchos de los hombres que han brillado

y brillan aún, en Argentina, Urugnay y otros países de América recibieron su educación en Chile.

Muy a menudo, durante los años de colegio, las madres se desentienden del desarrollo intelectual de sus hijos, y esto es, a mi juicio, la razón, por qué su influencia suele detenerse, cuando ellos terminan sus estudios y entran de lleno a la vida.

La Madre cristiana, especialmente, no puede, no debe separarse jamás de sus hijos, por cuanto ella no ha de ser sólo la providencia material, prevee a sus necesidades y alivia sus dolencias, sino que ha de tomar parte en sus luchas, en sus goces y en sus triunfos. Luego, las madres tienen que vivir con su época, estudiar con sus hijos, seguir sus adelantos, compartir sus emociones; jamás quedarse atrás, como retrógrados, reñidos con el tiempo presente; porque, si bien para nosotras las madres, no es ya acaso éste el tiempo mejor, para ellos es su primavera, la que ha de convertirse después en su «bello pasado!»

En realidad, «El deber de las Madres en la vida de Sociedad» como tema que desarrollar es inmenso, casi infinito, pues abarca la vida entera de la mujer. Durante la primera edad del niño, se dedica a formar su corazón y su conciencia, inculcándole ante todo la Fe, enseñándole una religión inteligente, bien entendida y práctica, sin falsos misticismos ni dobleces.

Viene en seguida un trabajo de larga preparación, a fin de hacerles comprender la responsabilidad de todos sus actos, de cómo no hay acción, por insignificante que parezca, que no sea ante Dios de un valor infinito, tan infinito, que con ella puede ganar el cielo!

Se iniciará también, y desde muy temprano, en el perfeccionamiento de su carácter y en los pequeños vencimientos, para que ello constituya un hábito, una costumbre, aun antes de la época de su primera Comunión.

Y aunque estas reflexiones parecen salirse del tema, en realidad a él conciernen, porque la madre debe entrar en sociedad con sus hijos, como la Cornelia romana, y ser ellos su mejor adorno!

Si se quiere moralizar a los demás, es preciso que cada mujer cristiana comience por cuidar de su propia familia, de sus propios hijos, porque el ejemplo será siempre la más elocuente predicación.

Esto requiere una vigilancia incesante, una abnegación absoluta que no es incompatible con los deberes de mujer de mundo; por lo contrario, estas cualidades suelen encontrarse en personas altamente colocadas y cuyas exigencias de fortuna y de situación las obligan a una vida mundana en apariencia, sin que por ello descuiden estos primordiales deberes de las madres cristianas.

Igual cosa, ocurre con la educación, que ninguna madre puede confiar, ni a las instituciones más santas, ni a los colegios más seguros, sin vigilar siempre el resultado de los estudios, que en verdad, son la preparación para lo que esas creaturas seguirán aprendiendo más tarde, solas o por medio de sus lecturas.

La mayoría de los muchachos pierden la Fe, después del bachillerato, precisamente cuando la madre no interviene en sus lecturas, cuando ha dejado de ser la amiga de sus hijos y no ha procurado, más que nunca, seguirles en sus entusiasmos y en sus gustos. ¡Cuán difícil es a veces recobrar la juventud del espíritu o interesarse en cosas que, si no fuéramos madres, nos dejarían indiferentes! Este es otro vencimiento, otro ejercicio de abnegación para el espíritu de la madre.

Conozco algunas que, muy a su pesar, han leído con sus niños los más inocentes cuentecitos; otras que han tenido inefables goces, al vibrar al unísono con sus hijos, que han aprendido con ellas a sentir y apreciar la belleza, de una obra literaria, pura y delicada... y que bendecían con razón al Señor, por haber podido dar una segunda vida a sus hijos: «la vida del espíritu!».

Y si la madre es compañera de sus hijos en el cumplimiento del deber, preciso es que no se limite a ello, sino que comparta las primeras emociones de su juventud con todo el entusiasmo y la frescura de alma de que sea capaz; pues esta participación en las emociones juveniles es lo que constituye la verdadera amistad filial y esta amistad será la mejor salvaguardia de la familia. En tal caso no se verá que los paseos, los teatros, ni las lecturas, logren separar a los hijos de la madre. Ellas entran en la batalla a su lado y no les desamparan en lo posible.

Comprendo que esto suele ser difícil, especialmente cuando se tiene numerosa familia; pero la presencia de las *«madres que no abdican su puesto de honor»* en sociedad es de gran ayuda para aquellas que por otros inconvenientes tienen que dejar a sus hijas en relativa libertad.

«La salvación de la Sociedad depende de las madres». Esto se ha dicho ya mucho; pero aun es preciso repetirlo, y es urgente que se forme un ejército de madres que no se resignen con las nuevas costumbres que las separan de sus hijas completamente, apenas ellas entran a la época de los paseos. ¿Se les tachará acaso de anticuadas? No importa; es indispensable mantenerse firmes en materia de ideas y de programa.

Debido a las exigencias de la época actual y a la progresiva ilustración de todas las clases sociales, creo yo que los estudios de nuestras hijas deben ser más profundos y serios y requerir toda nuestra atención. Por eso considero que con la prematura entrada de las niñas en sociedad se corre el peligro de llevarlas con menos preparación al matrimonio, que lógicamente se adelanta también; y aquellas que comprenden los graves inconvenientes que esta precocidad ocasiona, no pueden mirar con indiferencia esa debilidad maternal, tan frecuente entre nosotros.

Tampoco se ha de descuidar el cultivo de las artes, que son un gran aliciente en la vida y un recurso de distracción tan noble en la prosperidad, a la vez que una ayuda en las asperezas del camino que a muchas toca recorrer.

El cultivo del arte da mayor interés a la exigencia de las jóvenes, desarrollando su inteligencia y modificando sus preocupaciones, reducidas con frecuencia al excesivo afán de vestirse bien y de encontrar marido cuanto antes.

En síntesis, a mi juicio, «el deber de las madres en la vida de sociedad» se reduce: a no abdicar en ningún momento su dignidad maternal; a identificar desinteresadamente su espíritu con el alma alegre y juvenil de sus hijos; y no vacilar en esa labor sacrificada, heroica, por decirlo así, de la formación del carácter de sus hijos; y a no abandonar su misión maternal, considerándola el deber primordial de su vida!

¿Cómo es posible que vuelvan las madres a sepultarse en la obscuridad de los tiempos paganos? De aquellos tiempos en que se profesaba tal desprecio por la maternidad, que ni en el arte griego, ni en el romano, dice un erudito, se encuentra una sola madre representada al lado de sus hijos?

En Roma vemos reproducida a cada paso, a la loba que alimentó a Rómulo y Remo; y es preciso llegar hasta María, la humilde Madre en el establo de Belén, para conocer la grandeza de la maternidad en ese *modelo excelso* de todas las generaciones.

Con María comienza la éra de las grandes madres del Evangelio, *a Ella*, la representa la Edad Media en la mayoría de sus cuadros y esculturas; *a Ella* nos la muestra, Rafael en sus magníficas telas, Murillo y tantos otros genios que nos dan el reflejo de sus tiempos!

Madres modernas, nosotras, como esos maestros del arte, no podemos reflejar la imagen *de María,* en cuadros o esculturas; pero, sí, podemos, imitando su ejemplo, hacer que se reflejen en la frente de nuestros hijos las virtudes de nuestra augusta Patrona!

Criterio Social.

Defectos de la actual vida de sociedad. Remedios.

Trinidad Concha G.

No se tratará en este modesto trabajo de estudiar concienzudamente los defectos de nuestra sociedad. Necesitaríase para ello de adecuados estudios y autoridad competente. Fijemos solamente nuestra atención, por breves instantes, en un sólo defecto; defecto que sentimos ya cernerse amenazador y que basta por sí solo para derrumbar el orden moral de una sociedad; defecto ya tan evidente

que para descubrirlo no es fuerza ser un lince; que flota en el ambiente; saturado de él está el aire moral que respiramos; sobrenada en la superficie de la sociedad y, a la vez, es tan profundo como que arraiga en el mismo entendimiento humano.

Me refiero a la falta de criterio moral que empieza a notarse entre nosotros.

El Criterio, según lo define un autor, «es el entendimiento en cuanto emite sus juicios que han de ser la norma de la conducta.» Por esta definición ya comprenderemos el oficio trascendental que desempeña el criterio en la práctica de la vida. Lo que es la vista en el mundo material, es el criterio en el mundo moral. Como aquélla percibe el tamaño, la forma y el color de los objetos, el criterio conoce la bondad o malicia, la importancia o futileza, el provecho o inutilidad de nuestros actos. Es la medida interior que debemos aplicar a nuestras palabras y acciones; la balanza donde deberíamos pesar (asustémonos) hasta nuestros propios sentimientos.

De lo anterior despréndese naturalmente cuanto importa el mantenimiento y buena educación de este criterio. Quitad a un buque el lastre que le sirve de contrapeso y veréis cómo ese hermoso palacio flotante, que poco ha se paseaba airoso por los mares, perdido el lastre va de tumbo en tumbo hasta ser completamente despedazado por las olas. Destruíd o tan solo falsead el criterio de una persona, y luego veréis cómo va perdiendo la noción de las proporciones: en breve término no distinguirá los inamovibles límites morales, y en confusa amalgama verá correr por un solo cauce la verdad y el error, el mal y el bien, lo grande y lo pequeño.

La falta de criterio llega pues en su grado máximo hasta socavar esos principios fundamentales que forman el cimiento de la vida humana.

Estas son las consecuencias lógicas, los resultados prácticos de aquella trascendental anarquía. A primera vista aparece como irrealizable este espantoso trastorno; no obstante, a poco que observemos en torno nuestro, brotarán de todas partes infinidad de hechos reveladores; por donde quiera hallaremos síntomas del desarrollo de este mal, en proporciones más o menos alarmantes, pero siempre graves, porque nunca podrá ser insignificante un mal que tales efectos produce.

Notamos en nuestras costumbres ciertos abusos que, seguramente, habrán existido siempre, pero como hechos aislados, relegados por la sanción social a la obscuridad y al silencio. Perturbado ahora el criterio no condena ya esos abusos, y al levantarles la sanción les ha dado carta de ciudadanía. Vemos también como se va cambiando la justa apreciación de las cosas por otra apreciación falsa y antojadiza.

¿Qué es todo esto sino prueba evidente de que marcha mal nuestro íntimo regulador y que se encuentra incapacitado ya para ver con claridad y fiscalizar con justicia lo que le llega de fuera?

¿Quién podrá sondear la profundidad del abismo en que se precipita un criterio falso? Si la dirección es errada, ¿qué esperanza podrá haber de que se acierte con la senda del bien? Mientras una persona cometa el mal sabiendo que lo es, no nos inquietemos; pero, cuando al mal se una el error de criterio, y ya no discierna cual se debe la moralidad de los actos humanos, entonces muy dificultosa será la curación.

Es verdad, desgraciadamente, que el criterio va perdiendo su prestigio entre nosotros. No es estimada como merece esta pauta interior que Dios nos ha entregado para nuestra propia conducta: aún más, lejos de estimarle se le mira con desdén. Es corriente oír: «¿Para qué sirve el criterio?... eso está bueno para los hombres.. a nosotras nos basta el corazón, ese es nuestro dominio».

Es creencia muy común que el buen criterio está en pugna con un gran corazón y que es señal de aridez de sentimientos.

«El corazón es la fuente de la vida», como lo llama la Sagrada Escritura; el poderoso resorte que mueve el mundo espiritual; fragua a cuyo calor todo se vivifica. Los pensamientos, solamente cuando les da abrigo el corazón, salen de allí transformados en grandes ideales.

¡Quién podrá aquilatar el poder del corazón, limitar su influencia, medir su profundidad: este es el reino de la mujer es cierto; pero ¿nos atreveremos a sostener que en un reino tan dilatado y hermoso no sea necesaria la luz? El criterio va alumbrando y despejando el camino, no pone dique al corazón; no detiene sus arranques, ni apaga su amor, ni disminuye su ternura, ni limita su abnegación. Nadie dirá que los ojos que llevamos en la frente nos estorben para correr. Aumente el corazón sin cesar la intensidad de su vida, y no permita que se pierda en la inacción ninguna de las fuerzas naturales que posee. Vuele en buena hora, un espacio indefinido lo espera.

Si en todo tiempo la recta formación del criterio ha sido de capital importancia, en los días que corren exige un esmero mucho mayor. Una gran lucha moral solicita hoy día los esfuerzos de la mujer. En todas las partes del mundo ha alzado ésta su débil voz para pedir el reconocimiento de sus derechos; y esta voz, al unísono, forma ya un acento poderoso que resuena en todos los ámbitos. No es ahora la ocasión de estudiar las ventajas o los inconvenientes de este movimiento. Pero es lo cierto, que si la mujer en el precioso momento de entablar su causa se desentiende del criterio moral, ella misma se encarga de fallar en contra suya: cometería la locura del marino que al salir del puerto arrojara al fondo del océano la brújula que había de guiarlo por los mares.

Trabajemos pues, cada cual en su esfera de acción, por el mantenimiento del buen criterio. Con todo, para que este trabajo sea práctico, es necesario que empiece cada una por sí misma. Examinemos a menudo si nuestro criterio guarda entera conformidad con los principios fundamentales de la moral cristiana; única

moral que a través de todos los trastornos y revoluciones sociales, que agitan al mundo, permanece inmutable: la única capaz de prescribir y mantener el orden de la sociedad en todos los tiempos. Y cuando descubramos en nuestro criterio alguna discrepancia con aquellos principios, sofoquémosla sin dilación. Este mal es muy sutil, se infiltra suavemente; se necesita sumo cuidado para evitarlo, pues tiene la particularidad de manifestarse patentemente en sus comienzos; mas, cuándo ya ha tomado cuerpo se esfuma y desvanece.

Hay un libro que debería ser el compañero de nuestra vida, cuyo estudio jamás agotaremos: el libro de la filosofía cristiana, la ciencia del pensar bien. Este estudio contribuye a fijar los principios de nuestras creencias; y nos descubre y señala la altísima fuente de donde emanan nuestros deberes. Enseñar esta ciencia a sus hijas, inculcarles el hábito de pensar con rectitud y de discernir con claridad las cosas y las acciones, debería ser la constante preocupación, la tarea más noble de las madres; logrado esto, podrán mirar sin inquietud el porvenir de sus hijas. Les han enseñado la ciencia de la vida, lo demás ellas lo adquirirán por añadidura.

Apreciemos pues en lo que vale esta facultad que tanto nos ennoblece; y no temamos que por tener buen criterio lleguemos a ser menos femeninas; al contrario, él nos ayudará a mantenernos en la esfera propia de nuestro sexo. No existe enemistad entre la expansión del corazón, la más fina sensibilidad, y un criterio recto: de su ordenado desarrollo resultará la armonía, y la armonía es, a la vez, la perfección y la belleza.

La disipación del espíritu

como defecto principal en la actual vida de sociedad

Elvira Santa Cruz y Ossa.

«La tierra está desolada, porque no hay quien penetre dentro de su corazón».—*Profeta Jeremías.*

Entre los diferentes temas que debían desarrollarse en las secciones del Congreso Mariano se me asignó el que trata de *los defectos principales y más graves de la actual vida de sociedad y del remedio que a estos defectos debe aplicarse.*

A mi juicio el defecto principal de la actual vida de sociedad es *la disipación del espíritu* que engendra el *lujo*, la *amoralidad* y la

maledicencia con su interminable cortejo de consecuencias malsanas que desorganizan el hogar, relajan las costumbres y emponzoñan las almas.

Al mencionar el *lujo* como uno de los graves defectos que ocasiona la disipación del espíritu, no pretendo, en modo alguno, vituperar a las familias pudientes que disfrutan ordenadamente de la riqueza que Dios les ha concedido y viven cual corresponde a su posición social. Entra en los designios inescrutables esta desigualdad de fortunas que acaso obedece a secretas leyes de la naturaleza.

Me refiero a la pasión del lujo que tanto puede apoderarse de la obrera o de la empleada que sacrifica su honorabilidad en cambio de su vanidad satisfecha, como de la dama aristocrática que con sus exigencias y despilfarros obliga a cometer infamias a los seres cuyo anhelo es complacerlas; me refiero a esas muñecas de salón que hacen consistir la felicidad de su vida en un traje de Paquín o en valioso collar; a esas mujeres ofuscadas por la más necia de las vanidades que al pasar arrogantes por las calles parecen poner en práctica este axioma: «Conforme al traje que llevas ha de ser el saludo que recibas».

Ese desmedido amor a la riqueza y a la vana ostentación es lo que yo considero la peor plaga social; ella relaja las costumbres, suscita rivalidades y envidias, destruye la modestia y el pudor femenino que sometido ciegamente al capricho de la moda, única soberana respetada, progresivamente se transforma en desenfado; hasta el punto de hacer que personas, que pretenden parecer honradas y exigen que se las respete, se las vea competir en afeites y desnudeces con aquellas que no esperan ya el respeto de nadie.

Y, es en esta pendiente atrozmente resbaladiza donde suele zozobrar el criterio cristiano... Poco a poco, de condescendencia en condescendencia se llega a la *amoralidad,* a perder la noción del bien y del mal en medio de una inconsciencia digna de admiración sino fuera causa de envilecimiento...

En esta ruina del sentido moral perecen hasta los sentimientos más nobles del alma. Todo se allana en la vida, nada hay pecaminoso, todo resulta lógico y natural. Así, aquella que en otros tiempos fué la soberana del hogar, aquel ser casi divino que cantaron los poetas y cuya dignidad altísima consagró la más excelsa de las madres, la Virgen Madre de Dios, han pasado de moda... Con el tiempo el nombre de madre vendrá a ser una palabra hueca o a lo más algo cariñoso que sólo evoca ternezas infantiles. Hoy en día la joven moderna pasa a ser la soberana en el hogar y la *Mamá* que no sabe nada, que no entiende de nada, cuyo tiempo ya pasó, que no está en el movimiento, ni asimila ideas modernistas, con incalificable falta de energía cede el cetro y se dedica a hacerle compañía al *Papá,* rancio también como ella.

Entretanto la niña, haciendo grandes alardes de individualis-

mo y criterio poco común, sale a gozar de la vida con entera independencia... ella sabrá conducirse sabiamente en toda eventualidad. Que este espectáculo es inconveniente, que tal lectura es perniciosa... Patrañas, añejeces, niñerías... a ella no se le hacen escrúpulo tales ridiculeces!

De esta manera el criterio cristiano, el sentido moral declina; declina y se extingue sin que vele por su conservación la autoridad materna, recluída para siempre en un rincón del hogar. ¡Criminal reclusión, mil veces culpable negligencia y pusilanimidad que alguna vez pueden las hijas enrostrar a sus madres!..

Otra faz de la amoralidad social es la que transige con el vicio cuando este viene de medios influyentes, de países más civilizados que el nuestro. ¿Por qué lo que es vituperable en las muchedumbres que carecen de luces y suelen carecer de pan ha de tener excusa en un medio superior en ciencia y en fortuna? ¿No es verdad que ésta es una aberración que contraría todo orden social?

Esa complaciente indulgencia para ciertas innovaciones que rechaza la moral cristiana relaja las costumbres, y, hace confundir la civilización con la corrupción, hasta el punto de que las conciencias timoratas se desconciertan y a tientas en este obscuro caos, buscan la senda que han de seguir indagando ¿dónde está el vicio? dónde el mal? porque aquello que antes era considerado un escándalo hoy en día ya no lo es...

Y, no se crea que dicha tolerancia, aquella indulgencia para juzgar al vicio, que se encubre tras mundano oropel, tenga un móvil caritativo o redentor... ¡Oh, no! Si así fuera esa tolerancia se extendería a todas las prevaricaciones, a todas las miserias sociales; si así fuera no haríamos leña del árbol caído, sino que trataríamos de levantarle y hacerle revivir; si así fuera, si esa pasmosa y admirable benevolencia se universalizara ella ahogaría al nacer todo mal juicio, todo comentario envenenado y, la *maledicencia* por cierto que no extendería victoriosa sus dominios en nuestra sociedad, ni trocaría el hermoso lema cristiano de — «Amaos los unos a los otros»,—en el nefasto y diabólico:—«Despellejaos los unos a los otros». ¡Si así fuera, pero no lo es! y en ésta suscinta exposición de los defectos principales de la actual vida social, materia tan vasta como difícil de abordar, hemos de darle lugar preponderante a la *maledicencia,* a esa gangrena que carcome y roe y es causa de males irreparables, y a la que no titubeo en calificar alimento y distracción de almas ruines solamente. Porque puede un corazón noble abrigar la pasión del lujo; puede también, alucinado por mirajes novedosos, extraviar su criterio, pero gozarse en la desgracia agena, esparcir zizaña, destruír reputaciones, es propio de almas bajas únicamente.

La *maledicencia* es la representante genuina de la envidia, casi siempre viene de abajo hacia arriba, es el arma del débil contra el fuerte, como es la astucia sucedáneo de la fuerza.

De ahí que siempre el objeto de sus iras sea la gente que

está más en evidencia, ya por su talento, riqueza o hermosura. Y, si no lo juzgáis así, observad cómo cuando la maledicencia se ensaña contra alguna persona, su furor se extingue apenas la ve hundida. Cumplida su misión destructora ya no le preocupa la víctima. Aquel miserable despojo humano, aislado de sus semejantes, vilipendiado de todos ya no puede motivar celos ni envidias; su gloria no hace sombra a la de su victorioso rival, su perdida fama no comprometerá el honor ageno... Es entonces cuando la víctima agriada y saturada de hiel suele a su vez convertirse en verdugo de su prójimo y en este encadenamiento de envidias, odios y rencores la actual sociedad se desmorona, las reputaciones más honorables se empañan, los ideales fenecen y las ilusiones se pierden para siempre.

Pero, ¿a qué extenderme más en esta exposición de los defectos de la sociedad actual, asunto estudiado por personas harto más competentes que yo?

El mal no lo dejamos de hacer porque lo conocemos, sino porque nos proponemos evitarlo mediante un esfuerzo consciente y decidido de nuestra voluntad.

Por eso antes de seguir enumerando las plagas sociales yo desearía buscar con vosotros la causa primordial de estos defectos y deciros con toda la sinceridad de mi alma que, a mi juicio, es ella *La disipación del espíritu.*

Ya lo dijo el gran profeta Jeremías cuyas palabras me han servido de introducción:—«La tierra está desolada porque no hay nadie que penetre dentro de su corazón».—Sí, en verdad, la tierra está desolada porque la mayoría de los seres humanos viven en la frivolidad, privados del pensamiento que ennoblece, del ideal que ilumina la vida; esclavos de la vanidad, de la ficción, sin un yo consciente, sin un eje que mueva y gobierne su personalidad, sin una fe que concuerde con su manera de vivir, (porque ciñéndonos al criterio cristiano, no podemos comprender que las personas en cuyo corazón se anida la fe de Cristo sólo la sostengan en teoría); espíritus disipados en estéril vivir, seres incapaces de hallar su ambiente en ninguna forma humanitaria o caritativa, y ningún empleo en la vida porque a ninguno han de aplicarse con sinceridad y constancia; espíritus que reducidos a un género trivial de actividad, brillan y se extinguen como fuegos fatuos o son como semilla vana que el vendaval pronto convierte en polvo del camino....

Dar una norma igual, una regla única de conducta que remedie la disipación del espíritu social, lo considero yo vano intento ya que la complejidad de los caracteres y destinos humanos es casi infinita. Querer reducir a pautas comunes los diferentes ideales y aspiraciones de cada individuo sería tan absurdo como empeñarse en vestir a un gigante con las medidas de un pigmeo.

Por lo demás, no es la bondad de este método o de aquel sistema la que ha de renovar así, de pronto, el espíritu social. Si

a tales teorías no prestamos el concurso decidido de nuestra voluntad, llegaremos al fin de nuestra existencia habiendo escuchado muy sabios consejos y sublimes conferencias y leído mil tratados de religión o de moral, sin que prácticamente nos hallan aprovechado.

Para remediar esta frivolidad de espíritu sería menester que comenzáramos por inculcarle a la juventud, la necesidad de una reforma que despierte las energías que dormitan en su ser interior porque la luz del espíritu jamás ha iluminado los rincones de su alma; sería preciso inspirarle el deseo de conocer esa vida profunda que retempla la voluntad y es ejercicio de virtudes; hacerles gustar la mágica y saludable influencia que ejerce sobre nosotros la frecuentación con los grandes espíritus de todos los tiempos. En síntesis, cambiar la dirección de esas fuerzas gastadas en estéril vivir y hacer que las inteligencias vacías de intereses sólidos fijen la vista en un ideal de perfeccionamiento que marque rumbo seguro a toda personalidad humana.

¿Cómo es posible que el sueño mayor de nuestra vida, el interés fundamental de nuestra existencia consista siempre en algo exterior? Que esa sed inextinguible del corazón, esa ansiedad de algo infinito se sacie con frivolidades?

Si en vez de gastar nuestras energías y nuestros esfuerzos en faustos y vanidades, penetráramos dentro de nuestro corazón ¡qué de sorpresas hallaríamos en ese terreno inexplorado aún...!

¡Cuán admirable sería que tomáramos por hábito el prolijo examen de nuestra conciencia; esa depuración constante del espíritu, ese ejercicio de sinceridad para con nosotros mismos, único que da firmeza a nuestras convicciones, que no admite claudicaciones, ni hipócritas condescendencias, único que desvanece lo ilusorio, lo ficticio, lo que la rutina o los prejuicios mundanos depositan en lo íntimo de nuestro ser, pero que, en realidad, no nos pertenece...

Todo lo que calla y espera en el fondo de nuestra alma, todos esos sentimientos que el rumor de la mascarada ahoga, resurgirán entonces dando a nuestra existencia sazón ideal....

Por cierto que en este siglo donde todo incita a la disipación, donde nuestros sentidos van hallando en cualquier instante deleite y satisfacción, es difícil desprenderse del ambiente, ni hay manera muchas veces de eximirse de esa frivolidad que en oleadas tumultuosas amenaza destruír la torre de marfil de nuestra vida interior. Por eso al ocuparme de los defectos principales y más graves de la actual vida de sociedad, no he pretendido remediarlos llamando a la gente mundana a una soledad, a un silencio material; tanto más que la frivolidad del espíritu bien puede acompañarnos hasta la celda misma de un convento; y, no es preciso el retraimiento ni el huír de los placeres del mundo para que gustemos de la meditación y de la paz interior. Matronas hay que cumplen una augusta misión social alternando su tiempo entre el salón, el hogar

y el libro, nobles mujeres que ascienden hasta las más altas cumbres del pensar sin descuidar por ellos los deberes de su elevada posición social.

Por disipación del espíritu entiendo yo esa *entrega absoluta* del ser humano al goce de los sentidos sin reservar en la parte superior del espíritu un reparo, un punto de concentración que coloque al alma por encima de la frivolidad, aun actuando en el más mundano de los escenarios.

Pero, al señalar como remedio a los defectos principales de la actual vida de sociedad la concentración del pensamiento, el estudio y desarrollo de las facultades mentales y la frecuentación con los grandes espíritus de todos los tiempos, se me objetará y con justísima razón, que ese cultivo espiritual, mal orientado, puede traer consecuencias sociales más nefastas aún que la frivolidad y disipación del espíritu. «Las mentes femeninas son curiosas», se me diría, «la novedad las atrae y acogen con pasmosa credulidad las más extravagantes teorías.. En toda época de la historia han surgido apóstoles de diversas doctrinas filosóficas: los hombres las discutieron, se preocuparon un momento de ellas y luego las abandonaron como inútil pasatiempo. La mujer no se apasionaba entonces por estas cuestiones; pero ahora que ya comienza a interesarse por toda elucubracion metafísica, ¿no cree Ud. que puede hallar en esa indigesta absorción de ideas filosóficas, estudiadas sin método ni discreción, su completo desequilibrio mental? De ahí a la anarquía espírirual hay un paso y este paso es más peligroso para la sociedad que el desenfreno en el lujo y en las costumbres, por cuanto ella invade los dominios del alma y extirpa de raíz toda creencia religiosa».

A dicha objeción, razonable como la que más, respondería yo buscando una orientación definitiva, segura y firme que dirigiera esta reforma del ambiente social; una brújula que a través de veinte siglos hubiera conducido a puerto seguro innumerables caminantes; un faro luminoso que señalase la senda verdadera a todo el que se debate entre las tinieblas del error.

Y esa orientación, esa brújula, ese faro luminoso sería la Virgen del Carmelo... Si en su honor nos encontramos reunidas hoy en este Congreso Mariano, si bajo sus suspicios iniciamos el estudio de este importante problema social, justo es que Ella sea nuestro guía y nuestro mentor en la reforma que anhelamos; tanto más que en Ella podemos hallar nuestro modelo en todas las edades y en todas las circunstancias de la vida.

El Nuevo Testamento nos muestra a María pequeñuela en el templo, iniciándose en el estudio de las sagradas escrituras y fortificando su espíritu en el recogimiento y vida interior; más adelante como matrona obsequiosa afable y llena de gracias la vemos en las bodas de Caná, en casa de Marta y en el banquete de Simón; modesta y humilde, cuando su Divino Hijo triunfa Ella se eclipsa; más cuando le ve clavado en la cruz se muestra Ella al

mundo como madre del Crucificado; en su ancianidad consuela y fortifica a los discípulos de Jesús y anonada su espíritu en Dios; y cuando los evangelistas quieren gravar en letra de oro la vida y doctrina del Maestro es Ella, la augusta consejera de Juan, Lucas, Marcos y Mateo, quien busca allá en el fondo de su alma contemplativa la inspiración y la luz que irradian esas páginas inmortales.

¿No es verdad que no cabe mayor gloria que la de ser la divina inspiradora del Evangelio de Cristo, de ese sublime testamento de la sabiduría increada?

El Evangelio y María: la doctrina y la acción.

En el primero podremos hallar todo lo que nuestro espíritu sediento de verdad ambiciona y todas las enseñanzas y preceptos que nuestra sociedad necesita para regenerar sus costumbres.

En María hallaremos el ejemplo de todas las virtudes femeninas.

Y porque María llenó su misión en todas las edades de su vida y porque fué grande y magnánimo su espíritu hemos de buscar en Ella el modelo de vida profunda, de rectitud de intención y de perfecto dominio de la voluntad que yo he opuesto como antídoto a los vicios de que adolece la sociedad actual.

Y, para concluír, señoras, pensemos también un poco en nuestro porvenir... La vida es tan breve, la primavera no es eterna, el otoño bien pronto se lleva las galas juveniles; y a fin de que el declinar de nuestra existencia sea hermoso, es menester hacernos una felicidad íntima, una felicidad que nos dure en todas las edades y que cuando esta miserable máquina humana nos acerque a la ruina, cuando el bullicio del mundo se aleje de nosotras, retiradas y solas, pero en íntima comunión con Dios y con nosotras mismas, podamos nutrir nuestro espíritu con las dulces y puras alegrías que serán la recompensa de nuestra labor espiritual.

Que aun cuando el éxito no haya coronado en la tierra nuestros esfuerzos, el mundo al vernos declinar no tenga derecho a pensar que hemos disipado nuestra vida en estéril vivir; ni pueda jamás, aplicándonos las palabras del profeta Jeremías, exclamar: —«Vedlas ahí, desoladas, neurasténicas y sumidas en la más amarga sequedad espiritual, porque nunca supieron penetrar dentro del tesoro de su propio corazón»...

Necesidad de restablecer, donde se hubiere perdido el criterio y el espíritu cristiano

Rosa Figueroa de Echeverría

Muy difícil es en los tiempos presentes tratar de restablecer, donde se hubiere perdido el espíritu cristiano en la vida de sociedad, paseos y diversiones, ya que podemos decir que, salvo honrosas excepciones, cada día se nota en nuestro mundo social mayor ausencia del espíritu cristiano y más tendencias hacia el pagano.

Los pasatiempos y diversiones son necesarios para llevar con más fuerza las contrariedades y penas inevitables en la vida; siendo muy recomendable que las personas que en ellos tomen parte tengan esa alegría comunicativa que poseen los corazones sanos y las conciencias tranquilas. Tratar de agradar y ser condescendiente entra en el marco de las virtudes cristianas.

Magnífico ejemplo nos presenta la Sma. Virgen María cuando asistió a fiestas sociales. El Evangelio nos la presenta en las fiestas de unas bodas llena de bondad, no criticando sino disculpando las faltas ajenas; lo que dió lugar al primer milagro que en público obró Nuestro Señor Jesucristo a pedido de su Madre; dándonos con semejante acto lección de tolerancia, bondad y prudencia.

En los tiempos actuales, como ya se ha dicho anteriormente, las fiestas y diversiones van tomando marcado sello de paganismo. Muchas de las que en ellas toman parte están como poseídas de una alegría neurótica y extravagante, producto de la vanidad, del amor propio y del sensualismo.

No queremos pensar que muchas de las personas que generalmente forman estos grupos frívolos y mundanos de la sóciedad sean malas o tengan mal espíritu; pero lo que no deja lugar a dudas, es que son completamente inconscientes del mal que puedan ocasionar.

No de otro modo se comprende que lleven esos trajes con tanta desenvoltura y cuya inconveniencia ha llegado al colmo. Ellas son hasta piadosas, y se les ve en las iglesias comulgando con frecuencia. Tranquilizan su conciencia diciendo: ¿qué mal existe en divertirse, en vestir con elegancia, en comer bien, en tener amigos? Realmente que nada de esto puede ser malo; pero es la falta de pudor en el vestir, es la conversación libre y de doble sentido, es la frivolidad, el espíritu de sobresalir, el lujo, la molicie, el amor propio, es el conjunto, es en fin, la serie de actos que encadenados forman la vida frívola y sensual, hasta llegar a ser un cuerpo servido por un alma. Al cuerpo se le pide, se le

adorna, todo el ingenio lo dedican a pensar en la manera de ponerlo más flexible y atrayente, y para este único objeto de la vida se sirven de todas las potencias buenas y malas del alma haciendo sacrificios dignos de mejor causa. Si hubiere alguna persona que llegue a hacerles alguna observación al respecto, ellas contestan: «Yo hago estas cosas porque no se me hacen pecado». ¡Profundo error, fruto de la inconsciencia! Existen unos mandamientos o ley de Dios a la cual todo católico tiene obligación de conformar su conciencia y todos los actos de su vida.

Felizmente en nuestra sociedad el grupo excesivamente mundano no es hasta hoy muy numeroso. Las que lo forman creen poseer el sello de la elegancia y del buen tono, mirando casi despreciativamente a las que no están iniciadas en los últimos inventos de las modas y modales del *demi mond* parisiens, encontrándose, por cierto, muy superior a las que lo ignoran o no los quieren seguir. Se asemejan al pavo real dando vueltas con la cola desplegada, atentas sólo a su propio esplendor y al efecto que puedan producir.

Creemos que en las necias este grupo llegue a producir envidias y en las sensatas compasión, esperando pacientemente que en aquellas a quienes les hemos conocido sus madres o abuelas renazcan algún día las virtudes atávicas.

Es difícil en verdad agradar a todo el mundo, pero se puede asegurar que el mejor medio de conseguirlo es por la modestia; virtud que jamás crea envidias y siempre atrae simpatías.

La frovolidad de la educación actual es la causa de este grave mal que día a día toma mayores proporciones. Las madres ya no preparan a las hijas para la lucha de la vida. Tratan de evitarles todo sufrimiento y molestias, y por no verlas contrariadas acceden en muchas cosas que no deberían permitir.

La autoridad y voluntad de las madres ya es muy raro que se toma en cuenta, y cuando tímidamente llegan a reprobar los actos de sus hijas, éstas las hacen callar con palabras más o menos cariñosas o zalameras diciéndoles: «mamacita lo que está diciendo Ud. es una exageración propia de tiempos añejos, porque la señora tal o cual que están tan bien colocadas en sociedad y que sus hijas se casan con lo mejor de Santiago permiten esas cosas». Y las pobres madres ante la espectativa de que sus hijas logren obtener por el mismo medio también algún buen partido, pasan por lo que no debían pasar; prevaleciendo siempre la voluntad de las hijas sobre la autoridad de las madres. Es tal la fuerza del dominio filial que con frecuencia se oye a muchas madres escandalizarse de lo que otras permiten a sus hijas, y despues ellas mismas van haciendo concesiones, poco a poco, hasta permitir lo que antes reprochaban con energía.

Como se puede ver por lo expuesto anteriormente el mal es profundo y por este medio llegaremos a la anarquía en el hogar, repercutiendo también en la vida de sociedad.

Importancia de la literatura infantil

Emma Délano de Langlois.

Echemos una mirada atrás y recordemos el tiempo ya lejano de nuestra infancia. La memoria, infiel para las cosas de ayer, habrá acariciado con riqueza de detalles, las impresiones del niño y encontraremos archivados en alguna celda oscura del cerebro, dolores y alegrías, afectos y odios, que la acción de los años no habrá logrado desvirtuar. Un perfume, el color de una tela, bastarán para hacer desaparecer un lapso de años vividos intensamente y para trasportarnos a esos remotos tiempos. Con raras excepciones que confirman la ley, permanecemos fieles a nuestras primeras impresiones; el tiempo y la educación revisten nuestra naturaleza hasta presentarla diferente, pero el primer choque, una pasión, revelarán al niño en el hombre. Su índole será buena o mala, según fueron buenas o malas las primeras enseñanzas que recibió. El hijo se asemeja más a sus padres por imitación que por atavismo.

Después de la influencia del medio ambiente, nada deja huellas tan profundas en el cerebro en formación, como la lectura. El libro de cuentos, objeto que a primera vista ofrece escaso interés, abre nuevos horizontes en la vida del niño. Su inteligencia, creciente día a día, absorbe con deleite ese grato manjar.

¡Cuénteme un cuento! Esta petición nos persigue en el hogar tan pronto como nos acercamos a nuestros pequeñuelos. Procuramos satisfacer su anhelo repitiendo las conocidas leyendas que nos trasmitieron nuestros padres y abuelos y luego, agotado ese repertorio, recurrimos a nuestra fantasía e hilamos aventuras y anécdotas, dando mayor interés a la narración con efectos de voz. Nuestros nenes nos escuchan fascinados; prefieren esos cuentos a veces de poquísima imaginación, al más codiciado juguete. En nuestra ausencia, la nodriza nos reemplaza y consigue imponer algunos momentos de silencio entre las turbulentas criaturas, pronunciando las palabras mágicas: «Estera y esterón, érase una vez...»

Cuando los niños van al colegio, procuramos aficionarlos a la lectura poniendo en sus manos libritos aparentes. Muchas veces me he encontrado con cuentecitos morales en su fondo, pero escritos en lenguaje tan florido y rebuscado, que el niño, aburrido a los diez minutos, durante los cuales me ha asediado a preguntar, lo declara muy «latoso» y se niega a seguir. Mi hijita de ocho años, leyendo uno de estos libros, me pedía a cada instante que le tradujera ese español incompresible a nuestro idioma usual.

Si existiera una serie de obritas escalonadas según la edad de los lectores, de dos en dos años ¡cuántas horas de reposo nos darían nuestros inquietos chicuelos!

Libros como «Corazón», de Amici, no se encuentran todos los días. La delicadeza con que este amante de los niños educa a sus lectores por medio de cuentos de alta moralidad, merece nuestra entusiasta admiración. Cada una de sus páginas es más edificante que un elocuente sermón. Su estilo es natural y sencillo, de manera que el niño lo comprende sin esfuerzo. La caridad cristiana, el patriotismo, la piedad para con los animales, el horror a la mentira, son presentados al lector tan agradablemente, que éste procura imitar sus virtudes sin repugnancia.

Los ingleses, comprendiendo la importancia de la literatura infantil, poseen una vastísima, debida en su mayor parte a la pluma femenina. Su estilo es sencillo y su vocabulario el que empleamos en la conversación, cualidades a las cuales debe su popularidad. Cuando el niño haya aprendido a amar la lectura, entonces habrá llegado el momento de ensanchar sus conocimientos del idioma, jamás antes.

¡Con cuánta satisfacción y gratitud veríamos las madres de familia surgir de entre nuestros compatriotas una revista infantil realizado con la colaboración de nuestras niñas! Estas lindas y ociosas creaturas, futuras madres, podrían emplear dos horas semanales escribiendo un cuentecito corto y sencillo, ocupación de honra y provecho, ya que harían la felicidad de muchos pequeñuelos y a un mismo tiempo perfeccionarían con el ejercicio su estilo literario. Pronto recogerían los sabrosísimos frutos de esta interesante labor, viendo desarrollarse mayor afición por la lectura entre los niños y observando en aquellos que más cerca se tienen, su influencia moral e intelectual.

Amemos a los niños y no escatimemos esfuerzos por *educarlos* y *entretenerlos,* palabras casi sinónimas. Ellos serán los futuros ciudadanos, nuestra esperanza y nuestra gloria. Si logramos interesar a los chicos con buenos libros, no nos importunarán en la casa con su mala conducta, dejarán de exigirnos a toda hora paseos y amiguitos no siempre convenientes y por sobre todas estas razones, formaremos su corazón. Su imaginación, brillante como el sol de nuestra tierra, pide alimento. Nuestro deber es proporcionárselo.

La lectura en los hogares

Luisa Besa de Donoso.

Es este sin duda un tema de gran actualidad y de suma importancia; pero, como cuento con escaso tiempo para desarrollarlo, he querido sólo dar algunas ideas que, aunque muy sencillas, me han parecido prácticas para llegar a formar el gusto sano por la lectura desde los primeros años del niño.

La necesidad primordial para hacer eficaz y desarrollar la afición de los niños y jóvenes a la lectura es llevar al convencimiento de los padres que el tiempo que a ella se dedica no es perdido y que, si desean tener hijos ilustrados, necesariamente esta ilustración será tanto mayor cuanto mejores libros y más facilidades se les hayan dado para leer con tranquilidad.

Por lo general, los colegiales disponen de muy escaso tiempo para leer, pues, como entran temprano al colegio, y, de regreso a sus casas tienen que hacer sus tareas, es natural que sus padres deseen que el resto lo dediquen al juego, tan necesario al desarrollo físico.

En la práctica lo que generalmente pasa es que la hora en que los niños salen del colegio es precisamente la que la madre, por rutina, comodidad o agrado, elige para hacer sus compras o visitas y los niños, ni hacen bien sus tareas, ni juegan muchas veces a lo que debieran jugar.

Otras, más descuidadas, dan a los niños dinero para que vayan al biógrafo, solos o con amiguitos y sirvientes, creyendo así haber cumplido con sus deberes de madres: y ¡cuán equivocadas están!

Estas madres deberían tomar muy en cuenta la precocidad de los niños en Chile, que va en aumento de año en año. Son muchos los que a los ocho años ya tienen prenda, como aquí se dice; y, a los trece, será difícil que haya alguno que no la tenga.

Lógicamente, esto tiene que distraerlos de todo gusto por el estudio. A mi juicio, lo que los lleva a este malsano adelanto es la falta absoluta de intelectualidad en sus familias, a quienes agracian cosas que más bien debían apenarlas, y que no se preocupan de dar a los niños medios de entretenerse en juegos y lecturas apropiados a su edad.

Como una de las recomendaciones del Congreso Mariano es que digamos cosas prácticas, aprovecho la oportunidad para recomendar algunos libros para niños.

Los conocidos cuentos de Anderson son entretenidos, cortos, educativos y tiernos, y a veces mueven fibras hondas del corazón, como pasa con el del «Pato Feo». Leído a la carrera puede hasta parecer trivial; pero si la madre se los lee a sus hijos con voz sentida, yo os aseguro que se enternecerán y, tomándole gusto a uno, pedirán otro y otro, y, sin darse cuenta llegará el momento en que el niño encontrará que existe un verdadero placer en la lectura y olvidará así otras entretenciones que lo atraen a la calle, y que tarde o temprano podrán hacerlo perder, junto con su inocencia, el respeto por su hogar.

Los de Grimm, de Hoffmann, Schmid y los de la Biblioteca Araluce, son también excelentes.

Estos últimos son compendios de las mejores obras de autores clásicos antiguos y modernos, prácticos e instructivos hasta para personas de cierta edad, olvidadas o poco ilustradas, pues a grandes rasgos les harán recordar o aprender muchas cosas que, si se trataran delante de ellos en una conversación, les daría vergüenza no saber aunque fuera superficialmente.

Por supuesto que jamás se debe entregar a un niño un libro de cuentos o de estampas, fuera de los reconocidamente buenos, sin la previa revisión de sus padres u otra persona de sano criterio, pues el peligro se oculta muchas veces en libros de aparente inocencia.

Ahora bien, si es cierto que a veces hay en la lectura peligro para los niños chicos, para los jóvenes los hay casi siempre.

Se me dirá, con apariencias de verdad: más valdría entonces que los niños no leyeran.

Yo replico que esta sería una solución muy poco práctica al mismo tiempo que un gran mal, porque se les privaría de uno de los mayores goces de la vida; de algo que les hará llevaderos los días en que se encuentran enfermos; que los preservará de muchos malos pasos y de muchas conversaciones inútiles; y porque la lectura, por supuesto bien encaminada, es de suma utilidad para la humanidad.

La religiosa les servirá para poder defender su fe y dogmas cuando sean atacados; para poder enseñar al que no sabe y para que ellos mismos, al estudiarlas, se penetren más de sus verdades.

La científica—en Chile principalmente—porque es el único medio de que disponemos para estar al corriente y poder aprovecharnos de los adelantos diarios que se realizan hoy día en todo orden de cosas, y porque, al ver el entusiasmo y esfuerzo con que otros trabajan y estudian y los beneficios que con esto obtienen, les servirá de estímulo para intentar ellos lo mismo.

En esta materia, hay libros en que consultar y aprender toda la ciencia sin riesgo para la fe y la religión amparadora del progreso.

El mayor peligro, por ser lo que más atrae a los jóyenes, es

el de la lectura de novelas: esas novelas leídas a escondidas, prestadas por amiguitas o amigos; esos folletines de diario; esos libros sacados del escritorio del papá, de la mamá o del tío, que muchas veces irán a manchar las almas puras e ideales de los jóvenes y niñas, quienes, más tarde, sentirán en el alma haber leído.

Pensad, padres de familia, que os alcanza toda la responsabilidad por no haber dado buena lectura a vuestros hijos y por no haberles formado un gusto sano por ella.

Para fomentar la afición a la lectura se deben buscar libros simplemente entretenidos y, poco a poco, reemplazarlos por otros más serios. A las niñas de quince a veinte años que deseen leer novelas, dádselas; escogidas, eso sí; pero dádselas, pues de otra manera las leerán prestadas y a escondidas.

Es sabido que todo niño comienza a fumar en el colegio, precisamente porque se le ha prohibido, y debe hacerlo burlando la vigilancia de sus superiores.—Igual cosa pasa con la lectura: el niño empieza por leer lo que encuentra a mano o el libro que le prestan, y así la prohibición y la falta de libros apropiados se convierten para él en un daño evidente.

Muchos padres, por no darse el trabajo de revisar los libros que deben leer sus hijos, caen en uno de estos dos peligrosos extremos: o les prohiben en absoluto la lectura, o bien les dejan amplia libertad de hacerla. Lo primero se traduce siempre en un acto de desobediencia provocada por la natural curiosidad del niño; lo segundo tiene el peligro de que caigan en sus manos libros inconvenientes.

Conocí yo a una señora que, siempre que sus hijas le pedían libros para leer, les entregaba el Catecismo de Perseverancia, o les ofrecía «Le recit d'une sœur», manifestándoles que no había libro más instructivo ni más ideal. Esto será cierto; pero no era lo que sus hijas pedían: el primero, por ser demasiado serio; y el segundo, porque para gozar con él, se necesitaba tener ya cierto gusto y criterio formados.

Al comenzar dije que la tranquilidad era uno de los factores más importantes para poder aprovechar y gozar de la lectura; y en este sentido conviene que los jóvenes tengan la certeza de que leen con autorización de sus padres o de la persona a cuyo cargo estén y de que, por lo tanto, no tienen por qué esconderse para hacerlo.

Claro está que se ha de tener método y que el tiempo dedicado a la lectura no ha de absorber el que cada cual necesita para llenar sus deberes.

Cuando chiquilla era yo muy aficionada a la lectura, y a mi madre le gustaba mucho que leyéramos, pero no demasiado, para dejarnos tiempo de trabajar en algo. Por este motivo yo nunca leía con tranquilidad, hasta que un día se nos limitó la lectura a cien páginas diarias en vacaciones. Desde entonces pude leer con calma y aprendí a tomarle todo el sabor a la lectura.

Para las madres a quienes por falta de tiempo o de medios sea difícil proporcionar a sus hijos libros adecuados a sus edades, está la Biblioteca de la Liga de Damas Chilenas, que cuenta con un selecto surtido, ya clasificado, de obras que de día en día se van aumentando y que se pueden obtener mediante una módica suscripción anual o mensual.

Como complemento de estas líneas, quiero recomendar la lectura del libro por excelencia: la Santa Biblia, por desgracia tan poco leído entre nosotros; en el Nuevo Testamento se encuentran cuantas enseñanzas saludables podremos desear.

Termino invocando a Nuestra Señora del Carmen para que se digne hacer provechosos estos consejos, aunque vengan de una tan humilde hija.

"Servicio Doméstico"

Amelia Valdés de Huidobro.

"Cuidado moral y económico del personal de servicio"
—"Las obras para la formación de la servidumbre"—
"La servidumbre en retiro"

He aquí el tema que el Congreso Mariano femenino, nos pide desarrollar; lo haremos sencillamente, en honor de Nuestra Madre del Carmelo y como muestra de especial interés hacia esta porción hmuilde de la sociedad que con tanta abnegación y constancia nos presta diariamente sus servicios.

¿Qué es una empleada doméstica?

Una persona que vive bajo nuestro mismo techo, que comparte nuestra propia vida, que es, en una palabra, miembro de nuestro hogar y que por lo tanto tiene derecho, a nuestros cuidados y a nuestro afecto, persona a quien tenemos obligación de exigir, antes de introducirla en nuestro interior, condiciones de moralidad, honradez y buenas costumbres, cosas todas que suponen cierta educación y conocimiento de sus deberes.

¿Por qué hoy día se hace tan difícil encontrar una buena empleada doméstica?

Creo que esto proviene principalmente del espíritu de independencia que hoy reina en el mundo; los vientos de libertad soplan por doquiera y nos impulsan a cuál más cuál menos, a sacudir todo yugo que se nos imponga: de aquí que una muchacha, con rudimentos de instrucción, se crea rebajada, al querer sometérsela a ser empleada doméstica, lo que en su concepto es sinónimo de sujeción, abdicación de su voluntad y abnegación constante de la mañana a la noche; de aquí que prefiera cualquiera otra ocupación en que pueda conservar su libertad, aunque

sea a costa de sacrificios y exponiendo quizás a cada paso su honra y su virtud.

¿Qué hacer para remediar este mal?

Dignificar el servicio doméstico en la realidad, y en el concepto de los patrones y de las que son o puedan ser empleadas de este oficio.

El trabajo, por humilde que sea, no deshonra a nadie; por el contrario, a todos enaltece.

Principiemos por levantarlas a sus propios ojos, dando a las empleadas el lugar que les corresponde, sin hacerles sentir jamás la inferioridad de su posición; *respetémoslas* y hagámoslas respetar, tanto de los dueños de casa como de los demás empleados; evitemos en nuestro trato con ellas la altanería y la familiaridad de tan perjudiciales consecuencias; resguardemos su virtud, evitándoles, en cuanto nos sea posible, todo peligro dentro y fuera de la casa; sepamos ganar su gratitud y su confianza: que nos encuentren siempre dispuestas a darles con bondad el buen consejo que necesitan, el buen ejemplo que insensiblemente las educa y las estimula al cumplimiento de sus obligaciones.

No se sentirán humilladas ni deprimidas, al vérse respetadas y consideradas.

Nada debe sernos indiferente, respecto a nuestras empleadas. Sea exacto el pago de un salario justo, que les permita satisfacer sus necesidades y economizar algo para su porvenir; su alimentación sea la conveniente, dándoles para sus comidas el tiempo necesario, sin molestarlas con llamados inútiles, tan fáciles son de evitar, con buena voluntad. Es menester proporcionarles habitaciones higiénicas, asistirlas en las enfermedades, dándoles el tratamiento requerido, no exigirles la vuelta a sus ocupaciones, antes que hayan recobrado la salud y las fuerzas.

Dejarles sus ratos de expansión, en que puedan instruírse, si lo desean; proporcionarles, para el caso, libros educativos, morales o amenos que les levanten el espíritu, despierten sus inteligencias, les abran nuevos horizontes. Darles, sobre todo, el tiempo que necesitan, para cumplir con sus deberes religiosos, asistir a conferencias e instrucciones espirituales; sus almas, iguales a las nuestras, necesitan también vivir de la vida sobrenatural y buscar en Dios la luz, la fuerza y el consuelo que necesitamos todos en los contratiempos y penas de la vida.

Mejor nos servirán, cuanto más virtuosas sean; y más virtuosas serán, cuanto sean mejores cristianas.

Hay otra circunstancia que debemos también considerar, no todos los empleados domésticos están condenados al celibato. Si alguien desea contraer matrimonio, se presenta la mejor ocasión, para que la patrona le demuestre el interés que le inspira, asumiendo el papel que le corresponde, que es el de servirles de segunda madre preparándolas para su nueva vida, dándoles a conocer las responsabilidades y los deberes que encierra y enseñándoles

lo necesario para dirigir con acierto su nuevo hogar, velando por ellas y no desamparándolas hasta que hayan contraído su matrimonio, como Dios manda y según la ley lo ordena.

Existen entre nosotros dos fundaciones que se ocupan del servicio doméstico.

La «*Casa de Jesús*» dirigida por las religiosas «Hijas de María Inmaculada, para el servicio doméstico», cuyo fin primordial es educar a las hijas del pueblo, ya de la ciudad, o que vienen de los campos para emplearse en casas particulares. Una vez que estas niñas están suficientemente preparadas para el servicio, las mismas religiosas les buscan colocación en casas respetables, en donde las siguen con maternal solicitud, visitándolas, y conduciéndolas, Domingo por medio, al propio establecimiento, donde tienen sus clases, conferencias, actos religiosos y fiestecitas preparadas por las mismas niñas.

De esta manera, se las atrae, se sienten vinculadas a la casa que miran como suya y se libran de muchos peligros. A fin de año tienen repartición de premios a las más asistentes y de mejor comportamiento, según informe de sus patrones.

Es muy consolador ver los Domingos a ese grupo de muchachas, limpias y bien presentadas, bulliciosas y felices de pasar unas horas de solaz entre sus bondadosas maestras, que no omiten sacrificio para contentarlas, y entre sus compañeras, con quienes mutuamente se animan para seguir trabajando y ganarse honradamente la vida.

Sería muy de desear que esta creciera y se extendiera no sólo a las alumnas, sino a todas las empleadas, a quienes les será muy provechosa una tarde de descanso, a lo menos cada 15 días; pues, si sus tareas, a juicio de algunos, no son muy pesadas, son, en cambio, de una continuidad y monotonía abrumadora.

El descanso dominical alcanza en algunos países europeos a las empleadas domésticas. Allí, hasta las viandas se guisan el Sábado, dejando el trabajo indispensable que pueda ejecutarse el Domingo en las horas de la mañana, para que así puedan disfrutar libremente de toda su tarde. A esto tendremos que llegar nosotros tarde o temprano, y es de justicia que se establezca lo más pronto.

Otra obra interesante es la «Sociedad de empleadas de casas particulares», establecida en el externado del S. Corazón y dirigida por los R. P. Redentoristas; es una sociedad a la vez espiritual y de socorros mutuos; tienen las socias, que son numerosísimas (mil, según me han dicho), sus conferencias mensuales en distintas parroquias de la Capital, y una vez al año ejercicios espirituales en el S. Corazón.

Se les enseña el orden y la economía por todos los medios posibles; cada socia tiene su libreta de ahorro; y se suscriben con la cuota de $ 1 mensual a favor de la sociedad.

Han comprado su casa propia cerca de la Av. Matta, una

especie de *cité* con muchos cuartitos, higiénicos y alegres, donde encuentran alojamiento y pensión las empleadas que al dejar el servicio, tenían que recurrir al conventillo, mientras encontraban nueva ocupación; las convalescientes van también a recuperar allí las fuerzas en el reposo, como las que deseen descansar algunos días etc.

La pensión no puede ser más módica: gratis los tres primeros días, 50 centavos los siguientes hasta enterar 8 días, un peso hasta los 15 días y, pasado este tiempo, dos pesos diarios; pues, como les dice el buen padre director de la sociedad, hay que empujarlas de esta manera a buscar pronto trabajo, para que no se pongan holgazanas.

Más tarde, cuando la sociedad cuente con recursos suficientes, podrán vivir a firme las empleadas que después de una larga jornada se sientan debilitadas por los años, o cansadas por un trabajo prolongado.

¡Qué consuelo será éste para ellas!; porque al mirar atemorizadas al porvenir, se encontrarán no con la miseria y el abandono que las aguarda, sino con un plácido hogar, donde disfrutarán de un bienestar valiente y honradamente ganado.

Obligadas estamos, pues, a interesarnos y a ayudar eficazmente al desarrollo y multiplicación de estas obras que tienden al mejoramiento social y económico de las empleadas en el servicio doméstico. No olvidemos que estas modestas servidoras merecen nuestro interés y nuestra gratitud, ya que consagran su vida entera al servicio de los demás.

Quiero concluír, recordando una sencilla lección que oí hace poco de un ilustre sacerdote; meditémosla con frecuencia: «Si nosotros sirviéramos a Dios como deseamos ser servidos por nuestros empleados domésticos, de seguro tendríamos ganado el Cielo».

El cuidado moral y económico de las empleadas del servicio doméstico

Isabel Pérez de Errázuriz.

San Pablo ha escrito las siguientes palabras, que deberían darnos que pensar a nosotras, dueñas de casa cristianas: «Si alguien no cuida de los suyos y mayormente de los que le sirven, ha perdido la fe y es peor que un infiel».

Para evitar tan severa condenación, se ha trabajado desde tiempo atrás, en Santiago, en dar a las sirvientes los cuidados que su estado reclama.

A este fin se fundó, hace años, en el Externado del Sagrado Corazón, una Congregación piadosa que tiene por objeto reunir a las sirvientes una vez al mes, en la tarde, para darles instrucción religiosa y unas horas de recogimiento cristiano. Desde sus comienzos esta obra fué atendida con especial esmero por las religiosas del Sagrado Corazón y los Padres Redentoristas. El número de las congregantes, reducido primero, fué aumentando año por año, especialmente desde que a fines de Diciembre se les predicó un retiro de algunos días.

Bien pronto se pensó en dar a estas muy provechosas reuniones, una mayor extensión, y en el año 1908 se determinó convocar a retiro en dos Parroquias situadas en barrios adecuados, San Lázaro y Santa Ana. Una vez al mes, los Padres Redentoristas predican en estos dos centros, de modo que en un mismo mes, el segundo Domingo, hay instrucción en el Externado, el tercero en San Lázaro, el cuarto en Santa Ana. En estas predicaciones de estilo sencillo, familiar y ameno, se tratan los principales puntos de vida cristiana, según un plan fijo.

El fruto de estos esfuerzos ha sido muy halagüeño, habiendo llamado la atención al Iltmo. Señor Arzobispo el exterior sencillo, humilde y profundamente piadoso de las 700 que se hallaban reunidas en el retiro de fin del año 1913, merecieron su bendición.

A algunas señoras les asaltaba el temor de que estas reuniones fueran ocasión de dejarse conquistar las sirvientes para colocaciones al parecer más favorables y pasarse de una casa a otra. Lejos de haberse justificado estas aprehensiones, la casi totalidad de las congregantes ha demostrado la mayor constancia y fidelidad a sus amos, cosa que, entre otras, se les inculca con mucha frecuencia.

Además, para que siempre fuera fácil a las señoras cerciorarse que la salida de casa obedecía a la voluntad de asistir a las predicaciones, y no era pretexto para ir quién sabe donde, se ha dado a todas las congregantes una tarjeta que se timbra mes a mes, dejando así constancia de su asistencia a la reunión.

Hasta allí todo quedaba en el orden puramente espiritual. No podía satisfacer por completo las aspiraciones de corazones que se acuerdan del Divino Maestro, enternecido por las necesidades materiales de los pobres que le habían seguido en el desierto.

Tres clases de sirvientes que socorrer parecieron más dignas de atención: 1) las que llegan a Santiago en busca de empleo; 2) las que en Santiago pierden su colocación, y 3) las ancianas que ya no pueden trabajar.

1) Después de muchos esfuerzos se ha logrado establecer una casa para atender a las dos primeras categorías. Bien se sabe cuáles son los peligros que acechan a la campesina sin experiencia que llega a la ciudad con el deseo de servir en alguna familia. ¡Cuántas de estas pobrecitas, engañadas por los agentes de la corrupción han ido a naufragar a casas que no puedo nombrar!

En la calle San Francisco 1058, toda joven que se presenta

con una carta de recomendación de alguna persona respetable, encuentra albergue gratuito para algunos días que le bastarán para encontrar fácilmente una buena colocación.

2) La segunda clase de sirvientes por socorrer son las que, por otra causa que mala conducta, pierden su empleo y se ven a veces, de la noche a la mañana, sin casa a donde parar. Ocasión es esta, no tan rara como se podría creer, y de mucho peligro. El asilo a que me refería antes, calle San Francisco, bajo la vigilancia de un grupo de señoras, ofrece acogida a toda sirviente que realiza dos condiciones: a) certificado de buena conducta; b) libreta de ahorro. Los tres primeros días su permanencia es completamente gratuita; después se le pide una suma mínima, en relación con el tiempo que permanecen en la casa para que así no exista la tentación del abuso.

He dicho que una de las dos condiciones para ser admitida en el asilo, es la libreta de ahorro. Mi amable auditorio me permitirá una breve explicación. El gran defecto de los hijos de nuestro pueblo es la falta de previsión y economía; lo que con una mano recibe, con la otra lo malgasta, sino en vicios, a lo menos en caprichos ruinosos. Para el porvenir, nada. Los males que se derivan de este defecto son incalculables; por esto, desde años atrás, el afán constante de quien dirige esta sociedad de sirvientes, ha sido fomentar entre ellas el ahorro.

No se podía pensar en la forma habitual de socorro mutuo, pues la averiguación exacta de sus necesidades había originado a las dueñas de casa más de alguna molestia. Además, la que es sirviente hoy, mañana puede dejar de serlo, o ausentarse de Santiago y en una sociedad de socorro mutuo las cuotas pagadas no se pueden devolver sin perturbar completamente su funcionamiento.

Después de madura reflexión se ha adoptado el siguiente sistema: cada sirviente deposita libremente cada mes la suma de dinero que puede economizar de su sueldo, en manos de la tesorera de la sociedad, quedando anotado el monto del depósito en los libros de cuenta y en una libreta que siempre queda en manos de la interesada. Hasta la suma de $ 500 se le asegura un interés de 5 por ciento, aumentándose el interés proporcionalmente a la suma. La sirviente puede retirar según sus necesidades cuando bien le parece, pero hay premios especiales para las que mantienen sus ahorros. La ventaja para las depositantes es evidente. En cuenta corriente la Caja de Ahorros no abona sino el interés del 3 por ciento; además, para ellas que disponen de poco tiempo y tienen poca versación en asuntos financieros, las idas a la Caja representan bastantes dificultades. Por fin, los buenos consejos de la tesorera, a quien tienen que acudir, influyen saludablemente para hacerlas restringir sus gastos, y para estimular su deseo de aumentar sus depósitos.

Esta medida ha sido acogida por ellas con visible satisfacción,

y la suma mensual de los depósitos va aumentando notablemente. La libreta que lleva la cuenta de sus ahorros es la llave que les da entrada al asilo, que para ellas se ha fundado en la calle San Francisco; es la condición indispensable de admisión y así viene a ser nuevo estímulo para el ahorro. Por otra parte, la sociedad trata de dar a aquel dinero la más segura y productiva colocación, y la diferencia entre los intereses que se perciben y los que se aseguran a las empleadas, sirven los gastos de la casa.

3) Queda la tercera clase de sirvientes por socorrer: las ancianas que ya no pueden trabajar, y es esta una cuestión bastante complicada. La aspiración de ella es una casa donde se las reciba y atienda; pero para hacerlo en una forma ampliamente gratuita, costeándoles la alimentación, el vestido, los cuidados que su edad reclame, sería preciso contar con fuertes capitales o entregarlas a una institución de caridad parecida a las Hermanitas de los Pobres. Por otra parte, el no poder soportar ya las faenas del servicio doméstico, no excluye la posibilidad de un trabajo liviano, que en algo contribuya a su sustento, y sería inmoral dar todo a quien puede todavía ganar algo; más aún, la esperanza de ser recibida incondicionalmente y mantenida sin más molestia en alguna institución, después de cierta edad, vendría a entibiar sino a paralizar toda voluntad de ahorro durante los años de la juventud.

Inspirándose en estas consideraciones, nos vamos apartando más y más del proyecto de un asilo de pura caridad y deseamos conservar como base principal la libreta de ahorro que ya da a las sirvientes derecho de alojamiento y comida en nuestra casa de la calle San Francisco. Para una empleada que ha trabajado toda su vida, no es difícil haber juntado un pequeño capital cuyos intereses representen la cuota muy módica que se le pide en nuestra casa, pasada la primera semana. Además, sus no gastadas energías pueden aprovecharle todavía en más de un trabajo productivo que le hará más fácil la pequeña contribución que debe aportar a los gastos del asilo.

En esta forma la sociedad puede ofrecer a todas las ancianas una esperanza de bienestar para sus últimos años. Si en el hogar donde han servido han sabido captarse el cariño de sus amos por la fidelidad y constancia de sus servicios, las más de las veces se las conservará en casa, sin tomar en cuenta su relativa inutilidad. Pero habiendo hecho ahorros podrán también, como es justo, decir a sus patronas que desean contentarse con un sueldo reducido, que esté en relación con su poco trabajo. Así los amos la guardarán con más voluntad y menos sacrificio y ellas tendrán la noble satisfacción de no ser jamás una carga para nadie.

Con la libreta de ahorro, todo esto se consigue muy fácilmente; eso sí que para dar a la casa-asilo la mayor extensión que requieren tales servicios, preciso será esperar la cooperación más activa de las damas de la sociedad y más abundantes recursos que, sin duda, la Providencia no nos negará.

Para dar a los ahorros, que las sirvientes confían a nuestra sociedad, todas las seguridades deseables, se inscribe en la primera página la inversión que la depositante quiere dar a su capital en caso de muerte; así los parientes de la difunta podrán recibir lo que, de otro modo, quizás jamás habría llegado a sus manos. Los funerales y cristianos sufragios quedan a cargo de la sociedad.

Este es el breve bosquejo de lo que, hasta ahora en silencio se ha hecho por nuestras sirvientes de Santiago. No nos damos por satisfechos ni con mucho, pero abrigamos la confianza de que se nos juntarán nuevas iniciativas, nuevas colaboradoras y que más y más las dueñas de casa cristianas facilitarán a sus criadas la asistencia a las reuniones de que hablé: una vez al mes, de 2 y media a 4 P. M., es poca perturbación en el servicio, y sabemos de más de una señora, que como buena lady inglesa, prepara y sirve ella misma el té, mientras sus sirvientes pasan a los pies de Nuestro Señor un momento feliz de instrucción, piedad y consuelo.

¿Me atreveré a agregar una reflexión? ¡De cuánto provecho nos sería a nosotras dueñas de casa, y por consiguiente a nuestras sirvientes, unas familiares conversaciones sobre nuestras obligaciones para con ellas, el modo de ayudarlas, mejorarlas y hacerlas disfrutar en nuestra casa de la felicidad compatible con su estado! Para esto no faltaría local para reunirnos ni voz autorizada y cariñosa para hablarnos.

Antes de entrar a consideraciones de orden más bien teórico, he preferido poner bajo vuestros ojos lo que existe. A las líneas generales de este humilde cuadro, vengan a agregar nuevos y más brillantes colores, manos más hábiles y artísticas que las mías.

Consideraciones sobre el servicio doméstico

Sra. María Besa de Díaz.

> «Si alguno no tiene cuidado de los suyos, y mayormente de los de su casa, negó la fe, y es peor que un infiel». *(San Pablo. V, 8.)*

Espero que este sencillo estudio, sobre el más modesto tema de nuestro congreso, ocupe un instante vuestra atención. Está unido íntimamente a la misión de la esposa y madre de familia, a la educación de los hijos, a la responsabilidad del patrón y a los derechos de la mujer.

Debemos considerar cristianamente que los criados forman parte de nuestro hogar y son extensión de nuestra familia. Hemos visto en Roma a una gran señora rusa que besaba en la frente,

el día de fin de año, a cada una de sus sirvientes. Me dijo que era una costumbre tradicional de su país, símbolo de la relación filial entre la señora y la servidora.

Las relaciones entre la señora y su criado deben basarse sobre la superioridad moral de aquélla, y no en el orgullo de las formas, o en la altivez de las palabras, porque esto es inútil y da la idea de que solamente teniendo con qué pagar un sirviente, ya se merece el título de «señor». No hay que olvidar el proverbio de «que los buenos patrones hacen los buenos sirvientes».

Me parece muy importante, para introducir bien estas sencillas consideraciones, procurar destruír ciertas ideas que se basan sobre desprecio al doméstico y revelan un sentimiento profundamente arraigado de desigualdad que el sirviente comprende muy bien, aunque no sepa definirlo. Figura en primera línea el no cuidarse para nada del honor, de la dignidad, de los problemas íntimos, de la regularidad de la vida de nuestros criados, so pretexto de que obrar en otra forma sería mezclarse en agena conciencia y violar el sagrado de la vida interior de los demás. Cuando esta intervención es curiosidad, ofende en alto grado; pero, cuando proviene de afecto, rehabilita. Debemos tener la preocupación natural e incesante de inspirar respeto a nuestros sirvientes, no por nuestra actitud exterior, sino por el ejemplo. En este capítulo nunca será bastante el cuidado que se tenga en evitar conversaciones y murmuraciones que pueden dar a nuestros dependientes una idea imcompleta de la clase alta. Recordemos que muchas palabras tienen diverso significado para las personas de distinta educación e ilustración. Las charlas de sobremesa suelen ser incompatibles con la tutela de educación que nos corresponde respecto de la gente de nuestra casa.

Antes de entrar en cuestiones de índole material, es evidente la necesidad de hablar sobre la libertad absoluta que debe darse al personal doméstico para cumplir con sus deberes religiosos. Negar permisos o no conceder tiempo libre para la misa, cumplimiento pascual, frecuencia de Sacramentos y otras prácticas recomendables de nuestra fe, es considerar a los criados como máquinas o animales de servicio. Si somos religiosas, debemos procurar que nuestros dependientes lo sean, no por imposición pero sí por persuasión, enseñanza y ejemplo. Recordemos la plegaria en familia y la hermosa tradición de los buenos hogares de Santiago de rezar el Rosario, el Mes de María y otras devociones en compañía de los sirvientes. Juntémonos para defender estas prácticas tan consoladoras e igualitarias, en medio de la transformación de hábitos y etiquetas en que incurre la nueva sociedad.

Puede ser un medio práctico de mejorar las condiciones morales del servicio doméstico asociar a los sirvientes más educados y capaces, en ciertas obras de caridad de los dueños de casa, que pueden estar a su alcance. Por ejemplo, en aquellas casas en que hay costumbre de dar lo restante de la comida a algún pobre del

vecindario, será fácil encomendar la puntualidad y orden de la entrega a uno de los sirvientes, estimulándolo a proceder con modos simples y caritativos. Si se hace alguna visita a conventillos u hospitales, conviene que el personal doméstico tome alguna parte. En general nuestros sirvientes son caritativos, y no es extraño que lo sean más que nosotros; pero no conocen el ejercicio constante del auxilio del menesteroso, como misión. Conocemos las líneas de una obra de gran trascendencia social, especialmente en Chile, que ha sido insinuada en Europa por una mujer de corazón. La obra se llamaría de «los Rayos de Sol», y consistiría en lo siguiente: una sociedad de señoras y niñas buscarían asociadas que se contrataran por un mes, por dos meses, por seis meses, para ponerse delantal de sirvientas, tomar la escoba en la mano e ir a asear los interiores obreros de familias protegidas, a lo menos una vez por semana. En esta sociedad nos juntaríamos en perfecta igualdad señoras y sirvientas, y éstas serían más útiles, porque barrerían mejor y sabrían arreglar mejor las camas, los armarios, los muebles.

No debemos incurrir en numerosos errores que son notables en nuestro país. Las habitaciones de los criados son, por regla general, las peores de una casa, y absolutamente inadecuadas para que las ocupe otra persona, y esto se manifiesta en los mismos avisos de los diarios, no tomando en cuenta como departamentos avaluables de una casa que se ofrece en arriendo o en venta, los cuartos para la servidumbre. Estos son los rincones sobrantes, mal ventilados, amenudo oscuros y sin ninguna comodidad. Los criados que viven bajo nuestro techo deben contar con todos los medios para conservar el más perfecto aseo y reposar de su incesante labor diaria. La luz, el aire, el baño, el encielado limpio, el buen piso, fácilmente lavable, no deben faltar en este rincón de la casa. Hay que evitar la promiscuidad de sexo en el servicio, principalmente descuidada en los departamentos modernos, en que el piso más alto está destinado a los domésticos libres de toda vigilancia.

Los sueldos deben ser razonables; y más bien generosos que mezquinos. En realidad, si se atiende bien al alojamiento, alimentación y tratamiento de los criados, éstos serán trabajadores, con situación más ventajosa que los libres. La sirviente doméstica, está en todo caso mejor remunerada que la obrera de aguja. Pero, de todas maneras, una economía de diez pesos mensuales en una casa en que se gasta con abundancia en cosas fútiles, será un ahorro mal entendido respecto de los buenos servidores; no compensará la privación que puede causar en cada sirviente o en su familia que suele vivir con su ayuda. Es una recomendación utilísima el pago puntual de los salarios. No se debe aceptar nunca la condición de deudor de sus servidores.

La alimentación del personal de servicio debe ser apropiada e higiénica. En algunas casas no se presta suficiente atención a este punto, y la servidumbre se alimenta con restos. Bueno está

que éstos sirvan para mejorar su comida; pero es necesario que cuenten con una base segura, sana y abundante, sin dejarlas al capricho de cocineras o mayordomos y menos a la casualidad.

Es sensible que desaparezca la antigua y simpática costumbre de dar a los criados ciertas ropas usadas, principalmente aquellas de lana que son buen abrigo y fácilmente adaptables al vestuario de los sirvientes. No hablo de los trajes de lujo, de seda, de corte extravagante, poco propias para el uso diario. La venta de estas ropas no produce muchas veces lo suficiente para que, aun en un modesto presupuesto de vida, valga la pena sustraerlas de este buen empleo. Hay, con todo, cosas cuya abundancia de vida no justifica tales comercios; y, en cambio, conviene tener presente que cada día la vida se hace más cara para los pobres y es más difícil procurarse artículos durables y de buena calidad.

La salud de nuestros sirvientes debe ser objeto de atenta preocupación. No debe entregárseles a malos médicos y profesionales sin ciencia, sino cuidar de que tengan semejante tratamiento al que damos a los nuestros. Es en algunas buenas casas costumbre establecida hacerlos ver por el mismo médico de la familia.

Y ya que tratamos de enfermedades, haremos una invocación a la caridad para ciertas faltas de honradez, de que suelen ser culpables muchachas desamparadas, ignorantes y torpes, y por las cuales son entregadas a la policía, a la cárcel, a la ignominia y talvez a la mala vida, cuando un buen consejo habría sido eficaz correctivo. El envío de los sirvientes antiguos a las salas comunes de los hospitales, parece una costumbre cruel, cuando en pocos días de cuidados en la casa sanarían llenos de gratitud. En el primer punto, de las faltas de honradez, recordaremos para manifestar que nuestras observaciones son tomadas de la vida real, los empeños de la ropa por las lavanderas por ejemplo, algunas de las cuales han sido condenadas a meses de prisión y obligadas al más terrible abandono de sus hijos. Asimismo, cuidemos mucho de no olvidar ni abandonar a sirvientes mujeres que han sido engañadas o seducidas por el doble matrimonio que, desgraciadamente es tan frecuente en las clases trabajadoras. La maternidad es sagrada. Su conducta puede obligar a separarlos de la casa, pero no a privarlos de auxilio. Tratemos de conocer también a las familias de nuestros criados y a interesarnos en sus preocupaciones y negocios. Esto es, además de caritativo, conveniente y útil para la conservación de buenos y fieles sirvientes. La gratitud, que es propia de las almas altas, nos obliga a proceder como dejamos indicado.

También debemos procurar que las distracciones de la gente que está a nuestro servicio estén en relación con su trabajo, para lo cual daremos los permisos suficientes con cierta liberalidad, para no fomentar la mentira. No deben sernos indiferentes los espectáculos que prefieran, y muchas veces convendrá informarse en detalle de ellos.

Entra en el terreno del buen ejemplo que estamos obligadas a dar el usar de justicia y precauciones morales con el personal de servicio. La desproporción con que reprendemos ciertos desarreglos del traje de la servidumbre femenina y toleramos o justificamos los excesos de los nuestros, suele ser muy chocante. Algunas veces nuestras *toilettes* escandalizan a los criados que no están habituados a ellas ni saben explicárselas. En cambio, si se sienten tentados a seguir de lejos el ejemplo, somos excesivamente duros para reprimirlos y juzgarlos. También aparecemos injustos en otras ocasiones en que nos escandalizamos de la actitud poco reservada de nuestras sirvientes jóvenes para tratar con personas de otro sexo, y no hacemos dar el ejemplo a nuestras hijas, que son constantemente observadas por ellas.

Es indispensable evitar otras causas comunes de escándalo para el personal de servicio: ciertas complicidades domésticas con los sirvientes, para ocultar a nuestros maridos faltas de los hijos o errores personales. Esto rebaja a la señora y manifiesta poco respeto por la lealtad, base del funcionamiento del hogar cristiano. Nada diremos, por prudencia, de otras complicidades en que no incurrirá nadie que se respete.

No conviene estimar como generosidad el subvenir a la vida de los viejos criados retirados del servicio o inutilizados en él. Esto es deber de caridad; y antes de poco, según se me dice, será también precepto legal, como lo es en muchos países civilizados. Ha sido tradición de nuestra sociedad dar asilo a los sirvientes antiguos, aunque no sean útiles, a quienes las enfermedades o invalidez los hayan hecho odiosos. Todas las señoras presentes recordarán a las viejas «mamas», a las llaveras y criadas que llamábamos «de razón», porque eran verdaderas suplentes de las dueñas de casa cuando faltaban y, en muchos casos, abnegadas compañeras en los cambios de fortuna.

La obra de formación de las sirvientes es de mucho interés. No se debe olvidar en su programa la buena enseñanza del oficio, procurando la dignificación de este mismo oficio. Pero, para llegar a este «*desideratum*», hay que procurar también la enseñanza de los patrones y lograr que se inspiren en los deberes de caridad y de justicia, única manera de procurar la dignidad del sirviente doméstico e incorporarlo moralmente a nuestra familia. Los sirvientes de Chile son menos laboriosos que los de Europa, pero tienen buenas cualidades que no conviene desdeñar. Hemos oído quejarse muchas veces de la falta de gratitud de nuestros criados; y, en la mayor parte de las ocasiones, no había razón atendible para hacerlo. Incurrimos todos en cierta incomprensión de los deberes mutuos, y me referiré a ellos por experiencia. Por ejemplo: es frecuente oír a dueñas de casa que después de haberse dado ellas trabajo por enseñar a sus sirvientes, éstos se han marchado a servir a otros. Entrando más a fondo, se ve que la enseñanza ha sido más en beneficio propio, que en beneficio del de-

pendiente; porque si se trata de una cocinera, se la envió a una escuela especialista o Cordon Bleu, y es natural que el trabajador que mejora en su oficio quiera mejorar en su remuneración. Todos tenemos la obligación de enseñar al que no sabe; pero si enseñamos no sólo lo que conviene a nuestras comodidades que aprendan los sirvientes, sino algo más y algo más duradero y mejor y más espiritual, como la rectitud, la confianza, la lealtad, entonces es posible que los conservemos por más tiempo, apesar de las insignificancias de sueldos con que los tienten en el vecindario y del espíritu nómade de algunos.

No creo que convenga estimular la venida de niñas de los campos a las grandes ciudades y, si las traemos, deberíamos considerarnos con la obligación de repatriarlas. Es recomendable la agencia gratuita de sirvientes, como las que dependen, en algunos países, de *l'Union Internationale des Amies de la Jeune Fille,* fundada en Ginebra y que forma una verdadera red de protección de la muchacha pobre que busca trabajo.

En este sentido es interesante también la obra «*Des Arrivantes a la Gare*», que hemos visto funcionar corrientemente en Bruselas y en Amberes y que es conocida en numerosas ciudades de Europa. Esta sociedad envía a alguno de sus miembros una Srta. con una insignia conocida, al arribo de cada tren; y presta ayuda a las niñas que llegan solas y parecen desorientadas. En las estaciones hay grandes letreros que explican el objeto y utilidad de la obra, y los empleados de ferrocarriles protegen en todas partes a estas desinteresadas obreras del acercamiento y de la ayuda mutua. La sociedad tiene alojamientos seguros, mientras la protegida encuentra trabajo. No sabemos si sería prematuro fundar la obra entre nosotros; pero ya hemos oído hablar en varias ocasiones de odiosos reclutamientos hechos en nuestras estaciones entre estas ovejas que vienen ilusionadas con una vida mejor y más feliz.

En materia de servicio doméstico tenemos muchísimo que hacer. Vemos como se pide disminución de horas de trabajo para el obrero que descansa cuanto quiere y como quiere, mientras a nuestros criados les imponemos jornadas de doce horas seguidas, muchas veces sin darles calefacción en el invierno. Como principiamos solamente en esta materia; me contento con proponer estas modestas ideas, como recomendaciones y no como acuerdos.

Es un error considerar el servicio doméstico como envidiable situación para los hijos de obreros; porque, en primer lugar, el sentimiento de la individualidad sufre con la pérdida absoluta de la independencia que importa la servidumbre en casa ajena; y, enseguida, instintivamente estos hijos saben que tienen deberes que cumplir en sus propios hogares, y les repugna un tanto abandonarlos, por dejados y perezosos que allí sean. Lo mismo ocurre con las nodrizas, que por buenos salarios se prestan a amamantar a los hijos ajenos pero no olvidan por eso los propios, ni dejan de sentir el reproche de conciencia, de perderlos, a causa de esta deserción de la maternidad, en la hora de la lactancia.

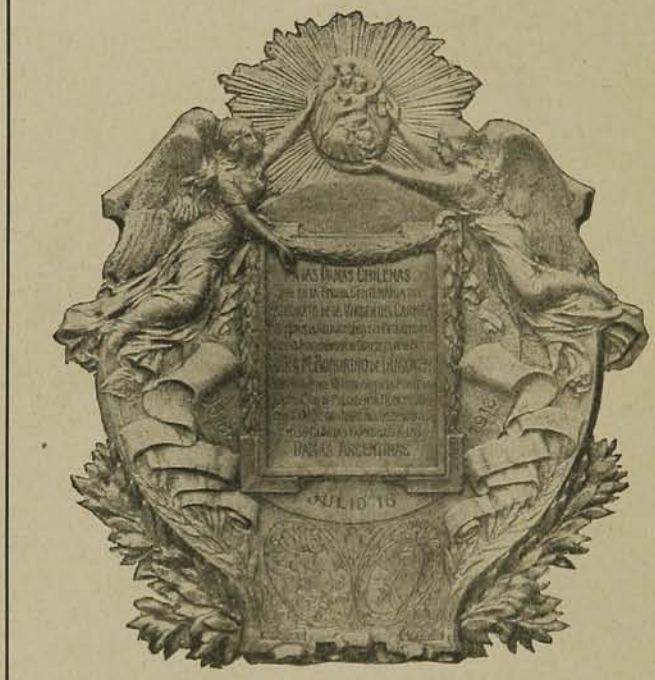
El servicio doméstico, debe ser considerado, como cualquier otro trabajo, ante las autoridades y la ley.

Los beneficios concedidos por los patrones a sus sirvientes, no deben ser considerados solamente como caridad, sino también como obligación, sin perjuicio de la caridad y aun de la generosidad que pertenecen al fuero interno y sobre las cuales nadie pretende legislar.

Conviene que se dicten disposiciones, aunque mucha gente no las necesite; porque la legislación es para el mayor número y no para las excepciones. Hay patrones que carecen de fortuna, y otros de suficiente educación. Para todo el mundo la disposición legal es conveniente; y eso es lo que se ha hecho en Europa. Son recomendables la libertad de identidad, con estampillas de ahorro obligatorio, en el cual contribuye el sirviente con sus economías y el patrón con gratificaciones o parte del salario retenido, según lo que se estipule en el contrato de arriendo de servicios que debe ir impreso en la misma libreta.

Coloco este modesto trabajo y las observaciones agregadas a él, bajo el patrocinio de Nuestra Señora del Carmen, como testimonio de mi modesto deseo de que la familia cristiana se vigorice, como en Europa, extendiendo nuestra tutela a todas las personas, aun las más modestas, que vivan al calor del mismo hogar.

SECCION
ACCION SOCIAL



Facsímil de la placa de bronce obsequiada a las Damas Chilenas por la noble dama argentina doña Sara Bonorino de Irigoyen, presidenta honoraria del Congreso Mariano Femenino.

La mujer en el hogar

y sus responsabilidades

Juana Quindos de Montalva.

Ilustrísimo señor; señoras: dijérase escrita para los tiempos que corren la frase del clásico español: «No hay instante sin milagro».

Lo que al nacer el siglo, nos hubiera parecido discurso de loco o pesadilla de cuerdo, hoy se realiza con insistencia ante nuestros ojos. Sentimos la presencia intangible del prodigio; y la humanidad del brazo del tiempo, magestuosa como el florentino, mira y pasa.

Pero así como los cataclismos geológicos remueven las tumbas, y devuelven a la tierra sus muertos; así las conmociones del espíritu restituyen, casi siempre, la memoria de todo lo que un día se amó con pasión, y más tarde se creyó enterrado y disuelto, porque se había visto morir con indiferencia...

Y en este cataclismo universal, en que se muere y se mata en nombre de la vida, hay un amor que resucita; que se vierte en un grito que parece una imprecación; una queja por abandono; la vuelta a una fe en la que siempre debió haberse creído.

Los hombres de todas las edades, de todas las castas y de todas las condiciones, mueren en las trincheras diciendo: ¡Madre!

Como si esos héroes moribundos dijeran a la humanidad del porvenir, que no reconozca excelsitud en la mujer del futuro, si reniega del sacrificio y de las abnegaciones, si desprecia su aptitud para vivir como mujer; si no tiene alma y corazón de madre.

En la actualidad hay profetas menos afortunados que los bíblicos, que sólo aciertan a pronosticar una revolución femenina. Y se lleva y se trae la palabra «derecho»; y no se tartamudea al decir «emancipación», y nos hacen contemplar imaginativamente, tantas mujeres distribuídas en profesiones, empleos y hasta libertades y excesos que hasta ahora sólo han parecido masculinos, que llegamos a pensar que después de repartir mujeres por estrados, oficinas, cuarteles, Cámaras, bares, cátedras y redacciones, no hay bastantes para que se nos adjudique un pequeño lote que quiera

vivir en su casa, o que salga de ella por necesidad, pero nunca para ir a perturbar la de los otros.

Creo tener un espíritu abierto a todas las legítimas liberalidades, para que se me sospeche refractaria a todo lo que la mujer del día puede alcanzar sin menoscabo de su decoro, sin detrimento de su primer deber: procurar la felicidad del hombre que la tomó por esposa, y atender a la vida física y espiritual de sus hijos.

No creo, a la mujer, superior ni inferior al hombre: la considero diferente. Y como los ideales deben estar en relación, no de vanidades ni despechos determinados, sino en relación de los beneficios colectivos que procuran; y si de cien mujeres que nacen, la mayoría se casa y tiene hijos, debemos confesar que una de las primeras necesidades sociales, es formar mujeres aptas para resolver el problema de la maternidad, que no es tan fácil ni tan sencillo como parece.

Yo respeto profundamente todas las manifestaciones artísticas y literarias de la mujer; yo respeto y admiro todos los aportes que ha hecho a la ciencia; pero, confieso honradamente que el mundo puede vivir sin que la mujer le dé versos, le dé estatuas, le dé libros, le dé descubrimientos; que el mundo puede vivir sin tener mujeres legisladoras, ni mujeres que combatan en la guerra, ni mujeres recluídas en laboratorios; pero que el mundo no puede vivir, y corre hacia el suicidio, si no tiene muchas mujeres que hayan sido, que sean o que estén dispuestas a ser buenas y abnegadas madres. Y a pesar de este razonamiento, no tenemos derecho a quejarnos, puesto que Dios consiente que la vida que muchas veces encuentra estrecho al mundo para sus ambiciones, se haga misterio, se haga milagro, para caber en nuestras entrañas.

En las manos de la mujer está el peso ideal de la vida. Ya lo dijo un dulcísimo poeta: «respetad la mano que mece la cuna, porque ella mueve al mundo».

Hace mucho tiempo y a guisa de entretenimiento psicológico, me dediqué a inquirir qué influencia había tenido la madre en los hombres que el paradojista americano llamó «representativo». Recuerdo que llegué a la conclusión, que todos conservaron a través de la vida, huellas profundas de esas manos de mujer que moldean o deforman: Rousseau, Voltaire, Byron, Lamartine, Schopenhauer, Leopardi, lo probaron con creces, para no citar sino los que recuerdo por el momento.

Me impresionó de modo especial la frase de Napoleón: «la suerte del niño es siempre la obra de su madre». Lo que confirmó, cuando siendo Emperador, remitió a Leticia Ramolino la gloria de haber conseguido un trono.

En el epistolario de Beethoven encontré este fragmento de carta: «Mi madre era tan buena para mí, tan digna de ser amada. Fué mi mejor amiga. ¡Quién más feliz que yo cuando podía pronunciar el dulce nombre de madre y cuando ella podía escucharlo!»

Hallé que un moralista decía: «Los tres únicos reyes amantes del pueblo que ha tenido la Francia, fueron educados y amamantados por su madre».

Andando el tiempo, vino a mis manos una revista francesa, en la que a políticos y escritores se les interrogaba sobre el influjo que su madre había tenido en sus destinos. Casi todos evocaban una, con la que tenían estrecha semejanza espiritual.

A través de la prosa sobria y contenida de Paul Deschanel —el político figurín—se adivinaba una secreta vanidad por haber tenido una madre elegante y vaporosa.

Deroulède,—el de alma de soldado,—con frases que parecían clarinazos, hablaba de su madre, patriota hasta el heroísmo, que en la guerra del 70 dió tres hijos a la patria, y que enferma y abatida hizo, para verlos, un largo camino entre bayonetas.

Pero ninguna respuesta tuvo el encanto que daba Coppé. Exhibía una tímida menestrala preocupada de quehaceres modestos; de zurcir la ropa; de colocar flores en cacharritos de greda; de que humeara el pobre condumio sobre manteles remendados y albos. Y recuerdo que el cantor de los humildes, terminaba con estas frases: «Por eso, porque fuí testigo de la noble vida de esta santa mujer que ejercitó todas las delicadezas y todas las abnegaciones, fué que un día la flor de la sensibilidad nació y se desarrolló en mi alma, y me encontré poeta».

El espíritu selecto de ese santo Obispo que se llamó Monseñor de Segur, tuvo todos los matices del alma de su madre, la deliciosa escritora, que introdujo a los niños al reino encantado de la quimera.

Un escritor francés contemporáneo, que padeció una infancia muy desgraciada, y que fué después un hombre triste, descontentadizo y melancólico,—de esos cuyo contacto huye la gente por higiene mental, por no contagiarse de escepticismo o de tedio,— escribió un libro amargo y doloroso en que se cuenta la vida de un niño, para quien su madre tiene sólo incomprensiones y durezas. En ese libro, hay una frase dicha al azar, que equivale a un estilete manejado por una mano cruel, que apuntara derecho al corazón. El niño, oprimido y angustiado por las tiranías de su madre, hace esta reflexión como consuelo: «Pero ¡al fin!... no todos pueden ser huérfanos»...

Y ejercitando un violento contraste ¿qué nueva dignidad se puede dar a la mujer, que no resulte inferior al elogio que se hizo de la madre de un hombre genial: «*Mónica,* dos veces madre del divino Agustín, a quien hizo nacer, no sólo para el mundo sino también para el cielo?»

De la mujer depende, en gran parte, la solución satisfactoria de una de las peticiones humanas permanentes: que haya muchos hombres de temple heroico y de recto y elevado espíritu. Y si la vida colocó en nuestras manos el timón de la vida de nuestros hijos, es necesario que imprimamos rumbo, teniendo presente, que

no sólo los hombres procrean, que también los actos tienen descendencia.

Y no basta decir: «ya lo haremos; es muy temprano; hay quienes nos suplen...»

La vida es muy interesada, y pasa todas las cuentas. Cuentas de usurero, con intereses cuantiosos; con intereses que un día no podremos pagar, y no nos quedará otro remedio que llorar sobre esas cuentas. Los actos frívolos o imprudentes por los que se descuida la formación continua y constante de los hijos, harán mañana su desgracia. Serán hombres faltos de sinceridad; sin ideas firmes de moral; dubitativos; hombres que después que eligieron el camino recto, volverán la cabeza para contemplar otros más cortos y más fáciles. Y sobre todo, señoras, si la madre no ha puesto amor y ternura en esas vidas; si la madre ha abandonado las amplias y soleadas rutas del deber; para enhebrarse en dédalos tortuosos; que no olvide, que hoy o mañana, tendrá que comparecer ante un tribunal de jueces crueles, que serán sus propios hijos.

Hablando ante un auditorio católico, y siendo católica yo misma, fácil me sería recurrir—en abono de mis ideas—a la opinión de escritores que acataron a la Santa Iglesia Romana. Pero, de intento, no he querido hacerlo; y si busco argumentos de autores, contrarios casi siempre a mi sentir, es para que en mis teorías haya mayor fuerza de convicción.

En la obra de un escritor francés, profundamente realista, que nada tuvo de pulcro ni de asceta, hay, con respecto a los deberes que impone la maternidad, una página que equivale a un grabado al aguafuerte, de vigor escalofriante:

«Pedro miraba a su madre que había mentido. La miraba con una cólera exasperada, de hijo engañado; robado en su afecto santo; y con celo de hombre que por largo tiempo ha estado ciego, y que descubre, por fin, una traición vergonzosa. Si él hubiera sido el marido de esta mujer; él, su hijo, la hubiera cogido por las manos; por los hombros o por los cabellos; la hubiera arrojado por tierra, la hubiera golpeado; la hubiera hecho polvo. Pero él no podía decir nada; hacer nada; mostrar nada; revelar nada. El era hijo, él no tenía nada que vengar, a él no se le había estafado...

Pero sí, ella lo había engañado en su ternura; lo había engañado en su piadoso respeto. Ella se debía a él, irreprochable, como se deben todas las madres a sus hijos. Si el furor de que él se sentía invadido llegaba a convertirse en odio, era que él la creía más criminal con él, que con su mismo padre. El amor del hombre y de la mujer es un pacto voluntario, en el cual aquel que lo quebranta se hace culpable de la perfidia; pero cuando la mujer ha llegado a ser madre, su deber ha crecido, puesto que la naturaleza le confía una raza. Si ella sucumbe, entonces, es cobarde, indigna e infame».

Pero, yo no tengo derecho a evocar cuadros tan siniestros, que nos crispan, como si sintiéramos el corazón mordido por un

ogro. Hay también cándidos paisajes espirituales, que al recrearnos en su memoria, pensamos que nuestra alma es un lago en primavera, y que en él hay muchos cisnes blancos, que juegan a atrapar un rayo de sol...

Con respeto temeroso me introduzco en los humildes hogares, donde mujeres silenciosas y pensativas, hacen la más grande apología de la maternidad sublime, por medio del sacrificio que se oculta; que no protesta; que ni se alcanza a saber que es sacrificio, pero que es heroico...

Allí, en esos hogares, aparentemente no sucede nada; todo se hace moviéndose apenas; sin agitaciones ni prisas violentas. La madre se levanta al amanecer; los niños van al colegio; el modesto yantar lo sirven manos arrugadas, de quien debía parecer joven, pero a quien la maternidad y las pobrezas, marchitaron precozmente.

Son esos humildes hogares de la clase media, fiel remedo de algunos dramas hondos y transcendentales, donde la tragedia no está en lo que puede verse, sino en la observación psicológica; en la idea oculta; en lo que flota impalpable. De allí, de uno de esos hogares que preside una santa mujer de alma perfumada como un manojo de flores campesinas, debió salir el soldadito belga, que recobrando conciencia momentáneamente en el hospital, y encontrando a la propia Reina Isabel a su cabecera, quiso comunicarle todo su agradecimiento; toda su emocionada ternura; y casi moribundo; con los labios cárdenos y el respirar angustioso de la agonía, le dijo balbuciente: ¡mamá!...

Sin duda que la tarea de la madre es ingrata y es costosa; y que para realizarla hay que hacer muchas ofrendas, sobre todo de frivolidades. Y en el camino sentiremos desaliento; y nos parecerá que no recogemos provecho alguno; que nuestro influjo sobre los hijos está neutralizado por el aire mortífero de la calle, que se nos filtra en el hogar. De esa calle, en la que los malos libros pasan todo el día en la ventana, como mujercillas ociosas; en la que hay hombres que viven en un vagar continuo, y mujeres en siniestro mariposeo. Pero, con las enseñanzas del hogar pasa lo mismo que cuando estamos aprendiendo un idioma. ¡Qué empinada cuesta para llegar a traducir algunos de esos signos que se nos ocurren, geroglíficos desesperantes! ¡Qué silabear eterno y cansado! Pero un buen día nos encontramos con que, sin saber cómo, leemos y traducimos.

Nuestros hijos serán hombres y se encontrarán que leen de corrido el texto de la vida, si nosotras, en nuestro regazo, preparamos con muchos balbuceos esa complicada lectura.

Todos los hijos tienen ansias de encontrar paz en el nido; y la necesidad de un refugio está tan unida a su naturaleza, que muchos niños hablaron por los labios de la hija de Alejandro Dumas, cuando preguntándole con quién viviría, en el caso de que se desunieran sus padres, contestó sinceramente: «con aquel que se quede en casa».

La labor de la madre está hecha de influencia, de ascendiente, de sugestión, pero sobre todo de ejemplo. Y hay tantos matices y linajes de tentaciones, que hasta nos asaltará la de que es tarea demasiado prosaica, la preocupación constante de los hijos.

También algunas madreselvas pugnan por erguirse, como en el deseo de tener, como otras flores, tallos rectos y elevados... Pero cuando se doblegan y se ocultan entre el follaje, es cuando forman esa cortina de verdura, que agitada por el viento, nos hace creer que los perfumes de todo un bosque se nos ofrecen; que sabemos como respiran muchas monjitas lindas y jovenzuelas, de esas para quienes es desconocido hasta el pecado venial...

Dejemos que las camelias sean la pompa de los jardines urbanos; en cambio las humildes enredaderas que se adhieren a la piedra y se enroscan a la áspera montaña, son las que marcan el derrotero para llegar a la cima...

Señoras: ¿no os ha pasado muchas veces que parece que vuestra sensibilidad se torna más aguda, cuando penetráis en uno de esos salones misteriosos, donde todas las paredes están llenas de retratos de antepasados; de mujeres con manos de virgen bizantina, o de graves caballeros, de espadín al cinto, o de cimera empenachada?

En ese salón, está, talvez, el retrato de aquel padre o de aquella madre ya desaparecidos, y en cuyas rodillas aprendisteis a conocer a Dios.

No merezcamos, que si por dón milagroso despegaran sus labios, sus frases se inspiraran en la idea de un poeta:—«Pero el rastro que nuestras enseñanzas dejaron en el corazón de nuestros hijos, se alteró y se borró, como un cuadro que no tiene vidrio y que en polvo se evapora. Y entonces, nosotros, muertos, morimos por segunda vez».

La vida es tan traidora que hasta nos aconsejará alejarnos de nuestro hogar, ofreciéndose para conducirnos donde están la alegría y el aturdimiento. Amigas que nos interesaron, se alejaron de nosotras, porque querrán ocuparse en otros menesteres, según ellas, más ideales, que estos de dotar a los hijos de condiciones perpetuas de vitalidad, afirmándoles las raíces del alma.

Y nosotras sonreiremos, encontrando que se extravía de camino, quien se niega a seguir la ruta de los astros.

Que no tenemos la serenidad necesaria ni la suficiente fortaleza. Que no se nos alcanzan las voces inefables, porque no hay un silencio solemne en nuestro corazón. Y que merecemos repetir, como manifestación acordada a muchos de nuestros sentimientos íntimos, el soneto que no perecerá mientras se hable nuestra lengua:

Qué tengo yo que mi amistad procuras?
¿qué interés se te sigue Jesús mío
que a mis puertas bañado de rocío
pasas las noches del invierno oscuras?...

¡Oh! cuánto fueron mis entrañas duras
pues no te abrí; ¡qué ciego desvarío!
Si de mi ingratitud el cielo frío
secó las llagas de tus plantas puras.
Cuántas veces el ángel me decía:
«¡Alma! Asómate ahora a la ventana
mira con cuanto amor llamar porfía»
y cuantas ¡oh hermosura soberana!
Mañana le abriremos, respondía,
para lo mismo responder mañana...

Orientaciones de la acción social

de la mujer cristiana en Chile

Elvira Lyon de Subercaseaux.

«Mucho encarezco a las valientes cristianas de la Liga—decía « S. S. Pío X, en ocasión memorable a las señoras francesas—que « se ocupen de la acción social. Ya no basta que se limiten a obras « de beneficencia, en que siempre se siente la distancia de las « clases, la altura del que da y la inferioridad del que recibe. Nó, « yo les pido que vayan hacia el pueblo, que le hablen, que le « presten servicios, en una verdadera confraternidad cristiana, se- « gún el espíritu del Evangelio. Que se sienta ese amor, esa bon- « dad, esa benevolencia del corazón que deja comprometido, y no « la compasión que a menudo hiere y no gana ni el corazón ni el « alma del pueblo, engañado por embustes perniciosos que lo con- « ducen al odio».

Aunque estas palabras de oro del Santo Pontífice no fueron dedicadas especialmente a las señoras chilenas, no han dejado de tener feliz repercusión entre nosotros, y ya hemos visto florecer algunas iniciativas sociales que podrán tener gran alcance.

Los tiempos van cambiando y se nota que ya no es eficaz la limosna, los servicios personales ni las demás formas de beneficencia para conquistarse a las masas populares, ni pueden ganarlas para la defensa del orden social ni para establecer la armonía de las clases. Y si a ésto añadimos los obstáculos que, en el orden religioso y moral amenazan cada día destruír la sociedad, tendremos que convencernos de que es importante que la acción católica femenina tenga orientaciones muy seguras y definidas, que las mujeres seamos de nuestro tiempo, conscientes de nuestro poder y de nuestras responsabilidades.

La lucha religiosa, llevada hasta el seno del hogar por las tendencias secularizadoras del matrimonio, y hasta el corazón de los hijos por el laicisismo de la enseñanza, exige para la defensa de la familia cristiana y la tutela de sus derechos, intervención cada día mayor de la mujer, pero intervención sabiamente preparada y dirigida. Por otro lado, las hondas llagas morales de la actual sociedad, en que la pornografía sin trabas, casi, que la contengan, hace cada día estragos mayores, demandan una acción privada intensa, de la que no puede sustraerse la mujer, víctima primera de ese desorden. Y finalmente, la transformación de las condiciones económicas de las clases obreras, el número cada vez más crecido de mujeres que necesitan trabajar para ganarse la vida pide estudios y remedios urgentes.

Defender tanto el dogma como la moral, procurar que sus principios informen toda la vida del hombre en sociedad, es hacer fructuosísima labor social; como que la causa de este tremendo trastorno que llamamos problema social no es otra cosa que el haber vuelto las espaldas a esos grandes principios y el haber querido edificar fuera de esos sólidos fundamentos.

En nuestras costumbres, y aun en muchas leyes, quedan todavía infinidad de cosas buenas, manifestaciones de la fe de nuestros padres reconociendo los derechos de la religión. Pues hay que estar alerta, y cuando se quiera quitar esas leyes o atacar esas costumbres buenas, procurar su defensa. Cuando hay medios legales para actuar, debemos las señoras utilizarlos, pedir, protestar, no recibir cobardemente la injuria; usando del poder que la razón y el derecho dan sobre el despotismo y la fuerza.

La defensa de la idea religiosa, de la moral y de la justicia es el objeto de las modernas organizaciones llamadas Ligas Católicas Femeninas, que preparan a sus socias para inculcar estos principios cristianos no sólo a la masa obrera sino a todas las demás clases, haciéndoles comprender sus deberes en la hora presente. Se empieza defendiendo el dogma y la moralidad, porque en el fondo del problema social hay un desquiciamiento de las ideas de justicia y de orden tal, que sólo una labor religiosa y moral podrá rectificar.

«No es el problema social asunto puramente económico, sino también y principalmente asunto moral y religioso» decía S. S. León XIII en su luminosa Encíclica «Rerum Novarum»; al enseñar a los ricos y a los amos sus deberes, y los suyos a los obreros y criados. Por lo tanto en él se encierra, no sólo la organización de las clases obreras y de la clase media y la misión de la aristocracia, sino principalmente la restauración de las bases religiosas y morales desquiciadas.

¿Por qué habremos de interesarnos nosotras, señoras, en estas cosas que parecen reservadas para los hombres y talvez para los sabios? Porque están de por medio nuestros ideales cristianos y porque millares de mujeres son víctimas de este mal social y suplican un remedio.

Obligada a ganar para comer o para ayudar a su familia, la mujer de las clases poco afortunadas ha dejado de ser ama de casa para convertirse en obrera, sea en su domicilio, en talleres o en fábricas. Si sus condiciones de cultura son mayores, en vez de obrera será empleada de comercio, oficinista, telegrafista, etc., etc. Y siguiendo por este camino, siempre empujada por la necesidad de vivir, de ganarse el pan, llegará a ser profesora de Estado o particular, y hasta médica, abogada, etc., penetrando en el campo de las profesiones liberales.

Entre estas hermanas nuestras que luchan por la existencia, las más numerosas, no hay duda, son las de más humilde condición, y ellas merecen nuestra especial ayuda. Hay miles de obreras que carecen de la necesaria organización profesional para ayudarse mutuamente y para defender con nobleza sus justísimos derechos. Miles no saben como adquirir la formación conveniente para ganarse honradamente la vida. Es una clase que vive en condiciones inciertas para el día de mañana y que no tiene más capital ni más defensa que su trabajo.

El número de mujeres en las fábricas va en aumento a medida que las máquinas se perfeccionan. En busca de un escaso jornal se ven precisadas a abandonar el hogar, ya que el salario del marido—cuando lo tienen—no es suficiente para alimentar la familia. Mientras tanto el hogar se desorganiza, los hijos crecen en la calle, candidatos seguros del presidio. Tal es la situación de nuestra familia obrera: miseria moral muy ligada a la miseria material.

¿Qué hemos hecho hasta aquí para remediar en sus causas la situación de esta clase desamparada? Tenemos, es cierto, algunas instituciones meritorias: varios talleres de aprendizaje y patronatos, una escuela doméstica, una sociedad de educación y habitaciones obreras, la que proteje a la infancia, la de Rejis que reorganiza la familia, los sindicatos de la Liga, la Bolsa del trabajo, y algo más; pero es poco para las necesidades actuales y les falta talvez intensificar su orientación social.

Porque no se trata de obras que protejan a la obrera *individualmente* sino del mejoramiento de la clase en general, de su profesión, de su vida de trabajo, de sus intereses y dificultades, de sus cuestiones y sus luchas, de lo que toca, no al bien particular de esta o aquella, sino al de la mayoría.

Nos interesamos mucho por el pobre, el niño, el enfermo, el desamparado, el que lucha con la miseria y con la muerte, pero poquísimo por los que luchan por la vida, por el pan cotidiano, por el bienestar de sus hijos, por la seguridad, libertad y nobleza del trabajo.

El derecho que tienen los humildes a recibir el justo salario, el derecho al descanso dominical y nocturno, a la vida de familia, a la facilidad para cumplir sus deberes religiosos y otros muchos semejantes, son materia de estas obras de justicia que recomen-

damos. Conviene recordar que las miserias que sufren los pobres no son resultado *inevitable* de la desigualdad natural de las fortunas, y que hay otro remedio fuera de la limosna del rico y la resignación del menesteroso: es la *justicia* que el Evangelio ordena a los de arriba.

Las señoras podemos hacer mucho en bien de la familia obrera y de la profesión de la mujer pobre. Ya que no nos es posible utilizar los derechos de ciudadanía—que no tenemos—aprovechemos en cambio las ventajas de la asociación; ayudando a las obreras a formar sindicatos cristianos que defiendan sus legítimas aspiraciones profesionales, a fundar mutualidades para los casos de enfermedad, instituciones de ahorro para la vejez o Cajas dotales para las que han de tomar estado, etc. Son formas de caridad social más sólidas que la simple limosna, porque atacan el mal en sus causas, previenen la ruina antes que llegue, estimulan a sus miembros a ayudarse a sí mismos, siendo así instrumentos de su propio bienestar.

Las señoras que no pueden tomar a su cargo un trabajo activo y constante, pueden siempre, y en mil ocasiones, influír para que disminuya el malestar social. Por poco que se interesen y averigüen se darán cuenta de que la actual organización del trabajo es defectuosa y no ayudarán a empeorarla inconscientemente como sucede con tanta frecuencia. Porque son verdaderas faltas, por ejemplo, las de exigir con prisa lo que se manda hacer, obligando así a trabajar de noche y en domingo; el afán de comprar lo más barato posible, sin pensar que el tirón repercute en la obrera y no en el comerciante; la demora en los pagos, con que se cometen verdaderas injusticias, etc., etc.

Señoras que de visita en algún hospital os encontráis con jóvenes obreras atacadas de tuberculosis en plena juventud por el excesivo trabajo de la fábrica, pensad que hay infinidad en ese caso y procurad empeñaros para que se prohiba el trabajo nocturno en esos establecimientos. Si conseguís formar opinión, iréis abriendo el camino a las leyes protectoras de la mujer que trabaja.

Las que vais llevando el socorro de las Conferencias y descubrís a la pobre viuda cargada de hijos pequeños que con el mísero pago que le da el taller por su trabajo a domicilio, no alcanza ni a pagar el alquiler, pensad que hay miles en ese caso y que es indispensable empeñarse para que se dicte la ley del salario mínimo. Y lo que no podáis obtener directamente del gobierno, podéis hacerlo indirectamente, procurando que las mismas obreras velen por sus propios derechos, organizándolas en sindicatos cristianos que las libren de ser explotadas.

Cuando veáis los rostros pálidos de las dependientas de tienda, donde no se les permite ni sentarse un momento para descansar ni se les da el tiempo necesario para su almuerzo, ni el reposo dominical, pensad en la formación de una liga de compradoras que sólo favorezca a las tiendas que traten bien a sus empleadas y obreras, y que cumplan con las pocas leyes que hay a su favor.

Cuando llevéis el médico a la pobre que os llama en su auxilio, y veáis esa familia debilitada y expuesta a todos los males físicos y morales del conventillo que tanto destruye la vida de hogar, procurad ayudar a las sociedades que construyen habitaciones higiénicas e independientes para obreros, y contribuiréis a evitar males muy grandes y muy generales.

Así es la caridad previsora que se llama social.

La multitud de hospicios, hospitales, asilos de ancianos y de niños y otras instituciones semejantes, lejos de ser un signo de progreso moral, son mas bien el testimonio de una decadencia: la de la familia. Normalmente la familia debe atender en el hogar a sus ancianos, inválidos y pequeñuelos. En la sociedad cristiana de otras épocas el hospicio era el refugio del peregrino pobre, del que iba de paso, del extranjero sorprendido por alguna dolencia lejos de los suyos; las familias cuidaban en el hogar a sus enfermos, y por pobre que éste fuera, cobijaba siempre a todos sus miembros.

En nuestros tiempos, una institución social que vuelva a poner a la sociedad sobre sus bases naturales, que consolide la familia y organice la profesión, ejecutará por adelantado toda la tarea de las obras de beneficencia que el desorden social suscita.

La influencia que, como miembros de una clase superior, pueden ejercer las señoras, las obliga a preocuparse de la situación de los que están en esfera más humilde, como lo dice S. S. León XIII en la Encíclica ya citada, que debe ser norma para los católicos: «Ante el movimiento democrático contemporáneo a nadie «es lícito permanecer con los brazos cruzados, pero menos a las «clases superiores, que por sus dotes personales, sus conocimien-«tos, su riqueza, han de ser necesariamente directoras, si quieren «encauzar el movimiento y hacerlo fecundo y evitar el desborde «desolador... Tienen el deber de acudir al mal por justicia legal «en la medida que sea necesario, porque el daño que sufren o «padecen los obreros afecta a toda la sociedad, y de él todo el «bienestar común se resiente».

Si las asociaciones que se dedican a buscar el bienestar y la justicia para las clases humildes no desarrollan entre sus miembros una intensa labor de formación personal y de cultura, verán disminuír cada día su poder. No todo está en que aumente el grupo selecto de señoras apostólicas, sino en que su preparación sea menos deficiente: sólo así podrán tener influencia.

Es de sentido común elemental el instruír las tropas antes de llevarlas a la lucha. A la mujer hay que educarla para su vocación actual, puestos los ojos en la nueva posición que en adelante habrá de ocupar en la sociedad.

Efectos de la falta de formación son la languidez que se nota en las obras después de las primeras explosiones de entusiasmo; la rutina de procedimientos; el desorden, la separación de voluntades, los resentimientos y partidos. Son males que no se remedian con reglamentos. Vemos que abunda la buena voluntad,

pero que falta la voluntad fuerte y activa, la inteligencia preparada y llena de recursos. Y por añadidura, no se trabaja con alegría, según el espíritu cristiano, y gracias al mal humor y al pesimismo, se convierten las obras católicas en cavernas de tristeza.

Se necesita de esa educación que es el desarrollo y perfección normal de todos los valores que atesora el alma femenina y la ciencia de saberlos aplicar a todas las necesidades actuales. Entre estos valores, el primero es el religioso, el que da sentido a toda la vida, el único que puede regir con seguridad a la acción social femenina. Religión que no puede concretarse a fórmulas exteriores ni a sentimientos vagos ni a prácticas rutinarias; que ha de atesorar en el entendimiento grandes *ideas,* es decir grandes verdades poseidas con claridad y firmeza, en la voluntad poderosas *energías* para guiarse por ellas, en el corazón *sentimientos divinos,* que sean bálsamo y perfume de sus acciones.

Fundada en la educación religiosa está la formación moral, que consiste en el desarrollo perfecto de las ideas y sentimientos de dignidad, de personalidad, libertad, responsabilidad, del mérito, del fin sobrenatural a que se ordenan nuestros actos y de las razones de nuestro obrar. El error de confundir la moralidad con la ignorancia, el escrúpulo y el temor, conduce a formar almas vacías y débiles, y quizás a peores resultados. Hemos de dar a nuestro espíritu verdades claras y sólidas, y estas convertirlas en convicción robusta, y si puede ser en sentimiento profundo y delicado.

A las ideas y sentimientos morales ha de seguir el *esfuerzo* y el *método.* Con esfuerzo decidido, firme y perseverante las ideas pasarán a ser norma de vida, y así se formará un *carácter.* Para formarlo puede muchísimo la dirección y el método.

Estos son los valores fundamentales de la formación femenina, que se refieren principalmente a la *voluntad.*

En lo que atañe a la inteligencia diré lo siguiente: que los intereses más altos, y en primer lugar la religión y perfección cristianas requieren ideas elevadas, que no se pueden adquirir sin un sólido cultivo del entendimiento. Cultura que no consiste en saber el nombre de muchas ciencias, sino en *enseñar a pensar y discurrir con verdad* en todas las cosas, en despertar la *atención,* en el observar y en el *deseo* de conocer.

No puede descuidarse tampoco la región del sentimiento, tan poderosa en la mujer. El sentimiento es el motor que determina la mayor parte de nuestras acciones, y es muy susceptible de educación. Quien triunfe en este punto será omnipotente en el gobierno de sí misma y en su influencia con los demás.

Veamos ahora las principales *cualidades* que debe tener esta educación femenina. Entre ellas la primera es el *sentido del trabajo.* La acción social requiere grandes actividades y se nutre del aprovechamiento de pequeñas energías. Por otra parte, trata de rege-

nerar al pueblo dignificando la vida del trabajo, y ¿cómo dará esto la que no lo estima?

En seguida se necesita *espíritu de observación,* no frío y curioso, sino lleno de interés por el prójimo; espíritu que acostumbre a mirar a su alrededor para ver lo que acontece a sus hermanos, cómo viven, cómo trabajan, cómo padecen y lloran, cómo mueren material y espiritualmente. Y que con ésto venga la *reflexión* para solucionar los problemas observados. No hay señora que no tenga en torno suyo grandes o pequeñas necesidades de los demás; y muchas o no las observan o se desentienden de ellas por sistema, sin gastar nunca ni un sólo instante para encontrarles remedio; ese remedio que dicta fácilmente la reflexión cuando se tiene amor. ¡Qué diferencia inmensa encontramos por ejemplo, entre señora y señora de las que visitan en las Conferencias de S. Vicente! Una hace prodigios donde la otra, con los mismos medios, no sabe qué hacer. Y es que la primera sabe mirar, sabe sentir, sabe estudiar y sobre todo sabe amar, mientras la otra no sabe sino alargar la mano como una máquina para dar la limosna semanal.

Que la observación se lleve también a la *transcendencia social* que tienen nuestros actos. Estos repercuten casi siempre en la vida de los demás, y aunque no lo notemos, acarrean a ellos daño o provecho y a nosotros responsabilidades.

La verdad central que ha de guiarnos en nuestra formación es que toda ella está en nuestras manos, en nuestro esfuerzo, en nuestra perseverancia y voluntad, pero voluntad que no es la veleidad perezosa, ni la buena intención inactiva, ni el diletantismo de lo fácil, ni el florearlo todo, ni el seguir por donde empuja la corriente, ni el comenzar muchas cosas sin acabar ninguna, sino el querer con *ímpetu*, con *energía* y con *firmeza.*

Las obras no pueden vivir de nada externo y convencional, sino de la vida verdadera de las personas que las dirigen. Antes de mirar hacia afuera conviene mirar mucho hacia adentro: toda la perfección que ansiemos para nuestras obras la hemos de poner antes en nosotros mismos. Ni el dinero ni el aparato ni la autoridad y prestigio exterior pueden dar lo que da la formación sólida del espíritu. Después de la gracia divina, no pueden fiarse los ideales sino al tesoro de cualidades que realmente se posean. Apesar de los grandes conflictos en que se anega el mundo, éste ha sido, es y será de los fuertes en el espíritu, y sobre todo de los fuertes en el espíritu de Dios.

Junto con la formación personal hemos de poseer una doctrina segura, amplia, bien fundada. Una doctrina que nos diga adonde vamos y los caminos que para llegar hemos de recorrer; que nos haga distinguir lo eterno e inmutable de nuestra acción, de lo transitorio y accidental; que nos dé luz para conocer en toda su soberana belleza a nuestra Religión divina, viendo como se extienden sus benéficas influencias a todos los caminos de la ac-

tividad humana: al individuo, a la familia, a la sociedad, a las escuelas, a las leyes, al taller, a la fábrica, a los parlamentos.

La doctrina es fermento de vida; ilumina, da calor, empuja, alienta y sostiene. Por falta de doctrinas se tienen conceptos limitados o falsos de las cosas. Para tener vistas de conjuntos y no descuidar los detalles particulares de una institución, hay que saber el lugar que le corresponde en la gerarquía general de las obras y su relativa importancia. Esa doctrina se halla en las enseñanzas de la Iglesia, que es la depositaria de la palabra de Jesucristo, que no envejece y que tiene para cada época la fórmula que corresponde a sus necesidades.

Esta preparación tan necesaria, se facilita de un modo especial, en los Círculos de Estudio, que son escuela de futuros apóstoles y verdaderas academias de ciencia social. Allí se estudia la religión, sobre todo bajo su aspecto apologético, los modernos documentos pontificios referentes a la acción católica, los problemas sociales de actualidad, y se procura formar el verdadero criterio cristiano para juzgar de todas las cosas de la vida. Se hace indispensable este estudio a medida que se avecinan las luchas de clases que piden de parte de la mujer católica una caridad más universal e ilustrada, un celo más activo y consciente, una educación cristiana y social más en armonía con las exigencias de los tiempos modernos, una intervención que sin salirse de los límites de su sexo, sea más universal y decisiva.

Así se irán formando las que sientan esa ansia del amor al prójimo que empuja irresistiblemente al trabajo, a la pelea, al sacrificio; las que llevan en el corazón, como un mandato divino que tiene acentos de dolor y de esperanza, aquellas palabras del apóstol: «la caridad de Cristo nos apremia».

Sobre algunos derechos a que la mujer debe aspirar

Isabel Irarrázaval de Pereira.

Dios y la Iglesia Católica han sido los que han levantado a la mujer de la esclavitud a que el derecho del más fuerte la tenía sometida. Principió por darnos a María Santísima por Madre, elevándola y colocándola en el cielo por Reina del Universo. Hizo más, lo que hasta hoy nadie ha querido hacer por nosotras, nos dió las mismas leyes y los mismos mandamientos y nos ha dado derecho al mismo premio que al hombre.

Más aún si recordamos la vida de Jesús, nos ha dado tal vez pruebas de un amor más grande que el que ha demostrado a los hombres.

Con qué dulzura y veneración trató siempre a su Madre, y qué compasión manifestó a María Magdalena ante sus miserias, considerándola la más débil y desgraciada. No tenemos sino que recordar sus palabras a los judíos que querían arrancar de su presencia: cuales fueron sino de misericorda y perdón, y al oír a los acusadores de la mujer pecadora recordaréis bien lo que les dijo: «El que de vosotros se halle sin pecado tire contra ella el primero la piedra».

Todos fueron retirándose sin que nadie se atreviera arrojarla.

Si N. S. J. C. fué el emancipador de todos los oprimidos y de todos los débiles, ¿por qué entonces, no lo imitamos?

En la vida no pasa lo mismo sino todo lo contrario. No sólo los hombres se olvidan de la caridad que Dios nos manda tener con todos nuestros semejantes, sino nosotras mismas somos a veces más duras, crueles e injustas con las de nuestro sexo. No sólo nos convertimos en sus censores, sino en jueces fallamos y condenamos sin oír, por cierto, a la acusada y basándonos muchas veces en decires emanados de la envidia o la maledicencia.

Nos olvidamos por completo de lo que tanto N. S. nos predicó con su ejemplo en este mundo.

Bajo la influencia de la Iglesia, también la condición de la mujer fué mejorando poco a poco.

En la Edad Media puede decirse que la mujer en su hogar ejercía verdadera soberanía.

Esta influencia fué decayendo después y parece que las mismas mujeres cayeron en un estado de abatimiento o resignación en vista, tal vez, de los innumerables obstáculos que a todos sus derechos se les ponía. Sólo desde hace treinta años han vuelto a resurgir estas doctrinas.

En Francia, encabezadas por la Duquesa de Uzes, estas ideas, diré yo, como M. G. Googen «que cuando logran abrir brecha en nuestro cerebro, lo hacen igualmente en nuestra existencia y en nuestros actos».

Ahora entraré a exponer en términos muy breves cuáles son las razones porque la mujer debe pedir que se le dé en el hogar y en la vida los derechos a que es acreedora.

No pueden seguir viviendo así, seres que tienen conciencia de sus actos y de lo que son capaces, sabiendo que ante la ley son consideradas inconscientes, incapaces de discernir ni administrar y sin derecho alguno en los actos de mayor importancia de nuestra vida; *pero es de advertir que si la ley civil, se olvidó de nosotras para darnos los mismos derechos que al hombre no se olvidó de igualarnos y de sobrepasarse en todo cuanto se refiere a los castigos que podemos merecer. ¡Qué mayor justicia!*

Esto trae a mi memoria un episodio de la revolución francesa,

cuando Olympe de Georges presentó a la Asamblea de la Convención un proyecto feminista,

He aquí dos de sus artículos:

1.° «La mujer nace libre e igual al hombre en derechos.

2.° Si la mujer tiene derecho de subir al caldalso, debe, igualmente, tener el derecho de subir a la tribuna».

Sin embargo, la autora de este proyecto no obtuvo el derecho de subir a la tribuna, en cambio, la Convención la hizo subir al cadalso. No quiero extenderme sobre ésto, prefiero callar.

Me limitaré a hacer ligeras observaciones sobre algunos de los varios artículos de nuestro Código Civil que sin razón, establecen verdaderos privilegios favorables al hombre y perjudiciales a la mujer casada, sobre todo. Entre éstos, el derecho que niega a las madres el mismo derecho que da a los padres que llamamos de «patria potestad». El padre tiene el derecho de administrar los bienes de sus hijos y hace suyo el fruto de sus bienes. La madre necesita siempre formalidades previas, casi como un extraño, para administrar los bienes de esos mismos hijos.

El padre administra y usufructúa porque es padre, la madre administra, no como madre, sino como simple guardadora.

Si ese usufructo es una recompensa de los *cuidados* del padre, igual o mejor derecho tendría la madre, porque sus desvelos son siempre mayores.

Aún más, se le obliga a la madre y no al padre a rendir cuenta de los bienes que pertenecen a sus hijos, y que ella administra, y corre el peligro con estas exigencias hasta de perder el cariño y el respeto de los suyos en un juicio de cuentas de tutela, como lo comenta muy oportunamente un distinguido estadista chileno cuya reciente pérdida hoy todos lamentamos.

Como si existiera algún ser en el mundo, digo yo, que pudiera con mayor abnegación y desinterés defender los derechos e intereses de los hijos.

Ahora, mirando más abajo a las sin fortuna. Cuántas veces no han llegado a mi puerta unas de estas pobres infelices a pedir protección y auxilio y que las libre de tantas injusticias:—Señora, me dicen, cómo no he de tener siquiera el derecho de ganar el pan para mis hijos, ya que mi marido todo lo que gana lo consume en la taberna, pues no sólo gasta lo que él gana en satisfacer sus vicios, sino que toma y, exige de mí lo que yo gano a costa de tantos sacrificios.

Yo no puedo sino contestarles con el corazón oprimido de tristeza: comprendo su indignación y sus justas protestas; pero la ley no la ampara y da a su marido también ese derecho. Otros, sólo se contentan con no hacer nada, viviendo de lo que gana su pobre mujer enferma y debilitada ya, con el excesivo trabajo y natural cuidado que exigen sus pequeños hijos.

No sigo adelante, sólo he querido citar algunos de los tantos casos que muchas *habrán* presenciado.

Por estas razones, al leer un día, incidentalmente algunos artículos del Código Civil, que tienen relación con lo que tratamos, no pude menos que exclamar: «*Esto no puede llamarse Código Civil, sino Incivil, conjunto de injusticias para la mujer*».

No puede negarse que no está a la altura de la civilización de nuestro siglo y así pensaría el señor don Julio Zegers, cuando presentó un proyecto sobre reformas de la legislación chilena, en la parte referente a los derechos civiles de la mujer, que sólo diez años después, en 1887, fué presentado a la Comisión de Legislación y Justicia, la cual informó favorablemente y pidió su inmediato despacho. Firmaron ese informe los señores Rafael Sanhueza, Francisco Carvallo Elizalde, Abel Saavedra, José Antonio Tagle Arrate, Miguel Irarrázaval Vera y Enrique Mac-Iver. Más de 30 años han transcurrido desde la presentación del informe, y más de 40 desde la del proyecto, sin que el Congreso haya dedicado un cuarto de hora para su despacho. Con deciros, como dato ilustrativo, que de los miembros de esta comisión han muerto ya más de la mitad. Posteriormente, los señores Romualdo Silva Cortés y Luis Claro Solar, presentaron a la Camara un proyecto de reforma sobre este mismo asunto, que hasta ahora parece correr igual suerte.

Importa poner cuanto antes fuera de debate ciertas exageraciones que han perjudicado no poco a estas justas reclamaciones y que han servido para alejar a la gente de buena fe, pues, puedo asegurarles que en todas estas ideas, sólo hay en el fondo un puro sentimiento cristiano y de justicia, y el Santo Padre Pío X alentaba estos esfuerzos, como parece deducirse de las palabras que dirigió a Mgr. Delamaire, cuando encargaba al Obispo de Périgueux de transmitir su bendición a la Liga patriótica de las francesas.

A mi vez diría yo a estas timoratas, que han exclamado: «No estamos preparadas»; la misma exclamación salió también de los labios de algunas, cuando un diputado conservador pronunció el año pasado un elocuente discurso sobre el voto y derecho de la mujer. Pobrecitas y qué humildes, no saben acaso que la ley sólo exige saber leer y escribir y tener 21 años. Yo no sé, pensando íntimamente, si algún bien podría traernos ese derecho, pero sí, proclamo con todas las fuerzas de mi alma, que deberíamos por justicia tener esa facultad, pues, somos seres conscientes tal como el hombre y sufrimos y *se nos hace sentir el peso de las leyes que ellos votan*. Yo preguntaría a mi vez a esas tímidas, si es que son casadas ¿se encontraron acaso muy preparadas para el matrimonio, considerando la tranquilidad y valor que han tenido al tomar sobre sus hombros cargos de tanta responsabilidad y de tanta trascendencia? Sin embargo, todas en general han sabido cumplir con su deber, haciendo a veces milagros de virtud y abnegación. Y a esas esposas, madres y maestras de sus hijos, a esas que dan hombres y defensores ilustres a la patria, se les priva de tan justos derechos.

Cierto es que las menos, las felices, nada necesitan de estas leyes; pero no por serlo, dejan de tener el doble deber de velar por las que no lo son, por esas que viven y perecen en medio de las mayores tribulaciones y desgracias, sin haber encontrado jamás un apoyo, ni protección por parte de sus semejantes, ni de las leyes que debían ampararlas. Recuerdo al respecto las palabras de Brunetiére, en una conferencia dada en la acción social de la mujer, publicada en la revista "La femme contemporaine" en Febrero de 1904: «Si fuésemos verdaderos cristianos, esto es cristianos que encaminásemos todos nuestros actos al servicio de nuestro prójimo, obra tan loable como la del servicio de Dios, seríamos todos excelentes feministas».

Las palabras de Brunetiére no han caído en el vacío, cada día es mayor el número de los que reconocen la legítimidad de estas aspiraciones.

Me atrevería a rogar a los presentes que cooperen, pues, en cuanto esté de su parte, bajo la santa protección de la Virgen del Carmen, cuyo glorioso centenario celebramos, para hacer algún bien a las que con tanta justicia y necesidad social la solicitan.

Siendo así, no termino desesperanzada, pues diviso en lontananza una aurora luminosa, aparecer en el horizonte y creo será algo así como el Iris que nos anuncia mejores tiempos, tiempos que serán de paz, equidad y justicia para todos.

Capacidad económica de la mujer

Sara Covarrubias Valdés.

La rapidez con que se eleva el precio de la vida, viene creando una situación difícil y que afecta de una manera apremiante el estado económico del hogar, especialmente, de la clase media y popular.

Hay actualmente por diferentes causas una desproporción casi insostenible entre el valor del dinero que se gana, y el de las cosas que se necesita comprar con él. Cada día son mayores las exigencias de la vida, tanto, que ya el padre o el hermano, no pueden asumir como antes los gastos de toda una familia.

Aquí en Chile, con la desorganización que hay en la familia y los vicios que infestan los hogares siéntese este malestar aun mayor, y a menudo se ve el caso de que es la madre con su mal retribuído trabajo la que debe satisfacer las más urgentes necesidades del hogar. De ahí la gran importancia de que se dé a la

niña una educación que la capacite para trabajar y le asegure su subsistencia.

Siempre la mujer ha compartido con el hombre la carga del trabajo de la humanidad: En las sociedades primitivas, y más tarde en la Edad Media la mujer llevaba para sostener el bienestar de los suyos parte tan dura del trabajo como el hombre; aun en los primeros años del siglo XIX el trabajo de la mujer dentro de su casa era suficiente para justificar su derecho a la vida; ganaba su pan con el sudor de su frente, y el hogar era feliz porque la mujer, desarrollando sus actividades, realizaba en él su misión.

Pero los tiempos han cambiado enteramente. El desenvolvimiento industrial ha venido a arrebatar de las manos de la mujer casi todas las labores domésticas: ya no hila, ya no teje, ya no amasa pan, ya las ropas se venden hechas; es hoy un lujo muchísimo más caro una obra confeccionada a mano que una de procedencia industrial, y sería malgastar el tiempo, obstinarse en los antiguos métodos de confección casera. De hecho, la mujer ha dejado de ser un factor productivo en el núcleo doméstico y se ha convertido casi exclusivamente en consumidora, es decir, tiene que comprar lo que antes trabajaba en la casa con sus manos.

Este cambio en el eje del trabajo ha socavado el hogar hasta sus cimientos, obligando a la mujer a traspasar el umbral de su casa para ir en busca de campos de actividad remunerada.

Muy vasto es hoy el campo que se presenta a la mujer que quiere desarrollar sus actividades: las ciencias, las artes, el comercio, la industria, etc... en todo esto ha logrado abrirse paso y, mediante sus esfuerzos e inteligencia ha podido ejercer profesiones, desempeñar empleos y ocupar puestos que le aseguran un bienestar económico.

Pero, la superficialidad de la educación femenina y la equivocada dirección que suele darse al talento de las jóvenes, sin tratar de especializar sus aptitudes, son los motivos que muchas veces incapacitan a la mujer para trabajar.

Es evidente que en la época actual se concede una importancia cada vez mayor a la instrucción de la mujer, y sin embargo a juzgar por los frutos de estos estudios debiera creerse que las escuelas no alcanzan el fin que se proponen; porque después de haber impuesto un programa de instrucción que alcanza no pocos años, superior a veces a la mentalidad de las alumnas, no excitan el amor al trabajo, ni despiertan la necesidad de adquirir más conocimientos, ni desarrollan la inteligencia del trabajo, punto de partida de toda iniciativa personal. Por eso, no es difícil encontrar niñas de talento y con cierta instrucción, a quienes la fortuna les ha sido adversa, no saber en que ganarse la vida; algunas han creído labrarse una carrera tocando las puertas de las profesiones liberales, y, por falta de vocación o por inconstancia o falta de recursos han quedado en el camino, sin hallar a donde volver sus ojos. Es que el trabajo material no ha conquistado entre nosotros

la estimación que merece. Es preciso vencer prejuicios y repugnancias mal fundadas: ese orgullo, es causa de que algunas personas se ruboricen de emplear en el trabajo la mano que no se avergonzaría de recibir una limosna. Si las personas dotadas de cierta educación se ocuparan en el trabajo industrial inteligente ¿quién sabe lo que lograrían para su bienestar y el de la nación?

A menudo se oyen quejas de personas que buscan auxiliares aptos y laboriosos y no logran encontrarlos.

En otros países más prácticos y fabriles que el nuestro se ha dado gran importancia a la multiplicación de escuelas prácticas de Economía doméstica y escuelas Industriales en las que, a cada niña se enseña además de los trabajos manuales caseros, un oficio o una industria en la que quiera especializarse. El estudio de la contabilidad no es ahí letra muerta pues con la práctica de las lecciones y con el ejercicio comprenden la importancia del ahorro y cobran afición a la economía. Muy largo sería enumerar todo lo que en esas escuelas se enseña. El cultivo de las legumbres, semillas, árboles frutales y plantas medicinales, todo aquello que se refiere a la jardinería. El cultivo del mimbre para la cestería y la cestería misma; el cultivo del lino, del cáñamo y la industria de tejerlos en la cordeleria; la apicultura; la crianza de cabritos para la fabricación de guantes; la fabricación de varias clases de quesos (que en Holanda, ha enriquecido tantos pueblos antes pobres).

El desarrollo de estas industrias tiene la ventaja de proporcionar trabajo a la mujer que vive en los campos y aldeas que hoy día vegeta en la más abyecta ociosidad.

Otros ramos de la industria manual son más adecuados a la ciudad que a los campos; algunas de ellas requieren condiciones esencialmente femeninas y hasta ahora han estado sólo en manos de los hombres.

La encuadernación ordinaria y elegante, el trabajo en talleres de relojería, en las tapicerías, en las imprentas y en las farmacias; las mujeres que poseen instrucción necesaria pueden encontrar un campo de trabajo en las bibliotecas; además, pueden desempeñar el trabajo de taquigrafía, de contabilidad, de dactilografía y otras ocupaciones análogas.

Hay una profesión para la joven de familias honorables en que puede ganarse la vida decorosamente y que por ahora es desempeñada sólo por extranjeras. La llamada *nurse,* la jardinera de la infancia, a quien mediante una preparación especial pueda confiársele la educación física, moral e intelectual de los niños ricos, cuyas madres no puedan atenderlos. Las ventajas serían muy luego apreciadas y la necesidad social de ellas es muy sentida.

Aun no termina la serie de actividades a que puede dedicarse una joven; profundizando las bellas artes puede hacerse apta para enseñar a despertar y exteriorizar los sentimientos, esa chispa de belleza que Dios ha colocado en el fondo del alma. En las profe-

siones liberales también siempre que esté dotada de cualidades especialísimas y sienta por ellas verdadera vocación; la enseñanza, campo tan vasto y tan eficaz para la acción femenina, en el que con su abnegación y ternura puede dar a conocer la verdad a tantos millares de niños; la medicina, la dentística, además de ser profesiones muy lucrativas, se avienen también a los sentimientos humanitarios de la mujer.

Pero no falta quien estime como un peligro para la sociedad el desarrollo de las actividades de la mujer. Copiaré algo de lo mucho que sobre ésto ha dicho un ilustre escritor español (Martínez Sierra):

«No se crea que dilatando el campo de actividades de la mujer y ensanchando sus conocimientos corra el peligro de acercarse a ser hombre. Por el contrario, cuanto más complete su vida, cuanto más cultive su alma y desarrolle su inteligencia más mujer será. Porque no hay ser que se afirme por lo que le falte, sino por lo que posee, y decir, que una mujer cultivada, sabia, libre y consciente, en la plenitud de sus derechos y de sus responsabilidades es menos mujer que una pobre inconsciente, sin más defensa que el instinto, sin más resguardo que su debilidad y sin más encanto que la ignorancia, equivale a decir, que fué más hombre el salvaje de las selvas primitivas que el moderno varón cultivado por la sabiduría de los siglos».

Es cierto que, todo lo que significa alejamiento del hogar para la mujer pone en peligro la felicidad de la familia, porque la distrae de sus más sagrados deberes. Pero como las circunstancias así lo exigen, la niña bien preparada para este estado de cosas, será previsora, para que su ausencia sea lo menos perjudicial posible; conociendo cuanto cuesta ganar el dinero, hará sus gastos con acierto; conseguida su independencia económica será más respetada y podrá hacer valer sus derechos.

El trabajo, ejercitando las mejores facultades ennoblece el alma y la eleva, haciéndola capaz de ejecutar con amor e inteligencia todas sus actividades. Bien preparada, sabrá afrontar con ánimo esforzado y valiente cualquier contratiempo que la suerte le prepare.

Condiciones del trabajo de la obrera

Eugenia Marín Alemany

Una de las clases sociales hoy más necesitada es sin duda la de la joven obrera.

Sus escaceses y sus penas, sus peligros y sus pruebas, las grandes injusticias y las explotaciones inicuas de que es víctima, conmueven los corazones de los que cerca de ellas han podido conocerlas.

Es la clase más débil e indefensa, expuesta de continuo al problema de las lágrimas, tristezas, peligro de la honra y de la vida, desolaciones y abandonos que componen la mayoría de las veces su existencia.

Hay una frase del ilustre Padre Jesuíta du Lac que dice: «A la obrera nadie la atiende, porque como ni se declara en huelga, ni tiene derecho a votar, no se la teme, ni se espera nada de ella». Triste frase! que enciera una gran verdad, pero que no habla muy en favor de los hombres, sino que pone de relieve su egoísmo!...

Gracias a Dios, de poco tiempo a esta parte las cosas van variando, hoy las obreras tienen algunas pruebas del interés y del cariño que han sabido inspirar. Se las conoce más y mejor, se las atiende y van siendo sabidas sus penalidades y sus luchas para ganarse la vida.

Pero este conocimiento alcanza todavía a pocos, es menester que se extienda más y más, a fin de que al enterarse la sociedad de lo que combaten y de lo que resisten nuestras obreras, cuya vida es un heroísmo continuo, se aumente la compasión y el amor hacia esa porción de la humanidad, que trabaja a veces sonriente, aunque sólo debía llorar.

La mujer obrera vive en ciertos oficios bajo el régimen de un salario irrisorio luchando con una miseria inmerecida. En algunos de ellos no gana ni para su sustento diario; ella que fabrica tantos objetos de lujo, carece de los artículos más necesarios para la vida; no puede liquidar su presupuesto, ni siquiera derrochando sus fuerzas y energías, pareciendo por esto muchas de nuestras obreras, la imagen de la muerte.

Así la rehabilitación de la obrera, no es asunto que deba considerarse ajeno al interés de la sociedad de Santiago. Yo creo que todos debemos intervenir en la mejora de su triste situación, aunque sólo sea por sentimiento de compasión.

La mujer es siempre obrera ideal para los dueños de fábricas y de talleres, pues el trabajo femenino es mucho más productivo para ellos. La mujer es más puntual que el hombre, generalmente

no es viciosa, es mucho más laboriosa y constante, y a pesar de todas estas cualidades la obrera recibe la mitad menos de jornal que un obrero.

Si tienen tanto bueno a su favor y tanto más espíritu de trabajo que el hombre ¿por qué hay esas diferencias de remuneración? ¿por qué? Porque nadie casi se preocupa de ellas..., no hay leyes que resguarden y vigilen sus intereses morales y materiales.

La obrera tiene tantas necesidades, y aún más que el obrero, pues si éste es vicioso a ella le toca el sostener a la familia, y esto pasa casi siempre: el sacrificio de la obrera es el salario familiar. La mujer si trabaja no lo hace sólo para sostener sus propios gastos, sino que su sueldo tiene que compartirlo con su familia.

¡Y qué vida tan sin distracciones la de esas pobres!... Siempre abrumadas por el trabajo, sin descanso ni aún para aprender cosas útiles, para aprender algo que pueda servirles para aumentar su jornal.

Si muchas siguen cursos nocturnos o dominicales, las más desisten, pues el excesivo labor diario, no las permite estudiar sin fatigarlas demasiado.

Pasar un día y otro, una semana y otra, inclinadas sobre su trabajo, en un taller donde nadie las trata con cariño; gastarse así la vida, pasar las horas, y acostarse pensando que la mañana siguiente no ha de traer variación a esa vida de lucha y de miseria.

Y esto la mayoría de las veces en plena juventud, cuando se desea disfrutar un poco de alegría, se vive de ilusiones y sólo se desea reír y gozar, sin querer penas ni tristezas.

La tiranía del trabajo las coge a todas muy jóvenes, sin tener conocimientos intelectuales, ni menos morales, debido al centro en que viven: de ahí la ruina de muchas.

Cuando salimos por las calles centrales por las que circulan tantos coches y automóviles; vamos a los paseos y fiestas donde sólo vemos lujo y riqueza, no sospechamos, o si lo sabemos no pensamos que en otras calles feas, oscuras, en viviendas sucias, en cuartuchos donde se ahogan los pulmones, trabajan sin descanso mujeres que, encorvadas, desde que amanece hasta que el cuerpo no resiste más, ven marchitarse sus años, sin que una mano compasiva las consuele y las ayude.

La miseria las rodea, y la miseria es mala consejera, y necesitan las obreras verdadero heroísmo, y mucha base religiosa para resistir a tantas tentaciones.

¡Cuántas infelices se quitan la vida porque les falta el amparo material, y porque en los talleres y fábricas les arrancaron la fe y la esperanza, y sólo vislumbran un porvenir amargo!

Sus vidas se deslizan sin horizontes; pocas, muy pocas son las que encuentran en el matrimonio una felicidad, un descanso.

Y abusan, abusan mucho del trabajo de la obrera. En una encuesta hecha especialmente para este estudio, puede verse en la forma en que se cometen los abusos.

El trabajo que a lo más debe ser de ocho horas, en muchas fábricas y talleres llega hasta 10 horas.

El salario es algo que verdaderamente avergüenza:

Por la docena de camisas de hombre les pagan $ 2.50.

Por la docena de pantalones $ 11.00.

Por la docena de blusas $ 3.30

Las que trabajan en ropa blanca ganan $ 1.50 diario; las aprendices $ 0.80.

A las ya un poco más entendidas y que pueden hacer su trabajo sin vigilancia $ 3.00, y para llegar a esto les cuesta mucho tiempo y mucha constancia.

Hay excepción de uno o dos talleres donde una buena obrera puede ganar hasta $ 50.00 semanales, pero esto es excepción, en la mayoría el salario de la obrera es pésimo... absurdo...

En otros pagan 60 ú 80 centavos por una docena de pañuelos o servilletas de dobladillo deshilado...; y hay desgraciadas que tienen tanta necesidad que aceptan el contrato, y con él firman como una sentencia de muerte, pues es imposible resistir meses y meses una vida tan dura. No hay pulmones que resistan trabajo tan firme y tan mal remunerado...

¿Qué les puede quedar para gastar en su alimento y en su vestuario... cuando a más de todo les quitan 10 centavos por cada 5 minutos de atraso?

Triste es decirlo, hoy día la mayoría de los comerciantes e industriales, mirando sólo los intereses de su negocio, explotan a la pobre obrera que a pesar de un trabajo excesivo que la debilita y aniquila no alcanza a tener lo necesario, para las necesidades más apremiantes de su existencia.

A domicilio, el trabajo no se puede controlar; en el taller se sabe cuantas horas trabajan; en la casa si la remuneración es poca, tendrán que trabajar todo el día, y muchas horas de la noche para poder reunir una cantidad apreciable. Y trabajan en cuartos oscuros y malsanos, sin aire, sin luz; siquiera en las fábricas y talleres la higiene no está tan descuidada.

Algo muy necesario en los talleres y fábricas es la creación de casas-cunas, anexas al mismo edificio, donde la obrera puede dejar durante el día a sus hijos, pues si quedan en sus casas tienen que pagar una persona para que se los cuide mientras ella trabaja.

Existe en Santiago un sólo taller donde esto está establecido, funcionando con magníficos resultados; si se lograra establecerlo en los principales sería una grande ayuda para la madre, y la salvación quizás de los pequeños expuestos a tantos peligros.

Se ha propagado mucho entre las obreras la idea de formar parte de la «Sociedad de Resistencia», sociedad obrera que deja mucho que desear bajo el punto de vista moral. En ella se favorece toda clase de vicios y se trata de quitarles completamente la fe.

La mayoría de las obreras han tenido que formar parte de ella,

para obtener trabajo y ser bien tratadas por sus demás compañeras. Además en ella se entretienen, se canta, se baila, se declama, y si no tienen otra entretención, todas se entusiasman y se divierten juntas. Puede formárseles centros recreativos y tratar de alejarlas de tan peligrosa sociedad.

Por los accidentes del trabajo muy rara vez se les paga médico y botica; hay ciertas fábricas donde, cuando una obrera cae enferma, pasan una bolsa o alcancía a todas las compañeras, reuniendo de este modo algún dinero; pero debida esta ayuda pecuniaria, como se ve, a iniciativa de ellas mismas.

Hay desigualdad de trabajo según las épocas del año, en verano se suprimen muchos, quedando obreras desocupadas y sin recurso alguno, pues las economías son demasiado pocas, o mejor dicho no las pueden tener. Es raro el taller donde les tienen su caja de retiro forzoso; sólo sé de uno donde cada Sábado les retienen de su jornal 5 centavos por peso; cantidad superflua para ellas pero que poco a poco puede convertirse en algunos pesitos. Ahora sumado en cuenta lo que ganan las obreras, y analizando después sus gastos más necesarios, puede verse que su jornal es irrisorio, y que abusan enormemente del trabajo de la obrera.

Tienen ellas derecho a un estado económico decente que las ponga a cubierto de su propia debilidad y responda de la delicadeza de su sexo.

Y ya que en Chile no existe el remedio eficaz contra estos abusos, como sería la Intervención del Estado, las leyes que se preocupasen del jornal de la mujer, bien podrían todas las señoras católicas unir sus esfuerzos para tratar de mejorar las costumbres, que rigen hoy día en el mundo del trabajo y hacer que éstas sean más justas y más cristianas.

Manera práctica

de organizar un sindicato

María Rosario Ledesma.

Buenos Aires — Presidenta del Centro «Blanca de Castilla».

Hoy se abre un nuevo período de la acción femenina en nuestro país, y es el de la Sindicalización Profesional.

Un ilustre sociólogo Francés, Mr. Gorges Geyau, dícenos: «Que hoy nuestros adversarios, no preguntan ya a Cristo, si realmente ha hecho tal o cual milagro; o si realmente ha resucitado: No! Le interrogan sobre lo que ha dicho en bien de la humanidad: Le inter-

pelan sobre lo que nosotros mismos cristianos, responsables de Él como somos, hacemos o no, en vista de este bien».

Y para que nuestros enemigos no nos encuentren con las manos vacías, apliquémosnos con ardor a la obra de la agremiación cristiana femenina.

Hay quienes no comprenden su alcance, ni creen en su misión. Hay quienes preguntan: ¿en qué consiste? Un sindicato es una agrupación de personas de una misma profesión que se unen para conocer y defender sus intereses, ayudarse mutuamente y progresar.

Existen de varias clases: mixtos, patronales y obreros. Hay los llamados Sindicatos rojos, que son únicamente para hacer la guerra al capital; y los llamados amarillos, organizados por ciertos patrones en provecho propio. Pero el que nos interesa es el «*Sindicato Católico*». Tiende éste a conseguir sus fines por medios pacíficos, respetando los grandes principios que son la familia, la sociedad, y la propiedad. No impone obligación religiosa alguna, pero sí exige buenas costumbres y respeto a la religión y a la Patria.

El Sindicato Católico debe ser la gran familia Profesional, donde los intereses de todos sean a la vez los intereses propios.

Tiende él a un triple fin; un fin profesional, propiamente dicho, un fin económico, y un fin social, que es también un fin moral.

Por la caridad se ha triunfado del paganismo hace veinte siglos; ¿por qué no se triunfará hoy? Pero no olvidemos que la limosna no es toda la Caridad; es simplemente una de las células que la componen.

Al lado de los pobres que viven de ella, encontramos obreros que quieren vivir de su trabajo.

Y este mundo de labor, mundo que encierra todo un porvenir amenazado, es revelado a la mujer, que más que nadie puede llegar a comprender todo su sacrificio y más que nadie puede llevarle el amor y el consuelo!

Como se trata de mejorar las condiciones de la mujer que trabaja, voy a exponer ciertas faces de su condición económica y moral.

Debido a nuestro gran adelanto material e intelectual, nos encontramos ante miles de mujeres obreras, cuya suerte no debe sernos indiferente, puesto que el porvenir de la raza depende de ellas, destinadas a ser las madres de las nuevas generaciones.

La obrera no es esa joven alegre que imaginamos libre de trabajos que parece vivir de la sonrisa y de la galantería. No! La obrera es aquella mujer que cada día tiene que hacer grandes sacrificios y enérgicos esfuerzos.

Entre nosotros, la situación económica de la obrera, comparándola con la de los países europeos es relativamente buena, porque allí la diferencia de salarios entre hombres y mujeres es enormemente desproporcionada.

En cuanto a la situación moral de la joven que trabaja es

más deplorable, pues tiene grandes peligros y pocos medios de salvación.

Debíamos seguirla desde su entrada al taller, mas aún antes preparándola por medio de una sólida base moral y religiosa.

Tenemos a la joven en su entrada a la fábrica, al empleo. La mayoría de las veces es hija de padres que no le han dado más que el ser.

En ese hogar, que debía haber sido lo que el invernáculo es a las plantas, no ha oído muchas veces ni siquiera pronunciar el nombre de Dios, a no ser quizá en una blasfemia: en él no ha oído hablar de moral, ni de amor, ni de abnegación, ni del alma, ni de la eternidad. Ha recibido un pequeño bagaje de conocimientos elementales mezclados de prejuicios.

Y así entra a la vida de trabajo, a los 14, 16, 18 años, edad de todos los sentimientos y de todos los entusiasmos...

Esas almas se ven como oprimidas en el encierro del taller, necesitan expansión y sin un freno que las contenga y un ideal que las guíe, ¿qué sera de ellas?

Aquí preséntasenos la obra bienhechora y oculta del Sindicato Católico. Atrayéndolas, reteniéndolas en el cuadro mismo de la vida profesional, ofreciéndoles las mejoras, y proporcionándoles el bienestar, conquistan a esas jóvenes para una vida más elevada, vida que desprecia el lucro que envilece a la vez que aspira a ascender.

Pero ¿qué se ha organizado hasta hace poco? Sociedades de resistencia; ahora bien, estos no son verdaderos gremios, las sociedades de resistencias se ocupan de sostener huelgas, pero no de bolsa de trabajo, ni de aprendizaje, ni de seguro contra el pago forzoso.

Como dejaremos acaparar por los partidos extremos, el movimiento sindical femenino?

¿Por qué no agruparlas según las ideas morales y familiares de la vieja tradición?

No me pondré a decir lo que estos Sindicatos Católicos han hecho de bien en Europa, sino que me limito a expresar mi admiración por lo mucho que han hecho en breves años.

Voy a contar algo de lo que tenemos también nosotros: ignorados, despreciado por unos, ensalzados por otros... Qué importa! Si es bendecido por Dios...

El 26 de Agosto de 1917 inauguróse el «*Sindicato Católico de empleadas*» en su sede social de la calle Carlos Pellegrini 224 *(Liga de protección a la Joven),* organizado por el «Centro de Estudios «Blanca de Castilla».

Reinó la más grande animación, y el entusiasmo por la causa fué por todas sentido. Se verificaba allí, en su más amplio concepto, la palabra «fraternidad», pues se pasaron las horas de esa tarde en un completo compañerismo olvidando así, ese abismo con que el egoísmo ha separado las clases sociales.

Después que algunas socias del Centro «Blanca de Castilla», dirigieron la palabra a las concurrentes explicándoles el fin del Sindicato y sus ventajas; hubio varios números de música y recitado.

Empezó dicho Sindicato con 40 empleadas y ahora cuenta más de 80.

A más de las ventajas propias de la unión, tienen beneficios inmediatos como ser: médicos y abogados gratuitos.

Agencia de colocaciones que funciona en una sección de la Agencia Gratuita del Círculo de Obreros, habiendo colocado ya a varias empleadas: clases de idiomas gratuitas, los domingos a las 10 a. m.

Una biblioteca donde encuentran las jóvenes libros profesionales, instructivos y amenos.

Reúnense los segundos domingos del mes, presididas por una comisión formada por Presidenta, Vice-Presidenta, Secretaria, Pro-Secretaria, Tesorera, Pro-Tesorera, vocales y cuatro consejeras del Centro de Estudios.

Tiene sus estatutos, pudiendo formar parte de él toda empleada de tienda, banco, escritorio particular u oficina pública. Para adherirse es preciso tener buena vida y costumbres, y 15 años cumplidos.

La cuota es de $ 0,40 de entrada y $ 0,20 por mes.

El que las empleadas pertenezcan a cualquier sociedad de ahorro, o religiosa no impide que sean del Sindicato, que es una agrupación exclusivamente profesional. Este Sindicato se ha adherido a la Federación Profesional Argentina, gozando así de todos sus beneficios.

Sigue ahora funcionando con toda regularidad, contando ya con un pequeño periódico.

Las que están descontentas de sus empleos entran al Sindicato para tratar de mejorar su situación, las que están satisfechas, para ayudar a las demás, y para asegurar el porvenir, no olvidando el viejo proverbio que «La unión hace la fuerza».

Asimismo se ha organizado por el Centro y bajo los mismos estatutos el Sindicato de «La Aguja» para toda persona que cosa; y está en formación el de «Telefonistas».

Existe en la Parroquia de Avellaneda, el Sindicato de «La Cruz», de obreras fosforeras; que recientemente ha sido elevado a una Federación de gremios.

Debemos felicitarnos de que la idea cunda, porque las obreras que se agrupan, se hacen más capaces de afrontar las dificultades y encuentran menos penosa la vida.

La organización sindical tiene también una misión educadora; tiende a elevar el nivel moral e intelectual del obrero, igualándolo así más y más a las clases dirigentes, dando horizontes nuevos a su espíritu y a su inteligencia.

A la inversa del socialismo que aspira a establecer la igual-

dad rebajando a los más encumbrados, la acción social cristiana se esfuerza por igualar a todos elevando a los de abajo.

Gracias a los Sindicatos llegarán a ser conocidas las leyes ya existentes de protección al trabajo, porque éstas no tienen valor si no son hondamente sentidas por los pueblos.

Por ejemplo tenemos leyes de protección a la mujer, de descanso dominical, muchas veces violadas. No hay derecho a ello.

Porque, si bien es cierto que el trabajo engrandece y dignifica, y que el trabajo es hecho para el hombre, es cierto también que el hombre no es hecho únicamente para el trabajo.

Y si se quitan esas horas de la mañana del Domingo, se priva de cumplir con un deber religioso que es a la vez un deber social. Ya que durante la semana estamos separados por la diversidad de ocupaciones impuestas por nuestra civilización; siquiera el Domingo, en el descanso nos encontremos reunidos como por derecho en un mismo Templo, y ante un mismo Altar.

Por la Asociación profesional a todos los esfuerzos y a todas las reivindicaciones legítimas les será dado un alma. En vez de ser esta una sociedad de caridad, cuya influencia sea pasajera en favor de las trabajadoras, será el fruto de su misma inteligencia y labor.

Lo que hace la fuerza del socialismo en su gran organización. En todas partes tienen ellos sus apóstoles activos, inteligentes, dispuestos a todo, consagrados al partido.

Ahora bien nosotros debemos oponer a estos propagadores del error, los propagadores, los apóstoles del bien, de la verdad, del Evangelio. Y así como ellos los tienen en sus usinas, en sus talleres trabajando y sufriendo en medio de ellos, así debemos tenerlos nosotros porque hoy el obrero cristiano puede trabajar por el bien con más seguridad de la victoria que todos los demás: pues hay en las masas obreras un ambiente de prejuicios absurdos.

De este modo resultará, un acuerdo de pensamientos, aspiraciones y voluntades envueltas en las llamas de un mismo ideal.

Volviendo a nosotras mismas, pensamos con la Iglesia que en cada alma hay ciertas fuentes de acción y en cada vida ciertas reservas de ocasiones, y que a estas circunstancias quiere Dios que aquéllas respondan con espontaneidad.

Y ¿quién mejor que la esposa del hacendado, o del industrial, quien cuenta entre sus obreros, muchas mujeres obreras, sabrá inteligentemente encontrar el momento oportuno para insinuar a su marido, el proyecto de organización sindical?

Si su inteligencia ha sido cultivada y su corazón orientado cuando niña, hoy esposa, se servirá de la inteligencia para demostrar claramente la necesidad de la agremiación, y con su corazón libre de egoísmo sabrá estar por encima de la pequeña pérdida inmediata en la ganancia.

Con esta caridad profundamente cristiana, con este interés por sus hermanos que sufren y trabajan; ella, feliz, rica, joven, sellará

su petición hecha al esposo: y este ante la hermosura de su virtud cederá.

Se unirán así las clases sociales, poniendo fin a la horrible guerra de clases, que reina en el mundo:

La esposa no sólo ceñirá su cabeza con la corona de reina de la familia, sino también de la sociedad, porque salvando a la mujer, salva a la Patria!

Manera práctica de organizar un sindicato

Ema González M.

Por sindicalización femenina se entiende: la unión de las obreras y señoras, que son sus protectoras, para que puedan subvenir aquéllas a sus propias necesidades y a las de los suyos, honradamente, y, si es posible, con holgura.

La obrera, tenga o no familia, de suyo es débil, aisladamente considerada. Necesita asociarse a otras obreras, para cumplir mejor, y en forma más llevadera, los deberes que impone el trabajo; para mantener la moral, que es la base de toda fuerza y de toda justa resistencia; para cumplir las deficiencias del salario cuando no hay trabajo; para rechazar las injustas exigencias de los patrones y también, para recobrar la salud en caso de enfermarse; y para vivir, en caso de inutilizarse a perpetuidad.

Asociar a la obrera en Sindicatos Católicos es de una necesidad imprescindible. La mayor parte de éstas se hallan inscritas en sociedades neutras o de resistencia, donde se les enseña toda clase de errores.

Con las mismas palabras, que las obreras usan, daré a conocer algunas de estas enseñanzas: «Dios existe; pero ha dicho, que, haga lo que haga, el pobre no se condena; que hay que gustar la vida; que los mandamientos de la Iglesia, son invenciones de los hombres y que, por consiguiente, nadie debe observarlos; que el rico odia y desprecia al pobre y le come su trabajo». A la par que estas teorías, les facilitan toda clase de medios, para apartarlas del buen camino. Desgraciadamente para nuestra patria, el terreno en que cae tan mala semilla, está preparado para recibirla, y fructifica con un vigor que da miedo.

Los Sindicatos Católicos remedian estos males: enseñan a la obrera a cumplir sus deberes para con Dios, para consigo misma y para con sus compañeras; a amar el trabajo, como ley impuesta por Dios; como un camino para ir al Cielo, quizás el mejor; y al

suavizar las asperezas de ese camino, fortalece la fe en su corazón, haciéndole comprender, que, en este mundo, no se encuentra la felicidad perfecta, y a suspirar por lo eterno, que es lo único verdadero.

Manera práctica de formar los sindicatos.

El grupo de señoras comisionadas para formarlos se dedicará:

1.° A visitar y buscar a la obrera en los diferentes talleres donde trabaja.

2.° La invitará a una reunión, en la cual se le dará a conocer la obra y se le explicara el reglamento, las ventajas y beneficios que les reportará el asociarse. Este último punto es más difícil de vencer, porque la obrera ama la independencia y es de suyo desconfiada. Una vez convencida, llega a los Sindicatos, es decir, a formar grupos, según el oficio, el número, el taller donde trabaja. Así se obtiene el orden en la acción, en las cargas y en todo lo que interesa al grupo.

3.° A cada grupo se le nombrará una Jefe, que se llamará Inspectora o con cualquier otro nombre. Lo esencial es: que sobresalga por su virtud y por su inteligencia, y que sea muy prudente. En la formación de los grupos y en todo lo que concierne a la menera de mantenerlos, entra, además, lo que hemos llamado «señoras protectoras de las obreras»; las cuales por su posición social independiente, deben buscar a la obrera, estimarla, ayudarla con sus consejos, y, si es posible, con su dinero; visitarla en caso de enfermedad y asistirla en punto de moral, siempre que ella lo quiera o lo permita.

Las condiciones para ser admitidas las obreras en los Sindicatos son las siguientes:

1.° Ser católica práctica, y esto se entenderá de todas aquellas que se confiesen y comulguen, a lo meno una vez al año.

2.° Tener buena fama.

3.° Ejercer algún oficio.

4.° Haber cumplido quince años; no pasar de cincuenta y presentar certificado de buena salud.

5.° Ser presentada por dos socias fundadoras, que abonen su buena conducta y además requisitos prevenidos en los artículos precedentes.

Gran ventaja sería para los Sindicatos, que, entre las señoras protectoras, figurasen [illegible] dueñas de fábricas y talleres; las esposas de los dueños de éstos de aquéllas y las esposas de los agricultores.

Sindicato Femenino

Marta Walker Linares

Los sindicatos femeninos se imponen en Chile. El país es industrial y se desarrolla en este sentido cada día más; sus talleres y sus fábricas dan ya ocupación a un número considerable de mujeres que se ganan la vida de esa manera.

Para prepararlas a esos trabajos y protegerlas contra los abusos de un patrón injusto y arbitrario, muchas veces representante de una sociedad anónima sin responsabilidad personal inmediata, no hay mejor medio que hacerlas fuertes uniéndolas en sindicatos. Por más inteligentes que sean nuestras mujeres y por más facilidades que tengan para aprender pronto lo que ven hacer en el taller o en la fábrica necesitan cierta preparación ya para entrar con ciertos conocimientos ya para avanzar en el aprendizaje y poder aspirar a remuneraciones más altas. Los talleres sindicales parte siempre integrante de un sindicato son la preparación y la escuela necesaria para adquirir esos conocimientos y ese aprendizaje.

La unión que establecen los sindicatos entre los diferentes miembros que la componen los hace lo suficientemente fuertes para imponer condiciones, ellos que necesitan de su trabajo diario para vivir, a patrones capitalistas que cuentan con millones. De otra manera aislados, sus quejas y protestas se perderían en el vacío y no tendrían otro resultado que la expulsión inmediata y la pérdida del empleo. Al patrón poco le importa el cambio de operarios, está siempre seguro de encontrar reemplazantes que la necesidad de un jornal cualquiera para no morir de hambre hace doblegarse a todo. Unidas entre sí esas pobres mujeres en un sindicato aguerrido se harán oír y podrán conseguir lo que han obtenido ya esos grandes sindicatos europeos: contratos individuales y colectivos que reglamentan la duración de las horas de trabajo, las condiciones físicas y morales en que se efectúa, la fijación de la tarifa del salario, el cumplimiento del descanso dominical etc. etc.

Teniendo por objeto el sindicato la defensa, protección y desarrollo de los intereses profesionales, materiales y morales es absolutamente necesario que las que lo forman sean todas de una misma profesión o tengan un empleo más o menos semejante.

Por ejemplo ¿qué interes común existe entre una telefonista y una costurera? Para organizarlo se debe de comenzar por separarlas en grupos respectivos y mostrarles en seguida, a las que son muy rehacias, las ventajas de la asociación, y la superioridad del número que hace la fuerza. Hacerles ver cómo solas no pueden nada y cómo juntas son capaces de atajar los abusos de cualquier

patrón o jefe injusto; cómo es más fácil la vida sintiéndose protegidas y animadas por compañeras que tienden a un mismo fin con iguales aspiraciones fundadas en la justicia y en el loable deseo de mejorar su situación material dentro de los límites permitidos.

Los estatutos son siempre muy sencillos. El sindicato femenino chileno de Nuestra Señora del Carmen que inauguró la Liga de Damas Chilenas en 1915, tiene los que generalmente rigen a todos los sindicatos. Para pertenecer a él tiene: 1.° que ser presentada por otra; 2.° pagar la cuota de entrada y la mensual; 3.° aceptar los Estatutos y conformarse con los Reglamentos de la asociación; 4.° ser persona honrada, católica, de buenas costumbres y cumplidora de los deberes de su empleo.

MUTUALIDAD

Ahorro.—Seguros.

María Aldunate Calvo.

Mutualidad: esta palabra atrae por sí sola; es como decir hermandad, solidaridad; sugiere un sinnúmero de pensamientos elevados, llenos de caridad amorosa para con el prójimo.

Mutualidad es el concurso de muchos para formar un todo que sirva de previsión para el futuro y ayuda en los casos difíciles de la vida.

No se crea que es idea nueva; ella se remonta al Evangelio; nace de las doctrinas que dejó Jesucristo a la Humanidad, predicando la unión entre todos y la caridad para todos, contenidas en estas admirables palabras: «Amaos los unos a los otros».

En la antigüedad existían en los principales países instituciones análogas a las de nuestros tiempos: Eranas en Grecia, Collegia en Roma, Ghides en Germania. Tertuliano el grande apologista de los primeros cristianos nos describe mutualidades con la misma organización moderna. En la Edad Media estas Sociedades Mutuas estaban muy extendidas, y eran formadas sólidamente por medio de corporaciones, con sus preventivas mutualidades, y un fondo de socorro para aliviar a las viudas, húerfanos, etc. Una de las más famosas fué la Confederación de San Joaquín, fundada en el Siglo XIV, cuyos socorros no tenían el carácter de lismosna. La base de estas instituciones era la fraternidad, pues allí entraban los patrones y los obreros como una sola familia; cada rama del Comercio tenía su Agrupación, la que contaba con todas las per-

sonas que trabajaban en esa misma industria. Allí se empezaba por simple aprendiz, y se llegaba a patrón. Pero con el descubrimiento de América, vino el desmenbramiento de estas Corporaciones; se despertó la codicia por ir al Nuevo Mundo en busca de fortuna; ya nadie quizo ser subordinado, y agregado a todo ésto, la pérdida del espíritu cristiano, base de estas corporaciones, trajo por consecuencia lógica la decadencia de ella.

La Revolución Francesa, en nombre de la Libertad dió el golpe de muerte a estas Instituciones, y el resultado fué, como dijo más tarde el Cardenal Manning, les dió la libertad de morir de hambre.

Las gentes de los tiempos modernos se olvidaron de los Preceptos del Evangelio, y al oír hablar hoy de mutualidades, se creen en presencia de ideas nuevas; las miran con indiferencia, y no se preocupan de ver sus beneficios.

En Chile, estas obras de mutuo apoyo son escasas sobre todo en favor de la mujer; en el Viejo Mundo vieron el vacío que había dejado la cesación de estas Instituciones; trataron de reivindicarlas y les prestaron toda la atención que merecen.

Se debe al Cristianismo Social la restauración de estas Sociedades de mutuo apoyo.

Hay tres maneras de prevenir las eventualidades de la vida.

El ahorro, el seguro, y la mutualidad.

El Ahorro, instituído en la forma de Caja de Ahorros o de Retiro, es muy recomendable bajo el punto de vista de seguridad para el dinero; pero tiene dos inconvenientes: la extrema facilidad para retirar lo depositado, y como consecuencia de ésto puede suceder que en un momento de tentación se gasta inútilmente lo que ha costado tanta privación; el segundo inconveniente es que, aunque la libreta esté llena de economía, nunca será suficiente para cubrir los gastos de una larga enfermedad, al cabo de la cual, se queda pobre, debilitado y rodeado de necesidades y en la imposibilidad de atenderlas.

El Ahorro es bueno, pero no previene los casos de accidente, paro del trabajo, etc.

El Seguro sobre la vida o caso de invalidez es otro medio de prevenir para el futuro, pues, con una cuota depositada mensual o anualmente se obtendrá en caso de muerte una suma de dinero consultada en los estatutos de la Sociedad, para socorro de su familia. En caso de invalidez recibe una cuota diaria proporcional a las cantidades percibidas de él por la Institución. Estas sociedades son muchas veces de seguro inmediato, es decir que si al poco tiempo de ingresar en ella cae enfermo de invalidez, a los ocho días tendrá su cuota, como si hubiera pertenecido muchos años a ella; en caso de morir, a las pocas semanas de inscrito en la Sociedad, sus deudos recibirán pronto la suma que les corresponde del seguro.

Las instituciones de seguro son oficiales o privadas, según

que el asegurador sea el Estado o una institución particular. El Estado al establecer el seguro, no busca una ganancia o beneficio directo, sólo lo hace como medida preventiva, y por eso le conviene la ley del retiro obrero; el Estado dice «si dejo envejecer al obrero en la miseria, estaré obligado a proveer sus necesidades más urgentes, gasto que saldrá del presupuesto de Asistencia Pública»; en cambio, si lo fuerzo a ahorrar una cuota anual, y que para alentarlo le será aumentada con un % que saldrá de las contribuciones, costará menos, que sostener a un trabajador inválido, pues no hay derecho para que la Sociedad lo abandone en la miseria.

El otro medio de seguro es el instituído por Sociedades particulares, las que necesitan de un Personal Administrativo, al cual hay que pagar; un inmueble para establecerse, empleados para que hagan el trabajo y la propaganda.

Naturalmente todos estos gastos salen de las cuotas de los asegurados. Estas sociedades suelen hacer operaciones financieras que en algunos casos pueden tener malos resultados. El seguro en esta forma si no se toman precauciones legales o financieras no es un buen medio de previsión para el obrero u obrera.

Además, estas instituciones son frías; sólo reportan beneficios personales momentáneos; no tienen ningún contacto con su asociado; no se pueden condoler de ellos en casos de apuro, en que muchas veces, no es sólo el dinero el que remedia. Nuestro Pueblo, necesita de instituciones en donde encuentre acercamiento, consejo, sacrificio de los unos por los otros, para que caiga la barrera que hay levantada entre las diversas clases sociales.

El gran medio de prevenir para el futuro es la *mutualidad,* en la cual puede encontrar su mejor fomento el ahorro y donde se puede establecer el seguro cooperativo.

La experiencia ha hecho ver que es el que reporta mayores ventajas a nuestro pueblo; su fundación es sencilla; su administración gratis, pues la forman sus mismos miembros y tiene también las conveniencias de seguridad inmediata; pero el modo ideal y práctico de constituír sociedades de Socorro mutuo es, aprovechando los Sindicatos, Agrupaciones profesionales, Patronatos, etc. Da mejores resultados que una mutualidad aislada. En este último caso se está expuesto a cometer injusticias, dando las mismas ventajas y exigiendo las mismas cuotas a personas que tienen un trabajo liviano, que a otras de trabajos penosos en los cuales son mayores los riesgos. En cambio, si las mutualidades tienen por base los Sindicatos, las Agrupaciones Profesionales, la reunión de personas que se ocupan de un mismo oficio, o con medios de vidas más o menos iguales, los beneficios quedan repartidos equitativamente, conforme con el principio mutual, «a cuotas iguales, iguales ventajas».

Estas son las diferencias que hay entre las sociedades regidas por el Estado y las particulares de Seguros con las Mutualidades

sobre base profesional. Aquéllas aseguran a personas pertenecientes a todos los sexos, profesiones u oficios y tienen que usar la misma medida para todos. Estas se destinan a los obreros de una misma profesión y son un complemento de la asociación profesional del Sindicato. Se puede aplicar a la mutualidad el axioma de Mr. Duthoit «el Estado legisla, pero no debe reglamentar». La Reglamentación en este caso, sólo pueden hacerla los interesados, y con entero conocimiento de causa.

En los países europeos, las Cajas de Ahorro han pasado a servir de Bancos de depósitos, y aún éstos van siendo reemplazados ventajosamente por sociedades cooperativas o bancos populares.

Cuando a fines del siglo XIX se habló en Francia a favor de las Mutualidades, viendo claro sus beneficios, y que siendo uno de sus principales objetos, favorecer a la mujer empleada obrera, el diputado Mr. Clémentel dijo: «nos encontramos en presencia de instituciones que no son obras de legisladores, ellas han nacido instantáneamente del estado social, producido por las circunstancias y necesidades». Mr. Madilleau las compara a «una especie de vegetación orgánica de un oscuro proyecto germinado en el alma popular».

Cuando estas instituciones estaban todavía en ciernes Mr. Kergall, gran propagador de ellas, llamó en su ayuda a las mujeres, pues consideró que las energías femeninas eran las mejores cooperadoras para estas obras en que tanto entra el corazón. Ellas con su palabra persuasiva, y llenas de caridad, consiguieron muy pronto formar agrupaciones de socorros mutuos para defenderse de las enfermedades, miserias y demás calamidades con que tropezamos en la vida. La obligación que contraen al ingresar a estas instituciones es muy pequeña: depositar en la caja de la Sociedad, mensual, semestral o anualmente, una pequeña suma de dinero que vaya a incrementar el fondo común.

En estas instituciones, tienen cabida todas las clases sociales, unas como adherentes asociadas, otras como protectoras.

La mutualidad no sólo reporta bienes materiales, sino que es una grande escuela del carácter: enseña el orden, la economía, la constancia, la privación voluntaria; es uno de los mejores medios de levantar el nivel moral de un pueblo, pues es un aliciente para los que trabajan tener un seguro contra las incertidumbres de la vida. También es un grande auxiliar de paz, une a los miembros honorarios desinteresados con los miembros participantes en una verdadera fraternidad. Las Sagradas escrituras dicen «mejor es que estén dos juntos que uno solo, porque tienen la ventaja de su compañía». «Ay! del solo que cuando cayere no tiene quién lo levante!» y también dice «El hermano ayudado por el hermano es como ciudad fuerte».

Mme. la Condesa de Kersaint, gran socióloga, comprendiendo que las mutualidades son la salvaguardia del hogar, y que la mujer, especialmente favorecida por ellas, debía ser la más empeñada

en la difusión de estas sociedades; formó una «Unión Mutualista Femenina», es decir, una agrupación de personas que se interesaran por las mutualidades, una escuela mutualista, con el fin de estudiar, divulgar y fundar instituciones de socorros mutuos a favor de las mujeres de la clase media y del pueblo. Esta «Unión» dió tan buenos resultados, que en la actualidad hay un sinnúmero de mutualidades: Cajas dotales, cajas de socorros en caso de enfermedad, invalidez, ancianidad, orfandad, para casos de accidentes, paro del trabajo, para proveer a los gastos de entierros, funerales, otorgar socorros a los deudos, cajas de seguros sobre la vida contra incendio, naufragios, mutualidades escolares, etc. Las mutualidades escolares son de mucha utilidad como enseñanza de ahorro; consisten en entregar semanalmente a la maestra la suma de 10 centavos, 5 de los cuales pasan a un fondo común para el caso de enfermedad del niño, que recibirá 50 centavos diarios hasta que recobre la salud, y los otros 5 centavos se anotan en una libreta personal para que sean retirados al salir el niño del colegio, después de terminada su educación.

Para que estas instituciones de socorros mutuos tengan su debido desarrollo y den los resultados que han dado en otros países, es necesario empezar por inculcar en la clase media y en el pueblo, la necesidad del ahorro. Es indispensable enseñarles a conocer las ventajas de las mutualidades. Muchos al oír hablar de ahorros dirán que sus salarios son tan bajos que no alcanzan a distraer nada de ellos, pero sin embargo, si estuvieran convencidos de los beneficios que reporta el ahorro, economizarían, aunque fuera una pequeña suma, y no estaría el pueblo en el grado de miseria en que se encuentra. Es un deber hacer propaganda a favor de las mutualidades. Sería de gran provecho que en las parroquias, fábricas, establecimicntos de enseñanza etc., se hablara sobre mutualidades; que se dieran conferencias en los círculos obreros, en los talleres de ambos sexos para darles a conocer los beneficios de estas sociedades. Esto es tan indispensable que de otra manera todo trabajo por el ahorro será inútil. Hay que mostrarles ejemplos traídos de otros países en donde la clase media y el pueblo goza de un gran bienestar a causa de estas instituciones.

En Francia, el abate Sécheroux vicario de la parroquia de San Salomón y de San Gregorio en Pithiviers tuvo la feliz idea de predicar las conveniencias del ahorro y enseñar las necesidades de él, y dirigiéndose a las jóvenes solteras, les decía: «que el ahorro es una verdadera obligación de conciencia, impuesta por el deber social, puesto que sólo por este medio se encontrarían en condiciones de cumplir bien sus deberes de esposa y adquirir la primera garantía de su felicidad». Una vez que tuvo a sus feligreses convencidas de los bienes que reportarían sus ideas, invitó a un grupo de estas jóvenes para que se unieran y formaran una institución de socorros mutuos que les proporcionara fondos para cuando llegara el momento de contraer matrimonio. Fueron

muchas las adherentes que encontró, pero, como entre esas muchachas, las más, tenían que proveer a sus necesidades, y aún, contribuír con algo para su familia, sólo podrían ahorrar muy poco de sus escasos salarios. En vista de esto, el sacerdote invitó a otro grupo de niñas pudientes para que contribuyeran con un pequeño óbolo mensual o anual a aumentar los pocos fondos de las asociadas. Esta medida dió tan buenos resultados que después de algún tiempo de trabajo y constancia, se vió que cada muchacha, perteneciente a esta mutualidad, al casarse, podía retirar más o menos la suma de mil francos; y que si llegada una edad, consultada por los estatutos, no había contraído matrimonio, podría a su vez retirar su dote. Lindo ejemplo digno de ser imitado; cuán fácil sería que nuestros curas con un grupo de niñas pudientes formaran en las parroquias cajas dotales, aprovechando las Asociaciones de Hijas de María, etc:, con un poco de abnegación se vería pronto el resultado de esta obra.

No todas las mutualidades pueden regirse por unos mismos estatutos; cada una debe tener su consejo especial formado entre sus miembros, que serán siempre los más abnegados e inteligentes, los cuales estudiarán las medidas que más convenga adaptar y vigilarán que se cumplan justamente los reglamentos. Hay Sociedades mutuas que necesitan de más personal directivo que otras; por ejemplo: la mutualidad para caso de enfermedad, tiene que contar, además del Consejo directivo, con un grupo de visitadoras que estén al tanto de los progresos de la enfermedad para indemnizar debidamente a la obrera.

Siempre será necesario tener presente las necesidades y aspiraciones de las personas a quienes está destinada la *mutualidad* y no puede olvidarse que es base indispensable del buen éxito, establecer la debida proporción entre lo que la *mutualidad* exige de las asociadas y lo que le ofrece. Si se pide mucho y se da poco no encontraremos asociadas, pero si se pide poco y se ofrece demasiado, la sociedad irá tarde o temprano a la ruina. La *mutualidad* exige de sus asociadas al entrar, buena salud y edad limitada, (generalmente 35 años). Condición fundamental de tales obras es el cumplimiento estricto del reglamento, tanto para dar, como para negar, sin esto se introduce el desorden, germen de segura disolución.

Entre otros Dedé y Max Turmann tienen en sus obras espléndidos estatutos de mutualidades, que con pequeñas reformas se pueden adaptar a nuestro pueblo.

Para las empleadas de comercio y las obreras de talleres y fábricas el medio más facil y práctico de sacar buen resultado de sus economías, es formando parte de las mutualidades establecidas en los Sindicatos o Agrupaciones profesionales. Para las que trabajan a domicilio o en su propia casa, les sería de gran utilidad la formación de mutualidades en las Parroquias, pero siempre conservando en lo posible la unión profesional que ha de ser la base de las demás instituciones sociales.

Hay todavía otro punto por tratar que está relacionado con el anterior: supongamos conseguido que la mujer ahorre, sobre todo la mujer casada, que es la que más lo necesita, que separe un tanto de sus salarios para preveer las dificultades de la vida; en la mayoría de los casos no le reportaría sino pequeños bienes si las leyes no la protegen, y como actualmente la mujer está sujeta al marido en tal forma que no puede disponer ni del salario ganado con su propio trabajo, pues el Art.º 1752 de nuestro Código Civil niega a la mujer por sí sola el derecho a los bienes sociales durante la Sociedad, y acuerda al marido la administración del producto del trabajo de su mujer y el suyo propio. Esta ley sólo perjudica a la mujer empleada u obrera, porque en las clases acomodadas, rara vez, la mujer trabaja y tiene derecho a las gananciales, aunque no haya aportado nada.

¡Cuántas veces se ve el caso de que la mujer casada tenga que sostener el hogar con su trabajo, sin que el marido se ocupe para nada de las necesidades de la familia!

Aún más, si ella puede ahorrar un tanto de su salario, el hombre en un momento, haciendo uso del poder que le da la ley, toma ese dinero, que ha costado a su mujer tantos sacrificios y va a botarlo en las cantinas, como acontece en la mayoría de los hombres de nuestro pueblo. Todavía más, si la mujer ha comprado algún objeto con el producto de su trabajo, para su uso particular, el hombre está autorizado por la ley para venderlo, y proveerse de dinero para sus vicios; si el marido comete delito, sus consecuencias pecuniarias caerán también sobre la mujer.

Si la mujer trabaja tanto como el hombre, si por sí sola es capaz de sostener su hogar, justo será darle derechos para hacer el uso que ella quiera del dinero ganado con su trabajo, y que si puede ahorrar algo, tenga la seguridad de que nadie tomará ese dinero sin previa autorización de ella.

Don Miguel Luis Amunátegui, hablando de las conveniencias de reformar nuestro Código dice: «las más portentosas obras arquitectónicas necesitan ser reparadas de cuando en cuando para mantenerlas en todo su vigor; el árbol más vigoroso suele presentar ramas secas que es menester arrancar; a otros conviene podar, para que la sabia le dé vida a nuevos retoños que han de producir fragantes flores y sabrosos frutos. Así también el ultraje de los años ha estampado su huella en el más venerable de nuestros códigos. La condición jurídica de la mujer en Chile, reclama también una atención particular de nuestros legisladores; las odiosas restricciones, fundadas en el sexo, fueron el reflejo del atraso en que vivíamos, pero en el día no tienen razón».

Los partidarios del régimen de Comunidad son contrarios a que la mujer administre libremente su salario, pues creen que ésto traería el desquiciamiento de la sociedad conyugal, porque, no teniendo un patrimonio común, no habría vínculo entre ellos, y afirman su opinión en lo ocurrido en Inglaterra, que al dar a la mujer

la libre administración de sus salarios, vino la separación de bienes; pero el Art. 1725 de nuestro Código Civil dice que la sociedad conyugal no sólo se compone de los salarios, sino que de todos los bienes.

El profesor Thaller de la Facultad de París, en una comunicación al XX.º Congreso de la Sociedad de Economía Social dice: «nadie impediría dejar a los cónyugues la disponibilidad de sus salarios y ganancias en el trabajo y presumirles separados de bienes en cuanto a los salarios, pero en comunidad en lo restante.

Don Luis Claro Solar ha presentado al Senado un notable proyecto de reforma de nuestro Código Civil, en el cual da solución a la situación angustiosa de la mujer ante las leyes y hace ver que la legislación de las diversas naciones se ha preocupado de poner remedio a esta situación desventajosa para la mujer casada.

En E. E. U. U. la ley ha reconocido a la mujer casada la propiedad y libre disposición de sus salarios; en Inglaterra, también la deja en libertad de disponer de su trabajo y de su industria personal; en Alemania, el marido tiene la administración y goce de los bienes que aporta la mujer al matrimonio, pero no ejerce ningún derecho sobre ciertos bienes llamados *reservados* que son los que la mujer adquiere por medio del trabajo personal, y si la mujer vende un bien reservado, la venta es también igualmente reservada; así, la mujer goza de la administración, del usufructo y de la propiedad. En Dinamarca, los salarios de la mujer pasan a la categoría de bienes comunes, pero se escapan a la administración y goce del marido; lo mismo ocurre en Noruega y Suecia. En Francia, la mujer tiene sobre el producto de su trabajo y de las economías que haga los mismos derechos que le da el Art. 1449 del Cógido Civil a la mujer separada de bienes y puede darle la inversión que ella quiera.

Sería una grande obra que nuestros legisladores se ocuparan un poco de la condición de la mujer obrera, que hoy día es apremiante.

La mujer, al verse amparada por la ley, trabajaría con más empeño, y ahorraría todo lo posible para formarse una dote segura para su vejez; inculcaría en sus hijos, las ventajas de la mutualidad y se evitarían un sinnúmero de miserias.

Todas las católicas de las clases acomodadas tenemos la obligación de hacer algo en favor de nuestras hermanas de la clase media o de la obrera; debemos saber que hay una plaza que tomar, y que si las católicas no nos hacemos cargo de ella, el Socialismo nos ganará la delantera. Le Play opina que la mutualidad sola no remedia todos los males, que hay que unirla a la ley moral, que hay que darle por base la religión; el movimiento social obrero se hará, tarde o temprano; si no se hace con nosotras se hará sin nosotras y contra nosotras, y después tendríamos que lamentar situaciones, que por nuestra falta de abnegación y sacrificio

no se evitaron. El gran sociólogo, antes citado, dice: «Sobre los puntos fundamentales de la ciencia social no hay nada que inventar; lo nuevo es simplemente lo que estaba olvidado».

Señoras Católicas, atendamos el mandato que el Papa León XIII nos hizo en su famosa Encíclica *Rerum Novarum*, de «ir al pueblo»; oigamos que Pío X quiere que «restauremos todo en Cristo», y así lograremos ver asentada en el mundo y en las sociedades, la paz que ansía nuestro inmortal pontífice Benedicto XV.

Congregaciones parroquiales
"Hijas de María"

Marta Salas Ovalle.

¿Podré yo hablar dignamente de la ternura, del amor, del respeto y la confianza que la dulce devoción a María despierta en los corazones?... Si confío solamente en mis propias fuerzas, nada podré hacer, y todo cuanto diga, por mucho que apure mi inteligencia y mi imaginación, resultará débil y pálido; pero, si acogiéndome a la sombra amorosa y protectora que nuestra celestial Madre proyecta, e invocando el auxilio de su Divino Hijo, pongo en esta tarea que emprendo, mi deseo y mi decidida voluntad de honrarla como se merece, espero poder contribuír a glorificarla, a pesar de mi pequeñez, y agregar con mis palabras un eslabón a la cadena de alabanzas y de gloria, que aquí se teje en honor de María.

No es mi propósito hablar de las grandes instituciones establecidas en varios centros de la ciudad, creadas y sostenidas por las damas de nuestra clase alta, como un centro de piedad, de recogimiento y de benéfica caridad, en las que se tributa un culto magnífico a la Reina de los cielos por la pompa que se despliega en sus manifestaciones y por los copiosos frutos de santificación y de beneficencia que allí se recogen.

No quiero tampoco hablar de las cofradías y asociaciones que existen en todas las iglesias de nuestra capital, en las que Sábado a Sábado se glorifica a María de una manera particular por medio de la reunión de todas las señoras y niñas del barrio que se juntan allí para tributar un homenaje de devoción a la buena Madre, y que con sus sencillos y armoniosos coros y el aspecto risueño y piadoso de las simbólicas cintas blancas o azules con que cuelgan alrededor de su cuello la medalla de la asociación, forman un espectáculo capaz de conmover las almas más endurecidas.

Hay otras congregaciones patrocinadas por María que son menos brillantes y que no tienen ningún lujo ni aparato en su culto

exterior, pero que no por eso dan menos gloria a la Reina del Universo ni producen beneficios menos sólidos y eficaces. Estas son las congregaciones que con el título de «Hijas de María» hay establecidas en todos los curatos en favor y con la cooperación de las jóvenes del pueblo.

De esas quiero hablar ahora.

Todas tenemos conocimiento de las tristezas y penurias que rodean a la gente pobre, a la gente del pueblo, especialmente a las mujeres, que por la debilidad de su naturaleza y por la poca protección que encuentran en las leyes y en los usos establecidos en la sociedad, son siempre las que más sufren. Pero lo que muchos ignoran, por lo cual a menudo, sin reflexionar en ello, juzgamos con dureza y sin piedad a las que caen, es el gran peligro en que viven estas pobres mujeres; peligro tan inminente, tan insalvable casi, que es, por decirlo así, como la madeja que entreteje su vida. La ignorancia, la miseria, los malos ejemplos, las perversas inclinaciones con que algunas nacen, el conventillo en que viven, la pieza redonda que constituye su hogar, las mil tentaciones que las arrastran, son causas que disculpan, por no decir justifican, la vida criminal que muchas veces llevan.

Todos estos males son los que el cura quiere remediar con su obra sublime. Moralizar, evangelizar, enderezar esas naturalezas talvez maleadas en su germen, expuestas en todo caso a mil peligros; infundir en esas inteligencias poco cultivadas el sentido de lo bueno y de lo malo; hacerles ver la diferencia que hay entre la vida honrada y cristianamente llevada con la que se revuelca en el oprobio y la vergüenza: este es el fin, este es el fruto que él busca en su trabajo. Y ¿qué mejor freno, qué barrera más firme para contener las pasiones desarregladas; qué medicina más segura y eficaz para curar las llagas del vicio, que la devoción a María?... El nombre de María que es por si solo bondad infinita, amor, ternura, protección, tiene el don inefable de conmover todos los corazones; no hay uno solo, por empedernido que sea, sobre todo entre las mujeres, que no se ablande y enternezca ante la música celeste de este nombre bendito.

El cura de la parroquia comprende, pues, la necesidad de difundir la devoción a María, y trata por todos los medios que este nombre sagrado resuena en todos los oídos y brille ante todos los ojos. En su iglesia forma una asociación de Hijas de María, a la cual llama y atrae a todas las jóvenes, principalmente a las que viven de su trabajo y a las alumnas de los últimos años de las escuelas del barrio. Las reúne cada semana para invocar a la Madre de Dios, cantar sus alabanzas e implorar su protección; les hace sencillas fiestas en las cuales hace llegar a sus oídos la palabra indulgente, misericordiosa, llena de promesas y de encantos, pero tambien recta, severa y justiciera; las confirma en el bien, les muestra los peligros y las aparta del mal; organiza romerías y procesiones con las cuales les hace tomar gusto por lo bueno e

ideal y las aparta de sus groseras e impuras diversiones... Luego después fuera de los ámbitos del templo, el cura sigue a sus cófrade en su vida privada, y no economiza esfuerzos para moralizar sus hogares, hacerles tomar amor al trabajo y al orden, y cultivar en lo posible sus inteligencias.

Y no sólo a lo moral se concretan estas santas congregaciones; lo material es también tomado muy en cuenta. Las cófrades son socorridas en sus enfermedades con médico y medicina, y también con dinero cuando tienen necesidades muy imperiosas y se encuentran sin trabajo. Para apartarlas de los peligros consiguientes a los días festivos se les hace algunas fiestas en dichos días, ya sea religiosas, ya de mera entretención; y para estimular la asistencia a estas fiestas y a la de las distribuciones de iglesia, se les reparten bonos con opción a los remates de objetos que se verifican en ciertos días del año. Estos días de remates constituyen para estas pobres gentes una verdadera fiesta. Allí son premiadas no solamente la asistencia a las distribuciones, como ya lo dije, sino también la buena conducta en el hogar, la aplicación al trabajo, el orden en todos los detalles de la vida, y hasta la economía y la higiene de sus personas. Todas quedan contentas y vuelven a sus casas animadas y fortalecidas en la senda del bien y haciendos firmes propósitos de seguir mereciendo los premios que estiman y celebran, no sólo por su valor intrínsico sino como una distinción honrosa... Pero, más que estos premios materiales, influye sobre ellas, para hacerse buenas y honradas, la devoción y el amor a María que estas benditas congregaciones saben inspirar en sus almas. ¡Qué de prodigios de ternura y de piedad no obra en ellas el recuerdo de la Divina Madre que han visto en el altar rodeada de luces y de flores! Y esos coros angélicos, dulces y melodiosos, que se entonan en su honor y a ellas las trasportan en espíritu al cielo ¡cómo las fortalecen en sus trabajos y en las angustias de su pobreza! Y ¡qué de sacrificios y de quebranto en sus pasiones no les inspira el temor de ofender y manchar con sus culpas la mística blancura del escapulario que cuelga sobre su pecho!...

En fin, que es incalculable el bien que esas asociaciones de las «Hijas de María» operan en el pueblo, no sólo entre las mujeres, sino también entre los hombres, porque ellos indirectamente reciben el beneficio que ellas reportan, puesto que la impresión que sienten ante el arreglo de vida y el amor al bien de las mujeres que los rodean, va enderezando y corrigiendo lo que en ellos hay de condenable.

Pero hay que pensar una cosa; hay que pensar que el cura de la parroquia no puede bastarse por sí solo: tiene necesidad de ser ayudado en esta obra de redención y de caridad; tiene necesidad de la cooperación de algunas personas que les ayuden a instruír y a vigilar a las asociadas, dentro y fuera del templo, en todas sus necesidades espirituales y corporales. Necesita de limosna en

dinero y en objetos apropiados para poder atender las peticiones de los que acuden a él en busca de socorro; necesita que le proporcionen los medios para llenar los premios que ha de distribuír los días de remate, y necesita también la limosna con que ha de subvenir a los gastos del culto que cautiva el espíritu de las «Hijas de María».

Nosotras, pues; nosotras, las que hoy nos reunimos para glorificar a la Reina del cielo; nosotras que anhelamos que su nombre sea bendecido y enaltecido por todos los corazones, formemos un propósito firme y decidido de contribuír con nuestras personas y nuestros medios a esta obra, grande entre las grandes, que propaga la devoción a María entre las clases necesitadas y por medio de ellas las saca del fango de la corrupción en que viven.

He concluído; pero quiero que mi última palabra sea un grito de amor a Aquella que me enseñaron a amar desde la cuna, y cuya mirada amorosa he sentido minuto a minuto durante todos los años de mi vida, para los organizadores y organizadoras de esta fiesta, y para todas las que a ella han cooperado. ¡¡¡Gloria a María, Redentora del mundo, Reina de los Cielos, Madre de Dios!!!

La lucha contra la pornografía

Adela Edwards de Salas.

Al recibir el tema que me había sido asignado en el Congreso Mariano, pensé que la persona había sido elegida equivocadamente. Me parecía extraño volver de nuevo a tratar un punto que antes había despertado tantas controversias. Pero, aun cuando sé que no se me comprenderá mejor que cuando con tesón y ahinco trabajé en este sentido, no es la falta de éxito la que me arredra; ayer como hoy, siempre que crean que puede servir de algún bien mi trabajo, me prestaré con gusto para hacer campaña por una causa que considero de vital importancia, aun cuando se haga el vacío a mi alrededor; Dios me comprende y me basta; a El la victoria cuando llegue la hora de despertar la conciencia social.

Todos somos en general aprehensivos cuando se trata de la salud corporal. Si sentimos algún malestar, pronto acudimos al médico o a la amiga solicitando remedios a nuestros males.

¡Lástima grande que con ser nuestra alma de más noble y mejor condición no tengamos con ella igual solicitud!

Lo que generalmente se nos prescribe para nuestros males físicos es un buen tratamiento higiénico, un sistema general de vida,

que vaya reparando los estragos de la debilidad. Sinceramente agradecidos del trabajo que nuestros amigos se han impuesto por nuestras dolencias, de las cuales ellos mismo padecían quizás en tiempo no lejanos; practicamos cuanto consejo de higiene se nos ha dado, logrando por medios sencillísimos el restablecimiento completo. Pero, en tratándose de higiene espiritual, cuán difícil es aconsejar y más difícil aún ser comprendida, y que acepten o reciban remedios para levantar el alma que achacosa da continuos traspiés y por su misma debilidad no puede casi distinguir el límite de lo permitido a lo vedado.

Lo primero en que se fijan los higienistas al prescribir un régimen, es en la alimentación. Si damos a nuestra alma el veneno compuesto ex-profeso por nuestros enemigos para perderla, como malos libros, periódicos, malas diversiones y escándalo diario, el mal no tiene remedio; concluirá por morir al sentido moral, por perturbársele en absoluto el criterio, llegando a suprimer la palabra inmoral que ya no existe para ella, calificando el divorcio y otras cosas parecidas de *amorales*, por no convenirle dar a sus acciones el calificativo que ellas tienen en realidad.

Otros no llegan a estos extremos; no toman lo que es propiamente *veneno*, pero les gusta lo que es *golosina*. Su conciencia la arreglan según el paladar, por éste juzgan de lo que les conviene o perjudica. Como una cosa guste, se admite; si se encuentra algo amargo, se rechaza sin previo examen.

He aquí el por qué estas campañas de higiene social, son tan ingratas, a pesar de ser tan necesarias. El poco éxito de ellas fácilmente se explica: no es obra individual; es la unión de las conciencias y voluntades que dan el triunfo y el prestigio.

Para que ellas resulten, se necesita que la atmósfera que las rodea no esté del todo viciada. Hace quince, veinte años, esta campaña habría tenido un éxito colosal, hoy día su triunfo se hace difícil; la atmósfera está tan impura que asfixia. Ah¡ no es extraño que su acción sea débil, sin bríos ni alientos, que sus actos resulten pobres y sin vigor; lo veo, es la influencia del aire malsano que la rodea: *amistades, relaciones, bromas, visitas, libros, diarios, conversaciones, teatros;* todo respira hoy en día el más refinado sensualismo.

¿Entenderéis por esto que desalentadas debemos abandonar el campo? Por el contrario, lo que me propongo es mostraros cuán profundo y generalizado es el mal para que trabajemos con mayor empeño.

Nadie en la hora presente puede ser un Pilatos; a todos nos caben responsabilidades morales que no podemos eludir. Tres rasgos característicos constituyen la fisonomía moral de este hombre; estudiémoslo detenidamente, no sea que en algunos de ellos tengamos ciertos puntos de contacto; si esto fuera así, arranquémoslos de raíz de nuestra alma, con voluntad enérgica y decidida. Ellos son: debilidad, respeto humano y el no haber obrado con indepen-

dencia, con justicia, sino que con ese espíritu de conciliación que a tantos ha hecho claudicar.

Que no nos hagan sucumbir nuestros enemigos como los fariseos hicieron sucumbir a Cristo, por la debilidad y respeto humano de Pilatos. «Si sueltas a Jesús, le dijeron, no eres amigo del César» y pusieron el dedo en la llaga como lo ponen hoy en el temor que inspiran a los débiles y esclavos del respeto humano, que por no perder el concepto que otros tienen de ellos como ilustrados, o por no pasar por retrógrados e ignorantes, todo lo aceptan, leen y ven, con sonrisas complacientes para el error, que quizás detestan en el fondo de sus conciencias.

De pobres habéis oído hablar repetidas veces; a sus miserias y sus males habéis acudido con eficaz auxilio; para otra clase de pobreza pido vuestra atención y vuestra ayuda. Hay diversas formas de pobrezas, de desnudeces, de hambre y de sed.

Si Dante volviera a escribir evocaría sin duda a la que me refiero, como errantes y ciegas, ávidas de ciencia en las calles de nuestros grandes centros, las manos crispadas sobre el corazón, queriendo arrancar los arcanos secretos de sus latidos, no a la Divinidad de donde emanan, sino a la materia en evolución.

Hay también miserias espirituales, hay almas a quienes se oprime, se abusa de ellas, y se les arrastra a enfermedades mortales por medio de libros, folletos, diarios y revistas.

Beben el veneno que se les infiltra poco a poco en la fuente misma donde debieron beber ciencia verdadera. A primera vista los contamos entre los sabios y felices de la tierra, pero al observarlos con mayor atención a los ojos acostumbrados a penetrar más profundamente, no se les escapa la laxitud, el hastío de la vida que en el fondo sienten, la angustia de lo desconocido, el vacío del más allá, una sed y hambre insaciable de ciencia sin Dios, verdadera miseria y pobreza espiritual por la oscuridad absoluta en que viven.

Los encontraréis en bibliotecas y librerías, desenterrando libros que lleven luz a sus entendimientos atrofiados, por decirlo así, con la libertad del pensamiento. Avidos de todas las literaturas y ciencias, buscando esa agua que sacia, de la cual le habló Cristo a la Samaritana, y nada les satisface, pues perturbada la razón con una crítica disolvente de la doctrina de Cristo, falseada en los textos de enseñanza y libros que han leído, se apartan cada vez más de la luz y de la verdad.

Es para estos semi-sabios y libromaníacos que pido vuestro concurso y ayuda para evitar que al número de ellos se agreguen nuevos satélites.

Cayó en sus manos de niños uno de esos tantos libros expuestos a la venta por libreros sin conciencia; la curiosidad primero, la malicia más tarde fué arrancando, junto con la virtud, toda idea de Dios; amigos, conversaciones, instrucción, espectáculos, todo parece se confabuló para hacer de aquel hombre la constante negación a todos los grandes ideales y a toda idea levantada.

Más desgraciado que malo, le cabe menos responsabilidad que a muchos de nosotros que hemos visto vender impasibles, sin hacer nada por evitar se expongan en vidrieras, libros cuyos títulos, nosotros en la edad madura no podemos leer sin sentir toda la repugnancia de su contenido.

En la edad en que principia a despertar nuestra inteligencia, en que las pasiones están todas en ebullición, sin saber aun el rumbo que tomarán, no es la figura del Cristo la que se presenta al adolescente, ávido de sensaciones; la figura conocida del Maestro envuelto en su blanco ropaje de pureza, rodeado de ese nimbo de claridades celestiales, que despiden las mortificaciones de los sentidos y las virtudes cristianas; no; hay que mostrarle el lodazal, la miseria humana en sus más denigrantes vicios, y es preciso que a la inocencia del corazón, que todo lo ignora en teoría como en práctica, se le abran de par en par los ojos apenas entreabiertos para el mal, que columbran sin comprender, y se muestre lo peor de la escuela naturalista, del análisis patológico de una literatura que no sólo pinta la corrupción y el fango sino que hace caer a los que la leen en ese mismo fango que quieren pintar.

La literatura moderna está impregnada de la atmósfera actual; aun los que han evolucionado, como Bourget, no pueden dejar de mezclar páginas del más refinado sensualismo con otras de la más alta espiritualidad. Así en «Le sens de la mort», de este autor, a pesar del hondo sentido moral que encierra (el ennoblecimiento por el dolor) no es un libro que puede ponerse en todas las manos.

Felizmente la guerra impide por el momento, en gran parte, la producción literaria francesa.

Pierre Loti es de nuevo militar y sólo escribe en la Ilustración páginas descriptivas.

Los Rosnys, los autores Zolescos, estampan sus cuentos y narraciones cortas, el uno en le «Le Journal» y en la «Revue de París con su director Marcel Prevost, autor reciente de «L'Adjudant Benoit»; y el otro con Paul Marguerite en la «Petite Gironde» de Burdeos.

Maurice Barrès y René Bazin se disputan las columnas del «Echo de París». Lástima que este último no nos dé una obra más en grande y por publicar en ese diario nos prive de sus delicadas producciones.

Respetamos y celebramos el prolongado silencio de Mirbeau, con el cual nada pierde la moral y la religión; ojalá no sea causado por la preparación de alguna obra que nos espante por su audacia e inmoralidad.

Marcelle Tinayre, a quien hemos leído con suma repugnancia en algunas de sus obras, parece reaccionar un tanto en «La veillée des armes»; Dios quiera que esta reacción se acentúe. Indigna ver lujo de descripciones inmundas en plumas femeninas; parece que éstas no debieran jamás describir materia y no espíritu, flaqueza y no carácter, y que esa sea la musa inspiradora de algunas intelec-

tuales a la moderna, que no acierta a comprender que para subir no es necesario descender a tanta debilidad humana. ¿Por qué no emprender vuelos de águila e imitar a los genios sublimes de los clásicos de nuestra madre patria?

La producción de los otros países no despierta en nosotros el interés de la literatura francesa, se la conoce menos aquí.

Muy raro es el que lee «*la insulsa novela inglesa*», como dicen. Aun a ésta han dado últimamente algunos de sus autores un rumbo más picante y menos inocente: como María Corelli, Elena Glyn y Victoria Cross y otros autores modernos, muchos de los cuales han caído en el índice.

A la literatura pornográfica española moderna de los Trigos, López de Haros y Baroja, permítasenos oponer, en honra y gloria de las letras españolas, el nombre de dos ilustres literatos, el P. Luis Colona y Ricardo León.

El primero, cuya vocación, venida de lo alto, demuestra el desencanto que del conocimiento íntimo de la farsa del mundo tuvo, denuncia sus vicios y mentiras a los engañados. Y, como dice en el prólogo de su obra maestra, «Pequeñeces», puede responder que ha de guardar el prudente decoro, aun al sacar el vicio a la vergüenza pública y pintarle con todas aquellas tintas que le hacen antipático y odioso.

¡Tan cierto es que la moral reside en el autor más que en el asunto mismo!

El segundo, Ricardo León, se ha remontado a las corrientes más espirituales de la literatura clásica española. En su genio vibra aquella literatura y forma de lenguaje que dimanan de la *Belleza misma*.

Estas fuentes son saboreadas por paladares sanos.

Nos gustaría, sí, que en sus obras no pasara tanto por la materia y el realismo de la vida para llegar al alma en escenas que, sin desmedro de su talento, podría suprimir. Nos demostraría mejor su genio y sería más de nuestro agrado si, como dijo Menéndez y Pelayo, refiriéndose a los clásicos, produjera obras compactas, que como cuerpos sanos e íntegros reciban hermosura del mismo principio de que reciben fortaleza.

Muchos hay que piensan que la religión y la literatura deben separarse, sin mezclarse, y leen y dejan leer, so pretexto de instrucción, cuanto cae en sus manos. Por una parte rinden culto al Cristo a quien adoran en lo más íntimo del corazón y de la inteligencia, y por otra lo combaten en público, aceptando las enseñanzas de Rousseau, de Goethe, de Nietzche, Voltaire, Renan y otros que, como Maeterlinck, exaltan la sensibilidad en un idealismo alucinado, creando un falso misticismo.

Los libros y la prensa neutra son infinitamente más peligrosos que los abiertamente malos e impíos, que rechazamos instintivamente. Se nos infiltran las ideas de los primeros sin saber cómo ni cuando, disminuyendo la pureza de nuestras convicciones,

haciéndonos perder la noción de la verdad y del bien, porque no la defienden o hacen caso omiso de ella.

Hay una manera terrible y eficaz de cambiar el recto criterio: es la conspiración del silencio en libros y prensa que se llama neutral.

En la prensa, en el libro y en la revista existen diversos grados y especies de perversidad que corrompen. Los hay abiertamente sectarios, no hablan de Dios sin blasfemar, ni de la Iglesia sino para insultarla y para excitar contra ella el odio y el desprecio, y no retroceden ni ante la calumnia, siempre que la puedan lanzar con cierto viso de verdad y de buen espíritu; pero hay otra manera más eficaz de introducirse en hogares cristianos e ir poco a poco cambiando el criterio moral y religioso: la neutralidad y el silencio cuando se traten cuestiones religiosas o morales.

Espanta pensar con qué ligereza se abren las puertas de nuestros hogares a libros, revistas y diarios, sin averiguar su contenido y que son a veces o casi siempre la causa de los mayores desastres morales en la familia. Es un desconocido a quien se le permite enseñar todo lo que contiene, convenga o no, instruya o desmoralice, sin que nadie le vaya a la mano. Puede robar la inocencia de un corazón puro en un instante y hacer sacudir el yugo de los sagrados deberes de la familia.

Los libros neutros disimulan sus ataques, guardan todas las apariencias de las buenas costumbres e ideas que pretenden defender y causan mayor daño por ser más pérfidos. Dan vuelta las enseñanzas de la Iglesia o para hacer burla disimulada de ellas o para ponerla en abierta contraposición con la razón. No atacan abiertamente la moral, pero cuentan los crímines y escándalos sociales con lujo de detalles. Las pasiones bajas son miradas con indulgencia y se burlan disimuladamente siempre de las leyes sagradas del matrimonio y la familia.

Estas son las publicaciones inmorales anticristianas con que quieren ahogar lo que aun nos resta de fe y de virtudes cristianas nuestros enemigos.

¿Podremos nosotros permanecer impasibles ante el inmenso daño ocasionado por las malas lecturas estando en nuestra mano el remediarlo en parte?

Todos tenemos conciencia de nuestros deberes, conciencia adormecida a veces, porque nadie se ha dado el trabajo de señalarnos el mal y la manera de combatirlo. Para luchar con eficacia debemos empezar a ejercer nuestras facultades prohibitivas:

1.° Con nosotros mismos y con las personas en las cuales ejercemos alguna influencia y no leer, comprar o introducir en nuestros hogares diarios, libros o revistas que tengan tendencias neutras, ni mucho menos aquellas que sean francamente inmorales o antirreligiosas.

2.° Tratar de influír entre parientes y amigos para que hagan otro tanto.

3.° Destruír cuanto libro o periódico malo caiga en nuestras manos.

4.° Influír en las librerías para que no se vendan libros inmorales a menores y no se expongan visiblemente.

5.° Hacer una solicitud firmada por las señoras de Santiago, pidiendo se haga lo mismo en otras ciudades de la República, rogando se comprometan con su firma los dueños de periódicos y diarios a no publicar crímenes con detalles, dando únicamente cuenta breve del hecho.

He ahí la manera y el cómo evitar las malas lecturas; veamos ahora los medios de propagar la buena:

1.° Suscribirse uno mismo a periódicos y revistas cristianas; comprar los libros buenos que se publiquen o que se importen.

2.° Leídos por nosotros, hacerlos después circular en la familia y amigos o conocidos.

3.° Usar de nuestra influencia para que se suscriban a periódicos y revistas cristianas y se compren libros buenos.

4.° Las que puedan hacerlo deben colaborar con artículos de actualidad a las revistas y a la prensa católica para darle mayor interés. Esto hará sea leída por un mayor número de personas, dándole así gran circulación.

5.° No atacar la prensa cristiana cuando yerre o cuando no estemos de acuerdo.

6.° Defenderla si es atacada; si hay quejas justas, influír en sus directores para la enmienda.

Hasta aquí la obra individual de propaganda; la colectiva es mucho más eficaz. Para este objeto se puede formar un comité compuesto de miembros de la Buena Prensa que estudie la manera de difundir prácticamente la buena lectura.

Mucho queda por decir sobre los daños de la mala lectura y sobre la influencia directa que tiene, formando la conciencia y el criterio colectivo del país; pero, quedándome aun otros puntos que tratar en el trabajo que me ha sido encomendado, temo hacerme pesada.

Representaciones gráficas y espectáculos.

De la frivolidad de éstas hay que juzgar por las impresiones que causan.

El peligro de esta clase de espectáculos es la gran impresión que causa en los sentidos, impresión que llega a su máximum en las exhibiciones cinematográficas.

De su inmoralidad nada me queda por decir después de la reciente publicación hecha por el Ilmo. Señor Vicario Castrense. Encontré en esa publicación algo que os dará una idea aproximada del *stock* de películas que nos traen: «Un viajero chileno, dice, visitaba no hace mucho en París las espléndidas instalaciones de una gran casa productora de películas. Ante los ojos asombrados del viajero fué presentando el cicerone las extensas bodegas llenas de estanterías, en cuyos anaqueles vió encerradas, en cajas de la-

tón, los millones de kilómetros de las proyecciones cinematográficas. Todas estaban bien ordenadas y distribuídas: las novelescas, las dramáticas, las descriptivas, las jocosas... Más adelante abrió otra puerta que daba a una sala interminablemente larga.—«Aquí están, le dijo el guía, las películas prohibidas por la policía de París».

—¿Y qué hacen Uds. con ellas? les preguntó nuestro compatriota.

—«Las enviamos a América».

Huelgan con lo anterior los comentarios.

Del teatro moderno, el francés es el que más aceptación tiene en nuestro público. Desgraciadamente, en mi concepto, la terrible tragedia mundial, en la que le cabe el principal papel a Francia, bien poca reacción ha traído en cuanto a su escenario.

Un crítico literario, sin embargo, dice: «Deberemos notar, en gracia a la verdad, que las enseñanzas de la guerra y la influencia siempre moralizadora de las calamidades públicas, parecen haber saneado un poco la atmósfera, antes tan viciada, donde encontraba su natural ambiente el teatro inmoral, mercantil, naturalista. Es tanta la protesta contra ese repertorio, entre opiniones recogidas en medios sociales los más diversos, que podría por ventura asegurarse que hoy la protesta en Francia es casi unánime».

A pesar de la protesta desgraciadamente vemos de cada diez obras que salen a la escena francesa, seis o siete pregonan o disculpan el adulterio.

La audacia que aún dura, de las exhibiciones en los pequeños teatros y en la misma Comedia francesa, indica que continúa, sí, haciendo las delicias de aquel público la teoría del amor libre; la apología de la mujer pervertida; la burla a los maridos; continúa la predicación del divorcio, de lo anticristiano y antisocial. Bernstein, el brusco autor de situaciones pasionales, de *La Griffe,* de *Le Detour* y *Le Voleur,* en la última de sus obras llegadas a mis manos *(Le Secret)*, parece tener una ligera reacción, reacción que principia a notarse en la penúltima de sus obras. L'Assaut, pasa de las escenas brutales a notas inusitadas de ternura y piedad, pero aun le falta mucho que modificar para ser el autor de nuestro gusto.

En Henri Lavedanu no puede saberse qué rumbo dará a sus obras; es su repertorio tan mezclado de formas que muchas veces hasta se contradicen. En Brieux sólo vemos su audacia. Creimos en una reacción cuando vimos el éxito que obtuvo en la *Femme seule.* Nos hemos desengañado, el éxito no se debe a la sana moral de la obra, sino a la decadencia y perversión de gustos y criterios.

¿A qué seguir enumerando autores? Con lo expuesto basta para convencernos que el teatro francés está estacionario en cuanto a reacción.

Cuando los gobiernos, andando el tiempo, miren a través de

la historia, con ojos menos sectarios, verán que la grandeza de su país ha estado siempre en proporción directa con la intensidad de su moral, y de su vida y creencias religiosas; clamarán por la restauración moral católica, única que puede salvarlos en el gran cataclismo actual que amenaza hacerse universal.

Mientras nosotros miramos de lejos el desastre mundial defendámonos y luchemos unidos por desterrar de nuestros hogares y de nuestra patria todo aquello que no lleve el sello de sana moral cristiana.

Deseo terminar el trabajo que me ha sido encomendado, recordando que el Arte, tanto en literatura como en todo, no es como creen algunos, aquéllo que nos hace sentir o despierta nuestro sensualismo, sino aquéllo que más nos eleva sobre la materia y sobre nosotros mismos, acercándonos más a Aquél que contiene en Sí todas las bellezas y todas las perfecciones.

La Liga de Damas Chilenas

Amalia Errázuriz de Subercaseaux.

Bajo la protección soberana de la Reina del Carmelo, Patrona de Chile, se fundó en Santiago, el 10 de Julio de 1912, la Liga de Damas Chilenas.

La Liga es una asociación nacional de señoras católicas, con el fin de trabajar unidas por la defensa de su fe, por el mantenimiento de sus buenas costumbres y por los intereses espirituales y materiales de la mujer, de la familia y de la sociedad.

Para llegar a realizar sus ideales la Liga se ha propuesto coordinar dentro de un plan común los esfuerzos aislados en el campo de la acción católica femenina; ha tratado de unir, con ese mismo fin, todas las voluntades y todas las iniciativas de la mujer chilena.

La acción de la Liga está organizada en tres principales formas de trabajo: la cultura del espíritu, la censura de los espectáculos inmorales y la protección al trabajo femenino.

Cultura.—Considerando la Liga que la base principal del bien social consiste en una sólida formación del criterio, según la moral cristiana y las enseñanzas de la Iglesia, se preocupó, desde sus principios, en fundar una biblioteca de abono para señoras y niñas. Esta biblioteca esparce en la alta sociedad lectura sana, cristiana e instructiva; posee hoy día 2,432 volúmenes y ha tenido en circulación durante el año que pasó 3,930 libros.

Junto con dar sus primeros pasos fundó también la Liga un periódico quincenal que se llamó «El Eco de la Liga». Más tarde cambió su nombre por el de «La Cruzada», con el cual continuó apareciendo hasta el mes de Junio último, siempre como órgano de la Asociación y siempre llevando a las adherentes la idea fundamental de la acción social católica.

Las hojas mensuales «La Sindicada Católica» y «La Obrera Sindicada» lleva a su vez la voz, el espíritu y el afecto de la Liga, a los grupos profesionales formados y sostenidos por ella. Estas publicaciones tienen dirección y redacción únicamente femenina.

El anhelo de procurar a las jóvenes de la alta sociedad una sólida instrucción religiosa, impulsó a la Liga a organizar para ellas esta enseñanza fundamental. Empezada esta obra en la Iglesia de las Agustinas, en forma de conferencias semanales, se continuó y continúa hasta el presente en la Casa del Trabajo Femenino, en forma más sencilla y familiar y como curso de enseñanza superior de religión.

Esta cátedra ha sido ocupada siempre por eminentes y sabios profesores que han sabido dar el mayor interés a esas elevadas instrucciones.

Una vez instruída en su religión y formada en su criterio, la mujer deberá también conocer las letras humanas para ser apta de apreciar las bellezas del arte y de la poesía y admirar todo cuanto Dios ha puesto de hermoso en la naturaleza y en la mente genial del hombre. En esta convicción la Liga ha fomentado en su seno agrupaciones juveniles que, según sus gustos y aptitudes, se dedican a la música, al arte y a la literatura.

El Centro Literario de Santa Inés ha estudiado a fondo los poetas y escritores de nota, antiguos y modernos. A las hermosas y profundas disertaciones del ilustrado director, se añaden a veces lecturas de algunas de las socias que manifiestan las dotes de nuestras jóvenes para la literatura.

El *Centro Musical de Santa Cecilia* ha embellecido con sus coros muchas fiestas de piedad y de beneficencia; ha llegado a ejecutar la gran misa de Pereira, obra de mucha dificultad y de gran aliento; primera en su género en nuestro país y que sirvió para solemnizar la celebración del Centenario de Nuestra Señora del Carmen en la Iglesia del Salvador.

El *Círculo de Estudios,* formado por la *élite* de la juventud de la Liga, trata seria y asiduamente temas apologéticos y de acción social, importantísimos y de actualidad. En el Círculo de Estudios se alimenta la inteligencia de ideas rectas y cristianas, se aprende a estudiar más que a leer, a reflexionar, más que a dejarse llevar de efímeras impresiones, a juzgar por la razón más que por un falso sentimentalismo, a discurrir y argumentar con lógica y metódicamente y a expresar con corrección y por escrito lo leído, estudiado y discurrido.

Censura de espectáculos.—La Liga inició sus trabajos con la formación de la Censura teatral. Imitando a las Damas Católicas del Uruguay, nombró una comisión de señoras respetables e ilustradas, para el estudio y la clasificación de las piezas del teatro dramático. Esta comisión ha continuado clasificando, según el sistema de la Liga del Uruguay, en *buenas, regulares, escabrosas* y *malas*, a la mayor parte de las piezas dadas por las compañías de importancia que nos visitan. Del *teatro chico* le es muy difícil emitir una apreciación anticipada, por ser este género de representación tan variable en materia de moralidad, como lo es el modo de ser de sus empresarios o la delicadeza de sus actores, cupletistas o danzantes.

En los primeros tiempos de la Liga se avisaba en los diarios la clasificación de la censura; graves inconvenientes obligaron a cesar esta publicación. Las personas interesadas encuentran la lista de los repertorios clasificados en la oficina de la Liga, Santo Domingo 1274. Es este un importante servicio que se presta a las madres de familia y deben reconocerlo.

Biógrafos.—Una numerosa comisión de señoras tomó a su vez la revisión de películas de biógrafo y trabajó más de dos años en el teatro Unión Central. Se hicieron otros ensayos en ese mismo sentido que quedaron infructuosos; el trabajo, molesto y pesado, no obtuvo la compensación deseada. En las condiciones actuales del cinematógrafo en Chile, la Liga no cree conveniente cargar con la responsabilidad de una recomendación del espectáculo generalmente nocivo. La gran escasez de películas verdaderamente apropiadas para la juventud, por una parte, y por otra, el gusto ya maleado de esta misma juventud, hace la tarea de la revisión demasiado penosa para las señoras. O se obra con rectitud y se prohibe todo, o se tolera y acepta lo que sólo la costumbre y la familiaridad pueden hacer tolerable y aceptable a la conciencia.

El biógrafo necesita la vigilancia severa y constante de la autoridad. El espectáculo al alcance de todos, que diariamente expone a la vista devoradora de jóvenes y niños, todo cuanto hay de malo en la vida, pide una ley enérgica que lo condene y una sanción severa que lo castigue.

En varias ocasiones la Liga ha solicitado la acción de la Alcaldía de Santiago para impedir la exhibición de películas escandalosas. Por una de estas vistas que se consiga suprimir, quedan cien otras, más o menos desmoralizadoras, que recorren el país de norte a sur, llevando el escándalo impunemente a todos los pueblos de la República.

Protección al trabajo.—La iniciativa de feminismo cristiano que por medio de la Liga se manifestó por primera vez en Chile, no había de reducir su benéfica acción a la mujer de la clase privilegiada, debía pronto extenderse a clases menos afortunadas de la sociedad.

Esta acción la ejerce la Liga principalmente por sus Sindica-

tos Femeninos, la Tienda y la Bolsa del Trabajo u Oficina de Colocación. Difícil y complicada empresa fué la de organizar estas agrupaciones profesionales que con el nombre de Sindicatos y bajo la protección de la Virgen del Carmen, forman en la Liga una de sus ramas más hermosas y que produce frutos más consoladores.

Cada una de estas agrupaciones sindicales celebra sus reuniones mensualmente bajo la dirección de un sacerdote y de las señoras encargadas de regirlas. Los beneficios que en ella se reciben son en relación de sus necesidades profesionales.

Las Empleadas de Comercio, por ejemplo, disfrutan, a más de las atenciones médicas y de botica en caso de enfermedad, de la facilidad para recibir clases de contabilidad, inglés, dactilografía, música, corte y costura; poseen una buena biblioteca y una oficina atendida por la Secretaria para todas sus emergencias. A las socias que al fin de año se hallan fatigadas por el trabajo se les procura quince días de veraneo en la costa o en el campo, según lo indicado por ordenanza médica.

Las enfermeras reciben provechosas conferencias sobre materias relacionadas con su profesión y dictadas por doctores y doctoras de gran competencia.

Las Sindicadas de la Aguja son protegidas en sus intereses espirituales y materiales. Todas las socias encuentran en su respectiva agrupación el apoyo moral que tanto necesita la mujer, la joven sobre todo, que lucha por ganar su vida en medio de injusticias y rodeada de peligros.

La Tienda de la Liga expone en su local apropiado las labores de personas caídas de fortuna y, con sistema sigiloso y delicado, vende esos objetos, dejando únicamente para los gastos de la obra el 10 por ciento de su valor. Esta tienda ayuda muy eficazmente a un gran número de familias honorables que se encuentran en situación aflictiva, les da los medios de ganar dignamente su pan, sin tener que acudir a la humillación de la limosna.

La simple obrera puede igualmente gozar de los beneficios de la tienda de la Liga; como la señora exponente recibe por su trabajo un precio equitativo que por lo general no recibe en las casas de comercio.

La Bolsa del Trabajo procura ocupación a un sinnúmero de mujeres y de niñas; coloca profesoras, «*nurses*», empleadas de oficinas, de tiendas, enfermeras y sirvientes.

Estas diversas secciones de protección al trabajo encuentran centro y hospitalidad en la Casa del Trabajo Femenino, casa que merece bien su nombre y que presta servicios a la mujer chilena desde la señora de la clase alta de nuestra sociedad, hasta la más humilde obrera de taller.

Es la Madre Santísima del Carmen la Dueña y Señora de la Casa del Trabajo. Quiera la gran Patrona enviar a la Liga los medios suficientes para adquirir definitivamente y para mantener como es debido esta su casa.

Espíritu de la Liga.—Comprendiendo que toda obra cristiana debe fundarse en una idea sobrenatural, la Liga ha tratado de fomentar la piedad entre sus adherentes y asociadas. La misa mensual, la comunión reparadora nacional, los retiros espirituales y el triduo de acción de gracias durante las fiestas patrias, han sido los actos religiosos habituales de la Institución.

Una vez organizada la Liga, su Dirección sometió los Estatutos a la Autoridad Eclesiástica y pidió al Ilmo. Señor Arzobispo se dignara designar a un sacerdote elegido por él para el cargo de Delegado Eclesiástico de la Asociación.

La aprobación de los Estatutos llegó acompañada de una nota del venerado Pastor, fechada del 16 de Julio que concluía con estas palabras:

«La Liga quedará constituída bajo el amparo del Corazón Divino de Jesús y bajo la protección de la Reina del Carmelo, Patrona de nuestra Patria, cuya fiesta hoy se celebra».

La consagración solemne de la Liga al Sagrado Corazón de Jesús, fué oficiada con gran pompa y conmovedora elocuencia por el Apóstol de la Virgen del Carmen y muy ilustre Prelado, Monseñor Ramón Angel Jara.

Mientras tanto se obtenían importantes y explícitas bendiciones escritas de la propia mano de Su Santidad Pío X. Poco después se recibía del Cardenal Vicario las siguientes palabras: «El Santo Padre Pío X se impone con placer del rápido y vasto desarrollo de la Liga de Damas Chilenas y de los sentimientos de devota adhesión que la une a la Santa Seda. De ambas cosas Su Santidad se congratula de corazón con las socias de la Liga, que tan bien saben unir su fe a una caridad santamente activa etc.» Y más tarde el eminentísimo Cardenal Gasparri decía así: «Su Santidad Benedicto XV complacido con la obra concede de todo corazón la bendición apostólica y con fervientes deseos de que se difunda cada vez más la obra de bien que las ilustres Damas Chilenas están ejerciendo desde tanto tiempo en bien de la religión y de la Patria».

A las bendiciones apostólicas del Supremo Pastor, se siguieron las aprobaciones de todos los Prelados de la Iglesia de Chile, siendo una de las notas más extensas y elogiosa la del nunca olvidado Obispo de Concepción, Monseñor Izquierdo.

Unión Internacional.—La guerra europea vino a interrumpir la celebración de los grandes Congresos Internacionales de Ligas Católicas Femeninas. La Liga Chilena no alcanzó a ser oficialmente incorporada a la Unión Internacional; quedó sin embargo *unida de corazón*, según la expresión de la Presidenta de la Unión y guardando cordiales relaciones con las Ligas de Francia, Italia, Inglaterra, Polonia, Madrid, Barcelona y Valencia en Europa; en América con las del Uruguay, Argentina, Bolivia y Brasil.

El intercambio de nuestras publicaciones con las de todos esos países y muchos más todavía, es de un alto interés para el conocimiento de la acción social femenina católica.

Extensión de la Liga.—La Liga ha formado en 34 ciudades y pueblos de Provincia, Juntas Locales que trabajan en conformidad de miras y unión de esfuerzos con la Junta Directiva Central. Las Juntas Locales dirigidas siempre por el Prelado o el Párroco del lugar, son un auxiliar poderoso para las Parroquias; ellas deben formar una verdadera unión Parroquial y deben llevar su esfuerzo a las obras más necesarias u oportunas de sus respectivas localidades.

La comunicación frecuente con la Dirección General mantiene en las Juntas el espíritu de la obra y estimula poderosamente el celo de sus trabajos. Las cordiales relaciones que se cultivan mutuamente son un lazo que une a las Damas Católicas de Chile, en toda la extensión de su territorio, formando entre ellas y realizando de esa manera el lema de la Liga: *un solo corazón y una sola alma.*

LA CRUZ BLANCA

Adela Edwards de Salas.

«Preguntaría yo si ante la guerra que se hace a la virtud, podemos permanecer inactivos, no diciendo ni haciendo nada, y pretender al mismo tiempo ser leales con Dios y con nuestra conciencia. Confieso que es un misterio para mí la apatía de los cristianos respecto de la pureza social. Saludo a los que, (aunque a menudo mal comprendidos y poco alentados), han entrado en este campo de trabajo. Nombro aquí, entre otros, los valientes miembros de la Liga de la Cruz Blanca.

Seamos en verdad y en obra, miembros activos de esta «Cruz Blanca», no menos meritoria y humanitaria que la benemérita «Cruz Roja».—Monseñor Ireland, Obispo norteamericano.

El rapto de las Sabinas fué el primer acto de conquista de la naciente Roma. A través de los siglos, el primer acto de una sociedad que se organiza, de una idea generosa, que toma formas múltiples en el ejercicio de la caridad, es también apoderarse de la mujer no materialmente por el derecho que da la fuerza; pero sí de su corazón y de su benéfica influencia.

El llamado a la mujer es general; a las letras, a las artes, a la sociología y aún a la política; con cuánta mayor razón debe hacerse este llamado cuando se trata de una obra social humanitaria y de caridad cristiana.

El hombre tiene que convencerse, mal que le pese, que la mujer no es inferior en cuanto a sus facultades intelectuales, y que le es un poderoso auxilio y su complemento.

Para convencernos de esto no tenemos más que dar una mirada a la historia de la humanidad y principalmente a la que nos relata el episodio de la creación del hombre.

El Creador sopla sobre la materia muerta, y el barro se anima y toma vida. «Para dar vida a la mujer,—dice Santo Tomás en la Suma Teológica,—Dios tomó la sustancia de la cual debía formar a la mujer, de una costilla al lado del corazón del hombre.

No la tomó de la cabeza, pues no es hecha para dominar. No la tomó de los pies, pues no es hecha para el servilismo y el menosprecio. La tomó de una costilla al lado del corazón del hombre, porque es hecha para amar y ser amada».

El corazón en la mujer es la varilla mágica que todo lo transforma.

Y la formó de un pedazo del hombre, para demostrarle que es parte de él mismo, carne de su carne, hueso de sus huesos y complemento por el corazón de la inteligencia del hombre. Lo que el hombre posee por ciencia, la mujer lo adivina por instinto.

Es por el amor que prodiga por el cual se enaltece o envilece la mujer. Si es divino, modela y produce la santidad; si legítimo, inspira los heroísmos de las esposas y las sublimidades de las madres. Profano y corrompido transforma a la mujer en un temible azote.

Y su amor a Dios y a la humanidad la hacen descubrir males y cicatrizar las heridas que el hombre en su orgullo inconsciente no ve ni siente.

Sólo podremos librar las sociedades modernas de la corrupción moral, levantando los sentimientos y encauzando los amores a lo ideal y a lo eterno.

La Providencia ha puesto en nuestras manos este gran poder, con él podemos engendrar todos los sublimes heroísmos de las virtudes cristianas, si lo encauzamos hacia su fin. Como podremos también engendrar toda clase de crímenes materiales y morales, si nos desviamos del fin para el cual hemos sido creados. Creadas por Dios y para Dios, queremos hacer de nuestros medios fines, haciéndonos nidos en la tierra al abrigo de la escarcha, dentro de los cuales quisiéramos adormecer nuestras conciencias, engolfándonos en el goce de las cosas caducas y en donde la suprema felicidad consistiría en no morir nunca. Pues bien, en ese estrecho nido en el cual nos olvidamos a veces de la eternidad, Dios nos hace sentir esa nostalgia de lo infinito, de lo bueno y de lo divino, a manera de antorcha que marca nuestro camino y nuestro fin.

Si Colón al descubrir el Nuevo Mundo no hubiese encontrado el apoyo decidido y el desprendimiento de Isabel la Católica, y ésta no hubiese tenido confianza y seguridad en el triunfo, nuestra patria permanecería hoy en el salvajismo y cáos de lo desconocido. Se levantaron entonces, como hoy, consejeros oficiosos que creían sueños fantásticos de cerebros desequilibrados, el Nuevo Mundo descubierto ya por la ciencia de Colón y la generosidad de Isabel. Y las joyas de las corona y del cetro de España se multiplicaron debido a la confianza y desprendimiento de una sola mujer.

Nuestra patria, hoy como entonces, pide el concurso, no de una, sino de todas las mujeres, para surgir de nuevo del cáos de vicios denigrantes, al cual la han conducido las pasiones humanas, y levantarse engrandecida por las austeras virtudes que constituyen la sólida base de toda grandeza duradera. Y si para esa obra de reconstrucción nacional es menester la abnegación y el desprendimiento, pienso que no una sino muchas seguirán las huellas de la ilustre castellana a cuya generosidad debemos el que un día surgiera nuestra patria del seno ignorado de las ondas, al concierto de las naciones civilizadas.

Nacida al calor de las almas y corazones grandes, que sienten como os decía hace un momento, nostalgia de lo infinito y del bien, empieza ya a diseñarse y está a punto de realizarse. Cuenta con la aprobación del Ilustrísimo y Reverendísimo señor Arzobispo don Juan Ignacio González. No es nueva: hace dos años debió establecerse; entorpecimientos ajenos a la voluntad obligaron a suspenderla. No era el momento, Dios, quizás, no la quería entonces. Ahora vuelve de nuevo a golpear a nuestros corazones con mayor fuerza y mayor empeño; y es tan apremiante su necesidad, que sería de piedra si mi alma no la acariciara ya maternalmente. Pero necesita el concurso de todas vosotras y sólo al calor de la acogida que le déis, podrá desarrollarse. Combatida antes de nacer por los eternos «por qué» de los que no han visto ni palpado el mal, yo sólo rogaría a las presentes que no la ataquen sin conocerla, y la dejen nacer al abrigo de muchos corazones que la sienten y la aman. Así crecerá y será una de las tantas obras fundadas, menos necesarias que ésta, que nosotros no hemos comprendido, no hemos amado, pero no hemos combatido; nacían al abrigo benéfico de la caridad cristiana, y la Iglesia, más sabia que nosotros, sobre todo en estas materias, les abría sus brazos maternales.

Siempre que una nueva idea sale a luz, en forma de obra social, encontraréis una fila inmensa de sociólogos improvisados, que aconsejan como muchísimo mejor ésta o aquélla obra, más provechosa, a su juicio. Se olvidan que Dios inspira las obras según las necesidades sociales, con un llamado y vocación especial. Esta o aquélla serán realizadas, si las que las emprenden las sienten y las aman. Hay personas para las cuales los males

físicos despiertan infinita compasión y otras consideran éstos muy secundarios en vista de los grandes males morales que azotan la sociedad moderna. Y por eso, Dios tan Sabio y Misericordioso, a cada individuo señala y muestra una vocación propia. Hay almas de todas especies y temples; y lo que parece imposible de realizar a las que sienten el llamado a la vida de claustro, lo comprenden y practican las Hijas de San Vicente de Paul.

Si es verdad, como acabo de decir, que criterios desconfiados, pesimistas o perezosos, han procurado introducir el desaliento de un gran número de almas que miran como incomprensible la obra de que me voy a ocupar; en cambio tengo el consuelo de poder deciros, que él cuenta con la aprobación entusiasta de lo más representativo que tiene nuestra sociedad, y de los que podríamos llamar técnicos de la acción social católica. El Iltmo. señor Vicario Capitular se ha dignado alentarnos con su aprobación; sacerdotes tan distinguidos como don Santiago Vial, don Horacio Campillo, el Revdo. Padre Contardo de los Redentoristas, el Rector de la Compañía de Jesús, don Carlos Casanueva y el Rvdo. Padre Gentilini, etc., y caballeros tan respetable como el Dr. Gregorio Amunátegui S., don Joaquín Díaz Garcés, y los doctores Vial y Díaz Lira, han tenido para esta obra palabras de aliento, al mismo tiempo que han favorecido a sus organizadores con las inapreciables luces de sus consejos.

Pero entremos más concertadamente en materia para ver cuál ha sido el origen de esta institución.

Una circunstancia providencial ha venido a revelar a la sociedad de Santiago la existencia de una antigua y horrible llaga social que afecta a la parte más desvalida de la humanidad y por lo tanto la más digna de compasión: la infancia femenina que vive en los conventillos. Si la niñez en general ha sido llamada con tanta verdad por un poeta «*la flor de la humanidad*», con cuánta razón podríamos llamar a esas desgraciadas criaturas que nacen y viven en el más repugnante medio material y moral que inmaginarse pueda «*flores del pantano*».

Desde sus más tiernos años, en plena inocencia, están expuestas a la injuria brutal del vicio más repugnante, que ataca no sólo a sus espíritus por la perniciosa influencia de ejemplos depravados, sino sus propios cuerpos, por la perpetración de infames atentados contra su pudor.

Un grito de indignación y de lástima se ha levantado en el seno de las clases dirigentes, que empiezan a sentirse responsables de esos crímenes, por el abandono en que dejan a las clases desvalidas. Se ha tolerado hasta ahora esa vergüenza nacional que se llama conventillo, esa infecta morada de los miserables, en donde como en tierra propicia, brotan expontáneamente, todas las degradaciones físicas y morales.

Se ha descuidado la legislación protectora de la niñez y la legislación obrera; se ha desatendido la organización industrial

para dar trabajo a tantos brazos desocupados; se ha demorado la solución armónica de la cuestión referente a la constitución de la familia; se ha ido con timidez y contemplaciones en la represión de la embriaguez; se ha descuidado la instrucción del pueblo; se ha quitado a la conciencia popular el respeto del legislador Supremo y el temor a las sanciones de ultra-tumba y como consecuencia de ese cúmulo de omisiones y de olvidos de las clases dirigentes, vemos surgir de improviso, del inculto campo de las clases desvalidas, esas tremendas revelaciones del vicio que nos aterran con sus manifestaciones inesperadas.

Mientras los legisladores ponen por su parte remedio más eficaz, a tantos males, nosotras las mujeres de Chile, profundamente conmovidas con la comprobación de la terrible llaga que hace sus víctimas en las indefensas hijas del conventillo, nos hemos asociado para poner algún remedio siquiera al mal que lamentamos.

La Cruz Blanca para la defensa de la niñez, es el nombre de la institución en cuyas filas nos hemos formado para trabajar unidas y organizadas, en la defensa de la niña inocente, pero profanada. Los incontables casos que hemos comprobado personalmente y las tristes revelaciones de los facultativos del Hospital de Niños, que atienden a las numerosas víctimas que hasta ahí llegan, (de las innumerables que quedan ignoradas), nos hacen ver que el mal es grande, que es urgente salvar a esas criaturas y que es tremenda nuestra responsabilidad si permanecemos indiferentes ante tamaño mal.

Los medios que pondrá en práctica, son múltiples y aunque no podamos hacerlo todo de una vez, sino a medida que la generosidad vuestra nos proporcione los medios, quiero, sin embargo, enumerarlos, porque nada podrá daros una idea más fiel del cáracter de nuestra sociedad.

Ella se propone:

1.° Construír un gran Asilo Modelo, reformatorio e industrial para albergar ahí a las niñitas de corta edad que hayan sido víctimas de atentados contra su honestidad, o que sea necesario preservar del peligro de perversión, por abandono de sus padres, o por defectos que los inhabiliten para ejercer la patria potestad.

2.° Crear una Casa de Refugio para las víctimas arrancadas al vicio infame, estableciendo allí los más modernos sistemas de reforma y de educación profesional, con caja dotal para cada asilada.

3.° Interesar a los legisladores en pro de una legislación protectora de la niñez, cuyos puntos principales se detallan en un anexo a los estatutos.

4.° Trabajar en el mismo sentido para obtener cuanto antes la dictación de una ley contra la trata de blancas, en conformidad a un proyecto de ley que se publicará anexo a los estatutos.

5.° Ejercitar acción criminal contra los culpables del delito de perversión de menores, en cualquiera de sus fases.

6.º Prevenir la perversión de menores, usando para ello los siguientes medios: 1.º interesar en la defensa de la honestidad de los menores, a los dueños de fundos, fábricas e industrias donde trabajan niños; 2.º edudar a las madres de familia de las clases desvalidas, mediante conferencias dadas por las socias en los barrios obreros, o mediante folletos o publicaciones destinados a circular entre ellas; 3.º estableciendo la obra de defensa llamada: La obra de las estaciones que se detalla en la parte relativa a las secciones de la Cruz Blanca.

Como veis, el campo es vastísimo, pero no es innovación ni obra nueva; en otros países funciona con éxito con este mismo nombre de Cruz Blanca, o con otro que da la idea exacta de lo que es esta asociación: Protección a la joven.

Entre las innumerables asociaciones de este género que existen en Europa, puedo citaros las siguientes:

Asociación para la represión de la trata de blancas, en París, 10 rue Pasquier.

La obra de las estaciones, París 2-bis rue Laferriere.

La Asociación Intercional de Obras de Protección a la Joven, Friburgo (Suiza), calle St. Pierre 16, y en París 4-bis rue Jean Nicot.

La Unión Internacional de Amigos de la Joven, Neufchatel, 2 rue Terreaux.

La primera de estas asociaciones nombradas fué reconocida como de utilidad pública el 31 de Mayo de 1912. Recoge, devuelve a sus familias, o les busca colocación en que puedan ganarse honradamente la vida, a las niñas salvadas por medio de sus esfuerzos, vigila las agencias de colocación que son sospechosas, como la salida y llegada de trenes en las estaciones; mueve la opinión pública por medio de conferencias y publicaciones; tiene un asilo de regeneración, con una sala para hospitalación y curación de las enfermas.

Como podéis ver, no sólo nos limitaremos a salvar a las pequeñas profanadas o expuestas de los conventillos, sino que extenderemos nuestra obra de defensa a las incautas, que, engañadas por agentes criminales, son conducidas a los antros de perdición.

Desde hace quince años, la trata de blancas toma caracteres alarmantes que preocupan a todos los países. M. Pierre Goujon escribe en el Anuario internacional Social de 1914: «La trata de blancas es practicada por una asociación internacional que tiene agentes y banqueros en todos los países del mundo y que aún cuenta con una caja de socorros para aquellos de sus afiliados a quienes la justicia pide cuentas».

Se calcula en dos mil el número anual de jóvenes francesas incautas que son exportadas con innobles fines; a la cabeza de los países que las reciben se encuentra nuestra vecina la República Argentina y el nuestro no le va muy en zaga. De éstas, cuántas engañadas menores no llegarán aquí, sin sospechar ni ellas ni sus familias, el comercio degradante a que se les destina.

En Santiago, el número de víctimas secuestradas en casas que no deseo nombrar, os causaría asombro. Algunas de vosotras quizás sentiréis repugnancia al acercaros a esas infelices; nosotras, las que nos hemos unido y propuesto trabajar en esta obra, no sentimos hacia ellas otra cosa que un gran amor e infinita compasión. Más desgraciadas que malas, cayeron por no haberles tendido la mano a tiempo, y les cabe quizás menos responsabilidad que a muchas de nosotras, que por no molestarnos, no dimos un consejo o una moneda, que pudo evitar la primera caída.

Un amigo a quien conté la obra en que estamos empeñadas, me aplaudió entusiastamente, y me dijo: que durante el período en que él había sido intendente en el norte recibió infinitas cartas de secuestros de niñas, detenidas allí sin poder salir, porque a sus infames explotadores debían ropa, camas o muebles de su uso en la misma casa y que no podían pagar, porque no disponían de otro dinero de que el que buenamente les daba el dueño del establecimiento. En vista de los repetidos reclamos, se resolvió allanar las casas y hacer salir a las secuestradas. Añadió con tristeza: «Me dí un gran trabajo inútilmente; cuando salieron de allí no hallaron que hacer, las infelices no sabían trabajar, ni cómo ganarse la vida. No tenía yo ningún asilo donde llevarlas, y poco a poco volvieron a su denigrante oficio. Si hubiéramos contado entonces con la obra que ustedes se proponen realizar, habríamos salvado centenares de niñas desgraciadas».

Nuestro esfuerzo no se detendrá ahí. Trabajaremos con ahinco por obtener que los Poderes Públicos tomen la parte que les corresponde en la protección de la joven, dictando leyes represoras de la trata de blancas.

En todos los países de Europa los gobiernos se han puesto de acuerdo para concluír con este tráfico infame. El primer Congreso Internacional se celebró en Londres en 1899.

Sus frutos no se hicieron esperar, pues, ya hoy en ese gran país se ha dictado una ley para abolir la prostitución, estableciendo contra los traficantes fuertes medidas represivas.

Se desprende de lo anteriormente leído y del vasto campo en el cual va a trabajar la Cruz Blanca, que es una obra que tendrá diversas secciones, pero uno de cuyos fines primordiales será la creación de un Asilo Moderno Industrial.

Se nos dice que hay tantos asilos. Es verdad que hay muchos, pero no bastan para llenar todas las necesidades morales que uno encuentra a cada paso.

Y la prueba de esto es que todos están repletos y se ven obligados casi siempre a aceptar más de los que normalmente pueden contener. Cuantas veces la Socia de Dolores o el Socio de San Vicente recorren en vano todos los asilos de Santiago para colocar un pobre niño abandonado o en peligro de perversión y tienen la pena inmensa de ver que no hay medio de salvar a esos inocentes; las personas que no gustan de ponerse en contacto con las miserias

físicas y morales que presencian las que tienen la abnegación de descender hasta el pobre pueblo que vive en los arrabales, pueden pensar que los hay en abundancia, pero ignoran que fuera de sus asilos hay miles de niños que mueren víctimas del abandono, del hambre y de la perversión precoz que envenena su sangre y sus espíritus. Sobre los miles que tenemos la ambición de recoger, quedarán muchos, muchísimos miles que morirán por falta de ambiente favorable.

¡Y pensar que se hubieran salvado con un poco de generosidad! Es que realmente no se tiene ni una remota idea de la desorganización de la familia en las clases más desvalidas. Y es que no se quiere saber, porque «ojos que no ven, corazones que no sienten», y se prefiere cerrar los ojos sobre males que no se tiene la genorosidad de remediar.

Además, como el que nosotras aspiramos a fundar, no hay ninguno: que haya en él cabida para todas las pequeñas extraviadas. sin que jamás ninguna pueda ser excluída ni por exceso de depravación, ni por defectos de carácter; y que no viva de la caridad privada, sino que sus industrias y talleres costeen su sostenimiento, y que además a cada asilada que trabaje, se le remunere y permita formar un pequeño capital, porque no es sólo la reclusión en asilos lo que nos proponemos, sino formarles un porvenir donde por medio del trabajo honrado, aprendan una profesión, ahorren un pequeño capital con el cual hacer frente a los primeres gastos al salir de allí.

La manera cómo realizaremos nuestra obra, la estudiaremos con calma, buscando la mejor solución posible para armonizar todas las voluntades.

Se nos ha aconsejado que edifiquemos casa para obreros. Que el mal, así tendría remedio eficaz, no lo dudo. Pero para eso hay otras sociedades que se ocupan de esto. Nosotros vamos a trabajar por *arrebatar víctimas a la corrupción precoz*, desde luego, y a la prostitución después.

Es lo mismo que si aconsejaran a las beneméritas damas de la Cruz Roja que dejaran los heridos en el campo de batalla para acudir a los gobernantes a pedir la paz universal. Producidas las víctimas de la guerra y de la inmoralidad, tanto a la Cruz Roja como a las de la Cruz Blanca, no nos queda otro remedio que el recogerlas y cerrar heridas materiales las unas, morales las otras.

La empresa es ardua, pero no tememos. Los obstáculos con que tropecemos serán palancas poderosas, que nos moverán a trabajar con más empeño.

Nuestra divisa muestra que comprendemos lo que se nos espera; no vamos sólo a salvar cuerpos, sino almas. A través de esas ruinas materiales adivinamos y sentimos palpitar el alma inmortal, y no se redime sin sacrificio. Cuando de grandes dificultades y asperezas se siembre nuestro camino, recordaremos que la Cruz Blanca que ostentamos en nuestro pecho, para hacerla brillar

con nimbos de blanca y brillante claridad, al inverso contiene el lema que oculta el gran secreto de la victoria: *"Dios siempre en vista, yo siempre en sacrificio"*.

Si es cierto que la mujer al salirse del camino luminoso y divino del deber, recibe el desprecio de sus semejantes, es cierto también que aquellas que unen a la inteligencia las fuerzas sobrenaturales que les da el amor de Dios, subyugan al mundo entero. Es poco decir que el mundo les pertenece, pues el cielo también es de ellas, puesto que son ellas las que encaminan las almas y pueden dirigir y orientar los corazones a Dios.

"Buen Pastor"

Corina C. de Fernández.

Condenso, sin más preámbulo, mi tema: Defensa de la joven obrera—Liberación de las caídas—oponiendo como remedios para estas últimas, las obras del Buen Pastor, en favor de las cuales debemos aumentar los recursos e intensificar el apoyo.

Una de las causas principales del mal, es la entrada de la mujer a los talleres y a toda clase de industrias y establecimientos públicos. La vida de la mujer joven debe estar más resguardada, porque se encuentra expuesta a toda especie de peligros y de seducciones.

¡Hay que salvar a la obrera!

Este es el grito que resuena en medio de la sociedad, que comienza a comprender los peligros que la amenazan y que ve al mismo tiempo cómo se infiltran en el taller, en la fábrica y en la tienda las corrientes malsanas que nos han llegado del extranjero.

Lo primero que se necesita es conocer a la obrera. Ver de cerca sus escaseces, sus penurias, las pruebas de mil género que la acosan, las injusticias y explotaciones inicuas de que son víctimas y (hasta esos hambres de mil cosas que ellas experimentan), observar tantas caras afiladas por falta de alimento, tantos ojos que centellean avivados por la fiebre y tanta hediondez de alma y de cuerpo que se sepultan en la pieza de un conventillo, sólo conocido por la señora de la Hermandad de Dolores o por la socia de San Vicente de Paul.

Como no se ven estas pobres jóvenes sino rarísima vez, en contacto caritativo con las que ellas llaman ricas, tampoco las conocen, la envidia de la riqueza engendra en sus almas el odio; la animadversión las impulsa a escuchar con interés la propa-

ganda socialista y anárquica de guerra al capital y a los que, según ellas, las explotan. Se sienten máquinas y claman contra los que de ellas se aprovechan.

Van ingresando en las sociedades obreras animadas de espíritu y propósitos anti-cristianos, en las que no figura la idea de Dios, padre de todos; en que con las burlas, el ejemplo y la propaganda escrita y oral se les hace perder la fe, se les arrebata el cielo y no se les proporciona el medio de conquistar la tierra!

Por fortuna todavía abundan obreras que pueden servir de modelo, que creen y practican las enseñanzas cristianas, que saben juntar a la labor constante, pertinaz y ruda, la elevación de miras sobrenaturales. Así se les ve honradas, timoratas de Dios y aspirando a un porvenir de desahogo en la tierra y de eterna felicidad después de su muerte; jóvenes que atienden a su familia, a sus padres desvalidos, a sus hermanitos abandonados.

¡Ojalá que abundaran estos ejemplos! ¡Mucho podemos hacer para multiplicarlos!

El conocimiento práctico de nuestras jóvenes obreras, especialmente de las asediadas por la pobreza, nos llevará a su rehabilitación ayudándolas y robusteciendo sus propios esfuerzos. No hay nada que rebaje tanto a la clase media y capaz de trabajar honradamente, como la idea que se dé carácter de limosna al socorro que se le ofrece. Es mucho mejor atender al esfuerzo propio, aguijoneándolo con la oferta de trabajo perfectamente retribuído. Para eso sería bueno formar listas de casas y talleres cristianos y honrados, donde se retribuye con dignidad el trabajo de la mujer, por lo general insuficientemente pagado, y nosotras mismas podemos fomentar su labor, confiando a la confección en Chile lo que enviamos al extranjero. La tradición social cristiana condensa esta idea en una frase de inspiración divina: *Al hábil trabajo el hábil socorro.*

A esto que pudiéramos llamar la parte material, debemos agregar la parte moral, la que mira al espíritu más que al cuerpo. El acercamiento a nuestras obreras nos descubrirá una multitud de causas, que conviene disipar, de ese malestar hondo que se siente en el pueblo y que la crisis que agita al mundo ha venido a poner más de manifiesto.

Una de las causas, muy directa por cierto, de los peligros que rodean a la joven obrera, es la desorganización de la familia. Sabido es que la prosperidad y la felicidad han reinado en los países en que la familia ha estado organizada desde el punto moral y religioso. Pónese en ella los cimientos de la fe, de la obediencia, del respeto a la autoridad, del sacrificio. En ella se encuentra el foco del sentimiento conservador, el sostén de las tradiciones y de las costumbres. Hállase en ella el derecho de propiedad vinculado al esfuerzo del ahorro, los lazos de la amistad y de la sangre se robustecen y, como de la unión de la familia resulta la unión de la sociedad, la santidad del matrimonio, fundamento a la vez del orden social.

Por desgracia, en nuestro pueblo se ha relajado mucho el vínculo matrimonial. Si agregamos las corrientes malsanas y las que nos amenazan por parte de próximas legislaciones ¡qué triste es el porvenir que se dibuja en lontananza!

En esa anarquía dominadora del hogar chileno el abandono de los hijos es la primera consecuencia que se produce cuando los padres destruyen los lazos que son y debieran considerarse como sagrados. Terrible es la situación en que quedan los hijos varones, pero la de la niña es mucho más desgraciada, por lo mismo que es más delicada; la joven se halla expuesta a mil formas de seducciones, los peligros se le multiplican en razón directa a los encantos de que fué dotada. No encontrando el amor en la casa, la protección en los que le dieron la vida, busca, por una especie de instinto, fuera, lo que en su hogar no quisieron proporcionarle los que en justicia estaban obligados a darle en superabundancia.

Todo trabajo encaminado a devolver al matrimonio la Santidad de que Nuestro Señor Jesucristo lo revistió, tenderá, por nuestra parte, a defender a las jóvenes de nuestro pueblo.

Claro es que si no hay en los hogares la santidad debida, tampoco hay religión; y conviene recordar que la religiosidad ha sido reconocida como la base de la felicidad de las familias. «Excluída la religión, decía un esclarecido pensador, poca cosa queda de las costumbres morales y del orden; carecer de ella es edificar sobre arena».

Por eso son tiempos difíciles estos, y por eso la sociedad se ve acometida como de fiebre. Hágase descansar el hogar sobre la base de la enseñanza del Divino Salvador y podrá mirarse entonces sin inquietud el presente y el porvenir!

Se explica, aunque por cierto no se justifica, que la miseria, puede engendrar el vicio, sobre todo cuando no hay fe en la conciencia. El obrero y su familia, en general, carece de casa confortable, viven en conventillos populosos, malsanos; su mobiliario es tan escaso como malo; no tiene la seguridad del salario para el día siguiente; en semejante condición de vida procura aturdirse. Si a esto se agrega que en los lugares infectos de reunión, se les habla de la sensualidad grosera, del vicio y del juego, de la manera de conquistar bienes terrenos sin gran esfuerzo, ese hombre cae, se envilece en su desgracia y arrastra en pos de sí a su familia. ¿Nos asombrará entonces que la joven siga el envilecimiento cuando tan de cerca le toca?

La prensa impía lo invade todo; la hoja volante, como el aire que se infiltra por las grietas de los viejos edificios penetra en los rincones más apartados.

Ved por qué se impone la educación de nuestras obreras, en el sentido que reclaman las necesidades del día.

Hay abiertos establecimientos que ellas pueden aprovechar. La Escuela de Aplicación Práctica para la Mujer cumpliría en parte con este nobilísimo fin; pero ni todas nuestras obreras van

ni se puede extender a más que a adiestrar a nuestras jóvenes para que con la labor de sus manos atiendan a sus necesidades. Los reglamentos aprobados limitan el número de alumnas y las conveniencias sociales señalan el figurín de indumentaria acomodada a la clase media, a que no puede aspirar la gran masa de nuestras pobres.

Así vemos que mientras de las clases subvencionadas por el Gobierno salen numerosos grupos de niñas, sonrientes, alegres, comentando la lección o conocimientos adquiridos, vaguen por los barrios extremos de la ciudad, a la misma hora, niñas desaseadas, melancólicas, con esa tristeza que refleja desorden en el interior empobrecido de ideas y de sentimientos. Niñas de edad rayana en la adolescencia, que desconocen los preceptos más rudimentarios; que huyen del trabajo, dedicadas a la vagancia y en las que el vicio encontró alojamiento fijo y perdurable ¡Y pensar que esas almas fueron rescatadas con la sangre de Nuestro Señor Jesucristo!

No hay que esperarlo todo de la instrucción cuando la familia está desorganizada; hay que acudir a buscar en el internado un asilo a las pobres víctimas. Para eso la caridad cristiana ha abierto establecimientos en que se eduquen y formen para el porvenir.

Creo que, sin menosprecio de nadie, se puede asegurar que llevan la ventaja en métodos y planes preservativos de tantos males como aquejan a nuestros pobres, las instituciones religiosas, que por voto y cumpliendo sus reglas, se dedican con toda abnegación a salvarlas.

Las Casas del Buen Pastor son verdaderos reductos de salvación para las que precisadas a luchar desde sus primeros años en la contienda de la vida, o caen víctima o sienten el desaliento propio del abandono.

No voy a hacer la apología de un instituto que, plantado y desarrollado en Europa, hace ya siglos extiende su benéfica influencia a nuestra República, en cuyas principales ciudades se levantan sus edificios, como atalayo de paz de rehabilitación para las caídas, de sostenimiento para las débiles, de santificación para las que limpias en el raudal de agua de la penitencia aspiran a mayor perfección.

A dos cosas atienden las venerables religiosas del Buen Pastor: al cuerpo y al alma.

Sabido es que sin un agradable bienestar del cuerpo, la virtud no se practica por el común de las gentes y el hastío surge donde reina la miseria. Una modesta pero frugal alimentación, higiene, limpieza, amplitud, ventilación aireada en las viviendas, todo eso encuentran las asiladas en el Buen Pastor.

Como la guarda del silencio es para la mayoría de la gente sumamente difícil, entretiénense las jóvenes allí congregadas en cánticos religiosos, para evitar la monotonía que pudiese engen-

drar el aburrimiento y alternan multitud de canciones, todas ellas de una moralidad profunda. Sabido es que la música es un medio de ennoblecer el alma, elevando los sentimientos a la región más pura del arte. ¡Cómo encanta entrar a la sala-taller o de costura de las corregidas y oír aquel concierto de tantas voces!

Este silencio interrumpido por cánticos tiene otra ventaja. En las grandes reuniones, sobre todo de jóvenes todavía no purificadas, las confidencias, los secretos y amistades particulares traen la desmoralización y perturban la paz. Ya hemos visto cómo hollada la virtud, sin un esfuerzo que levante al caído, el naufragio es inminente.

Las obras del Buen Pastor se sirven del socorro del cuerpo como vínculo para atender al espíritu. Es un reglamento tan sabio el que regula la práctica de la virtud, que, sin sentir, se ve a la joven asilada pasar del vicio en que por desgracia se veía sumida, a la virtud pura, sólida, de bases amplias, que no será fácil en adelante destruír.

Junto con las prácticas religiosas que alternan con las labores y las artes, a que se pueden dedicar a la salida del establecimiento, les enseñan a librarse de los peligros con las virtudes cristianas que hicieron grande a nuestro pueblo.

Allí es donde vierten las religiosas, a la vez que la enseñanza de los deberes que tenemos todos para con Dios, los que tenemos para con sus representantes, los superiores, sean éstos de la jerarquía eclesiástica o de la civil, se las prepara para el futuro estado a que Dios las llevará; se les predica sumisión respetuosa al marido, educación cristiana a los hijos, la guarda de los mandamientos.

Sobre todo, saben inspirar un profundo amor a la laboriosidad, cegando la afición a la ociosidad que es ruina de tantos vicios y ruina de tantas almas.

La influencia de este plan curativo del espíritu es de tal intensidad, que muchas de ellas, abandonando la idea de volver al mundo, pasan al estado religioso bajo la forma de las llamadas *Magdalenas,* para las cuales la venerable Madre Pelletier ideó una congregación idéntica a la llamada de voto simple, en donde han sido muchísimas las que han muerto en olor de santidad.

Permitidme que concluya mi pequeño trabajo, haciendo un llamado a todas para que concurran generosas a mantener y hacer prosperar la obra del Buen Pastor. De nuestro Congreso femenino debe surgir la palabra de orden para preservar a la joven obrera. Pongámonos todas al trabajo con entusiasmo, enseñémosle a nuestras hijas que vale más la salvación de una sola alma y el esfuerzo caritativo, que la confección de un traje y la frivolidad. Desgraciadamente, a pesar de nuestra buena voluntad, nos falta la confianza, la energía, la generosidad de alma, que nos hace simpático tan rudos labores.

Existen algunas madres que no encuentran tiempo para la

educación moral de sus hijos, y se contentan con adiestrarles para la vida frívola, hasta el punto de ignorar que pueda existir un ser hambriento que muera de frío. La frivolidad engendra el lujo; los pasatiempos y fiestas ocupan toda nuestra vida; se pierde de vista que las riquezas como la autoridad es una función social. Lo supérfluo de las riquezas no nos pertenece, porque es el patrimonio del pobre. Una persona sin caridad es fuente sin agua, árbol sin fruto, fruto sin sabor y flor sin perfume.

Seamos generosos con la gran obra del Buen Pastor, démosle una protección intensa, amplia, material y moral, porque aunque al parecer se halla muy pujante, siente la depresión económica, y no puede recibir como quisiera a las que van a golpear a sus puertas en busca de refugio y salvación. La subvención del Gobierno es pequeña y apenas alcanza para las necesidades más urgentes.

El Patronato de la Infancia

M. C. Valdés de Marchant.

Todos sabemos que la ley evangélica se resume en la caridad. Qué de veces hemos oído citar en la cátedra sagrada estas palabras inspiradas e infalibles: «la plenitud de la ley es el amor, el que ama ha cumplido toda la ley».

Dulce y sublime doctrina! tan digna de Dios, tan conforme con las verdaderas necesidades del hombre, aunque implique para él tantas virtudes.

Ella nos enseña que debemos amar a todos los hombres, sin distinción de personas, de rango, ni de origen, apesar de todo lo que en ellos parece que debiera tener el amor o impedirle nacer. Ya sean indiferentes o enemigos, grandes o pequeños, ricos o pobres, buenos o malos, nunca mirar en ellos el caso humano, la forma terrestre y pasajera, sino la idea divina, la forma celestial y eterna.

Conforme a esta doctrina de caridad amplísima, se han organizado los nuevos servicios del Patronato de la Infancia; cuyo campo es inmenso, cuyo desarrollo sorprende a los que los visitan y que esperamos ha de continuar su labor fecunda para bien del país en general, de los favorecidos y de los que los sirven.

El cielo inspiró a un grupo de personas deseosas de remediar la desgraciada situación de los hijos del pueblo una forma de caridad que las circunstancias hacían necesaria y en el corto tiempo transcurrido entre el centenario de nuestra independencia y el que

hoy celebramos, se fundaron el Asilo Maternal y las Gotas de Leche.

Después de cinco años de trabajo y con el objeto de analizar la labor realizada y de fijar rumbos para el porvenir, el 21 de Mayo de 1917 se celebró la «Primera Conferencia de Gotas de Leche». En ella se leyeron varios estudios de las Directoras, de los Administradores y de los Médicos, entre ellos el de la Srta. Laura Guerrero Vergara que damos a continuación:

Necesidad de las visitas.—La misión que el Patronato de la Infancia encomienda a las señoras y señoritas, cuando pone bajo su vigilancia e inspección, la lactancia de tantos niños pobres, y la regeneración moral y física de tantas madres, exige un conocimiento cabal de la miseria material y moral en que viven madres e hijos; sin verla, sin palparla, no puede una señora comprender todo el alcance de su misión salvadora.

La visita domiciliaria tiene por objeto educar el alma de las mujeres y de los niños favorecidos. El bien que se hace de lejos no educa al hombre, al contrario, lo hace medir con amargura la distancia que lo separa de los dichosos y esto subleva su alma. El niño y la madre visitados constantemente, cariñosamente por una señora, creen en el amor que les brinda el Patronato, personificado en aquellos ojos que le miran con afecto, en aquellas manos que acarician al niño, y cubren a la madre con el manto de la caridad. El mismo sacrificio que hace la señora para llegar hasta ellos, les enseña los esfuerzos que ellos deben imponerse para elevarse moralmente al nivel de su bienhechora.

Las visitas domiciliarias previenen también y corrigen los abusos que de la caridad puedan hacer las pobres. ¿Cómo sabrá la señora si los socorros que prodiga el Patronato por su medio, consiguen su objeto, o si se pierden por la pereza y abandono de las madres? La visita es una sanción penal para las indignas del beneficio y una sanción remunerativa para las dignas.

Organización.—Teniendo en cuenta estas razones, que demuestran la necesidad de la visita personal, es fácil deducir algunas reglas generales para su buena *Organización,* de la cual depende la *Eficacia.*

1.ª Lo primero que es necesario advertir es que todo lo que el reglamento del Patronato, en lo concerniente a las Gotas de Leche prescribe, debe ser tenido y observado exactamente. La iniciativa de las personas que aceptan un puesto en alguna de las secciones del Patronato de la Infancia, debe inspirarse siempre en el espíritu de su reglamento.

2.ª La puntualidad en las visitas prescritas debe ser exacta. Metodizar el tiempo es centuplicarlo y una buena organización debe contar siempre con un tiempo determinado, puesto a la disposición del Patronato. A fin de que las señoras dediquen mayor tiempo a visitar sus protegidos, no deben tener a su cargo ningún otro servicio que reclame su asistencia a la Gota de Leche en un

día fijo. Las personas de buena voluntad que se ofrezcan para hacer este servicio, según el reglamento, deben dedicarse exclusivamente a él.

3.ª Otro detalle de importancia para la organización práctica de las visitas es que la misma señora visite siempre el mismo grupo de madres y de niños. Sabiendo la interesada que sus protegidos están exclusivamente bajo su inmediata responsabilidad, tendrá mayor estímulo para vencer las dificultades que a su visita se opongan. Los niños le tomarán cariño y confianza sus madres, y se esforzarán en agradar a la señora que es su providencia.

4.ª Una observación que creo debe tomarse muy en cuenta es que en cada Gota de Leche, además de las inspectoras numerarias, debe haber siempre dos o tres suplentes, y cada visitadora debe saber con anticipación la imposibilidad en que se encuentra la visitadora respectiva para realizar la visita domiciliaria, procurando que sea hecha por alguna suplente. Es muy esencial no perder de vista a los pobres, y no faltar nunca a la visita semanal.

Eficacia.—Bien organizada la visita domiciliaria, debe procurarse hacerla eficaz en sus resultados. Estos resultados pueden estudiarse por dos diferentes puntos de vista. El primero será la visita inspirada en los principios de higiene y de puericultura. Para que la visita sea eficaz bajo este punto de vista, creo que deben recomendarse mucho las reuniones periódicas de las Visitadoras, Inspectoras, Administradores y Doctores de cada una de las Gotas de Leche. A estas reuniones deben las señoras aportar sus experiencias personales, sus ensayos, sus éxitos y también sus fracasos. Estas experiencias, ilustradas con los conocimientos médicos, harán que la señora sea muy consciente en sus trabajos y podrá lisonjearse con justicia de los progresos de sus protegidos.

El segundo punto que debemos considerar para la eficacia de las visitas, tiende al mejoramiento moral y social de los protegidos, pues el Patronato no intenta solamente salvar la vida de esos pequeños seres, ni para eso sólo protege a sus madres, sino también preparar elementos sanos que contribuyan al bienestar de la Patria y de la sociedad. Para que la visita sea eficaz bajo este punto de vista debe procurarse que, aún siendo las visitas periódicas, puntuales y constantes no sean siempre en el mismo día, ni a la misma hora. Para formar en las madres el hábito del aseo y el cuidado continuo del niño, la señora debe llegar cuando menos se la espera, obligando así a las madres a estar constantemente preocupadas de los deberes exigidos por su bienhechora. Fácilmente se acostumbrarán al bienestar que les proporciona la higiene, la moral, la alimentación sana y todo cuanto el Patronato quiera darles.

Réstame decir algunas palabras sobre la *propaganda de las Gotas de Leche.*

Todas las consideraciones que acabo de hacer sobre la *organización* y la *eficacia* de las visitas domiciliarias tienden a prestigiar esa alimentación que el Patronato les proporciona y que viene a

suplir la lactancia materna cuando así lo exigen las condiciones del hijo y de la madre. Trabajemos por mejorar la suerte de esos seres desgraciados; hagamos comprender a las madres el peligro que hay para sus hijos en los alimentos mal preparados, que llevan consigo el gérmen de tantas enfermedades y así aceptarán gustosas el régimen que el Patronato generosamente les señala, y que las Inspectoras fiscalizan con tesón y constancia.

Por fin seamos incansables para recordar a las madres la preferencia absoluta que deben dar a la lactancia materna y el deber que tienen de mantenerse en condiciones de cumplir tan sagrada obligación. La mujer que por el vicio, por desaseo o por pereza no lacta a su hijo, no es verdadera madre y se hace indigna de los beneficios que le prodiga el Patronato.

El día 3 de Agosto de 1901, a raíz de las inundaciones que tantos estragos hicieron en la ciudad de Santiago, unos cuantos vecinos se réunieron a invitación del Intendente D. Enrique Cousiño y echaron las bases de una sociedad para proteger a la infancia desvalida.

De entre los asistentes se nombró presidente a D. Ramón Barros Luco, vice-presidente a D. Enrique Cousiño, tesorero a D. Manuel Arriaran y secretario a D. Vicente Santa Cruz.

En 1912, considerándose necesaria la cooperación femenina, se organizó la Comisión de Señoras del Patronato de la Infancia.

Esta tiene un directorio de 20 señoras elegidas, algunas honorarias y la Directora de cada servicio.

Hay once Gotas de Leche, diseminadas en diferentes barrios de la ciudad y en cada una de éstas una Directora y un grupo de señoras Visitadoras.

El Asilo Maternal es el único establecimiento interno; allí se asila cualquiera madre desvalida con su hijo pequeñito por el tiempo que las circunstancias lo exijan y se reciben las guaguas de las madres que se ven obligadas a hospitalizarse. Es atendido por las Hermanas de San José, Protectoras de la Infancia.

El Ajuar Infantil, confecciona la ropa necesaria a todos los servicios; en el último año entregó 14,502 piezas de ropas.

Hoy son 160 las señoras que hacen trabajo activo; ellas que han recibido de Dios el don de la inteligencia y del corazón, dan al niño débil y a la madre desamparada el perfume de su bondad.

Los niños vagabundos y la criminalidad infantil

Celinda Arregui de Rodicio.

Este gremio de pequeños seres vagabundos, es una de las muchas calamidades sociales que degeneran nuestra Raza. ¿Cuántas veces no hemos tropezado en nuestro camino con estos niños desgraciados, desperdicios o residuos sociales que a primera vista causan repulsión? Y hasta se les teme, pues sabemos cuán aficionados son a las raterías. Estos pequeños seres, no tienen, o no han conocido padres; no conocen ni parientes; no hay un techo que los cobije; no hay una palabra de cariño para ellos, en esa edad en que empiezan a vivir, que los guíe por el camino del bien.

La característica de los vagabundos es ser huraños y desconfiados, no quieren trato más que con sus congéneres; huyen de las demás personas porque creen que todo el mundo piensa en castigarlos.

Duermen en el hueco de las puertas, en las hondonadas del terreno, durante las frías noches de invierno, amontonados, para darse calor con sus ateridos cuerpos.

Cuando la luz del día disipa las tinieblas se levantan y toman el camino de los mercados para ejercer el oficio de llevar bultos. Pasan todo el día comiendo donde pueden y entre ellos mismos empiezan a practicar las raterías, robándose entre sí, hasta sus sucios harapos, para terminar con los maletines y carteras de los transeuntes.

Semi desnudos, descalzos, sucios, desgreñados, sus cuerpos llenos de grietas, enfermos de enfermedades de mugre, recorren las calles a vista y paciencia de la Autoridad y de un público que, indiferente los ve pasar. Acostumbrados a esta vagancia y holgazanería, cuando llegan a hombres, se hacen también alcohólicos y pendencieros. Les cuesta trabajar, y apremiados por la falta de dinero para sus vicios, no reparan en los medios para obtenerlo. El juego y el robo que practicaron desde su triste infancia les proporcionan lo necesario y llegan hasta el crimen. Asesinan por unas cuantas monedas, y su última morada es irremediablemente la Cárcel o el Manicomio, cuando no terminan su triste existencia con una muerte trágica.

Cuando el vagabundo es pequeño, puede adquirir hábitos de aseo y buenas costumbres, y, por lo tanto, si se le protege se regenera y arrancándolo del ocio y del vicio se puede hacer de ellos ciudadanos honestos, útiles a la sociedad y a la Patria.

Como para ensayar cuanto puede la voluntad, el esfuerzo, y los sentimientos humanitarios, la 9.ª Comisaría de Santiago inició, bajo muy buenos auspicios, la obra de recoger a todos los pequeños vagabundos que pululaban en su radio, y con autorización superior fundó un Albergue protegido por los vecinos más caracterizados del barrio de la Recoleta y aun del Comercio Central, pues, la colonia otomana contribuyó con creces, a la fundacion de este Albergue. Asistí a su inauguración y quedé convencida de que en cada Comisaría se puede hacer otro tanto.

Este Albergue, que prestaba tan importantes servicios, fué clausurado, no se sabe el motivo, pero los niños se quejan diciendo que les hace mucha falta pues ahí tenían sus camitas muy modestas pero muy limpias, escuela y alimentación abundante.

Algunas fotografías de niños vagabundos, después de lavarlos y vestirlos en la 9.ª Comisaría, fueron tomadas por la Sección de Seguridad a fin de darles un carnet para que ejercieran el oficio de lustrabotas.

Tuve oportunidad de observar la idiosincracia de dos hermanos vagabundos de 10 y 12 años respectivamente. Cuánto no me costó para convencerlos que se acercaran a mí, porque ningún mal les haría. Por fin, después de muchos días que se acercaban por casa a pedir algo de comer, pude hablarlos. Les pregunté por sus padres; me contestaron que ambos habían muerto hacía muchos años. Los pequeños sabían rezar y deseaban trabajar en el oficio que ellos prefieren, vendedores de diarios. «No podemos vender *Opiniones,* me dijeron, porque necesitamos sesenta centavos para comprar diez, y si no se venden se pierde la plata porque no la devuelven ni las cambian».

¿Cómo han vivido hasta ahora? les pregunté: «En la 9.ª Comisaría nos daban de comer y dormíamos en un Asilo de la calle Huérfanos donde nos enseñaban a rezar, pero ahora nos quitaron todo: dicen que no hay plata».

Me había interesado por estos pequeños, pero ellos en cuanto recibieron un poco de ropas, huyeron para no volver más.

¿No es cierto que el espíritu de estos niños estaba bien dispuesto, y que con una buena dirección hubieran sido elementos sanos a la sociedad? ¡Cuánta razón hay para criar albergues y salvar a tantos desgraciados!

Como estos dos ejemplares que he presentado, hay miles en todas las ciudades que necesitan de Asilos especiales para cuidar de sus cuerpos y de sus almas. Cuántas veces los he visto arrastrados por los guardianes, con sus manitas negras, amarradas, porque habían robado, llevarlos a la Comisaría a pernoctar con hombres ébrios o rateros consumados. De esta manera no se moraliza, y el niño le toma odio a la Policía, y cuando llega a hombre es su peor enemigo.

En lugar del castigo debe prevenirse el mal, y lo mejor es crear los Asilos o Albergues; recoger a los niños de 2 a 6 años,

ya sean vagabundos o hijos abandonados por sus padres; enseñarles hábito de disciplina y carácter; educarles la voluntad; darles pan, lecho, instrucción y un oficio a tantos infelices; prepararles el corazón con sentimientos nobles y preparar sus cerebros con el ejemplo de la cultura.

De esta manera, salvaremos buena parte de nuestra Raza; salvaremos a los hombres de mañana; tendremos en el porvenir hombres fuertes, honrados, conscientes de sus deberes, los futuros defensores de nuestro suelo.

Este grave problema de carácter social, está ligado íntimamente con la vagancia infantil, de lo cual afecta responsabilidad a todos, por mirar con indiferencia a los pequeños vagabundos, sin tenderles una mano que los levante del cieno en que se arrastran.

La inteligencia mal desarrollada de estos niños; la falta absoluta de reflexión y de fuerza de voluntad; el ambiente en que han nacido, saturado de malos hábitos y vicios, los conduce fatalmente a obrar mal. No pueden distinguir el bien del mal, y, no siendo responsables de sus actos, merecen ser tratados con espíritu compasivo, y juzgados con leyes y tribunales especiales.

Los jueces que actualmente juzgan a los niños aplican las penas y métodos más convenientes para reformar sus faltas; pero falta en esas sentencias el corazón de la mujer, que comprende mejor a los niños que los severos hombres, porque forman parte de su ser.

Voy a permitirme citar a algunos autores que establecen determinadamente la condición del niño para calificar sus faltas y aplicarles las penas:

Chauveau en su «Teoría del Código Penal», refiriéndose al pequeño delincuente dice: «Si su educación ha sido descuidada, si su desenvolvimiento físico es tardío, desprovistos de medios para distinguir el bien del mal, su posición miserable lo distingue de aquel niño que ha visto lucir, por decirlo así, al par de ver la luz, las nociones de la moral y de los principios sociales».

Hassan Nachat, en su obra «Los menores delincuentes» dice: Es imposible determinar con precisión el momento en que la razón del niño, está lo suficientemente desenvuelta, para establecer su responsabilidad penal, e imposible fijar para ello un término exacto aplicable a todos los niños. «Llevar a los niños a un tribunal, será una acción irreparable para su futuro».

Este mismo autor dice: «Pero aun en el caso que el niño haya obrado con discernimiento, debe tenerse en cuenta la ligereza que acompaña de ordinario a su edad y la pequeña resistencia que él pueda oponerle. La pena debe ser menor y de otra naturaleza que la del adulto». Ahora, para criticar el «Código Penal Chileno» que fijó una edad determinada desde la cual comienza la penalidad, se podría repetir aquellas palabras de Garraud en su obra «Principios de derecho penal» que son tan verdaderas en su país como pueden serlo en Chile.

«Será posible, dice el autor, que en nuestro país, donde la raza se desarrolla bajo climas diferentes, decir de una manera absoluta, ¿hasta qué edad se prolonga la infancia?

En los documentos parlamentarios del Senado Francés de 1910, se encuentra: «A la idea de penalidad, en los niños menores delincuentes, debe ser atemperada por la piedad, y substituída en nuestros días, por la idea de la prevención, por la ortopedía moral y por una educación y una disciplina apropiada». Todo lo contrario de lo que pasa en Chile, donde los niños menores son presos, y se castigan confundidos con los más terribles criminales, y donde las medidas que se toman para su instrucción y reforma son muy deficientes.

Los castigos carcelarios, no hacen sino preparar mejor a los pequeños seres, en la fatal senda que se presenta en su triste existencia; por lo tanto, con medios educativos y previsores, llegarán a dominar sus malos instintos, evitando las penas aflictivas que destruyen su porvenir.

Las huérfanas de Santiago

Elvira Santa Cruz Ossa.

En este Congreso Mariano femenino donde se han tratado y discutido todos los problemas de mayor transcendencia social y económica, donde ha tenido una voz defensora el niño del Patronato de la Infancia, el tuberculoso y el inválido, el conscripto militar, el colegial y la alumna de las escuelas laicas o religiosas, la obrera y la oficinista, la sirvienta y el anciano, creo que debe alzarse una voz que abogue también por las huérfanas para que no sean doblemente parias las hijas sin nombre y sin honor.

Hemos visitado con frecuencia la casa de Huérfanos de Santiago, conozco esa institución y creo que puedo hablar de ella sin incurrir en grandes errores. Ningún otro asilo de la infancia ha dejado en mi espíritu impresión más desconsoladora que la que guardo de esas visitas al regio albergue de los parias, de los hijos de aquellas madres que les dejaron voluntariamente en la horfandad. De los establecimientos de la Beneficencia no hay duda que éste es el más suntuoso y el que posee mayores rentas. El vastísimo edificio consta de extensas salas, magníficas galerías, espaciosa capilla, espléndida clínica dental, farmacia modelo, higiénicos lavaderos; parques y jardines hermosísimos y soleados patios.

La casa de huérfanos regentada por un administrador general nombrado por la Junta central de Beneficencia, por la superiora

local y 30 religiosas de la Providencia, alberga actualmente a más de mil niños mayores de 4 años. En lactancia tiene 700 párvulos que distribuye entre buenas nodrizas campesinas sometidas a una muy estricta vigilancia; las guaguas enfermas y las que llegan diariamente a la puerta son atendidas por nodrizas que viven en la Casa.

Confieso que al contemplar esa inmensidad de cunitas que pueblan el «Pesebre» he sentido siempre el deseo de amparar a esas huerfanitas o de destruirlas en una hecatombe formidable si han de ser desgraciadas...

Cierta vez que yo manifestaba mi rencor contra esas madres desnaturalizadas que privaban a sus hijos de las caricias maternales una buena monjita me replicó:— «No son ellas generalmente las culpables; pobres infelices!... A esto las obliga la miseria o la vergüenza... Otros son los criminales! La estadística que dejan algunas desgraciadas cuando depositan sus hijos en nuestro poder es el más ignominioso proceso contra la depravación actual».

Del «Pesebre» nuestra vista se alegra con el risueño espectáculo de esos patios abiertos a la luz del sol y donde juega un enjambre de chicos bien vestidos, limpios y mejor alimentados. Algunos niñitos barren los patios, riegan las plantas; luego se dirigen al parque a jugar en los columpios o en el gran carrousel por el que deliran todos. Entre las diversiones que, como vemos, son idénticas a las de los niños de familia pudiente, figura el cinematógrafo que según el decir de las religiosas aviva la inteligencia de los niños.

De todos estos entretenimientos disfrutan las huerfanitas que además emplean su tiempo en coser, bordar, lavar y cocinar. Puede decirse que en la infancia la vida es igualmente feliz para los huérfanos de ambos sexos.

Pero llegando a la adolescencia el destino cambia y por cierto que no es a favor de la mujer.

En tanto que al cumplir los doce años los muchachos pasan a los talleres de los padres Escolapios y aprenden ahí el oficio que les ha de servir para ganarse la vida, las huérfanas o continúan en la Casa cuidando de los parvulitos o salen al mundo donde casi siempre las espera la vergüenza o la miseria. Ignorantes de la vida y sin preparación para ningún oficio práctico son una anomalía en todo centro social y fácilmente caen en los lazos que el enemigo les tiende.

Discurriendo sobre la uniforme y rudimentaria educación que reciben todas las huérfanas pregunté yo si no se podría seleccionar a las más inteligentes con objeto de darles algún oficio o profesión.—«Se ha ensayado»,—me respondieron,—«pero con mal éxito... luego se ensoberbecen... Casi todas tienen mala índole... pésimas inclinaciones. Mientras están en la Casa son buenas, inocentes y puras; pero luego que salen al mundo el atavismo las arrastra al vicio; sedientas beben el letal veneno y la mayoría se pierde. Es esta una prueba muy dura para una religiosa...»

Yo argumenté que si el atavismo es el que arrastra al vicio a las huérfanas, esos obreros que tan brillantemente se forman en los talleres escolapios deberían a su vez convertirse en bandidos y asesinos. Porque ¿acaso el atavismo no ejerce su maléfica influencia también sobre ellos?

Creo que no cabe aducir razones atávicas para comprender la conducta de una muchacha ingenua que vivió rodeada de comodidades, que comió bien, durmió en amplio dormitorio, envuelta en blancos cobertores, que nunca sintió necesidades y que ahora sin familia, sin afectos, privada súbitamente de los consuelos religiosos, maltratada por su patrona y por las otras sirvientes que la llaman «*huacha*», y que la explotan porque no tiene a quien clamar, no cabe aducir razones atávicas, repito, para comprender que ella dé oído a las palabras que acarician y engañan. No tiene honor que perder y nadie la había preparado para afrontar las tremendas realidades de la vida...

¿Cómo es posible ésto?

La casa de huérfanos que en materia de higiene evoluciona hasta el extremo de mantener una clínica dental para sus asilados ¿por qué no evolucionaría también corrigiendo el anticuado método de educación femenina? Siguiendo esta idea yo rogaría a las congresales que intercedieran con el Administrador general para que cuando las huérfanas llegaran a la adolescencia pasaran a probar sus inclinaciones y energías en talleres industriales que les enseñaran un oficio que las capacitara para ganarse la vida con mayor independencia.

¿Que no hay en Chile sociólogos y moralistas que estudien este problema transcendental? Piensen Uds. que todos los años se arroja a la concupiscencia de los depravados cientos de víctimas inocentes.

El sistema de la ignorancia absoluta ha dado funestos resultados; las mismas religiosas lo atestiguan con sus relatos, pero ellas no pueden evitarlo porque deben ceñirse ante todo al extricto reglamento que les impone la vida religiosa.

Para terminar debo dejar constancia de que al hacer estas reflexiones no es mi propósito criticar la admirable labor de las religiosas cuyo celo, bondad y ternura traspasa los límites de la más sublime caridad. Al plantear este problema de vital importancia pienso en las pequeñitas que hoy crecen allí y saltan en los corredores y columpios o trepan al carrousel del parque, sólo pienso en ellas... en esas que aun no han sucumbido y para ellas ezbozo estas ideas que espero han de tener eco en este Congreso:

1.° Nombrar una comisión de señoras que se dirija a la Junta central de Beneficencia y pida que se estudie un plan de educación para las niñas huérfanas mayores de catorce años; que si es posible se organicen talleres industriales similares a los que regentan los padres Escolapios.

2.° Formar una sociedad de señoras que podría llamarse

«Sociedad Mariana» en honor de este Congreso cuyo objetivo principal sería interesarse por la suerte de las huérfanas luego que hayan salido al mundo. Los talleres industriales podrían también estar bajo la vigilancia de la «Sociedad Mariana». Esta sociedad pediría personería jurídica y sería curadora legal de la persona y de los bienes que pudieran adquirir más tarde las huérfanas. A todo menor le señala la ley un curador, justo es que las huérfanas también lo tengan.

Esta conclusión sólo sería válida si el Código civil se reformara y nos diera derecho a ser curadoras. Mientras no se reforme no podemos casi ni hacer el bien porque a cada paso encontramos obstáculos judiciales o civiles.

Medidas de protección
a las Huérfanas

Aurelia P. de Bari.

Hemos meditado durante algunos años, después de conversar largamente con las Religiosas del Buen Pastor de Concepción, Santiago y Valparaíso, sobre el medio que se encontraría a fin de preparar una situación para continuar su vida en el mundo a las pobres niñas huérfanas que salen de los asilos; y que se encuentran en él sin hogar y sin familia.

El año 1915 nos reuníamos varias Señoras en Concepción, y con la cooperación de la Madre San Agustín, Superiora del convento del Buen Pastor, iniciamos la formación de una sociedad de Señoras que se encargara de reunir recursos para la realización de nuestra Obra. Ella era de magnas proporciones.

Tres Institutos creíamos podrían albergarlas durante tres años, antes de salir al mundo. El primero para formar profesoras para las Haciendas o fundos las que contando con una educación elemental dirigieran sus esfuerzos a llevar a nuestros campos el conocimiento de las pequeñas industrias como son la fabricación del encaje, mantas, tapices, frazadas, y de la cual nuestro pueblo tiene ya conocimientos rudimentarios, y para cuyo trabajo manifiesta las más felices disposiciones. Agregaría la Profesora que llamaremos Rural, a estos conocimientos, el estudio del cultivo de la tierra, en su relación con las legumbres, árboles frutales, y siembras. El estudio de las abejas y colmenas que proporcionan al campesino la miel con que endulzar sus bebidas, y la cera para alumbrar sus habitaciones, el cultivo de la morera que alimenta el gusano de seda, y proporciona materia texil para los tapices

y el conocimiento de la coloración de las lanas con productos vegetales y minerales, que convierta la materia prima, en materia industrial para la elaboración de los diferentes tejidos.

La Madre San Agustín ofrecía en la casa de Concepción, dos salones para Talleres Escuelas, (pero había que edificar sobre ellos un cuerpo para dormitorios de las jóvenes alumnas) campo para cultivos, y profesorado de la misma casa para esta enseñanza. Las señoras nos comprometíamos a conseguir una subvención del Gobierno para estos cursos.

Iniciamos nuestro trabajo solicitando del señor Intendente de Concepción y señores administradores de la Herencia Avello, la cantidad que se nos pedía por un arquitecto para la construcción de este edificio, que fueron $ 50.000; mucho nos empeñamos durante 2 años con los diferentes caballeros que corrían con esta liquidación de Herencia, que había sido dejada en su totalidad para obras de Beneficencia; llegó la liquidación y tuvimos el sentimiento de saber que nuestra solicitud había sido rechazada.

Nuestra obra tendía a buscar una colocación a nuestras niñas en la casa de las familias dueñas de haciendas en Chile, ponerlas bajo su protección unida a la nuestra. Formarles una situación en medio de las familias sencillas de los campos adonde podrían encontrar el compañero de su vida; y mejorar al mismo tiempo con su inteligente concurso, la situación desgraciada de nuestros infelices campesinos; y sobre todo esto llevar a la choza del pobre inquilino, el conocimiento de Dios, de sus mandamientos y de sus Evangelios, de lo que nos íbamos a preocupar de una manera especial.

Consultamos nuestra obra al Ilustrísimo Señor Don Luis E. Izquierdo Obispo de Concepción; quién la encontró útil y necesaria, añadiéndonos que él la ayudaría más tarde pues la encontraba de gran interés social y nos dijo: «Señoras, yo bendigo esta obra en el nombre de Dios».

Hemos tenido la desgracia de perderlo pero nos queda su bendición para nuestros pobres huérfanos.

Otra colocación que encontrábamos útil para nuestras niñas, era educarlas con conocimientos útiles para el cuidado de los niños; servicio al que nuestra servidumbre no está preparada.

Decíamos: «cómo no ha de ser posible, llegadas a la edad de 15 años estas niñas, separar un grupo de ellas y dedicarse a que se instruyan en todos los conocimientos que se necesitan para la atención de un niño: tratamiento higiénico de su persona, fabricación de las mamaderas, alimentación apropiada, cuidado de sus enfermedades, lavado de sus ropitas, costura de sus trajecitos, y por último juegos y entretenciones que les convienen a su edad: considerábamos protegida la estada de estas niñas en el interior de las casas, bajo la vigilancia de la Dueña de Casa, en el común cuidado del niño, viviendo cerca de ella, y compensada ésta sintiendo el calor del hogar, el confort de un interior agradable, el

cariño del niño, que jamás lo niega a la que le presta sus cuidados, y después buenas maestras preparadas, enseñarles el conocimiento de Dios, las primeras oraciones, los lindos cuentos que empiezan a enseñar la moral cristiana: y para la que no se casara, más tarde, tendría una casa hasta la muerte y podría así dedicar su vida al cuidado de un hijo de familia. ¿Quién no ha conocido nuestras antiguas mamas en los hogares de Santiago, que se las quería como miembros de familia, que se permitían tutear al dueño de casa, y cerraban sus ojos en medio del pesar de una familia?

Y esta nos parecía una vida feliz, una misión útil para nuestras niñas, y que nosotras podíamos dirigir.

Podrían a la edad de 15 años separarse los cursos para enseñarles estos conocimientos, y que estuvieran aptas para salir a las ocupaciones a los 18 años de edad en que generalmente salen al mundo sin iniciativa ninguna para vivir la vida.

Los Establecimientos de la Casa de la Providencia podían realizar esta Obra con el concurso de las señoras sin un gran gasto, pidiendo la cooperación de las Obras de la Protectora de la Infancia, de las Gotas de Leche, del Cuerpo médico.

¿No sería este un bien para las familias encontrar mujercitas preparadas para el cuidado de sus niños, en quien depositar su confianza garantidas por la vigilancia de las señoras, en vez de las pobres mujeres de que hoy se dispone?

Creemos que esta obra sería una obra social en beneficio de señoras y empleadas.

Y el tercer Instituto lo considerábamos una reparación social. Hay en medio de esas cabecitas de niñas que forman en batallones innumerables en las casas de asilo, ojos que miran en el horizonte vacío, como recordando un bien perdido, ajenas a lo que las rodea, cuerpecitos rectos, con maneras distinguidas, que llaman la atención al pasar. Ellas acusan atavismo de raza. ¿De dónde han venido? Adónde van?

Ellas también buscan su centro, su medio. ¿Por qué no haríamos de ellas nuestras futuras Institutrices? ¿Por qué no seleccionarlas de entre la multitud de asiladas, y llevarlas a un Instituto donde se las prepara de una manera especial para esta carrera, con conocimientos completos de la Educación Femenil, Ciencias, Artes y Estudios de la Religión Católica que profesamos? ¿No podrían ellas muy bien reemplazar más tarde a las Institutrices Lectoras, compañeras de señoras solas y ancianas, que nos proporciona el extranjero?

Ellas podrían también encontrar una familia en nuestros hogares, cultos y cristianos: y si somos mujeres según el Cristo podríamos ayudarlas y dirigirlas en la formación de su vida individual que debe prepararlas para mezclarse al consorcio universal de la sociedad a que pertenecen, y que les debe esta reparación.

Conferencias de San Vicente de Paul y Hermandad de Dolores

Juana Solar de Domínguez.

Al hablar de las Conferencias de San Vicente de Paul y de la Hermandad de Dolores, no se necesita ni sería posible enumerar los grandes bienes que hacen estas obras tanto en el orden espiritual como en el temporal.

Las Conferencias de San Vicente de Paul, como todos sabemos, es una obra mundial cuyas ramificaciones se extienden por ciudades y pueblos, doquiera que haya una miseria que socorrer, una lágrima que enjugar. Por eso mira con particular predilección a las viudas que en su desamparo no tienen pan ni vestidos para sus hijitos pequeños.

Es, en cambio, la Hermandad de Dolores, obra enteramente nacional, que persigue análogos fines a la anterior, y que debemos amar con especial entusiasmo, porque la fundaron los padres de la patria en cumplimiento de un voto que hicieron en sus aflicciones desde la Isla de Juan Fernández, debe también estar asociada por sobrados motivos a la celebración de la Patrona del Ejército, Nuestra Señora del Carmen, cuyo centenario conmemoramos en este Congreso. El solo nombre de Hermandad de Dolores hace nacer en nuestros corazones sentimientos de compasión para con los pobrecitos enfermos que no encuentran, muchas veces, más alivio en sus dolencias que la palabra llena de ternura y pena, impregnada de esperanzas ciertas de que Dios tornará sus padecimientos en dicha de la persona caritativa que se llega hasta el lecho donde yacen inmóviles, consumiéndose por momentos.

A estas obras le deben toda clase de auxilios desde el pobre más menesteroso hasta la señora vergonzante, porque atienden las necesidades de ambos con la misma solicitud.

Siguiendo las máximas del Evangelio, sus asociadas ejercen la caridad cristiana en todas sus partes, ya valiéndose de la limosna material para conseguir el bien de las almas, ya acercándose a curar sus llagas, ya enseñándoles en las visitas repetidas la paciencia y conformidad con la voluntad de Dios en todas las penas y faltas de recursos.

Con cuánto gusto vemos en estas obras el acercamiento del rico al pobre que hace olvidar la distancia que casi siempre ven ambos entre unos y otros, y el agradecimiento con que reciben estos desheredados de la fortuna la caridad muchas veces anónima que alarga la mano con tanto respeto y tanta humildad que no puede humillar al que recibe su caridad. Y porque las socias de estas

obras están íntimamente penetradas del bien social inmenso que ejerce la caridad cristiana no se limitan únicamente a dar limosna sino que se preocupan primordialmente de emplear esa caridad como fuerza moralizadora del hogar ya que éste es el exponente de las costumbres de la sociedad. A este fin, entre otras cosas, se preocupan de que los matrimonios de sus protegidos no sólo se efectúen ante la Iglesia sino que también sean inscritos en el Registro Civil. Enseñan al padre de familia sus deberes religiosos ante todo; se esfuerzan porque sea un buen ciudadano católico que comprenda y practique las obligaciones civiles que tiene para con su patria. Les hacen resaltar la importancia de la energía del carácter para defender sus convicciones con entereza, sin desmayos ni cobardías a fin de que la buena causa no se exponga a perderse por ignorancia o debilidad. Les señalan y encarecen hasta tocar los límites de la majadería el deber que tienen los padres de familia de preocuparse de que sus hijos crezcan en estos mismos sentimientos de fe cristiana y patriotismo, de instruírlos y educarlos a la medida de sus recursos porque la educación es ahorro y acumulación de capital.

Hacen gran hincapié e insisten mucho en convencerlos de que las buenas costumbres se inculcan de una manera muy arraigada con *el buen ejemplo*, practicando las virtudes de hogar y odiando con todo el alma los vicios, en especial el alcohol que es el semillero de los demás. Les muestran cuánto hace degenerar la caída en ellos tanto en la parte moral como en la corporal y qué cúmulo de miserias y desgracias acarrean.

Tampoco olvidan, por cierto, estas obras de caridad cristiana a la mujer, sino que por el contrario, si cabe, la auxilian con más empeño para que ella sea la mujer fuerte del Evangelio. Por eso agotan hasta el último recurso encaminado a hacer comprender a la esposa que ha de ser la compañera asidua y laboriosa de los trabajos del marido ora ayudándole en sus faenas, ora economizándole en los mismos gastos ordinarios de la familia y procurando siempre ser el punto de atracción en el hogar para que el marido no sienta vacío al penetrar en él por la inutilidad de su esposa sino al contrario, que siempre la vea hacendosa, alegre, limpia, arreglada y cariñosa y pronta a acompañarlo en sus pesares y en sus distracciones y paseos, para que marchen unidos en todo, especialmente en la dirección de la familia. Le enseñan en resúmen el arte de hacer amable el hogar al marido.

Estas obras encaminan a las madres para que se dediquen a la formación de sus hijos desde pequeñitos. Las hacen penetrarse bien de que este deber les pertenece a ellas más de cerca y de que deben hacerlo con la ternura y firmeza que se necesita para ganarles la confianza hasta en los menores detalles, aun cuando les parezca que son insignificancias; en esos momentos es, cuando la madre puede conocer el carácter y la tendencia de sus hijos, y así evitará las malas compañías y los apartará con tino y prudencia de los peligros a que se ven muchas veces expuestos.

Estas obras de caridad cristiana llenan también otro vacío muy importante, que es, hacer comprender a los padres de familia, el esmero con que deben preocuparse de la higiene de sus hijos y de la clase de juegos a que se entregan desde pequeños, cosas que contribuyen muchísimo al desarrollo moral y físico de los niños.

En las escuelas y en sus conversaciones se ve prácticamente las consecuencias del descuido en esta materia.

Como se ve, pues, para decirlo en dos palabras, estas obras cuidan con esmero del pobre en su aspecto moral, intelectual y físico.

Al terminar este bosquejo, creo que se puede ver muy claro la importancia de estas obras, y que marchando de común acuerdo y trabajando con abnegación y por amor de Dios, encontraremos en él, aun tropezando con dificultades, un ancho campo para las obras sociales.

La ley del Matrimonio Civil en el pueblo

Josefina León Luco.

Reunido este Congreso en honra de la Patrona de nuestra Patria, la Santísima Virgen del Carmen: Congreso que hará época en la historia de la evolución social de la mujer en Chile, tendiendo éste en sus principales fines al mejoramiento de las costumbres y condiciones vitales del pueblo, y considerando que la causa primordial, la razón eje, ante la cual giran todas las otras, es la constitución de la familia, y por consiguiente como base de ella el matrimonio, he querido agregar un grano de arena a éstos propósitos, poniendo de manifiesto ideas y experiencia que me ha ofrecido mi modesta acción de Visitadora de los pobres de la Hermandad de Dolores.

No voy a hablaros, señoras, del matrimonio en sí mismo, del Sacramento, de esa institución sagrada que es el fundamento de la familia y del hogar, y la base de toda sociedad cristiana. No! voy a hablaros de esa ley que en hora desgraciada, sin tener en cuenta nuestras necesidades fué llamada Ley del Matrimonio Civil; de la cual si se la juzga por sus efectos, puede decirse con toda verdad que debió ser sugerida o engendrada por el mayor enemigo de nuestro pueblo. Perdonad, señoras, si al hablaros de esta Ley me salga de los límites de la moderación; pero, ¿qué queréis? son

tantas y tan profundamente tristes las escenas que he palpado, las lágrimas que he visto derramar, son tantos los hogares que he visto deshechos, a consecuencia de esta Ley, en los que, como si un huracán desvastador hubiera pasado por ellos, arrasándolo todo, y dejando sólo entre los escombros un montón de niños que piden pan y madres que sólo tienen lágrimas que ofrecerles. Cierro mis ojos, y al ver tanto cuadro de desolación y tristeza me lleno de indignación; todo mi ser se subleva y me digo: ¿cómo es posible que nos crucemos de brazos ante estos horrores? cómo es posible que nada hagamos para remediar tan profundos males? Será dable que no tenga solución este problema, que es un escarnio para nuestra sociedad y una vergüenza para Chile, como Nación?

¿Cómo tolerar que se mantenga una Ley que cual gusano roedor ha ido minando y destruyendo la familia y aniquilando la raza, esa raza que antes constituía nuestro orgullo y era la envidia de otras naciones? Me digo también: nuestros legisladores son hombres de corazón, pero, son *políticos*, y aunque muchas veces esta condición se sobrepone a la otra, apesar de que ellos la consideran de privilegio, tienen patriotismo y, para remediar este mal, este gravísimo mal, no se necesita más que de eso. Ellos quizás preocupados de sus negocios y ocupaciones no ven esta llaga, no llegan a este bajo fondo, a las honduras de la vida del pobre; si no lo remedian es nada más que porque lo ignoran. Hagámoselos conocer, digámosles: «oídnos, ved estos cuadros de horror y de miseria, ved esta hecatombe, ved estas llagas; en vuestras manos está el curarlas; olvidad un momento vuestras divergencias políticas, acordaos sólo de que sois chilenos. Son vuestras esposas y vuestras madres las que os lo piden, no os hagáis sordos a nuestras súplicas, es Chile entero el que habla por nosotras». Es esto, señoras, lo que debemos decirles, es a los corazones a los que debemos hablar, y si no lo hacemos es porque no amamos bastante al pueblo o porque hemos olvidado que la mujer puede todo lo que quiere, cuando lo que quiere es justo.

En mi modesta labor de Visitadora de los pobres tres son las principales causas que he podido observar como el origen del desastre de la familia a consecuencia de la Ley del Matrimonio Civil:—1.ª *Las dificultades que se encuentran en su ejecución.*—2.ª *La ignorancia del pueblo.*—3.ª *La proverbial indolencia de nuestra raza.*

1.ª —Las dificultades con que tropiezan en su ejecución.—¿Quién de nosotras, señoras, ya como hacendada, dueña de casa o simple benefactora no ha tenido que palpar las infinitas dificultades que encuentran los pobres al querer hacer la inscripción de su matrimonio, exigida por la ley, sobre todo en los campos? ¡Qué de veces aconsejado o mandado por nosotras recorriendo largas distancias han ido a la ciudad con la idea, que se les ha dado para alentarlos, de que la cosa es muy sencilla y se desocuparán pronto y pasan dos o tres días y no vuelven! ¿Qué les ha sucedido? El Oficial Civil no estaba en el pueblo, o les faltó un pequeño requisito

que ellos no sabían se les exigiría, o el testigo que les acompañaba se cansó de tanto esperar y se fué; en fin, cualquiera pequeña dificultad, que casi siempre es pequeña; pero, el caso es que abandonaron su casa, pasaron muchas molestias, hicieron gastos penosos y todo fué perdido. ¿Volverán otra vez estos pobres a pasar por estos sacrificios para conseguir algo que para ellos es nulo, algo que ni les quita ni les pone como generalmente dicen? no, de seguro que no.—Voy a citaros un caso concreto. Hace pocos días visitando un conventillo me encontré con una mujer jóven que tenía en sus brazos una criatura de pocos meses, la actitud de aquella mujer indicaba el sufrimiento y la amargura, siguiendo mi costumbre de preguntarle siempre si también se han casado civilmente, la interrogo, y me contesta: «No, señorita.»—«Y ¿por qué no lo ha hecho, cuando es algo tan necesario?»—«Voy a contarle el por qué. Soy huérfana, me crió una tía, con la cual vivía en Renca; cuando pensé casarme hicimos las diligencias que me dijeron en la Oficina del Registro Civil eran necesarias; hasta tuve que pedir permiso al Juez; hecho ésto arreglamos todo para casarnos en el mismo día por la Iglesia y el Civil. De la Iglesia nos fuímos al Registro Civil, pero, el Oficial nos dijo que no nos podía casar porque faltaba un pequeño requisito sobre el nacimiento de mi marido. Ahí tiene Ud.; tuvimos que venirnos a Santiago adonde mi marido tiene su trabajo».—«Y después ¿por qué no lo ha hecho?» «Muchas veces se lo he pedido,» – me contestó,—«y no quiere; se niega con cualquier pretexto»—y lanzando un hondo suspiro, agregó:—«ya no lo conseguiré, ya se entretiene con otra!»—Así como éste son infinitos los casos que se nos presentan a cada paso. Algo se conseguiría si los empleados de los Registros Civiles fueran más altruistas o siquiera patriotas, si pusieran algo de su parte por dirigirlos, enseñarles, darles facilidades a los pobres para lo que deben hacer; pero, lejos de eso, se encasquetan en la ley como los caballeros feudales en sus castillos, y al que no da el santo y seña, rigurosamente convenido, no se le tiende la mano ni se le franquea el paso.

2.ª —La ignorancia del pueblo.—Talvez un diez por ciento de la clase popular sabe lo que es la ley, los fines que persigue y las consecuencias que acarrea su no cumplimiento; la inmensa mayoría lo ignora por completo. Los pocos que algo la conocen la comprenden sólo a medias y no le dan el verdadero alcance que tiene, ¿cómo puede esperarse algo más de gente sin ninguna cultura? a lo cual se agrega que nuestro roto es muy ladino y tiene un talento especial para no ver ni querer comprender lo que va en contra de sus deseos y pasiones. De ahí que se empecine en no querer ver en el matrimonio civil más que una puerta de escape que les permita, cuando sus deberes de padre y esposo se les hacen ya pesados, ir con toda tranquilidad a formar un nuevo hogar, a donde la vida se les presenta más a su gusto, y esto lo hacen sin el menor escrúpulo, sin ni siquiera un remordimiento de conciencia, y hay muchos que proceden de buena fe; parece increíble, pero es la verdad.

En una ocasión fuí llamada para un enfermo que solicitaba los auxilios de la Hermandad de Dolores. Vivía en una calle del barrio Independencia, de esas que más que calles parecen acueductos de cieno, en un conventillo de lo peor que es imaginable. Al borde de una acequia infecta había una covacha, que no era pieza aquella, una verdadera cueva oscura y húmeda. En ella había tres hombres, dos fumaban tranquilamente y el otro, que era el enfermo, estaba tendido en un lecho miserable y sucio; en su aspecto se notaban las características de una tuberculosis ya avanzada, al pie de la cama se encontraba una muchacha como de dieciocho años, rozagante y llena de vida, parecía una fresca rosa brotada en medio de un lodazal.

Todo daba frío en ese ambiente, al dirigirme a ella para darle las instrucciones del caso, le dije: «¿Qué es Ud. del enfermo, es su hermana o su hija?—Bajó los ojos, conturbada, y nada me respondió; entonces con la mirada me dirigí al enfermo y éste me contestó: «No es nada, no es pariente; es una niña con quien quiero casarme».—Comprendiendo la situación, y más que todo, para ganar tiempo y ver cómo salvar esa pobre víctima, le dije:—«Si lo quiere puedo hacerle las diligencias necesarias, iré donde el Cura; le hablaré, él vendrá a hacerle una visita y le arreglará todo». «No»—me replicó,— «eso nó; no quiero nada con los Curas». «¿Y por qué? acaso no es Ud. católico? —«Sí»,—me dijo. «¿No es Ud. creyente?—«Sí, pero nada quiero con ellos».—«De otra manera no pueden Uds. casarse»—le dije. Entonces uno de los hombres que allí había, le dijo: — «¿Por qué no le dices a la señora que eres casado con otra por la Iglesia?» Me propuse convencer a esos infelices de la imposibilidad moral y legal que hay en casarse con una por la Iglesia y con otra por el Civil; que ésto era una trasgresión a las leyes divinas y humanas, que era la consumación de una gran maldad; al decir esto, me interrumpió el enfermo:—«No, no es malo, porque si así fuera no habrían hecho la ley, y la ley es para eso.—«Y todos ellos agregaron: —«Sí, se puede casar con una por la Iglesia y con otra por el Civil».—Agoté mis argumentos para convencerlos, pero todo fué inútil; no querían conocer la verdad porque no les convenía.

3.ª —La indolencia proverbial de nuestra raza. Esta es otra de las causas que influyen grandemente para que el pueblo rehuya el cumplimiento de esta ley. Conocida es la indolencia, la falta de apego a la vida en nuestro pueblo, y como consecuencia de esto el desinterés con que mira todo lo que significa bienestar o mejoramiento de sus condiciones de vida, nada les importa, todo les es indiferente fuera de la satisfacción de sus vicios y de las necesidades del momento; viven para hoy, el mañana no existe para ellos. Conocidas estas características tan acentuadas en nuestro pueblo se comprende fácilmente que se resistan a cumplir con algo que les es difícil, les quita tiempo y dinero, y según ellos, no les deja nada, porque dicen:—«¿Qué nos importa que dentro de algunos años se consideren legítimos o no, a nuestros hijos, cuando

de ello no se saca ningún provecho? Eso está bueno para los ricos que tienen bienes de fortuna que dejarle a sus hijos! pero no para nosotros que nada tenemos, ni nunca tendremos; no vale la pena mortificarse por un bien tan remoto».

Muchas y muy largas consideraciones podría haceros, sobre este mismo tema, pero, son tan sabidas y debéis estar tan penetradas de ellas, que me parece inútil ocupar vuestra atención sobre esto; es preciso obrar, trabajar, hacer algo, tocar las campanas, llamar a rebato a las mujeres de Chile entero y decirles que se trata de la salvación de nuestros hijos y del pueblo. Unámonos en un clamor que sea, a la vez, una oración que llegue al cielo cuyo eco caiga sobre nuestros gobernantes y legisladores y si es preciso, doblemos la rodilla ante ellos que, para tan gran bien, todo sacrificio es pequeño. Y digásmoles:—«Venid con nosotras a las calles y plazas, a las cárceles y hospitales, poned vuestro oído en el corazón de esos niños, de ese inmenso número de niños, abandonados, y ellos os dirán: somos los hijos de la Ley del Matrimonio Civil, somos vuestras víctimas... que las generaciones venideras no lo tengan también que repetir. Oídlos a ellos y a nosotras, a toda costa queremos la reforma de la Ley del Matrimonio Civil, pero, una reforma sana y bien intencionada».

LA CRUZ ROJA

Carmela Prado de Pinto C.

I. *Introducción.*

Si consideramos la guerra, que azota en estos momentos a los pueblos de la tierra más ricos en cultura; a los pueblos que nos servían de guía en la lucha en pro de nuestra perfección social y nacional; vemos que toda la capacidad humana, en cualquier campo que se la considere, concentra sus energías, su inventiva, su perseverancia, para borrar de la faz de la tierra hasta el rastro de sus adversarios. Vemos que todo el poder material e intelectual, aun el moral, acumulados por la humanidad en su lucha secular por el progreso, ha sido encauzado por la senda que conduce a la destrucción y a la muerte. Ningún campo de actividad, ni ningún medio de destrucción, han sido olvidados. En la tierra, en el mar, en los aires, todo lo que alienta es hostil y amenaza de muerte al enemigo. Todo amenaza la vida; desde el soldado que, fusil en mano, apunta directamente a su adversario, hasta el sabio que en apartado gabinete ensaya un nuevo gas mortífero o un esplosivo que supere por su potencia a todos los conocidos. En ese vasto escenario en que todo tiende a la destrucción, aparece

como excepión una actividad que se esfuerza por contrarrestar, ese furor de muerte que alienta a los hombres, y hasta las cosas de la vieja Europa; que se esfuerza por aliviar los dolores, disminuír las bajas, reconstruír los restos humanos despedazados por la metralla. Esa excepción la forma el servicio sanitario, ayudado en forma eficaz e irreemplazable por la *Cruz Roja*, cuya entidad, en incipiente marco, representa entre nosotros la institución de la *Cruz Roja de las mujeres de Chile.*

II. *Razón de ser de la Cruz Roja.*

En estas guerras de hoy día, los ejércitos que vemos desfilar cada año en el aniversario patrio, pasan a constituír una parte pequeñísima de las masas armadas que las naciones, grandes o pequeñas, ponen frente a frente para defender sus fueros o su existencia, para imponer sus anhelos de hegemonía o su sed de dominación; y, en la misma forma, los servicios sanitario adscritos a los ejércitos de paz, se diluyen en la masa considerable de soldados que cada uno moviliza, en armonía con su población, y por más que sus elementos individuales sean de una preparación técnica superior, aunque multipliquen su actividad y abnegación, aparecen impotentes para luchar con éxito, para aliviar la masa siempre creciente de heridos y enfermos que afluyen en raudal inagotable de todas partes: del mar, de la tierra y hasta de los aires, de donde se precipitan momento a momento, víctimas innumerables, escogidas, entre los más valientes, de los valientes de todos los pueblos y naciones.

La Cruz Roja arranca pues, su razón de ser, de la necesidad de auxiliar a los servicios sanitarios de los ejércitos, abrumados por una labor siempre mayor, cada día más exigente, como lo veremos al tratar del papel de la *Cruz Roja* en tiempo de guerra.

III. *La Cruz Roja en la paz.*

Esta institución, destinada a prestar sus servicios en la guerra que todos abominamos, pero que suele llamar a nuestras puertas, cuando menos lo pensamos o queremos, tiene que estar siempre lista, preparada, para cumplir debidamente el abnegado ministerio que se ha impuesto. Tiene por ello, que prepararse en la paz, siguiendo un muy conocido aforismo que, en nuestro lenguaje corriente podríamos traducir diciendo que, lo que no se ha aprendido de antemano no se podrá aplicar con buenos resultados cuando llegue la ocasión, con tanta mayor razón si se trata de una materia tan complicada e importante como es la atención médica de los enfermos y si se la ha de poner en práctica en circunstancias en que todo es turbación, novedad, azar, peligro. Y, en esta materia, la falta de preparación del elemento auxiliar se traduce en la muerte de millares de seres que debieron vivir, que constituyen la flor del ejército y que han caído cumpliendo doblemente su deber, al arrostrar los primeros golpes del adversario.

Y, en vista de ese deber, lejano y problemático, si se quiere, la *Cruz Roja* procede a prepararse en la paz. Y esta preparación de las asociadas de la *Cruz Roja* no se ejecuta sin dejar al propio tiempo huellas profundas, visibles, de una labor social de gran repercusión y alcance. Las alumnas, preparadas teórica y prácticamente en curso de dos años de duración, efectuado bajo la sabia dirección de abnegados y competentes profesores del cuerpo médico, se inscriben enseguida para trabajar en el dispensario que ha abierto la *Cruz Roja* y donde, día a día, batallan por la salud de centenares y miles de víctimas con que, la lucha por la vida y la ignorancia de las masas, siembra el camino que sigue nuestro pueblo en su desarrollo. Más de 30.000 curaciones ha practicado nuestro dispensario en sus dos años de existencia. Cifra tan enorme corrasponde con creces a las bajas de una de esas grandes batallas que nos llenan de estupor y espanto, y que nos conmueven hasta lo más hondo, a pesar de tratarse de extraños y de pueblos muy lejanos. Treinta mil heridos ha atendido nuestra Institución en dos años de existencia y, para los que conocen el fatalismo que anima a nuestro pueblo; la incuria que lo distingue; la ímproba labor de nuestros hospitales; la necesidad, para el pobre, de afrontar, a un enfermo, la lucha diaria por su sustento y el de los suyos, tan numerosos en el hogar humilde; aparecerá evidente el valor de la tarea realizada, los desenlaces fatales y las agravaciones que nuestro dispensario ha evitado, a despecho de la creencia, en un principio muy entendida, de que nuestro anhelo obedecía a un espíritu de pueril imitación destinado a dar sus frutos, según se decía, sólo en el caso de una guerra que no habría de llegar jamás....

Esta sola cifra apuntada, bastaría para hacer a nuestra Institución digna de estimación, de estímulo y de ayuda, si, indirectamente, su labor no repercutiera benéficamente en otra obra social en que se encuentran empeñados los chilenos más previsores y patriotas: en la educación de nuestro pueblo. La rama concerniente a la higiene pública y privada, ha sido tan descuidada, que ha llegado a ser una de las causas más evidentes de las infinitas plagas que nos circundan y de la inmortalidad infantil que siega en flor, en plena promesa, la descendencia de una raza fuerte, de gran unidad, y que habremos de reemplazar por injertos de otras nacionalidades, si no queremos quedar rezagados en el crecimiento de los pueblos de América y resignarnos a desempeñar el papel que a los pueblos más grandes y poblados se les antoje asignarnos en este continente en que antes sobresalíamos por el empuje y unidad de nuestra raza. Pues bien, en esta tarea, la obra social aludida, tiene una cooperadora eficaz en la asociación de las damas de la *Cruz Roja,* las cuales, por la instrucción derivada de su misma especialidad, se encuentran en estado de ejercer influencia permanente en sus hogares y en el de sus relaciones y en la manera de ser de los miles de heridos que pasan por su dispensario llevando consigo el doble reconocimiento de la salud y del consejo, dados nobles y desinteresadamente.

IV. *La Cruz Roja en la guerra.*

Aun las mujeres, que poco o nada entendemos de milicia, sabemos que los ejércitos que combaten en Europa se extienden y dilatan en líneas que van de mar a mar, que se prolongan por sobre los puente de las naves de guerra y aun por los caminos intangibles del espacio; que esos ejércitos son mucho más grandes que los del tiempo de paz; que son tan enormes que causan la impresión de englobar a la nación entera, como las antiguas armaduras ceñían todos los miembros de un guerrero; esos ejércitos, que cuentan sus unidades por miles y sus soldados por millones, se combaten en campos de batalla que no tienen límites en el espacio ni el tiempo; las armas más diversas y poderosas preparan los ataques, que se suceden segundo a segundo; y, la preparación, consiste en destruír toda resistencia, todo ser viviente; así se multiplican las bajas y el campo no se considera inerme sino cuando ha sido convulsionado hasta en sus entrañas y ha quedado sembrado con los muertos y heridos de todos los valientes que lo defendían. Imaginad el mejor servicio de sanidad, el más completo; pensad en esos regimientos que atendidos por tres cirujanos y unos pocos enfermeros quedan reducidos, después de la batalla, de 3.000 hombres a unos cuantos grupos. El 20, el 30, el 50 y más por ciento suele representar las bajas de una unidad que ha combatido en las primeras filas y ha debido encabezar o resistir el asalto. Esas bajas suman centenares y miles de heridos que antiguamente morían en proporción aplastante y que la ciencia médica hoy día, en lucha con la imaginación destructora del hombre, consigue conservar, volver casi en su totalidad a la vida; la capacidad quirúrgica del cirujano ha llegado a tal extremo que puede casi jactarse de que, individuo que no es muerto en el acto, es individuo que no debe morir, que puede salvarse si es oportuna y correctamente atendido. Y se comprende entonces la responsabilidad inmensa que contrae la nación para con esos heridos que le han ofrendado desinteresadamente todo, incluso su sangre. Si aceptamos que todos los caídos, casi todos, pueden ser salvados, y no lo son, equivale a decir que, perdonados por la metralla enemiga, han sido rematados por nuestra propia desidia e indiferencia! ¿Comprendéis entonces la tremenda responsabilidad del Gobierno, de la Nación, de todos los que no combaten ni exponen su vida en los campos de batalla, para con los que luchan, caen y riegan con su sangre el campo donde se decide de nuestros destinos? En esa tarea salvadora, en ese deber sagrado, las voluntarias de la *Cruz Roja* que han aprendido su oficio en nuestro modesto dispensario, acuden en auxilio del cuerpo médico, que acompaña a los ejércitos mientras avanzan, que efectúa las primeras curaciones, las decisivas, bajo el mismo fuego, en la propia zona en que se confunden las fuerzas de amigos y enemigos. Allí un poco atrás, aparecen las voluntarias de la *Cruz Roja* para secundar,

continuar su obra,hacerse cargo de los miles de heridos que los servicios sanitarios de primera línea tienen que ir dejando atrás al continuar su marcha incesante en pos de los ejércitos que, a su vez, marchan también incesantemente en busca de la victoria y de la muerte.

Y aquí tenéis resumida en la paz y en la guerra, la labor modesta y sin brillo de nuestra Institución. Batallando en la paz para conservar a la patria soldados fuertes y sanos. Luchando en la guerra para que la labor del cuerpo médico no se malogre y todos los heridos se levanten nuevamente, para combatir de nuevo, si así lo exige la suerte de la Patria; para reanudar, después del triunfo, la misión reconstructiva que a cada uno corresponde en el bienestar y progreso de su país; tarea, en que nosotras humildes colaboradoras de designios muy altos, salimos de nuestro hogar para luchar activamente por la salud y la vida de los que han caído en su defensa, al combatir heroicamente por la integridad de la Patria.

Cruz Roja de las Mujeres de Chile

en Concepción

Ernestina Muñoz Fuente Alba.

Respondiendo a un caritativo y patriótico llamado de la señora Sofía Montalva de Andrews, el 29 de Junio de 1917 se congregaron en los salones de la Intendencia las que, junto con quien golpeara a sus corazones, habrían de ser fundadoras en Concepción de la «Cruz Roja de las Mujeres de Chile».

Justo sería recordar los nombres de todas las personas que en ese día acudieron a la cita, mas la brevedad de esta reseña sólo permite anotar a las que formaron la junta directiva o administrativa de nuestra naciente institución.

Fueron ellas el señor Intendente de la provincia don Rodolfo Briceño, cuya galante asistencia acentuó el carácter enteramente nacional de nuestra Cruz Roja; el Iltmo. señor Obispo electo de Ancud Rvdo. Padre Antonio Castro y el doctor señor Arturo Brito, grupo este último que simboliza la norma de nuestras tareas: restañar las heridas del alma y del cuerpo.

Bella misión en la cual debemos, por la humanidad doliente, desplegar todos nuestros esfuerzos en una estrecha unión y comunidad de miras, con absoluto desprendimiento de nuestra propia

personalidad. Porque cuando la caridad anima a un alma, ésta en todas partes hace prodigios.

Es la institución nuestra, entonces, escuela donde se difunden los más altos sentimientos humanitarios y se atan lazos indestructibles, de perdurable armonía entre sus miembros.

Debemos en la paz vivir al lado del lecho del que sufre, no sólo para cicatrizar la herida del cuerpo, guiada por la mano experta del cirujano, sino también para derramar el bálsamo del consuelo y de la cristiana resignación que alivia y reconforta el espíritu y lo eleva a las regiones superiores en que el bienestar ajeno es la aspiración suprema y que es y debe ser la de nuestros corazones.

Y cuando la patria reclame el sacrificio de sus hijos, será en el hospital de campaña donde flameará nuestra Cruz Roja, y allí, al lado del héroe, pagaremos nuestro tributo de amor a Chile y rendiremos a la humanidad toda, con nuestra abnegación y sacrificio, el afecto y ternura que Dios puso en el corazón femenino.

Es, pues, noble, grande y cristiana, la misión que se nos ha pedido cumplir. Ciertamente que a ella dedicamos con entusiasmo nuestros desvelos y constancia, y sin vacilaciones de ningún género, porque es dulce y hermoso enjugar las lágrimas del dolor, como es noble y grande restañar la sangre que mana de la herida gloriosa del defensor de la patria, de su bandera y de sus glorias.

Rindamos un homenaje a quien en un generoso impulso nos llamó a la labor.

Bien se sabe que me refiero a quien fué aclamada nuestra presidenta, y que buscando un puesto modesto entre nosotras, pero de ruda tarea, es hoy nuestra inspectora.

Digamos que está ya organizada nuestra institución. Va segura al cumplimiento de su abnegada y sublime misión.

Su directorio lo componen: presidenta, señora Ana I. Alamos de Miranda; vicepresidenta, señora Leonor Mascoró de Costa; tesorera, señorita Margarita Romero; secretaria, señora Juana Huidobro de Fuenzalida; prosecretaria, señorita Filomena Urrejola L.; inspectora de enfermeras, señora Sofía Montalva de Andrews; ayudantas de la inspectora, señoritas María Romero Hodges y Ernestina Muñoz Fuente Alba; administradora del dispensario, señorita Zoila Espinosa; subadministradora, señora Laura Reyes de Urrutia; cirujanos instructores, señores Arturo Brito y Enrique González Pastor, y capellán el Iltmo. señor Obispo electo de Ancud Rvdo. Padre. Antonio Castro.

Son delegados del Ministerio de la Guerra el general señor Eduardo Ramírez W. y el comandante señor Manuel Lazo, y como delegados civiles los señores Alfredo Larenas y Benito Benimelis.

Leídos y aceptados los estatutos, nuestra institución fué solemnemente inaugurada por el doctor señor Juan Eduardo Ostornol el día 13 de Julio del año último, y el 1.° de Agosto del mismo año se daba comienzo a los cursos de instrucción que, divididos

en dos, corre el *A* a cargo del doctor señor Brito, y el *B* a cargo del doctor señor González Pastor.

Anotemos como signo evidente de la prosperidad de nuestra institución, el anhelo de todas nosotras para llenar sus elevados fines, el entusiasmo siempre creciente con que se asiste a los cursos, en los cuales nos ha sido dado observar ya operaciones de tal naturaleza que, podemos decir, sin temor de equivocarnos, que en un futuro no lejano, rendiremos a nuestros semejantes toda una suma tal de conocimientos, cual la atención exigida por quienes hoy, con digna dedicación, difunden entre nosotras su ciencia y su alta preparación.

La entusiasta y benévola cooperación de la Rvda. Madre. Superiora del Hospital, abriendo generosamente sus salas, nos permite practicar y laborar para el mayor progreso y bien de nuestra institución.

Pensemos que así, dirigidas por la ciencia y por la Religión, cuyo representante entre nosotros nos muestra al Padre de todos sufriendo por sus semejantes, pensemos, digo, que esta institución, así como la bandera de la patria reúne en torno de sí a todos nuestros hermanos, nos habrá de llevar a cobijarnos a todas las chilenas, sin distinciones de ninguna especie, a la sombra de la bandera de la Cruz Roja y de nuestro bello tricolor.

La causa de Dios pide actividades intensas, denodadas e inteligentes

Rosa Prats de Ortúzar.

Trillado lugar común es lamentarse de los males que aquejan a la edad presente; considero más útil, a la vez que más alentador y práctico pensar que, si calamitosos son nuestros tiempos y abundantes en todo género de elementos demoledores, no lo son menos en valiosas y desinteresadas energías, prontas a derrocharse sin medida en servicio de la gran causa social.

Ocioso sería enumerar los errores que conmueven a la sociedad moderna; bástenos decir que todos ellos están unidos por un vínculo común, obedecen a una misma consigna: *Odio a Cristo, guerra a muerte a su Iglesia.* Y, ¡cosa característica de los tiempos! todos ellos también, con la cabal comprensión de la potencia que como agente social entraña la mujer, tratan de hacerla suya a toda costa. Y ella ¿qué hace entre tanto, qué actitud asume? Porque forzosamente habrá de asumir alguna: las entidades sociales negativas pasaron a la historia.

Una de las fuentes más seguras de orientación para el porvenir es, sin duda alguna, el estudio de lo pasado. Abramos, pues, la historia; en ella hallaremos monumentos inconmovibles, vivísimas luces que nos ilustrarán con más claridad sobre la materia que los más elocuentes discursos.

Criada por Dios como compañera del hombre, la mujer no perdió con el pecado su carácter de tal, y, aunque declarada después subordinada suya, conservó intacta su personalidad. Ambos cayeron, ambos fueron declarados culpables, ambos castigados y a ambos prometió Dios un Libertador, asociando a la mujer en la obra de la redención en la forma más amplia y magnífica.

Triste, tristísima fué la condición de la mujer después de la caída, más dolorosa aún, si cabe, que la de su compañero... Pero llegó, por fin, al mundo el Libertador esperado durante cuarenta siglos, Aquél a quien estaba reservado llevar a cabo la revolución más trascendental que haya presenciado y presenciará el mundo: Jesús, el divino Fundador de la Religión cristiana. Mas, si grande y profunda fué la divina acción del cristianismo a favor de la humanidad en general, su influencia dejóse sentir incomparablemente, más misericordiosa y bienhechora tratándose de la mujer en particular. Ella, a la verdad, ha sido redimida dos veces por Jesucristo: una con la redención general, ordenada a la salvación, y otra con la redención social, peculiar a ella sola, la cual la restableció en su dignidad primitiva de compañera del hombre y, en muchos puntos, igual suya.

Pero todo lo hecho por Cristo a favor de la mujer no bastaba a satisfacer los amorosos designios de su corazón. Aunque toda gracia y fortaleza vienen de El, quiso, no obstante, colocar a su lado el ideal de la perfección puramente femenina, y presentar en él a la mujer un modelo perfectísimo para todas las edades y condiciones de su vida: este modelo es María, Madre de Jesús.

No queramos ver en ella, en estos momentos, a la obra maestra del Altísimo, que arrebata de admiración a los ángeles y recrea las miradas de Dios mismo, sino a la *mujer fuerte* que, consciente de la misión que Dios le ha impuesto, se consagra a llenarla con todos los ardores de su alma. Hela ahí en el templo compartiendo con las labores propias de su sexo los momentos que no dedica a la oración; y en medio de aquella vida de contemplación y trabajo aun hallaba tiempo para entregarse al cultivo de las letras.

San Ambrosio le atribuye la perfecta inteligencia de los Libros Sagrados y San Anselmo afirma que poseía a fondo la lengua de Moisés. María consagrábase, pues, al cultivo de todas las energías de su ser, elevándose, mediante ello, más y más a una subidísima perfección.

¿Y qué decir de su vida en Nazaret, en Egipto? ¡Con cuánto amor aceptó aquí y allí la condición humilde a que la había hecho descender la Providencia y cuán elocuentemente nos probó con su ejemplo que la verdadera grandeza no depende del medio exterior

de nuestra actuación, sino de las condiciones morales de que estamos dotados!

Mas, aquella vida de privaciones y trabajos no era sino la sombra más tenue del dolor. Contemplémosla al pie de la Cruz, en donde muere como un infame su Hijo y su Dios. «Pero no creamos que la Madre Santísima del Redentor haya sido llamada allí únicamente para que su corazón se desgarre de aflicción, no; la Providencia tenía más altos designios respecto a aquella acongojada Madre: ella debía ser allí, no sólo inmolada con la divina Víctima, sino también *asociada* al misterio que se obraba con su muerte».

He ahí brevísimamente diseñado el plan divino respecto a la mujer, plan que trastornado y conculcado más tarde por las leyes y las costumbres, fué restablecido después en toda su amplitud por la divina doctrina de Cristo.

Luego, si fué el cristianismo el que restableció a la mujer en su calidad de ser inteligente y libre, esto es, con la dignidad, deberes y derechos inherentes a su condición de *persona,* el mismo cristianismo exige que ella sea educada para el deber y la responsabilidad, no sólo para orar y obedecer, para la lucha y la resistencia, para las virtudes activas y pasivas, en una palabra, para la vida moral completa. ¿Por qué decirnos entonces, que para que la mujer cumpla su misión, a la luz del cristianismo, le basta con la oración? Bastaríale, indudablemente, si su oración fuese aquella de que decía Suárez: «Cambiaría yo toda la ciencia del mundo por un cuarto de hora de oración»: pero, desgraciadamente, las personas capaces de tal concentración de alma en Dios son hoy día muy escasas. Y, por otra parte, ¿por qué no emplear igual dialéctica tratándose del hombre?

No; es menester no hacerse ilusiones; la piedad intuitiva, sentimental no basta; la agobiadora fuerza de los hechos pone todos los días en evidencia que para que la Religión pueda guiar hoy día, no digo a la sociedad, ni siquiera a la familia, sino tan sólo a la propia existencia, necesita ser una convicción firme, arraigada, enérgica, refractaria por hábito y principio a toda influencia extraña. Por esto, si el movimiento del siglo tiende a ampliar y difundir la cultura de la mujer, felicitémonos como de un triunfo y digamos llenas de entereza: «Tratándose de combatir la ignorancia y sus fatales consecuencias, no permitimos que nadie nos aventaje». Revistámonos, sí, de la coraza de la fe, fortifiquémonos con la fecundadora llama de la oración, pero armémonos también de la espada del razonamiento. Sólo así lograremos, no ya tan sólo defendernos, sino también hacer nuevas conquistas.

Este último punto es digno igualmente de la más seria atención. No basta que la mujer sea esposa modelo, madre ejemplar, mujer de hogar intachable; el radio de acción suyo, como elemento social, es mucho más dilatado. No se trata, en la actualidad, de que aquélla haga frente tan sólo a las responsabilidades, ya fuesen

propias o con relación a la familia, sino de las contraídas frente a la gran entidad social... Sólo el exacto concepto del deber, en este sentido, evitaría aquellas inconsecuencias morales de que tantas veces ofrece triste espectáculo la mujer católica, *piadosa aún* y que frecuenta el mundo—delicada dualidad por cierto—entre sus ideas y actos privados y su vida exterior y actos públicos.

Pero este apostolado en cierta manera negativo, no podrá satisfacer a la mujer verdaderamente católica. «Lo que se os ha dicho al oído, publicadlo en los tejados». Mas, ¿cómo, de qué manera le será dado colaborar activamente en la obra social? ¿Cuál habrá de ser el género de acción que le corresponda, cuáles sus armas de combate, cuál su círculo de actividad? ¿Deberá seguir limitándose al alivio y prevención de las necesidades y dolencias físicas y materiales y, mediante ello, elevarse a las almas, objetivo único de su apostolado? ¿O podrá, o más propiamente, deberá, terciar también en el terreno de las ideas y, después de haber hecho ilustradas y firmes sus propias convicciones, tratar de comunicar tan precioso bien a los demás?...

Es un hecho generalmente reconocido que una de las más formidables armas de la impiedad moderna la constituyen los medios de propaganda, entre los cuales se alza la prensa como el factor de difusión por excelencia. Las publicaciones, ya abiertamente impías, ya simplemente neutrales invaden nuestro país de uno a otro extremo, ya en hojas populares, ya en diarios y revistas destinadas a los altos círculos sociales. Y, en contraposición ¿qué hace la prensa católica, qué hace sobre todo la mujer, puesto que de ella me ocupo en este momento, para poner diques a tan devastador torrente? ¿Bastará que la mujer católica de la alta sociedad se abstenga de colaborar en la aludida prensa, la proscriba de su hogar, tanto cuanto su autoridad en él lo permita, se niegue a contribuír directa ni indirectamente a su difusión? El más vulgar sentido social y cristiano prescriben que la mujer católica, consciente de sus deberes, no se limite tampoco a aquella acción negativa. El deber social exige que la aristocracia de la sangre, del dinero y del talento profundamente persuadidas de la responsabilidad que les alcanza en la obra de disolución social llevada a cabo por la prensa impía o neutra, elaboren juntas un plan de acción, aportando cada cual a él los elementos de que dispone, oponiendo, de esta manera, a la fuerza la fuerza, a la publicación solapada o francamente impía, la publicación abiertamente católica. Mas, para que tal cruzada no resulte irrisoria sino lo más eficiente posible, la publicación a que aludo deberá de ser ofrecida al público en condiciones tales, que por su forma y fondo, por las cuestiones en ella ventiladas, las plumas que allí colaboren, por su mérito ideológico, literario, social, artístico, se sobreponga sin esfuerzo a todas sus similares. Este órgano deberá tratar francamente todas las cuestiones religiosas, sociales, literarias, artísticas del día, y aun las económicas y políticas, siempre que unas y otras tengan algún punto de contacto con la cuestión

religiosa o social; dilucidarlas con criterio amplio, ilustrado, sereno, sin exagerados exclusivismos ni torpes e imprudentes concesiones. Puesto que dicha publicación sólo tendría por objeto poner atajo a la obra demoledora de sus rivales, resultaría inútil si no aventajase a las mismas que pretende derribar.

«¡Esto es irrealizable!», se dirá: las intelectualidades católicas, tales como la obra las requeriría, están hoy día en crisis... semejante cruzada demandaría un enorme desembolso de dinero y sacrificios de todo género...

Indudablemente; la obra es magna y magnas también las dificultades con que habrá de estrellarse. Pero ¿no tendría derecho la causa católica, la santa causa de Dios, para exigir se haga en beneficio suyo siquiera lo que el enemigo exige de sus adeptos para combatirlas y que éstos le dan con entera generosidad?... Pero, a la verdad, nosotros servimos a Dios como de limosna, sólo le damos lo que nos sobra y en el momento que nos place. ¡Cuán pobre concepto tenemos de lo que es en sí el servicio de una causa! Toda causa—¡cuánto más la causa de Dios!—pide voluntades prontas, abnegadas, conscientes; esfuerzos generosos, perseverantes; actividades intensas, denodadas, inteligentes; y todo ello, ejercido en tan estrecha e indisoluble unión, como la altura de ideal lo impone. Cada cual está en el deber de hacer dar el más alto rendimiento a los talentos que Dios le ha confiado, ya consistan éstos en salud, dinero posición social, inteligencia.

No necesito agregar que el órgano de prensa propuesto deberá además ofrecer amplia y segura garantía doctrinal, lo que impone necesariamente tome la alta dirección de él un sacerdote de especial versación en la materia cuyo autorizado prestigio mantenga allí, juntamente con una inviolable adhesión al ideal propuesto, cohesión y fuerza en las actividades a tal obra consagradas.

Tengamos presentes las palabras de León XIII: «Es menester estar siempre en acción». Que la nuestra sea enérgica y firme y, a la vez, discreta y prudente. De la mujer depende el porvenir, pues ella tiene en sus manos la familia, y, ya sabemos que: cual es la mujer tal es la familia; cual es la familia, tal la sociedad.

El feminismo sin Dios y sus resultados

Amada Quiróz Muñoz.

Los seres que forman la familia, lo mismo que los que forman el estado y los que forman el Universo, no pueden llenar sus funciones ni conseguir su fin sino en tanto que el orden existe entre ellos, y el orden no puede existir entre ellos, sino por el equili-

brio de las fuerzas y de los poderes. Era, pues, necesario que el hombre y la mujer, seres de la misma naturaleza y de la misma especie, pero tan diferentes el uno del otro por sus cualidades y sus condiciones, pudiesen equilibrarse y armonizarse entre sí. Esto fué lo que hizo la sabiduría del Creador al formar a la mujer tanto más poderosa que el hombre por sus atractivos y sus gracias, cuanto que el hombre es más poderoso que ella por la fuerza y por la autoridad.

En efecto, la mujer, más débil que el hombre como ente físico, es más fuerte que él como ente moral. De derecho, el hombre es quien debe mandar a la mujer, supuesto que es su superior pero, de hecho la mujer consigue casi siempre atraer al hombre a su voluntad, imponerle aun sus mismos caprichos y dominarle. Aun cuando él es tan perfecto como Adán, tan fuerte como Sansón, tan astuto como Sísara, tan piadoso como David, tan sabio como Salomón y tan feroz como Holofernes, acaba casi siempre por dejarse arrastrar por la mujer, por someterse a ella y obedecerle.

El hombre, como poder independiente, considerado frente a frente de la mujer, depende de ella más de lo que cree. A pesar de darle sus órdenes, cede, sin apercibirse de ello, a su ascendiente, y sufre su dominación; y de aquí nace el fenómeno moral que todo el mundo y aun la misma Iglesia reconoce como un hecho incontestable, de que la moralidad o la inmoralidad de la mujer se reproduce más fácilmente en el hombre, que la moralidad o la inmoralidad del hombre en la mujer.

Este inmenso y terrible poder moral de la mujer sobre el hombre, para modificarlo según su modo de pensar, y hacer que él sea lo que ella es, lo ha consignado la Sagrada Escritura en los términos más claros y enérgicos y dice:

«El hombre se hace malo por un reflejo de la maldad de la mujer».

«Toda maldad es una cosa muy pequeña en comparación de la maldad de la mujer cuando ella es mala».

«El hombre que tiene una mujer mala tiene una llaga en el corazón».

La misma Escritura Santa nos presenta a Job quejándose de que la mujer había seducido su corazón y el mismo sagrado libro nos manifiesta el corazón de Salomón seducido y arrebatado por las mujeres.

Pero, según el mismo código divino, la mujer religiosa y honesta es tan poderosa para el bien como la mujer sin religión ni pudor lo es para el mal y dice:

«¡Oh cuán rica herencia es tener una mujer buena! Esta es la mayor recompensa que el hombre puede recibir en la tierra por sus acciones virtuosas.

«La belleza de la mujer buena regocija y embellece su casa, como el sol al nacer embellece y regocija al Universo.

Es una lámpara colocada sobre un alto candelabro, que esparce en torno suyo el resplandor de la santidad.

No os separéis de la mujer buena y santa que os ha cabido en suerte, en el temor del señor; porque la gracia de su pudor vale todo el oro del mundo».

Así se ve lo que la mujer es, lo que vale y lo que puede respecto al hombre, según que es buena o mala, religiosa o impía.

Si tal es el poder moral de la mujer respecto a su esposo, es mil veces mayor con respecto a sus hijos y domésticos.

El sabio y piadoso abate M. Gaume, en su preciosa obra titulada: «Histoire de la Famille» dice: «Lo que la raíz es al árbol, la fuente al río y la base al edificio, es la familia al Estado y a la Iglesia; de manos de la familia recibe aquel sus conciudadanos y ésta sus hijos.

La familia está establecida lo mismo que la Iglesia, para velar sobre la vida espiritual del recién nacido; en el hogar doméstico, sobre las rodillas de su madre, entre los brazos de su padre, es donde el hijo de la eternidad debe recibir los primeros conocimientos de su doble origen, de sus grandes deberes, de su sublime destino; allí es donde el joven candidato del cielo debe aprender que, para ser elegido, sólo debe vivir para su Dios y para sus hermanos; allí es, en fin, donde él debe hacer este glorioso aprendizaje de las virtudes cristianas».

Santo Tomás hace notar que el matrimonio se llama en latín *matris-munium,* porque se refiere especialmente a la madre, es decir, que en la mujer se resume particularmente la familia, que la mujer es quien hace la ventura o la desgracia de ella, y que es el gran instrumento, el gran motor de su moralidad o de su corrupción.

Así, pues, la familia entera no es otra cosa que lo que la mujer la hace, no es otra cosa que un espejo fiel de sus buenas cualidades o de sus defectos, de sus virtudes o de sus vicios; y por consiguiente, la sociedad civil no es otra cosa que lo que las mujeres la han hecho; no es sabia o insensata, religiosa o impía, casta o corrompida, sino en proporción de la castidad o del libertinaje, de la religión o de la impiedad, de la sabiduría o de la ligereza de las mujeres.

La mujer piadosa, pura, sabia, prudente y devota, es la que, como madre cristianiza al hombre niño; como hija, edifica al hombre padre; como hermana, corrige al hombre hermano; y como esposa, corrige al hombre esposo. Ella es esa antorcha resplandeciente de que habla el Evangelio, que, colocada sobre el candelabro doméstico, derrama incesantemente a su alrededor la luz de la fe en toda la casa e ilumina a todos los que en ella habitan. Porque la mujer religiosa es quien, con su conversación, sostiene y hace valer la enseñanza de la religión, y la realiza con sus virtudes; y por lo mismo que sostiene en acción la religión en la familia, la sostiene en el Estado. Pues así como la familia no es religiosa sino por la

religión de los individuos, así el Estado no es religioso sino por la religión de las familias.

Es verdad que los hombres son los que forman las leyes, cuyo bueno o mal espíritu decide de la ventura o de la desgracia de la sociedad. Pero las leyes no son otra cosa que el reflejo y la expresión de las costumbres públicas, y, como se ha reconocido constantemente, las leyes son una letra muerta, las leyes nada valen, nada son sin las costumbres. Horacio decía: «Así como las mujeres son las que principalmente forman las lenguas y los proverbios, así también ellas son las que forman las costumbres, los usos y los modales de los pueblos.

Por más que hagáis, decía el mismo poeta a los romanos, no os libraréis de las grandes desgracias que os amenazan: «Roma está arruinada porque sus mujeres están corrompidas». Ved aquí el notable pasaje en que este poeta pagano pinta la corrupción de las mujeres romanas de su tiempo, y ateniéndose sólo a los grandes principios tradicionales de la humanidad, anuncia que las costumbres licenciosas de las mujeres acarrearían la ruina del Imperio.

Cuando la corrupción no llega más que al hombre, no se ha perdido todo, porque el hombre puede ser mejorado por la mujer; pero cuando la corrupción ha llegado hasta la mujer, nada queda ya que espererar porque la mujer no puede ser restaurada por el hombre. La mujer es la fuente de la vida social, es el corazón de la sociedad; y las aguas emponzoñadas en la fuente no pueden ser purificadas, y las enfermedades del corazón son incurables.

En materia de errores sucede lo mismo. Los hombres son indudablemente quienes los inventan, pero no se radican hasta que las mujeres toman parte en ellos, hasta que, pasando de las escuelas a las familias, pasan de los libros a las costumbres; y este pasaje es obra de las mujeres.

El epicurismo antiguo, por ejemplo, llevado de Atenas a Roma, al principio no tuvo partidarios más que en los hombres, y sólo más tarde fué cuando las mujeres lo acogieron y con mucho más ardor que los hombres, hasta el punto de no haber una sola mujer distinguida que no llevase la imagen de Epicúro pendiente de su collar y de sus brazaletes.

Pues bien; mientras que la filosofía de Epicúro en Roma no salió de los umbrales de las academias ni fué más que un objeto de discusión para los hombres, no causó un gran mal. Pero cuando esta doctrina de la voluptuosidad se pegó como una peste a las mujeres, se encarnó en la mujer, se hizo mujer y por la mujer invadió la familia, entonces, sólo entonces, fué cuando se extendió por todas partes, todo lo corrompió, todo lo manchó, y produjo aquella espantosa corrupción de costumbres, que fué la verdadera causa de la caída del Imperio romano.

Todas las falsas religiones en los tiempos antiguos, así como todas las heregías, el protestantismo y sobre todo el filosofismo en los tiempos modernos, se han establecido en el mundo por el concurso de las mujeres...

Si el filosofismo tuvo tanto séquito en Francia en el penúltimo siglo, fué porque las mujeres del pueblo y de la alta sociedad se empeñaron en hacerse teólogas según Voltaire y filósofas según Rousseau. La manía y el fanatismo de las mujeres por aquellos dos hombres tan funestos fué lo que contribuyó a la propagación de sus horribles doctrinas. La irreligión, en aquel siglo no salió de las escuelas, sino de los salones. Los hombres la formularon en sistema, pero las mujeres la pusieron de moda, y de esta manera la recomendaron y aun la impusieron a todas las clases. El Club de Holbach era presidido por las mujeres y no contentas ellas con inspirarlo y animarlo con su adhesión y con sus adulaciones, lo apoyaban en todas partes y aun en la misma corte y bajo la sombra y protección de la mujer causó tantos estragos en Francia y aun en Europa, con un desbordamiento tan horrible y una impunidad tan escandalosa.

La mujer francesa fuera de la religión católica contribuyó mucho al inmenso trastorno del orden religioso, político y social que se llamó la «revolución francesa». La literatura, la moda, la novela, la filosofía, la química, la medicina, la astronomía y la historia natural, se coaligaron contra la religión por conducto de las mujeres; ellas le prestaron su ayuda y su adhesión.

Catalina II reina de Rusia, es la triste personificación de la mujer sin Dios. Era viuda y soberana de grandes Imperios, fué la Mesalina de los tiempos modernos, más célebre por sus adulterios que por sus conquistas, conspiró con los cómplices de sus desórdenes contra su desventurado marido Pedro III a quien destronó e hizo estrangular después de haberlo hecho envenenar. Su política fué la política de la astucia, de la iniquidad, de la opresión y el asesinato; engrandeció sus estados por toda especie de crímenes y por el mayor de los crímenes, que fué la desmenbración de la Polonia.

Este cuadro de horror, de maldad y de hipocresía, prueba que la historia lamentable de la apostasía del Eden se ha repetido y se repetirá continuamente en el mundo. Satanás, haciéndose serpiente o haciéndose hombre, es quien inventa el horror y la maldad, y Eva, la mujer, es quien lo persuade, lo propaga y lo afirma.

Las actas del Congreso Femenino en Francia, realizado en Septiembre de 1900 habla muy en alto de la corrupción y la degradación moral de la mujer sin Dios.

Allí Alemania, Inglaterra, Estados Unidos, España, Suiza, Holanda, Bélgica, Bulgaria, Italia, México y Rumania, estaban representadas por sus delegadas y, esas reformistas modernas en su ansia de realizar la emancipación absoluta de su sexo, rompen todos los lazos de familia, pisotean el yugo ominoso del matrimonio, y por unanimidad de votos se pidió el divorcio y la disolubilidad del matrimonio.

La educación dada a nuestras niñas, así tan a la moderna, con esa vanalidad espiritual, ese desenfado y desenvoltura, ha deste-

rrado de la sociedad y del pueblo en general, costumbres que siempre enorgullecieron a la raza chilena.

Algunas hijas, esposas y madres modernas, se empeñan y aspiran a renovar los principios de moral cristiana y piedad verdaderamente sólida en que reposa la sociedad según el pensamiento de Dios; y se coaligan para sacar del corazón lo más noble y sagrado: la abnegación y el sacrificio en el cumplimiento del deber. Quieren romper todas las dulces ligaduras que las aprisionan en el hogar y las tienen atadas a los encantos y deleites de la familia, constituída como Dios lo ha ordenado desde el principio del mundo.

El traje que algunas mujeres chilenas llevan en el templo, en la calle y paseos, revela que su corazón vive sin Dios y, que por lo tanto, es frívolo, liviano y ligero. Que a la manera de las mujeres romanas de que nos habla Horacio, las costumbres paganas que se han arraigado en él, nos harán lamentar la ruina del Estado, de los hogares y las familias. Y, un nuevo diluvio o un azote como el de Sodoma y Gomorra, venido de la mano justiciera de Dios que, cansado de tolerar ingratitudes, tiene que probar a la humanidad que si es cierto, que El es Padre bondadoso y tierno, también es Juez severísimo y recto.

Algunas obreras, criadas y jóvenes de mediana posición no son mejores a este respecto.

La falta de enseñanza religiosa, la impiedad actual en la juventud y la inmoralidad que a diario ven, ha vuelto a estas gentes de baja esfera, irrespetuosas y altaneras y, se les oye con mucha frecuencia reclamar la igualdad de clases con un ardor y entusiasmo que asusta. No son ni quieren ser las humildes, sumisas y resignadas que, en tiempos mejores y más felices para la Iglesia y para la Patria, la mujer era por su piedad, devoción y virtud, el mejor adorno de la sociedad y el hogar.

Porque el feminismo sin Dios es como la escuela sin Dios. Es el virus ponzoñoso que inocula en las almas la corrupción y el vicio. Es el fantasma tétrico y sombrío que hiere de muerte al hogar y a la familia en particular. Es el retroceso moral y patriótico bajo todo punto de vista.

¿Cuál será el remedio para este mal tan grande? ¿Será la lectura de libros instructivos y piadosos? No; Dios mismo debe ser la medicina. Dios mismo en el sacramento del amor debe ser el regenerador de la mujer de poca fe. El que por tanto tiempo busca un abrigo, un consuelo, un rinconcito en ese corazón que le haga olvidar su perfidia y alejamiento. Debe ser Dios, y solamente Dios el que haga volver al redil a la oveja descarriada.

A vos dignísima y respetable señora Presidenta de este honorable Congreso, a vosotras distinguidas y nobles congresales, os toca impedir con vuestro ejemplo en la Comunión frecuente y diaria, el avance del feminismo sin Dios en nuestro caro suelo que, como veis, va camino de invadirlo todo, y absorberlo todo. Nació como

la larva en el capullo para aparecer después una mariposilla que revolotea inconsciente y se lanza sin reflexión al espacio en busca de la luz que quema sus alas y le da la muerte.

Vosotras que sois las amigas de Jesús, la porción escogida de su rebaño. Vosotras las fieles imitadoras de la «Mujer por excelencia» de la «Mujer perfecta» que concibió en su seno virginal a la gracia y a la santidad misma y que se llamó María del Carmen, Generala del Ejército Chileno, proclamada por O'Higgins y San Martín en los campos de batalla. Esa Virgen pura e inmaculada, que hizo flamear glorioso nuestro estandarte en los sitios de Maipo, Chacabuco y Cancha Rayada, y que envolvió entre los pliegues de su blanco manto—tan blanco como las nieves de nuestras montañas—los cadáveres de Prat, Serrano y Aldea, y recogió en él la sangre de los mártires de la Concepción, para manifestar al mundo la grandeza y el heroísmo de los hijos de Chile, que guardan en su corazón la fe cristiana y el amor a Dios.

Y serán como la madre de los Macabeos las que inspiren al hombre valor ante los enemigos de la patria y de la fe. Como Judit encanta y seduce para dar muerte a los Holofernes modernos y como Ester debe arrebatar con la belleza de sus virtudes domésticas a los Nabucodonosores actuales, los problemas de enseñanza e instrucción laica en las escuelas, que serán la ruina y el exterminio de las virtudes cívicas y morales del pueblo y la juventud.

Las Damas Catequistas

Trinidad Concha Carmendia.

Las inolvidables reuniones del Congreso Mariano Femenino han puesto en evidencia la cultura de la mujer chilena y su preparación en los diferentes temas que ha tratado. Pero, sobre todo, hemos visto surgir de ellos espontáneo y sincero el abnegado amor que la mujer profesa a los pobres y su preocupación por aliviar sus necesidades y miserias. En estos días han ido desfilando ante nuestra atenta admiración algunas de las numerosas obras de caridad establecidas en Santiago, todas hermosas, bien estudiadas y prácticas. Permítaseme también presentar ahora aquí, a las plantas de María del Carmelo, como última ofrenda de amor hacia Ella, una obra recientemente establecida entre nosotros; obra grande, como son grandes todas aquellas que el amor a Dios hace descender hasta el pobre y que el amor al pobre impulsa nuevamente a subir hasta Dios.

Desearía poder esbozar siquiera la obra que las Damas Ca-

tequistas nos han traído de España para fundar en nuestra patria. Sé que las señoras aquí presentes, que conozcan esta obra sentirán gran alegría al ver que ella viene a ocupar el sitio que la Virgen le tenía reservado en su Congreso.

El punto de mira principal de la Institución de las Damas Catequistas son los obreros; para ellos establece Centros en los diversos barrios de la ciudad. Como estos Centros se denominan Centros de instrucción van allí toda clase de obreros, a muchos de los cuales no sería posible atraer de otra manera. Con el fin de trabajar en estos Centros fundan las Damas una Asociación de señoras para el mejoramiento moral y material de la clase obrera. Por ahora no hay establecidos sino dos Centros, uno de hombres con 380 obreros y otro de mujeres, abierto apenas hace un mes, cuyo número asciende ya a 450. La labor de las Damas Catequistas no se limita a estos Centros solamente, abraza todo el hogar del obrero; trabajan por mejorar sus condiciones morales en visitas domiciliarias. Tienen escuelas para niños y niñas, talleres para muchachas y escuelas nocturnas para las mismas. Estas Damas salen también a los campos para ayudar en las misiones en la enseñanza del catecismo, preparación de los niños para la confesión y comunión etc., siendo su acción de gran eficacia para el éxito de las misiones.

La obra de las Damas se extiende también a la clase alta, para ella tienen cuatro asociaciones. La de señoras que ya hemos mencionado. Otra denominada «Señorita del Ropero» en la cual niñas de la sociedad cosen ropita de niño, especialmente de guagua, para regalar canastillas a los recién nacidos. «Los Angeles auxiliares», congregación formada por niñitas de corta edad para ofrecer oraciones por los obreros. Y la Asociación de señoras para la Adoración Nocturna que tienen las Damas en su capilla los Jueves víspera de los primeros Viernes de cada mes.

En su casa las Damas ponen a la disposición de las señoras una biblioteca y les dedican un día a la semana para estudios; les proporcionan también un día de retiro al mes y corridas de ejercicios espirituales.

Como se ve la Institución de las Damas Catequistas abarca toda la sociedad; trabajan por el bien espiritual de la clase alta fomentando una sólida piedad en las personas que ayudan en sus obras, a fin de que estas no se esterilicen, antes por el contrario corra siempre por ellas en abundancia una vida espiritual intensa y fecunda. Realizan así el anhelo de su fundadora: una sed insaciable de almas. Este anhelo fué un aguijón durante su vida y a la hora de su muerte lo condensó como testamento en esta hermosa frase: «No os olvidéis que lo nuestro es ganar almas a granel, buscar almas sin tregua ni descanso».

Centro Apostólico del Corazón de Jesús para misiones en Chile

Julia Vial Solar.

Muy pronto van a clausurarse las sesiones de este Congreso Mariano, y me ha parecido que faltaría un florón a esta corona de obras piadosas y sociales, ofrecidas a Nuestra Madre del Carmen, si también no se le ofreciesen los trabajos cumplidos, en una obra que he servido con amor, y que llena también, el recuerdo de un santo religioso, que consagró todos los años que pasó en Chile, hasta su muerte, a la salvación de las almas.

La obra del Centro Apostólico para misiones en Chile, que celebrará este año, sus bodas de plata, fué fundada por el Rvdo. Padre, Bartolomé Mas, cuya memoria es venerada, por todos los que le conocieron.

Poco después de su llegada a Chile en una gira de misiones por nuestras provincias del Norte visitó el Rvdo. P. Mas algunas de las salitreras; y, su corazón de apóstol se sintió íntimamente lastimado, al ver, (como lo dice en una de sus cartas), «tantos hijos de la familia cristiana pereciendo talvez para siempre por faltarles el pan de la palabra divina, mil veces más necesario, que todo otro alimento. Millares de almas, en su miseria como sin precio, que tanto precio costaron al Divino Pastor.

Volvió el Rvdo. Padre Mas a Santiago, y desde el púlpito contó lo que había visto y las señoras que lo escuchaban movidas de entusiasmo se ofrecieron para trabajar en la nueva obra. Se fundó pues el Centro apostólico del Corazón de Jesús para misiones en Chile tomando por Patrono al apóstol de las Indias S. Francisco Javier.

Pronto se escribió a todos los Obispos de Chile que contestaron aceptando agradecidos la ayuda que se les ofrecía.

Algunos meses después se dió la primera misión en la isla de la Mocha, por el Rvdo. Padre Morel de la Compañía de Jesús y el Presbítero Don Francisco Ruiz Tagle llevando como ayudante al hermano coadjutor Silvestre Valls. Las señoras Julia y Jesús Larraín Aldunate, que acompañaron a los misioneros, se ocuparon de la instrucción de las mujeres y los niños, pues estos pobres isleños, no sabían ni persignarse.

A estas siguieron otras misiones, primero en las vicarías de Iquique y Antofagasta y después en las diócesis del sur. Las relaciones de estas misiones sobre todo de las del Norte, son en extremo conmovedoras; pues estas parroquias de vasta extensión, con pueblecitos separados del centro parroquial por 10 o 15 leguas

muchas veces cortados por desiertos de arena, no pueden ser debidamente atendidos por un solo sacerdote; que si acude al llamado de un enfermo lejano, tiene a su vuelta el dolor de que otros hayan muerto en su ausencia sin socorro alguno.

Debido a estas causas, se ha visto en algunos de estos lugarcitos apartados, grupos numerosos de personas, que durante los días de la misión después de confesarse por primera vez, han recibido, uno después de otro, los sacramentos del Bautismo, Comunión y Matrimonio.

Después de algún tiempo, como las relaciones de los misioneros, daban cuenta del estado, no de pobreza sólo, sino de miseria en que se encontraban las parroquias, respecto a ornamentos, y vasos sagrados, que hacían a veces imposible celebrar el sacrificio de la Misa, con albas comidas por los ratones, sin más cáliz que un vaso de vidrio ordinario, etc., el Centro Apostólico hacía de cuando en cuando, pedidos a Europa, de estos objetos sagrados, y materiales para ropa de iglesia que las señoras se proponían confeccionar.

Más tarde, la necesidad de estimular a los Curas, en la enseñanza del catecismo, hizo que se emprendiera la obra de surtirlos anualmente de premios para niños, pues estos pobres curas, no tenían medios de proporcionárselos.

Otras obras también ha ayudado eficazmente el Centro Apostólico que son los ejercicios de Maestras, la obra de los tabernáculos establecida en el colegio de las religiosas de la Inmaculada Concepción de Copiapó, la construcción de muchas capillas en el sur de Chile y cuando el quincuagésimo aniversario de la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción, se hizo un encargo de algunas estatuas de hierro, de gran tamaño, para colocarlas en las cumbres de algunos cerros, en lugares apartados de toda iglesia, que inspiraran devoción a los que viven en esos lugares solitarios.

Después de la muerte del Rvdo. P. Mas, ha seguido el Centro dirigido por otros Padres de la Compañía y actualmente su Director es el Rvdo. P. Santiago Solá.

Voy a dar algunos datos sobre los trabajos cumplidos en el Centro, desde su fundación hasta hoy, que hablará mejor que mi discurso.

Misiones.—Se han dado 1784. Las confesiones oídas, aunque estos datos sean incompletos, son de 1.015,620. Matrimonios 15,476. Bautismos desde cuatro años atrás 7,222.

Respecto a ornamentos, vasos sagrados y otros objetos del culto, se han repartido inmensa cantidad de purificadores, corporales, amitos, roquetes, velos de copón y de sagrario, candeleros, ciriales, reservas, atriles, misales y otros objetos menores, 590 ornamentos completos, 112 capas pluviales, 40 sagrarios, algunos de éstos de mármol y los otros de madera, 59 cálices, 54 copones, 8 custodias, 210 albas, 254 manteles, 39 estatuas del Sagrado Corazón y algunos altares portátiles.

La sección para fomentar los catecismos se inauguró en 1900 y ha distribuído anualmente de 20 a 30,000 premios.

Para los ejercicios de Maestras, ha costeado el Centro 83 tandas.

Esta obra, como veis, abraza muchas ramas del apostolado, misiones, catecismos obras eucarísticas etc., y aunque su trabajo ha sido silencioso ha ido creciendo de año en año visiblemente protegido por la bendición de Dios.

La Unión Católica Femenina

Adriana Echeverría Reyes.

Hasta ahora las mujeres habíamos permanecido un tanto ajenas al movimiento de acción católica, pero, viendo el avance rápido de la impiedad, sería una indolencia criminal de nuestra parte permanecer inactivas.

Echemos una mirada a lo que significa «Acción Católica». Acción católica es la cooperación de cada cual al triunfo de la idea católica. Debemos compenetrarnos de la obligación de cada uno de agregar un grano de arena al conjunto de acción común, y la mujer, más que nadie, está llamada a desempeñar un papel importantísimo, como importantísimo es el rol que desempeña en la sociedad.

En la acción católica cabe a la mujer una gran parte; por muy incapaz que se encuentre, es preciso que tenga presente que ningún esfuerzo, por pequeño que sea, debe considerarse estéril en la gran obra de la reconstitución cristiana de la sociedad, fin que persigue la Unión Católica.

Citaré aquí un párrafo del Pbro. señor don Carlos Casanueva en un trabajo sobre la Unión Católica, refiriéndose a los elementos de que ella puede disponer en nuestra sociedad: «Contamos todavía con un tercer elemento de inmenso valor, la mujer. Gracias a Dios su gran mayoría se conserva todavía fiel a la Iglesia y a su fe. Y la mujer es la madre, es la esposa, es la hija, es el hogar, es la abnegación y la virtud, es el corazón que sabe amar; es fuego y actividad incontenible cuando la causa de Dios aparece con claridad en el fondo de su alma, cuando se convence que está realmente en peligro la religión que es su fuerza y su consuelo, su esperanza, el alma de sus hijos y la felicidad de su hogar».

¿Y permanecerá la mujer indiferente ante esta ola de impiedad que arrebata la fe, corrompe las costumbres y quita la esperanza del cielo?

Diremos con la condesa Zamoyska, en su libro *El Trabajo:* «Es necesario, en los momentos actuales, una inmensa efusión del

amor a Dios, un desbordamiento de la caridad cristiana, una como explosión del sentimiento religioso, que fundiendo en el corazón de Dios todos los corazones y aproximando a este foco divino del amor todas las almas que van separándose de día en día logre resolver prácticamente la tan discutida cuestión social».

Ultimamente los obispos echaron las bases de una sociedad llamada «La Unión Católica de Chile», cuyo objeto es hacer la propaganda en todo sentido. El lema de la Unión Católica es «Restaurar todas las cosas en Cristo», es decir promover el reinado social de Jesucristo.

El campo es vastísimo, pues su objeto es defender la fe con valentía, con abnegación, en la prensa, en la escuela, en las obras sociales, etc. Como se ve, en ella cabe toda obra de propaganda. De aquí que lo primero que la Unión Católica se propone, es desarrollar, avivar, despertar la vida sobrenatural de los católicos, su fe, su piedad, su celo, su apostolado.

Organización.—La Unión Católica tiene una organización sencilla, se compone de un *Consejo Central* en el que están representados todos los jefes de las diócesis, en seguida de un *Consejo Diocesano,* quien dirige la acción dentro de la diócesis y da normas a las *Juntas Parroquiales;* después la *Junta Parroquial,* auxiliar del cura, alma de la parroquia, centro de actividades e iniciativas que lleva su acción a todos los feligreses y que se mantiene en comunicación íntima con el Consejo Diocesano, y, por último, los llamados *Hombres de Confianza,* personas celosas, prudentes, abnegadas, quienes son los portavoces de las Juntas y Consejos y llevan a los fieles de la parroquia el consejo oportuno, la invitación afectuosa, el ejemplo edificante, con lo que se conquistan nuevos adeptos. Estos Hombres de Confianza tienen a su cargo la propaganda individual, a mi juicio, la más eficaz y la más convincente.

El trabajo de los socios.—Además del trabajo que a cada uno corresponde por el oficio que desempeña dentro de la sociedad, existe el común y general que a todos señala el fin propio de la Unión, que es conservar, defender y propagar la fe cristiana, fin de todas las obras de propaganda.

Cooperación de las Señoras.—Forma en qué puede cooperar la mujer en la gran obra de la Unión Católica.

Ya hemos visto que el objeto fundamental de esta institución es promover el reinado social de Jesucristo mediante la unión organizada, permanente y activa de todos los católicos.

La acción de la mujer es hoy vastísima. ¡A cuántas puertas donde no puede llamar un sacerdote puede golpear una señora!

Por el momento la acción de la mujer es cooperar al trabajo de las Juntas Parroquiales, atendiendo con preferencia las obras de su propia parroquia.

Podríamos llamar a estas Juntas, «Juntas Cooperadoras de Señoras».

Conocidas son la Sociedad de Dolores y las Conferencias de

San Vicente, en las que tras el socorro material, viene la limosna del alma; el pobre escucha y sigue los consejos que se le dan mucho más de lo que nos imaginamos, y viendo ellos que sus penas nos conmueven, que se les trata como hermanos, se suavizan sus asperezas y se disminuyen sus distancias. Y si hacemos al final el balance de lo que damos, resultará mucho mayor lo que del pobre recibimos, pues nos da el ejemplo de su resignación; y su gran confianza en Dios y en su providencia nos edifica.

Tenemos también la gran obra de las primeras comuniones, especialmente en las escuelas del Estado, donde, por falta de facilidades, en muchos casos no se hace. ¡Y qué es el sacrificio de unas horas, de unos cuantos días, con el inmenso beneficio de preparar a un niño a recibir a su Dios!

Si cada Junta Parroquial tuviera un rol de las escuelas de su parroquia y la Junta Cooperadora de Señoras se hiciera cargo de esas primeras comuniones ¡qué fruto tan provechoso se cosecharía!

La mujer tiene además su palabra persuasiva y cariñosa, su bondad para interesarse en los dolores ajenos, y mientras la impiedad luche con el cerebro en las obras de propaganda, nosotras lucharemos con el corazón, y con tales armas tenemos segura la victoria.

La propaganda individual es de eficaz provecho, porque es la propaganda convencida, y la persona convencida de un ideal obra con perseverancia. La propaganda individual es la propaganda de la amistad, oportuna, cariñosa, que rodea, que forma el ambiente. De esta propaganda todas somos capaces y todas tenemos alguien a quien quisiéramos ver mejor. Y, por último, la que no puede servir a la Unión Católica en su parte activa, lo hace con la limosna que, como dice la condesa Zamoyska, «con el sacrificio que exige, con el amor que revela, con el bien que hace, con la necesidad que socorre, es factor poderoso para muchas obras de propaganda». Y dejo para el fin la oración, con su inmenso poder espiritual, por medio de la cual se consigue tanto de Nuestro Señor.

Estas Juntas Cooperadoras de Señoras desarrollarán algo enteramente desconocido entre nosotros, el espíritu parroquial tan indispensable para hacer mayor la obra del cura.

«Nadie como la Iglesia, que es la caridad viviente en el mundo, ha conocido la importancia de la asociación y del espíritu de solidaridad, y de ahí las incontables instituciones que por mil medios y de tantos modos hacen sentir en la sociedad la influencia bienhechora del cristianismo». (1)

---

(1) Condesa Zamoyska, *El Trabajo*.

La Asociación de Señoras

contra la tuberculosis

Ana Swinburn de Jordán.

Nuestra Asociación de Señoras contra la tuberculosis es menos conocida en sus detalles que lo que parece debería serlo.

Ella, durante los años de su carrera, ya no muy corta, ha manifestado que la mujer,—el sexo débil como se le considera,—es fuerte para estudiar y compartir, según las oportunidades, los sufrimientos y privaciones de los demás.

Un sentimiento de inquietud había tocado el corazón de muchas damas de Santiago, a la vista del peligro que corrían constantemente la salud pública y la integridad de la raza.

Al fin se dieron una cita, y las señoras más empeñosas se reunieron a considerar la situación el 31 de Agosto de 1901, quedando comprometidas por mutuo acuerdo desde ese día, a permanecer asociadas bajo un personal directivo.

Este fué el siguiente:

Presidentas honorarias: señoras María Errázuriz de Riesco, Emilia Herrera de Toro, Delfina Cruz de Pinto y Enriqueta Bulnes de Pinto.—Presidenta: señora Ana Swinburn de Jordán.—Vicepresidenta: señora Eloísa Puelma de Barros.—Secretaria: señora Hortensia Lynch de Peña.—Tesorera: señora Carmen Toro de Isaza.—Directoras: señoras Lucinda Lastarria de Claro, Isabel Correa de Irarrázabal, Rosa Puelma de Rodríguez, Doctora Eloísa Díaz, Teresa del Río de Pinto, Elena Ross de Tocornal, Enriqueta Figueroa de Guzmán, Elena Lavín de Huneeus, María Cádiz de Benoist, Sofía Valderrama de Silva P., Enriqueta Ariztía de Rozas y Elena Burgos de Daroch.

Socias fundadoras: señoras Sofía Linares de Walker, Luisa Bulnes de Dávila, Sara Phillips de Izquierdo, Lucía Subercaseaux de Vicuña, Elena Serrano de Mathieu, Adelaida Puelma de Bussey, Ana Luisa Jordán de Amunátegui, Elena Velasco de Larraín, Rosa Aldunate de Waugh, Teresa S. M. de Santa María, Ester Elgart de Letelier, Dorotea K. de Swinburn, Enriqueta F. de Corvalán, María Luisa W. de Soza, Rita Labarca de Talavera, Elena Tocornal de Coo y Clemencia Izquierdo de Swinburn.

Habíamos hablado muchas veces en nuestro grupo de señoras sobre los estragos de la tuberculosis que tomaba a nuestra vista, por el contagio y la miseria en el pueblo, una extensión pavorosa. Nos parecía inevitable la decadencia y ruina de la raza, si no se oponía algún atajo a la difusión de los gérmenes temibles.

Para oponer nosotras este atajo, siquiera en parte, o como

ensayo, emprenderíamos una obra de prevención y de defensa combinada, aunque no fuera en grande escala.

Iríamos con diligencia por muchas partes para buscar los consejos de la ciencia médica y los caritativos auxilios del dinero.

Manos a la obra, muy luego comenzamos a organizar funciones de teatro para recoger fondos, no escatimando nuestros propios bolsillos y las contribuciones voluntarias de las almas generosas.

Así fué como reunimos nuestro primer contingente que subió a ocho mil pesos.

Varias de nuestras cooperadoras fueron comisionadas para que se acercasen al señor don Jermán Riesco, Presidente de la República, a nombre de todas, y pidieran alguna de las casas del fisco en que poder instalar un dispensario y centralizar nuestras operaciones de caridad.

El señor Riesco nos comunicó una lista de propiedades a escoger. Celebramos nuestras deliberaciones y consultas y concluimos por decidirnos por la casa de la Avenida Independencia N.° 813, en la cual funciona hoy el dispensario N.° 1.

S. E. don Jermán Riesco nos asignó esa propiedad extendiendo al efecto un decreto con su firma y la del secretario de Estado don Francisco Javier Concha. Nos dirigió una carta llena de deseos por la prosperidad y subsistencia de nuestra obra.

En el año 1903, formalizamos la asociación mediante la personería jurídica que obtuvimos se nos otorgara.

El dispensario, mientras tanto, venía manteniéndose de los solos recursos de la asociación. Y así continuó hasta 1904, en que el Gobierno le acordó una subvención de cinco mil pesos.

El doctor González fué designado como médico jefe; el doctor Astorga como ayudante.

La idea de tener un segundo dispensario se realizó comprándose una casa en la calle de Santa Rosa. Importó $ 30,200; pagamos al contado $ 17,780 contrayendo una deuda en el Banco Hipotecario de Chile, por el resto. Al edificio se le hicieron modificaciones y reparaciones que lo consolidaron y aumentaron sus comodidades.

Ahora si los dos dispensarios juntos están lejos de colmar nuestras aspiraciones, no por eso dejan de alentar nuestro espíritu. ¡Cuán comprensiva resulta la influencia benéfica de estas fundaciones! ¡Cuán poco costosa dicha influencia si se la compara al bien que produce!

Salvamos de prematura extinción muchas personas que, a su vez, son el amparo y la alegría de otras. Todo esto por el precio de unos cuantos pesos al mes, quizás de unos cuantos centavos al día, para cada individuo restablecido, aliviado o curado de intolerable dolencia.

El sistema de los dispensarios en general, tiene ya, desde hace años, acreditada su importante aplicación.

En el congreso anti-tuberculoso celebrado en Londres algunos

años atrás, eminentes profesores encomiaron este sistema deliberadamente. Hicieron que se adoptase el acuerdo siguiente:

«El Congreso llama la atención de los poderes públicos a la « necesidad urgente de establecer en las ciudades, dispensarios « anti-tuberculosos, especialmente destinados a la profilaxia de la « tuberculosis por medio de la educación higiénica del pueblo, y « por la asistencia a domicilio de numerosos enfermos que no « pueden ser admitidos en los sanatorios».

Estériles serían muy a menudo cuantos esfuerzos se emplearan en mejorar a un enfermo que vive en familia, si la condición de esa familia se dejara en la angustiosa miseria y en el desamparo.

Por eso los dispensarios estarían distantes de cumplir una misión del todo útil si se contrajeran únicamente a restablecer una salud perdida.

El buen socio de dispensario dirige sus miras a un fin más completo. Mira las personas atacadas de tisis u otras enfermedades, como partes de una agrupación social más o menos dañada físicamente también.

Reconoce en las dolencias del cuerpo, los signos de un trastorno del organismo físico, y en la situación de pobreza y extenuación, la causa predominante del mal que excita su compasión.

El dispensario responde, pues, a un concepto cabal de la aflicción del paciente. Le procura medicinas; le busca alimentación en muchos casos; le ayuda a guarecerse de los rigores del tiempo; le arma de buenas razones y consejos de defensa higiénica.

Es natural que la casa en que funciona el dispensario consulte departamentos de distinto uso.

Y así efectivamente se divide el local en compartimentos separados entre sí por murallas o tabiques que los hacen independientes. Uno es la sección de registro y anotación de los pacientes que van a ser atendidos; otro es la sección de consulta propiamente, y oficina del médico jefe; otro es la sección de aplicaciones de cauterio e inyección; otro es la botica y lugar de reparto de medicinas.

Los enfermos a su llegada, entran a una sala de espera. Allí reciben una tarjeta numerada, a fin de que vayan acercándose por turno al médico ayudante que anota sus nombres y procedencia y las indicaciones generales de sus enfermedades, en las hojas de un registro. Cumplida esta anotación y examen, los enfermos entran en la pieza contigua y son sometidos a un completo examen. Siguiendo en su movimiento llegan al sitio en que se les hacen las cauterizaciones e inyecciones indicadas y luego se les dan las drogas prescritas por el doctor.

Terminado el diagnóstico de un enfermo, todavía queda la tarea de tratar de proveer a lo más urgente en sus necesidades. En este último punto el dispensario se diferencia de un hospital y de un simple reparto de medicamentos. No provee de alojamiento ni de cama como un hospital, ni se desprende de su pro-

tegido con el simple suministro de medicinas, como se haría en una botica. Se empeña en una protección continuada; en ofrecer al que padece dolencias físicas las drogas más aconsejadas para su caso, y el apoyo del consejo y de la buena dirección de su régimen de vida. De esta manera, el servicio de que es objeto un desgraciado viene a serle, según todas las probabilidades, de mucho mayor provecho que el que pudiera recibir en forma aislada y transitoria.

Es cierto que el sistema así practicado envuelve una fuerte demanda de atención y buena voluntad. Mas, las socias qne encabezan las diferentes secciones, y los médicos que les prestan sus servicios profesionales, encuentran un estímulo para sus prolongadas fatigas, en la misma naturaleza desinteresada de ellos, por cuanto apela, por lo mismo, a la porción más alta y noble de sus espíritus.

Esto dicho, sería todo lo que podríamos avanzar para dar a conocer la obra que se lleva a la práctica sin interrupción en los dispensarios; suprimiendo, en obsequio de la brevedad, gran número de detalles característicos interesantes.

La labor que se hace es ordenada, y acaso por esto, mucho más fructífera de lo que pudiera creerse.

Los recursos, cuya renovación es por sí sola una persistente preocupación y trabajo, andan siempre apenas a la par con los gastos, que nos esforzamos en moderar siempre en lo posible, luchando con dificultades que no es dado comunicar en una idea que no sea demasiado prolija. Estas dificultades de los tiempos normales se han incrementado penosamente en la actualidad.

Ya se sabe lo que ha subido el precio de las medicinas. En 1917 nos llevaron $ 20.250,40, lo que constituye un desembolso muy fuerte, si se tiene en cuenta que la subvención segura con que contamos del Fisco, no pasa de $ 20.000 anuales.

Al cerrar nuestra exposición, no nos toca sino agradecer la exquisita benevolencia que se nos ha dispensado al atenderla. Y quisiéramos poder confiar que en lo dicho se hallará la expresión de un deseo muy natural de que nuestros desvelos tengan eco en los buenos corazones que no se contentan con aplaudir de palabra solamente, sino añadir una ofrenda al sostenimiento de la obra a que ya se asocian con su voluntad.

Pediríamos que el Congreso diera forma de utilidad inmediata a la aprobación de la obra de los dispensarios.

Sociedad "Unión Protectora de Andacollo"

Emma Lazo Jaraquemada.

En la parroquia de Andacollo, de esta ciudad, se organizó el 5 de Marzo de 1911, una sociedad de socorros mútuos, bajo la advocación de Nuestra Señora de Andacollo, para las cobradoras de la Empresa de Tracción Eléctrica.

El objeto que persigue esta Sociedad no es sólo ayudar en sus necesidades materiales a ese numeroso y abandonado gremio, sino que también fomentar en cada una de sus socias las prácticas religiosas y morales.

Para llenar el primero de los fines que tuvo en vista la Sociedad al fundarse, se estableció el servicio médico que atiende a sus enfermas, el despacho gratuito de medicinas y un subsidio diario en dinero durante los días de enfermedad. En los casos de fallecimientos de alguna socia, que son frecuentes, la caja social contribuye con una cuota de doscientos pesos para los funerales y para ayuda de la familia en sus primeras necesidades.

Atendiendo al bienestar religioso, establecen los Estatutos, ciertas obligaciones para que se cumpla con el precepto pascual, y comuniones de regla en los días del Sagrado Corazón de Jesús, de su Patrona Nuestra Señora de Andacollo y cada vez que muera alguna socia.

Con la constancia para vigilar la vida privada de cada uno de sus miembros, se ha conseguido regularizar alrededor de setenta matrimonios tanto religioso como civilmente, legitimando a los hijos en conformidad a las leyes.

La Sociedad se rige por Estatutos aprobados por la Autoridad Eclesiástica; está bajo la dirección del Cura-párroco de Andacollo, Pbro. Don Ladislao Godoy O. y de un directorio elegido por las socias anualmente y que se compone de una Presidenta, cargo que desempeña una cobradora que pertenece al gremio desde hace 27 años y que ha observado siempre muy buena conducta, dando ejemplos de piedad; de una vice-presidenta que lo es la Señora Modesta Larraín de Vergara que atiende prácticamente al servicio sanitario; de una secretaria, una tesorera y quince directoras del mismo gremio.

La dirección inmediata de la Sociedad está a cargo de la tesorera que hace las veces de Directora General; quien presenta sus cuentas anualmente al Tribunal Diocesano para su aprobación.

La Compañía de Tranvías Eléctricos, informada favorablemente sobre la constitución y marcha de la Sociedad, y notando un cambio progresivo en el personal, tanto en su moralidad como en el cumplimiento de sus deberes, acordó subvencionar por tiempo in-

definido con la suma de $ 50,00 mensuales, y un considerable descuento en el consumo de luz para el local de reunión que poseen en la parroquia.

Desde su fundación se han incorporado 320 socias, de las cuales, 230 son cobradoras, y el resto empleadas de casas particulares y personal de fábricas.

Se ha procurado también atender lo mejor posible la parte educativa de las socias por medio de frecuentes conferencias dictadas por sacerdotes, y de fiestas teatrales, reuniones sociales, etc.

Me permito hacer presente al Congreso las dificultades que por la calidad y empleos de las asociadas ofrece su dirección. Ha sido difícil encontrar señoras que presten sus servicios a esta benéfica obra que por su carácter especial de abandono y necesidades morales de que adolecen, merecen una atención preferente entre las diversas instituciones establecidas en favor de nuestros pobres.

La Sociedad Victoria Prieto

En los momentos actuales, en que se da y con razón, tanta importancia a la educación en general, y a las obras tendientes a mejorar a la clase obrera en particular, creo que será útil dar a conocer una obra bellísima, que, ocultamente puede decirse, extiende su benéfica influencia, en un amplio y regenerador radio de acción a la sociedad en general, y a las clases humildes y trabajadoras en particular.

Me refiero a la Sociedad Victoria Prieto.

La idea fundamental de esta obra, la que la informa, la nutre y le dá vida, es modesta; no tiene, en apariencia las grandes proyecciones de los ideales ostensibles; pero su modestia es la de las escondidas y ocultas corrientes que fecundizan y dan vida a los campos, valles y praderas; la de los cimientos que sostienen y protegen la vitalidad de las construcciones sólidas; la de las calladas virtudes que alimentan con su savia y perfuman con su exquisita fragancia a las obras basadas en el amor a Dios y a la humanidad, y en la comprensión de lo que éstos amores exigen de nosotros.

Toda obra social o benéfica tiene un ideal, y el de la Sociedad Victoria Prieto es formar a la mujer de hogar en la clase obrera y trabajadora.

Con este fin se fundó en Santiago el año de 1900 la escuela Victoria Prieto. Fundóla el señor presbítero don Santiago Vial Guzmán,

y la Sociedad de Señoras por él dirigida, cuya Presidenta única ha sido la señora Elena Roberts de Correa, quien ha consagrado a ella sus grandes dotes de inteligencia y de cristiana actividad.

Considero que ésta es una de las grandes obras debidas a la iniciativa católica y haré de ella un breve bosquejo, pues me he convencido últimamente de que es más desconocida que otra alguna, siendo así que hace dieciocho años que se fundó y ha continuado desde entonces funcionando y desarrollándose cada vez más, y fiel a sus programas de acción educativa y social, formando física moral e intelectualmente a miles y miles de niñas, pertenecientes a la clase obrera y trabajadora.

¡Acaso el velo de modestia que cubre su acción bienhechora, lejos del bullicio y de la publicidad, la ha hecho pasar inadvertida en su labor silenciosa y oculta.

Es esta una obra muy original que ha conseguido unificar en un plan ampliamente concebido y vigorosamente organizado, un medio internado gratuito que proporciona a las niñas de la clase obrera educación e instrucción primaria, doméstica y profesional.

El medio-internado supone almuerzo diario, y este se les ha proporcionado gratuitamente a todas las niñas y maestras casi desde la fundación de la escuela, siendo así que la asistencia diaria es alrededor de 200. Dejo a la consideración del lector ¡qué de esfuerzos y sacrificios cuesta este almuerzo diario! Esta medida altruista, previsora y caritativa se adoptó tomando en cuenta el evitar la pérdida de tiempo, el callejeo constante tan desmoralizador y el hambre de muchas!

El señor Director, en esto como en todo lo demás, estimula y alienta el celo caritativo de las señoras que dirigen la obra, y la sostiene vigorosamente con su óbolo.

Teniendo en cuenta las condiciones en que se desarrolla en el pueblo la educación de las niñas y los pocos años destinados a la escuela se procura aprovecharlos bien, sin recargarlas, enseñándoles todo lo que dentro de su esfera y condición les es útil y conveniente saber. Organizando los estudios en tal forma que la instrucción y la educación práctica se desarrolla a la vez sin perjudicarse. Así, los programas están organizados teniendo en cuenta el triple objeto de esta obra, que es formar a la dueña de casa, a la obrera, a la mujer cristiana, teniendo por base la cultura religiosa.

La cocina práctica, el baño, la gimnasia, la educación física en general, están aquí implantadas como agentes indispensables de salud y de vida, y se les da una importancia muy especial.

Completan la obra, talleres de modas y lencería para las niñas que quieren seguir estas profesiones, patronato para todas las alumnas y ex-alumnas, biblioteca escolar, sesiones recreativas cuatro o cinco veces al año y caja de ahorros, para las maestras, obreras y alumnas.

Esta es a grandes rasgos, la labor realizada por la Sociedad Victoria Prieto desde hace dieciocho años.

Pero, una de las partes más interesantes de la obra es aquella fusión, aquella compenetración de dos sociedades diferentes: la de arriba y la de abajo. La señora de la alta clase es aquí la mejor amiga y consejera de la niña y de la obrera: una y otra están en diario e íntimo contacto.

La unidad y armonía que en esta obra reinan, le imprimen cierto carácter atrayente y simpático. Cada una de las señoras y señoritas que componen el directorio está encargada de una sección especial: así, la una está dedicada a vigilar la acción moral y religiosa que en la escuela se desarrolla; la otra es directora del Patronato, obra bellísima, complementaria de la escuela, y cuyos fines en la actualidad son de todos conocidos. Hay otra directora para la sección cocina, etc. Los estudios están vigilados y dirigidos por algunas de las señoras. Los talleres de modas y lencería, además de las maestras que técnicamente los dirigen, están a cargo de dos distinguidas directoras que imprimen a los trabajos allí realizados el sello de su elegancia y buen gusto.

La parte musical y artística tiene como directora especial y única, a una señorita que puede considerarse como un genio en el arte. Los trabajos de labores están intelectualmente dirigidos en las respectivas clases por señoras directoras, que dedican a ellas sus esfuerzos.

La constancia, la armonía, la unidad de miras que este plan, mucho más vasto de lo que en pocas palabras he podido diseñar, hacen de esta obra social a la vez que benéfica, algo muy especial, muy original. Hay aquí unidos muchos corazones, inteligencias, actividades, de temple diferente, pero unidos todos por el más dulce e indestructible de los lazos: el amor de Dios, el amor del prójimo, la mutua simpatía que despierta en toda la comunidad esfuerzos y energías en favor de la realización de un ideal tan noble y digno.

El directorio de esta sociedad lo componen actualmente las siguientes personas:

Director, señor Presbítero don Santiago Vial Guzmán.
Presidenta, señora Elena Roberts de Correa.
Vice-Presidenta, señora Juana Solar de Domínguez.
Secretaria, señorita Ana Luisa Prats Bello.
Pro-Secretaria, señora Eugenia Errázuriz de Montes.
Tesorera, señora Isabel Valdés De Montes.
Pro-Tesorera, señorita Clara Edwards Sutil.
Directoras: señoras Luisa Figueroa de Vergara, Josefina González de Valdés, Isabel Dávila Larraín, Rosa Fernández de Ruiz Tagle, Rosa Oyarzún de Echeverría, Juana Urquieta de Lira, Emilia Cerda de Grez, Isabel Huneeus G. H., Ana Rosa Barriga.

Heroínas de la caridad en Chile

Julia Marambio Cortés.

En el ejército triunfal de la caridad femenina chilena se encuentra en primera línea y delante de todas sus compañeras la insigne señora doña Antonia Salas de Errázuriz.

Tan grande fué y tan admirable y tan constante la caridad de esta santa mujer, que su persona ha quedado como el símbolo de la más completa abnegación al servicio del prójimo.

No hubo acto que no practicara en el campo vastísimo de la virtud por excelencia, de la reina de todas las virtudes. Cuidó del niño, del enfermo y del desvalido; atendió por sus propias manos a los heridos de la guerra de la Independencia y recibió a los variolosos en su propia casa, colocándolos en las mismas camas de sus hijos para cuidarlos mejor.

Con ternuras especiales y especiales preocupaciones procuró la salvación de las jóvenes, enseñándolas a trabajar y fundando asilos para levantar a las caídas.

Desde las primeras manifestaciones de su inteligencia y su razón, empezaron también a manifestarse sus inclinaciones a la limosna y a la abnegación. La caridad nació en ella como instinto, se perfeccionó en seguida con la virtud de su alma cristiana y se convirtió al fin de su vida en sublime y absorvente pasión.

Cuando muy niña, no teniendo un día qué dar como limosna a una pobre que se la pedía por amor de Dios, tomó el gatito regalón de la casa y se lo entregó; postrada ya en su lecho de muerte mandó que el *único* vestido que poseía lo dieran a una persona necesitada, diciendo con la gracia que siempre acompañó a sus bondades: ¡qué chasco sería para la fulana si yo me mejorara y tuviera que devolverme el vestido!

La austeridad de su persona iba a la par con la generosidad y benevolencia para con los demás; jamás llevó una alhaja; se cuenta que al ver un retrato que por interés de caridad se había dejado pintar la humilde señora y al cual el artista había añadido un pequeño broche al alfiler que en realidad prendía el pañuelo, una de sus nietecitas exclamó: la *mama-vecca* con prendedor, ¡qué cosa tan rara!

La caridad de doña Antonia fué tan abierta y expontánea como inteligente y organizada.

Atraídas por ese astro de primera magnitud que irradiaba en torno suyo luces de misericordia y de consuelo, un grupo de parientes y de amigas se acercó a ella para ayudarla en sus trabajos; este grupo de damas nobles y de buena voluntad formó

bajo su influencia y dirección la Sociedad de Beneficencia que parece ser la precursora de la admirable Hermandad de Dolores.

Viendo la prudente y experimentada señora que ni los niños huérfanos, ni los enfermos, ancianos o mujeres asiladas podían tener los cuidados y vigilancia que requerían sin religiosas que por amor a Dios los atendieran, hizo diligencias para que vinieran con ese objeto varias comunidades religiosas. A su empeño se debe el establecimiento en Chile de las Hermanas de San Vicente de Paul, de la Providencia y del Buen Pastor. Y junto con estos establecimientos la organización completa de la caridad en nuestro país. Lo que ella llevaba a cabo por compasión al prójimo resultó ser obra verdaderamente patriótica, digna de ser enaltecida públicamente. ¿Por qué se levantan estatuas a los que destruyen y matan y no a los que como doña Antonia viven para aliviar, consolar y hacer el bien a la humanidad?

Ni las preocupaciones maternales de una numerosa familia, ni los pesares, las pérdidas de los seres queridos, ni aun la pérdida casi completa de su fortuna, pudieron cerrar el cauce a esa inagotable y constante caridad. Cuando no tuvo qué dar de lo suyo, salió a pedir de puerta en puerta y se ingenió de mil maneras para obtener dinero para sus pobres y para sus obras. Fué esto lo más admirable y más meritorio en la vida de doña Antonia, y casi se puede decir milagroso el resultado de su humillación y sacrificio. Sólo para la Casa del Buen Pastor reunió y entregó a las religiosas $ 170.000.

Su inteligencia y agudeza le sirvieron para no cansar a la gente en esta tarea tan ingrata de *pedir;* todo el mundo la quería y veneraba; entre chistes y bondades conseguía la simpática anciana todo cuanto deseaba. Al divisarla por las calles, encorvada, más por el cansancio de la vida que se daba, que por el peso de los años, las gentes la bendecían, las madres la mostraban a sus hijos y todos sentían un movimiento de gratitud y de ternura por la modesta y gran benefactora.

El culto manifestado con justicia por los contemporáneos al ángel de la caridad, ha vuelto en nuestros días a manifestarse con entusiasmo. Otra gran mujer chilena, que vive aún, aunque no entre nosotros, sino en la vecina República, que la conoció cuando joven y después, como religiosa del Buen Pastor y que pudo apreciar su abnegación, pide a las señoras chilenas que trabajen porque se levante en la parte más central de Santiago un monumento que exalte la caridad de doña Antonia y sea un ejemplo de patriotismo y de virtud para la mujer chilena.

Datos históricos. — Nació doña Antonia Salas el año 1788. Fueron sus padres don Manuel de Salas Corvalán y doña Manuela Palazuelos y Aldunate, ambos de alta posición social, de piedad y de fortuna. Don Manuel mereció, a más del título de Padre de la Patria, el de *padre de los pobres.* De él se dijo que tenía la pasión de hacer el bien y a él heredó Antonia y con él cultivó esa pasión sublime.

En el año 1809 contrajo matrimonio doña Antonia con don Isidoro Errázuriz Aldunate, distinguido caballero, patriota y cristiano. Cinco años más tarde, con la derrota de Rancagua, tuvieron que alejarse, desterrados a Juan Fernández, el padre y el esposo de doña Antonia. Mientras duró el destierro, ella supo de un modo ingenioso mandarles obsequios y comunicaciones. En 1817, la batalla de Chacabuco puso fin a la dolorosa separación.

El año de 1820 apareció por primera vez en Chile la viruela, y entonces fué cuando doña Antonia se llevó a su casa a cinco de esos infelices apestados que había encontrado abandonados en un rancho y en horrible estado.

En 1822 un terremoto derrumbó la casa de campo de la familia, pereciendo en ella uno de sus hijos y varios de los fieles servidores. Estas terribles impresiones produjeron en la señora una larga y penosa enfermedad. Poco después se completó la prueba con la pérdida del esposo y de algunos más de sus hijos.

Después de la batalla de Loncomilla, no pudiendo ella por el mal estado de su salud, trasladarse a Talca a cuidar los heridos, mandó con ese fin a otro de sus hijos y quedó ella colectando fondos para enviarles.

La última prueba que vino a visitarla fué la pobreza, prueba durísima para quien vive en íntimo contacto con los pobres, conociendo sus penas y necesidades sin poder remediarlas. A esto se añadió lo que da generalmente el mundo a los que se consagran a hacer el bien: la crítica y la calumnia. Los decires malévolos no la perturbaron. «Pediré siempre», —dijo,— «que yo sufra con tal que los pobres gocen; más ultrajes padeció Jesucristo por nosotros».

Murió doña Antonia el año 1867. Fué su muerte tan santa, tan pacífica y tan desprendida como había sido su vida. Todo lo había dado, y *toda a todos* y, sin embargo, como los santos, hizo antes de morir una confesión general con muchas lágrimas de contrición y de fervor. En sus honras pronunció la oración fúnebre el presbítero entonces don Mariano Casanova, magnífica alocución y verdadera biografía de la que «hizo todo el bien que le fué dado, dió cuanto tenía de supérfluo y se desprendió hasta de lo necesario, llegando a ser avara consigo misma a fin de ser pródiga con Jesucristo».

La acción benéfica de doña Antonia no terminó con su vida; la herencia de caridad la recogieron sus hijas y sobrinas, y puede decirse que, hasta el día de hoy, ellas han guardado esta herencia admirable como santa tradición de familia. Creo decir sin exagerar que todas las mujeres de esta familia han practicado la caridad en sumo grado. Entre ellas recordaremos a doña Dolores Errázuriz de Salas; a doña Carmen Errázuriz de Ochagavía y Rosario Errázuriz, ambas hijas de doña Antonia; a Catalina y Escolástica Salas sus sobrinas, a Javiera Salas de Edwards, igualmente sobrina de doña Antonia, ¡y a cuantas más!

Otra mujer que ha dejado fama en Chile de virtud y caridad es la señora Victoria Prieto de Larraín.

Hija del Presidente don Joaquín Prieto, fué, como doña Antonia Salas, iniciada en la caridad por su propio padre que la indujo a tomar a los 19 años el cargo de secretaria en la Hermandad de Dolores. Desde entonces fué la vida de doña Victoria una consagración continua al alivio de los pobres; éstos le devolvieron su abnegación, manifestándole un entrañable cariño que se exteriorizó sobre todo el día de sus funerales, cuando, entre sollozos y lágrimas, acompañaron a la santa señora a su última morada.

Doña Victoria fu la esposa de don Rafael Larraín Moxó; conservó siempre en la alta posición en que estaba colocada, la mayor modestia y más profunda humildad. Todo en ella era ejemplar, y bien mereció que su nombre quedara a la posteridad como título de un establecimiento modelo de educación femenina.

La señora Juana Ross de Edwards y sus obras.

Entre las ilustres damas que por su talento y virtudes, han sido el orgullo de la Sociedad Chilena, hay una cuyo nombre todos recordamos con veneración y cariño: doña Juana Ross de Edwards, la gran señora que por tantos años ejerció en el pueblo de Valparaíso el más sublime apostolado de caridad cristiana; y ante cuyas virtudes todo elogio parecería mezquino al lado de esa alabanza perpetua que le tributan sus obras, verdaderos monumentos en favor de los pobres y de los desvalidos.

En la Serena, su tierra natal, guardan grabados con letras de oro el 2 de Agosto de 1830, porque en esa fecha vino al mundo, aquella niña, que llegó a ser más tarde el eficaz y poderoso auxilio de los desgraciados.

Fueron sus padres el Sr. don David Ross, Consul de su Majestad Británica en Coquimbo, y doña Carmen Edwards. Cuentan las tradiciones que desde pequeña se distinguió por las excepcionales dotes de su espíritu y una gran inclinación a la virtud.

Unida más tarde en matrimonio al respetable caballero don Agustín Edwards, su vida fué un continuo ejercicio de las virtudes cristianas. A medida que aumentaba su fortuna más se extendía el campo de sus obras de caridad, y más se manifestaba también en ella, esa admirable sencillez de su trato y de su persona, que la hacía rechazar hasta en los menores detalles, todo lo que pareciese lujo u ostentación.

Pero, llegó también para ella la hora de la prueba, y cuando Dios fué arrancando de su lado uno a uno a los seres más queridos, ella tomó su cruz, y llegó al heroismo de la caridad, adoptando por hijos suyos a todos los pobres.

Viuda y dueña de una cuantiosa fortuna, entregóse de lleno a la pasión de su alma: dió hogar a las viudas, cariño maternal a los huérfanos, asilo a los ancianos, consuelo y medicina a los enfermos.

Pero no era obra de la sensibilidad, la que movía su alma a compasión por los desgraciados; eran las luces de la fe cristiana, que la hacía ver en el pobre la imagen de Cristo, y estudiar con acertado criterio los medios más eficientes para socorrer sus necesidades.

Con un desprendimiento absoluto de los bienes de la tierra vivía pobre en su riqueza. Así como todo le parecía excesivo cuando se trataba de su persona, todo le parecía poco cuando se trataba del bien ajeno, y una vez penetrada de la necesidad e importancia de una obra, por grande que fuera no contaba el dinero para llevarla a cabo.

El distintivo de la caridad de la señora Ross era la inteligente y discreta distribución de sus limosnas. Sabía ordenar sus empresas, de modo que nunca una obra entorpeciera a la otra y cuando se trataba de la construcción de templos, hospitales, asilos; ¡con qué prolijidad y detención estudiaba los planos, de modo que nada hubiese en ellos, ni de más, ni de menos! ¡Con cuánta delicadeza sabía acomodar sus limosnas a las distintas condiciones sociales, de manera que siempre el socorro fuese provechoso y no hiriese el decoro de aquella familia, que por reveses de fortuna, se encontraba en la indigencia!

Siendo dos los grandes amores de su alma: Dios y el prójimo, ellos fueron el punto céntrico de todas sus obras.

Para Dios hizo edificar innumerables templos, reparar otros, sostener el culto en casi todos. Obras exclusivamente suyas fueron: la Iglesia Parroquial de Llay-Llay; en Valparaíso, la Iglesia de San Luis, la del Asilo del Salvador, de las Hermanitas de los Pobres, la de la Casa de Dolores, la de las Monjas Carmelitas, y la de los Salesianos y del Hospital de San Juan de Dios, la Capilla del Hospicio de Viña del Mar, y la del Asilo de la Providencia de la Serena. Ayudó generosamente a la reconstrucción del Espíritu Santo, de los SS. CC., de la Matriz y los Doce Apóstoles en Valparaíso; a las Parroquias de Viña del Mar, Rancagua y Llay-Llai, a los Pasionistas y Carmelitas de Viña del Mar, La Gratitud Nacional y el Salvador en Santiago, a los Catedrales de Ancud y Serena, etc.

Para el prójimo y especialmente para el niño, el enfermo y el anciano, que bien representan las tres necesidades más grandes de la Sociedad humana, hizo construír, a manera de palacios, todos aquellos grandes establecimientos de beneficencia. Es este talvez el único caso en Chile, en que una señora se compadezca de todas las miserias de un pueblo, y trate de remediarlas, mediante la fundación de instituciones sostenidas por ella únicamente.

Largo sería hablar en detalle de cada una de sus innumerables obras; pero diré una palabra siquiera sobre las principales.

El Asilo del Salvador, construído dos veces, a causa de un incendio, regentado por las Hermanas de la Caridad. Es un magnífico edificio con capacidad para 300 huérfanos: tiene 2 grandes escuelas, una para hombres, otra para mujeres, esta última con diver-

sas secciones de labor, cocina, etc. Además hay allí un Dispensario y una Olla del Pobre, fundada por la señora Otaegui de Zuazagoitia; pero que funciona actualmente gracias a una donación de la señora Ross. En muchas ocasiones ha llegado a 800 y 1.000 el número de personas beneficiadas en los diversos departamentos del Asilo, cuyo valor, agregado al de las propiedades del Cerro del Molino, que le dejó la fundadora, para su sostenimiento, alcanza a $ 2.000.000.

El Asilo de Huérfanos de la Providencia a cuya reconstrucción contribuyó con la suma de $ 10.000 mensuales, y después siguió ayudándolo hasta el día de su muerte.

El Colegio y Talleres de los R.R. P.P. Salesianos en donde miles de niños pobres han recibido educación cristiana y práctica, que les permite después ganarse la vida con honradez, por medio de algún arte u oficio. Valor $ 700.000.

Los Colegios Comerciales Agustín y Arturo Edwards regentados por los Hermanos de las Escuelas Cristianas, y que proporcionan educación gratuita a más de 600 niños. Valor $ 250.000.

El Colegio de San Luis en el Cerro Alegre; el Colegio anexo a la Capilla de Santa Ana, en el Cerro Cordillera.

La Casa de Dolores, gran edificio, en donde está el Centro de diversas obras de beneficencia: hay un dispensario, y una sección donde se confeccionan costuras para los pobres, que socorre la Hermandad de Dolores. Valor $ 200.000.

El Asilo de Ancianos, de las Hermanitas de los Pobres, que destruído por el terremoto de 1906, se reedificó en Viña del Mar, con un costo aproximado de $ 800.000.

El Sanatorio para Incurables de Peñablanca, valor $ 70.000, y de *Tuberculosos en Los Andes,* que a su muerte dejó en manos del Arzobispado. Valor $ 300.000.

Diez casas en la calle Correa para familias decentes sin recursos y un gran Asilo para viudas pobres en las Delicias.

Dos Escuelas en Llay-Llai.

Además ayudó con fuertes sumas a la casa de Huérfanos de la Serena, y a los Hospitales de la Serena y Copiapó; donó el terreno para el gran Hospital de San Agustín y para la Casa de Ejercicios de Valparaíso.

Tampoco miró con indiferencia el bienestar de la clase obrera, y, deseando procurarle las ventajas de una habitación barata e higiénica, el año 1898, hizo la donación de un edificio compuesto de 53 departamentos para familias obreras, cuyo valor sería como de $ 200.000, y 50.000 metros para edificar. Esta población obrera la puso en manos de un Directorio, encargado de la construcción y administración de la comunidad, el que se componía del Sr. Gobernador Eclesiástico y los Sres. Agustín Edwards, Ricardo Ferrari, Alejo Barrios y Nicanor Marambio.

Fuera de todas estas instituciones, ¿a qué obra de beneficencia pública en Chile, no llegaron las limosnas de esta gran benefactora de los pobres? ¿Cuántos antiguos y respetables hogares,

veían llegar todos los meses, como lluvia del cielo, los socorros que les enviaba esa alma generosa, cuando los veía en la desgracia?

Inmensa labor también realizó la señora Ross en bien de los habitantes de Valparaíso durante las epidemias de la peste en 1904 y 1905. Y en la terrible noche del 16 de Agosto de 1906, su casa fué el albergue hospitalario, y la proveedora de víveres y abrigo, para tantas familias que quedaron súbitamente aplastadas por los escombros y por la miseria.

Pero, una de las pruebas más elocuentes de la inteligencia con que la señora Ross ejerció la caridad, fué el haber sabido administrar su fortuna, de modo que a su muerte, le permitiera dejar asegurado el sostenimiento de todas sus obras.

De lo contrario, qué trastorno tan grande hubiese sido si junto con entregar su alma a Dios, hubieran debido cerrarse las puertas de todos esos hospitales, asilos, escuelas, etc.

Pero ella todo supo ordenarlo con previsión admirable, y vemos en su testamento, los innumerables legados, de 300, 100 y 50 mil pesos, para cada una de esas obras, para la Sociedad de Dolores, Conferencias de S. Vicente, Hermanas de la Providencia, Buen Pastor de la Caridad, P.P. Salesianos de Valparaíso: Asilos de Indios de la Araucanía, hospitales de San Felipe, Andes, Vicuña, Serena y Viña del Mar; Asilos de Santa Ana y Lourdes en Valparaíso, y una suma considerable, destinada a establecer Iglesias, escuelas y hospitales en donde no las hubiere y fuesen de mayor necesidad, en todo el territorio de la República y por fin hace la donación de su palacio de la Plaza de la Victoria de Valparaíso, para que se construya la futura Catedral, que dejaba su hijo Agustín, como un obsequio de gratitud a Nuestra Sra. del Carmen Patrona de los Ejércitos Chilenos.

Qué hermoso ejemplo nos ofrece la vida de esta gran dama, que se sirvió de las riquezas como de un medio poderoso para aliviar todas las miserias y llevar las almas hacia el bien. Lo que a otros sirve de escollo para la santidad fué para ella un medio de ascender al cielo; y como decía en su oración fúnebre el Iltmo. Sr. R. Angel Jara «mucho mayor que sus riquezas materiales, eran los tesoros de su alma, de esa alma en donde Jesús, el Padre de los Pobres, constituía el centro donde giraban todos sus proyectos, y en cuyo amor compendiaba todas sus resoluciones, sus empresas, y todas las acciones de su vida».

Ojalá que muchas almas caritativas imitasen a esta mujer excepcional, de quien puede decirse con entera verdad, que pasó por el mundo haciendo el bien. El peso de sus riquezas no oprimió a nadie y sólo oprimió su corazón para la caridad.

Sociedad del Apostolado del Sdo. Corazón de Jesús en el Hogar del Pobre

Mercedes Luisa Luco.

En el año 1908 la señorita Elisa Fóster concibió la idea de fundar una sociedad cuyos miembros se dedicaran a mejorar la triste condición del desgraciado, penetrando en los hogares de los pobres por medio del culto circulante del Sagrado Corazón de Jesús. Llevarles el conocimiento de Dios, darles a conocer sus deberes religiosos, procurar establecer la organización cristiana de la familia, atender a la enseñanza catequística del niño, en una palabra, moralizar las costumbres del pueblo por todos los medios que un celo discreto sugiriera, era el objetivo que debía perseguir el apóstol de esta nueva sociedad, según la mente de su ilustre fundadora.

Deseando dar forma a su ideal, la señorita Fóster se dirigió a los señores párrocos, quienes acogieron gustosos su proyectada empresa, ofreciéndole toda clase de facilidades para su próxima fundación y manifestando ese entusiasmo con que cooperan siempre a las obras de caridad. En consecuencia, la sociedad se estableció sucesivamente en las parroquias de la Asunción, la Estampa, Santa Ana, Sagrario, San Lázaro, San Saturnino, San Ramón, San Miguel Arcángel, San Isidro, Apóstol Santiago y Todos los Santos.

En cada una de ellas se organizó un centro dirigido por el señor cura párroco respectivo, y compuesto de doce apóstoles buscados y atraídos por la que era el alma de la obra.

Establecidos ya once centros parroquiales, eligió un apóstol en cada uno de ellos y formó un consejo general directivo con asiento en la Casa de las R.R. del Purísimo Corazón de María, dignas madres que han contribuído en gran parte al desarrollo de la sociedad, procurando, además, la santificación de sus miembros por medio de los retiros que tienen lugar en esta santa casa y que han producido tan óptimos frutos.

Los estatutos de la sociedad fueron aprobados por la Autoridad Eclesiástica el 18 de Junio de 1908.

Además, nos cabe la satisfacción de que el Congreso Social Católico, celebrado en esta capital el año 1910, después de manifestar los fines de esta obra y los abundantes frutos recogidos hasta esa fecha, solicitó, como una de sus conclusiones, la difusión de esta sociedad por las parroquias de los pueblos distantes, encontrando una favorable acogida en donde ya se ha establecido.

Aprobada ya la sociedad y organizados los diversos centros parroquiales, se inauguró en cada uno de ellos instalando la sagrada imagen en el campo de propaganda de cada apóstol, dando

comienzo al culto circulante del Sagrado Corazón de Jesús, centro vivificador de la obra.

Todas las instrucciones se les dan en pequeñas dosis, buscando siempre la oportunidad y con el mayor cariño y discreción.

Los pobres, dóciles a las exhortaciones del apóstol, acogen con interés sus palabras; y sus inteligencias, como iluminadas por una secreta luz, empiezan a divisar en el tenebroso camino de su vida, un nuevo horizonte que les augura halagadoras esperanzas.

Instruyendo a las madres, haciéndoles comprender su doble deber como esposas y como madres; ganándoles la voluntad, se ha podido ir obteniendo de ellas esas confidencias que sólo se conocen en las intimidades del hogar y que sólo también se comunican a corazones compasivos, dispuestos a participar de sus dolores y a procurar mitigarlos por todos los medios a su alcance.

Diversos trabajos que la sociedad realiza:

Se hace bautizar a los niños cuyas madres, por fútiles pretextos, descuidan este deber, siendo algunos de 12, 14 y más años.

Cuando se encuentran niños analfabetos que vagan por los conventillos sin haberse matriculado en ninguna escuela, se trabaja hasta persuadir a sus madres de la estricta obligación que tienen de enviarlos, conduciéndolos muchas veces el apóstol a una escuela recomendada, previa venia de sus padres.

Se presta preferente atención a la asistencia de los niños a la misa del día festivo, para quienes los señores curas les dicen una misa especial, explicándoles el Evangelio y enseñándoles el apóstol a seguirla de viva voz. En una capilla abandonada se logró reunir hasta 200 niños.

Se atiende a la asistencia del catecismo parroquial, aconsejando a las madres y proporcionándoles muchas veces la ropa necesaria para que asistan decentemente, con cuyo fin se han establecido roperías en algunos centros.

Los niños huérfanos son colocados en asilos, en casas de preservación aquellos cuya moral peligre, y en talleres los que desde luego puedan dedicarse a alguna profesión.

Todos los años se efectúan dos o tres primeras comuniones de niños que conduce previamente el apóstol a recibir en su parroquia las debidas instrucciones, o bien preparándolos durante una serie de días, en sus propios domicilios.

Se atiende a los enfermos enviándolos al Hospital, ya recomendándolos a la Hermandad de Dolores, o bien proporcionándoles medicinas y socorros, consiguiendo de este modo que algunos mejoren en sus casas. Si el caso es extremo se les recomienda y facilita la recepción de los Sacramentos con que la Iglesia nuestra Madre favorece a sus hijos moribundos. Muchos son los casos en que, después de tenaz resistencia por ignorancia o vida descuidada, se han logrado asombrosas conversiones, reconociéndose que ese repentino y favorable cambio es tan sólo debido a la mediación poderosa del Corazón Sagrado de Jesús.

A las familias desvalidas se las recomienda a las Conferencias de San Vicente de Paul.

Las uniones ilícitas se legalizan dándoles toda clase de facilidades y procurando, siempre que el caso lo permita, entren a ejercicios, ayudando durante esos días, a sus familias, en lo posible.

Con el laudable fin de proporcionarse fondos comunes para subvenir a las necesidades más apremiantes de los pobres, los apóstoles de cada Centro desplegando un celo ingenioso han discurrido diversos medios que les ayudan a hacer fructífera su labor.

En general, por medio de ingeniosas industrias o bien usando de su propio peculio, los apóstoles consiguen proporcionarse recursos que les permiten mejorar, al menos en parte, la penosa situación de los desheredados de la fortuna.

Modo práctico de ejercer el apostolado

Como el fin principal de la Sociedad es extender el Reinado Social de Jesucristo por medio de la regeneración de la familia cristiana, al mismo tiempo que se pone en circulación la imagen del Sagrado Corazón se les exhorta a amar y honrar a ese Divino Corazón por medio del cumplimiento de sus deberes a fin de que se hagan acreedores a sus dulces y consoladoras promesas.

Se procura infundirles confianza y que vean en el apóstol una amiga sincera que viene a ellos no a investigar por mera curiosidad su manera de vivir sino que, animada de un vivo y acendrado afecto, viene a compartir con ellos sus cuidados y desvelos. Estas palabras afectuosas empapadas en la caridad de Jesucristo para con los desvalidos, sus amigos, y las manifestaciones del interés más sincero por su suerte son acompañadas de la acción pronta y eficaz con que el apóstol hace efectivas sus palabras.

Si queremos,—les decimos,—que el Reinado de Jesucristo venga a nosotros tenemos que devolverle amor por amor, y corresponder su amistad divina con toda la amistad de nuestro pobre corazón. Para instruirles más, se les distribuyen lecturas piadosas.

Todos los años se celebra la festividad del Sagrado Corazón de Jesús solemnemente, con una novena preparatoria y predicación. Por este medio muchas personas se confiesan y reciben la sagrada comunión; algunos después de 20, 30 y 40 años de olvido de Dios. Se ha visto personas que han hecho su primera confesión para casarse.

Conversiones asombrosas se han obrado: hombres extraviados y alejados de las prácticas de nuestra religión han vuelto a su seno, empezando una vida edificante.

Con la constante visita al pobre, se pueden realizar toda clase de obras de caridad en lo espiritual y corporal, con lo que se consigue reconciliar muchas almas, que no han tenido quien les hable de Dios como un padre cariñoso.

Incontables son los casos de mejorías de enfermos que se han efectuado durante la visita de la sagrada imagen.

Se ha conseguido que un buen número de personas honren al Sagrado Corazón con la comunión reparadora de los primeros Viernes.

Se han hecho entronizaciones de la imagen del Sagrado Corazón en un gran número de hogares, pasajes y conventillos.

Por medio de la devoción al S. Corazón se consigue también fomentar la devoción a la Sma. Virgen rezando el Mes de María y la Novena de Purísima y es hermoso y consolador ver que al terminar estos cultos se acercan en colectividad a la Sagrada Mesa. El día de Purísima se llegó a contar en una sola Parroquia 116 comuniones de personas de los conventillos visitados.

El Divino Corazón de Jesús corresponde a las fervorosas plegarias con que los pobres le invocan y aclaman durante la visita de su Sagrada Imagen con gracias admirables y casos milagrosos que sería imposible, humanamente, encuadrar en esta breve reseña.

Estadística de los trabajos practicados en esta Obra.

Bautizos: 350.
Primeras Comuniones: 780.
Matrimonios: 640.
Hombres entrados a Ejercicios: 150.
Consagraciones de hogares, Pasajes y Conventillos: 388.
Socias activas: 150.

Extensión de la Sociedad.

El año 1913 se fundó un Centro en la Parroquia "Sagrado Corazón" y otro en la de Andacollo. En 1915 el de la Sma. Trinidad y el de la Inmaculada Concepción.

Celosas algunas personas por difundir más y más esta Obra y venciendo grandes obstáculos han llevado su acción a pueblos y Parroquias distantes. Así, la vemos establecida ya en Talca, Constitución, Río Bueno, Codegua, Maipú, Chépica y Viña del Mar.

En 1916, el Rvdo. Padre Gonzalo Azcona, imposibilitado por el aumento de trabajo en su Colegio, a continuar en esta obra que tanto amaba, hizo su renuncia de Director, después de ocho años de abnegado trabajo.

El Consejo como manifestación de gratitud, acordó nombrarlo Director honorario.

En su reemplazo fué nombrada por el señor Arzobispo, el Revdo. Padre Antonio Falgueras, Jesuíta.

Se han dado hasta la fecha cinco misiones, con asistencia numerosa y abundantes frutos. Seguirán dándose en el transcurso del invierno, por ser la época en que los Misioneros no salen a los campos.

NOTAS DE OBISPOS

NUNCIATURA APOSTÓLICA.
SANTIAGO DE CHILE.

Mayo 22 de 1918.

Señora Amalia Errázuriz de Subercaseaux,
Presidenta del Congreso Mariano Femenino.

Dignísima Señora:

Al acusarle a Ud. recibo de su atenta nota del 3 del corriente, en la que expresa que la obra del Congreso Mariano Femenino será a la vez, una manifestación de amor a nuestra Madre del Cielo y a la Madre de las almas, la Santa Iglesia Católica; tengo la satisfacción de expresarle lo mucho que cuenta la Santa Sede con el celo y actividad apostólica de las Damas Católicas Chilenas, para difundir en la sociedad los buenos principios religiosos, elevándose como muro inexpugnable contra la invasión del vicio. La Santa Sede sabe muy bien que las Damas Católicas Chilenas se distinguen, entre las Damas de Sud América, por la religiosidad de sus sentimientos, por la generosidad de sus corazones y por el entusiasmo con que promueven todas las obras buenas, católicas y sociales.

El Santo Padre, al saber que se celebrará en Santiago un Congreso Mariano Femenino, alaba vivamente este buen proyecto, anima a tomar sin respeto humano, resoluciones prácticas, aptas para promover el cumplimiento público de los deberes religiosos, y para defender a la juventud de la erupción del vicio.

Complace especialmente al Santo Padre, el que las Damas Católitólicas Chilenas no olvidan lo que es norma fundamental de toda acción católica; es decir, el estar sometidas a las órdenes y dirección del Episcopado y de la Santa Sede.

El 30 de Junio del año 1871, el Sumo Pontífice Pío IX, en una solemne recepción de las Damas Francesas, dijo: La Francia será salva, cuando, por medio del apostolado de las damas católicas se persuada de que, no solamente debe creer, sino también que debe saber cumplir sus deberes religiosos. Es este el apostolado que yo deseo a las Damas Congresistas, para un porvenir más glorioso de su patria.

Y con estos sentimientos, en nombre de Su Santidad, bendigo paternalmente el dicho Congreso, augurándole, de todo corazón, los más fecundos y felices resultados, para bien de la nación Chilena tan amada y predilecta del Santo Padre.

† SEBASTIÁN,
Arzobispo de Heraclea,
Nuncio Apostólico.

ARZOBISPADO
DE
SANTIAGO DE CHILE

Mayo 24 de 1918.

Señora Doña Amalia L. de Subercaseaux.

Distinguida Señora:

He tenido el agrado de recibir la atenta comunicación, en que Ud. me hace saber que ya han comenzado los trabajos preparatorios del Congreso Mariano Femenino, y solicita mi bendición pastoral para estas labores.

Muy grato es para mi corazón de Pastor aprobar, aplaudir y bendecir esta noble empresa, digna de las católicas señoras que la han tomado a su cargo y que tendrá, como Ud. lo indica, el doble objeto de honrar a la Santísima Virgen del Carmen, Patrona de nuestra República, y de señalar las verdaderas orientaciones cristianas que ha de tener la actividad social femenina.

Buscando en María la inspiración de las ideas del Congreso, y la protección para realizarlas, el buen éxito de esta empresa puede considerarse de antemano asegurado.

Renovar en toda la vida femenina el espíritu de fe, llevar a todas las almas y a todos los corazones de las mujeres cristianas, el convencimiento de que es muy alta su misión y muy grandes sus responsabilidades, y procurar que las obras de caridad, de educación y de previsión social se difundan y hagan más eficaces, deben ser los principales resultados que el Congreso Mariano Femenino ha de tratar de obtener.

Con todo mi corazón bendigo, pues, las labores en que Ud. y demás distinguidas señoras de la junta organizadora están empeñadas; recomiendo esta obra a todos los sacerdotes y religiosas e imploro para el Congreso Mariano Femenino, las inspiraciones y la protección de la Virgen Santísima del Carmen.

De Ud. affmo. Servidor y Capellán.

J. Ignacio,
Arzobispo de Santiago.

ARZOBISPADO
DE
SANTIAGO DE CHILE

22 de Junio de 1918.

Sras. Amalia L. de Subercaseaux y Ana Errázuriz Mena.

Distinguidas Señoras:

He tenido la honra de recibir la atenta carta de Uds. en que se han servido expresar, en nombre de la Junta Organizadora del

Congreso Mariano Femenino, sus congratulaciones por mi designación para el cargo de Vicario Capitular, y al mismo tiempo me piden que continúe prestando a esa junta, la protección que le dispensó el Iltmo. y Rmo. Sr. Arzobispo, cuya pérdida tan justamente deploramos.

Al presentar a las distinguidas señoras que forman la Junta Organizadora del Congreso Mariano Femenino, mis más sinceros agradecimientos por sus bondadosos parabienes, me complazco en declararles que me será especialmente grato prestar a esa obra, mi más entusiasta y decidida cooperación, como un homenaje a la memoria de su ilustre iniciador, y como una muestra de adhesión a las dignas señoras que han de realizarlas.

Con sentimientos de distinguida consideración, soy de Uds. Atto. S. y Capellán.

MANUEL T. MESA,
Vicario Capitular.

OBISPADO
DE CONCEPCIÓN

Concepción, 15 de Agosto de 1918.

El Obispo de Concepción saluda atentamente a la Sra. Presidenta del Congreso Mariano Femenino, y le envía a ella, y, por su intermedio, a todas las personas que constituyeron la Junta Directiva, sus más entusiastas felicitaciones por el espléndido éxito que han tenido sus trabajos; aprueba y aplaude los votos y conclusiones de dicho Congreso, los cuales revelan de parte de sus autores el conocimiento más cabal de los actuales tiempos, así como de sus necesidades y remedios; hace, a su vez, votos fervientes por que todas las conclusiones puedan, en tiempo no lejano, ser llevadas a la práctica, luciendo así los días más felices para la Iglesia y la Patria; y pide humildemente al Divino Corazón, por medio de la Santísima Virgen, que derrame sus bendiciones y consuelos sobre todas y cada una de las personas que han formado parte del Congreso.

† GILBERTO,
Obispo de Concepción.

OBISPADO
DE LA SERENA

28 de Septiembre de 1918.

Señora doña Amalia Errázuriz de Subercaseaux
y señorita Ana Errázuriz Mena.

Hace sólo dos días que he podido leer los «Votos y Conclusiones del Congreso Mariano Femenino», cuya aprobación tuvieron Uds. a bien pedirme en carta del mes de Agosto, que recibí hallándome en Copiapó haciendo la visita pastoral.

Muy grato me es adherirme a la aprobación y aplauso que

les ha otorgado el Señor Vicario Capitular de la Arquidiócesis, por juzgarlos muy justificados y merecidos. Ruego al Señor que otorgue sus gracias y luces a las dignas señoras que forman las comisiones nombradas por el Congreso, para que, con perseverancia, habilidad y prudencia, puedan llevarse a la práctica sus principales votos, encaminados a remediar males o a satisfacer necesidades muy verdaderas y muy sentidas.

Con sentimientos de distinguida consideración, tengo el agrado de suscribirme de Uds. afmo. S. y C.

† CARLOS,
Obispo de la Serena.

VICARÍA APOSTÓLICA
DE ANTOFAGASTA

20 de Agosto de 1918.

Señora Amalia Errázuriz de Subercaseaux,
Santiago.

Distinguida señora:

He leído con el mayor interés las Conclusiones y Votos aprobados en el Congreso Mariano Femenino, celebrado en Santiago, bajo la digna presidencia de Ud., para conmemorar el Centenario de la proclamación de la Virgen del Carmen, como Patrona del Ejército de la República.

Aplaudo y apruebo en todas sus partes la hermosa obra realizada por Ud. y sus dignas cooperadoras, bien seguro de que el Señor la hará fecunda en obras de acción social cristiana, que contribuirán al bienestar de las familias, y al engrandecimiento de nuestra patria.

Me haré un deber en desarrollar en el Vicariato Apostólico de Antofagasta, las buenas ideas emanadas de ese Congreso, en el que, con tanta previsión, se señala un remedio para cada uno de los males sociales que nos afligen.

Dígnese recibir, con mis felicitaciones, los votos que formulo para que el Señor bendiga todas sus empresas.

† LUIS SILVA LEZAETA,
Obispo de A. y Vic. Ap.

OBISPADO
DE ANCUD

Ancud, a 31 de Agosto de 1918.

Sra. Amalia Errázuriz de Subercaseaux,
Santiago.

Muy distinguida Señora:

Siento infinito haber demorado tanto la contestación a la atenta carta, que Ud. tuvo a bien dirigirme, respecto al Congreso Ma-

riano; se me habían extraviado los cuadernos de las Conclusiones del Congreso, y sólo en esta semana los he encontrado.

Tengo el agrado de decirle que apruebo con estusiasmo las Conclusiones del Congreso; forman ellas un programa completo de acción católica y de restauración social cristiana. Cooperaré con todo celo y en la medida de mis fuerzas, a la realización de tan hermosos proyectos y santos ideales, y, contando con la ayuda del Divino Corazón y de la Santísima Virgen del Carmelo, estoy seguro que triunfaremos en esta lucha contra la inmoralidad, la indiferencia religiosa y la impiedad.

El Congreso Mariano Femenino ha sido un magnífico éxito; constituye uno de los más trascendentales acontecimientos de estos últimos años en nuestro país; es, para muchos, una revelación de lo que puede la mujer cristiana, y ha demostrado que la más acendrada piedad no está reñida ni con el talento, ni con la ilustración, ni con el verdadero progreso y desarrollo intelectual de la mujer.

Concluyo manifestándole mi sincera admiración por todas las señoras y señoritas, que han realizado una obra que supera en mucho a todo lo que hubiera podido esperarse ni imaginarse; reciban todas mis más cordiales parabienes y mis mejores bendiciones.

Y Ud. particularmente, estimadísima señora, acepte mis más respetuosos saludos, y mis votos fervientes por que Nuestro Señor la conserve largos años para bien de nuestra cristiana sociedad, y para que continúe siendo celosa e inteligente obrera en la Iglesia del Señor.

Su afmo. S. y Cpn.

† ANTONIO,
Obispo de Ancud.

ADHESIÓN.

El Presidente de Colombia a la Presidenta del Congreso Mariano.

Bogotá, 23 de Julio de 1918.

Sra. doña Amalia Errázuriz de Subercaseaux,
Santiago.

Con agradecimiento, correspondo atentamente el saludo que dirige a la República de Colombia, el Congreso que presidís. Obsecuente servidor.

JOSÉ VICENTE CONCHA.

PETICIONES.

Santiago, 20 de Julio de 1918.

Señor Don Luis Claro Solar,

Senador de Aconcagua y Ministro de Hacienda.

(Sus manos)

Distinguido señor:

Por el digno intermedio de V. S. queremos hacer llegar al Honorable Senado la petición adjunta.

Nosotras confiamos en que V. S. querrá hacer todos los esfuerzos necesarios para obtener la aprobación de su proyecto; y, con ello, la realización de nuestras legítimas aspiraciones.

Las firmantes de la adjunta petición nos encargan manifestar a V. S. nuestros agradecimientos y nuestras felicitaciones.

Nos es muy grato expresar a V. S., nuestros sentimientos de respetuosa gratitud y consideración.

Isabel Irarrázaval de Pereira, Amalia Errázuriz de Subercaseaux, Luz Lyon de Pereira, Ana Luisa Prats Bello, Amelia Fernández de Undurraga, Isabel Echeverría de Bascuñán, Carolina Iñiguez de Pereira, Matilde Undurraga de Arteaga, Adela Edwards de Salas, M. C. Valdés de Marchant, Mercedes Santa Cruz de Vergara, Adela Errázuriz de Salas, Amalia Rodríguez de Besa, Adela Guzmán de Silva Zaldívar, Juana Browne de Subercaseaux, Isabel Echeverría de Bascuñán, Domitila Ossandón de Ahumada, Felicidad Contardo de Costabal, Hortensia Sepúlveda Contardo, Ventura Salas de Díaz Lira, Amelia Díaz de Díaz, Mercedes Olea de Díaz Lira, Ana Ovalle de Vial, María Luisa Salas de Vigil, Carmela Joacham de Silva, Luz Eguiguren de Valdés, Leonor Valdés Tagle, Elvira Santa Cruz Ossa, Blanca Pereira de Errázuriz, Rosa Errázuriz de Larraín, Sofía Eastman de Huneeus, Teresa Lazcano E., Inés Santa Cruz de Pinto, Marta Salas Ovalle, Zenobia Vidal P., Mercedes Montes de Claro, Eugenia Errázuriz de Montes, Laura M. de Vial, Clelia C. de Casassus, Natalia Altamirano P., Irene Luco A., Mercedes Rojas de Irarrázabal, Edelmira Azócar, Teresa Rodríguez, Filomena Azócar, María González de Nébel, Inés Jara V., Clementina Reyes P., M. Javiera Reyes P., Mercedes Correa N., María Jesús Correa, Clara Urrejola de Fuenzalida, Lucía Velasco Lavín, Sara M. de Martínez Baeza, Marta Walker Linares, Amelia Valdés de Huidobro, Rosa Figueroa de Echeverría, M. Teresa Fóster de Besa, Luisa Besa de Donoso, Julia Vial Solar, María de la Maza de Claro, Ana Swinburn de Jordán, Josefina Solar de Benavides, Lucía Besa de Lyon, Teresa Guzmán Cienfuegos, Nieves Walker de Méndez, Clarisa Larraín de Ugarte, Aurelia P. de Bari, Clarisa Cotapos de Larraín, María Besa de Díaz, Marta L. de Undurraga, Elena Salas de Gandarillas, Clemencia S. de Riesco, Julia Guzmán Cienfuegos, Rosalía Calvo de Aldunate, María Aldunate Calvo, Emilia Cerda de Grez, Marta Pereira de Valdés, Paulina Valdés de Pereira, Carolina Pereira de Correa, Georgina Llobet Cullen de Irarrázabal, Blanca Flores de Valdés, Lucía Guz-

mán de Correa, Emilia F. de Aldunate, M. Luisa Aldunate de del Río, Adela B. de Santa María, Dolores Covarrubias de Errázuriz, Raquel Besa de Armanet, Julia Larraín de Barros, Julia Eyzaguirre de Calvo, Virginia S. de Silva Cortés, Eulogia Errázuriz de Reyes, Elvira L. de Subercaseaux, Dorila Pizarro de Torrealba, Amelia Gutiérrez de Eyzaguirre, María Covarrubias de Irarrázabal, Sabina Roa de Chuecas, Amanda Brieba de Lorca, Dra C. I. Mayers G., Elena Mayers G., Adriana Lyon de Aldunate, María Eyzaguirre Rouse, Adela Eyzaguirre Rouse, Dolores Ruiz Fernández, M. Mercedes Vial de Ugarte, Berta González de Astorga, Ana Errázuriz Mena, M. Luisa Bolados de Rodríguez, María Teresa Valdés, Irene Larraín de Calvo Mackenna, Delia Bernard de Richard, María Bolados Cárter, Lucía Richard Bernard, Aurora Badilla de Calvo, Mercedes Badilla Padilla de Johnson, María Mac-Guire A., Constanza O. de Sanfuentes, Lucía Solar de Fernández, María Isabel Marambio C., Marta Eguiguren de Pereira, Enriqueta Méndez de Salinas, María Claro de Peña, Blanca González R., Virginia Undurraga de Larraín, Benigna González A., Lidia Roa C., Luz Pereira de Correa.

AL HONORABLE SENADO.

Honorable Senado:

Las que abajo firman, reunidas en el Congreso Mariano Femenino, después de oír la relación hecha por la señora Isabel Irarrázaval de Pereira, sobre el tema: «Algunos derechos a que debe aspirar la mujer», acordaron dirigir una respetuosa petición a V. E.

Desde hace muchos años, ha sido reconocida por los legisladores de nuestra Patria la conveniencia de reformar el Código Civil, a fin de que sus disposiciones amparen nuestra dignidad, y la igualdad de derechos a que la civilización cristiana nos reconoce acreedoras.

Bástenos recordar a este respecto las iniciativas de los señores Irarrázaval, Cifuentes, Zegers y Silva Cortés, y el informe que sobre el proyecto del señor Zegers, que aceptó hace treinta años la urgencia de dicha reforma, con la firma, entre otras, del honorable señor Mac-Iver.

El señor Senador don Luis Claro Solar, ha propuesto ahora a esa Alta Cámara un proyecto completo sobre la materia, que contiene nuestras legítimas aspiraciones en materia de reformas civiles, y éste es el proyecto que nosotras queremos ver convertido, cuanto antes, en ley de la República.

No es el deseo de conquistar honras o libertades, sino el de que la ley nos ponga en condiciones de poder llenar más cumplidamente nuestra misión en el hogar y en la sociedad, lo que nos mueve a solicitar de V. E. la pronta aprobación de esta reforma.

No queremos que la ley continúe presentando a las madres en situación desmedrada ante sus hijos; esperamos que los hombres que hacen las leyes, como cumple a gentiles caballeros, realcen nuestra condición de madres y esposas.

(Siguen las mismas firmas).

FIN.

BIBLIOTECA NACIONAL
10 JUN 1958
Secc. Control y Cat.